
UNIVERSIDAD POLITÉCNICA DE VALENCIA

Departamento de Proyectos de Ingeniería



**La Industria Valenciana en torno a la
Exposición Regional de 1909.**

TESIS DOCTORAL

PRESENTADA POR:

D. Miguel Ángel Sánchez Romero

DIRIGIDA POR:

Dr. D. Eliseo Gómez-Senent Martínez

Dra. D^a. M. del Carmen González Cruz

VALENCIA, Diciembre 2009

AGRADECIMIENTOS

A Amparo, fotógrafa de la tesis y Ariadna de mis laberintos.

A M^a Carmen y Eliseo, mis directores, por haberse acordado de mí para este trabajo de investigación, tan heterodoxo, tan interesante.

A Rafael Solaz Albert, bibliófilo, por sus acertados consejos acerca de la búsqueda de información sobre las empresas valencianas de 1909.

A Jaume Molina y María Martínez, que aportaron su tiempo y sus pestañas para crear la base de datos de los expositores.

A Pepe Vader, ese gran ingeniero rodeado de historiadores. Te debo mil pascualas.

A Ernesto Cerveró, escaquista i professor, pels seus llibres sobre el País Valencià i la seua amistat.

A Sabina y a Toni (alumno, compañero, amigo) por ayudarme con la maquetación, a pesar de mis impacencias y cabezonerías.

A Mónica y a Tomás por todo lo que me han enseñado, sin darse cuenta, sin pedir nada a cambio.

*ETIAM CAPILLUS UNUS HABET UMBRAM.
Tota pedra fa paret.*

DEDICADO A:

Mi abuelo Miguel (1914-2009), que vio la llegada de la mágica electricidad y de los grandes tractores, de los bombarderos malditos y de los abonos artificiales, de los trenes de alta velocidad y de los ordenadores sutiles. No me pudo ver doctor. Lo siento.

RESUMEN

Autor: Miguel Ángel Sánchez Romero.

Directores: Eliseo Gómez-Senent/ M^a Carmen González Cruz.

Programa de doctorado: Proyectos de ingeniería e innovación.

Los objetivos principales de esta tesis doctoral han sido establecer la importancia de la industria en la Exposición Regional Valenciana de 1909 y la importancia e impacto de la Exposición en la evolución de la industria valenciana.

El trabajo se enmarca en el área de la investigación de los procesos de desarrollo económico de las provincias valencianas a finales del XIX y principios del XX y se centra especialmente en los sectores presentes en la Exposición: sedería, textil, madera y mueble, química y curtidos, cerámica, metalmecánica y energía y electrificación.

Para ello, se ha llevado a cabo un estudio de la evolución de esos sectores y de las transformaciones económicas, sociales y tecnológicas acaecidas en la Valencia de los años de la Exposición. La Exposición, como evento singular, es un crisol que refleja esa evolución y permite estudiarla en detalle.

Varios aspectos de la Exposición Regional Valenciana han sido ya estudiados por otros autores: especialmente su continente y su arquitectura y su significado e interpretación política y social. Pero no se había abordado todavía en detalle la naturaleza de sus contenidos expuestos. Para ello se ha estudiado detalladamente los antecedentes historiográficos y la documentación coetánea y se ha realizado una base de datos completa de los expositores industriales.

Como resultado del trabajo, se afirma que la industria valenciana tuvo más presencia en la Exposición Regional Valenciana de 1909 que lo que ha ido trascendiendo posteriormente y que por ello, la Exposición, como hito histórico, debe ser reinterpretada en algunos aspectos

Por otro lado, se argumenta que la Exposición tuvo también consecuencias en la evolución de la industria y la economía valenciana. Sin embargo, este impacto se ha visto enmascarado por las especiales circunstancias históricas ocurridas inmediatamente después.

Autor: Miguel Ángel Sánchez Romero.

Directors: Eliseo Gómez-Senent/ M^a Carmen González Cruz.

Programa de doctorat: Proyectos de ingeniería e innovación.

Els objectius principals d'esta tesi doctoral han segut establir la importància de la indústria a l'Exposició Regional Valenciana de 1909 i la importància i impacte de l'Exposició a l'evolució de la indústria valenciana.

El treball es situa a l'àrea de la investigació dels processos de desenvolupament econòmic del País Valencià a finals del XIX i principi del XX. Es centra especialment als sectors presents a l'Exposició: sederia, textil, fusta i mobles, química i pell, ceràmica, metalmeccànica i electrificació.

Per aconseguir els objectius, s'ha fet un estudi de l'evolució d'eixos sectors i de les transformacions econòmiques, socials i tecnològiques esdevenides a València als anys de l'Exposició. Esta classe de certàmens reflectixen l'evolució i permetixen estudiar-la amb més detall.

Diferents aspectes de l'Exposició Regional han segut estudiats per altres autors: especialment el seu continent, la seua arquitectura, els seus significats i interpretacions polítiques i socials. Però no s'havien estudiat amb detall la natura dels seus continguts exposats. Per a aixó, s'ha fet una base de dades completa dels expositors industrials.

Les conclusions del treball son:

- La indústria valenciana tingué més presència a l'Exposició que el que ha trascendit i per aixó, l'Exposició com a fita important ha de ser reinterpretada.
- L'Exposició va generar un impacte sobre la indústria i l'economia valencianes. Però, eixe impacte ha estat emmascarat pel començament de la Primera Guerra Mundial.

ABSTRACT

The main goals of this research work are:

- To identify the importance of industry in the “Exposición Regional Valenciana”, celebrated in 1909.
- To analyse the impact of the “Exposición Regional” on the Valencian industry development.

This work could be classified into a major scientific field: the research on the economic development of the Valencian districts at the end of XIX and the beginning of XXth centuries. This work is focused in the industrial sectors which were exhibited in the “Exposición Regional”: silk, textile, wood and furniture, chemical and tannery, tiles, machinery and electrification. To achieve the objectives, the evolution of these industrial sectors have been studied.

The “Exposición Regional” was an important milestone in Valencian History. It could be observed as a reflection of the economic, social and political characteristics of the Valencian society in 1909.

Other authors have studied different aspects of “Exposición Regional”: architecture, symbolism, political interpretations, but nobody has studied the specific contents of the exhibitions and the exhibitions approach. The main result of our work is the creation of a big data base with the information of the whole collection of industrial products and machinery showed in the “Exposición Regional”.

The main conclusions of the work are:

- The Valencian industry played a main role in the “Exposición Regional”. Its presence and participation was very important. But it isn't well known by Valencian society due to the false image of their land (the paradigm of “Non-industrialization”).
- The “Exposición Regional” impacts the Valencian industry, but it's extremely difficult to measure this impact. The beginning of the First War in 1914 changed radically the perspectives and development of Valencian companies.



ÍNDICE

1	INTRODUCCIÓN.....	3
1.1	OBJETO DE LA INVESTIGACIÓN.....	5
1.2	OBJETIVO PRINCIPAL DE LA INVESTIGACIÓN.....	6
1.3	OBJETIVOS ESPECÍFICOS DE LA INVESTIGACIÓN.....	7
1.4	ANTECEDENTES Y JUSTIFICACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN.....	9
1.4.1	LA HISTORIOGRAFÍA ECONÓMICA VALENCIANA Y CONCRETAMENTE, LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE LA INDUSTRIALIZACIÓN VALENCIANA DEL XIX Y PRINCIPIOS DEL XX.....	9
1.4.2	LOS ESTUDIOS CONCRETOS PUBLICADOS SOBRE LA EXPOSICIÓN.....	10
1.4.3	LA DOCUMENTACIÓN GENERADA POR LA EXPOSICIÓN.....	11
1.5	METODOLOGÍA.....	14
1.5.1	PRIMERA FASE: HEURÍSTICA O BÚSQUEDA DE LAS FUENTES.....	14
1.5.2	SEGUNDA FASE: CRÍTICA O VALORACIÓN DE LA VALIDEZ DE LAS VERSIONES CONTRADICTORIAS.....	14
1.5.3	TERCERA FASE: SÍNTESIS.....	16
1.6	SOBRE TERMINOLOGÍA, TOPONIMIA Y TIPOGRAFÍA.....	17
1.7	ESTRUCTURA DEL DOCUMENTO.....	18
2	EL VIEJO DEBATE ACERCA DE LA INDUSTRIALIZACIÓN VALENCIANA DEL XIX.....	21
2.1	EL PARADIGMA DE LA NO INDUSTRIALIZACIÓN.....	21
2.2	EL DISCUTIDO PAPEL DE LA BURGUESÍA VALENCIANA.....	25
2.3	EL AGOTAMIENTO DEL AGRARISMO.....	27
2.4	EL CONCEPTO DE PROTOINDUSTRIALIZACIÓN.....	28
2.5	SÍNTESIS Y ÁMBITO DEL TRABAJO DE INVESTIGACIÓN.....	30
2.6	HIPÓTESIS.....	33
3	ENTORNO SOCIOECONÓMICO: LA VALENCIA DE LA RESTAURACIÓN.....	35
3.1	POLÍTICA Y SOCIEDAD.....	35
3.1.1	LA ORGANIZACIÓN CRONOLÓGICA DE LA SEGUNDA MITAD DEL XIX Y EL PRINCIPIO DEL XX.....	38
3.1.2	EL PERÍODO REVOLUCIONARIO.....	40
3.1.3	LA RESTAURACIÓN BORBÓNICA.....	46
3.1.4	EL PRINCIPIO DEL XX.....	54
3.2	LA NUEVA CIUDAD Y LAS INFRAESTRUCTURAS.....	60
3.2.1	EL FERROCARRIL.....	72
3.3	LA ECONOMÍA VALENCIANA DE FINALES DEL XIX Y PRINCIPIOS DEL XX.....	74
3.3.1	LA AGRICULTURA VALENCIANA DE LA RESTAURACIÓN.....	75
3.3.2	UN PANORAMA GENERAL DE LA INDUSTRIA VALENCIANA DE LA RESTAURACIÓN.....	83
3.3.3	CONSTITUCIÓN DE SOCIEDADES Y FINANCIACIÓN DE LA INDUSTRIA.....	86
3.3.4	CARACTERÍSTICAS GENERALES DE LA INDUSTRIALIZACIÓN VALENCIANA.....	89

4	LOS SECTORES INDUSTRIALES VALENCIANOS	97
4.1	SEDERÍA	98
4.2	INDUSTRIA TEXTIL Y AFINES.	109
4.2.1	LA INDUSTRIA DEL CÁÑAMO.	111
4.2.2	LAS ALPARGATAS.	115
4.2.3	LA LANA Y LA PAÑERÍA EN <i>ALCOI</i>	116
4.2.4	LA LANA Y LA PAÑERÍA EN LOS OTROS NÚCLEOS INDUSTRIALES.	121
4.2.5	EL PAPEL, RAMIFICACIÓN DEL TEXTIL.	124
4.2.6	EL TEXTIL Y LA FABRICACIÓN DE PAPEL EN LA CIUDAD DE VALENCIA. ...	129
4.2.7	LA SOMBRERERÍA Y OTRAS INDUSTRIAS RELACIONADAS CON LA CONFECCIÓN.	136
4.3	INDUSTRIA QUÍMICA Y DE CURTIDOS.	137
4.3.1	EL CURTIDO DE LA PIEL Y EL CALZADO.	138
4.3.2	LA QUÍMICA VALENCIANA DE FINALES DEL XIX Y PRINCIPIOS DEL XX. .	142
4.4	LA INDUSTRIA AGROALIMENTARIA.	149
4.4.1	EL DESARROLLO DE LA MOLINERÍA VALENCIANA A FINALES DEL XIX. ...	150
4.4.2	LA INDUSTRIA DEL AGUARDIENTE, DE LOS LICORES Y DE LAS GASEOSAS. 159	
4.4.3	LA INDUSTRIA DEL DULCE Y DEL CHOCOLATE.	163
4.5	INDUSTRIAS DE LA MADERA Y EL MUEBLE.	165
4.5.1	ASERRADEROS, CAJAS Y TONELES.	165
4.5.2	INSTRUMENTOS MUSICALES Y MUEBLES.	169
4.5.3	ABANQUERÍA Y JUGUETERÍA.	180
4.6	CERÁMICA Y CONSTRUCCIÓN.	185
4.6.1	AZULEJOS, LADRILLOS, TEJAS, BALDOSAS.	185
4.6.2	PIEDRA Y VIDRIO.	193
4.7	LA ENERGÍA Y LA ELECTRIFICACIÓN.	195
4.8	LA METALURGIA Y LA INDUSTRIA METALMECÁNICA.	200
4.8.1	LAS PRIMERAS FUNDICIONES EN LA CIUDAD.	201
4.8.2	LOS EXTRANJEROS.	205
4.8.3	LOS TALLERES GENS Y LA INDUSTRIA DEL CARRUAJE.	208
4.8.4	LOS FABRICANTES DE CAMAS Y OTROS OBJETOS DE CONSUMO.	210
4.8.5	LA PRIMITIVA VALENCIANA.	213
4.8.6	VDA. E HIJO DE VALERO CASES Y LOS TALLERES DE BARTOLOMÉ MONTAÑÉS.	216
4.8.7	LA MAQUINISTA VALENCIANA.	219
4.8.8	LAS DOS INDUSTRIAS FERRER.	234
4.8.9	LOS OTROS TALLERES DE FINALES DEL XIX Y PRINCIPIOS DEL XX.	238
5	LAS GRANDES EXPOSICIONES DEL XIX.	249
5.1	EL ESPÍRITU DE LAS EXPOSICIONES DECIMONÓNICAS.	249
5.2	LA LARGA SERIE DE EXPOSICIONES DEL XIX.	254
5.3	LA NUEVA ARQUITECTURA DE LAS EXPOSICIONES, EL ESPECTÁCULO Y LAS ATRACCIONES.	260
6	LOS ANTECEDENTES.	265
6.1	LA EXPOSICIÓN REGIONAL DE 1867.	267
6.2	LA EXPOSICIÓN DE MOTORES DE 1880.	270

6.3	LA “EXPOSICIÓN DE LA GLORIETA” DE 1883.	272
6.4	LA EXPOSICIÓN REGIONAL DE 1883.....	272
6.5	LAS FERIAS DE JULIO DE LA ALAMEDA.	279
6.6	LAS OTRAS EXPOSICIONES ESPAÑOLAS.....	285
7	LA EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA DE 1909.....	289
7.1	IDEA Y PROYECTO.	289
7.1.1	EL PROYECTO DE LOS EDIFICIOS Y SU EJECUCIÓN.	308
7.1.2	LOS ASPECTOS COMPLEMENTARIOS DE LA EXPOSICIÓN.....	310
7.1.3	LA TRANSFORMACIÓN DE LA CIUDAD.	311
7.1.4	LOS ASPECTOS FINANCIEROS.	312
7.2	ARQUITECTURA DE LA EXPOSICIÓN.	316
7.2.1	ARCO DE ENTRADA.....	316
7.2.2	PABELLÓN DE LOS REALES PATRIMONIOS.	318
7.2.3	PALACIO DE BELLAS ARTES.	318
7.2.4	EL STADIO O GRAN PISTA.	320
7.2.5	GRAN CASINO	322
7.2.6	SALÓN DE ACTOS.	323
7.2.7	FUENTE LUMINOSA.	324
7.2.8	FUENTES ORNAMENTALES.	325
7.2.9	TEATRO CIRCO.....	326
7.2.10	EL UMBRÁCULO.	327
7.2.11	PALACIO MUNICIPAL.....	327
7.2.12	PALACIO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE VALENCIA.	330
7.2.13	PALACIO DE FOMENTO.....	330
7.2.14	INSTALACIÓN DE LA JUNTA DE OBRAS DEL PUERTO DE VALENCIA.	334
7.2.15	ASILO DE LACTANCIA.	335
7.2.16	PALACIO DE LA AGRICULTURA.	336
7.2.17	PALACIO DE LA INDUSTRIA.	338
7.2.18	INSTALACIONES AISLADAS.....	340
7.2.19	PABELLÓN DE SIMEÓN DURÁ (TEXTIL Y AFINES).	341
7.2.20	PABELLÓN DE JOSÉ LAPORTA (TEXTIL Y AFINES).	342
7.2.21	PABELLÓN DE R. ABAD SANTONJA. (TEXTIL Y AFINES).	343
7.2.22	PABELLÓN DE LUIS LAYANA (TEXTIL Y AFINES).	343
7.2.23	INSTALACIÓN DE HÉCTOR BOGANI. (TÉXTIL Y AFINES).	343
7.2.24	PABELLÓN DE LA CASA TRÉNOR Y COMPAÑÍA. (QUÍMICA Y CURTIDOS). 343	
7.2.25	PABELLÓN DEL NITRATO DE SOSA CHILENO. (QUÍMICA Y CURTIDOS). 345	
7.2.26	INSTALACIÓN DE DEUSTCH Y CÍA. (QUÍMICA Y CURTIDOS).	347
7.2.27	PABELLÓN DE EUGENIO BURRIEL. (AGROALIMENTARIA).....	347
7.2.28	INSTALACIÓN DE LALANNE Y ARMENTERAS. PABELLÓN DEL CHAMPAGNE MERCEDES. (AGROALIMENTARIA).	347
7.2.29	PABELLÓN DE LA MÚSICA. (MADERA Y DERIVADOS).	349
7.2.30	PABELLÓN DE LA INDUSTRIA ABANQUERA. (MADERA Y DERIVADOS). 349	
7.2.31	PABELLÓN DE ANTONIO BAYARRI. (CERÁMICA Y CONSTRUCCIÓN).....	350
7.2.32	PABELLÓN DE ESPEJOS Y VIDRIERAS SANCHO. (CERÁMICA Y CONSTRUCCIÓN).	350
7.2.33	PABELLÓN DE JOAQUÍN PRAT. (CERÁMICA Y CONSTRUCCIÓN).	351
7.2.34	INSTALACIÓN DE EMILIO ALBIOL. (CERÁMICA Y CONSTRUCCIÓN).	351

7.2.35	PABELLÓN DE IZQUIERDO HERMANOS. (METALMECÁNICA).	352
7.2.36	PABELLÓN A. BADÍA. (METALMECÁNICA).....	352
7.2.37	INSTALACIÓN DE JUAN FIGUEROLA. (METALMECÁNICA).....	352
7.2.38	PABELLÓN DE MARTÍNEZ Y ORTS. (METALMECÁNICA).	353
7.2.39	PABELLÓN DE LOS MECHEROS AUER. (METALMECÁNICA).....	354
7.2.40	PABELLÓN DE HIJOS DE ANDRÉS FERRER. (METALMECÁNICA).	355
7.2.41	INSTALACIÓN DE RAMÓN ORTIZ. (METALMECÁNICA).	355
7.2.42	INSTALACIÓN DE RAMÓN ORTIZ BAU. (METALMECÁNICA).	355
7.2.43	PABELLONES DE LA COMPAÑÍA ARRENDATARIA DE TABACOS.....	355
7.2.44	PABELLONES DE ALIMENTACIÓN, BEBIDAS O RECUERDOS.....	356
7.2.45	PABELLONES AGRÍCOLAS.	357
7.2.46	PABELLONES NO IDENTIFICADOS.....	357
7.3	EL DESARROLLO DE LA EXPOSICIÓN.	357
7.3.1	AUTOMÓVILES Y AUTOMOVILISMO.	363
7.3.2	AVIACIÓN.	368
7.3.3	LAS CIRCUNSTANCIAS EXTERNAS.	370
7.4	IMPACTO Y VALORACIÓN DE LA EXPOSICIÓN.	373
7.4.1	VALORACIONES DE LA EXPOSICIÓN COMO ACONTECIMIENTO CULTURAL Y SOCIAL. 375	
7.4.2	VALORACIÓN DEL IMPACTO URBANÍSTICO DE LA EXPOSICIÓN.	378
7.4.3	VALORACIONES DE LA EXPOSICIÓN COMO ACONTECIMIENTO SOCIOPOLÍTICO.	385
7.4.4	VALORACIONES SOBRE LA PRESENCIA INDUSTRIAL EN LA EXPOSICIÓN. .	388
8	LA TECNOLOGÍA Y LA INDUSTRIA PRESENTE EN LA EXPOSICIÓN.....	393
8.1	LA TECNOLOGÍA PRESENTE EN LA EXPOSICIÓN.	393
8.1.1	TAPIS ROULANT.....	395
8.1.2	TOBOGÁN “LA GLISSOIRE ROULANT”	396
8.1.3	LOS URALES.	398
8.1.4	MONTAÑA RUSA.....	401
8.1.5	MONTAÑA SUIZA.	402
8.1.6	CINEMATÓGRAFO, FERROCARRIL METROPOLITANO, LABERINTO, COLUMPIO MÁGICO.402	
8.1.7	PASARELA DE LA EXPOSICIÓN.	403
8.1.8	TRANVÍA AÉREO.	406
8.1.9	LA ELECTRICIDAD EN LA EXPOSICIÓN.....	408
8.2	LA INDUSTRIA EXPUESTA.....	410
8.2.1	ORGANIZACIÓN DEL MATERIAL EXPUESTO.	410
8.2.2	DISPOSICIÓN FÍSICA DE LO EXPUESTO.	415
8.2.3	CONTENIDO DEL PALACIO DE AGRICULTURA.	416
8.2.4	CONTENIDO DEL PALACIO DE LA INDUSTRIA.	419
8.2.5	CONTENIDO DE LA SALA O GALERÍA DE MÁQUINAS.....	423
8.2.6	CONTENIDO DEL PABELLÓN DE MOTORES.....	425
8.2.7	SECCIÓN DE MAQUINARIA ACTIVA.....	427
8.2.8	SÍNTESIS: PRODUCTOS Y MAQUINARIA INDUSTRIAL EXPUESTOS EN LA EXPOSICIÓN.	429
9	LA INDUSTRIA VALENCIANA A PARTIR DE 1909.....	433

10	CONCLUSIONES.....	445
10.1	EL CARÁCTER INDUSTRIAL DE LA EXPOSICIÓN.....	446
10.2	EL IMPACTO ECONÓMICO DE LA EXPOSICIÓN.....	451
11	FUTURAS LÍNEAS DE TRABAJO.....	455
11.1	EN EL ÁREA DE HISTORIA LOCAL.....	455
11.2	EN EL ÁREA DE HISTORIA DE LA TECNOLOGÍA.....	456
11.3	EN EL ÁREA DE HISTORIA DE LA ECONOMÍA.....	456
11.4	EN EL ÁREA DEL DESARROLLO REGIONAL.....	457
12	ANEXO I.....	459
12.1.1	1908.....	459
12.1.2	1909. PREPARATIVOS DE LA EXPOSICIÓN.....	467
12.1.3	1909. DESARROLLO DE LA EXPOSICIÓN.....	473
13	ANEXO II.....	477
14	BIBLIOGRAFÍA.....	483

ÍNDICE DE FIGURAS

FIGURA 1: CARTEL ANUNCIADOR DE LA EXPOSICIÓN, DE CLIMENT (LITOGRAFÍA DURÁ).....	4
FIGURA 2: NAVE DE TORNOS Y AJUSTE DE UNA FUNDICIÓN (INDETERMINADA) A PRINCIPIOS DEL XX. ARCHIVO JOSÉ HUGUET.....	32
FIGURA 3: BLASCO IBÁÑEZ, RODEADO DE SEGUIDORES EN LAS ELECCIONES DE 1905. REVISTA NUEVO MUNDO.....	50
FIGURA 4: PLAZA DE LA REINA <i>CIRCA</i> 1905. AGUSTÍN LORENTE. COLECCIÓN RAFAEL ESTABAN LORENTE.	63
FIGURA 5: TRANVÍAS ELÉCTRICOS EN EL PUENTE DEL MAR, <i>CIRCA</i> 1900. FOTOTIPIA THOMAS. COLECCIÓN DÍAZ PRÓSPER.	66
FIGURA 6: PLAZA DE EMILIO CASTELAR (ACTUALMENTE, DEL AYUNTAMIENTO) EN 1909.	68
FIGURA 7: ESTACIÓN DEL NORTE (5 DE AGOSTO DE 1909). AGUSTÍN LORENTE. COLECCIÓN RAFAEL ESTEBAN LORENTE.....	73
FIGURA 8: RUEDA HIDRÁULICA TIPO SEGOBIEN, INSTALADA POR LA MAQUINISTA VALENCIANA EN UNA PROPIEDAD DE LOS TRÉNOR EN JERESA.....	81
FIGURA 9: TELAR MIXTO DE LA FÁBRICA AUGUSTO MAS DE <i>CREVILLENT</i> , <i>CIRCA</i> 1900.	122
FIGURA 10: INTERIOR DE LA INDUSTRIA DE ROMERO UTRILLES (1900).	141
FIGURA 11: TRATADO SOBRE LA PRODUCCIÓN DE ACEITE DE CACAHUETE DE TABARÉS DE ULLOA (1800).	155
FIGURA 12: INSTALACIÓN DE LA CASA LAURENS EN EL PALACIO DE AGRICULTURA.	161
FIGURA 13: PUBLICIDAD DEL FABRICANTE DE PIANOS GÓMEZ EN EL CATÁLOGO DE EXPOSITORES.	171
FIGURA 14: ALMACÉN DE COMPONENTES CURVADOS EN LA FÁBRICA DE VENTURA FELIU	176
FIGURA 15: TARJETA POSTAL DE LA SIN RIVAL, DE PAYÁ HERMANOS.	184
FIGURA 16: PRENSA EN SECO DE NOLLA, 1862. OFICINA ESPAÑOLA DE PATENTES Y MARCAS, N° 2014	188
FIGURA 17: PANEL DE LA FÁBRICA DE JUSTO VILAR E HIJOS EN MANISES (1920).....	191
FIGURA 18: INTERIOR DE LOS TALLERES DEL SR. SANCHO.....	195

FIGURA 19: INSTALACIÓN DE LA FÁBRICA DE GAS DEL MARQUÉS DE CAMPO EN LA EXPOSICIÓN DE 1883.....	197
FIGURA 20: PORTADA DEL CONTRATO ENTRE EL AYUNTAMIENTO DE VALENCIA E HIDROELÉCTRICA ESPAÑOLA (1908).....	199
FIGURA 21: NAVE DE MONTAJE DE UNA FUNDICIÓN (NO DETERMINADA). COLECCIÓN J.J. DÍAZ PRÓSPER.	208
FIGURA 22: PUBLICIDAD CON LA INSTALACIÓN DE LA FÁBRICA DE CAMAS JOSÉ Y JULIO PÉREZ EN LA EXPOSICIÓN.....	212
FIGURA 24: FRANCISCO CLIMENT SEBASTIÁN Y SU HIJO MANIPULANDO UNA MÁQUINA.....	226
FIGURA 26: OPERARIOS DE LA FUNDICIÓN DE ANDRÉS FERRER EN 1893. ARCHIVO JOSÉ HUGUET.....	235
FIGURA 27: FUNDICIÓN LA PALOMA. TARJETA POSTAL. ARCHIVO JOSÉ HUGUET.....	237
FIGURA 28: PABELLÓN DE EL VULCANO EN LA EXPOSICIÓN DE 1883.	239
FIGURA 29: PUBLICIDAD DE DOMINGO GÓMEZ EN EL CATÁLOGO DE EXPOSITORES.....	240
FIGURA 30: .SALIDA DE LOS OBREROS DE LOS TALLERES GÓMEZ. CLICHÉ DE CRISTAL. ARCHIVO JOSÉ HUGUET.....	242
FIGURA 31: SALA DE TORNOS DE LA FUNDICIÓN “VILANOVA HERMANOS”. ARCHIVO JOSÉ HUGUET.....	245
FIGURA 32: CALDERA DE HOGAR INTERIOR Y RETORNO DE LLAMA DE DEVÍS E HIJOS EN EL (CATÁLOGO, 1909).....	246
FIGURA 33: HOJA DE INFORMACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DE 1867. COLECCIÓN JOSÉ HUGUET.	269
FIGURA 34: PANORAMA GENERAL DE LA EXPOSICIÓN DE MOTORES DE 1880. A. GARCÍA.	270
FIGURA 35: PABELLÓN DE LOS SRES. BACK Y MANSON EN LA EXPOSICIÓN DE MOTORES DE 1880.	271
FIGURA 36: EXPOSICIÓN REGIONAL DE 1883: LOCOMOTORA DE LA SOCIEDAD DE FERROCARRILES ALMANSA-VALENCIA. CATÁLOGO DE LA EXPOSICIÓN.	273
FIGURA 37: DETALLE DE LA PORTADA DEL ÁLBUM DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL DE 1883.....	276
FIGURA 38: LA CIUDAD DEL XIX Y LAS EXPOSICIONES EN EL LADO NORTE DEL CAUCE DEL TURIA.	285
FIGURA 39: PLACA DE HOMENAJE A TRÉNOR EN LA FACHADA DEL PALACIO MUNICIPAL.....	290

FIGURA 40: INTERIOR DE LA ANTIGUA FÁBRICA DE TABACOS DE VALENCIA.	298
FIGURA 41: PLANTA DE LA EXPOSICIÓN (PROYECTO). LITOGRAFÍA: DURÁ.....	304
FIGURA 42: MAQUETA DE LA EXPOSICIÓN VISTA DESDE LA ALAMEDA.	306
FIGURA 43: LA FUENTE LUMINOSA EN CONSTRUCCIÓN. AGUSTÍN LORENTE. ARCHIVO DEL ATENEO MERCANTIL.....	309
FIGURA 44: ARCO DE ENTRADA. FOTOTIPIA THOMAS.	317
FIGURA 45: PALACIO DE BELLAS ARTES. FOTOTIPIA THOMAS.....	319
FIGURA 46: VISTA GENERAL DE LA GRAN PISTA Y DE LOS EDIFICIOS CIRCUNDANTES. ANDRÉS FABERT. ARCHIVO PINGARRÓN-ESAÍN.....	321
FIGURA 47: FUENTE LUMINOSA. FOTOTIPIA THOMAS. COLECCIÓN PINGARRÓN-ESAÍN.....	324
FIGURA 48: FUENTES ORNAMENTALES DETRÁS DEL ARCO DE ENTRADA.....	326
FIGURA49: EDIFICIO DE LA FÁBRICA E TEJIDOS MARÍN (INDUSTRIA LANERA VALENCIANA). EN LA ACTUALIDAD, UN HOTEL.	328
FIGURA 50: EL PALACIO MUNICIPAL EN LA ACTUALIDAD.	329
FIGURA 51: PALACIO DE FOMENTO (VISTA LATERAL). AGUSTÍN LORENTE. ARCHIVO ATENEO MERCANTIL.....	331
FIGURA 52 : UNA DE LAS SALAS DEL PALACIO DE FOMENTO.....	332
FIGURA 53: PABELLÓN DE LA JUNTA DE OBRAS. EN PRIMER PLANO LA MAQUETA DEL PROYECTO DEL PUERTO. FOTOTIPIA THOMAS.....	335
FIGURA 54: EL ASILO DE LACTANCIA EN LA ACTUALIDAD (BALNEARIO-SPA).....	336
FIGURA 55: PABELLÓN DE LA AGRICULTURA Y TEATRO CIRCO. FOTOTIPIA THOMAS. ARCHIVO PINGARRÓN-ESAÍN.	337
FIGURA 56: LA FÁBRICA DE TABACOS EN LA ACTUALIDAD.	340
FIGURA 57: PUBLICIDAD DE SIMEÓN DURÁ EN EL CATÁLOGO DE EXPOSITORES.	341
FIGURA 58: PABELLÓN DE JOSÉ LAPORTA. AGUSTÍN LORENTE. ARCHIVO DEL ATENEO MERCANTIL.	342
FIGURA 59: PABELLÓN DE LOS TRÉNOR.....	344
FIGURA 60: PABELLÓN DEL NITRATO DE SOSA CHILENO. AGUSTÍN LORENTE. ARCHIVO DEL ATENEO MERCANTIL.....	346
FIGURA 61: PUBLICIDAD DEL CHAMPAGNE MERCEDES.	348

FIGURA 62: PABELLÓN DE LA INDUSTRIA ABANQUERA. DETRÁS, EL PALACIO DE INDUSTRIA. AGUSTÍN LORENTE. ARCHIVO DEL ATENEO MERCANTIL.....	350
FIGURA 63: INSTALACIÓN DE JUAN FIGUEROLA.....	353
FIGURA 64: INSTALACIONES DE MARTÍNEZ Y ORTS (EN PRIMER TÉRMINO) Y DE LAYANA (EN SEGUNDO TÉRMINO). FOTOTIPIA THOMAS. ARCHIVO PINGARRÓN-ESAÍN.....	354
FIGURA 65: LOS AUTOMOVILISTAS EN SAGUNTO.....	367
FIGURA 66: PLAYA DE LEVANTE DE LA MALVARROSA CIRCA 1900.....	394
FIGURA 67: TAPIS ROULANT. ANDRÉS FABERT. ARCHIVO: PINGARRÓN-ESAÍN.....	395
FIGURA 68: EL GLISSOIRE ROULANT (TOBOGÁN). FOTOTIPIA THOMAS.....	397
FIGURA 69: ATRACCIÓN “LOS URALES” Y QUIOSCOS CERCANOS.....	400
FIGURA 70: PASARELA DE LA EXPOSICIÓN. FOTOTIPIA THOMAS.....	405
FIGURA 71: LA ACTUAL PASARELA DE LA EXPOSICIÓN (DEL ARQUITECTO CALATRAVA).....	406
FIGURA 72: TRANVÍA AÉREO SOBRE EL TURIA.....	407
FIGURA 73: FAROLA MODELO EXPOSICIÓN, FABRICADA POR ROURE, EN LA ALAMEDA.....	410
FIGURA 74: INTERIOR DEL PALACIO DE LA AGRICULTURA. ARCHIVO: PINGARRÓN-ESAÍN.....	417
FIGURA 75: CONTENIDO DE LA GALERÍA DE MÁQUINAS. POSTAL LUIS CRUMIÈRE.....	425
FIGURA 76: LA GALERÍA DE MÁQUINAS Y EL PABELLÓN DE MOTORES EN LA ACTUALIDAD (PARTE DE ATRÁS DE LA FÁBRICA DE TABACOS).	426
FIGURA 77: INSTALACIÓN DE LOS HIJOS DE ANDRÉS FERRER EN LA SECCIÓN DE MAQUINARIA ACTIVA.....	428
FIGURA 78: INSTALACIÓN DE LA ASOCIACIÓN DE FABRICANTES DE MUEBLE CURVADO EN LA FERIA DE MUESTRAS DE 1922.....	435
FIGURA 79: INSTALACIÓN DE LA MAQUINISTA VALENCIANA, PROBABLEMENTE EN LA EXPOSICIÓN IBEROAMERICANA DE SEVILLA (1929).	452
FIGURA 80 : PANTALLA FORMULARIO DE LA BASE DE DATOS.....	477

ÍNDICE DE TABLAS

TABLA 1. NÚMERO DE MIEMBROS DE LAS FEDERACIONES LOCALES DE VALENCIA ADHERIDAS A LA INTERNACIONAL DE 1872.....	45
TABLA 2.- COMERCIO DE ALTURA DE ALICANTE Y VALENCIA EN 1875-1885.....	82
TABLA 3.- PORCENTAJES DE CONTRIBUCIÓN FISCAL INDUSTRIAL DE REGIONES ESPAÑOLAS EN 1857 Y EN 1900.....	85
TABLA 4.- PORCENTAJES TRIBUTARIOS DE LA INDUSTRIA VALENCIANA EN LA SEGUNDA MITAD DEL XIX.	97
TABLA 5.- MÁQUINAS EN LAS INDUSTRIAS CAÑAMERA Y LINERA ESPAÑOLAS. 1900.....	113
TABLA 6.- LA INDUSTRIA TEXTIL Y LINERA VALENCIANA EN 1905. ...	114
TABLA 7.- MECANIZACIÓN EN LA PAÑERÍA VALENCIANA EN 1862.....	116
TABLA 8.- MATRÍCULAS INDUSTRIALES EN EL SECTOR TEXTIL DE <i>ONTINYENT</i> . (1891-1908).....	123
TABLA 9.- ESTABLECIMIENTOS TEXTILES Y PAPELEROS EN LA CIUDAD DE VALENCIA (1848-1907).....	129
TABLA 10. -FÁBRICAS DE SOMBREROS Y GORRAS EN LAS PROVINCIAS VALENCIANAS. 1903.....	137
TABLA 11.- LA INDUSTRIA DEL ACEITE EN ESPAÑA Y SU MECANIZACIÓN (1856-1939).....	154
TABLA 12.- FÁBRICAS DE LICORES Y BEBIDAS EN LA CIUDAD DE VALENCIA (1848-1907).....	163
TABLA 13.- FÁBRICAS DE CHOCOLATES Y DULCES EN LA CIUDAD DE VALENCIA	164
TABLA 14.- ASERRADEROS DE MADERA EN <i>ALZIRA</i> . 1900.....	167
TABLA 15.- LAS INDUSTRIAS DE LA MADERA EN 1905 EN LAS PROVINCIAS VALENCIANAS.....	169
TABLA 16.- LAS INDUSTRIAS DE LA MADERA EN LA PROVINCIA DE VALENCIA (1861).....	172
TABLA 17.- EVOLUCIÓN DEL SECTOR DEL MUEBLE EN VALENCIA (1892-1936)	178
TABLA 18.- FÁBRICAS DE AZULEJOS EN LA CIUDAD DE VALENCIA EN 1876.....	186
TABLA 19.- LAS INDUSTRIAS DE LA CERÁMICA EN LAS PROVINCIAS VALENCIANAS EN 1905.	193

TABLA 20.- FUNDICIONES A VAPOR INTRAMUROS EN VALENCIA (1860)	204
TABLA 21.- LAS INDUSTRIAS METALÚRGICAS EN LA CIUDAD DE VALENCIA (1849-1876)	210
TABLA 22.- INDUSTRIA METALÚRGICA EN EL PAÍS VALENCIANO. 1905.	238
TABLA 23.- COMPONENTES DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL ATENEO MERCANTIL RENOVADA EL 12 DE ENERO DE 1908.	291
TABLA 24.- COMPONENTES DE LA JUNTA DIRECTIVA DEL ATENEO MERCANTIL EN 1909.	292
TABLA 25.- COMITÉ EJECUTIVO PARA LA ORGANIZACIÓN DE LA EXPOSICIÓN.	295
TABLA 26.- RESUMEN DE GASTOS DE LA EXPOSICIÓN (PESETAS)	313
TABLA 27.- COSTES DE LAS PRINCIPALES OBRAS CONTRATADAS EN LA EXPOSICIÓN (PESETAS)	313
TABLA 28. TAXONOMÍA DE LA DIVISIÓN 1. PRODUCTOS NATURALES.	411
TABLA 29. TAXONOMÍA DE LA DIVISIÓN 2: INDUSTRIAS Y FABRICACIONES.	412
TABLA 30.- NÚMERO DE EXPOSITORES CONTABILIZADOS EN CADA LUGAR DE LA EXPOSICIÓN.	416
TABLA 31.- EXPOSITORES EN EL PALACIO DE AGRICULTURA DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL.	419
TABLA 32.- CONTENIDO DEL PALACIO DE INDUSTRIA POR SALAS, SEGÚN LA VISITA RECOMENDADA POR EL CATÁLOGO.	420
TABLA 33.- EXPOSITORES EN EL PALACIO DE INDUSTRIA DE LA EXPOSICIÓN REGIONAL.	423
TABLA 34.- INDUSTRIA EXPUESTA EN LA EXPOSICIÓN REGIONAL (SECTORES) EN TODOS LOS PABELLONES.	429
TABLA 35.- INDUSTRIA EXPUESTA EN LA EXPOSICIÓN REGIONAL. (PROCEDENCIA).	430
TABLA 36.- USO DE LA PUBLICIDAD POR PARTE DE LOS EXPOSITORES DE LOS DISTINTOS SECTORES.	431
TABLA 37.- PRESENCIA DE LOS EXPOSITORES INDUSTRIALES PRESENTES EN OTRAS EXPOSICIONES PREVIAS.	432
TABLA 38.- CONSTITUCIÓN DE SOCIEDADES EN EL PAÍS VALENCIANO EN LOS AÑOS INMEDIATAMENTE POSTERIORES A 1909.	433
TABLA 39.- NÚMERO DE INSTALACIONES INDUSTRIALES. RATIO CIUDAD-PROVINCIA EN LA INDUSTRIA VALENCIANA EN 1914.	434

1 INTRODUCCIÓN.

El 22 de mayo de 2009 se cumplieron 100 años de la inauguración de la Exposición Regional Valenciana de 1909 (prorrogada al año siguiente como Exposición Nacional). La Exposición (tal y como será denominada a lo largo de este trabajo de investigación) fue un hito en la historia moderna de Valencia y sus ecos todavía llegan hasta la actualidad.

En lo que se refiere al urbanismo, tres de los edificios de la Exposición siguen en pie. Se conserva el Palacio Municipal (que estaba previsto derribar), el edificio de Lactancia para hijos de cigarreras (hoy reconvertido en balneario) y el que fue Palacio de la Industria (la fábrica de tabacos, actualmente transformada en oficinas del Ayuntamiento). Precisamente, el contenido de aquel Palacio durante la Exposición será el principal objeto de este trabajo.

El inconfundible aire de aquellas obras y del mobiliario urbano que las acompañó ha constituido un elemento fundamental de la imagen de Valencia durante buena parte del siglo XX. Todavía hoy, se denomina popularmente a ese barrio “*de la Exposición*”. Con aquel evento, la trama urbana de la ciudad intentaba el salto al otro lado del río, hacia los *Camins al Grau* y los *Poblats Marítims*. La expansión hacia el mar no fue tan rápida como quizá previeron sus promotores; pero indudablemente, se trataba del punto de partida. Valencia se transformaba en un municipio con aspiraciones de gran ciudad en el sentido contemporáneo de la palabra y se imponía definitiva y brutalmente a su *Hinterland* inmediato.

En lo simbólico, la Exposición todavía fue más importante. Supuso un colosal esfuerzo colectivo extrañamente unánime, un momento irrepetible de la historia valenciana. El himno de la Exposición, por ejemplo, acabaría convirtiéndose, muchos años después, en el himno oficial de la Comunidad Valenciana. El lenguaje y la simbología de la Exposición recogen bien las aspiraciones estéticas e ideológicas de la burguesía valenciana de principios del XX.

Aquella burguesía vivía numerosas contradicciones y la Exposición, al reflejarlas, constituye un evento difícil de categorizar y que ha sido definido por varios autores como “complejo y poliédrico”. En la Exposición se dieron cita simultáneamente el agrarismo y la industrialización, lo vernáculo y lo universal, lo convencional y lo

revolucionario, el jacobinismo y el regionalismo, lo antiguo y lo moderno.



Figura 1: Cartel anunciador de la Exposición, de Climent (litografía Durá). Fuente: (Solaz, 2009)

La Exposición fue un acontecimiento singular en la historia de la ciudad; pero en su concepción y naturaleza no fue un evento totalmente aislado o diferente de una larga serie de exposiciones previas. La Exposición fue el momento en que la élite valenciana, que a lo largo del XIX había llevado a cabo un proceso de modernización y desarrollo *sui generis*, se ensalzaba a sí misma, se presentaba ante la historia. Al fin y al cabo, ese era el *leitmotiv* de las grandes exposiciones decimonónicas europeas: la exaltación del poder de las clases dirigentes, a través de la orgullosa presentación de las mercancías fabricadas en sus empresas y de sus medios productivos. Se trataba, en suma, de modernos altares donde la tecnología moderna era venerada.

Este trabajo de investigación indagará precisamente en ese aspecto. Se va a intentar identificar la importancia de la vertiente “industrial” de la Exposición. Por otro lado, se va a intentar comprender qué significó la Exposición para la industria y los industriales valencianos.

Con motivo del centenario, la Valencia contemporánea ha vuelto sus ojos a aquella Exposición y esa es la motivación inmediata y fundamental de este trabajo. Pero existe otra motivación más profunda y menos coyuntural: la voluntad de aportar nuevas luces sobre el proceso de

industrialización y modernización de la Valencia de finales del XIX y principios del XX. No es un terreno virgen. Varios investigadores destacados ya han dedicado sus esfuerzos al tema. Al fin y al cabo, los debates sobre la naturaleza e historia del desarrollo valenciano y sobre el papel histórico de su burguesía, están en el núcleo de las viejas discusiones sobre la naturaleza e historia del país.

1.1 Objeto de la investigación.

El objeto de este trabajo de investigación es la industria valenciana que estuvo presente en la Exposición. Es decir, se indagará sobre la industria valenciana de finales del XIX y principios del XX. Se entenderá por “industria valenciana” la desarrollada en las tres provincias valencianas; pero muy especialmente la que creció en la ciudad de Valencia y su entorno geográfico más inmediato. Se analizará particularmente aquella industria que estuvo presente en la Exposición, bien como contenido expuesto de la misma, bien formando parte del continente (instalaciones e infraestructura).

Nótese que el trabajo de investigación se titula “la industria en torno a la Exposición Regional” y no “la industria en la Exposición Regional”. Es decir, se ha pretendido ir un poco más allá de la industria presente y estudiar la situación industrial completa. Y esto es así porque considerar las empresas que no expusieron o colaboraron en la Exposición, o los sectores que tuvieron poco peso en el certamen y las razones que condujeron a ello puede aportar tanta información como considerar los que sí lo hicieron.

La Exposición fue concebida y denominada “Regional”, con el propósito explícito de reunir y exponer la economía de las tres provincias valencianas, por razones que luego se tratarán. En el trabajo se analizará hasta qué punto tuvo protagonismo cada parte del territorio valenciano y hasta qué punto fue la industria de la capital la protagonista del evento.

El concepto “industria” se ajustará a la definición más común en economía, es decir, la transformación de materias primas en productos elaborados de forma masiva, y que habitualmente, se ha llamado “sector secundario”. Esta acotación no es gratuita, pues como se verá más adelante, el núcleo del debate acerca del proceso de la industrialización y desarrollo de las provincias valencianas radica en la importancia que se preste a lo agrícola. El aspecto más destacado de la economía

valenciana de finales del XIX y principios del XX fue su capacidad exportadora, mayoritariamente de productos agroalimentarios. Esa producción agrícola estuvo muy presente tanto materialmente como simbólicamente en la Exposición, así que para este trabajo de investigación será importante delimitar qué se considera “industrial” y qué no.

Por contraste, el objeto de este trabajo de investigación está bien acotado en el espacio y en el tiempo. Se pretende principalmente estudiar y comprender lo expuesto en el Palacio de la Industria (la fábrica de tabacos), en el Palacio de Agricultura y otras instalaciones singulares de la Exposición en el período de tiempo transcurrido entre el 22 de mayo de 1909 y el 9 de enero de 1910. La focalización en un espacio y en un tiempo tan determinado puede ser de utilidad para lograr nuevos puntos de vista sobre la transformación de la Valencia decimonónica.

1.2 Objetivo principal de la investigación.

El objetivo principal del trabajo es determinar cuál fue la importancia de la Exposición para la industria valenciana y cuál fue el impacto de la industria valenciana en la Exposición. Para acometer este objetivo, será necesario estudiar cuidadosamente cuáles han sido los distintos puntos de vista desde los que se ha contemplado el proceso de modernización y desarrollo de la economía valenciana del XIX y también las interpretaciones que se han hecho hasta ahora de la Exposición como evento histórico.

Nótese que el objetivo principal de la investigación establecerá así una vinculación entre el análisis de procesos históricos y económicos de carácter general (la industrialización valenciana del XIX) y el estudio de un hecho concreto (la Exposición) con todos sus matices e interpretaciones. (Boira, 2006) cita a (Aimone, 1990) para defender que las exposiciones son “uno de los pocos sujetos de estudio que permiten restituir la sociedad de finales del XIX y principios del XX.”

Como ya se ha comentado, a lo largo de todo el trabajo de investigación, cuando se use el término “Exposición”, se hará referencia a la Exposición Regional Valenciana de 1909. Esta fue prorrogada, por razones que se explicarán más adelante, en la Exposición Nacional de 1910. Esta segunda exposición no será explícitamente analizada aquí. Cambiaron algunos de los expositores; pero gran parte del discurso y de los análisis realizados para la Exposición Regional es válida para la

Exposición Nacional. Para las otras exposiciones valencianas, españolas y europeas que constituyen sus antecedentes, se usará su nombre completo por mor de la claridad.

1.3 Objetivos específicos de la investigación.

Del objetivo principal del trabajo de investigación derivan una serie de objetivos secundarios:

1.- Estudiar cuál fue la participación de la industria valenciana en la idea y en el proyecto de la Exposición. Este objetivo conlleva identificar quiénes eran los industriales valencianos más destacados y comprender cuál era su nivel de influencia en las dinámicas de la clase dirigente valenciana de aquellos años (la promotora de la Exposición). Es decir, lo que se pretende es comprobar si es válido el concepto de análisis “burguesía industrial” en torno a 1909 y analizar, en su caso, su participación en la Exposición.

2.- Establecer cuál había sido y cuál era la situación de la industria valenciana en el período anterior a la Exposición. Se intentará analizar la evolución y transformaciones de los principales sectores industriales valencianos al final del final del XIX y principios del XX. El punto de partida cronológico variará en función del sector industrial considerado (por ejemplo, para estudiar la sedería valenciana hay que remontarse a mucho tiempo atrás, mientras que la industria del calzado estaba naciendo a principios del XX); pero en general, se tratará los años comprendidos entre la década de 1860-70 y el año de referencia 1909.

Cada sector industrial valenciano tuvo una evolución distinta y tuvo una presencia distinta en la Exposición. Se intentará identificar las capacidades tecnológicas y económicas de las empresas más representativas de cada sector en base a lo mostrado (y a lo no mostrado) en la Exposición. No en vano, las exposiciones de la época tenían precisamente ese objetivo: la exaltación de esas capacidades, reflejos últimos de la fe universal en el progreso y en la modernización que había sido el gran tótem ideológico del XIX.

3.- El tercer objetivo será establecer cuál fue la repercusión de la Exposición en la evolución de esa industria. Para ello, se analizará cuál fue la evolución de cada sector en los años inmediatamente posteriores a la Exposición (hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial). En concreto, se pretende identificar qué aportó la Exposición a la economía

industrial valenciana y cuáles fueron los proyectos o iniciativas que como consecuencia de la Exposición tuvieron lugar con posterioridad.

Los objetivos secundarios 2) y 3) conllevan un cuarto objetivo:

4.- Comprobar si la Exposición puede ser considerada un hito cronológico en la evolución histórica de la industria valenciana, y en general, en los procesos de modernización valencianos.

En lo que se refiere a este cuarto objetivo, conviene hacer una reflexión amplia. En general, los investigadores del desarrollo económico e industrial español han usado la Gran Guerra (1914-1919) como la solución de continuidad entre dos épocas: la de la industrialización “irregular” o “anómala” del XIX y la del desarrollo contemporáneo. Efectivamente, la neutralidad española favoreció extraordinariamente las exportaciones y el crecimiento de la economía en general y de la industria en particular. Y no solamente en Vizcaya o Cataluña: el financiero e industrial Ramón de la Sota recibiría el título de *sir* y acabaría amortizando su tren minero hasta Sagunto merced a las masivas exportaciones de hierro hacia la Gran Bretaña en guerra. Lo que pretende este trabajo de investigación es comprobar si la Exposición supone, a nivel valenciano, un hito particular entre esas dos épocas.

Como se ha apuntado más arriba, tanto el objetivo general como los objetivos secundarios del presente trabajo, están enmarcados en un programa de investigación mayor, el del proceso de industrialización y modernización valencianas de las últimas décadas del XIX y las primeras décadas del XX. En este programa de investigación han hecho aportaciones importantes numerosos autores, como se mostrará en el segundo capítulo. Se verá que este tema ha sido objeto de vivas discusiones. Y esto ha sido así porque las afirmaciones que se hacen sobre la modernización y transformación económica de las tierras valencianas son una parte decisiva del debate sobre la naturaleza y posibilidades futuras del país. (VVAA, 2008)

Para alcanzar el objetivo principal de este trabajo de investigación y los cuatro objetivos secundarios se procederá de la manera habitual: se plantearán unas hipótesis de partida. Estas hipótesis, asociadas a los objetivos del trabajo, se definirán en el capítulo siguiente, una vez explicado el marco teórico general en el que se desarrolla la investigación (generado a partir de la discusión sobre las distintas escuelas historiográficas acerca de la industrialización y el desarrollo valencianos

del XIX). La validez de las hipótesis se establecerá a través de la aplicación de esta metodología en el capítulo de conclusiones.

1.4 Antecedentes y justificación de la investigación.

Los tres ámbitos en los que hay que buscar los antecedentes de esta tesis son:

1.4.1 La historiografía económica valenciana y concretamente, la historiografía sobre la industrialización valenciana del XIX y principios del XX.

En lo que se refiere a los aspectos más generales, existen unos modelos teóricos de partida, que se citarán expresamente en el siguiente capítulo y también algunas obras de referencia, especialmente (Martínez Gallego, 1995), que hace una completa descripción de la evolución de muchos sectores industriales valencianos durante esos años. Sin embargo, los objetivos de este trabajo de investigación son de naturaleza más específica. En ese sentido, se partirá también de algunos estudios particulares sobre sectores industriales o empresas concretas, que se citarán en la bibliografía de los capítulos correspondientes.

Quedan por aclarar muchos aspectos de la industrialización valenciana del XIX. (Álvarez Rubio, 2000), por ejemplo, reclama más estudios sobre la industrialización desde un ámbito geográfico más restringido, en el sentido de que son necesarias nuevas explicaciones, más allá de los modelos de aplicación general. Concretamente, insiste en que la diversidad del tejido manufacturero valenciano, aconseja un paso más en la propuesta de “estudios micronalíticos, locales y/o sectoriales.”

Más adelante sugiere que hay que hacer un esfuerzo por averiguar hasta qué punto “el modelo valenciano de desarrollo e industrialización cumple los cánones o aparece como una especie de contramodelo cuya complejidad y especificidad obliga para su comprensión a explicaciones nada sencillas”.

No es nueva la discusión sobre la posibilidad de construir historia a partir de la historia local y del microanálisis, como se puede ver en (Serna

& Pons, 2003). En ese sentido, este trabajo de investigación, pretende ser uno de esos “estudios microanalíticos” que, usando un evento particular, tal cual fue la Exposición, restringido en el tiempo (1909) y en el espacio (la ciudad de Valencia), contribuya a comprender mejor ese proceso de desarrollo e industrialización tan debatido.

1.4.2 Los estudios concretos publicados sobre la Exposición.

En general, se puede afirmar que existen amplios antecedentes historiográficos de todas las grandes exposiciones decimonónicas. Sin embargo, el aspecto al que se ha dedicado la mayor parte de los esfuerzos ha sido al análisis y comprensión de su arquitectura y de su ideología. El continente ha sido estudiado como portador fundamental de los propósitos subyacentes de las exposiciones. La Exposición no es una excepción. En este caso, se dispone de una obra de referencia fundamental (Vegas, 2003), que también será ampliamente citada. Precisamente, este trabajo de investigación sobre la Exposición pretende ser, para el contenido, lo que fue (Vegas, 2003) para el continente.

A raíz de los dos aniversarios de la Exposición (1959, y sobre todo, 2009), han visto la luz cierto número de publicaciones de más o menos ambición científica. Este trabajo partirá también de esos antecedentes para intentar comprender mejor qué fue la Exposición y cuál fue la importancia de la industria y lo “industrial” en la Exposición.

Con motivo del cincuentenario de la Exposición, el Ateneo Mercantil de Valencia publicó un libro en el que se recogían los testimonios de alguno de los participantes en la Exposición, junto con opiniones y valoraciones de algunos estudiosos. Será referenciado aquí como (Ateneo, 1959). Pese a no ser un documento coetáneo, ha sido un texto útil para varios trabajos sobre el tema, porque añade información a lo que ya se conocía de la Exposición. (Vegas, 2003) extrae de él el testimonio del arquitecto Francisco Mora, uno de los pocos protagonistas supervivientes de aquella época y (Boira, 2006) lo usa para estudiar la valoración que hacían de los aspectos políticos de la Exposición los poderes de los años centrales del franquismo.

Cincuenta años después, el Ateneo ha vuelto a publicar una recopilación de artículos sobre aspectos diversos de la Exposición. Esos artículos también constituyen un antecedente de este trabajo. En especial en lo que se refiere a la interpretación y significados de la Exposición. Se

tratará más ampliamente este asunto, dada la fuerte relación que existe entre la interpretación ideológica de la Exposición y la valoración de la presencia industrial en ella. Precisamente, en ese texto, (Boira, 2009) se pregunta: “¿Qué se sabe de la Exposición de 1909? Cien años después de su celebración, la Exposición Regional Valenciana es, todavía, una gran desconocida para el gran público.” Este trabajo pretende contribuir a paliar, en parte, ese desconocimiento.

Con el mismo motivo del centenario de la Exposición, el Ayuntamiento de Valencia ha promovido la publicación de varias obras: (Pérez Puche, 2009) o (Solaz, 2009) que, aunque no son publicaciones científicas, también pueden ser considerados antecedentes de este trabajo, puesto que reflejan en parte la visión que de la Exposición ha llegado hasta el presente.

1.4.3 La documentación generada por la Exposición.

Los autores citados en el apartado anterior han hecho abundante uso de la extensa documentación generada por la Exposición. Como los objetivos de este trabajo de investigación son ligeramente distintos a los suyos, se retomará parte de esta documentación para obtener nuevas informaciones sobre el contenido “industrial” de la Exposición.

El principal impulsor de la Exposición, Tomás Trénor, escribió una “Memoria de las Exposiciones Regional Valenciana de 1909 y Nacional de 1910”, editada por Miguel Gimeno y aparecida en Valencia en 1912, es decir, muy poco tiempo después de la clausura y desmantelamiento del recinto, si se considera que se prolongó en activo hasta noviembre de 1910. Los objetivos de Trénor eran dejar constancia del proceso organizador de la Exposición y defender su gestión. Este primer documento, la propia memoria del evento, ha resultado ser el más importante para los investigadores del tema. Será referenciada como (Trénor, 1912).

Durante el desarrollo del evento, se publicaron dos catálogos de expositores a modo de guías para la visita. Una para la Exposición Regional Valenciana de 1909 y otra para la Exposición Nacional. En esos catálogos se presenta una relación completa de los expositores de la muestra, se recoge a menudo publicidad de éstos entre sus páginas, y se realiza un recorrido entre los pabellones, describiendo brevemente el

contenido y las empresas presentes en cada uno de ellos. Gran parte de este trabajo de investigación ha consistido precisamente en el análisis del Catálogo de la Exposición de 1909. Dos versiones de este catálogo han sido usadas: el original y un facsímil editado con motivo del centenario de la Exposición y que será referenciado como (Catálogo, 1909).

Entre el 20 de mayo de 1909 y enero de 1910 se publicaron 27 números de la revista “Valencia, literatura, arte y variedades”, dedicada casi en exclusiva a narrar lo que estaba aconteciendo en la Exposición y a publicitar lo expuesto. En este trabajo de investigación se ha usado un facsímil editado con motivo del centenario de la Exposición y que será referenciado como (Valencia, literatura, 1909).

Con motivo de la Exposición, la “Secretaría general de propaganda” del “Comité ejecutivo de la Exposición Regional Valenciana” publicó dos guías con información y propaganda del certamen y de todo el territorio valenciano destinada a ayudar a los visitantes foráneos. Aunque no han resultado tan valiosas como los documentos anteriores, también se ha usado en este trabajo de investigación. La guía “Valencia y su Región” será citada como (Guía, 1909) y la guía con la que se obsequió a los asistentes al II Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, que tuvo lugar en la Exposición será citada como (Congreso, 1909).

La cuantiosa documentación administrativa que generó el proceso de organización del evento es propiedad del Ateneo Mercantil de Valencia, organizador de la Exposición. Pero como explica (Vegas, 2003), que la estudió detenidamente, se encuentra desordenada y hay abundantes lagunas, fruto de las pérdidas producidas durante la guerra civil. No se ha recurrido a ella.

Además de esa información específica, existe una gran cantidad de información genérica sobre la Exposición. Es en su mayor parte información gráfica (postales y fotografías). Refleja bien las características excepcionales de la Exposición, y su capacidad para erigir en un periodo de tiempo rápido unas obras e instalaciones que impactaron a la opinión pública española de la época. Además, el inusual periodo de casi dos años que estuvo abierta, motivó una atención especial por parte de la prensa y revistas coetáneas. La Exposición fue fotografiada y transmitida en su día a día en numerosos diarios y semanarios de la época, en forma de propaganda o de crónicas. Algunas de esas imágenes se han usado para ilustrar este documento.

La Exposición ocupó muchas páginas en los periódicos valencianos de 1909 y 1910. (Vegas, 2003) habla de “El Mercantil Valenciano”, “La Correspondencia de Valencia”, “El Correo”, “Las Provincias”, “El Pueblo”, “La Voz de Valencia”, “Valencia Nueva”, “El Radical”, “Impresiones”. También de los periódicos de la ciudad de Alicante: “El Liberal”, “El Noticiero”, “El Demócrata”, “La Correspondencia Alicantina”, “El Heraldo de Alicante” y “El Graduador”; y de la ciudad de Castellón: “El Clamor de Castellón”, “El Heraldo de Castellón”, “La Provincia y La Cruz”

También los periódicos de ámbito español le dedicaron mucha atención: “Blanco y Negro”, “Nuevo Mundo”, “La Ilustración Española y Americana”, “ABC”, “La Ilustración Artística”, “La Ilustración Catalana”, “La Actualidad”, “Actualidades”, “El Imparcial”, “La Época”, “El Liberal”, “El País”, “Heraldo de Madrid”, “La Correspondencia de España”, “El Mundo”, “España Nueva”.

A nivel internacional, la Exposición tuvo cierto reflejo en la prensa francesa: “*Le Figaro*”, “*Le Journal*”, “*Le Matin*”, “*L’Echo*” y “*Le Figaro Illustré*”. (Vegas, 2003) ha estudiado estas referencias con el objetivo de determinar la importancia y repercusión de la arquitectura de la Exposición.

Por desgracia, estas crónicas periodísticas centraron su atención en los acontecimientos y en el continente, más que en el contenido (circunstancia interesante y que será analizada más adelante), así que no han sido de gran utilidad, finalmente, en este trabajo.

Puede verse que una de las características diferenciadoras de la Exposición frente a otros eventos coetáneos fue el gran despliegue informativo y propagandístico. Tan formidable fue el despliegue propagandístico que como han investigado (Gil & Millán, 2009) confundió muchos empresarios y contratistas extranjeros que escribieron al Comité organizador ofreciendo servicios, espectáculos e instalaciones, creyendo que la Exposición era de ámbito internacional.

Toda esta abundancia de información y propaganda tiene una explicación sencilla: el Comité, previó en sus presupuestos con una partida específica destinada a la publicidad de la Exposición en la prensa de ámbito extralocal, gestionada por el doctor Alejandro Settier. Settier debía hablar francés y esto (junto a los intereses empresariales de Trénor) no sería ajeno a la extensa difusión de la Exposición en Francia y en el norte de África a través de la prensa francesa.

1.5 Metodología.

Como ya se ha apuntado arriba, en este trabajo de investigación, se seguirá el procedimiento metodológico habitual en historiografía (el llamado “método histórico”), que la mayor parte de los autores consideran compuesto de tres fases o etapas (Behan, 1984):

1.5.1 Primera fase: Heurística o búsqueda de las fuentes.

Se ha procurado recopilar la información de mayor relevancia sobre el contenido de la Exposición y sobre la industria valenciana de la época, tanto información particular como tratados generales. La información más valiosa ha sido precisamente la generada directamente por la Exposición. En especial, como ya se ha dicho, la memoria del evento (Trénor, 1912) y el Catálogo de expositores (Catálogo, 1909).

En lo que se refiere a la información acerca de la industria valenciana de finales del XIX y principios del XX, se ha usado como guía fundamental a (Martínez Gallego, 1995) para organizar la información sobre los distintos sectores industriales que estuvieron presentes en la Exposición. Para cada sector concreto, se han buscado las fuentes específicas que se relacionan en la bibliografía.

Esta fase del trabajo se verá reflejada especialmente en la primera y segunda parte del presente documento.

1.5.2 Segunda fase: Crítica o valoración de la validez de las versiones contradictorias.

Ha sido necesario realizar una labor de interpretación de algunos aspectos de la documentación generada directamente por la Exposición. Los propósitos de esta documentación no eran, obviamente, científicos, sino propagandísticos. Evidentemente, la guía (Guía, 1909) o el Catálogo (Catálogo, 1909) tenían como fin ensalzar y promocionar los productos y las empresas anunciantes y en numerosas ocasiones ha sido necesario deslindar cuándo el expositor es un mero comerciante que pretende ser

fabricante, o cuando una pequeña empresa pretende aparecer como una gran compañía. Es significativo que en una de las primeras páginas de (Guía, 1909) se diga: “*Dentro del texto de esta Guía no hay ningún reclamo, ni la más insignificante indicación laudatoria obtenida por dinero*”.

Además, un acontecimiento tan singular y complejo como la Exposición ha generado numerosas interpretaciones con hondas resonancias políticas y sociales. Se dedicará un apartado a revisar cómo los diversos autores han interpretado el significado y el simbolismo de la Exposición, ya que las interpretaciones generales del evento afectan a las interpretaciones particulares (importancia de la industria en la Exposición) en las que se centra este trabajo.

Y cuando se amplía el marco de análisis y se estudia la evolución de los sectores industriales valencianos en los años en torno a la Exposición, la problemática de interpretación es justamente la contraria a los problemas de exageración propagandística citados en el párrafo anterior. Las fuentes usadas por la mayor parte de los autores estudiados tienden a minimizar el tamaño o capacidad de las distintas industrias. La razón es la naturaleza legal o fiscal de una parte importante de la información seleccionada para estudiar los procesos de industrialización y desarrollo (García Orallo, 2003)

En el inicio de (Martínez Gallego, 1995) se advierte acerca de los problemas que ocasionan esta clase de fuentes de información. Aquel trabajo usa varios tipos de fuentes; pero el más importante son los datos de la sección de estadística del archivo de la Diputación Provincial de Valencia. En esos archivos, reposa una parte importante de la historia de la industria decimonónica valenciana: pleitos con los vecinos por las molestias ocasionadas por las instalaciones fabriles, petición de patentes y sobre todo, contabilidades. Pero las estadísticas de riqueza del XIX están siempre sesgadas a la baja, dada su entidad fiscal.

Concretamente, el autor recuerda una de las escenas finales de la novela “Doña Luz” de Juan Valera: un inspector de hacienda llega a una localidad andaluza (Villafría); se entera de la riqueza industrial del lugar (sector del aguardiente, harinas, almazaras). Los de Villafría exageran sus riquezas pues no saben la condición del visitante. Cuando su cargo se desvela, entra en juego el que debía ser el comportamiento habitual del caciquismo decimonónico: los mayores contribuyentes, reunidos, deciden sobornar al inspector. Así pues el censo industrial de Villafría se ve disminuido y no refleja la verdadera realidad.

Concluye que en las localidades valencianas del Ochocientos ocurre lo mismo: “se declara la posesión de un molino y se afirma que se trabaja seis meses, cuando trabaja un año entero; se declara un pequeño taller de coser sombreros, cuando se tiene una gran empresa que utiliza formas de trabajo a domicilio; se suscribe la posesión de una empresa azulejera con 50 trabajadores, cuando son cerca de 500 los que por otro cauce se descubren... Finalmente: el propio fraude fiscal es un dato sobre las formas de reproducción del capital en los orígenes de la industrialización”.

Por todo ello, y especialmente en el núcleo del trabajo, se ha confiado más bien en los análisis de tipo cualitativo que en los cuantitativos; se ha preferido comparar abundancia de publicidad o presencia en la Exposición que series temporales de facturación de un sector, inexactas y poco fiables. Del mismo modo que en algunos sectores, la reducción del número de empresas hacia el final del XIX no indica una recesión, sino un proceso de concentración. Y todas estas son circunstancias bastante comunes en los estudios “microanalíticos”, como pretende ser este. En cualquier caso, los datos cuantitativos han sido imprescindibles para explicar la evolución de todo el sistema económico o para comparar sectores entre sí. Se ha intentado asegurar la fiabilidad de los que se han usado.

El procedimiento que se ha seguido ha sido el mismo para todos los sectores considerados: se ha estudiado el sector industrial hasta 1909 y se ha contrastado esa información con la información acerca de las empresas expositoras (sus productos, sus capacidades, la publicidad que desplegaron). Para cada sector, se anotan unas primeras consideraciones que se extenderán en la síntesis posterior.

Esta fase del trabajo se verá reflejada especialmente en la segunda y tercera partes del presente documento.

1.5.3 Tercera fase: Síntesis.

Es la fase en donde se situarán los datos en un marco mayor, estableciendo relaciones causales y contrastando las hipótesis de partida. Con la síntesis se pretenderá dar respuesta al objetivo fundamental de la investigación (averiguar la importancia de la industria en la Exposición y

la importancia de la Exposición para la industria) y a los otros cuatro objetivos secundarios planteados inicialmente.

Esta fase del trabajo se verá reflejada en el capítulo de conclusiones del presente documento.

1.6 Sobre terminología, toponimia y tipografía.

El objeto de este trabajo es la industria de la ciudad de Valencia y su zona de influencia en el período en torno a la Exposición. Así, se ha utilizado el término castellano “Valencia” para hacer referencia exclusiva a la ciudad y a las áreas inmediatamente circundantes (*l’Horta*). Para nombrar a otras zonas y comarcas del territorio, como por ejemplo, La Ribera o *Xàtiva*, se ha indicado explícitamente. Cuando se usen los términos “la capital” o “la ciudad”, también se hará referencia a la ciudad de Valencia.

Cuando se pretenda nombrar a la Provincia de Valencia, existente (con algunos cambios) desde la división provincial de Javier de Burgos de 1833, se usará el término explícito “Provincia de Valencia”. Cuando se citen las tres provincias en las que se dividió el antiguo Reino de Valencia (especialmente en algunas tablas o gráficos), se usará la terminología castellana Alicante, Castellón, Valencia.

Los territorios que formaban el antiguo Reino de Valencia hasta la quiebra foral de 1707, (con la inclusión de la comarca de Requena-Utiel en 1851), han tenido y tienen diversas denominaciones. Por ello, conviene hacer algunas aclaraciones al respecto, dado el controvertido carácter del tema, que trasciende lo científico. Para denominarlos, se usará habitualmente la fórmula que tienda a usar el autor citado en cada momento, sin que ello implique preferencia académica por el término. Así, en lo que se refiere a la historia económica o la historia de la industrialización, se usará en muchas ocasiones, el término habitual en la historiografía “País Valenciano” o “el país”. En otras ocasiones, para referirse a ese ámbito geográfico, también se usará “Región Valenciana”, si es el que ha preferido el autor. En otros casos, se usará el término “las provincias valencianas” o fórmulas más genéricas como “el territorio valenciano”. Cuando se hagan referencias contemporáneas se usará la terminología “Comunidad Valenciana”, oficial desde 1982.

Para facilitar la lectura del documento, se usará tipografía normal en la mayor parte del mismo, incluyendo nombres de empresas o apellidos extranjeros. Se usará cursiva para:

- la toponimia en valenciano de algunos barrios o calles de la ciudad de Valencia o algunas comarcas o bien, frases en valenciano en la fuente original.
- las citas textuales de documentos procedentes de la época de la Exposición, para distinguirlas de citas textuales contemporáneas.
- cierta terminología económica o geográfica extranjera que no se considere de uso habitual, o bien expresiones latinas.

1.7 Estructura del documento.

Además de esta introducción (primer capítulo), el documento está estructurado en tres partes (divididas en once capítulos) y dos anexos.

La primera y segunda parte agrupan los capítulos que describen el entorno en el que tuvo lugar la Exposición. El presente trabajo de investigación estudia la industria en la ciudad de Valencia y su entorno geográfico en el período en torno a la Exposición (las últimas décadas del XIX y los primeros años del XX). Se trata por ello, de un entorno socioeconómico amplio, quizás demasiado amplio. Aunque los tres primeros capítulos no contienen aportaciones estrictamente originales, se ha organizado y reinterpretado la información disponible de una manera novedosa que permite contemplar con una mejor perspectiva las transformaciones tecnológicas y económicas que fueron mostradas en la Exposición.

En la primera parte, se han tratado los aspectos socioeconómicos. El segundo capítulo enmarca el trabajo de investigación dentro del antiguo debate acerca del carácter de la industrialización y el desarrollo valencianos. Se trata del “estado del arte” del tema general en el que se enmarca este trabajo. Atendiendo a la existencia de varios modelos generales, era necesario establecer el ámbito en el que se sitúa el trabajo, para poder enunciar las hipótesis de partida.

El tercer capítulo describe la Valencia de la Restauración y del blasquismo. No se ha buscado la mera repetición de conocimientos ya sabidos, sino el análisis de la trayectoria e ideología de las clases dirigentes en el cambio de siglo. La Exposición fue la manifestación sobresaliente de su predominio social. Se ha hecho especial hincapié en

la transformación de las distintas clases sociales, producto de los fuertes cambios económicos que estaban teniendo lugar.

En ese tercer capítulo también se han descrito en detalle las transformaciones urbanas y las infraestructuras de la ciudad de final del XIX y principios del XX. Esas transformaciones ejercieron un efecto de tirón importante sobre algunos de los sectores industriales considerados. La Exposición fue en cierto modo, el colofón, la consecuencia lógica de la transformación y de la modernización urbana.

La segunda parte del documento se sitúa en una rama de la historiología más concreta y acotada: el de la historia industrial y económica. Se ha pretendido comprender cómo eran exactamente las empresas industriales que participaron en la Exposición y cuáles eran sus capacidades económicas y tecnológicas. Como se ha dicho, se ha adoptado un enfoque predominantemente cualitativo, aunque no se ha renunciado a usar estadísticas o series históricas, cuando se ha considerado adecuado. El cuarto capítulo, el de mayor extensión, describe cuál era la situación de las empresas industriales valencianas a finales del XIX y principios del XX. Para cada sector empresarial, se ha trazado su evolución a lo largo de las décadas finales del XIX y se ha indicado qué empresas estuvieron presentes en la Exposición y qué expusieron. Se pretende establecer la lógica que llevo a unas empresas a sobrevivir y a crecer y a otras a extinguirse. Se ha pretendido también identificar qué sectores tuvieron más presencia en la Exposición y por qué. Se ha organizado el capítulo, de un modo ortodoxo, en “sectores industriales”. Esa taxonomía, que podría ser válida también para análisis contemporáneos, se mantendrá al estudiar las empresas concretas presentes en la Exposición.

Esta división del documento en una primera parte “general” y otra segunda parte “sectorizada y particular” es arbitraria y quizá, discutible. ¿Cuál es la distinción entre el estudio de la sociedad, del urbanismo y de la industrialización en los distintos sectores empresariales? Todas estas áreas son facetas de una misma realidad cambiante y compleja: el desarrollo de los distintos sectores industriales o “preindustriales” fue causa y consecuencia de los cambios acontecidos en la ciudad. Sin el derribo de las murallas y la expansión del núcleo urbano no se hubieran podido asentar diversos talleres, que al contratar y formar a sus empleados, generaban una nueva clase social, el proletariado urbano, que a su vez, hacía de agente transformador de la sociedad y del urbanismo. La Exposición aparecerá así como el resumen, el momento en que los cambios acontecidos en esa sociedad compleja se manifestaban en un

hecho concreto. Es decir, se pretende que las dos primeras partes del documento faciliten la comprensión del momento en que las tendencias sociales e industriales desarrolladas a lo largo del XIX y principios del XX cuajaron en la Exposición.

A ese evento concreto, la Exposición, se llega en la tercera parte del documento. Esta es la parte que contiene la mayoría de las aportaciones originales y en ella se pretende alcanzar los objetivos de partida y justificar las hipótesis realizadas. Esa parte comienza con un detallado análisis del significado de las grandes exposiciones decimonónicas y el predominio en ellas de los temas industriales en el quinto capítulo y sexto capítulos. Se tratan los antecedentes de la Exposición, tanto en Valencia, como en España. Se sitúa así a la Exposición en un marco adecuado, pues la Exposición fue al mismo tiempo similar y diferente a lo que se había hecho hasta la fecha.

En el capítulo séptimo, se describe el proyecto de la Exposición y su desarrollo. El capítulo octavo presenta la investigación acerca de la presencia industrial en ella. En este capítulo se recoge y agrupa lo que se dijo en el capítulo cuarto al respecto de los diferentes sectores. Se pretende establecer así una visión de conjunto sobre la industria valenciana en 1909 y la industria valenciana presente en la Exposición. Por ello, el capítulo octavo es el núcleo fundamental del trabajo. En el capítulo noveno, se trata la evolución de la industria valenciana en los años inmediatamente posteriores a la Exposición.

Al final de la tercera parte, se establecen las conclusiones en el capítulo décimo (verificando la validez de las hipótesis de partida, de acuerdo a los objetivos enunciados anteriormente) y en el décimo primero se delimitan las posibles futuras líneas de trabajo en este tema.

Se presentan dos anexos al documento que sirven de apoyo a las ideas desarrolladas en el trabajo. El anexo I es una cronología de acontecimientos en torno a la Exposición durante los años 1908, 1909 y 1910, tomada en su mayor parte de (Vegas, 2003) que complementa el capítulo acerca del proyecto y del desarrollo de la Exposición. En el Anexo II se explica el trabajo con la base de datos en la que se han organizado y clasificado los expositores presentes en la Exposición Regional de 1909.

2 EL VIEJO DEBATE ACERCA DE LA INDUSTRIALIZACIÓN VALENCIANA DEL XIX.

2.1 El paradigma de la No Industrialización.

La visión clásica del fracaso industrial español adoptó en la historiografía valenciana una versión autóctona: el fracaso en la industrialización local, vinculado a la ausencia de una burguesía industrial protagonista. El origen del modelo, como de tantos otros paradigmas, puede situarse en el ensayo *Nosaltres, els valencians*. (Fuster, 1962). En lo referente a la industrialización valenciana, el discurso fusteriano podría resumirse (quizá simplificando demasiado) en el siguiente razonamiento: si consideramos únicamente burgués a quien dispone de capital industrial y lo reproduce mediante trabajo asalariado, dicha clase no existió en el País Valenciano en el ochocientos y buena parte del novecientos.

La presunta ausencia de esa burguesía “manchesteriana” era, para Fuster, una parte importante de su explicación acerca del sucursalismo e inoperancia política de las clases dirigentes valencianas; pero también un intento de espolear conciencias y afanes investigadores. Se fijaba así un modelo que marcó la investigación en el área durante los años 70 del siglo XX. Como recoge (Álvarez Rubio, 2000), toda una generación de historiadores valencianos se había educado con frases tan taxativas como “*el camp ho es tot al País Valencià. La nostra és una economia fonamentalment agrària i això determina en bona mesura el caràcter i el comportament genèrics de la societat*” (Fuster, 1962). Así que esa generación necesariamente, tenía que trabajar según el paradigma de la no industrialización. La “provocación” fusteriana surtió efecto y al socaire de la polémica suscitada por “*Nosaltres...*”, se iniciaron una serie de estudios que parecían confirmar el supuesto “fracaso de la industrialización”.

En (Giralt, 1968) se analizaba la modernización de la agricultura valenciana durante el ochocientos y se concluía que el resultado de tal fenómeno, una vez adaptada la sociedad a las convulsiones revolucionarias de mitad del XIX, había sido una especie de “vocación universal” del valenciano por la agricultura, que hundía sus raíces en el siglo XVIII. “*perquè no són el llaurador o el terratinent només els qui pensen en la*

terra. Es quasibé tothom qui té quatre pissetes sobreres. És una mena de vocació universal". Y al respecto de la clase social surgida de tal modernización agraria, se afirmaba más adelante. *"mai no farà gran cosa per a industrialitzar el país"*.

Es decir, la debilidad de la industrialización valenciana parecía deberse a la distracción de los capitales que deberían haberla financiado. Los propietarios valencianos tuvieron que rescatar a un alto precio las tierras antes amortizadas por la Nobleza o la Iglesia. Otro autor importante (Sanchis Guarner, 1999) explica que ese dinero, de un modo u otro, bien comprando tierras, bien invirtiéndose en las finanzas madrileñas, abandonaba el país. Por otro lado, la posibilidad de invertir el dinero en una agricultura en expansión más estable y segura que las actividades industriales absorbió tanto los ahorros de la clase media urbana como las ganancias de los propios labradores.

En 1975, aparecía el clásico trabajo de Nadal "El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913" (Nadal, 1975), punto de partida del estudio contemporáneo de la industrialización de las distintas regiones españolas. La historiografía valenciana se podía vincular así con una de carácter más general que interpretaba la economía española del XIX en términos duales (lo capitalista minoritario, financiero, minero e industrial frente a la economía agraria de subsistencia, mayoritaria) (Sánchez Albornoz, 1977).

Según (Martínez-Val, 2001) el modelo general sería el siguiente: durante la Restauración borbónica, la "élite agraria fue uno de los soportes del sistema político". Esa élite, esencialmente caciquil, no entendía la industrialización como una herramienta de progreso, sino como una posible vía para subvertir el orden entonces establecido. El miedo al proletariado industrial y al fenómeno socialista, fue determinante en mantener el *status-quo* agrarista y oligárquico.

La industrialización catalana aparecía así un asunto ajeno a la élite agrícola-política de la Meseta, entre otras cosas porque la estructura agraria de Cataluña se había transformado fuertemente y había pasado de producir para consumir a producir para comerciar (Nadal, 1975). También fue ajena a esta actitud inmovilista de los poderes centrales la industrialización vizcaína, aunque en este caso la dinámica fuera distinta: la explotación minera se llevaba a cabo para la exportación. Las divisas transformaron Vizcaya y dieron lugar a una élite financiera. El desarrollo adoptaba una forma exógena. Aún cuando los Altos Hornos fueron

extendiéndose por Vizcaya, la actividad minera y bancaria dominó durante todo el XIX sobre la industrial.

Como resume (Álvarez Rubio, 2000) “A fin de cuentas, afirmada la tesis general del ‘fracaso de la industrialización’ en España y confirmados los logros industrialistas de un par de excepciones como Cataluña y Vizcaya, bien podía afirmarse la más restringida de similar fracaso en el caso del País Valenciano que veía también confirmado en su interior la existencia de auténticos ‘poros’ industriales como el paradigmático de *Alcoi*”. La historia del desarrollo y de la industrialización de las tierras valencianas parecían así un reflejo local de la historia general del desarrollo y de la industrialización deficiente de España: un fracaso con excepciones, un desierto con oasis.

(Martínez Gallego, 1995) recuerda que la idea del fracaso industrializador y de la ausencia de una clase burguesa y dirigente en el siglo XIX valenciano se mantuvo firme a lo largo de los 80, (Palafox, 1982) y (Carnero, 1988). Según Palafox, el crecimiento del capitalismo valenciano se había efectuado sin industrialización y dependiendo de “la especialización en la producción de bienes agrícolas para el mercado exterior”. Según este modelo, los enclaves innegablemente industriales (como *Alcoi*) eran excepciones a la regla y las limitaciones del mercado (de la demanda interna) la causa de que los antiguos sectores manufactureros ya existentes durante el Antiguo Régimen no se transformaran en industrias de nuevo cuño. Como se verá más adelante, muchas de estas hipótesis no se sostenían ante un estudio (ante estudios concretos) más detallados. Pero esos estudios no se habían hecho.

Ante los historiadores aparecían unos hechos destacados que les confundían: según una frase de (Calatayud, 2007), “la decadencia de la seda, la crisis financiera de 1860 y la atracción de capitales por parte de una agricultura triunfante, hicieron pensar a muchos historiadores que la industria había sido marginada en la economía valenciana de la época”.

El caso de la sedería resultaba, en ese sentido, emblemático, ya que siempre se vio en él el sector que debería haber dado el salto a la industria capitalista (Martínez Santos, 1981) y no lo dio. Más adelante, se volverá a considerar este sector, cuya escasa presencia en la Exposición es muy significativa.

El desarrollo valenciano del XIX no tenía solamente una faceta agrícola, aunque esta resultara la más importante y sus luces y sombras influyeran

fuertemente en el resto. Se trataba de un desarrollo agrícola con profundos y fuertes síntomas de desequilibrio entre los sectores más comerciales (naranja y vid) y la atrasada agricultura de secano o, incluso, prácticas anticuadas en la agricultura de regadío. Según (Carnero, 1988) “si bien es indiscutible que se había impulsado de forma considerable la modernización de su principal sector productivo – la agricultura- ello no implica que se hubieran erradicado todavía algunos de los principales rasgos de su atraso económico”. Un atraso económico que no dejaba de afectar a la propia agricultura y que, además, a pesar de “los efectos multiplicados del dinamismo de la agricultura de exportación sobre el crecimiento de la industria autóctona” (Palafox, 1982) se traducía globalmente en una “sociedad con industria pero no industrializada”. Era el modelo del “crecimiento sin industrialización” con el que el País Valenciano parecía entrar en el siglo XX.

Los inicios en la formación de la base industrial se caracterizaron por su concentración en unos pocos núcleos, que según (Martínez Serrano, 1980A) no consiguieron producir un efecto difusor en su entorno. La industria de la ciudad de Valencia, la principal protagonista de la Exposición, no fue capaz de impulsar su implantación más allá de los estrechos límites marcados por la comarca de *L’Horta*. Efectivamente, más adelante, se constatará que la Exposición fue, ante todo y sobre todo, una muestra de la industria de la ciudad. Por otro lado, el núcleo alcoyano, asimismo, a pesar de toda su importancia, careció de fuerza suficiente, para extenderse por una base mucho más amplia que las cercanas *Ontinyent* y *Bocairent* (Aracil, 1978).

(Martínez Serrano, 1980A) opina que con la división espacial de las actividades a nivel español, parece que el País Valenciano quedó relegado al desarrollo de unos sectores que aisladamente, no podían desencadenar un proceso de acelerada industrialización y que, en su conjunto, las relaciones interindustriales mostraban cierta debilidad y, por consiguiente, eran incapaces de generar un crecimiento económico “moderno” en sentido estricto.

Como se verá más adelante, muchos autores, al valorar el impacto de la Exposición de 1909, han aplicado este modelo de crecimiento sin industrialización, esta imagen de una sociedad de gran predominio agrario. La Exposición aparece así, engañosamente, como un evento en que la industria y el desarrollo económico no fueron lo fundamental. Este trabajo intentará refutar (o al menos, matizar) esta interpretación.

2.2 El discutido papel de la burguesía valenciana.

En el modelo de la “no industrialización”, se identificaba en la historia valenciana una doble carencia: no hubo revolución industrial y no hubo burguesía transformadora. Sin embargo, este marco general iba a cambiar con el paso del tiempo. Una nueva línea historiográfica aceptaba uno de los componentes del modelo: la ausencia de revolución industrial en el Ochocientos valenciano; pero empezaba a contradecir el otro: la ausencia de burguesía.

Según esta visión, el paso del Antiguo Régimen al capitalismo implicó una larga pauta de transiciones en la que fue emergiendo una nueva clase social ligada, primariamente, al capital comercial y agrario. Como se verá en el capítulo siguiente, esa clase social residía mayoritariamente en la ciudad de Valencia; pero tenía abundantes relaciones con el resto del territorio (especialmente como poseedores de tierras agrícolas). Se trataba de una clase que podría ser llamada, con mucho sentido, “burguesía”. Una vez establecidos los grandes principios del estado liberal, esa clase, sin abandonar su predilección agro-comercial, había ampliado su margen de acción al sector financiero. Precisamente será esta burguesía ciudadana, ligada a la agricultura, pero con una amplitud de miras más ancha que lo que se ha pensado tradicionalmente, la que promovió y organizó la Exposición. Y por ello resulta interesante que se trate aquí bajo qué puntos de vista ha sido estudiada por los diversos autores.

La obra “La vía valenciana”, que marca el comienzo de esta corriente, procede de otro autor fundamental (Lluch, 1976). Lluch crea el término “aristocracia financiera” para describir a la clase social dominante en Valencia desde mediados del XIX. La interpretación de Lluch fue reforzada por los estudios sectoriales (Ródenas, 1978) sobre la banca y (Hernández, 1983) sobre el ferrocarril. Ambas obras resaltan la figura del magnate José Campo como arquetipo de esa aristocracia. El que sería Marqués de Campo aparecerá varias veces en este trabajo. Posteriormente, (Pons & Serna, 1992) analizaron la participación de diversos burgueses de la ciudad de Valencia en algunas iniciativas industriales, aún advirtiendo que dicha actividad industrial “debe ser contemplada no como un interés real por un determinado sector industrial, sino como la derivación lógica de sus actividades”.

De alguna manera, se estaba afirmando que la permanencia y el impulso del sector agrícola, no suponía una rémora a la modernización, sino

simplemente, una forma específica de acceder a la nueva sociedad capitalista. Era un replanteamiento de la historia valenciana haciendo hincapié en la presencia de una economía agraria y comercial, dinámica y desarrollada, con unos sectores oligárquicos burgueses fuertemente interesados y comprometidos política y empresarialmente en los procesos de cambio que habían intentado consolidarse con mayor o menor éxito a lo largo del XIX.

En cualquier caso, no se discutía la idea de un país sin industrialización, de un capitalismo predominantemente agrario y de una burguesía que, tras un breve ensayo de diversificación en los años centrales del siglo XIX, había vuelto su mirada y sus intereses hacia la tierra. La economía valenciana parecía haber ahogado sus potencialidades industrializadoras ante las expectativas de beneficio que una agricultura fuertemente comercializada prometía. (Torró, 1983).

La escuela creada por Lluçh concluía que la agricultura valenciana, superando las convulsiones del periodo revolucionario de 1868-1874, había llevado a cabo un proceso de modernización selectivo que dejaba fuera a amplios sectores y sobre todo, creaba profundos desequilibrios sociales. La falta de industrialización parecía así deberse a una agricultura con suficientes incentivos como para desviar la inversión económica hacia ella, pero con la paradoja final de un sector agrario sometido a muchos elementos de atraso y, sobre todo, con muy poca capacidad de integración entre sus diversos componentes y subsectores y escasa potencialidad en sus efectos sobre otros sectores económicos. Es decir, incapaz de generar una demanda interna suficientemente amplia para producir un cierto despliegue industrial.

Para (Martínez Gallego, 1995) ambas líneas historiográficas habían contribuido al mejor entendimiento de algunas cuestiones importantes: por ejemplo, se había asumido la categoría histórica de burguesía para el capitalista agrario o se había profundizado en la investigación de la empresa agrícola valenciana del XIX y sus aspectos financieros. Sin embargo, partían de la hipótesis de la no industrialización y eso les impidió valorar adecuadamente los cambios cualitativos que realmente se habían producido en la Valencia del ochocientos.

Dos problemas quedaban así planteados:

¿Hasta qué punto se podía medir la agricultura valenciana del XIX en términos de “éxito” o “fracaso”?

¿Hasta qué punto esa agricultura había sido un impedimento para una industrialización plenamente identificable como tal?

2.3 El agotamiento del agrarismo.

La mayoría de los estudios acerca de la modernización de la agricultura valenciana se habían limitado en el límite cronológico de la primera mitad del XIX. Pero (Garrabou, 1985) indagó precisamente donde otros se habían quedado: en la segunda mitad del siglo, que es cuando se dan las relaciones más intensas entre mejora de la agricultura e industrialización. Es cuando se produce la entrada de grandes capitales debidos a la exportación de naranjas y vino y es cuando la agricultura demanda más productos industriales *ad hoc* (bombas hidráulicas y equipamiento agroindustrial, de notable presencia tanto en la Exposición como en la serie de exposiciones previas que habían tenido lugar en la ciudad).

Como se verá en el siguiente capítulo, parecía claro que la agricultura valenciana, vista en su conjunto, había ido afianzando una gran capacidad de adaptación al mercado –lo que constituye un rasgo netamente capitalista- manifestada, entre otras cosas, en la renovación constante de cultivos. Se trataba de una agricultura intensiva en trabajo, desarrollada en un marco de estructura de propiedad nada polarizada. ¿Pero era válido considerar sus condiciones de mecanización y capitalización como “exitosas” o “fracasadas”?

Se había juzgado tradicionalmente con criterios preestablecidos, sin prestar demasiada atención a la dinámica histórica propia. (Garrabou, 1985) reubicaba el marco de análisis, que debía ser el de las agriculturas mediterráneas y no las atlánticas o las de la Europa central. El resultado era una visión de la agricultura del XIX moderadamente más optimista y también más integrada y global, aunque no por ello menos compleja. Se abrían, además, nuevas perspectivas para calibrar la racionalidad de agriculturas comparativamente “atrasadas” como las de secano, de las que se resaltaba su complementariedad económica y social con otras agriculturas de regadío, precisadas en determinados momentos de fuertes necesidades de mano de obra. Se prestaba especial atención a las diversas formas de cesión de la tierra y a su adecuación al contexto histórico-geográfico, así como al papel que desempeñaron en lo que acabó siendo, quizá, uno de los rasgos más característicos de la agricultura valenciana: el predominio en ella de la pequeña y mediana propiedad campesina.

El libro de Garrabou cerraba, como indicaba su mismo título, un falso dilema respecto a la evolución y características de la agricultura valenciana. Pronto las nuevas perspectivas que abrió, ayudaron a replantear las tradicionales y unidireccionales maneras de considerar las relaciones entre la agricultura e industria. Y la palabra “fracaso” empezó a ser desterrada de los análisis de la segunda mitad del XIX valenciano.

(Álvarez Rubio, 2000) recoge una frase coloquial de Fuster a principios de los 80 “*A vore quan els historiadors d'aquest País deixeu de comptar en fanecades*”. La interpreta en el sentido de que el mismo Fuster asumía el agotamiento del “paradigma agrarista”.

2.4 El concepto de protoindustrialización.

Hacia tiempo que los planteamientos relativos a la industrialización estaban siendo modificados, no sólo en la historiografía valenciana, sino en toda la europea. El término protoindustrialización había empezado a definir, ya desde los años 70 (aunque su repercusión entre los estudiosos valencianos es más tardía) no sólo una nueva manera de analizar las complejas relaciones entre el sector agrario y los procesos de industrialización, sino sobre todo, un cuestionamiento de los parámetros desde los que se había abordado la denominada, en otro tiempo, “revolución industrial”, (Millán, 1984) y (Collerman, 1985).

Así, el mismo Nadal, uno de los autores que habían desarrollado la hipótesis del fracaso industrializador, planteaba en (Nadal, 1987) que el crecimiento agrario valenciano no tuvo por qué ser incompatible con el industrial. Es decir, se preguntaba si el desarrollo de la economía valenciana había seguido una vía exclusivamente agraria. Seguía un camino abierto por (Azagra, 1982); donde se había estudiado el peso relativo de las regiones españolas en el reparto de la contribución industrial. Estas estadísticas serán retomadas en el capítulo siguiente. De algún modo, se estaba descubriendo que el País Valenciano del XIX estaba mucho más “industrializado” de lo que se pensaba. El problema radicaba, pues en lo que se entendía por “industrialización”.

(Vilar, 1964) había señalado dos conceptos históricos claves y distintos: el de “crecimiento” y el de “desarrollo”, que podían ser útiles para comprender la “industrialización” valenciana. El conocimiento de nuevos datos sobre la actividad económica de la segunda mitad del XIX,

hacía pensar que el proceso de crecimiento y desarrollo valencianos tenía abundantes matices y era mucho más complejo que lo que se había pensado. Se empezaba a descubrir que la agricultura valenciana del XIX no era un refugio final del capital, ni una opción exclusiva, sino un escalón más del circuito de capital impulsado por la racionalidad de la diversificación de riesgos. Este aspecto aparecerá mucho más claro cuando se analicen los diversos sectores industriales y se compruebe el movimiento de capital entre ellos y la agricultura. La propia Exposición será un reflejo de esta complementariedad.

Para no perder perspectiva de la complejidad de las actividades financieras de la élite valenciana, hay que tener siempre presente, como recuerda (Martínez Gallego, 1995), que, en el ámbito del capitalismo, agricultura e industria no se enfrentan. Y recurre al clásico planteamiento de Thompson (Thompson, 1989): durante el siglo XVIII, el de la revolución industrial por excelencia, la inglesa, la agricultura fue la principal industria del país. De ahí que se pueda decir lo mismo para el País Valenciano durante el XIX y gran parte del XX.

Y en lo que se refiere a la etiqueta “industrializado”, nuevas maneras de ver las cosas se abrían. ¿Por qué considerar “desarrollo” la minería o el textil; pero no la fabricación de abanicos o instrumentos musicales? ¿Por qué considerar “industrial” la siderurgia; pero no la fabricación masiva de cajas para la exportación de frutas y hortalizas? Muchos de los sectores que mostraron su tecnología y su capacidad empresarial en la Exposición podrían ser calificados, en ese sentido, de “protoindustriales” o incluso, de plenamente “industriales”

Según el catedrático de economía aplicada, Ernest Reig: “Con demasiada frecuencia, la historia industrial valenciana del siglo XIX se ha resumido en una constatación, la crisis de la industria sedera, y en una tesis explicativa del retraso con que cuajó la industrialización, basada en la idea de que el esplendor agrario ahogó a una industria incipiente. Sin embargo, la realidad fue mucho más compleja, como se ha ido percibiendo a medida que ha avanzado la investigación historiográfica, y el panorama del que hoy en día disponemos para interpretar lo acontecido ofrece muchos más matices” (Reig, 2007A)

2.5 Síntesis y ámbito del trabajo de investigación.

Este trabajo de investigación no pretende llevar a cabo una refutación absoluta de marcos generales de análisis, elaborados por autores mucho más capacitados; pero su desarrollo y conclusiones le obligan a perfilar cuál es el prisma general a través del que se debe analizar la industria presente en la Exposición, y a la Exposición como reflejo y muestra de la modernización de la Valencia decimonónica.

La industria valenciana de final del XIX y principios del XX era mucho más importante cuantitativamente y cualitativamente de lo que la historiografía tradicional ha transmitido. Si bien, no se puede hablar en sentido estricto de “Revolución industrial”, sí que parece pertinente, con todos los reparos, hablar de una burguesía industrial y financiera que es la que organizó la Exposición, para mostrar su desarrollo y el de su país. Otra cuestión distinta, y sobre la que se volverá más adelante, es la manera en que esa clase se veía a sí misma y a la propia Exposición.

Por supuesto, ese crecimiento industrial del final del XIX no aparece de la nada. El desarrollo empresarial e industrial que la Exposición refleja tiene unos condicionantes históricos claros. Procede de una evolución paulatina, autógena, desde unas bases artesanales o preindustriales importantes. Según (Ardit, 1990), el País Valenciano, poseía en el siglo XVIII, un tejido “industrial” relativamente denso. Ese tejido, bien sectorialmente, bien de manera generalizada, debió sufrir un duro golpe en el contexto de las guerras comerciales del bloque borbónico contra Inglaterra a finales del XVIII y especialmente, después del ciclo bélico de principios del XIX (la guerra de la convención y la “francesada”). Pero se fue recuperando a lo largo del XIX. Y esa recuperación tuvo como colofón y como exponente máximo la Exposición.

Aunque la primera mitad del XIX no es demasiado bien conocida todavía, parece que se acentuó más el proceso de dispersión de la producción manufacturera, sin que de ello pueda deducirse un proceso general de “desindustrialización”. Sólo son constatables, algunos casos de involución en algunas viejas concentraciones industriales: la sedería en la ciudad de Valencia y la industria de la lana en Enguera y Morella (Millán, 1990). De ellas, se hablará más adelante, cuando se estudien estos sectores industriales de manera particular.

Se dispone de algunos indicios que permiten identificar un cierto esfuerzo “industrializador” desde los años 30 y 40 del XIX, en un

contexto especial que empezaría a estar dominado por la lógica del capital de origen agrario; pero también por la aparición de un peculiar capitalismo financiero autóctono que ensayó todas las posibilidades hasta la década de 1860. Si bien resultaba bastante evidente que el capitalismo valenciano no había adoptado una vía industrializadora exclusiva o dominante, también lo era que se consolidaran unas estrategias bastante más complejas de las que pudiese definir un capitalismo estrictamente agrario (VVAA, 1996).

Las fuertes inversiones en infraestructuras y los ensayos financieros de la élite valenciana, sin desmentir su fuerte vinculación al sector agrario, no reflejan exactamente una sociedad descapitalizada ni exclusivamente volcada sobre la tierra. Precisamente, la familia de Tomás Trénor es un buen exponente de esta evolución. Cuando Thomas Trenor Keating, el primero de la saga, se establece en Valencia, inicia negocios vinculados a la agricultura (importación y exportación de pasa escaldada de Denia); pero también entra en la industria de la seda y en el sector financiero.

Tras la crisis revolucionaria de los 60, agotadas ya las máximas posibilidades de negocio que ofrecían las instituciones políticas centrales y locales del liberalismo moderado, lo que sucedió no fue una vuelta exclusiva al sector agrario, por otro lado, nunca abandonado, sino una nueva y compleja fase de desarrollo de la economía y de la sociedad valencianas en la que esa agricultura, desde distintas perspectivas y desde distintas necesidades, iba a propiciar un notable impulso al sector secundario. Más adelante, se verá que entre los años 1875 y 1889, se produce un fuerte crecimiento económico en casi todos los ámbitos y en casi todos los sectores (incluidos los industriales o “protoindustriales”, como se prefiera). Las empresas nacidas y crecidas en ese período son las que van a estar presentes en la Exposición.

Según (Álvarez Rubio, 2000) a partir del último tercio del XIX, parece tener lugar el que parece ser el definitivo intento industrializador del país: un impulso que, por otra parte, no supuso en absoluto, la creación *ex novo* de nuevos sectores productivos, sino que se desarrollaría a partir fundamentalmente, del tejido manufacturero y de la tradición industrial preexistente. Es decir, una “industrialización” que no respondía exactamente a los cánones clásicos. De ahí, la reticencias de muchos estudiosos a identificarla como tal.

El marco en el que se va a estudiar la Exposición y la presencia de la industria en ella va a ser más optimista que la visión tradicional de falta

de desarrollo. El estudio de las empresas presentes en la Exposición mostrará sistemas productivos más complejos y poderosos de lo que cabría suponer con el paradigma de la “no industrialización”. La capacidad económica y tecnológica de los expositores, revela, con matices, la existencia de una base industrial altamente competitiva a nivel español, e incluso en algunos sectores, de gran capacidad exportadora.



Figura 2: Nave de tornos y ajuste de una fundición (indeterminada) a principios del XX. Archivo José Huguet. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

Otra cuestión, casi tan importante como todo lo anterior, es la imagen que los valencianos de finales del XIX y principios del XX pretenden dar de sí mismos y de su economía. La iconografía, el simbolismo de la Exposición, afectarán ineludiblemente al recuerdo y a la valoración del evento. La propia Exposición como acontecimiento influirá en la interpretación de la historia valenciana a lo largo de todo el siglo XX. Por eso, incluso en un trabajo de investigación sobre “historia industrial” es necesario tener en cuenta también esta cuestión, con toda su complejidad.

2.6 Hipótesis.

Una vez situado el marco teórico general en el que se va a desarrollar el trabajo de investigación se pueden enunciar las hipótesis del trabajo, de acuerdo a los objetivos enunciados en la introducción:

1º La primera hipótesis de partida es que en la Exposición tuvo una fuerte presencia la industria valenciana, tanto en el proyecto como en el contenido expuesto. La Exposición representaría así una confirmación de que la sociedad valenciana había experimentado una transformación plena desde una estructura agrícola y gremial a otra claramente industrial. Y en la Exposición, esa industria actuaba ya con criterios plenamente contemporáneos. Esta hipótesis se desarrolla a través de los siguientes puntos:

Aunque no se puede hablar de “Revolución Industrial” en sentido estricto u ortodoxo, sí que se puede hablar de “Revoluciones sectoriales”. Así, Valencia y su entorno entraban en el siglo XX con un desarrollo importante en la industria manufacturera, que ocupaba una posición avanzada a nivel español. Ese desarrollo o “industrialización sectorial” se reflejará en la Exposición.

Si la industria valenciana actuaba ya con criterios plenamente contemporáneos, la Exposición puede considerarse como un evento que resalta la importancia del binomio publicidad-mercados, en un sentido actual. Así que los análisis que se realicen a partir de la publicidad y de lo expuesto y presente en la Exposición son plenamente válidos.

La sociedad valenciana se veía a sí misma, a través de la Exposición como algo vivo y capaz de enfrentar retos considerables. La Exposición actuará así como un evento catalizador de energías sociales, como un momento único y así debe ser estudiado.

2º La segunda hipótesis de partida es que la Exposición efectivamente, marca un hito entre dos épocas. Así que los análisis realizados para los distintos sectores empresariales presentes y participantes en la Exposición pueden ser realizados en términos de “antes-después” respecto al año 1909.

3 ENTORNO SOCIOECONÓMICO: LA VALENCIA DE LA RESTAURACIÓN.

En su monumental obra “La ciudad de Valencia. Síntesis de Historia y de Geografía Urbana”, Sanchis Guarner titula el capítulo que describe el periodo que interesa a este trabajo, precisamente “Democracia e industrialización incompletas (1868-1909)”.

Obviamente, sigue la corriente dominante en la historiografía valenciana acerca de lo “irregular” o “anómalo” del proceso de industrialización en el XIX. Puesto que ya se trató prolijamente ese debate más arriba, no se volverá a considerar aquí. Pero lo más interesante del asunto es que fija como hito cronológico de aquel periodo el año 1909, es decir el de la Exposición. De alguna manera, viene en apoyo de la tesis de que la Exposición tuvo amplias repercusiones en muchos aspectos de la vida valenciana, entre ellos la estructura industrial de la ciudad y su entorno geográfico.

En este capítulo, se describirá el contexto socioeconómico de la Exposición. La información se organizará de acuerdo a tres epígrafes:

- a) Política y sociedad. Este apartado situará el contexto político, social y cultural de la Exposición: la llamada “Restauración”, con la alternancia de liberales y conservadores.
- b) La nueva ciudad, con su desarrollo urbanístico y el de sus infraestructuras y comunicaciones, y el fuerte efecto “tirón” que esto produjo en la incipiente industria.
- c) La economía valenciana. Este apartado pretende realizar una descripción genérica de cuál era la situación económica en el entorno cronológico de la Exposición. Se pretende así enlazar el marco teórico de análisis explicado más arriba con la descripción particular de los distintos sectores industriales, que se tratará en el siguiente capítulo.

3.1 Política y sociedad.

La Valencia de la segunda mitad del XIX es una ciudad en continuo crecimiento y transformación, en la que conviven, durante todo el período, las aspiraciones de la pequeña burguesía y de la menestralía (en trance de proletarización en muchos casos) con los deseos de estabilidad

de las élites dirigentes. Una nueva clase, los obreros industriales asalariados, se irá incorporando progresivamente a la vida política (Millán, 1986).

En este período, la ciudad de Valencia, constituyó, en cierto modo, una especie de microcosmos dotado de rasgos específicos que sólo parcialmente reflejaban los de todo el país. La larga tradición gremial, la misma que durante los siglos anteriores había sido capaz de trascender el ámbito restringido de la producción y marcado con su impronta el espacio político y social, hizo de ella un hervidero de población del sector secundario. Parapetada tras unas murallas que no desaparecieron hasta la década de 1860, la ciudad dominaba, no obstante, un amplio entorno agrario. Sin embargo, la visión del agrarismo del *Cap i Casal* fue más bien un invento que acabó por imponer la clase dominante a lo largo del último tercio del siglo (y que como se verá más adelante, se reflejó plenamente en la Exposición).

La realidad de la ciudad siempre se movió dentro de una estructura económica mucho más compleja en la que las actividades comerciales y manufactureras acabaron siendo dominadoras, al tiempo que se mantenía, casi como un atavismo histórico, una especie de relación amor-odio con el entorno circundante de la huerta. Solamente así se explica una parte de fuerte tradición radical liberal, primero y republicana, después que definió de manera tan significativa su perfil político.

Los cambios comenzaron a manifestarse a finales del XVIII en un ambiente de fuerte hostilidad entre la nueva burguesía emergente y la antigua sociedad gremial que trató de parapetarse en sus instituciones. El objetivo era salvaguardar algunas de sus prerrogativas para poder mantener su estatus frente a la presión ejercida por una burguesía comercial ascendente que ahora necesitaba unos instrumentos de producción más ágiles capaces de adaptar la oferta a la demanda, frente a la antigua lógica gremial de una demanda cautiva de los intereses del productor. Como describe (Martínez Gallego, 1995), desde el poder central se fueron decretando medidas netamente reformistas en este sentido: en 1772 se había permitido la presencia de maestros artesanos extranjeros, en 1779 se aceptaba legalmente el trabajo femenino y se daba potestad a las Sociedades Económicas de Amigos del País para alterar las ordenanzas gremiales (la de Valencia, que aparecerá varias veces en este estudio había sido fundada en 1776), en 1781 se decretaba la libertad de venta, en 1798 se derogaba la obligatoriedad del aprendizaje

y la oficialía. Era este un proceso abierto que sufriría envites desde varios frentes, producto de las tensiones internas generadas por las nuevas fuerzas sociales. Era el mismo proceso que tenía lugar en todas las grandes ciudades de Europa occidental. Y a él se oponían con fuerza los gremios y los artesanos, que veían amenazada su estabilidad social y su modo de vida.

Pero el proceso era irreversible. El gremio como antigua institución monopolista de producción no lograría sobrevivir al movimiento revolucionario liberal de principios del siglo XIX. No obstante, se seguirá usando la terminología gremial; pero atendiendo a otros fines (fiscales, mutualistas, asociacionismos patronales, etc.). Muchas veces, esta situación confusa en que, formalmente, algunos propietarios de talleres seguían usando el título de “maestro” tanto individual como colectivamente ha dado pie a que se niegue la existencia de un proceso de industrialización. Según (Álvarez Rubio, 2000) se ha sobredimensionado el peso de los residuos y reminiscencias artesanales como dominantes en las estructuras socioeconómicas de la Valencia decimonónica. Quizá, ha ayudado a eso el que se partiera de un modelo paradigmático, tomado de una realidad histórica particular y no aplicable a otras situaciones. Como se verá más adelante, esa terminología llega a veces hasta a las propias empresas presentes en la Exposición, que son plenamente contemporáneas y nada tienen de gremial o de “preindustrial”.

La crisis social de principios del XIX debió ser traumática, aunque la palabra “traumático” no significa en este caso “ruptura rápida”. Hubo una etapa de pervivencias artesanales, en medio de la cual, muchos sectores sociales implicados en la actividad gremial debieron verse abocados a auténticos dilemas personales y colectivos. Para algunos, el proceso finalizaría con la proletarización, para otros, los menos, con la asunción del papel protagonista de patrono en la nueva economía industrial capitalista.

El carácter de la ciudad de Valencia vendría definido por la permanencia de un amplio tejido de productores artesanales y de pequeños tenderos, junto con una burguesía que, ya se ha dicho, en ningún momento, descartó estrategias económicas comerciales y manufactureras en connivencia con las agrarias (Romeo, 1993).

Los distintos oficios no son susceptibles de un tratamiento uniforme. Algunos, por sus propias características, están más ligados a la

cuantificación, como sería el caso de los impresores, zapateros, sombrereros, toneleros. De todos ellos, se hablará más adelante cuando se traten los distintos sectores industriales. En este caso, la naturaleza de su actividad les permitiría mantener rasgos artesanales perdurables durante más tiempo. Otros, como es el caso de la seda, se hallaban inmersos en un proceso de crisis desde finales del XVIII. Y otros, los más dinámicos, movidos por criterios propios de la lógica capitalista, irán adaptándose a las necesidades de los nuevos mercados emergentes (primero, los propios mercados valencianos, después el mercado español).

Los nuevos métodos de producción, siempre atentos a la realidad de una demanda inestable, serán alguno de los elementos que requerirán un nuevo prototipo de empresario realista, capaz de conjugar la inventiva y el ingenio con la prudencia. Este será el caso de los carpinteros y cerrajeros, futuros sectores hegemónicos de la vida industrial de la ciudad. Precisamente, fueron la ebanistería y la metalmecánica las dos ramas industriales que se pueden considerar como las más destacadas en la Exposición, como se verá más adelante.

Cada uno de estos “sectores industriales” evolucionará con ritmos distintos, aunque todos ellos, serán partícipes del cambio, en mayor o menor medida. En el capítulo siguiente serán tratados de manera particular.

3.1.1 La organización cronológica de la segunda mitad del XIX y el principio del XX.

En lo que se refiere a la historia general española, la segunda mitad del XIX y las primeras décadas del XX se pueden organizar en base a tres acontecimientos:

- 1) la revolución antidinástica (1868) que acabó transformándose en una revolución republicana y federal.
- 2) la reacción posterior (1875), que conllevó la restauración borbónica. Este período se caracterizó por la pugna entre conservadurismo y liberalismo y su estela de conspiraciones, algaradas, cuartelazos, huelgas,

etc. El reinado efectivo de Alfonso XIII (1902-1923) se enmarcó dentro de este lapso de tiempo sin aportar nada nuevo a este panorama peculiar. 3) el desastre de 1898, que supondría el fin simbólico de la Restauración (aunque la monarquía sobreviviría durante las primeras décadas del XX).

Es decir, la Exposición tuvo lugar en el tercer período, cuando la restauración de tipo “termidoriano” y el “turno pacífico” estaban desgastados y desprestigiados, y los dos partidos administradores perpetuos del poder, profundamente divididos. El ejército estaba resentido tras la derrota de Cuba, crecía la conflictividad obrera y periférica y la mayor parte de España continuaba, en cierto modo, en un atraso económico y cultural.

En este contexto apareció el regeneracionismo costista, movimiento que defendía la urgente renovación de la vida política española para poder solucionar los problemas reales del país, que ya se intuía en el último cuarto del siglo anterior, pero que ahora adquiriría verdadera carta de naturaleza. Como se verá más adelante, iniciativas como la de la Exposición captaron mucho de ese espíritu regeneracionista y modernizador, que se expresaba en parte a través de la voluntad de desarrollo industrial.

Los intentos emprendidos para llevar la política reformista a buen puerto fracasaron, tanto desde un prisma conservador (Antonio Maura 1903-1904, 1907-1909) como liberal (José Canalejas 1910-1912), precipitando a largo plazo la desintegración de la monarquía, a pesar de la superación de la crisis de 1917 y del parche que supuso la dictadura militar de Primo de Rivera.

En la época de la Exposición, Maura presidía el gobierno de Madrid (1907-1909) en una etapa calificada de “trienio Maura”, que terminó cuando fue obligado a dimitir por el escándalo y las protestas derivado del fusilamiento de Francisco Ferrer Guardia, supuesto instigador de la llamada “Semana Trágica” de Barcelona, de la que se volverá a tratar más adelante, ya que esta conflictividad política y estos acontecimientos influirían decisivamente para que la Exposición tuviera menos repercusión de lo esperado fuera de Valencia.

Para que se comprenda mejor los factores históricos que llevaron a la Valencia de 1909 a organizar la Exposición, se hará un breve recorrido por los acontecimientos políticos acontecidos en la ciudad desde la mitad del XIX.

3.1.2 El período revolucionario.

En septiembre de 1868 estalló la llamada “Gloriosa” o “septembrina” revolución. La marina de guerra gaditana fue la iniciadora y encontró un apoyo casi unánime en el resto del ejército y de la población, de tal modo que el ejército de Isabel II fue derrotado fácilmente en el puente de Alcolea (provincia de Córdoba) el 28 de septiembre. Se iniciaba así el sexenio revolucionario.

En cualquier caso, los cambios no fueron tan radicales como pudiera deducirse del primer lema de la “Gloriosa” (“*¡abajo lo existente!*”). El capitán general de Valencia, Gasset, cedía pacífica y ordenadamente el poder a una Junta Revolucionaria presidida por José Peris y Valero (1821-1877), el líder progresista local. Peris y Valero ya había sido alcalde durante el bienio 1854-1856. Félix Pizcueta (1837-1890) actuó de secretario de dicha junta. El hombre fuerte de la revolución, el general Prim, desembarcó en Valencia el 2 de octubre y lanzó una arenga desde el balcón de la Capitanía General.

Una de las primeras medidas de la Junta Revolucionaria fue la creación de la Escuela de Artesanos para la promoción profesional de la menestralía. Se inauguró en marzo del año siguiente. Según rezan sus estatutos: “*dar o fomentar gratuitamente la enseñanza práctica de las Artes y Oficios, y la instrucción moral e intelectual entre las clases obreras, a fin de que alcancen éstas el mayor grado posible de perfeccionamiento y educación en beneficio de su bienestar, por lo que ha venido ostentando el lema de moralizar instruyendo*”. La importancia e influencia de la Escuela de Artesanos de Valencia en la vida artística, en el proceso de industrialización, y también en la propia Exposición, fue considerable. Incluso llegó a estar presente como expositora, como se verá más adelante.

La Junta Revolucionaria obedeció de mala gana la orden de disolución dictada el 21 de octubre por la diarquía formada por los generales Serrano (presidente del gobierno) y Prim (ministro de la guerra). El Gobierno Provisional de Madrid había aceptado inicialmente las ansias transformadoras de las distintas Juntas Revolucionarias locales; pero una vez asentado en el poder, procedió a detener el proceso revolucionario. Peris y Valero fue nombrado gobernador de la provincia y Antonio Guerrero, alcalde de la ciudad.

Como se ha estudiado detalladamente, la “Gloriosa” supuso en cierto sentido, una contestación del poder central por parte de las regiones periféricas. La Revolución tenía sus apoyos fundamentales en Barcelona, Zaragoza y Valencia (las tres grandes ciudades de la antigua Corona de Aragón) y en las grandes ciudades andaluzas. Sin embargo, los progresistas y los militares que controlaban el poder en Madrid, eran partidarios de una Monarquía nueva (depurada) y unitaria, frente a las opciones republicanas y federalistas, mayoritarias entre las burguesías y menestralías urbanas. (Sanchis Guarner, 1999) afirma que el federalismo era la expresión de una clase media resentida contra un régimen centralista al que sólo veían proteger los intereses de los que tenían influencia en la capital. Es significativo que los cuatro diputados valencianos en las Cortes Constituyentes (Orense, Cervera, Sorní y Guerrero) fueran del Partido Republicano Federal.

La tensión hacía inevitable el conflicto dentro de la Revolución y en septiembre de 1869, aprovechando un incidente ocurrido en Tarragona, el gobierno ordenó el desarme de la Milicia Nacional, que se sublevó en Barcelona y Zaragoza. En Valencia, el capitán general Rafael Primo de Rivera pretendió desarmar a los milicianos, a pesar de que había prometido no hacerlo si sus jefes se comprometían por escrito a mantener el orden público.

La plaza del mercado fue, como tantas otras veces en la historia de la ciudad, el centro de la insurrección. (Sanchis Guarner, 1999) relata que las campanas de San Juan tocaron a somatén con gran estruendo. El alcalde Guerrero encabezó un directorio republicano. La Milicia se hizo fuerte en la Casa de Beneficencia, las Torres de Quart, la Escuela Pía, el Pilar y la Lonja y montó un resistente sistema de barricadas. La población civil se refugió en el lecho del río. A pesar del duro bombardeo de la artillería, la ciudad resistió nueve días a los ataques de las tropas de Primo de Rivera, reforzadas por efectivos llegados de Madrid.

Puesto que durante la resistencia, se había mantenido el respeto a la iglesia y a la propiedad privada, cuando se produjo la rendición el 20 de octubre de 1869, los federales valencianos no fueron objeto de especial represión. Incluso, se representó con gran éxito la obra de teatro “Valencianos con honra” del comediógrafo Palanca y Roca, que relataba las incidencias de la batalla. (Sotelo, 2005) es un interesante estudio sobre aquella literatura dramática revolucionaria.

La situación pareció estabilizarse cuando se encontró por fin un príncipe para la Monarquía democrática votada por las Constituyentes de 1869, en la persona del Amadeo de Saboya, de la familia real italiana. Los Saboya habían encabezado la unificación italiana, en contra de los intereses terrenales de la Iglesia, así que el nuevo rey tuvo que enfrentar inmediatamente la animadversión del catolicismo español. Para complicar todavía más su situación, el hombre fuerte del régimen, Prim sufrió un atentado la tarde nevada del 27 de diciembre de 1869. Moriría tres días después, antes de la llegada del nuevo rey.

Amadeo I empezó su reinado el 2 de enero de 1871, en medio de un desgobierno generalizado. La situación no sólo era inestable en España, hay que recordar que entre marzo y mayo de 1871, se produjo en París la violenta revolución de *la Commune*. Nuevas fuerzas sociales reclamaban su sitio en la historia. La burguesía liberal pretendía acabar el ciclo de modernización iniciado a principios del XIX. El antiguo artesanado urbano, cada vez más alfabetizado y consciente, se resistía a la proletarización.

Amadeo I visitó la ciudad en septiembre de 1871, alojándose en el palacio de Cervelló. Veneró a la Virgen de los Desamparados en su capilla; pero no la visitó porque los canónigos no querían recibirle con honores reales. El monarca, sin escolta ni uniforme, deambuló por las populosas calles de Valencia, conversó con los vendedores del mercado y asistió a una corrida de toros. Obviamente, buscaba el golpe de efecto en una ciudad, predominantemente federalista y republicana. (Sanchis Guarner, 1999) recoge una cita del célebre escritor italiano D'Amicis acerca del espíritu y la vida en la ciudad en aquel tiempo: *“Tuve poco trato con la gente de Valencia, pero como extranjero no encontré sino cortesía y como italiano una acogida amistosa, incluso por parte de aquellas personas que no querían ni oír hablar de reyes extranjeros en general, ni de los príncipes de la Casa de Saboya, en particular, que eran muchísimas, pero tenían la delicadeza de decirme. “Non tocchiamo questa corda!”*. Se da la circunstancia de que, varios años después, la ciudad le dedicaría una calle precisamente en el espacio que ocupó la Exposición.

(Álvarez Rubio, 2000) recoge la visita real del 5 de septiembre, a la factoría “La Tenería Valenciana” de Martínez Hermanos. La reseña (Pirala, 1871) informa que la fábrica tenía 200 obreros, su extensión era de 10.000 metros cuadrados, contaba con dos molinos trituradores de los materiales vegetales curtientes y una máquina de vapor de 20 caballos

efectivos, suficientes para mover la maquinaria. Las dimensiones y el grado de mecanización de dicha industria son representativos de una ciudad en plena transformación. Más adelante, en el capítulo correspondiente, se relatará la evolución de esta empresa. La Tenaría Valenciana, por supuesto, estuvo presente en la Exposición. Como se verá por este y otros ejemplos, se puede percibir una gran continuidad en el desarrollo industrial valenciano desde mitad del XIX hasta la primera década del XX.

Amadeo I, finalmente, tuvo que renunciar a la corona, y las Cortes proclamaron la I república española el 11 de febrero de 1873.

Los problemas no resueltos y sus manifestaciones, que habían sido reprimidas durante los incidentes de 1869, volvieron a agitar la vida pública. A la caída de Pi y Margall, el cantonalismo se extendió por la costa mediterránea. Los republicanos de la periferia, impacientes por llevar a cabo una revolución desde abajo, comenzaron a proclamar cantones locales. Desde el bastión de Cartagena, el incendio se propagó a Andalucía y a Valencia, pero no a Cataluña.

El 19 de julio de 1873, elegida por la Milicia Nacional de Valencia, se constituyó una nueva Junta Revolucionara en el paraninfo de la Universidad. Proclamaba la República Federal en el Cantón Valenciano, y según su manifiesto: *“En esta Junta están genuinamente todas las clases sociales de Valencia: el profesorado, la propiedad, la industria, la ciencia, la milicia ciudadana y la honradísima clase jornalera”*. Nótese como ya no son nombrados explícitamente “artesanos o menestrales”. En la sociedad valenciana, estaban produciéndose importantes transformaciones sociales.

La proclamación del Cantón coincidió con la inauguración de la tercera edición de la Feria de Julio, que había sido instituida en 1870 por el Ayuntamiento de Valencia en el llamado “paseo de la Alameda”, con el fin de retrasar la salida estival de las familias acomodadas. Más adelante, se analizará el papel de la Feria como uno de los predecesores más destacados de la Exposición.

El cantonalismo era un movimiento de la pequeña burguesía, que contó con el apoyo o la aquiescencia de una parte de la alta burguesía y con los brazos armados de los jornaleros y de los campesinos. Así, la Junta Revolucionaria estuvo formada por Barrientos, catedrático de Bellas Artes (presidente); Boix, cronista de la ciudad (Hacienda y Gobernación);

Pérez Pujol, rector de la Universidad (Fomento); Pérez Guillem “el enguerino” y Cabalote (Guerra); Marqués de Cáceres (Beneficencia).

Cuando la Revolución cantonalista empezó a tomar un rumbo más popular y a oponerse resueltamente a cualquier avenencia con Salmerón, el nuevo presidente de la República, Boix, Pérez Pujol y el Marqués de Cáceres, fueron sustituidos por dos internacionalistas: Puchades y Montoro.

Salmerón nombró a Martínez Campos nuevo capitán de Valencia, en sustitución de Velarde. El 26 de julio, el Ejército, como había hecho 4 años antes, inició el asedio de la ciudad insurrecta. Valencia resistió durante trece días; pero el fuerte bombardeo obligó a la rendición. Reunidos en el Aula Capítular de la Catedral, los representantes de la Milicia acordaron cesar la lucha por 32 votos contra 21 y los jefes de la revuelta huyeron por vía marítima. El 8 de agosto de 1873, el ejército español volvía a ocupar Valencia.

La revolución de 1868 fue esencialmente burguesa y liberal; pero el federalismo que propugnaba la pequeña burguesía y la menestralía de ciudades como Valencia contaba con la entusiasta adhesión de las masas populares. Los obreros valencianos participaron muy activamente en el alzamiento republicano. Así, aunque la revolución no fue en sentido estricto prosocialista, sí que reflejaba los cambios sociales que se habían ido produciendo a lo largo del XIX.

La disparidad de objetivos entre los teorizantes y dirigentes del integracionismo federalista y las masas de adheridos eran un reflejo de esos cambios. Los núcleos burgueses federales querían liquidar los restos del Antiguo Régimen para instaurar plenamente los principios de la Revolución liberal. En cambio, los primeros obreros y los campesinos seguían viendo a esos dirigentes como “malos patronos” y revolucionarios tibios y planteaban el salto a una sociedad colectivista y apolítica todavía poco definida. Así, la antítesis “antiguo régimen” frente a “orden liberal-burgués” pasaba a convertirse en la antítesis “antiguo régimen” y “orden liberal-burgués” frente a “revolución proletaria”.

Las nuevas libertades públicas del periodo sacaron a la luz la nueva clase social y sus asociaciones. En 1869 se constituyó en Valencia el Centro Federal de Sociedades Obreras y durante todo el período revolucionario los trabajadores siguieron un intenso proceso de organización: en 1870 había cinco sociedades obreras, en 1874, veintitrés.

(Sanchis Guarner, 1999) cita al cronista Pérez Pujol con cifras de miembros de las federaciones locales de Valencia, adheridas a la Internacional de 1872.

Tabla 1. Número de miembros de las federaciones locales de Valencia adheridas a la Internacional de 1872.	
Federación local.	Miembros
Tejedores de seda	326
Albañiles	224
Cerrajeros	206
Carpinteros	163
Zapateros	141
Abaniqueros	83
Picapedreros	70
Herreros	52
Tintoreros	52
Silleros	51
Curtidores	43
Sombrereros	35
Aserradores	32
Pintores	32
Claveteros	27
Broncistas	17
Varios	18

Fuente (Sanchis Guarner, 1999)

Nótese la importancia numérica de algunas de las secciones. A los tejedores de seda (la industria tradicional de la ciudad) y los albañiles, les siguen inmediatamente los cerrajeros y carpinteros. Es decir, los obreros de dos sectores incipientes, que están adoptando ya formas plenamente industriales y capitalistas. En el capítulo siguiente, se tratará en detalle, el desarrollo de esos sectores, junto con otros tan típicamente valencianos, como el de los abanicos (83 obreros del sector asociados a organizaciones socialistas).

La importancia del País Valenciano en la organización de ese primer obrerismo es notable: al triunfar los bakuninistas ácratas en el III Congreso de la Federación Regional española de la Internacional, celebrado en Córdoba a finales de 1872, se acordó instalar su consejo federal en *Alcoi*, la ciudad industrial por excelencia. Sin embargo, los

marxistas autoritarios derrotados, se reorganizaron y en enero de 1873 constituyeron en la ciudad de Valencia su consejo federal, primera plataforma para la construcción de la moderna organización socialista española.

El particular 18 brumario español fue, obviamente, encabezado por los dos generales victoriosos de la campaña cantonalista (Pavía en Andalucía y Martínez Campos en Valencia). El general Pavía dio un golpe de estado el 2 de enero de 1874, forzó la dimisión de Castelar y disolvió las Cortes Republicanas. Ocho días después del golpe, la Internacional fue declarada fuera de la ley y se clausuraron sus centros.

En cierto modo, el frente unido que hasta entonces había presentado como clase social la burguesía, se descompuso. Una parte de ella, encontró su hombre fuerte en Martínez Campos y dio salida a sus ansias de tranquilidad a través de las intrigas monárquicas dirigidas por Cánovas del Castillo. La pequeña burguesía valenciana no abjuraría de sus principios y sería, en los años posteriores la base del blasquismo.

3.1.3 La restauración borbónica.

El 28 de diciembre de 1874, Martínez Campos viajó a Valencia en secreto y se puso en contacto con algunos de los patricios valencianos (el Marqués de Cáceres, el Marqués de Casa-Ramos, el Conde de Almodóvar, Cirilo Amorós, Teodoro Llorente y otros), partidarios de la restauración borbónica en la figura del hijo de Isabel II. Martínez Campos, contrariamente a la opinión de Cánovas, precipitó los acontecimientos al día siguiente, en Sagunto, proclamando rey a Alfonso XII. Este desembarcó en Valencia, el día 11 de enero de 1875, camino de Madrid.

Se producía así la restauración de la dinastía borbónica, como reacción ante el cansancio de las élites por la incapacidad de la República para controlar la situación. Significaba el restablecimiento sin represalias de la convivencia política; pero también el retorno al poder de la burguesía agraria latifundista y de los poderes centrales, frente a la pequeña burguesía de la periferia.

Cánovas, enemigo tanto de la Revolución como del militarismo y de los pronunciamientos, fue el inspirador del orden constitucional de 1876,

conciliatorio y estable. La vida política se organizó en base a la alternancia pacífica de los partidos conservador y liberal. Del mismo modo que la agitación de la década anterior no fue un fenómeno solamente español, la serenidad de la Restauración tampoco. En el último cuarto del siglo XIX diversos regímenes se mantuvieron estables en Europa: la III República francesa, el *Risorgimento* italiano y el *I Reich* alemán. Atendían así a la necesidad de tranquilidad de las clases medias y de la burguesía industrial. Como se verá más adelante, esta tranquilidad favoreció el fuerte despegue exportador valenciano del período.

Con todo, en la España de la Restauración mantuvieron cierta fuerza los carlistas, que a pesar de haber sido vencidos por tercera vez en 1876 conservaban su organización y su poder en algunas zonas rurales. En Valencia predominaban los Republicanos Federales. El obrerismo internacionalista era cada vez más fuerte en los nuevos núcleos industriales, si bien, sus organizaciones todavía no habían entrado en la lucha partidista.

Para impedir la entrada de estas fuerzas en la escena pública, los gobernantes de la Restauración organizaron el sistema electoral en base al llamado caciquismo, con el amañeo sistemático de las elecciones en las zonas rurales. Así, pues, la democracia parlamentaria sólo era respetada en lo formal por el sistema oligárquico. El gobernador civil de cada provincia era secundado por una élite sucursalista local y los caciques rurales hacían de correa de transmisión para asegurarse el control del cuerpo electoral, de tal modo que las opciones políticas opuestas al régimen (carlistas, republicanos, federales, incipientes nacionalistas periféricos) no pudieran participar en el poder. Cada zona del territorio era controlada por un hombre fuerte que garantizaba el control. Por ejemplo, en Castellón, el hombre fuerte durante la segunda mitad del XIX era Victorino Fabra Gil (Castillo, 2007).

(Álvarez Rubio, 2001) considera la década de los 80 del siglo XIX el momento clave para la formación de las conciencias de clase, tanto por parte de los obreros como de los patronos. Como se verá más adelante, en la descripción de los sectores industriales, muchos de los empresarios mantenían todavía costumbres laborales del mundo artesanal del que procedían, reminiscencias formales de una tradición gremial, fuertemente asentada en Valencia. La nueva lógica imperante y las nuevas relaciones de las fuerzas sociales irán desmontando el estilo empresarial marcado por su carácter familiar, paternalista y aparentemente armónico.

El bipartidismo conservador-liberal (Cánovas y Sagasta) sólo era teórico, ya que ambos partidos respondían a la misma infraestructura socioeconómica. El sistema pudo subsistir mientras duró el cansancio y la atonía subsiguientes al período revolucionario, mientras continuase la prosperidad económica y mientras se pudiese mantener sumisa a la nueva clase obrera.

El juego democrático se veía también alterado por la interferencia de los grupos de presión capitalistas, que tanta fuerza habían adquirido gracias al desarrollo económico desde mitad del XIX. La élite gobernante era de hecho, una oligarquía que tenía subordinada a la prensa y a la administración pública. Como señala (Sanchis Guarner, 1999), las empresas del financiero José Campo (uno de los primeros ennoblecidos por la Restauración) constituían un poderoso grupo de presión que actuaba abiertamente en la política local de Valencia. Más adelante, se describirá el control que Campo ejerció sobre las contrataciones públicas.

(Sanchis Guarner, 1999) describe el contraste entre el renacimiento de la religiosidad católica de las clases dirigentes (proclamación solemne de la Virgen de los Desamparados en 1885) y el anticlericalismo cada vez más radical de la clase obrera y de la pequeña burguesía (entre la que no escasean los afiliados a las logias masónicas). Las administraciones públicas empiezan a sustituir a los conventos católicos en las tareas de beneficencia pública. Precisamente, en 1885, Joaquín Arnau construyó el Salón de Racionistas en la Ronda Blanquerías para la Gran Asociación Benéfica de Nuestra Señora de los Desamparados. Se trata de uno de los primeros ejemplos del racionalismo arquitectónico, con uso del hierro laminado no sólo en funciones estructurales, sino para la decoración de la fachada.

Después del semifracaso de la revolución liberal, la burguesía se sentía frustrada en su misión histórica y compensó una parte de su desengaño ideológico dedicando su dinamismo al fuerte crecimiento económico del período 1876-1886. Alrededor de esa burguesía, aparece una nueva clase media, cuyos anhelos serán expresados en Valencia por Constantí Llombart -nacido Carmelo Navarro (1848-1893)-

Llombart fue un modesto representante local de la *intelligentsia* revolucionaria. La evolución de los acontecimientos revolucionarios le defraudó. Así que, sin traicionar sus ideas políticas abstractas, se entregó de lleno a la causa de la *Renaixença* espiritual del país, que pretendía convertir en un movimiento popular. Llombart no era un gran

intelectual; pero estaba dotado de una energía tenaz. Fundó en 1878 *Lo Rat Penat*, para ensalzar las glorias valencianas. Contrariamente al proyecto inicial de Llombart de una sociedad popular e interclasista, *Lo Rat Penat*, se convertiría pronto en una organización propia del patriciado conservador, encabezado por Teodoro Llorente.

La nueva asociación organizó en 1879 los primeros *Jocs Florals* de Valencia con el concurso del ayuntamiento. Ensalzarán una estética costumbrista liderada por Llorente. Se trata de una deformación nostálgica de un mundo agrario periclitado, que se considera depositario de las esencias identitarias. Las clases dirigentes se sienten a gusto con este tímido valencianismo, diglósico y conformista. Llorente es perfectamente explícito en sus objetivos: “*La diferència de criteris entre els trobadors valencians, que al lloar les glòries del nostre antic Regne, no aspiren a restablir-lo, en dany de la unitat espanyola i els trobadors catalans –molts d’ells si no tots- que treballen per l’autonomia de Catalunya*”.

En cierto sentido, la Exposición fue, en alguno de sus aspectos, el momento álgido de *Lo Rat Penat* y de Llorente. Fue homenajeado en su doble papel de poeta que había puesto en pie la *Renaixença* valenciana y también como periodista fundador del periódico conservador “Las Provincias”. Su participación en el proyecto y su influencia en la iconografía y en el simbolismo asociado a la Exposición fue muy elevada. Más adelante, se tratará en detalle estos aspectos.

Con todo, el intelectual de más peso en la Valencia de la Restauración no fue Llorente, sino Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). En 1889, tuvo que huir a París a consecuencia de su implicación en una revuelta anticanovista. En Francia descubrió una nueva filosofía y un nuevo estilo literario, el naturalismo, que allí triunfaba y que había de configurar estética e ideológicamente al futuro gran novelista.

Frente al conservadurismo y el valencianismo sin consecuencias políticas de Llorente, Blasco, valenciano hijo de aragoneses, dio forma a los anhelos de la pequeña burguesía y de la menestralía de Valencia, propugnando un vago paternalismo social, un apasionado jacobinismo centralista y un anticlericalismo visceral y demagógico (García Perera, 2005). Era un caudillo fogoso y arrebatador, que encarnó los deseos republicanos y también los miedos de la ciudad. También una gran parte de la nueva clase obrera que todavía no tenía conciencia de clase, siguió a Blasco y constituyó la carne de cañón de los continuos altercados

violentos de la época. Precisamente, como memoria de aquel tiempo, ha quedado el dicho popular relativo al “rosario de la aurora”.

La técnica literaria del naturalismo permitía a Blasco denunciar las injusticias y los problemas sociales que la clase dirigente de los partidos alternantes silenciaba. Y su clientela no fue la burguesía agrarista de *Lo Rat Penat*, sino el pueblo llano de la ciudad. De hecho, llamó a su diario, fundado en 1894, “El pueblo”. En sus páginas fueron apareciendo por entregas las grandes novelas valencianas. (Sanchis Guarner, 1999) cita un párrafo de una de ellas, “Arroz y tartana” que resume bien esa difusa ideología republicana popular: “*Al son de la Marsellesa... los industriales soñaban despiertos en la rebaja de la contribución; los artesanos de las blusas blancas en la supresión de los consumos y del impuesto sobre el vino; y las mujeres, enterrecidas y casi llorosas, en que acabarían para siempre las quintas.*” Las clases sociales citadas en este párrafo serán las impulsoras de la Exposición, por un lado, y sus constructores y visitantes, por otro.



Figura 3: Blasco Ibáñez, rodeado de seguidores en las elecciones de 1905. Revista Nuevo Mundo. Fuente: (Pérez Puche, 2009)

La obra blasquista apuntaba lentamente a un éxito internacional que le llevaría a ser un best-seller mundial incluso antes de que se inventara este concepto en el mundo editorial.

Ajenos a las luchas partidistas, se desarrollaban las organizaciones obreras de carácter anarquista. En 1881, se había autorizado la Federación de Trabajadores. En 1882, se produjo una grave agitación en la ciudad de Valencia, con huelgas de basureros, de vendedores de hortalizas, de panaderos y sobre todo, de curtidores, que duró desde septiembre hasta diciembre de ese año y terminó con el *lock-out* patronal. La “Comarca Valenciana” de la Internacional contaba por aquel entonces con 2.355 afiliados.

En 1883, tuvo lugar la Segunda Exposición Regional Valenciana, de la que se hablará más adelante, promovida por la Real Sociedad Económica de Amigos del País. Esta organización había hecho aportaciones importantes durante todo el XIX al desarrollo valenciano: la creación de la primera cátedra de Agricultura en 1818; la participación a través del Marqués de Campo de la primera línea de ferrocarril en 1850; la creación en 1878 de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Valencia; la creación del Instituto Taquigráfico en 1881.

(Álvarez Rubio, 1980) recoge los movimientos huelguísticos del período 1882-1883, que afectaron fuertemente al sector metalmeccánico. La Primitiva Valenciana, una de las empresas más paradigmáticas de este sector, y que será tratada en detalle en el capítulo siguiente, se vio afectada por una paralización total cuyo desarrollo puso al descubierto, no solamente los lazos de solidaridad de la clase obrera y la influencia de la Asociación Internacional de Trabajadores anarquista, sino también los mecanismos corporativistas de una patronal que, frente a la conciencia de la clase obrera, iba abandonando los particulares resortes paternalistas para sustituirlos por acciones colectivas que ponían a prueba la solidez de sus niveles de cohesión interna de clase. (Álvarez Rubio, 2001) cita la declaración hecha por Vives Mora, presidente del Ateneo Casino Obrero en (Comisión de Reformas Sociales, 1985):

“En esta fundición La Primitiva se abonaban 6 reales de plus a los operarios ajustadores, que salían de la capital a hacer algunos ajustes o algún trabajo. Como esta costumbre sólo existía en esta fábrica, el dueño ordenó a los operarios que procurasen se estableciera en las demás, para que la competencia fuera igual, o que les quitaría ese plus; para ello les dio tres meses, no pudiéndose conseguir que se creara, entonces, el dueño les despidió de su casa. Llegó entonces la ocasión de que, un contraamaestre, ordenara a un operario que se dispusiera a salir de la capital, negose a ello y fue despedido; ordenósele a otro operario y se negó también; y al negarse el tercero de los operarios, se declararon todos en huelga. Continuaron trabajando las demás secciones o sea, la de fundición, forjadores, torneros y carpinteros y pasados veinte días

se declararon todos en huelga, según parece a instancias de la Internacional, a la que pertenecían, resultando en huelga completa los talleres de la Primitiva. El dueño de estos, en reunión celebrada con los de las demás fundiciones de la localidad, les pidió que no admitieran a ninguno de los huelguistas, a lo cual accedieron; y sabido el acuerdo por los operarios, se declararon en huelga general, que duró hasta el primero de enero de 1883, o sea, cerca de cuatro meses”

También en 1883, la Federación de Trabajadores celebró su III Congreso en el teatro Apolo de Valencia. A pesar de que se había desvinculado públicamente de los revolucionarios andaluces de “La Mano Negra”, no tardó en ser disuelta. En el congreso anarquista de 1888, se radicalizó la actitud ácrata: los militantes desconfían de los intelectuales y viven al margen de los partidos. Se estaba desarrollando el sentimiento del proletariado providencialista, que en las siguientes décadas sería el protagonista casi exclusivo del movimiento emancipador.

En 1890 se iniciaron las conmemoraciones internacionales del 1 de mayo y se agudizaron las discrepancias entre los socialistas y los anarquistas. La integración de intereses colectivos circunscritos al ámbito del oficio sería el modelo societario dominante desde finales de siglo hasta prácticamente los años 20 (es decir, el período en que tuvo lugar la Exposición). En este primer estadio de la formación de conciencias de clase, se estructura todo el aparato orgánico de las dos grandes centrales sindicales españolas: la Unión General de Trabajadores, fundada en 1888, y la Confederación Nacional del Trabajo, que se fundaría en 1910.

La mayoría de los trabajadores valencianos con conciencia política eran anarquistas, pese a que en 1892 y en 1896 se habían celebrado congresos socialistas en Valencia. Como la lucha obrera no conseguía la jornada de 8 horas, hubo una larga serie de atentados terroristas, iniciada en Valencia y en Barcelona en 1892 y que se prolongó hasta 1897. En 1899, hubo una huelga de curtidores porque los patronos se oponían a la sindicación. En 1903, con subvención del ayuntamiento blasquista, se creó en Valencia la primera Casa del Pueblo de España, de la que podían hacer uso todas las sociedades obreras legalmente constituidas.

Las cifras de sociedades obreras y socios que da (Álvarez Rubio, 2001) para el sector del metal dan una idea, por un lado de la fuerza del asociacionismo obrero; pero también de la importancia y el grado de desarrollo tecnológico que tenían a principios del siglo las empresas del sector de la ciudad de Valencia:

- en 1899, la Sociedad de Fundidores de Hierro tenía 200 miembros, la Sociedad Obrera de Broncistas y Lampistas, 300,
- en 1900, en el momento de su legalización, la Sociedad Obrera de Caldereros de Cobre tenía 110 miembros, la Sociedad de Ajustadores y Forjadores, 15 miembros, la de Torneros de Hierro, 125 asociados, la de Obreros Cerrajeros, 230.
- en 1906, la Sociedad Obrera de Modelistas Mecánicos tenía 30 asociados, la Sociedad Obrera de Caldereros de Hierro tenía 69 asociados.

Además de la clase obrera, hay otro protagonista, la patronal. De forma paralela, los mecanismos de solidaridad interna y de plataformas de actuación común se irían consolidando también entre los patronos al compás de la evolución del propio movimiento asociativo obrero. Según (Álvarez Rubio, 2001), “El Mercantil Valenciano” del 8 de mayo de 1890 recoge un escrito titulado “*Los industriales en hierro. Manifestación a los operarios*”. Este documento plantea una reflexión fundamentada en una lógica patronal y justificativa de la actitud empresarial ante la protesta huelguística llevada a cabo por los obreros del oficio. Las reivindicaciones centrales de los obreros eran, obviamente, las salariales y la disminución de horas de trabajo. En el escrito, los propietarios hacían un breve recorrido por la evolución de la industria del metal que, según ellos, atravesaba en esos momentos por una crisis ante la recesión de la demanda y la falta de una política arancelaria adecuada. En este contexto, acceder a las demandas obreras, suponía, según la versión de la patronal, gravar más al sector.

En el capítulo siguiente, se analizará el sector metalmecánico con más detalle, dada su importancia en la Exposición. Al respecto de lo que se ha dicho sobre la historiografía del desarrollo valenciano, es difícil defender con estas cifras y ante esta conflictividad laboral que las empresas en las que trabajaban estos obreros y patronos estaban en un estadio “preindustrial”

Según (Vegas, 2003) la conflictividad social del incipiente proletariado industrial sumada a la difusión de las ideas republicanas en la región, dejaba el terreno abonado para todo tipo de revueltas. Las huelgas reflejaban la gran conflictividad laboral y social subyacente. La ciudad de Valencia era conocida en toda España por la frecuencia de sus motines y algaradas sociales. No sería ajeno a esta fama el hecho de que el gobierno español diera un apoyo amplio a la Exposición en el tormentoso período

de 1909-1910. Más adelante, se retomará este aspecto de la Exposición como evento “tranquilizador” de las masas.

3.1.4 El principio del XX

Los desastres militares de 1898, con la pérdida de los últimos restos americanos del imperio, pusieron de manifiesto la ineficacia del sistema oligárquico canovista. La crisis acabaría alcanzando a la misma monarquía. El diputado republicano Vicente Dualde Furió, conspiró con el general valenciano Juan Arolas Esplugues, repatriado de Filipinas, para provocar un cambio de régimen. Pero Arolas desistió porque los blasquistas, dominadores de la escena política valenciana, no se adhirieron al intento de golpe.

Al principio de la Restauración, la dinámica política giraba exclusivamente en torno a dos partidos (conservador y liberal), pero la Ley Electoral de 1890, que abría algunos resquicios en el corrupto sistema caciquil provocó la irrupción en el espectro valenciano de fuerzas políticas disonantes. Por supuesto, a nivel general, no se alteraba demasiado la correlación de las fuerzas políticas, pero en sitios señalados como la ciudad de Valencia, se permitía el triunfo de los republicanos en varias ocasiones durante los primeros años del siglo XX. El lapso comprendido entre 1901 y 1911 marca el momento de mayor auge y mayoría republicana en el Ayuntamiento de Valencia, siempre bajo la batuta de un alcalde conservador o liberal elegido desde Madrid (obligatorio para las ciudades de más de 150.000 habitantes) y bajo el ojo atento del gobernador civil de la ciudad. Buen síntoma de esa hegemonía política es que los valencianos eligieron a Blasco Ibáñez diputado siete veces seguidas “*He sido diputado hasta que me cansé de serlo*” pudo decir con presunción, según (Sanchis Guarner, 1999).

En palabras de (Serna & Pons, 2009B), “El blasquismo no era exactamente un partido de izquierdas, ni un partido obrero, como lo eran las organizaciones socialistas, pero la suya era una fórmula moderna que apelaba al pueblo. Es decir, sus líderes manejaban con soltura las nuevas formas de hacer política y ellos les permitía atraer el voto de los trabajadores, que veían en la anhelada República la solución a todas sus miserias y estrecheces”

En 1903, se produjo en el republicanismo valenciano una violenta escisión. El donostiarra Mariano Rodrigo Soriano (1868-1944) encabezó

un bando más radical en los aspectos sociales. Se oponía al acercamiento a Lerroux, el demagogo que en Cataluña combatía a la burguesía catalanista de la *Lliga Regionalista*. Las disensiones entre los sorianistas y los blasquistas ensangrentaron durante unos años las calles de Valencia. Los dos bandos, sin embargo, coincidían en su anticlericalismo y consideraban a la Iglesia Católica el baluarte de la reacción, el gran enemigo del progreso. En 1904, consiguieron que Nozaleda, el antiguo arzobispo de Manila, dimitiera de la diócesis de Valencia.

La difícil convivencia de un bipartidismo oficial con un multipartidismo real creó frecuentes tensiones. En 1904 el gobernador civil Capriles ordenó la revisión de toda la gestión administrativa de la Casa Consistorial y expuso cargos contra la mayor parte de los concejales republicanos, y, a pesar de que resultaron indemostrables, exigió en vano al ministro su destitución. Los conflictos que aparentemente eran de tipo administrativo, revelaban el hondo malestar político (Beltrán, 2002)

Blasco Ibáñez se marchó a Madrid y en 1905 cerró definitivamente la casa de la Malvarrosa que sus correligionarios le habían regalado. Se dedicó plenamente a la actividad literaria y dejó el blasquismo en manos del periodista Félix Azzati. También, su contrapunto, Teodoro Llorente, cesó en 1904 en la dirección del diario conservador “Las Provincias” para dedicarse de lleno a la poesía y a la investigación. Como se describe en (Pérez Puche, 2009) se había convertido en un icono, en un respetable consejero de las clases dirigentes valencianas, al que se le consultaba sobre diversos asuntos. Entre ellos, el proyecto de la Exposición, al que, al parecer, dio todo su apoyo. Como ya se ha dicho, la Exposición se convertiría en cierto modo, en el momento de máxima exaltación y gloria de Llorente.

Bajo el nuevo rey, Alfonso XIII, que había sido declarado mayor de edad a los 16 años en 1902, siguió la alternancia de conservadores y liberales, dirigidos ahora por Maura y Canalejas, respectivamente. No hubo cambios sustanciales: no se daba entrada en el sistema a aspiraciones progresistas o regionalistas. Las disensiones internas valencianas contrastaban con la cohesión de los regionalistas catalanes, que pedían la reforma constitucional. En 1906 triunfó plenamente en Cataluña *Solidaritat Catalana*, un bloque electoral amplísimo, fuera del cual solo quedaban Lerroux y el gobierno. El solidarismo intentó extenderse a Valencia de la mano de los sorianistas; pero los blasquistas, esencialmente jacobinos, lo atacaron con terrible virulencia.

Por otro lado, el asociacionismo obrero se mostraba cada vez más fuerte, en 1901 la ciudad de Valencia padeció una huelga de basureros, debido a que el Ayuntamiento había promovido el cobro de peajes a los carros de fuera de la ciudad, con la circunstancia de que la mayoría de huertanos y basureros residía fuera de Valencia. De abril a agosto de aquel año, Valencia acumuló basuras y los mercados se vieron frecuentemente desabastecidos. Todo se normalizó cuando se cedió a todas las demandas de los huelguistas a finales de agosto. En 1903 surgió una huelga de alpargateros en la ciudad de *Elx* que duró seis meses. En 1904 esta huelga tuvo continuidad en Vinaroz y *Vall d'Uixó*.

Según (Martínez Gallego, 1995), la huelga de los trabajadores de la metalurgia de la ciudad de Valencia, en 1906, demostró que tanto las sociedades de resistencia obrera como la patronal del sector eran de las más nutridas y mejor organizadas de la ciudad, aunque con una diferencia: los obreros estaban sectorizados en función del oficio. Aunque sus cifras de asociados parecen ser una pequeña parte del total de trabajadores del metal, ya existía una Federación Metalúrgica Valenciana, con gran capacidad de movilización y afinidades sindicales.

El descanso dominical fue una reivindicación obrera alcanzada en España en septiembre de 1904. Pero los sindicatos aún tendrían que esperar hasta 1918 para alcanzar su demanda de una jornada laboral de ocho horas (Silvestre, 2003).

Como ya ocurriera durante la crisis de Cuba, el estamento militar atacó a la prensa crítica (1905, incidentes del “Cu-cut”) lo que desembocó en la Ley de Jurisdicciones, que dejaba a los militares al margen de los tribunales ordinarios (Pérez Puche, 2009).

En 1907, se originó en Valencia una huelga de matarifes y panaderos: los primeros al oponerse a la nueva tarifa del matadero; los segundos porque se gravaba la leña con impuestos de consumos. En 1908 tuvo lugar una huelga de estudiantes, secundada por el doctor Moliner.

También en 1907, fueron procesados 27 concejales republicanos por injurias al arzobispo de Valencia, 11 de los cuales fueron suspendidos de sus cargos y sustituidos por interinos, aunque posteriormente fueron absueltos y volvieron a ocupar sus puestos. Por su parte, era el partido carlista el que poseía la hegemonía dentro de la derecha política valenciana. Con esta situación tan caótica, el valencianismo político tuvo pocas posibilidades de prosperar y, efectivamente, fracasó en sus

intentos de agrupar las fuerzas para hacer un frente común, al contrario de lo que había sucedido en Barcelona en 1905. Al margen del patriciado conservador de *Lo Rat Penat*, fue fundada en 1906 la sociedad *València Nova*, más politizada y catalanista. Organizó en 1907 una Asamblea Regionalista, con muy poco impacto.

(Pérez Puche, 2009) recuerda que entre los años 1902 y 1907, España había tenido catorce gabinetes ministeriales distintos. De ese modo, la llegada al poder de Antonio Maura en las “elecciones” de abril de 1907, y su continuidad al frente del gobierno conservador hasta el mes de octubre de 1909, hacen que este corto bienio sea considerado por algunos autores un período de relativa y extraña quietud, al menos hasta los incidentes de Barcelona. Según (Serna & Pons, 2009B) Maura captó “la necesidad de afrontar determinados cambios que hicieran viable el sistema de la Restauración (...) Era preciso incorporar nuevas capas sociales a la esfera política para de ese modo realizar cambios que frenaran el impacto de las principales amenazas: *‘realizar una revolución desde arriba para que no nos la hagan desde abajo’*”.

La guerra colonial en Marruecos era el telón de fondo de la crisis, como había ocurrido en 1898 con Cuba y Filipinas. Desde el convenio hispano-francés sobre Marruecos (1904) y el desembarco alemán en Tánger (1905), la colonia norteafricana fue un foco creciente de inquietudes para España, que actuaba como una pequeña potencia colonial titubeante y empobrecida. Precisamente, serían las levas para las guerras africanas las causantes del estallido de violencia que ensombreció el desarrollo de la Exposición y del que se hablará más adelante, en el séptimo capítulo.

En Valencia, toda esta inestabilidad política de Madrid se reflejaba a través del cambio de alcaldes, que siempre venían escogidos por el gobierno de Madrid, independientemente de los resultados de las elecciones municipales. Para hacerse una idea de la inestabilidad política de la época, se debe considerar, por ejemplo, que entre 1900 y 1910 hubo dieciséis cambios de alcalde en la ciudad de Valencia, y durante ese periodo ostentaron el cargo trece personas diferentes.

Durante la Exposición y la Exposición Nacional, es decir, desde mayo de 1909 hasta noviembre de 1910, hubo cuatro alcaldes en Valencia: José Maestre Laborde-Boris -conservador- (junio 1907-octubre 1909), Miguel Paredes -liberal-(octubre 1909-diciembre 1909), Pedro Aliaga -liberal-

(enero 1910-febrero 1910) y Ernesto Ibáñez -liberal- (febrero 1910-agosto 1911).

En (Solaz, 2009) se puede encontrar el resto de personalidades de la vida institucional valenciana durante los años de la Exposición: el arzobispo era Victoriano Guisasola, el capitán general era Adolfo Giménez, el gobernador civil Jenaro Pérez, el presidente de la diputación provincial Juan Bautista Valdecabres, el presidente de la audiencia territorial Ambrosio Tapia, el rector del distrito universitario José Machí y el comandante de marina Rodrigo García.

Como se cita en (Pérez-Puche, 2009), en el diario blasquista “El Pueblo” del 23 de mayo de 1909 (al día siguiente de la inauguración de la Exposición), Azzati, en el característico estilo de la época, se esforzaba, dirigiéndose al rey, en señalar que los logros en el desarrollo de la ciudad se debían al esfuerzo de los concejales republicanos, mientras que las deficiencias se debían a los alcaldes impuestos por Madrid: *“¿Has visto al descender del tren, ese barracón inmundo, fétido, entelarañado, tenebroso antro, enorme boquete que parece abierto en el vientre de la negra montaña? Eso es la estación del Norte, empresa compuesta de explotadores jesuitas, que, desde luengos años, saquean nuestra hermosa región sin que los monárquicos hayan podido conseguir el levantamiento de un soberbio edificio como corresponde a la categoría de la tercera ciudad de España y a la magnitud de los beneficios obtenidos”*. Esa tensión conviviría con la Exposición y la trascendería.

Durante la Exposición, en Madrid se sucedieron tres gobiernos: el ya citado del conservador Antonio Maura (enero 1907-octubre 1909), que acompañó al rey a la inauguración de la Exposición, el de Segismundo Moret -liberal- (octubre 1909-febrero 1910), nombrado de manera precipitada, después de la dimisión de Maura, y el de José Canalejas -liberal- (febrero 1910-noviembre 1912), con su intento de regeneración interna de la Restauración desde la perspectiva liberal. (Vegas, 2003) resalta que cabe imaginar hasta qué punto sólo este cambio incesante de interlocutor dificultaba enormemente la tarea de organización de la Exposición y la gestión de los fondos que debían ser donados por el Estado. Más adelante, se analizará lo meritorio que fue el hecho de que Trénor consiguiera llevar su proyecto adelante en estas condiciones.

(Pérez Puche, 2009) explica, por ejemplo, que hubo indicaciones expresas del Gobernador Civil para que no se pusieran entradas a la venta en el Baile de Gala de la noche de la inauguración. Ello hubiera

podido poner en peligro la seguridad del rey. El miedo a un atentado anarquista flotaba en el ambiente.

En el séptimo capítulo, cuando se describa el desarrollo de la Exposición, se analizará cómo estas graves circunstancias históricas afectaron a la consecución de los objetivos el certamen.

Por contraste con toda esa inestabilidad, Valencia vivía, a caballo de los siglos XIX y XX, un momento dulce de florecimiento de diversas facetas del arte que era reconocido a nivel español e internacional. El pintor Joaquín Sorolla y el escultor Mariano Benlliure, obtuvieron un gran éxito precisamente en la Exposición Universal de París de 1900. Pero éstos no constituían figuras aisladas, sino que formaban parte de un grupo numeroso de artistas de alto nivel que participaron con sus obras, como se detallará más adelante, en la exhibición del Palacio de Bellas Artes de la Exposición: Joaquín Agrasot, José Benlliure, Antonio Muñoz Degraín, Ignacio Pinazo, etc. De algún modo, el brillo de esta generación de artistas valencianos y su presencia en el Palacio de Bellas Artes eclipsó en parte otros aspectos del certamen, como la presencia de la industria y del desarrollo económico del país.

Por otro lado, (Vegas, 2003) señala la presencia en Valencia de un sector cultural progresista que fue el responsable, por ejemplo, del homenaje a Darwin en 1909 en la Facultad de Medicina, lo que provocó un cierto escándalo entre los conservadores de la época. La semilla había sido sembrada por el profesor Rafael Cisternas (1818-1876) que, de forma clandestina, había explicado las teorías darwinistas a sus alumnos más allegados en la década de 1860. Eduardo Boscá (1843-1924) fue uno de esos alumnos. Catedrático de Historia Natural, fue el encargado de montar el Museo de Paleontología con la colección de fósiles del Ingeniero de Montes, oriundo de Manises, José Rodrigo Bonet. El discurso escrito por Boscá para la conmemoración del centenario del nacimiento de Darwin (22 de febrero de 1909) da una idea del grado de controversia en la época: *“la mayor contribución del darwinismo es haber desinfectado el cerebro de aquella fauna fantástica, fruto del subjetivismo de la edad media, las brujas, los duendes, ángeles y diablos”*. Otro destacado darwinista valenciano fue el catedrático de Anatomía Peregrín Casanova (1849-1919), que en sus cartas, al biólogo alemán Haeckel lamentaba que las teorías de Darwin encontraran en España *“una resistencia invencible a causa del estúpido misticismo dominante, hasta el punto de prohibir el Gobierno que en las cátedras, nadie ose decir nada opuesto a las doctrinas católicas”*.

En lo que se refiere a la filosofía, el editor Francisco Sempere hacía tiradas de 15 a 20.000 ejemplares de obras de Tolstoi, Nietzsche, Schopenhauer, etc. Además, cabe destacar la vitalidad del movimiento esperantista en la ciudad de Valencia, que llegó incluso a recibir la visita del Doctor Zamenhof a la Exposición, después del Congreso Internacional que se había celebrado en Barcelona. Como se tratará después, una de las características más llamativas de la Exposición, fue la gran cantidad de congresos y reuniones que fueron organizadas paralelamente al certamen. Y una de ellas fue el llamado *Postkongreso* esperantista. La siguiente reseña del número 18 de (Valencia, literatura, 1909) de 19 de septiembre de 1909 es una buena muestra del ambiente: “(...) *El capitán del Estado Mayor señor Anglada, pronunció un hermoso discurso en esperanto, haciendo en él la apología de la lengua auxiliar, y de su famoso inventor. A continuación, el sr. Maestre (el alcalde) tributó en nombre de la ciudad, merecidos homenajes a Zamenhof, haciendo votos para que su constante labor de 22 años se vea coronada con el éxito (...)*”. El esperanto aparece aquí como un símbolo de la fe en la modernidad y en el progreso, y también del deseo de fraternidad entre las naciones, que sinceramente debían manifestar las autoridades de aquella Valencia activa y contradictoria de 1909.

3.2 La nueva ciudad y las infraestructuras.

Durante el siglo XIX se produce la transformación arquitectónica de la ciudad, que pasa de ser una abigarrada ciudad arábiga a una ciudad ampliada y acorde a los nuevos tiempos.

En 1865, el gobernador civil Cirilo Amorós decretó el derribo de las murallas cristianas. La causa inmediata de la medida fue dar trabajo a los numerosos desempleados por la crisis de la seda. Urbanísticamente, se trataba de una acción imprescindible. Todavía hoy, puede observarse en un plano de la Ciudad cómo las calles de Blanquerías, Conde de Trénor, Pintor López, Paseo de la Ciudadela, La Justicia, Puerta de la Mar, Colón, *Xàtiva* y Guillem de Castro siguen la antigua línea de aquellas murallas. La ciudad podía así expandirse de manera natural. El futuro crecimiento fue hacia el sur y hacia el este. (Jürgens, 1992).

En 1880, se anunció el primer proyecto de Ensanche, obra de los arquitectos Sebastián Monleón, Antonio Sancho y Timoteo Calvo. Pero hasta 1884, la ciudad no dispondría del primer proyecto definitivo. En él se contemplaba, por primera vez, el problema de la ubicación de los “establecimientos industriales” (Álvarez Rubio, 2001).

Atender a este problema era inaplazable. A partir de la segunda mitad del XIX, la realidad industrial de la ciudad había comenzado a mostrar signos de evidente colapso. Son los momentos en que la estructura del pequeño taller, ubicado en el corazón de la ciudad antigua, denota una clara insuficiencia técnica y material. El ayuntamiento empieza a asumir la necesidad de disponer de espacios para la producción industrial, tanto por razones de salubridad como de reorganización territorial. Existía una vieja ciudad cuyos talleres pervivían desde sus orígenes en el mismo sitio en que nacieran en época medieval (Aguilar, 1983). Pero se imponía la necesidad de una renovación de sus condiciones materiales y técnicas y de una renovación.

La primera fase del Ensanche de Valencia o Primer Ensanche, firmado por Luis Ferreres, se aprobó en 1887, directamente inspirado en el Ensanche barcelonés de Cerdá (1859) (Saura, 1997). Se trata de una disposición ortogonal, racionalista, de vías paralelas y bastante anchas para la época, donde el elemento generador ya no es el barrio, sino la manzana. Manzanas con patio interior para asegurar la higiene y ventilación de las viviendas y grandes chaflanes para facilitar el tráfico rodado. Valencia se ampliaba, con límite exterior en una Gran Vía que inicialmente se llamó toda ella “de las Germanías”.

(Sanchis Guarner, 1999) comenta que las mismas razones que el primer diseñador de ensanches Haussmann presentó ante Napoleón III en París, impresionaron a las clases dirigentes valencianas: las calles rectilíneas impedirían las revueltas populares. Todavía seguía viva en la memoria de la ciudad las insurrecciones de 1869 y 1873, cuando el ejército español, incapaz de maniobrar en el laberinto de las viejas calles, no había podido vencer directamente a los amotinados y había tenido que bombardear la ciudad desde fuera.

Como se explica en (COAV, 1984), la uniformidad del Ensanche valenciano sólo quedaba rota por una calle diagonal, la de Sorní, que va desde el antiguo *Portal del Jueus* (derribado en 1880), hoy Plaza del Pintor Pinazo, hasta el puente de la Mar y Camino del Grao. Las calles de este sector meridional del primer Ensanche (todas de 18 metros a 20 metros de ancho) estaban cortadas perpendicularmente en sentido latitudinal por la llamada Calle del Puerto (hoy Cirilo Amorós) que va desde el antiguo Camino de *Russafa* hasta el mismo puente de la Mar. Este puente llega a una plaza semicircular (hoy llamada de América) que irradia seis avenidas y calles en forma de media estrella (hoy llamadas de la Ciudadela,

Navarro Reverter, Sorní, Cirilo Amorós, Serrano Morales y Jacinto Benavente).

En estas manzanas de casas plurifamiliares del Ensanche se desarrolló un tipo de vivienda burgués, muy parecido al de Barcelona. Viviendas rectangulares y anchas, de más de 200 metros cuadrados, con vistas a la calle y al patio interior. Las dependencias principales de la casa eran el dormitorio de los cabezas de familia, el comedor, que centraba la vida familiar, y un salón solamente usado en ocasiones especiales. La primera planta estaba constituida por dos entresuelos para familias menos pudientes. En las plantas bajas solía haber rejas en dependencias que daban a la calle, normalmente ocupadas por clases medias. Una parte importante del crecimiento durante la segunda mitad del XIX de sectores “industriales” o “protoindustriales” como la ebanistería, que luego tuvieron importante presencia en la Exposición, se debió, precisamente a la necesidad de amueblar todas estas viviendas de acuerdo a los nuevos gustos burgueses.

Todos los edificios del Ensanche tienen el basamento de la fachada de piedra, a menudo con almohadillados dispuestos horizontalmente; y a veces, también son de piedra, aunque de molduraje muy simple, las jambas y el dintel de la gran puerta de la calle. El resto del edificio es ladrillo enlucido y las bovedillas de los techos de dos capas entre cabrios y vigas de madera. En la fachada, la separación entre los pisos se remarca mediante impostas. Las cornisas suelen ser altas y de un cierto relieve. En general, el aspecto exterior es delicado aunque monótono.

En lo que se refiere al interior de la ciudad, también hubo muchas transformaciones. Desde la puerta de la Mar, en el este de la ciudad vieja, se trazaron dos nuevas vías de transformación. Una de ellas era la calle de *les Barques* (dos tercios de la cual se llama hoy Pintor Sorolla). Llegaba al llamado parque de Castelar (actual Plaza del Ayuntamiento), aprovechando una serie de plazas antiguas que seguían la antigua muralla árabe y el primitivo brazo sur del río. La otra calle fue la de la Paz, más rectilínea, que llegaba a la Plaza de la Reina. Dicha calle conserva todavía hoy un atractivo y equilibrado aspecto.



Figura 4: Plaza de la Reina *circa* 1905. Agustín Lorente. Colección Rafael Estaban Lorente. Fuente (Ateneo, 2009).

Precisamente en la puerta de la Mar estaba situada la Fábrica de Tabacos de Valencia. El edificio había sido diseñado como Aduana y comenzado a construir en 1758. En 1828 se convirtió en una fábrica del monopolio estatal. En 1860 albergaba a unos 4.000 obreros, en su mayoría mujeres, y representaba en capital, una inversión de dos millones de reales, según (Martínez Gallego, 1995). Precisamente, y como se verá más adelante, fue la construcción de la nueva fábrica de tabacos al otro lado del río uno de los factores desencadenantes de la Exposición.

El eje tradicional de la ciudad, que iba desde las Torres de *Serrans*, por la calle *Cavallers* hasta la plaza de la Constitución (hoy plaza de la Virgen), y la plaza de la Reina, había ido perdiendo el carácter central que había tenido durante la época isabelina. La plaza de la Reina, ensanchada en 1878, era triangular y de dimensiones reducidas y se había convertido en el nuevo centro urbano, ya que de ella arrancaba no solamente la Calle de la Paz sino también la reformada calle de San Vicente, cuya reforma se había iniciado en 1894. (Sanchis Guarner, 1999) cuenta que un oportuno

empréstito municipal permitió que en 1897 estuviera casi terminada su urbanización.

Esta calle de San Vicente, que proyectaba la ciudad hacia el sur, era recta, regular y bastante ancha para la época (14 metros) y permitía la comunicación con la plaza del Mercado, que seguía conservando el carácter de centro económico urbano. Continuaba hasta el antiguo Portal de acceso del viejo camino real de Madrid (hoy Plaza de San Agustín). Por esta calle circulaba el tranvía de la línea *Russafa-Bosseria- Torres de Quart* (inaugurado en 1876).

En el cercano camino de Jesús, estaba la estación del ferrocarril de vía estrecha al Grao y a La Ribera, iniciado en 1893. Más hacia el este, pasada la Roqueta (actualmente la Plaza de España y la Gran Vía Ramón y Cajal) se encontraba la estación del ferrocarril de vía ancha hacia Utiel, inaugurado en 1883. Se hablará en más detalle de esa línea un poco más adelante.

El llamado Parque de Castelar se situó sobre el solar del cuartel instalado en el Convento de San Francisco y que había sido derribado en 1891. El Ayuntamiento lo adquirió en 1896, con el propósito de convertirlo en el centro urbano que es hoy.

Al sur del parque, en la calle del *Sagrari de Sant Francesc*, estaba la estación ferroviaria principal de la ciudad, la de la línea de Almansa a Tarragona, “la espina dorsal ferroviaria”, que enlazaba con Madrid y con Barcelona. Era de estilo neoclásico y había sido diseñada por el ingeniero inglés James Beaty.

Al este del parque, estaba el llamado barrio de *Pescadors* (entre las actuales calles de *les Barques* y de *Roger de Lauria*), de construcciones deterioradas, dedicadas en su mayor parte a prostíbulos. Fue derribado y urbanizado por el arquitecto Alfaro en la primera década del siglo XX. Describe (Solaz, 2009) que al producirse estos derribos, la prostitución fue desplazada hacia la zona de la calle de Quevedo, Gracia o la desaparecida plaza de Pertusa, donde las llamadas *dones de la cadireta* la ejercían en casas con nombres como “la Casita Verde”, “el Rapit” o “Madame Madit”. La animada calle de *Russafa* conducía al barrio del mismo nombre, que conservaba su fisonomía particular, a pesar de haber sido anexionado ya por la ciudad.

Hacia el oeste, el centro se comunicaba por las estrechas calles de *Quart* y de *Cavallers*. A ellas se añadió otra vía de comunicación nueva: las calles de Murillo y de la Carda. Con todo, esa zona de la ciudad siguió teniendo un aspecto más abigarrado e irregular. La salida principal del barrio del Carmen hacia el río era la antigua calle Corona.

Extramuros, entre el camino de *Quart* y la calle de Borrull, en torno al antiguo convento del Socorro, se había desarrollado un arrabal de casas modestas y de talleres artesanos, en las plantas bajas, bastante parecidos a los de la *Ciutat Vella* (Aguilar, 1990). En la ribera del río Turia, junto al Jardín Botánico y la *Petxina*, los jesuitas, readmitidos en 1884, habían construido su nuevo colegio, para la educación de los hijos de la aristocracia y la élite dirigente. En la zona también estaba la estación de ferrocarril de vía ancha a *Lliria* por Manises (construido en 1889).

Al otro lado del río, se había desarrollado un suburbio pobre en los alrededores de la carretera de *Lliria*, entre Tendetes y *Marxalenes*. En el *Pla de Saidia* se había construido una plaza semicircular en la que después desembocaría el nuevo trazado de la carretera de Barcelona, que hacía muchos siglos que llegaba a la ciudad por la calle de Sagunto, en torno a la cual también se había desarrollado un populoso arrabal de artesanos y proletarios y algunos establecimientos industriales. Cuando se analicen los distintos sectores industriales, en el siguiente capítulo, se podrá comprobar que varias plantas industriales de nueva creación se ubicaron en la zona.

Ya con anterioridad a la demolición de la muralla, el alcalde, financiero e industrial José Campo había intentando impulsar un ensanche urbano en la *Saidia*, para que la ciudad creciese en esa orilla; pero (Sanchis Guarner, 1999) cita un comentario de (Guillem i Marco, 1898) en el sentido de que “*las molestias que supone tener que atravesar los puentes, y tal vez intereses más o menos legítimos impidieron que aquel proyecto continuara.*”

(Solaz, 2009) describe cómo las afueras de la ciudad habían sido el lugar de asueto y paseo durante todo el XIX. Los domingos y festivos se veían muy concurridos el paseo de la *Petxina*, la Alameda, los Poblados Marítimos o la zona sur de la ciudad, saliendo por la citada calle de San Vicente. En el cauce del río se podía presenciar el *tir de colom a braç*. El tradicional juego de pelota valenciana se desarrollaba en los trinquetes de Pelayo y *Marxalenes*. Las corridas de toros, algunas de ellas organizadas por el “Círculo taurino”, junto a las verbenas de los barrios, completaban el esparcimiento ciudadano decimonónico.

Según (Teixidor, 1976), a comienzos del siglo XX, la ciudad disponía de un perímetro de 6.600 m, mientras que el espacio urbano delimitado por el segundo anillo de descongestión (la Gran Vía) era de 2,5 kilómetros cuadrados. Su población de hecho ascendía a 213.550 habitantes. La anexión de los pequeños municipios de alrededor: Patraix (1870), Ruzafa (1877), Benimaclet (1882), Campanar (1897) y los Poblados Marítimos (1897) contribuyó favorablemente a este aumento. Pero por otro lado, las epidemias de cólera azotaban periódicamente la ciudad mermando el crecimiento demográfico. El entorno de la urbe se distribuía de la siguiente forma: la población total de *l'Horta* había pasado de tener 299.750 habitantes en 1857 a tener 739.380 habitantes en 1900, incremento indicativo de la mejora de las condiciones y el rendimiento de los cultivos, favorecidos por los nuevos métodos de explotación.

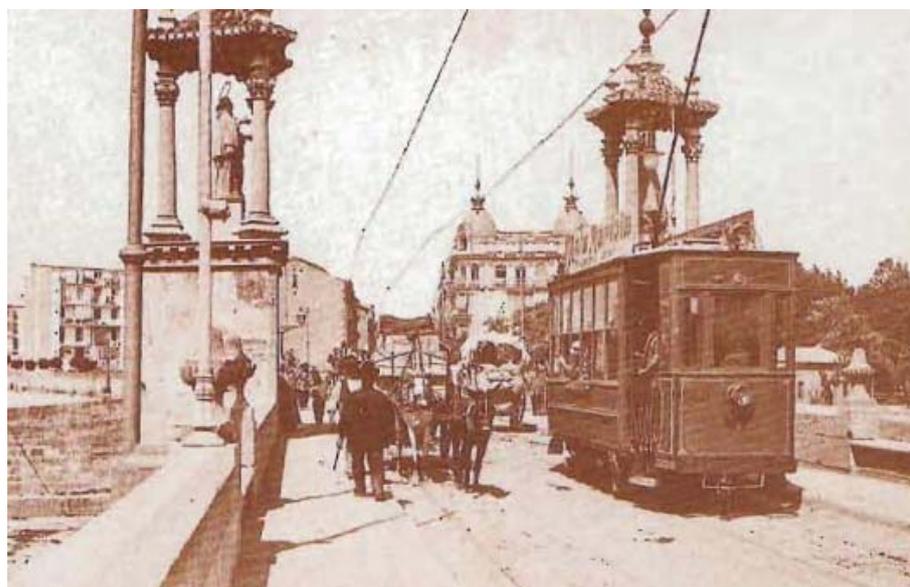


Figura 5: Tranvías eléctricos en el Puente del Mar, *circa* 1900. Fototipia Thomas. Colección Díaz Prósper. Fuente: (COHCV, 2009)

En (Sanchis Guarner, 1999) se cita el siguiente manifiesto blasquista, publicado en 1901, con motivo de las elecciones municipales, que constituye todo un *vademecum* del desarrollo urbano de la ciudad por aquellos años:

“Hemos cambiado el alma de Valencia, ha llegado el momento de que transformemos el cuerpo, que bien lo necesita.... Mientras llega el momento de regenerar España, revolucionemos nuestra ciudad cambiando su vida material....

Hay que derribar casas para construir nuevas vías; hay que dar al pueblo otra agua; hay que hacer desaparecer los barrios antiguos del centro de la ciudad.

Es deshonroso para Valencia ese mercado a estilo moruno.... Las necesidades de la vida civilizada hace tiempo que exigen un mercado de hierro y cristal.

Es una vergüenza que las escuelas municipales estén establecidas en callejones tortuosos, donde no penetra el sol; en casas viejas con un ambiente más cargado de gérmenes, de enfermedad que de enseñanza.... Subleva el ánimo que aquí, donde apenas hay una calle sin iglesia o convento, no exista una escuela pública edificada para tal objeto.

Es preciso terminar las calles, cuyo ensanche no está más que iniciado; abrir otros nuevos para que se airee la ciudad; y cuidarse del suelo —ya que el cielo es inmejorable— reformando el alcantarillado y el pavimento.

Hay que ensanchar los puentes---: un puente sobre todos, el de San José resulta una callejuela abandonada.

Es conveniente llevar a cabo el proyecto de boulevard desde el antiguo jardín del Real a los poblados marítimos. Valencia tendría un nuevo paseo, una verdadera calle moderna, semejante a la Avenida del Parque de Bolonia en París, o a la Castellana de Madrid, y la parte más extrema del Cabañal se uniría a la ciudad por un camino más corto.

Hay, en fin, que preocuparse no sólo de la salud y de la decencia, sino del embellecimiento de la ciudad y crear en las playas valencianas y en sus terrenos colindantes, grandes bloques de pinos, eucaliptos, etc....”

La mayoría republicana en el Ayuntamiento de Valencia, en coherencia con esa proclama casi visionaria y propagandística de su líder Vicente Blasco Ibáñez, fue la responsable política de la impulsión de los planes de Ensanche y Reforma Interior de aquella época, la instalación de alumbrado eléctrico en algunas zonas céntricas de la ciudad, la reforma de la infraestructura de aguas potables y la atención a la limpieza pública.

Como se ha analizado en (Gabriel, 1988), hubo otros asuntos donde el blasquismo desempeñó un papel de mera comparsa: aquellos relacionados con los intereses de la burguesía agraria y comercial; pero no tuvo más remedio que prestarse a ello. Entre otros, se pueden señalar las obras del puerto de Valencia, el tren directo a Madrid e incluso, la propia Exposición. En estos proyectos, el blasquismo se vio unido a la burguesía por la voluntad del partido de representar a todos los valencianos.

De todos modos, conviene resaltar que aquel manifiesto republicano casi visionario no tardaría mucho en convertirse en realidad, al menos parcialmente, a raíz de la evolución de los acontecimientos y del impulso vital de la ciudad del que la Exposición fue eco, caja de resonancia y amplificador. Todo ello se tratará en más detalle en el capítulo siete.

En cualquier caso, como ya se ha dicho antes, para la época de la celebración del certamen, Vicente Blasco Ibáñez había abandonado la política, cansado de las luchas y escisiones internas, y el partido era dirigido por Félix Azzati.

La Exposición se construyó expresamente en la orilla izquierda, con el objetivo explícito de propiciar ese desarrollo hacia el mar. Juzgar si lo consiguió o no, excede de los objetivos de este trabajo. Con motivo de la Exposición, se llevaron a cabo diversas obras urbanísticas importantes en toda la ciudad. En un capítulo posterior, se ampliará el tema del impacto que la Exposición tuvo en el desarrollo urbanístico de la ciudad.



Figura 6: Plaza de Emilio Castelar (actualmente, del Ayuntamiento) en 1909. Fuente: (Pérez Puche, 2009).

Según (Sanchis Guarner, 1999), el periodista chileno Francisco Contreras describía así la ciudad en vísperas de la Exposición: *“Dejando a la derecha*

un gran espacio vacío perteneciente al antiguo barrio de Pescadores, en que se empieza a edificar buenas construcciones, pasamos delante de la fachada blanca con marquesinas de hierro del Teatro Principal, y llegamos a la gran plaza de Emilio Castelar, abarrotada por una tupida fronda de arbustos y palmeras que le dan un aspecto exótico, casi tropical. Dividida en dos partes por la calle del Pintor Sorolla, ostenta en una de ellas la estatua del Españolito, hecha por Benlliure y en la otra, un monumento al Marqués de Campo, en bronce oscuro.

Desde allí, emprendimos el camino de la populosa bajada de San Francisco, calle corta con muchas tiendas pequeñas, sumamente pintoresca y animada... Y llegamos a la plaza de la Reina, menuda y rasa, centro del movimiento de la ciudad, donde convergen todos los tranvías, los urbanos arrastrados por un solo rocín, y los eléctricos que van al puerto”.

En (Guía, 1909) se dice: *“Valencia está evolucionando de una manera importante, perdiendo cada vez más su aspecto de ciudad antigua, adquiriéndolo de población moderna é importante. Á las muchas reformas que se han hecho en los últimos años, hay que añadir las que en la actualidad se están llevando á cabo, y otras que muy en breve van á ser realizadas.*

La actual estación del Norte va á ser sustituida por otra nueva, grandiosa y digna de la ciudad, cuyas obras están ya muy adelantadas. A consecuencia de esta reforma, desaparecerá el paso á nivel de la calle de Játiva (junto a la Plaza de Toros) y el paso á nivel de la calle de Ruzafa y de la gran vía. El terreno que actualmente ocupa la estación, será transformado en una hermosa avenida. Sobre los solares del antiguo y derruido Barrio de Pescadores, se verán pronto buenos edificios que constituirán una importante barriada. Las indecorosas Casas de Correos y Telégrafos actuales, van á ser reemplazadas por un nuevo edificio construido para este objeto en los mencionados solares. La antigua casa que en Valencia tiene el banco de España también será sustituida por otro edificio, hecho de planta, en la misma barriada de pescadores. Muy pronto quedarán terminadas las fachadas de piedra que en plaza de E. Castelar y en la calle que da al Sur, se están levantando para la casa de la Ciudad. Ya está terminando el concurso para hacer el ensanche del puente del Mar y darle un aspecto monumental. Ya están adjudicadas las obras del saneamiento entre el Grao y Cabañal, de suerte que muy pronto estarán construidas las alcantarillas y adoquinadas las calles de aquella importante barriada. Las obras para ensanchar y cuadrar la plaza de la Reina comenzarán en breve. Tiene el Ayuntamiento el proyecto y ya están hechos los estudios para tender planchas metálicas en todos los caminos y paseos de las afueras, con lo cual desaparecerá el polvo y el barro. La hermosa avenida del Mar, que ya está aprobada, que ha de tener 180 metros de anchura y que ha de extenderse desde el puente del Real hasta la playa, será pronto comenzada, pues en ella está emplazado el solar en el cual van á ser edificaciones el magnífico palacio para las Facultades de Medicina y Ciencias y el Hospital Clínico. Con la terminación de

la nueva Fábrica de Tabacos, que ahora sirve de Palacio de la Industria en la Exposición, quedará libre el antiguo edificio de la Aduana que, después de restaurado, será transformado en Palacio de Justicia. Al ser desocupada la Audiencia actual, la Diputación restaurará artísticamente su verdadera casa y se trasladará a ella. El actual Museo Provincial va á ser ampliado con un magnífico salón y de esta suerte, se enriquecerá la colección de pintura moderna, creando un completo Museo de Arte valenciano contemporáneo.

Desde el próximo año 1910 contará Valencia, tanto para el alumbrado público como para el particular, como igualmente para fuerza motriz, con fluido eléctrico barato y abundante que suministrará la Compañía Eléctrica Española, que ha sido la Sociedad que ha ofrecido mayores ventajas en el concurso celebrado por el Ayuntamiento el pasado año.”

Efectivamente, la electrificación de los tranvías interiores de la ciudad fue posterior. Se inauguró el sábado de Gloria de 1910. El último tranvía de caballos fue el de la línea del Cementerio, que no se electrificó hasta 1920. Los tranvías eléctricos prestarían servicio hasta 1969.

En 1907, el arquitecto Federico Aymamí y Faura elaboró un plan para una reforma interior de gran alcance. Se pretendía solucionar la carencia de zonas verdes y la estrechez de muchas calles. El plan fue aprobado en 1912; pero nunca se ejecutó. (Sanchis Guarner, 1999) describe que el plan Aymamí contenía ya la Gran Avenida del Oeste, entre San Agustín y el puente de *Sant Josep*; la actual Avenida Barón de Cárcer, incompleta y más estrecha, recogió esa idea. También estaba proyectada una suntuosa Avenida Real, de gran anchura, que debería haber ido desde la Plaza de la Reina al puente del Real, que nunca se inició. La calle *dels Serrans* debía ampliarse y al llegar a *Cavallers* formaría una gran plaza cuadrada delante de San Bartolomé. También estaba previsto que la Plaza del Mercado perdiera su carácter tradicional y se convirtiera en una calle de acceso al gran edificio de un nuevo mercado central cubierto.

También en 1907, se aprobó el nuevo plan de ensanches del arquitecto Francisco Mora y del ingeniero Vicente Pichó, que contemplaba la expansión de la ciudad hacia el oeste.

Progresivamente, se habían ido empedrando todas las calles de la ciudad interior, con una calzada de convexa de adoquines rectangulares de piedra rodada arenisca, bordillos con sumideros y aceras con losas grandes. Prácticamente, toda la iluminación de las calles era a gas. El

servicio de agua potable mejoró mucho con se le dotó de alta presión en 1890.

Según (Solaz, 2009), que lo ha tomado de (Catálogo, 1909), la Exposición tuvo servicios especiales de tranvías asociados a las dos líneas que comunicaban habitualmente la ciudad con el *Grau*. Estas eran las “Compagnie Generale des Tramways de Valence (Espagne)” o Compañía Lionesa (CL) que había absorbido a la anterior Compañía General de Tranvías, y la Sociedad Valenciana de Tranvías (SVT). Habían llegado a un acuerdo en 1906 por el que la SVT cedía la explotación de la mayoría de sus líneas a la CL. La línea llamada “general” al *Grau*, como ya se dijo, electrificada en 1900, circulaba desde la Glorieta por el Puente del Real hasta el *Grau* y el *Cabanyal*. La línea del “interior o directa” de la SVT, gestionada por la CL, se había comenzado a electrificar en 1907. Tenía su punto de partida en la plaza de la Reina y recorría la calle de la Paz y la Glorieta para alcanzar el Puente del Mar en su camino al *Grau*. A partir de 1910, al completarse el circuito del interior, esta línea realizaría un amplio recorrido por las calles de la Paz, San Vicente, Castelar, *Barques* y Pintor Sorolla.

Ambas líneas, contaron con asistencias a la Exposición. En el caso del servicio “directo”, considerado de lujo, iba desde la Plaza de la Reina a la Exposición por el Puente del Real, regresando por el Puente del Mar y se señalizaba como “Plaza de la Reina-Exposición” con un importe de 10 céntimos. El servicio realizado por el tranvía “general” desde la Glorieta se señalizaba con un cartel de “Exposición” y el precio del billete era de 5 céntimos.

Para el habitante de la Valencia actual es fácil olvidar que solamente existía verdadera ciudad en el lado derecho del río y que la Exposición estaba en un extrarradio, lejano y cercano al mismo tiempo. (Solaz, 2009), poéticamente, dice al respecto de esto: “Desde la ciudad, mirando al otro lado del río, se podía ver la frontera blanca y ocre de los edificios construidos para el certamen. Tanto los edificios como el recinto se iluminaban por las noches con 40.000 lámparas incandescentes, permitiendo celebrar los actos nocturnos y ofreciendo una vista diferente de los blancos y recién construidos edificios feriales. El resplandor de la luz llegaba a las poblaciones cercanas y producía exclamaciones de admiración en todos cuantos lo contemplaban.” Más adelante se volverá a considerar este aspecto de la Exposición: la electrificación puesto que el evento fue de alguna manera la presentación definitiva en sociedad de esta nueva energía.

Los peatones y los carruajes podían atravesar el cauce del Turia eligiendo tres puentes: el del Real, el del Mar y la Pasarela construida expresamente para permitir el acceso directo. Si el visitante partía de la zona norte de la ciudad, podía cruzar el viejo cauce por el primer puente y siguiendo por la Alameda llegar a su destino. Si, por el contrario partía del centro de la ciudad, de la nueva plaza Emilio Castelar, debía salir al cauce por Pintor Sorolla, pasar la plaza del Príncipe Alfonso, por delante de la Aduana y llegar al *Pla del Remei*, en cuyo lado izquierdo se encontraba la Pasarela.

3.2.1 El ferrocarril.

Según (Reig, 2007A), en el proceso de construcción de la red de ferrocarriles del territorio valenciano, cabe destacar tres etapas bien distintas:

1.- Desde los inicios en 1851 hasta, aproximadamente, 1870, se caracterizó por la construcción de la espina dorsal ferroviaria, es decir, la línea que unía y une, Alicante por Almansa y *Xàtiva* con Valencia y continuaba hacia el norte hasta Castellón y *Vinaròs*. Esta espina dorsal fue un factor muy favorable de desarrollo para todos los sectores industriales, como se verá en el capítulo siguiente. En 1852 se inauguró el primer ferrocarril que unía la capital al *Grau* y, en 1854, el Valencia-*Xàtiva*, eje decisivo para el transporte de los productos producidos en la poblada y rica comarca de La Ribera con la capital.

Vinaròs fue durante mucho tiempo la estación final de la red ferroviaria valenciana. En 1870, dejó de serlo cuando, gracias a unas costosas obras se construyó un puente de hierro que permitía superar el río Ebro y conectar con la red catalana hacia Barcelona.

2.- Comprende aproximadamente desde 1870 hasta la época de la Exposición. Durante ella quedó configurada la red tal y como existe en la actualidad. Se construyeron las líneas de Alicante a Murcia (1884), Valencia a Utiel (1888) y Sagunto a Teruel (1896). También durante este período, al amparo de la Ley de Ferrocarriles de Vía Estrecha de 1877, se construyeron algunas líneas de este tipo, por ejemplo la Valencia-*Lliria* (1888), la *Gandia-Denia* (1894) o la *Onda-Grau de Borriana* (1890)

Quizá la línea que más importancia económica tenía fue la Valencia-Utiel, ya que permitió mejorar el transporte del vino que se exportaba en

grandes cantidades a través del *Gran*, como se verá en el capítulo siguiente. Desde el principio del siglo XX, la posibilidad de prolongarla para disponer de un tren directo a Madrid por Cuenca como alternativa al largo desvío por Almansa se convirtió en la reivindicación más importante de la burguesía de la ciudad, que veía cómo se desaprovechaba un fuerte factor de desarrollo. Esta demanda no atendida, junto con otras, constituyó una de las bases del sentimiento reivindicativo que estaba, en parte, detrás del proyecto de la Exposición, como se tratará más adelante.

Por otro lado, la línea que unía Sagunto con el sur de Aragón, rápidamente se convirtió en una ruta de mercancías importante en los dos sentidos: cereales, remolacha y madera de Teruel hacia Valencia y arroz, cítricos y manufacturas hacia Aragón. Tampoco hay que desdeñar la importancia de la línea al servir de transporte a la gran corriente migratoria de aragoneses hacia Valencia, que alimentaría constantemente la demografía valenciana durante todo el siglo XX.

3.- Según (Reig, 2007A), la tercera etapa se extendería hasta la mitad del XX. Bajó el ritmo de construcción de líneas y se centró, especialmente durante la dictadura de Primo de Rivera, en la mejora de la infraestructura y de la tracción.

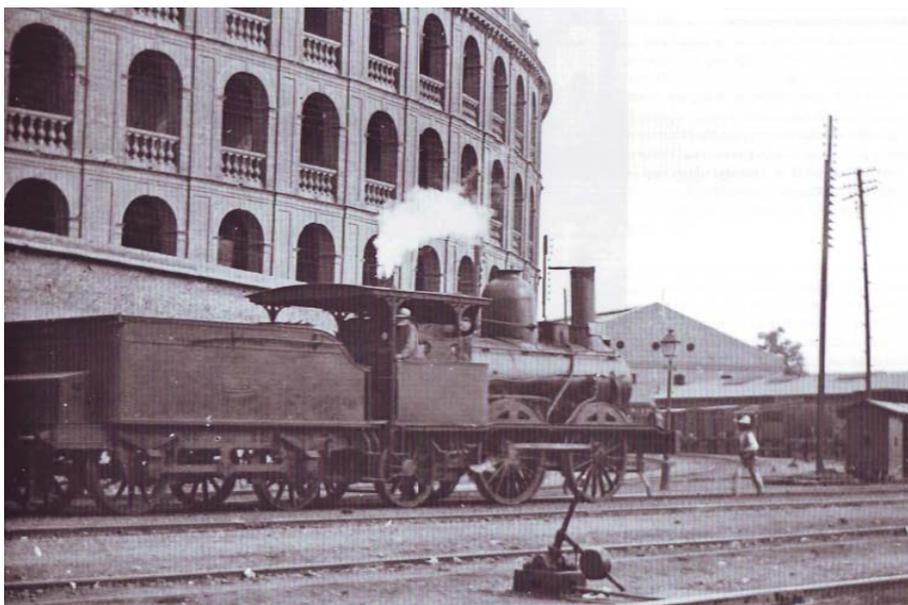


Figura 7: Estación del Norte (5 de agosto de 1909). Agustín Lorente.
Colección Rafael Esteban Lorente. Fuente: (Ateneo, 2009).

En el año de la Exposición, la ciudad ya había conseguido un sistema de accesos y transporte razonablemente coherente. (Solaz, 2009) hace un recuento de las estaciones de ferrocarril en el tiempo de la Exposición: la ya citada antigua estación de Valencia (1851), que se hallaba situada en la actual plaza del Ayuntamiento, la de Santa Mónica o del *Trenet* (1892), la ya citada de Jesús (1893) o la Central de Aragón (1901), que era la estación más cercana a la Exposición. Según este autor: “ofrecían el acceso a la misma por otra vía distinta a las polvorientas carreteras y facilitaron la visita de viajeros procedentes de poblaciones limítrofes y también de un incipiente turismo (...) el camino a pie, las tartanas y los carros serían otros de los procedimientos utilizados para la visita”.

3.3 La economía valenciana de finales del XIX y principios del XX.

Este apartado enlaza con lo dicho anteriormente acerca del marco en el que se sitúa el análisis de la industria presente en la Exposición. Allí, se establecía el marco de análisis que se iba a usar para enfocar adecuadamente el proceso de industrialización de la Valencia del XIX y principios del XX. Aquí, se ampliará la visión sobre otros sectores económicos con el objetivo de que se comprenda mejor cómo era económicamente la Valencia que organizó la Exposición.

En la página 29 de la guía “Valencia y su región” (Guía, 1909) se proclama orgullosamente: *“La región valenciana no tan sólo es la primera en riqueza y producción agrícola, sino también una de las más importantes de España en producción industrial, figurando después de las provincias de Barcelona y de Vizcaya. La industria de muebles es tan notable que no hay otra región en que se fabriquen estos con tanto gusto, con tanta perfección y tanta economía. La industria de la seda, sin ser lo que en otros siglos fué, es igualmente importantísima. La de abaniquería no tiene rival, no ya en España ni aún en la mayor parte de los grandes centros industriales de Europa. La de cerámica es sumamente importante y no tiene rival en parte alguna. Buena parte de los productos que se venden en los establecimientos de lujo de las grandes ciudades españolas, son de Manises. La fabricación de instrumentos de cuerda es sumamente importante por su cantidad y su calidad, y en todos los grandes establecimientos de música, de París, de Londres, de Viena, de Berlín, de Nueva York, están á la venta los productos que llevan la etiqueta que acreditan proceden de Valencia. La industria de fundición y maquinaria es igualmente importante y casi todos los aparatos para fabricar alcohol, que hay en Andalucía, en la Mancha y en Castilla, están montados por casas valencianas. Los paños, el papel de fumar, las mantas y plaits, los mosaicos los materiales de*

construcción, los coches de tranvía y de ferrocarril, la litografía y artes gráficas, las alfombras, las esteras, los sombreros, etcétera, etc., que utiliza buena parte de los consumidores españoles y extranjero, son fabricados dentro de la región valenciana”.

El tono empleado es el propio del tipo de publicación, una guía turística, que pretende ayudar al viajero y al mismo tiempo, ensalzar al territorio. Sin embargo, muchas de las afirmaciones son muy cercanas a la realidad. El tejido manufacturero valenciano era competitivo, especialmente si se comparaba con otras regiones españolas. En numerosos sectores (muebles, abaniquería, instrumentos de cuerda e incluso fabricación metalmeccánica) Valencia ocupaba el primer puesto. Aunque ello parecía ser desconocido para los coetáneos. El *“no sólo es la primera en producción agrícola, sino también una de las más importantes en producción industrial”* es tremendamente revelador.

No se discute que la economía valenciana fuera fundamentalmente agraria; pero el desarrollo valenciano siguió una trayectoria específica y diferenciada de la España cerealista interior (Carnero, 1988). La agricultura, en general, experimentó un ciclo expansivo. Se trataba de una agricultura flexible y exportadora, que ejercía de impulsora del comercio y de la manufactura. (Calatayud, 2007) afirma que, contrariamente al paradigma de la no industrialización, *“hoy es posible decir que no fue así y que, precisamente en esta etapa se produjo un auge industrial muy influido por el propio crecimiento agrario. De modo que el desarrollo de ambos sectores no fue excluyente, sino complementario.”* En este apartado, se tratarán ambos sectores y se fijará la situación económica en la que tuvo lugar la Exposición.

3.3.1 La agricultura valenciana de la Restauración.

A pesar de todos los matices que se han apuntado arriba acerca de la diversificación económica y el auge urbano, no se puede negar que la sociedad valenciana de la Restauración seguía basándose en gran medida en torno a la agricultura y, por tanto, en la propiedad de la tierra. Como ya se ha dicho, eso no es contradictorio con el hecho de que verdaderamente se hubiera producido un desarrollo y una industrialización *sui generis*. Aquí, se caracterizará un poco mejor esa agricultura y se resaltará su relación con esa industria “no líder”.

La agricultura formaba parte del circuito habitual del capital. Quienes triunfaban en el comercio, las finanzas o la “industria”, procuraban adquirir propiedades rurales, en especial, cuando el naranjo se convirtió en un cultivo muy rentable. Las transformaciones impulsadas por la revolución liberal (más o menos exitosa) acabaron por consolidarse y la actividad agrícola comenzó a desarrollarse en un marco plenamente capitalista. Aunque ya no se producirían traspasos masivos de propiedad semejantes a los impulsados por las desamortizaciones, el reparto de la tierra, y por tanto, las estructuras sociales en el campo, experimentaron continuas modificaciones en los últimos años del XIX. Quizá la más importante fue la difusión de la pequeña propiedad, que se convertiría en mayoritaria durante el XX. En buena medida, esto sucedió a través del acceso a la propiedad por parte de los numerosos arrendatarios que cultivaban las huertas.

(Calatayud, 2007) explica que hubo una poderosa razón técnica para ello: la autonomía que requería el cultivo de parcelas de regadío daba a los cultivadores capaces un gran poder de negociación con los propietarios. Es decir, la transformación técnica que anunciaban las máquinas hidráulicas mostradas en las exposiciones de la década de 1880, de las que se hablará más adelante, conllevó un cambio significativo del régimen de propiedad. Este cambio no fue tranquilo: en el final del XIX, tuvieron lugar varias revueltas en *L'Horta* en defensa de la estabilidad de las rentas de los arrendatarios y contra los desahucios. Como resultado de todo ello, los propietarios acabaron por desprenderse de parte de las tierras de regadío y los colonos pudieron comprarlas a precios favorables. Entre 1880 y 1930, aumentó apreciablemente el número de pequeños propietarios valencianos.

Ese proceso de transformación de tierras de secano en regadío se aceleró durante el período que considera este trabajo de investigación. Entre 1860 y 1922 aparecieron en toda la región unas 200.000 hectáreas de nuevo regadío, cifra muy elevada, si se tiene en cuenta el intenso uso de los acuíferos que ya se hacía con anterioridad. Al mismo tiempo, la superficie total cultivada creció en 267.000 hectáreas entre las mismas fechas, con lo que la superficie cultivada total se acercaba al millón de hectáreas (942.000). Una parte de este aumento se debía a la desecación de zonas húmedas: como la Albufera en Valencia o los marjales de Castellón. El efecto de revalorización de esos terrenos fue muy importante y explica en gran medida la ya citada atracción que la inversión en tierra ejercía sobre el capital.

El gran crecimiento del regadío (y de las variedades producidas) no sólo tuvo implicaciones financieras, sino que comportó un cambio tecnológico en, al menos, tres ámbitos: las técnicas de riego, el uso de fertilizantes y la selección de variedades de las plantas cultivadas. En lo que se refiere a los dos primeros, es fácil predecir sus inmediatas repercusiones en el tejido industrial valenciano y en lo que este mostraría en la Exposición, en especial en lo que se refiere a maquinaria de bombeo y a la química industrial.

Durante el período considerado, el regadío tradicional, basado en aguas derivadas de los ríos y canalizadas a través de acequias, apenas experimentó avances. La razón es que, con la tecnología hidráulica tradicional, los recursos hídricos estaban cerca de su plena utilización. Así que los agricultores comenzaron de modo creciente a explotar las aguas subterráneas mediante pozos que precisaban máquinas elevadoras y fuerza motriz. Fue precisamente en ese ámbito donde se produjeron grandes innovaciones. Las norias tradicionales, movidas por animales, empleadas desde hace siglos, resultaban insuficientes cuando aumentaba la profundidad del pozo y había que regar superficies mayores. Así que en el último tercio del XIX, comenzaron a difundirse las bombas movidas por máquinas de vapor. Al estudiar el sector metalmecánico se verá que los proveedores iniciales de ese equipamiento fueron industrias catalanas (Alexander Hermanos, sobre todo); pronto la industria local sería capaz de satisfacer la demanda. Así, la mayor parte de estas máquinas hidráulicas fueron diseñadas y fabricadas por talleres valencianos, en empresas que estarían presentes en las exposiciones de la década de 1880 y en la Exposición. Agricultura y desarrollo industrial caminaban indisolublemente unidos en las provincias valencianas.

Por otra parte, el abonado del suelo era uno de los fundamentos de la agricultura intensiva valenciana, ya que completaba la acción de regadío para obtener los elevados rendimientos que caracterizaban la región. Tras varias décadas de empleo del guano importado (precisamente, un negocio de los Trénor, la familia del promotor de la Exposición), el agotamiento de este y el auge de la industria química europea fabricante de fertilizantes, impulsaron su empleo en el agro valenciano. Como se ampliará más adelante en el estudio de la industria química del XIX, el uso de fertilizantes de origen mineral y químico (sulfato amónico, superfosfatos y, más tarde, abonos nitrogenados), se volvió habitual. Su aplicación en el País Valenciano alcanzaba los niveles más altos de España (100 kilogramos de fertilizante por hectárea frente a la media española de 17).

Según (Calatayud, 2007) la difusión de esta tecnología agraria se enfrentó a varias dificultades, como la adecuación al tipo de suelos o las adulteraciones del abono que practicaban las casas vendedoras. Ambas se fueron resolviendo con la intervención de servicios agronómicos y la acción de las cooperativas, que asumieron la comercialización de estos materiales.

Los cambios en la demanda, hicieron que estas mejoras tecnológicas y el aumento del regadío se complementaran con el cambio de cultivos durante la Restauración. Así, el cáñamo y las moreras (dos plantas que se citarán en el capítulo siguiente) casi desaparecieron. La vid alcanzó su cénit en 1900, con 260.000 hectáreas (2 veces superior a la superficie cultivada en 1860). Este desarrollo de los cultivos vitícolas, derivado de la epidemia de la filoxera, declarada en Francia en 1868 y posteriormente en Cataluña, produjo un gran enriquecimiento en la comarca de Requena. Como consecuencia, los terratenientes de la zona adquirieron un gran poder político. Estas fortunas se trasladarían a la ciudad de Valencia, donde se invirtieron principalmente en capital inmobiliario. La filoxera terminó llegando a la región valenciana en torno a 1905, pero los años pasados de prosperidad sirvieron para fomentar el desarrollo de las construcciones del Ensanche (Vegas, 2003).

Según (Calatayud, 2007) en 1922, las hectáreas dedicadas a vid ya se habían reducido a 160.000, concentradas en el interior. Por otro lado, olivos y algarrobos eran sustituidos por naranjos en los secanos transformados. En la huerta más cercana a la ciudad, las rotaciones también sufrieron modificaciones: se reducía el peso de los cereales y crecía el de las hortalizas, de mayor valor en el mercado (la cebolla llegaría a ser un importante producto para la exportación). Como ya se dijo, se trataba de una agricultura que lograba grandes sinergias interiores y que formaba parte de los circuitos del capital, que también impulsaban industria y comercio.

Con la crisis vitícola, el centro de gravedad de la agricultura se había desplazado al regadío y a sus tres aprovechamientos principales: vid, hortalizas y naranjo. El arroz tenía una larga y tradicional presencia en la Albufera y, desde allí, se había ido extendiendo durante todo el XIX. Desde la apertura del canal de Suez, la amenaza de la importación de arroz asiático, más barato, pendía sobre la producción valenciana. En la década de 1880 se produjo una gran crisis debido a la entrada de gran cantidad de grano y a la caída de la producción autóctona a causa de las

inundaciones. El proteccionismo instaurado en 1891 y las posteriores mejoras técnicas en el cultivo produjeron una rápida recuperación: las 24.200 hectáreas de 1886 eran ya 31.000 en 1920, muy cerca del techo que alcanzaría este cultivo en tierras valencianas. (Calatayud, 2002). Una parte significativa de la industria metalmecánica presente en la Exposición trabajó produciendo equipamiento para la transformación e industrialización de este producto.

En lo que se refiere a las hortalizas, se trataba de un conjunto muy variado que solía cultivarse en rotaciones en las que también intervenían el trigo y el maíz. Las huertas de Castellón, *Gandia*, Alicante y especialmente *l'Horta* de Valencia eran las zonas de mayor producción; pero en todo el regadío existía producción para abastecimiento de los pequeños mercados locales. Estos terrenos de regadío cercanos a las ciudades eran de alto valor; pero en general, debido a la alta intensidad de trabajo necesaria, estaban en manos de pequeños propietarios que obtenían tres cosechas anuales. El alto valor de los terrenos adyacentes a las ciudades valencianas explica también el característico proceso de urbanización de estas, en donde los solares mantienen un alto valor independiente de la especulación inmobiliaria, donde se pasaba directamente del cultivo al *building*. La mayor parte que los terrenos que Tomás Trénor tuvo que alquilar como solares para la ubicación de la Exposición, estaban ocupados por esta clase de producción.

Finalmente, el naranjo, que estaba destinado a convertirse en el cultivo hegemónico y en el emblema de la economía valenciana, experimentó durante la Restauración un enorme desarrollo. De menos de 3.000 hectáreas en 1872, se pasó a 37.500 en 1915. Se trataba de un regadío muy concentrado en la Ribera del *Xúquer* y en la Plana de Castellón, y dentro de ellas, en municipios muy específicos como *Vila-real*, Burriana, *Carcaixent* o *Alzira*. En el caso de la Ribera, es necesario volver a repetir la importancia de las bombas hidráulicas de vapor que permitieron el riego de campos de naranjos que sustituyeron, por ejemplo, a los antiguos viñedos. Desde aquí, se iría extendiendo rápidamente por gran parte del litoral, libre de heladas invernales.

(Calatayud, 2007) señala que las dos áreas señaladas desarrollaron modelos diferentes de difusión del cultivo: mientras en La Ribera fueron grandes propietarios quienes iniciaron la expansión mediante elevadas inversiones de capital, en la Plana, los protagonistas fueron agricultores modestos, con frecuencia asociados entre sí para perforar pozos. La

temprana implantación de cooperativas de inspiración católica en esa área ayudó al éxito de la transformación.

El naranjo tuvo un gran impacto sobre la economía, un fuerte efecto de tirón en todos los sectores. Generaba una gran demanda de trabajo, tanto en el campo, como en los almacenes donde se preparaba. También hay que resaltar la demanda de cajas o papel, que se tratará más adelante, al analizar los sectores industriales asociados.

Por otro lado, la elevada rentabilidad que proporcionaba el cultivo, atrajo a muchos inversores urbanos, que adquirían tierras y las transformaban, de modo que la posesión de naranjos llegó a ser un signo distintivo de la burguesía valenciana durante el primer tercio del siglo XX. Este fenómeno no es ajeno a la imagen que esta burguesía creó de sí misma, y que se reflejaría, entre otros medios, a través de la Exposición y de su iconografía de vergeles idílicos, donde viven huertanos felices (y fieles a sus patrones). (Vegas, 2003) cita el célebre verso de Blasco Ibáñez: “*Casaca a la moda, arroz y tartana, y rueda la bola, a la valenciana*” como muestra de una cierta inercia y complacencia en la fácil riqueza agrícola.

Como ya se ha dicho, las convulsiones políticas del período revolucionario de 1868-1874 desencadenaron una fuerte crisis. Desde el punto de vista financiero, su causa inmediata fue el exceso de oferta de papel emitido a la que los ingresos de los ferrocarriles no respondieron. Esa crisis tuvo mucho de especulativa. La euforia de la construcción ferroviaria y las inmensas utilidades que rendía el negocio, forzaron a las sociedades a emitir obligaciones por encima de los topes fijados por las leyes. Y al no poder amortizar el capital privado de los pequeños ahorradores en plazo, hubo varias declaraciones de insolvencia y suspensiones de pagos. Pasada la tormenta, se renegociaron pactos para alargar los plazos y así poder reactivar la situación (Tomás, 1985).

Aunque la crisis se combinó con unos años de carestía de trigo, en general, la economía agraria valenciana funcionó con normalidad, aprovechando la coyuntura internacional. Como ya se comentó, la filoxera relanzó fuertemente las exportaciones de vino a partir de 1877. Varios tratados comerciales ventajosos ayudaron definitivamente a la naranja a convertirse en el producto exportador estrella, fuente continua de capital.



Figura 8: Rueda hidráulica tipo Segobien, instalada por La Maquinista Valenciana en una propiedad de los Trénor en Jersa. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

Otros indicativos sirven para medir el gran crecimiento económico del período 1875-1889. Sobre todo, las corrientes de tráfico mercantil que cuantifican los niveles alcanzados en los flujos comerciales, e indirectamente, los excedentes agrarios producidos en las comarcas centrales. Pero es especialmente significativo el progreso del puerto de Valencia.

Años	Alicante			Valencia		
	Millones de reales		Toneladas	Millones de reales		Toneladas
	Import.	Export.	(Ambas)	Import.	Export.	(Ambas)
1875	20	11	91.978	27	17'8	164.469
1880	19'3	20'6	142.680	43'7	39	253.505
1885	23'8	48'8	232.473	49	55'3	395.695

Fuente: (Hernández, 1988) a partir de la Estadística General de Comercio Exterior de España.

Lo más destacado es cómo en esta segunda mitad del XIX el puerto de Valencia se ha impuesto al de Alicante, tanto en valores exportados como importados. Igual sucede en el comercio de cabotaje. Los frutos producidos en la agricultura saldan los déficits de la balanza. Por supuesto, en esas cifras no solamente hay productos agrícolas, también empiezan a circular otras mercancías de la industria incipiente, la industria que ya consolidada, estará presente en la Exposición.

En resumen, se trata de la configuración de una agricultura de exportación como actividad rentable, que logra atraer los capitales hacia ella y sus actividades subsidiarias. La intensificación del comercio exterior, por su parte, estimulará la extensión de los aspectos más comerciales de la agricultura en detrimento del autoconsumo y fomentará la innovación y la mejora de los cultivos (Carnero, 1988). El incremento continuo del comercio y de las cifras de exportación refleja esto. Según (Vegas, 2003) en 1844 el valor total del comercio valenciano era de 19.901.702 pesetas y en 1904 esta cifra había aumentado hasta 231.972.056 pesetas. Si en el conjunto de las exportaciones españolas de 1851, la naranja ocupaba el vigésimo tercer puesto, en 1900 había pasado a ocupar el quinto puesto en volumen de negocio. Efectivamente, se pasó de exportar 9.000 toneladas en 1849, a 110.000 toneladas en 1882, llegando a las espectaculares 500.000 toneladas en 1889

En la página 53 de (Guía, 1909), se dice acerca del comercio en 1909: “*El Movimiento del puerto es tan grande, que es el tercero en exportación de toda España (siendo Huelva y Bilbao los primeros por exportación de minerales, y es igualmente el tercero en importación (después de Barcelona y Bilbao). El número de buques de vapor que han entrado en este puerto durante el año 1907 ha sido: españoles 1.315, ingleses 354, noruegos, 148, alemanes, 127, holandeses, 68, austro-húngaros, 61, franceses, 50, italianos, 28, belgas, 39, rusos, 29, suecos, 12, uruguayos, 3, daneses, 8, griegos, 9 y portugueses, 1. Total buques de vapor: 2.252. Los buques de vela han sido: 548*

españoles y 49 extranjeros, total 597. El total de buques, tanto de vapor como de vela, tanto nacionales como extranjeros, ha sido de 2.849, con un número de 2.023.572 toneladas de arqueo.

Las principales mercancías exportadas por el puerto de Valencia en 1907, han sido: Frutas y Hortalizas, 354.752 toneladas, vinos 31.697 toneladas, arroz 7.057, loza y azulejos 4.485, minerales, 4.518, pastas de cacahuet y de coco 6.995, salvados 3.128, cacahuet, 3.380, carbón 3.281 y aceites 1.596, total de la exportación 429.550 toneladas.

La exportación de frutas ha sido de 2.518.483 cajas, cebollas 1.788.507, melones, frutas y hortalizas 347.766. Total 4.654.756

La importación ha sido de 323.489 toneladas. De ellas, abonos minerales, 83.091, cemento 121.536, maderas 33.281 y trigo 30.797 toneladas”.

Estas cifras muestran una economía fuertemente exportadora, donde los productos agrícolas (con un bajo nivel de transformación) aportan continuamente el capital que alimenta el desarrollo (Pardos, 2001). El incremento de la exportación siguió creciendo a un ritmo enorme, ya que, según (Vegas, 2003), se habían alcanzado las 700.000 toneladas en 1913.

3.3.2 Un panorama general de la industria valenciana de la Restauración.

Dicho todo lo anterior, es inevitable encontrar el fortísimo vínculo entre agricultura e industrialización. Se produjo un ciclo de crecimiento que se puede ordenar temporalmente en tres sectores. El primer sector industrial desde el punto de vista cronológico es el que se genera a partir de la demanda de la modernización del instrumental y maquinaria agrícolas. El segundo es el que se produce como consecuencia de las obras de infraestructura urbana, acometidas en la ciudad desde la década de los 40, teniendo su año álgido en 1884, con la construcción del Ensanche, del que ya se hablado. El tercero surge también por demanda de máquinas mecánicas de todo tipo desde otros sectores industriales. Finalmente, no es despreciable el aumento del consumo debido a las transformaciones sociales. La nueva clase media, protagonista del proceso de cambio, va configurando una nueva mentalidad que se reflejará en la construcción, en hábitos, vivencias y espacios propios que repercutirá netamente en muchas industrias de bienes de consumo (especialmente la ebanistería y los azulejos).

Cuando se estudia en detalle ese proceso de industrialización, necesariamente se experimenta una sensación de perplejidad. La industrialización y el crecimiento valencianos de finales del XIX, tan asociados al sector primario, no responden a ningún esquema previo y, como ya se ha dicho, requieren explicaciones complejas y sofisticadas. Si se atiende a hitos cronológicos, debe señalarse la pronta introducción de la máquina de vapor en diversas aplicaciones, generalizada a partir de la segunda mitad del siglo XIX. El desarrollo valenciano aparece así, en algunos aspectos, como sorprendentemente comparable al catalán o al vizcaíno. Sin embargo, esta época también fue testigo de la desaparición de la sericultura, que constituía un sector industrial muy arraigado en Valencia que incluso formaba parte de una pequeña industria doméstica tradicional de los campesinos valencianos.

Según (Reig, 2007A) la crisis de la sedería, el que pudo haber sido y no fue el sector motor de la industrialización valenciana del XIX, no creó un desierto industrial. Al contrario, las estadísticas tributarias muestran que a finales del XIX, el peso de las manufacturas industriales valencianas, eran ya superiores al porcentaje de la población valenciana sobre la española. Esto es algo que no ocurría cincuenta años antes y establece, aún de un modo poco preciso, un perfil de especialización que, en la economía española de la época, sólo se daba en Cataluña y Vizcaya.

Esta complejidad y falta de adaptación a modelos y esquemas previos del desarrollo valenciano del XIX trascenderá y llegará incluso a la Exposición, su reflejo último, su crisol. Y así la Exposición aparecerá como un evento extraño, inclasificable, que muestra una sociedad que no es plenamente industrial; pero que tampoco es la Arcadía agrícola y feliz que la iconografía y cierta historiografía pretenden.

(Martínez Serrano, 1980B) asegura que a finales del siglo XIX, no sólo se ha producido una modernización de la actividad agraria y la consolidación de los núcleos manufactureros de *Alcoi* y del *Vinalopó*, sino que se presenta una coyuntura favorable al establecimiento y desarrollo de sectores manufactureros que irán configurando la base sobre la que se apoyaría el futuro de la industrialización valenciana durante todo el XX.

El surgimiento de actividades productivas se extendía por una amplia gama de sectores. Actividades como la fabricación de muebles y la industria de la madera, los azulejos y la cerámica, los transformados metálicos, el sector agroalimentario, etcétera, iban apareciendo en la

estructura económica valenciana y se enfrentaban con unas perspectivas optimistas para su expansión, aunque no exentas de dificultades. (Martínez Serrano, 1980B) afirma que al iniciarse el último tercio del XIX, se inició una etapa de crecimiento industrial caracterizado por una cierta lentitud en su avance; pero que fue creando las condiciones propicias para que posteriormente, cuando las circunstancias fueran más favorables (ya en el siglo XX) se produjera una verdadera “industrialización”.

En lo que se refiere a los distintos sectores, en la siguiente tabla de porcentajes sobre la contribución fiscal, puede apreciarse que el desarrollo valenciano, en el período (1857-1900), es el mayor proporcionalmente de toda España. En la tabla, se destacan aquellos sectores donde el País Valenciano es líder absoluto en el porcentaje de contribución industrial a la altura de 1900.

Sector	España		Andalucía		Cataluña		País Valenciano	
	1857	1900	1857	1900	1857	1900	1857	1900
Molienda	23,7	18	63,1	24,3	14,3	6,6	45,5	16,4
Alimentación	-	4,3	-	4,3	-	3,3	-	8,3
Aguardientes y vinos	6,1	11,7	7	25,4	4,3	5,2	9,8	10,5
Textil	23,7	23,5	7	4,1	61,3	52	24,1	4,5
Metalurgia	3,2	7,1	4	8,1	2,7	6,5	1,2	7
Curtidos y calzado	3,8	2,6	2,2	0,8	2	2,2	0,9	5,8
Cerámica y vidrio	5,3	3,5	5,1	4,3	3,2	2,4	7,8	12,3
Química	3,2	4,8	4,1	5,4	2,2	4	2	12,4
Papel y artes gráficas	1,8	4,4	0,6	3	2,1	3,6	3,7	14,4
Madera	0,4	2,2	1,4	3,6	3,2	4,5	0,2	18,4
Gas y electricidad	-	21	-	12	-	8,4	-	-
Varios	7,4	4,3	5,4	3,7	4,6	4,5	3,6	11,9

Fuente: (Nadal, 1994)

Según (Reig, 2007A), estas cifras confirman que la industria había cuajado plenamente en la Región Valenciana en el cambio de siglo. Impresiona el 18% de la industria de la madera y el corcho, el 14% en el papel y artes gráficas, el 12% de la industria química y de la cerámica. Incluso el 4% de la industria textil, que no es muy destacado *a priori* muestra su verdadera importancia, cuando se comprueba el peso masivo que tiene Cataluña.

Es decir, la industria valenciana no sale malparada del proceso de concentración de la actividad industrial en algunas regiones que tuvo lugar durante la segunda mitad del XIX. Dejando de lado el caso de las Provincias Vascas y Navarra, por carencia de información comparable, solamente Asturias y Cataluña, junto con la Región Valenciana, aumentaron su peso relativo en el conjunto de la industria fabril española. (Reig, 2007A) da un peso genérico del 8% genérico sobre la industria española que, “aunque quede muy lejos del 38% de Cataluña, ofrece una imagen de la estructura productiva valenciana, que, en una fecha todavía temprana, se aleja del tópico de la región exclusivamente agraria”.

3.3.3 Constitución de sociedades y financiación de la industria.

A finales del XIX y principios del XX, se observa en todo el territorio valenciano una cierta dinámica en la constitución de empresas. Los datos disponibles acerca de la formación de nuevas sociedades (colectivas, comandatarias y anónimas) lo reflejan en alguna medida. Cabe indicar el fuerte peso que en las sociedades establecidas tienen aquellas que se configuran bajo la forma jurídica de sociedades colectivas. Estas eran el resultado de la asociación de pequeños capitales que se unían para iniciar alguna actividad económica. (Álvarez Rubio, 2001) indica que los gastos iniciales invertidos en la construcción de la industria no eran demasiado elevados. En algunos casos, además, la producción puede venderse antes de la finalización o el equipamiento completo de la fábrica, produciéndose de esta manera un inmediato proceso de reinversión de beneficios.

En unos sectores que tuvieron mucha importancia en la Exposición y que se analizarán en detalle más adelante, la ebanistería o la abaniquería, se encuentra a menudo esta circunstancia. Al parecer, el pequeño

volumen de capital inicial necesario para la instalación de industrias del mueble hacía los proyectos industriales relativamente asequibles para muchos artesanos ebanistas. Sin embargo (Martínez Gallego, 1995) recuerda que fueron muchos los ebanistas que, en su intento por construir talleres más ambiciosos, con mayor número de trabajadores y capacidad productiva, fracasaron. En este sector, como en otros, en abundantes ocasiones, la inversión de mayores cantidades de capital, solicitadas a través de prestamistas o socios capitalistas, se da en los momentos de ampliación de capital o mejora de los sistemas productivos. El socio industrial podía ser el ebanista experimentado y el socio capitalista quien aportase el numerario necesario para alquilar, comprar máquinas y atraer trabajadores.

En la segunda mitad del XIX, la nueva industria presentará síntomas de una vitalidad y dinamismo importantes. Las inversiones se dirigen progresivamente a la constitución de nuevas sociedades industriales, en mayor medida a aquellos sectores que se presentan más rentables: curtido, mueble y fundición. El clima de máxima actividad inversora y de consolidación del tejido industrial se da entre 1870 y 1890, momento de estabilización política. En esos años algunas empresas de fundición y construcción mecánica se fusionarán, trascendiendo en algunos casos, el mundo empresarial valenciano.

(Martínez Serrano, 1980A) explica que, para analizar cualquier proceso de formación industrial es necesario preguntarse acerca del papel desempeñado por las instituciones financieras. Existen ejemplos históricos en los que la banca es inductora del crecimiento a través de la promoción y financiación industrial directa, mientras que en otros casos juega un papel pasivo ajustándose a las demandas que le realizan, e, incluso en otros, la ausencia de un marco financiero mínimo puede constituir una barrera adicional al crecimiento. Parece que la situación en la Valencia de la Exposición era más cercana al segundo caso que al primero o al tercero.

Valencia contó, a mediados del XIX, con una importante banca autóctona que se desarrolló ampliamente. La Sociedad Valenciana de Fomento (1846) se transformó posteriormente en la Sociedad Valenciana de Crédito y Fomento (1859). También aparecieron al Sociedad de Crédito Valenciano (1859), la Caja Mercantil de Valencia (1864) y el Crédito Mercantil Valenciano (1864). Estas instituciones movilizaron un volumen de capital considerable que se destinó, principalmente, a obras de infraestructura. A raíz de la crisis de 1866, la banca se enfrentó a

dificultades crecientes y en 1880 se liquidaba la Valenciana de Crédito y Fomento y con ello desaparecía completamente el esplendor bancario del XIX.

Sin embargo, en la década de 1880, hubo nuevos intentos de rehacer la banca local, al crearse el Banco Provincial de Valencia (1881) y el Banco Regional Valenciano (1881). El primero de ellos, con un bajo capital, se dedicó a la especulación bursátil y resultó muy vulnerable al crack de 1882 por lo que en 1883 ya se planteó su liquidación. (Martínez Serrano, 1980A) dice que su incidencia en la economía valenciana fue prácticamente nula. Más importante fue el Banco Regional Valenciano que consiguió la construcción de un tramo de ferrocarril hasta Utiel, pero que salvo en esta actividad, no desempeñó una función financiera especial que pueda mencionarse.

En los años inmediatamente anteriores a la Exposición, hubo un auge bancario general en la economía española que llegó también a Valencia. En 1900, se constituyó el Banco de Valencia por iniciativa de capitales foráneos. La principal actividad del grupo de capitalistas que participaban en él (los Villalonga, Casanova, Noguera) se dirigió a la comercialización del arroz y también al procesado de aceites (Martínez Gallego, 1995). Su incidencia sobre la economía valenciana no fue demasiado grande en una primera época. Prueba de ello es el reducido volumen dedicado al descuento comercial cuando tal demanda ya existía en estas fechas. Hubo otros intentos bancarios más, como el Banco Agrícola de Levante (1907); pero en 1908 ya estaba disuelto, y el Banco Comercial Español (1907), vinculado al negocio vinícola.

Después de haberse liquidado el Banco Regional Valenciano en la década de 1890 (y cuya breve vida estuvo llena de escándalos), casi todas las operaciones que tenían que realizar los comerciantes, agricultores e industriales se debían canalizar a través de casas bancarias que realizaban préstamos a corto plazo, giraban letras, etc. Algunas de estas casas se habían especializado en determinadas operaciones, como Morand, Bordehore y Cía. que acaparaban casi toda la actividad relacionada con la pasa de Denia; Laurens y Lombard Frères, ocupada preferentemente en el comercio franco-español, etc. Además, estaban las casas de comercio y banca Aznar y Reglá, J.B. Carles, Trénor, Benso y Vidal, etc. (Gascó, 1978). La última década del XIX, fue su período de mayor auge, ya que en los primeros años del XX, la penetración de las sucursales de los grandes bancos españoles supuso la paulatina absorción de la pequeña banca local.

Las Cajas de Ahorro también empezaron a extenderse por estas fechas. Desempeñaron un cierto papel en el medio agrario al prestar a agricultores que hasta entonces se veían sometidos a préstamos usurarios. Sin embargo, estas instituciones apenas apoyaron a la industria naciente. Así que, según (Martínez Serrano, 1980A) no existió un marco financiero que impulsase el desarrollo económico y tampoco parece que respondiese a las demandas realizadas por los industriales en la medida requerida por las circunstancias.

(Álvarez Rubio, 2001) relaciona, por ejemplo, las dificultades experimentadas durante los años de la Exposición por la importante empresa metalúrgica La Maquinista Valenciana, de la que se hablará en detalle más adelante, con esta falta de financiación industrial. La búsqueda de capital necesario para cubrir el déficit empresarial estaba condicionada por la falta de una banca industrial que hubiese facilitado el préstamo y aminorado los costos en concepto de intereses. El recurso a los especuladores y prestamistas seguía siendo una necesidad en muchos de los incipientes sectores industriales que protagonizaron la Exposición.

3.3.4 Características generales de la industrialización valenciana.

De acuerdo a las hipótesis planteadas, parece que más que hablar de “Revolución Industrial” en un sentido “ortodoxo” (VVAA, 1981), habría que hablar de “Revoluciones sectoriales” y en ese contexto, alguno de sus rasgos distintivos de esta “industrialización sectorial” serían los siguientes:

En primer lugar, se trataría de una industrialización que, salvo casos excepcionales y/o tardíos no se realiza sobre sectores punta, sino sobre los llamados “sectores no líderes”. Ni siquiera el islote industrial de *Alcoi* que nació a partir de la producción industrial por excelencia, es decir, el sector textil, pudo evitar, para sobrevivir en el contexto de la gran competencia catalana, una especialización en productos de inferior calidad. Ese posicionamiento le permitió hacerse con el control de determinados mercados que se adecuaban sin problemas, por la estructura de su demanda, a esa oferta específica (por ejemplo, los suministros textiles al ejército). Solamente, en el entorno urbano de Valencia, aparecerán, a finales del XIX, las grandes fábricas (fundición,

maquinaria), “industriales” en un sentido ortodoxo. Esas empresas serán las “estrellas” de la Exposición.

En segundo lugar, aunque los perfiles que fue adquiriendo el capitalismo valenciano fueron netamente comerciales y agrarios ya desde el siglo XVIII, no se puede hablar con propiedad de un proceso de reindustrialización en un sentido “clásico”. Ello no evita constatar históricamente algunos casos concretos, así como afirmar que el proceso histórico fue, también en el sector secundario, eminentemente selectivo a la hora de ir haciendo inviables algunas estructuras productivas. Pero sería un error imputarle a ese proceso un saldo totalmente negativo. Sólo la presencia de un sector industrial previo explica que la activación industrial, claramente diferenciable a partir de la segunda mitad del XIX, operase sobre sectores preexistentes que, a partir de un determinado momento, pudiesen verse activados o potenciados, bien por un impulso de la demanda, bien por una renovación de estructuras productivas, bien por combinación de ambos factores. Quizá más que en ninguna parte, en el País Valenciano, hablar de industria, no quiere decir hablar de fábrica y hablar de industrialización no quiere decir hablar de un proceso de ruptura. Más adelante, al describir los sectores industriales valencianos del final del XIX, se constatará una y otra vez que se trata de sectores con hondas raíces tradicionales.

La tercera característica puede ser el tipo de oferta del sector secundario valenciano. En un porcentaje elevadísimo, se trataba de bienes de consumo, algunos de ellos ya tradicionales, otros renovados desde una potenciación indudable de las rentas agrarias y a los que las aplicaciones tecnológicas (a veces, no demasiado costosas) dotaron de una mayor competitividad y adecuación a las exigencias de la demanda. La conexión de las industrias valencianas con las redes de mercados regionales y/o locales fue una de las claves, primero de su permanencia y, después de su expansión dentro de un contexto de mayor interrelación y conexión de los ámbitos económicos. Algunas especialidades en bienes de producción, sobre todo en la ciudad de Valencia, pudieron expandirse, por otra parte, en conexión inmediata con determinados *inputs* demandados por el sector agrario. El tipo de oferta y su fuerte conexión con los mercados y las demandas inmediatas pudieron tener que ver con la naturaleza de la capitalización que se llevó a cabo. Se sigue tratando, en líneas generales, de una estructura productiva que se caracteriza, en un elevado porcentaje, por una fuerte inversión en capital variable frente a las inversiones en capital fijo. En esto, influyó, sin lugar a dudas, el tipo de tecnología precisada para una producción mayoritariamente de bienes

de consumo. De este mismo hecho, se derivó, una proliferación de pequeñas y medianas unidades de producción frente a las grandes unidades fabriles (Landes, 1979).

Los protagonistas de este proceso de industrialización serán unas clases en transformación: artesanos que tienden a la proletarización, patrones que se convierten en empresarios, financieros que invierten en tierra; pero también en sociedades industriales. Esta nueva industria se reconstruye a partir de un tejido industrial ya existente, con personal ya adiestrado en la manufactura artesanal. Pero esta clase obrera cualificada en un oficio irá viendo con preocupación cómo paulatinamente se amplía la oferta de mano de obra. Desde mediados del siglo, se está produciendo un movimiento de inmigración de trabajadores del campo, que vienen de comarcas cercanas a la ciudad, atraídos por las buenas perspectivas económicas. En 1889, entre un 30 y 40 por ciento de la población de Valencia, había nacido fuera de la ciudad (VVAA, 1988). Este proceso, naturalmente, despertará tensiones internas dentro de la propia clase obrera. En algunos momentos, las sociedades obreras de oficio, intentarán controlar la contratación y con ello, preservar, un puesto de trabajo que se pretende cualificado. No obstante, como asegura (Álvarez Rubio, 2000) tienen la batalla perdida.

Con todo, esa tradición artesana continuará presente en algunos aspectos. (Vegas, 2003) señala que la artesanía local, alcanzó un nivel de desarrollo y especialización que permitió el florecimiento del Modernismo, tanto en la arquitectura como en la manufactura, en Valencia. Sólo desde este punto de vista se puede concebir el grado de detalle y profesionalidad de las artes aplicadas de la Exposición, a pesar de la precipitación con la que se erigieron los edificios del certamen. En efecto, la maestría de esta mano de obra artesana que sirvió de base a la erección de estos edificios no se pudo improvisar de la noche a la mañana.

En lo que se refiere a la configuración de la nueva clase burguesa industrial, muchos de sus componentes tienen su origen también en esta vieja estructura artesanal-gremial, aunque en otros casos, es la propia dinámica que se genera a partir de las “grandes” empresas la que permite la emergencia de nuevos empresarios propietarios. (Álvarez Rubio, 2000) cita la página 67 de la recopilación de informes (Comisión de Reformas Sociales, 1985):

“En cuanto a la industria, han de distinguirse los oficios de la industria en grande. En aquellos que no necesitando la industria capital considerable, el oficial hábil que logra algún aborro se establece con facilidad tomando aprendices y oficiales a sus órdenes y prospera o decae, según las condiciones de la industria y las particulares de su taller... En cuanto a la industria en grande, es en ellas más difícil que el obrero llegue a patrón. Sin embargo, en las prósperas o florecientes, el movimiento general del progreso se extiende desde el conjunto hasta los individuos y permite a veces al obrero llegar a patrono o empresario, como ha sucedido en las fundiciones de hierro y ebanistería”.

En algunos casos, los hijos de antiguos maestros gremiales pasan a ser patronos en la nueva industria, manteniendo el oficio o cambiándolo por otro. En otros, se trata de oficiales que por su pericia o tras superar unos estudios técnicos se lanzan a la aventura empresarial. Finalmente, se encuentra un tercer grupo de patronos, “foráneos” que han llegado a Valencia atraídos por las perspectivas económicas (esto será muy evidente en el sector metalmecánico). En todos los casos, se trata siempre de personas que conocen su trabajo, proceden del sector y traen sus conocimientos a Valencia. Esto obliga a matizar el típico y tópicos perfil de empresario-capitalista, que aporta capital y espera unos dividendos. De todos los casos, se mostrarán ejemplos cuando se analicen los sectores concretos en el capítulo siguiente.

(Martínez Serrano, 1980A), de acuerdo a un esquema general, diferencia tres etapas en el proceso de industrialización valenciano: la pequeña producción mercantil, la manufactura y la gran industria mecanizada. Los tres tipos se distinguen, básicamente, por sus características técnicas; pero también configuran unas relaciones sociales diversas. De los tres tipos se podrán encontrar ejemplos en la Exposición. La pequeña producción mercantil está caracterizada por una técnica manual y primitiva que apenas se transforma con el tiempo. La manufactura, en cambio, es susceptible al progreso técnico, debido, principalmente, a que la característica fundamental de esta etapa es la división del trabajo adoptada en los procesos productivos. Por último, la gran industria mecanizada supone un cambio profundo en las técnicas productivas.

Las técnicas productivas y formas de organización industrial antiguas de la pequeña producción mercantil, comenzaron a ser desplazadas a partir del último tercio del siglo XIX por las propias del régimen manufacturero. El período que se trata en este trabajo de investigación, se caracteriza por el desarrollo de la manufactura en la industria valenciana. La producción manual y la sistemática división interna del

trabajo fue un rasgo común a casi todos los sectores, que junto con la necesidad de superar largas etapas de aprendizaje y formación de la mano de obra, son consustanciales a la manufactura.

En esta fase, el principal progreso tiene lugar en la división del trabajo que, gracias a la separación de unas actividades de otras y al desmembramiento del proceso productivo en varias operaciones, permite la incorporación de maquinaria. Sin embargo, su utilización es todavía esporádica, implantándose en las operaciones más elementales, susceptibles de ser ejecutadas en serie, y sólo gradualmente, se van extendiendo por las más complejas. La industria valenciana fue introduciendo un conjunto de máquinas que funcionaban con bastante independencia unas de otras, sin llegar a alcanzar el grado de articulación propio de un verdadero sistema de maquinaria donde los diversos procesos parciales se condicionan mutuamente y son realizados por máquinas diferentes estrechamente vinculadas entre sí. Así, la fabricación de calzado incorporó técnicas nuevas, como las máquinas de cortar suela, la máquina de coser, etc. que supusieron un avance importante en los procesos productivos; pero no llegaron a integrarse armónicamente hasta el nivel requerido para el desarrollo de la gran industria. Lo mismo se puede afirmar de un buen número de actividades como el mueble o los azulejos. En otras industrias, la mecanización fue mayor, como en la construcción de maquinaria, si bien tampoco aquí se consiguieron todos los avances que hubiera permitido la tecnología coetánea, no hay que olvidar que son los años en los que Ford ya está planeando su nuevo modelo productivo en Estados Unidos. (VVAA, 1970).

(Martínez Serrano, 1980A) afirma que, globalmente, la “revolución” tecnológica operada en la industria valenciana fue bastante débil y tuvo unas bases muy limitadas, careciendo del peso suficiente para convertirse en el elemento primordial. Sin embargo, fue lo suficientemente importante para permitir la hegemonía a nivel español de algunos sectores (mueble o calzado).

El cambio de la pequeña producción mercantil a la manufactura capitalista se produjo con una rapidez que contrasta con las dificultades originadas para dar un paso más e incorporarse plenamente en el sistema de fábricas. La tendencia iniciada en la década de 1870 hacia la transformación en manufacturas se había generalizado en la década de los 1880. (Martínez Serrano, 1980A) cita a un observador contemporáneo que dice: *“los talleres que dormían, despiertan, se sacuden del letargo y emprenden su misión con grandes energías, y, poco a poco, van adquiriendo*

más importancia, en tanto que surgen por la región los talleres de altos vuelos?. Sin embargo, una vez adoptado, el régimen manufacturero mostró una gran estabilidad y las fuerzas que presionaban hacia un mayor desarrollo y modernización se revelaron insuficientes para producir cambios sustanciales en el sistema productivo. Faltó financiación, faltó un mercado mayor, quizá mejores comunicaciones.

Las dificultades para superar el régimen manufacturero se derivan de que, en esta etapa las posibilidades de subdividir y coordinar el trabajo dentro del taller eran limitadas y, además, la división del trabajo, se desarrolló con mucha lentitud. En este sistema no es extraño que se recurriera frecuentemente al trabajo a domicilio, pues de este modo, el empresario podía ahorrarse los gastos fijos que implican el mantenimiento de la fábrica, pudiendo aumentar el volumen de producción sin que paralelamente, se incrementase la inversión en capital fijo. Ese trabajo a domicilio ha pervivido en algunos sectores y en algunas comarcas valencianas durante todo el siglo XX.

Evidentemente, los distintos sectores industriales presentaban rasgos diferentes en función de sus características técnicas. Mientras en algún sector, como el calzado, el trabajo a domicilio fue crucial en el crecimiento y consolidación del sector, en otros desempeñó un papel complementario, utilizándose de modo menos sistemático, y siendo en épocas de elevada demanda cuando se recurría a él. En las actividades textiles del área castellanense, el trabajo a domicilio fue bastante utilizado por aquellas empresas que evolucionaron muy lentamente sin conseguir afirmarse de un modo definitivo y que operaban con una tecnología, en general, muy atrasada.

Pero durante el período manufacturero, la división del trabajo no se produce solamente a nivel técnico, sino que se da también un impulso a la división espacial del trabajo, circunscribiéndose ciertas ramas industriales a determinadas zonas del territorio (Ybarra, 2006).

Así, como a nivel español, Cataluña y Vizcaya gozaban de muchas ventajas comparativas en la producción textil y siderúrgica, el País Valenciano debía de orientarse por otras vías. Y, efectivamente, una vez que comenzó en la economía valenciana el desarrollo de ciertas industrias de bienes de consumo, fueron surgiendo economías externas que supusieron un estímulo a la expansión de los respectivos sectores. Así, la posibilidad que tuvieron los empresarios de obtener una mano de obra especializada para aquellas actividades en las que la fuerza de trabajo

y su experiencia artesanal jugaba un papel decisivo fue una economía externa a las empresas; pero interna a la industria que potenció el desarrollo de algunos sectores (muebles y madera, cerámica, etc.). En el caso de la cerámica y el azulejo, hay que añadir la proximidad a los centros donde se localizaban las materias primas (el interior de la provincia de Castellón y el sur de Aragón) como otro factor importante en la determinación de la localización. Del mismo modo que en el caso del mueble, la capacidad de absorción del mercado de la ciudad de Valencia estimuló su localización.

(Martínez Serrano, 1980A) se refiere también a otras actividades, como la industria metalmeccánica y la industria química, de las que se hablará más extensamente en el capítulo siguiente. Dice que tuvieron un cierto desarrollo; pero que “se enfrentaron a ciertas limitaciones, ya que su expansión dependía de ciertos conocimientos para lo cual otras áreas españolas aparecían mejor dotadas”.

Recapitulando, a finales del XIX y principios del XX, la economía valenciana llegaba, comparativamente con otros países europeos, con retraso al umbral de la industrialización; pero en muchos sectores era la líder española. Se encontraba con un mercado bastante restringido que no fue paliado, salvo excepciones, por el mercado exterior. La debilidad relativa del mercado valenciano y del mercado español fue el principal obstáculo que encontró la industria en su expansión. Una industria que era mayor cualitativa y cuantitativamente de lo que se ha pensado; pero que sólo podía crecer hasta el límite que le permitió el desarrollo del mercado interior. En cuanto a los mercados exteriores, el colonial fue importante, al menos para algunos sectores, y su pérdida definitiva en 1898 ensombreció las perspectivas de crecimiento, dadas las rigideces que, en general encontraba el mercado español, donde las fuerzas productivas encontraban enormes dificultades para desarrollarse debidamente en una sociedad atrasada en lo político y en lo social.

Pero quizá una de las características de la industrialización valenciana que más interesa a este trabajo de investigación es la forma en que la sociedad valenciana veía este proceso a principios del XX. Con todos los reparos y con todas las dificultades que se puedan señalar, la economía valenciana de principios del XX era una economía en un claro proceso de industrialización y modernización, una economía más comercial e industrial que agraria. Aunque los valencianos de entonces se vieran a sí mismos como agricultores o poseedores de tierra. Como se tratará más adelante, la Exposición, como resumen y concreción de toda esa

compleja realidad, mostrará un elevado grado de desarrollo comercial y tecnológico; pero transmitirá una imagen agrarista y folclórica, que en cierto modo, ha llegado hasta nuestros días.

4 LOS SECTORES INDUSTRIALES VALENCIANOS

Se ha decidido clasificar las distintas empresas industriales que participaron en la Exposición en los siguientes subsectores: sedería, textil y afines, química y curtidos, agroalimentaria, madera y sus derivados, cerámica y construcción e industria metalmeccánica. Se añade además un apartado sobre la energía y la electrificación. Con esta taxonomía, no se aspira a cubrir todo el panorama industrial valenciano de finales del XIX. Lo que se persigue es establecer las líneas de continuidad entre cada uno de estos subsectores y lo mostrado en la Exposición.

Atendiendo a la evolución que muestra la siguiente tabla, se podrá comprobar cómo la Exposición reflejó bien la evolución relativa de las distintas ramas de la industria valenciana.

Tabla 4.- Porcentajes tributarios de la industria valenciana en la segunda mitad del XIX.

Apartado en el presente trabajo	Sectores	1857	1889	1900
Textil y afines (incluyendo sedería)	Textil	24,1	16,8	4,5
	Papel	3,7	5,1	14,4
Química y curtidos	Curtidos y calzado	0,9	1,3	5,8
	Química	2	6,2	12,4
Industria agroalimentaria.	Molienda	45,5	28,2	16,4
	Alimentación	1	2	8,3
	Aguardientes y vinos	9,8	13,3	10,5
Madera y derivados	Madera	0,2	5,3	18,4
Cerámica y construcción.	Cerámica y vidrio	7,8	5,2	12,3
Industria metalmeccánica.	Metalurgia	1,2	4,9	7
-	Varios	3,6	11,5	11,9

Fuente: (Martínez Gallego, 1995) a partir de (Azagra, 1982) y (Nadal, 1987)

4.1 Sedería

Puede parecer inadecuado que se dedique tanto espacio y que se considere un amplio período de tiempo de la historia de una industria que realmente, no tuvo demasiada presencia en la Exposición. Lo que se pretende, precisamente, es destacar las razones que llevaron a su decadencia. Por otro lado, la sedería mantuvo en el imaginario valenciano una fuerte presencia: era la “industria” tradicional, un símbolo, un referente. Incluso contemporáneamente sigue siendo la imagen de la Valencia artesana y a su vez, la imagen de la Valencia que presuntamente, no se industrializó.

(Martínez Gallego, 1995) empieza su descripción de los sectores industriales valencianos del XIX con el sector sedero. Y esa elección no es arbitraria. Como se dijo en los capítulos anteriores, la sedería valenciana era la manufactura predestinada a dar el salto a la industria capitalista en sentido estricto. Sin embargo, no lo dio. Como se ve, se trata de un sector que recoge en su historia, algunos de los puntos fundamentales del debate acerca de la industrialización valenciana. Así que también será considerado aquí en primer lugar y con más amplitud de lo que su importancia en la Exposición exigiría *a priori*.

La mayor parte de las comarcas valencianas, con su clima suave y su posibilidad de riego, proporcionan unas excelentes condiciones naturales para el cultivo de las moreras, cuyas hojas son el alimento del gusano de seda. Así que la producción de la seda (como materia prima) fue una actividad importante del campo valenciano. La sedería valenciana parecía poseer un brillante futuro a finales del XVIII, con nada menos que 3.000 telares en funcionamiento y potentes instituciones gremiales. (Reig, 2007A) cita al famoso ilustrado Antonio José de Cavanilles que, en sus célebres “*Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y Frutos del Reyno de Valencia (1795-1797)*”, dice acerca de las moreras: “*forman estas comúnmente filas en las orillas de los campos, y es tanta su multitud, que suministran alimento a los innumerables gusanos que fabrican anualmente millón y medio de libras de seda*”.

Durante la segunda mitad del XVIII, la seda había creado en la ciudad de Valencia (y también en otras ciudades vecinas importantes, como Requena, Segorbe, *Alzira* o *Gandia*) un sistema *putting-out* muy característico. En el *putting-out*, los empresarios abastecen a los

trabajadores rurales (siempre a domicilio) de materias primas, incluso instrumentos, y luego recuperan a cambio de un salario el producto transformado, que será a veces terminado en los talleres urbanos. Este sistema se dio en todas las etapas iniciales de la producción textil (Aracil & García, 1978) y como se verá más adelante, fue común en muchos otros sectores industriales valencianos.

Aunque no se puede calificar ese modelo productivo de estrictamente capitalista, es un predecesor de las futuras relaciones sociales entre empresarios y asalariados. La mayor parte de la seda producida en la región no era tejida en los telares locales, sino exportada en rama o exportada tras haber sido hilada y torcida por los campesinos (*putting-out rural* o *verlag system*) o por los artesanos. Los maestros sederos, encuadrados en las filas del artesanado, estaban subordinados así al capital comercial (Picó, 1976).

La primera gran planta productiva del sector fue la fábrica de hilados “La Batifora”, sita en Patraix. Había sido instalada en a finales del XVIII por un maltés llamado Batifora. Fue heredada por Santiago Luis Dupuy de Lome. Al tomar posesión de ella, intentó mejorar la producción, e instaló allí la primera máquina de vapor para industria que pisaba Valencia (1836). Este hito tan temprano ha pasado desapercibido para muchos historiadores del desarrollo valenciano.

Durante las décadas de 1830 y 1840, esas mejoras tecnológicas, la desaparición de algunas aduanas interiores y el incremento de la demanda francesa y caribeña produjeron un auge de la industria sedera.

(Martínez Gallego, 1995) extrae de los archivos de la Diputación Provincial las peticiones para introducir nuevas tecnologías: Juan Peratoner solicita la patente de importación “*de un aparato que introducido de Francia para dar el grado conveniente y regularizado de torsión a las hebras (sic) de la seda*” (1839); Mariano Jesús Miramón solicita patente para “*una máquina que ha inventado para doblar con facilidad y perfección toda clase y calidad de hilados bajo un nuevo y sencillo sistema de resortes que al romper o finar cualquiera de las hebras que se doblan producen la retención de los rodetes, o evitan que continúen estos plegando solos las hebras que quedan ilesas fuera del citado caso en que conviene*” (1847); Fructuoso Montes García obtenía una patente sobre una máquina de doblar hilados que había perfeccionado “*en virtud de mejoras obtenidas por medio de un va y viene enteramente nuevo y un resorte producto de su invención*” (1848). Ese invento se instalaría en 1849 en la fábrica de Manuel Plo y en 1851 en la fábrica de Mariano Pardo.

Las “nuevas” tecnologías estaban llegando: según (Reig, 2007A) en 1848, cuatro hilaturas movidas a vapor producían el 85% de la producción mecanizada, que alcanzaba las 100.575 libras de seda, doblando los niveles de producción de sólo seis años antes. Ello refleja el poder del recién llegado vapor. En cambio, el sector del tejido estaba mucho más fragmentado y los 1.074 telares existentes en esa fecha se distribuían en domicilios particulares, por cuenta de comerciantes.

No solamente en la ciudad se estaba incorporando el vapor y la mecanización: Thomas Trénor, nuevo propietario “La Vinalesa”, decidió por esos mismos años, potenciar la producción de la fábrica con una nueva máquina de vapor capaz de suministrar energía a 128 calderas que moverían 1289 tornos. Otras localidades también incorporaron los adelantos. Requena contaba en 1851 con 36 máquinas Jacquard. En la misma década, *Alzira* disponía ya de tres fábricas en las que se utilizaba el vapor como fuente de energía (Plaza, 2007).

Con todo, la empresa sedera valenciana más importante del XIX fue la “Sociedad industrial El Cid”, que se constituyó el 1 de febrero de 1847, ante el notario Juan Bautista Genovés. Como resalta (Álvarez Rubio, 2000) entre sus accionistas se encontraban destacados miembros de la burguesía urbana: Peregrín Caruana y Berard, García Giménez, Montesinos, Manuel Cebrián Pellisier (industrial sedero), Juan Bautista Romero (prestamista), Dordá, Casaña, Trénor (nótese la repetición de este apellido, tan importante para este estudio), Pujals, San Vicente, Dotrés y algunos más. El capital de la nueva sociedad quedó fijado en 25 millones de reales, divididos en 12.500 acciones de 2.000 reales cada una.

Después de analizar sus estatutos fundacionales, (Martínez Gallego, 1995) detecta un doble discurso. Por un lado, el discurso industrialista clásico: en el sentido del fomento de la industria mediante la creación de fábricas, espacios homogéneos de fabricación y especialmente, la introducción de nuevas maquinarias, los “adelantos”. Los estatutos declaran que los objetivos de la “Sociedad industrial El Cid” eran: *“Fomento y desarrollo de la industria fabril en el ramo de la sedería, por todos los medios que puedan producir sus adelantos y mejoras (...) y esto puede lograrse proporcionando y mejorando las primeras materias, introduciendo economías en las operaciones de la fabricación, procurando en lo posible la salida a los géneros elaborados y por último, estableciendo también alguna fábrica-modelo con el fin de conseguir los progresos que apetecen”*. Se está hablando de una integración

vertical del proceso basada en la mejora técnica: hilado, torcido, tinte y aderezo, tejeduría, etc.

Pero por otro lado, se dice que el resultado de la empresa será “*mucho más eficaz y efectivo estableciendo depósitos de seda en rama y torcida para facilitarla con las seguridades suficientes a los fabricantes que la deseen. Así la obtienen estos de buena calidad, y si sus productos como es consiguiente adquieren también mejora y economía, con estos nuevos procederes y máquinas, tienen asegurado ya el lucro, y las manufacturas irán adquiriendo progresivamente, una estimación especial por sus circunstancias y por sus precios. Entonces, podrá competirse en los mercados con los géneros extranjeros; pero como no siempre el artesano puede dar salida a estos, ni tiene tampoco de auxiliarse en tan embarazosa situación.*” Aquí se está hablando de la concentración a gran escala del trabajo a domicilio, apoyado en el servicio de materias primas y materiales.

Esta dualidad se resolvió a favor de la segunda visión. Según (Martínez Gallego, 1995) la “Sociedad Industrial El Cid” actuó no como fábrica, sino como una gigantesca entidad industrial-comerciante intermediaria. Se trataba, en realidad de una reunión de industriales del sector y banqueros que ya venían ejerciendo esa función (prestando capital, materias primas o telares a particulares o comerciando con sedas).

En 1848, un año más tarde de su creación, la “Sociedad Industrial El Cid” se disolvió. Al parecer, en el proceso de liquidación se vivió un enfrentamiento entre los fabricantes puros (Cebrián, Pelissier) y los capitalistas (Juan Bautista Romero). Los primeros pretendían mantener la empresa en funcionamiento, mientras que los segundos defendían que “*debe cesar en sus operaciones mercantiles*”.

(Martínez Gallego, 1995) propone tres hipótesis explicativas para la liquidación:

Causas legales: concretamente, la necesidad de adaptarse a la nueva Ley de Sociedades por Acciones que se promulgó en 1848.

Causas políticas: Al parecer, los artesanos de la seda (los *velluters*) habían entrado en número apreciable en la revuelta del 48. Podría haber ocurrido que los más destacados prestamistas y *putter-outers* de la “Sociedad” fueron los primeros en decidir la disolución, temerosos de las iras de los artesanos cogidos por la crisis.

Causas meramente económicas: El grupo de los prestamistas estaría interesado en liquidar para de este modo, desplazar a otros socios y aprovechar, mediante la gestión de una empresa paralela (la propia), las

posibilidades de negocio del sector. Esta hipótesis vendría avalada por la trayectoria posterior de Juan Bautista Romero, que se convertiría en los años 50 y 60 en el mayor *putter-outer* de la ciudad.

Lo cierto es que la breve historia de la “Sociedad Industrial El Cid” tiene mucho de paradigmático: no se produjo una concentración significativa en el sector sedero. A principios de los años 50, si bien existían algunas fábricas concentradas de hilados y torcidos, la tejeduría tenía una estructura básicamente dispersa. En las dos encuestas provinciales para preparar las Exposiciones Industriales que iban a celebrarse en Londres y Madrid, se dice: *“la fabricación de este género (tejidos de seda) no está tan floreciente como en tiempos pasados (...). Las causas de la decadencia son varias: la inmensidad de fabricantes de reducido caudal que por esta razón no tienen medios (...) no haber progresado en el ramo de tintes al nivel de los demás, por carecer de conocimientos necesarios en química (...) y los altos derechos que pagan en su introducción las primeras materias primas tintoreras de importación extraña y la maquinaria”*.

Además, el sector tenía otro problema grave: la desconexión relativa entre los dos sectores básicos de la seda: el hilado y el tejido. Algunas empresas valencianas como la de Lorenzo Lleó adquirían la materia prima en sitios tan alejados como Irlanda, mientras que la seda hilada en las fábricas valencianas tenía como destino principal las factorías textiles catalanas y francesas. No se produjo la conveniente integración. (Martínez Gallego, 1995) ilustra esto con el caso de Gaspar Dotres: produce unas 18.000 toneladas de seda hilada y dice *“nuestra organización especial nos impide vender aquí cantidad alguna de seda en rama porque la fábrica que aquí tenemos no es más que una sucursal de la que tenemos en Barcelona bajo la razón social de Dotres, Clavé y Fabra, en donde se tuerce o monta la seda para toda clase de fabricaciones y tan bien como pueda hacerse en el extranjero”*.

Pero algo más terrible iba a superponerse a estos problemas de falta de tamaño y de integración. En 1854 se produjo la epidemia de la pebrina (enfermedad que ataca al gusano de seda).

Cayó la cosecha, se elevaron los precios de la seda bruta y numerosos fabricantes tuvieron que cerrar por falta de materia prima. La cosecha no se recuperó en los años siguientes y la situación empeoró. Cita (Martínez Gallego, 1995) que sólo *“la apertura del mercado japonés en 1860 señaló un lenitivo a tamaña desgracia. Se trataba de una calidad excelente de gusanos, por su vigor, de la cual se surtían rápidamente las naciones sericícolas, si bien España fue de las últimas en proveerse de ella”*. Pero el problema es que se había

iniciado ya un proceso de arranque de moreras, sustituidas por otros cultivos más rentables.

La crisis no supuso el fin de la industria textil de la urbe, ni siquiera el fin de la sedería; pero marcó un punto de inflexión importante: inició el proceso de concentración del que muy pocas empresas salieron a flote como empresas modernas. La manufactura basada en el *putting out* quedó atrás para dejar paso a la maquinafactura que no renunciaba al *sweating system*.

Para ejemplificar este proceso, (Martínez Gallego, 1995) usa el siguiente pleito. En 1857, la policía urbana de Valencia, requirió a la empresa Garín, Rubio y Cía, dedicada a la hilatura de seda que detuviese la producción. La orden vino motivada por las reiteradas quejas de los vecinos de la fábrica. El vecindario alegaba “*el mal olor que echaba el capullo, y por lluvia de hollín (sic) de la chimenea de la fábrica que se experimenta en el interior de las habitaciones*”. Garín, uno de los propietarios declara para defenderse: “*En la Ciudad hay otras fábricas iguales, entre las cuales se cuentan las de la Plaza de la Pezuela, calle de San Vicente y Plaza de San Lorenzo, de los señores Rubio, Gonzáles y Pujals y Santaló, que todos son de vapor*”. Añade que para reducir las molestias al vecindario “*se ha prohibido a las hilanderas cantar, y con el fin que el humo y el hollín no moleste, se ha construido una chimenea sumamente elevada y de más ancha circunferencia que la normal costumbre, retirándose hacia el centro del edificio para alejarla de las casas inmediatas*”.

Es decir, se trata de la fusión de varias empresas (la de Garín por un lado y la de Rubio por otro) que, para sobrellevar la crisis de 1854, se unieron y adquirieron nueva maquinaria movida por vapor. Dicho con otras palabras, se trata del proceso de concentración y de reorientación de un sector, el de la hilatura, que había sido fuertemente manual y que había estado fuera del control empresarial. También se advierte en este caso el papel jugado por la política económica (en un sentido amplio) y la industrialización. En el caso de este pleito, la decisión fue ordenar el traslado de las instalaciones extramuros de la ciudad. La empresa sucesora “Hijos de M. Garín”, estaría presente en la Exposición y todavía existe en la actualidad.

Al parecer, hay una tendencia generalizada en las empresas sobrevivientes a abandonar la ciudad. Y también un impulso fuerte a la modernización en maquinaria con fuertes inversiones y endeudamiento, según las investigaciones de (Pons, 1992) acerca del período 1851-1870. Pero ese proceso de “deslocalización” y de concentración hizo que

muchos quedarán en el camino. En una situación de desabastecimiento de materia prima, se hizo habitual la práctica del *dumping*, con el objeto de asegurarse la fiabilidad de los compradores (distribuidores a escala de la mercancía, el tejido de seda).

(Martínez Gallego, 1995) escoge la famosa quiebra de Espinosa en 1860 para mostrar cómo el endeudamiento de los fabricantes aumentaba el margen de los grandes del *sweating system* local. En efecto, la quiebra de Patricio Espinosa, seguida de su huida de la ciudad y del consiguiente escándalo, fue debida a su incapacidad para pagar los anticipos recibidos de dos “comerciantes”: Juan Bautista Romero y Enrique Trénor. Ya se había nombrado al primero como impulsor de la “Sociedad Industrial El Cid”. El segundo era tío del tantas veces citado en este trabajo, Tomás Trénor, que sería el promotor de la Exposición. Enrique Trénor era poseedor de la fábrica de hilados en Vinalosa y también actuaba como financiero de diversos proyectos.

Productores como Espinosa mantenían cierta ficción: aparecían como independientes en la matrícula industrial y en los censos del arte mayor de la seda, como “artesanos”, con toda la carga histórica que eso conllevaba; pero en realidad no eran más que fabricantes subcontratados que no controlaban ni la materia prima ni el capital circulante. Una subcontratación en precario, que como dijo el propio Espinosa, se parecía mucho a la condición de los mayordomos o capataces de talleres ajenos.

En 1867, la Comisión Regia española para la Exposición Universal de París, de la que se hablará más adelante, escribía que la “*fabricación valenciana se resiente en general del atraso en los conocimientos modernos de la mercancía aplicada a la industria que se trata y sólo la fábrica del D. Juan Pampló tiene telares mecánicos movidos por el vapor y demás adelantos que la ponen a la altura de los fabricantes extranjeros*” (Comisión Regia, 1867). Los Pampló habían trasladado la fábrica a la Vega de la ciudad y posiblemente se trataba de una de las mayores instalaciones de España.

Los que habían sobrevivido a los convulsos años anteriores, responden a una organización nueva de la producción. En realidad a dos formas de organización, ambas plenamente capitalistas. La industria concentrada y, aunque en decadencia ya, el comentado *sweating system*. (Martínez-Santos, 1981).

(Martínez Gallego, 1995) ha investigado que en 1869, cuando se reforman los Estatutos y Reglamentos del Colegio del Arte Mayor de la Seda para adecuarlos a la nueva realidad del sector, en realidad para convertir a la asociación en una especie de patronal al servicio de los fabricantes y comerciantes de la industria domiciliaria, serán 81 los firmantes, entre empresarios de la hilatura, del apresto, del tinte y del tejido. Por entonces, en la ciudad de Valencia había 7 fábricas de hilados montadas a vapor y 18 con motor de sangre. En parte, se había solucionado el tradicional problema de la carencia de tintes con la instalación de las fábricas de Amadeo Chamberon, Agustín Pascual, Claudio Bernay y Pascual Salinas. En materia de telares la ciudad no superaba los 500 telares (muy atrás quedaba la cifra de los 12.000 antaño alcanzados) la mayor parte de los cuales estaban ya concentrados en algunas pocas fábricas.

Como resumen de la historia del sector, siguiendo a (Torró, 2007) se puede concluir que en un contexto de falta de concentración, la pebrina provocó daños irreparables. El hecho decisivo fue la reconversión de la agricultura valenciana hacia otros cultivos más rentables como la naranja. El proteccionismo de Francia (principal destino del hilo de seda valenciano) puso la puntilla definitiva en la década de 1880. Perdido su principal factor competitivo, la sedería se vio arrastrada a una irremisible decadencia. Si en 1856 se contabilizaban aún 1.773 telares en todo el país, en 1900 esta cantidad se había reducido prácticamente a la mitad (904, de los cuales sólo 33 eran mecánicos). Como se verá en los siguientes párrafos, la especialización en tejidos ornamentales se acentuó y el sector se redujo a la mínima expresión. La industria sedera, con todo, legó para el futuro tradición fabril, así como prácticas e instituciones empresariales, financieras y comerciales, que se reorientaron hacia otras actividades. Y no sólo en la ciudad de Valencia, sino en otras comarcas, como La Ribera o Utiel-Requena, por citar dos de las más destacadas.

La afirmación de (Soler, 1984) de que la Primera Guerra Mundial no sacó a la sedería de su crónica depresión; pero que hubo un subsector (el de los ornamentos religiosos) que sí parecía permanentemente próspero, es extendida por (Martínez Gallego, 1995) a todo el período desde 1860. Entre estas dos fechas, no se puede más que constatar la consolidación de la estructura apuntada y, si acaso, la decadencia del hilado:

“El telar mecánico para tejidos de seda (lienços lisos) no ha tomado en esta ciudad carta de naturaleza, porque a excepción de la fábrica de los señores Pampló, que compite con las mejores de España, sólo pueden reputarse ensayos las contadas

instalaciones existentes”, decía (Congreso, 1909). El *sweating system* y sus protagonistas (comerciantes y “artesanos”) habían quedado definitivamente atrás. Ya no existía el pequeño taller enclavado en la ciudad. Sólo las grandes fábricas, como la de Pampló. Se trata de una fábrica que ocupaba mayoritariamente mano de obra femenina e infantil, de largas jornadas de trabajo, poca higiene e insalubridad y escaso jornal.

En la década de 1860 se había empezado a producir una fusión entre la sastrería y el textil sedero para producir una nueva industria de la confección. También la fabricación de tejidos de algodón y lana en la ciudad o en la región, de los que se hablará más adelante, contribuyeron a su aparición y desarrollo. Es decir, no se puede decir exactamente que la seda acabara en un callejón sin salida, sino que más bien, su impulso industrializador se derivó hacia otros sectores, como la confección, que irían ganando importancia con el tiempo.

No solamente había abundantes conexiones entre el sector sedero y la sastrería. Otros sectores recogieron parte del capital y del *know how* de la seda. Más adelante, se hablará de la figura del inversor industrial Ibáñez Palenciano. Se trata de un caso emblemático. Con dinero procedente de las colonias, entró en el sector sedero y también en el sector abaniquero (que tenían ciertos aspectos complementarios). Cuando el sector sedero empezó a tener problemas graves, una parte del capital debió reubicarse en el sector de los abanicos.

En lo que se refiere a los tipos de tejido que la sedería era capaz de producir y al producto acabado que salía de las fábricas valencianas, la diversidad se mantenía a principios del XX. Los bordados mecánicos en soporte de seda u otro contaban en 1909, el año de la Exposición, con las fábricas de Campy y Cía. y Vicente Aldás. La fábrica de corbatas de Adolfo Company, presente en la Exposición, era ese mismo año la única de España que fabricaba los tejidos utilizados en la confección y producía 12.000 unidades mensuales. Los chales y las toquillas en la fábrica de J. Llavata y Compañía en Comandita; velos y mantillas en la fábrica de Carlos Sales, etc. según describe (Martínez Gallego, 1995) tomándolo de (Congreso, 1909):

“Valencia fue, en otro tiempo un centro productor de suma importancia en manufacturas de seda, más de bastantes años ha, se restringe la fabricación a mano característica de la región, ante la concurrencia del telar mecánico, subsistiendo como restos de la pasada grandeza la fabricación de damascos, brocateles, terciopelos y tejidos para ornamentos de iglesia, representada por D. Rafael Catalá, Hijo de José

Sanchis Romero, Hijos de Mariano Garín, Sres. Castillo y Cantela y D. Justo Burillo; la de pasamanería de D. Isidro Balaguer y D. Carlos Sales? afirma la misma guía. Es decir, el predominio absoluto del sector ornamental.

Muchos de estos comerciantes (Hijos de M. Garín, Castillo y Candela, D. Justo Burillo, Company) expondrán sus productos en la Exposición; pero se trata de comerciantes, no de industriales. O de industriales, cuyos productos están más cercanos a la artesanía que a la gran producción textil. Además, en algunos casos, complementan la venta de productos de seda con ornamentación religiosa.

Así, por ejemplo, en la descripción que hace el Catálogo de expositores (Catálogo, 1909) de las salas octava y novena del primer piso del Palacio de la Industria se dice:

“figuran tejidos de seda y Ornamentos de Iglesia. Entre estas casas merece citarse la de los Sres. Castillo y Candela, establecida en la plaza de la Almoína, 5 y 6, y Palau, 1, frente al Palacio Arzobispal. Expone una gran variedad de casullas, estandartes y toda clase de artículos para el culto religioso. Esta casa tiene taller de escultura, de carpintería y talla Via-Crucis y depósito de objetos de Tierra Santa.

A continuación de estas instalaciones se encuentra la de los sres. Duato y Sales que representa una vitrina con artículos de tejidos y un telar, dedicado á fabricar recuerdos de la Exposición, como son: un cartel alegoría de la misma, una fotografía (sic) de la Virgen de los Desamparados, y un retrato de la reina D^a. Victoria, fabricados con sedas y que se venden en la misma instalación. El despacho se halla en la calle del Pie de la Cruz, 21, de esta ciudad.

(...) dedicada también á sedería, se encuentra la instalación de la gran fábrica de tejidos de seda, oro y plata, y confecciones para ornamentos de iglesia; también presenta una rica colección de telas para tapicería y otros objetos de sus talleres, llamando especialmente la atención, unas primorosas tarjetas, tejidas con sedas de colores, hechas ex profeso para este Certamen, las cuales están tejidas a dos caras y constituyen un verdadero alarde industrial, tanto más de admirar, cuanto que el dibujo y primer proyecto, el tejerlas, ha sido hecho en la fábrica de estos señores, por elementos propios, sin necesidad de acudir á elementos extraños. Esta antigua casa es una de las primeras de España en su ramo, y tiene su fábrica en esta ciudad, calle de Pinzón, 6, y sucursales en Madrid, (...) Barcelona (...) Bilbao”.

Y en el número 27 de (Valencia, literatura, 1909) de enero de 1910 hay un interesante reportaje sobre la instalación de D. Justo Burillo y Comandita, donde se dice:

“En la instalación que la casa ‘El espíritu santo’ ha expuesto en la sala número 9 del piso primero del Palacio de Industria presenta gran surtido de sus especialidades. Contenía la vitrina de la casa Burillo, aparte de una gran colección de ricos y variados tejidos de oro y plata, algunas artísticas muestras de la especialidad de la casa en bordados de originalidad y perfección suma (...) No es este el primer premio que el sr. Burillo obtiene como pago de sus desvelos, pues ya en la última exposición Hispano-francesa de Zaragoza, aquel jurado concedió al inteligente industrial un premio análogo.”

A pesar de todo, las hilaturas continuaron como el sector más sólido en el entramado sedero. Es cierto que los industriales del hilado y el torcido pasaron por un bache considerable en los años 90. El proteccionismo francés, simbolizado por la política del ministro Méline, siguió alzando barreras arancelarias para los hilados y torcidos de seda extranjeros. Las fábricas valencianas todavía eran suministradoras de las fábricas de Lyon y, al no encontrar mercados alternativos, se vieron sumidas en la carencia de demanda. Ya en el siglo XX, la hilatura se recuperó, aunque sin gran ímpetu. En 1909 existía una importante fábrica en Almoines, la de Llombart Frères y tres en Valencia: dos de la compañía “Pelluat, Combier y Testenoire” y una de la compañía “Enrique Mifsonde”. “Frères y Combier” estarán presentes en la Exposición, como industriales; pero su presencia se trata de un gris reflejo de un sector que pudo ser y no fue.

En suma, en la Exposición estuvieron presentes alrededor de 30 expositores relacionados con la sedería. Pero varios de ellos eran comerciantes de tejidos bordados u ornamentales. La inmensa mayoría eran de la ciudad de Valencia. Eran empresas dedicadas a confecciones especiales de seda y ornamentos litúrgicos. Una de las presencias más destacadas fue la de Hijos de M. Garín, la cual mostraba mediante unas vitrinas, sus espléndidos trajes y complementos para iglesia. Es de reseñar que la empresa todavía existe en la actualidad. También se pudo ver las industrias de los Srs. Castillo y Candela, y la de Bautista Merín.

En el Anexo II, se explica el trabajo sistemático con los datos encontrados al respecto.

(Martínez Serrano, 1980A) sintetiza que la sedería decayó al verse sumida en el proceso de división internacional del trabajo. No pudo soportar (ante la escasa capitalización de las empresas, la falta de medidas proteccionistas adecuadas, etc.) la intensa competencia de los productos extranjeros. Así que tuvo lugar un desplazamiento de la fabricación de

tejidos de seda hacia Barcelona, donde el progreso general de la industria textil había creado un clima más favorable a su desarrollo. El conocimiento de las innovaciones tecnológicas era superior al existente en el País Valenciano, cuya “pequeña” industria textil sólo tenía a su favor los bajos costes salariales que, en estas fechas y en este sector ya no bastaban para compensar el ritmo de progreso técnico. A la Exposición sólo llegarían sombras del antiguo esplendor sedero.

4.2 Industria textil y afines.

Los procesos de industrialización europeos por antonomasia se basaron en la industria textil. En este apartado, se estudiará la evolución de este sector en la segunda mitad del XIX y la situación del textil valenciano en el tiempo de la Exposición.

A diferencia de la sedería, que es un sector bastante homogéneo, bajo el epígrafe “industria textil” se agrupan varios subsectores con características muy distintas. Por un lado, se encuentra la industria del cáñamo (que se ampliaría después al yute y al lino), y del esparto, con sus propias dinámicas y un potencial industrializador moderado. Por otro, está la industria de transformación de la lana, la industria por excelencia de los distintos núcleos “industriales” del País Valenciano. Estrechamente vinculada a la transformación de la lana (la pañería) está la industria papelera, que sería a la postre, una de las más destacadas en la Exposición. Este apartado se centrará especialmente en ellas. Y al final del capítulo, se considerarán también los sectores más específicamente centrados en la confección (sabrería y zapatería), que aunque no se caracterizan por ser sectores con amplia repercusión en los procesos de desarrollo, tuvieron cierta presencia en la Exposición.

Además de que el sector puede dividirse en varios subsectores relacionados, existe otra diferencia con la sedería, donde la ciudad de Valencia era hegemónica. El textil tenía centros distribuidos a lo largo de todo el territorio valenciano. Fueron varias las comarcas valencianas las que se incorporaron con intensidad al proceso industrial capitalista en su vertiente textil y papelera a lo largo del XIX y principios del XX.

Algunas de estas comarcas poseían cierta tradición manufacturera que, desde luego, hicieron valer, en tanto en cuanto proporcionaba una mano de obra instruida o unas redes de comercialización preestablecidas. Pero los elementos de continuidad son, realmente, menos importantes que los

de ruptura: la caída del marco de referencia gremial permitió la liberalización de la producción y, por tanto, su crecimiento. A partir de esa ruptura, la industria textil y sus derivadas se dispersaron, hasta el punto que llegaron a constituir verdaderos polos industriales integrados por diferentes localidades. La imagen que se va tener del territorio a finales del XIX y principios del XX es la de varias zonas “industrializadas” o “preindustrializadas”. Entre estas zonas, se produjo una división de las actividades relacionadas con las diferentes fases de producción de tejidos de lana o de papel.

La presencia de energía hidráulica, especialmente en *Alcoi*, fue el factor de ubicación más determinante (Torró, 2005), (Tirado, 2006). En realidad, la tardía incorporación del vapor a los procesos fabriles del textil o del papel no debe interpretarse como un rasgo de retraso: el empresario, bajo criterios de racionalidad económica, agota las posibilidades de explotación de una fuente energética que le resulta de bajo costo. Solamente cuando la irregularidad de los caudales hace necesaria una fuente de energía constante para procesos manufactureros que ya se pueden considerar modernos, se instalarán máquinas de vapor motrices.

En lo que sigue, se verá como la industria textil valenciana siguió un proceso de dispersión muy característico, de contagio, de “porosidad”. Ese proceso de dispersión, no seguía una segmentación manufacturera anclada en la producción tradicional. Así, surgieron ex novo verdaderas subregiones industriales llamadas a perdurar (*Alcoi-Ontinyent-Bocairent*, *Bunyol* o el Alto Palancia) o a seguir procesos de concentración cuando sobreviniesen las primeras crisis del capitalismo (la lana de Enguera). Por supuesto, amplias zonas del País Valenciano quedaron sin industrializar: no desarrollaron industria textil. Pero lo mismo ocurrió en Cataluña, Vizcaya, Inglaterra o Francia. El crecimiento desequilibrado parece una característica común a todas las zonas en desarrollo capitalista.

La consecuencia es que a principios del XX, en los años previos a la Exposición, las industrias lanera y papelera poseían una amplia representación, aunque no siempre se presentasen de forma concentrada. Constituían generalmente zonas de industria espontánea, caracterizada por una mano de obra dispersa y barata, un bajo nivel tecnológico y una escasa disponibilidad de capital, pero también por ser industrias innovadoras en el medio rural en el que estaban creciendo. Eran zonas con capacidad para responder a la demanda de mercados en expansión.

Esta industria espontánea no excluía ni los enclaves de concentración industrial ni la industria sumergida.

(Nadal, 1992) afirma que la mecanización y la concentración del textil lanero, producida desde la década de 1840, modificaron sustancialmente el mapa de la pañería española que, tradicionalmente se había desplegado bajo el sistema doméstico. Como es bien sabido, en la segunda mitad del XIX, Sabadell, *Terrassa*, el Vallés Occidental y *Girona* se convirtieron en los centros de la primacía lanera. Pero existía un centro valenciano que era su inmediato perseguidor: *Alcoi*. Y que además, no resultaba ser único en la región: son también significativas zonas como *Bocairent-Ontinyent*, Enguera o Morella. De todas estas subregiones industriales se hablará en detalle en los párrafos que siguen.

Otro tanto sucede con las papeleras. Tradicionalmente, se ha considerado a Guipúzcoa, Girona, Barcelona y Madrid grandes centros de la producción del papel. Y a poco que se indaga, resulta que el País Valenciano no les iba en a la zaga (Almela, 1961). Ha tardado en aparecer el papel continuo, que ya desde 1842 se fabricaba en otras partes de España; pero es que las necesidades son distintas. Las papeleras guipuzcoanas, barcelonesas o madrileñas trabajaban para la industria de la impresión (en Madrid, para el sector público) mientras que las valencianas eran industria inducida. El papel que producen sirve para embalar o arrollar los productos que se exportan o como papel de fumar. A lo largo del apartado, se tratará la evolución de esta industria, que en 1900 suponía el 15% de la tributación total española.

La estructura que seguirá este apartado será la siguiente, en primer lugar se tratará las industrias relacionadas con el cáñamo, y el yute y el lino, que llegaron posteriormente. Y también la industria del esparto. Su evolución daría lugar a la industria del calzado, de mucha importancia posterior. Luego se tratará la pañería lanera (textil y papel), para acabar con la sombrerería y otras pequeñas industrias relacionadas con el textil a través de la confección.

4.2.1 La industria del cáñamo.

Para un ciudadano de nuestra época es difícil comprender la importancia que tuvo el cultivo del cáñamo y de la artesanía vinculada a él. El cáñamo servía para la fabricación de sogas, alpargatas, jarcias, velas y otros

muchos objetos imprescindibles en la vida cotidiana del siglo XIX. Así que una parte importante de las llanuras aluviales valencianas se dedicaban a su cultivo y los gremios de tejedores de cáñamo o de sogueros eran importantes en todo el país.

Especialmente en la ciudad de Castellón y en su provincia, se dieron las condiciones para el salto cualitativo de la artesanía gremial a la industria capitalista. (Martínez Gallego, 1995) cita el Diccionario de Madoz (Madoz, 1849): “*no deja de notarse algún movimiento en la industria fabril, que necesariamente ha de mejorarse y aumentar a medida que se vayan desarrollando las nuevas ideas del siglo. La más importante es la de cuerdas y demás productos del cáñamo, en que se ocupan unas 600 personas para las operaciones de hilar y rastrillar aquel artículo; existen también 300 telares, donde se fabrican lienzos ordinarios, lonas y jergas (...) En Vall de Uxó, Forcall, La Mata y otros muchos pueblos, existen talleres de alpargatas de cáñamo, cuyo consumo es abundante, mediante a ser el calzado que generalmente se usa en el país por ambos sexos*”. Estos talleres eran los destinados a dar el salto cualitativo hacia la industria del calzado. No solamente en Castellón, también en el sur, en *Elx*.

En la ciudad de Valencia y su *Hinterland* agrícola, la situación era ligeramente distinta. Al parecer, los altos precios del cáñamo y la limitación de su suministro (consecuencias ambas de las restricciones al libre mercado) dificultaban el desarrollo de la industria cañamera urbana.

(Martínez Gallego, 1991) describe los esfuerzos que se hicieron en la década de 1850 para montar, con moderna maquinaria, hilaturas de cáñamo en la ciudad:

“Un individuo de la Sociedad de Amigos del País se está ocupando de plantear en esta capital una máquina movida por vapor para la filatura del cáñamo. Si se realiza este pensamiento tendremos una nueva industria que podrá emplear muchos brazos y dará mayor salida a una primera materia de nuestra producción agrícola. Parece que su planteamiento ofrece algunas dificultades por la falta de conocimientos de los operarios; pero confiamos que sabrá vencerlos el fabricante, que ya en las exposiciones nacionales de Madrid y en la universal de Londres ha sido premiado con medallas en el ramo de tejidos y jarcias, y nombrado recientemente miembro de la Academia Manufacturera de París y de la Sociedad para el Fomento de las Artes y la Industria de Londres”

Sin embargo, las iniciativas alrededor de la industrialización del cáñamo no iban a prosperar demasiado. El yute, fibra natural procedente de la India, fácil de teñir y de hilar y más barata que aquel, pronto iba a

sustituirlo en la fabricación de numerosos objetos. Según (Martínez Gallego, 1995) la sustitución se ha hecho palpable en la década de 1870: existen tres fábricas de tejidos de cáñamo y una de suelas frente a dos fábricas de tejidos de yute y seis fábricas de sacos para envases.

Es significativo que algunos de los capitales procedentes de la seda o del cáñamo se hayan dedicado a la industrialización del yute. El más relevante, la ya citada fábrica de los Trénor en Vinalosa, que a finales de los 80 se transforma en una fábrica de “*hilos de yute y confección de sacos*”. Como se describirá más adelante, los Trénor también fabricaban abonos artificiales, un tipo de industria en expansión y requerían esos envases. La agricultura comercial demandaba al nuevo sector químico, crecido alrededor del Grao de Castellón, que a su vez espoleaba a la industria textil. La casa Trénor, en su triple vertiente financiera, química y fabricante de sacos de yute sería una de las más destacadas de la Exposición, al fin y al cabo, organizada por uno de sus copropietarios.

Con todo, el sector cañamero y linero mantuvo su importancia durante todo el XIX. (Martínez Gallego, 1995) recoge la siguiente tabla, recopilada por (Nadal, 1992):

Provincia	Husos de hilar	Manuales			Mecánicas		
		Jacquard	Sin	Red	Jacquard	Sin	Red
Barcelona	22.153	394	77	14	729	309	-
Valencia	1.170	175	3	2	238	-	16
Alicante	520	84	-	-	-	91	-
España	26.766	2.744	232	17	1.133	343	31

Fuente: (Nadal, 1992).

Las provincias de Valencia y Alicante son dos de los centros textiles cañamero lineros más importantes de España (segunda y tercera después de Barcelona). En el caso de Alicante, se trata de Elche. En el caso de Valencia, se observa el grado de tecnificación alcanzado, que persistirá unos años después. Nótese como en esta época, en la provincia de Castellón ha desaparecido definitivamente esta industria, sustituida por la del calzado.

Tabla 6.- La industria textil y linera valenciana en 1905.				
	Alicante	Castellón	Valencia	Total
Husos	810	-	1.450	2.260
Telares	200	6	548	754
Tornos	4	-	-	4
Ruedas	18	11	1	30
Batanes	2	-	1	3

Fuente: (Martínez Gallego, 1995)

En *Crevillent*, se dará una transformación de la economía preindustrial a la industrialización capitalista similar, si bien la especialización productiva se dará hacia la confección de esteras y alfombras. En la Exposición Universal de París de 1867, (Martínez Gallego, 1995) señala la presencia de la empresa “Manuel Mas e Hijos”, que presenta esteras de toda clase de espartos y junco para habitaciones y usos agrícolas. El consumo anual de este tipo de productos, fabricados en *Crevillent* y vendidos tanto en el mercado español como en el exterior, se calcula en unas diez mil toneladas. Es decir, se trata de un sector fuerte y consolidado ya por aquellas fechas. Precisamente, este auge agotó los atochales locales. El esparto fue sustituido por la pita mexicana (en valenciano: *el filet*).

En la última década del XIX, mas de 3.000 obreros trabajaban en *Crevillent* fabricando alfombras y esteras en las empresas Mas, Alfonso, Pérez, Espinosa o Candela (la más relevante de entre los 27 establecimientos existentes. (Vidal, 1992) dice que disponían de 214 telares. Esos telares empezaron a mecanizarse en 1905 (*Crevillent* ya tenía por entonces 10.000 habitantes).

Como se desprende de la base de datos construida (véase el Anexo II), en la Exposición puede constatarse la presencia de varias empresas relacionadas con el esparto y el cáñamo: la mayor parte, fabricantes de fuera de la ciudad (sobre todo de *Crevillent* o Benifairó) y algunos comerciantes y fabricantes urbanos. Pero no se trataba de un sector que destacara demasiado.

En la sala octava del Palacio de Industria se localizaban las fábricas de producción de yute. Las industrias allí expuestas fueron la de D. Manuel Aranda, gran productor de sacos e hilados de yute, con una producción de 13.000 metros de yute diarios; la de Valentín Bou, de características similares y finalmente la de D. Ramón Alberola, especializado en la fabricación de sacos.

4.2.2 Las alpargatas.

En diversos puntos del sur del territorio valenciano, había una amplia industria relacionada con la fabricación de alpargatas de esparto (*aspardenye*). Inicialmente, se daban formas de producción artesanales, en las que los campesinos aprovechaban su tiempo de ocio. Estas formas de producción fueron a veces explotadas en los inicios de la industrialización, en una de las formas típicas de acumulación originaria del capital, el ya citado *putting-out system*.

Algunas de estas artesanías basadas en el esparto se transformaron en industrias capitalistas. No fue un proceso de flujo continuo y pausado. Intervino en él la destreza histórica de la mano de obra pero mucho más su baratura. Sobre todo, cuando los labradores valencianos dejaron de poder cosechar en sus tierras comunales el esparto o la pita con la que trenzar sus propias alpargatas, esteras o capachos. Entonces la materia prima se convirtió en una función del capital circulante; hizo falta una acumulación previa del capital para poder hacer acopio de ella (cosechándola, adquiriéndola en el mercado mundial) y también para contratar una mano de obra hábil que trabaja a tiempo completo en la fabricación.

Quizá la zona más representativa de la fabricación de alpargatas fue *Elx*, uno de los territorios más alejados de la capital. Según (Martínez Gallego, 1995) la burguesía ilicitana no representa la evolución “natural” del pequeño artesano al industrial, sino más bien, la presencia de inversores (pequeños propietarios agrícolas o comerciantes-transportistas que conocían bien los mercados castellano y valenciano), que han realizado acumulaciones en el ámbito de la agricultura comercial y que, sin abandonarla, diversifican sus expectativas económicas.

El oficio de zapatero (alpargatas de esparto o de cáñamo, zapatos hechos con el cuero procedente del ganado de las montañas de *Alcoi*) y el de cordelero eran ya bastantes frecuentes en esa zona en el siglo XVIII según (Reig, 2007A). Los talleres alpargateros ilicitanos, alguno de los cuales se lanzaría hacia la industria del calzado de piel ya en el siglo XX, utilizaron la mano de obra cualificada de expertas trenzadoras de esparto o yute y de expertos urdidores y costureros, en una división de labores, que lo mismo podía tener lugar en las fábricas incipientes o en el

domicilio, dada la enorme flexibilidad de esta forma de producción (y por tanto, los grandes márgenes que debía proporcionar al patrón). Los trabajadores ilicitanos formarán “una clase obrera con sus caracteres específicos, que la diferencian de otros casos históricos, pero que no la privan de una condición de la que ella misma era consciente” (Miranda, 1996).

En la base de datos descrita en el Anexo II, se puede encontrar a los expositores de alpargatas presentes en la Exposición.

Unas páginas más adelante, al hablar del sector del curtido, se tratará el salto de la artesanía de la alpargata a la fabricación de calzado en el sur del país.

4.2.3 La lana y la pañería en *Alcoi*.

Como ya se apuntó en la introducción del apartado, durante el siglo XVIII, cinco grandes núcleos valencianos se habían destacado como núcleos de producción manufacturera, vinculados fundamentalmente al sector textil lanero: Morella, *Alcoi*, *Ontinyent*, *Bocairent* y Enguera (Beramendi, 1994). A mediados del XIX, estos cinco núcleos seguirán manteniendo su importancia, incluso habrán ganado peso con respecto al resto de la industria española. La situación en 1862 es la que muestra la siguiente tabla, citada por (Martínez Gallego, 1995) a partir de (Hernández Marco, 1987)

Tabla 7.- Mecanización en la pañería valenciana en 1862.				
	Alicante	Castellón	Valencia	% P.V. en España.
Husos	14.176	3.000	12.588	10,7
Telares mayores	60	150	347	10
Telares menores	109	-	-	5,8
Cardas	163	19	142	21,6
Tundosas	108	-	109	19,8
Prensas	31	-	-	17,3
Batanes	81	9	45	12,7
Lavaderos	-	-	1	8,3
Tintes	-	-	1	2,8
Aprestos/máquinas	-	-	2	4,6
Emborradoras	-	-	11	8,7

Capital	17.859	552	9.567	13,3
Operarios	2.172	280	1.111	14,4
Varas producidas	760.000	300.000	594.000	10,2

Fuente: (Martínez Gallego, 1995)

(Martínez Gallego, 1995) indica que hay ciertas transformaciones desde el XVIII que hay que tener en cuenta, para no perder la perspectiva:

En primer lugar, a los núcleos tradicionales se añade la región de *Bunyol-Alboraig*-Yátova. En segundo lugar, hay algo más que cierta continuidad, se produce un proceso de modernización tecnológica y de cambios sociales no suficientemente estudiados. En tercer lugar, especialmente hacia el final del XIX no se puede entender la industria pañera sin estudiar su complemento: la industria papelera, en tanto en cuanto participan en buena medida de los mismos medios de producción, permiten la fácil adaptación y adiestramiento de la mano de obra educada en cualquiera de las dos y participan de las mismas zonas de localización en gran medida.

Como ya se ha dicho suficientemente, en el País Valenciano, el núcleo industrial por excelencia, la “excepción” fue siempre *Alcoi* (Aracil, 1974). Y su producción fundamental fue el textil lanero. Pero también hubo otros tipos de producción: (papel y chocolate). Y también, gran industria: (Martínez Gallego, 1995) señala que la instalación de una fábrica de tabaco en 1858 (la única fuera de las grandes capitales) ratifica la importancia industrial de la montañosa *Alcoi*.

Aquella fábrica de tabacos se concebía como un modo de aprovechar la cercana producción de papel de fumar. En esas fechas, las fábricas de la Compañía Arrendataria se ocupaban principalmente de la fabricación de cigarros puros y se pensó que la de *Alcoi* podría abanderar, con costos módicos, el lanzamiento del por entonces, nuevo producto tabaquero: el cigarrillo. Por desgracia, la experiencia sólo duró una docena de años y en 1870 unos mil quinientos trabajadores, principalmente mujeres, quedarían en el paro.

Según (Reig, 2007A), en *Alcoi*, la ciudad industrial valenciana por excelencia, la pañería de la lana era la principal actividad económica en la segunda mitad del XIX. El número de empresas crecía o se contraía según los altibajos causados por la coyuntura económica, pero cada contracción se saldaba con una mayor capacidad productiva concentrada en un número menor de fábricas.

La producción manufacturera textil alcoyana estaba organizada tradicionalmente en base a numerosos talleres dispersos por casas de familias campesinas en localidades como Muro, Cocentaina, Penáguila, Benilloba, Planes, etc... donde la agricultura proporcionaba escasos recursos para la subsistencia y la propiedad de la tierra estaba muy desigualmente repartida, sujeta a cargas señoriales (sobre todo en Cocentaina). Por ello, los artesanos rurales, a fin de obtener ingresos complementarios, alternaban las faenas agrícolas, con actividades como hilar, cardar, *emborrissar i emprimar la llana*, que les entregaba la “Real Fábrica de Paños de Alcoy”. La Real Fábrica ejercía, desde luego, un dominio gremial sobre esa industria doméstica, permitiendo solamente las primeras fases del proceso productivo. Las más simples y menos laboriosas. El tejido y las restantes operaciones de teñir, batanar o carmenar, es decir, las que introducían mayor valor añadido, se realizaban en la ciudad de *Alcoi*.

La mecanización e incorporación de tecnología fue un proceso costoso y lento: no fue hasta 1791 cuando se encargó la primera adaptación de la Spinning Jenny para hilar algodón, casi cuarenta años después de su invención. El artilugio, una hiladora multibobina de hilo continuo, redujo la mano de obra necesaria al permitir que un único trabajador controlara hasta ocho carretes. En 1819, la Real Fábrica adquirió un juego de carda e hilado belga. Las máquinas se difundieron rápidamente a pesar de los acontecimientos luditas de 1821. En 1853 se introdujeron las *mules* y a partir de 1880, las *selfactinas*. (Plaza, 2007).

Según (Torró, 1994) la industria alcoyana fue la manufactura pañera que mejor se adaptó a la nueva coyuntura decimonónica. Las otras localidades vieron reducidas sus posibilidades por una débil mecanización. La primacía del textil alcoyano se asentó en un entramado institucional excepcionalmente favorable. Como se ha visto arriba, la Real Fábrica, además de defender los intereses patronales frente a un combativo proletariado, se preocupó de estimular la mecanización y la transmisión de conocimientos. Destaca en este sentido, la creación del llamado “Establecimiento Científico-Artístico” (1828), embrión de la Escuela Industrial de Peritos (desde 1901), actualmente integrada en la Universidad Politécnica de Valencia. De este modo, la concentración que se había dado en torno al núcleo alcoyano se acentuó y, en la práctica, muchas de las localidades en las que se desarrolló el textil lanero, lo hicieron dependiendo de *Alcoi*.

Las variaciones de la producción alcoyana dependerían obviamente, de las relaciones de producción, de las numerosas innovaciones tecnológicas y de sucesivos “tirones” en la demanda. Según (Reig, 2007A) y (Nadal, 1975), la especialización se orientaba hacia los mercados de menor poder adquisitivo, principalmente el de Andalucía, dado que los nichos de mercado que exigían una mayor calidad estaban ocupados por los fabricantes catalanes.

En marzo de 1860, el corresponsal alcoyano para el Diario Mercantil, tras quejarse por la falta de buenos caminos, anunciaba que “*la fábrica que tiene la contrata de la construcción de uniformes para el ejército, continúa activamente sus tareas, mereciendo sus productos la mayor aceptación del gobierno*”, según (Martínez Gallego, 1995). Se trata de suministros para un ejército colonial. La política exterior intervencionista de la Unión Liberal (1858-1863) iba a suponer un gran incremento en la demanda de tejidos alcoyanos. Que, todo sea dicho, seguían especializados en paños de muy baja calidad.

La industria alcoyana actuaba así como complementaria de la catalana. En el plano de lo ideológico, los fabricantes textiles de *Alcoi* apoyarían, especialmente a partir de 1877, las posiciones fuertemente contrarias a la rebaja de los aranceles para las importaciones de sus productos que habían adoptado los fabricantes catalanes. Los industriales alcoyanos, serán, junto a los productores de arroz, uno de los bastiones más sólidos de las posiciones doctrinales proteccionistas en las provincias valencianas, en claro contraste con los puntos de vista librecambistas que, obviamente, adoptarán los intereses más vinculados a la agricultura de exportación (naranjeros y bodegueros).

El tirón de la demanda debió provocar un aumento inusitado de los beneficios empresariales alcoyanos. Y buena parte de las plusvalías se iban a invertir en la compra de nueva maquinaria, es decir, en el aumento del número de máquinas de vapor. Anteriormente, en cada período de sequía (de falta de agua en los saltos), ya se había producido esta orientación hacia la autonomía de las fuentes energéticas. La segunda mitad del XIX ve el triunfo definitivo del vapor en *Alcoi*. Según (Martínez Gallego, 1995), el colofón de este proceso vendrá simbolizado por la instalación en 1862 de una sucursal de la ya citada Sociedad de Crédito Valenciano.

Según (Reig, 2007A), las décadas centrales del siglo habían contemplado el inicio de la transición de los husos manuales a los mecánicos en la fase

de hilatura, y la difusión del sistema fabril. La mecanización plena del tejido es más tardía; en la última década del XIX y primera del XX es cuando se produce la gran expansión de los tejidos con tecnología moderna: de 142 telares mecánicos en 1890 se pasaba a 417 en 1911.

Según (Torró, 2007), a partir de 1880, se va a dar una clara tendencia a la concentración, con la aparición de grandes factorías de ciclo completo, y a la mecanización (telares mecánicos, selfactinas, batanes de cilindros...). Junto con el viraje proteccionista de la política arancelaria (que, paradójicamente, se acompaña del inicio de una tímida actividad exportadora), la llegada del ferrocarril a la ciudad de *Alcoi* en 1893 permite un incremento del consumo del carbón y con él, de la electricidad. Esta fuente de energía (que ya se venía utilizando en algunas empresas de la capital, Valencia, desde la década de 1880) se iría extendiendo desde 1894, con un uso predominantemente fabril, y permitió la generalización de la concentración productiva.

La turbina, que había sustituido a las ruedas hidráulicas, había permitido un mejor aprovechamiento de los recursos hidráulicos, pero la solución satisfactoria a los problemas energéticos vino con la máquina de vapor, introducida en 1864. Pero como ya se dijo anteriormente, siempre se compaginaban ambos tipos de energía, prefiriéndose la hidráulica, más barata. Todavía en los umbrales del siglo XX, la energía hidráulica conservaba su importancia, cuando la electricidad empezó a sustituirla. (Verdet, 2007) cita una noticia de 1900, cuando la sequía puso a los empresarios alcoyanos ante el dilema de *“cerrar las fábricas ó emplear el carbón, en cuyo último caso se encarecerían los productos”*.

La tecnología y el capital evolucionan juntos (Cuevas, 1999). Lo previo había sido la lenta transformación de las estructuras productivas de las industrias textil y papelera. La industria de los paños continuará, pues, su crecimiento, anotando crisis y evocando en ellas la tendencia a la concentración: en 1872 existen en *Alcoi* 54 empresas del ramo con algo más de 16.000 husos mecánicos; tras la crisis de final del XIX, las empresas se han reducido a 34; pero los husos mecánicos han alcanzado los 28.400.

Como se ha visto, la importancia de la pañería y de la papelería de las grandes ciudades del sur valenciano era muy grande. Prueba del predominio alcoyano durante gran parte del XIX es que a la exposición Universal de París, del año 1867, acudieron 42 expositores españoles a la sección “Hilos y tejidos de lana cardada”: diecinueve de ellos eran

alcoyanos. Más adelante, se citará los que acudieron a la Exposición de 1909.

4.2.4 La lana y la pañería en los otros núcleos industriales.

En lo que se refiere a Morella y a sus comarcas circundantes: *els Ports* y el Maestrazgo, habían sido importantes zonas productoras de materia prima (lana) y de mantas y fajas muy utilizadas en todo el Reino durante los siglos previos. Sin embargo, el impacto de las guerras carlistas y la poca acumulación de capital habían hecho decaer este sector (su único sector industrial).

La única gran excepción es el proyecto del comerciante morellano Juan Giner, en 1870. Intentó crear una fábrica al estilo de las colonias fabriles catalanas (las del Llobregat) o italianas, una ciudad donde los obreros vivían y trabajaban. La lana se lava, carda y tiñe en la misma factoría. Es hilada por ocho selfactinas. Unos cuarenta telares mecánicos y ochenta manuales tejen las fajas morellanas. Giner también usa el tradicional sistema domiciliario: reparte o contrata telares manuales entre quienes se resisten a bajar al valle, junto al río Bergants. La empresa, que supuso la inserción de una zona rota en su tradicional manufactura en la dinámica del capitalismo industrial, se vio sometida a diversos vaivenes. No estuvo presente en la Exposición. De la zona de Morella, solo se constata la presencia del comerciante de fajas Julio Climent.

Con todo, el mantenimiento de las actividades textiles tradicionales siguió constituyendo un factor de localización y dio lugar, de vez en cuando a brotes verdes, como ejemplifica magistralmente el nacimiento en 1907 de la empresa que iba a convertirse en el eje del grupo “Marie Claire”, ubicada en Villafranca del Cid y que surgió a partir de la fabricación artesanal de *calces* de lana. (Torró, 2007)

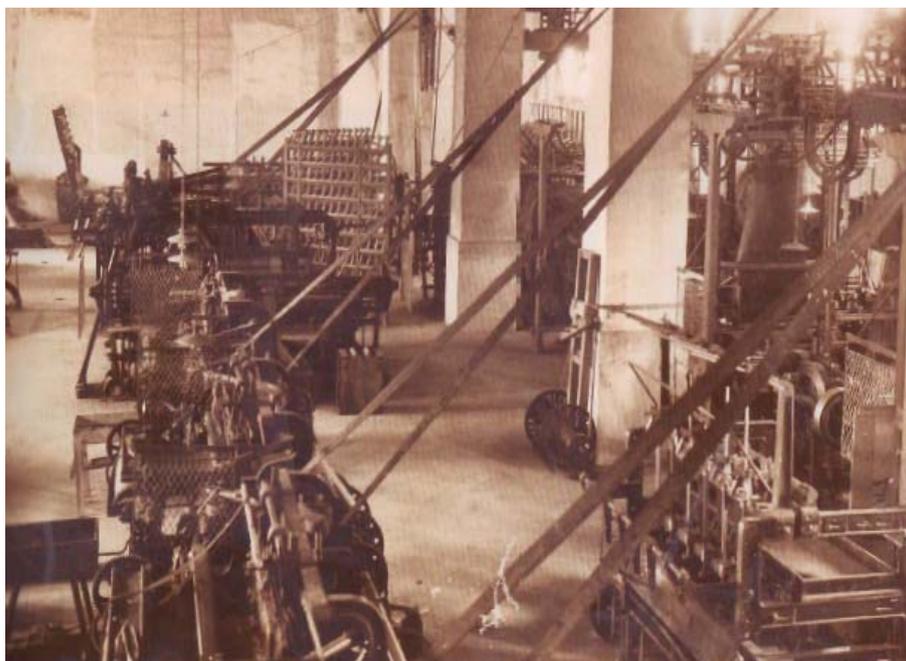


Figura 9: Telar mixto de la fábrica Augusto Mas de *Crevillent*, circa 1900.

Fuente: (COIICV, 2007)

En el otro núcleo textil importante, *Bocairent* y *Ontinyent*, sigue una dinámica parecida a la de *Alcoi*, aunque con grandes diferencias cuantitativas. (Martínez Gallego, 1995) registra el proceso de proletarización de la población a lo largo del XIX. Deja de responder al modelo del labrador afectado por el *putting-out* para convertirse en jornalero de taller o trabajador casero por cuenta ajena. Esta transformación, ya visible en la encuesta de Madoz (Madoz, 1841) es paulatina: no supone ni la desaparición absoluta y radical del sistema de producción doméstico ni la aparición de grandes centros fabriles capaces de concentrar el trabajo y la producción. Más bien la transformación de lo primero y su conjugación con lo segundo.

La huelga de los jornaleros de las papeleras de *Ontinyent* en 1873 (en pleno influjo de la Primera Internacional) es un símbolo. En 1884, cuando se desborda el Clariano, el acta levantada por el Ayuntamiento especifica que la corriente ha causado desperfectos en “*más de cien artefactos*” entre ingenios textiles y molinos papeleros o de otra etiología. Aunque todavía no hay máquinas de vapor (que ya están presentes en *Alcoi*), lo cierto es que la habitual regularidad de los caudales del río Clariano ha permitido un desarrollo pausado pero continuo de la industria local.

Las cifras de matrículas industriales investigadas por (Vallés, 1986) confirman esta tendencia alcista en el sector textil en *Ontinyent*:

Tabla 8.- Matrículas industriales en el sector textil de <i>Ontinyent</i> . (1891-1908)					
	1891	1895	1901	1905	1908
Husos	1.050	890	1.150	2.500	2.090
Telares manuales	26	22	19	61	55
Telares mecánicos	–	12	16	67	32
Telares Jacquard	–	–	–	6	12
Batanes	6	3	3	4	3

Fuente: (Vallés, 1986)

En la guía (Congreso, 1909), se dice que la “*industria lanera y estambrera, constituida en Alcoy, como centro de excepcional importancia, tiene ramificaciones en Bocairante y Onteniente, especialmente en la fabricación de mantas*” En *Ontinyent* hay por entonces tres grandes fábricas de mantas: las de Segura, Vilana y Martínez Claur; y una de las mayores fábricas de papel de la provincia: la Clariana. Desde la década de 1890, esta fábrica tributa más que la reunión de todos los talleres textiles de la localidad. Durante el final del XIX y principio del XX, esta gran empresa va a ser una de las más representativas del país.

Enguera es el último de los centros industriales, de los “poros”, que conviene repasar. En Enguera, como en los otros centros, había una fuerte tradición gremial y artesanal. Aquí, el proceso de crisis que conllevaron las transformaciones al capitalismo y del que ya se habló en capítulos anteriores, se saldó de una manera característica: con la extensión del marco geográfico de la producción pañera a los pueblos vecinos de *Anna, Estibeny y Xella*. El bataneo, cardado e hilado de la lana encontraron nuevo marco de producción en los molinos instalados en estas poblaciones. Por su parte, el tejido se quedó en Enguera. Se especializó la producción y la división del trabajo implicó la creación de una “subregión” industrial.

El proceso de dispersión del capital enguerino y de construcción de nuevas instalaciones fabriles supuso un avance de la mecanización y la

consiguiente disminución de la elaboración manual del cardado e hilado de lana. En 1857, había siete máquinas de cardar e hilar en *Anna*, dos en *Estibeny*, dos en *Bocairent*, y tan sólo una en Enguera. Este movimiento de dispersión de los batanes y de los capitales a la búsqueda de la energía hidráulica no se detuvo hasta la riada de 1864, nefasta para el sector, pues destruyó muchas instalaciones que en los términos de *Estibeny* y *Anna* se alzaban al borde de ríos y acequias. Pero no fue ese su final, puesto que en 1865, como demuestran las cifras de matrículas industriales investigadas por (Martínez Gallego, 1995), los batanes y demás artilugios seguían cotizando.

Al año siguiente, 1866, se constituiría en Enguera la sociedad Vapor San Jaime. La primera que introducía una fuerza motriz alternativa a la hidráulica. Fue la respuesta de los pañeros a la crisis de los 60. La nueva conformación industrial había transformado la pañería: su planteamiento “local” de antaño había dejado paso a una nueva conformación “comarcal”. A mediados del XIX, los proyectos para la construcción de molinos pañeros y/o papeleros se agolpan para obtener el permiso gubernativo: las prisas están justificadas ante una limitada energía hidráulica. De un lado están los fabricantes, de otro, los regantes. La Junta de aguas del Valle de Cárcer se erigirá en ocasiones, en escollo insalvable de la voluntad industrialista de algún inversor local, enguerino o, incluso, alcoyano: Por ejemplo, Miguel Pérez y Cía. quiso y no pudo instalar su fábrica (Martínez Gallego, 1995).

4.2.5 El papel, ramificación del textil.

Como ya se ha visto en los párrafos anteriores, tanto en *Alcoi* como en el resto de “poros industriales” del territorio, el desarrollo del textil convive con el desarrollo de otra industria importante: la fabricación del papel.

Según (Verdet, 2007), en el proceso tradicional de fabricación del papel, por el que se obtiene hoja a hoja, se distinguen varias fases. En primer lugar, el triturado de los trapos previamente fermentados, de ahí, el nombre de “molino papelerero”. La materia prima dispuesta en pilas o morteros se golpeaba mediante batanes o mazos de madera (con grandes clavos de hierro puntiagudos y cortantes) accionado por una rueda hidráulica, hasta reducirlo a pasta. Por ello, el factor tradicional de ubicación de las papeleras coincidía con el textil: las corrientes de agua para impulsar los batanes.

En segundo lugar, se elaboraba la hoja de papel. El operario introducía en la tina, la forma o molde (un marco de madera con un fondo de tela metálica muy fina) y la sacaba llena de pasta. El molde determinaba la forma y la medida de la hoja, pues al agitarlo, la distribuía homogéneamente sobre toda la superficie, eliminando al mismo tiempo el agua. De este modo, con las fibras en suspensión, se componía una capa o película que, al ser oprimida entre el tamiz y un fieltro húmedo, se trenzaba en un todo, formándose una hoja húmeda y blanda. Posteriormente, las hojas pasaban a las prensas, para expulsar el exceso de agua y, a continuación, se secaban en tendedores bien aireados, dispuestos en la parte superior de los molinos. Cuando se trataba de papel destinado a la escritura se le añadía una cola artesanal que mejoraba su textura.

A finales del XVIII se produjeron varios avances técnicos importantes. En primer lugar, se generalizó la llamada “pila holandesa”, una máquina refinadora de cilindros que sustituyó a los mazos o batanes y mejoró el proceso de elaboración de la pasta, aumentando su calidad y cantidad (permitiendo duplicar el número de tinas). El primer cilindro refinador que empezó a funcionar en España lo hizo en *Alcoi* en 1780, después de un intento fallido en 1764 (Verdet, 2007). La segunda mejora importante fue el blanqueo de los trapos, mediante la aplicación de cloro, innovación relevante, pues palió la escasez de materias primas. En los últimos años del XVIII, se descubrió el lejiado, es decir, la aplicación del carbonato de sosa, que hacía innecesario el largo proceso de pudrimiento de los trapos.

En todos los núcleos “industriales” o “preindustriales” del territorio existían molinos papeleros desde el siglo XVIII. Su número se mantuvo más o menos constante hasta mitad del XIX.

La finalización de la primera Guerra Carlista y la más o menos exitosa revolución liberal, al posibilitar una mayor estabilidad y poner en vigor leyes liberalizadoras, dieron paso al despegue de la industria papelera que, a partir de una clara recuperación en las décadas de 1840 y 1850, inició una expansión ininterrumpida hasta mediada la década de 1880.

Según (Verdet, 2007), la expansión papelera presentó una doble dirección. Al fuerte crecimiento de los núcleos existentes, que multiplicaron su capacidad productiva con el incremento de tinas y un mayor aprovechamiento de los recursos hasta alcanzar la saturación completa de los cursos fluviales, dio continuidad su irrupción en pueblos

aledaños. Como ya se ha dicho, de *Bunyol* se expandió a *Alboraig* y *Yátova*, y de *Anna* a *Estibeny* o *Xella*. Es el modelo de la “mancha de aceite”.

Las incipientes fábricas de papel de la zona de Enguera se orientaron en la década de 1860, a imitación de las alcoyanas, hacia la fabricación preferente de papel de fumar, aunque se conservaba la importancia del papel de estraza. En el caso de este producto especial, puede apreciarse, casi desde el principio de su historia, la importancia de disponer de una marca identificadora. Como explica (Martínez Gallego, 1995), los industriales alcoyanos ya tenían experiencia en el asunto y cuando el fabricante de *Anna*, Salvador Esteve pretende la marca “Real Trinidad” (1858), demostraron que ya eran poseedores de ese nombre.

Precisamente, los anuncios de papel de fumar en el Catálogo de la Exposición (Catálogo, 1909), de las empresas de Laporta o Abad, serán los más llamativos y los que más hincapié hagan en las marcas identificadoras. Incluso montarán sendas instalaciones propias en la Exposición.

El núcleo papelero de *Bunyol-Alboraig-Yátova* atrajo, desde mediados del siglo XIX, capitales procedentes de Madrid y Valencia, para ser invertidos en una zona que contaba con una infraestructura hidráulica bien dotada y con unos medios de comunicación privilegiados para la época (*Bunyol* estaba enclavado junto a la carretera Valencia-Madrid). También aquí tardaron en introducirse las máquinas de vapor y de papel continuo, sin embargo, la innovación técnica no estuvo ausente, aunque vino por el lado de la experimentación con nuevas materias para la elaboración del papel.

En 1851, el vecino de Madrid, Luis de Villalba, obtuvo una patente para fabricar pasta, papel y cartón con la hoja de palmito, esparto y junco. Su intención era la de aplicar el procedimiento a la fábrica que tenía en *Bunyol*, llamada Trinidad, una instalación con varios trabajadores a su cargo “unos limpiando, otros cortando y otros picando oja (*sic*) de palmito, junco y esparto, reduciéndolo todo a pasta en las pilas y cilindros, y otros que de esta pasta estaban haciendo papel y cartón”. Con el nuevo procedimiento, “el papel no es de tan buena calidad como el de trapo, el cartón es bueno, podrán elaborarse un par de tinas de trabajo diario, y es ventajosa la invención por el empleo de abundantes materiales que hasta el día no tenían aplicación”. En la década de 1860, la fabricación de cartón para embalajes creció de forma importante, como efecto de las exportaciones agrarias valencianas.

La comarca de *Bunyol* se convirtió así en una de las principales zonas productoras de papel blanco de España, con un sector industrial capitalizado y con gran empleo de mano de obra.

Con todo, llaman la atención las dificultades que encuentran algunos empresarios para mejorar la tecnología de fabricación. (Martínez Gallego, 1995) cita esta petición conservada en el archivo de la Diputación Provincial de los Hermanos Manaut, propietarios de la primera fábrica de papel continuo sita en *Alboraig* (1877):

“Hoy estos artefactos pertenecen a los Sres. Manaut Hermanos, y desean habilitarlos para sólo fábrica de papel continuo, suprimiendo la molienda de harina, pero como se trata al mismo tiempo de establecer dicha industria a vastísima escala y el edificio adquirido carece de la solidez suficiente para contener las fuerzas que en diferentes sentidos han de producir los aparatos mecánicos que se aplican para este objeto, se hallan en la necesidad de derribar el establecimiento adquirido y reconstruirlo con la solidez y perfección que reclama el sistema moderno de esta industria papelera y como este nuevo adelanto necesita mayor fuerza motriz que las del sistema ordinario por su complicado mecanismo, se desea dar más extensión al canal de desagüe, el cual descarga sobre la margen izquierda del río Buñol, cuyo desarrollo mide 136 metros lineales (...) he aquí que obtenida tan importante concesión se puede aumentar la escala de la industria aplicada a este artefacto, empleando mayor número de operarios, obtener una renta mayor que la que hoy se rinde y por consiguiente, aumentar la contribución industrial en ayuda a las cargas del Estado”.

Otro importante núcleo de población, fue incorporándose a lo largo del XIX al desarrollo papelero. En *Xàtiva*, la principal ciudad papelera de Europa, en los tiempos de Al-Andalus, desde mediados de siglo existió La Setabense, fabricante de papel de fumar y propiedad de Norberto Pérez (vecino de Valencia). La industria papelera de *Xàtiva* aparece así como la evolución geográfica de sus mayores, encaramadas a las faldas alcoyanas o ubicadas en la *Vall d'Albaida*. (Martínez Gallego, 1995).

En otra población del sur, Villalonga, estaba la fábrica papelera, fundada por Miguel Santonja Garrigós, que aprovechaba las aguas de la acequia del Asafor para mover sus ruedas hidráulicas y proporcionar líquido a sus tinas. Durante final del XIX y principios del XX, esa empresa papelera, con el nombre de Moltó iba a ser, junto con La Clariana, la más importante de la provincia. Obviamente, estuvo presente en la Exposición, bajo la razón social del Sr. Moltó Santonja (de *Alcoi*).

La gran innovación en la industria papelera a nivel mundial fue el descubrimiento de la pasta de madera. A finales de la década de 1860, ya fue posible disponer de pasta mecánica, aunque sólo para papeles de poca calidad. El mercado internacional de pasta química empezó a articularse hacia el año 1880, pero en las provincias valencianas, se siguió fabricando a partir de trapos viejos, suelas, fibras vegetales, etc. Por tanto, el blanqueo con cloro de la pasta, introducido en el año 1879 por Francisco Laporta Tort, supuso un logro considerable.

Según (Verdet, 2007), en su momento de mayor esplendor, mediada la década de 1880, la industria papelera valenciana llegó a tener 145 fábricas activas (incluyendo las de libritos de papel de fumar). En la provincia de Castellón se contabilizaban 12 en 6 localidades; en la provincia de Valencia, 50 (de las que se hablará más adelante); en la provincia de Alicante, 83, en 9 localidades. Aunque solo *Alcoi*, la ciudad hegemónica, concentraba 50 factorías.

De las tres primeras fábricas paperas valencianas que emplearon las máquinas continuas o planas, dos se emplazaron en *Alboraig* (en el año 1877) y la tercera en la ciudad de Valencia. Aún habría que añadir una nueva máquina que llegaría a ser hegemónica en algunos focos paperos: la máquina redonda o “picardo”, que se introdujo en *Bunyol* en 1885.

En el territorio valenciano se configuraron, pues, tres áreas paperas, las que se decantaron por la máquina continua (*Alboraig*, Valencia, el *Alcoià-Comtat* y la *Vall d'Albaida*), las que implantaron la máquina picardo (*Bunyol*), y las que no se mecanizaron y por tanto, desaparecieron, la provincia de Castellón y *Anna*.

El blanqueo de la pasta, la máquina de vapor y la incorporación de las primeras máquinas para fabricar papel, continuas y redondas, cambiaron sensiblemente las perspectivas de la industria papelera valenciana en el último tercio del XIX. El blanqueo de pasta permitió utilizar todo tipo de trapos y diferentes fibras vegetales. La aplicación de la máquina de vapor resolvió el problema energético y la competitividad del papel fabricado mecánicamente exigió el abandono definitivo de la fabricación manual.

4.2.6 El textil y la fabricación de papel en la ciudad de Valencia.

En cualquier caso, no hay que olvidar que el textil de la capital también se estaba desarrollando. Uno de los que estuvieron presentes en la Exposición, tenía su fábrica en Valencia ciudad, José Vicente Tello y Ticulat, que exponía un amplio surtido de mantas valencianas y que también participaba en otra sección, la de “Alfombras, tapices y tejidos para muebles”, donde presentaba tapetes de mesa, cortinas y *portiers* de lana. Tello y Ciulat era punta de lanza; pero lo cierto es que, a pesar del relativo estancamiento de la sedería entre 1842 y 1866, los efectivos laborales del ramo textil (lana, lino, etc.) crecen en la ciudad: se pasa de 955 a 1.322. A este ramo, se le dedicará el siguiente apartado.

La capital, además de gran centro de consumo se fue convirtiendo, también, en un gran centro productivo. En la segunda mitad del XIX aparece una industria textil (diferente a la sedera) y una industria papelera, que no tenía precedentes artesanales. Según los datos recopilados por (Martínez Gallego, 1995):

	1848	1876	1907
Tejidos de lana	-	5	-
Tejidos de lana a vapor	-	1	-
Tejidos de hilo	-	13	-
Tejidos de algodón	-	-	1
Hilados de algodón	-	-	2
Géneros de punto	-	-	2
Corsés	-	2	1
Borras de algodón y lana	-	-	4
Fábricas de bayetas	-	-	1
Lonas para alpargatas	-	-	1
Cartón	-	-	1
Libros rayados	-	-	2
Naipes	3	3	1
Papel de fumar	-	-	4
Papeles pintados	-	-	5
Bolsas de papel	-	-	3

Fuente: (Martínez Gallego, 1995)

Mucha de esta industria nace fuertemente vinculada a los alcoyanos. Así, por ejemplo, los socios Pierre Planque y José Sanz Forés vendieron en 1850 los derechos de su patente para la purificación e hilado de la borra de seda al valenciano Antonio Miranda. Este instaló en la Plaza de Santo Domingo una fábrica de hilada de estambre, en la que también se purificaría e hilaría el cadarzo (Martínez Gallego, 1995).

A principios de los 60, se constituyen varias empresas de ropas cosidas, iniciando una larga tradición de industrias indumentarias, de la que ya se habló al citar las derivaciones de la sedería local. De algún modo, el impulso industrializador de la seda acababa desarrollando este nuevo sector, como ya se dijo.

En la década de 1870, gracias probablemente al complemento de estas sociedades de fabricación de indumentaria, la pañería ganaba terreno en la ciudad. Por aquel entonces, la importante fábrica de Tello y Ticulat, ya disponía de una máquina de vapor para mover su maquinaria.

En 1876, las fábricas de paños de lana en la ciudad son las siguientes, según (Martínez Gallego, 1995):

- Francisco Doménech en la Calle Acequia Podrida, 29.
- Cosme García, en la Calle Corona, 12, 14 y 15.
- Viuda de Pascual Mateu, en la Calle San Ramón, 34
- Tomás Maiques, en la Calle Nueva, 3-5
- José Vicente Tello y Ticulat, en *Burjassot*.
- Miguel Á. Tormo en la Calle Zapaterías, 9.

Ninguno de ellos llegará a la Exposición con esa razón social. Estarán presentes los Hijos de Tomás Maiques. *Alcoi* siempre será más importante que la capital en este subsector.

Se puede afirmar que la industria indumentaria tiró también de sectores sin tradición en Valencia, como los tejidos de algodón y de punto. A mediados del XIX, la única fábrica de algodón con perspectivas de todo el territorio parecía es instalada en el viejo convento de Capuchinos de Segorbe. (Martínez Gallego, 1995) cita el Diccionario de Madoz (Madoz, 1848) para afirmar que en aquel año daba trabajo a más de cien operarios. La fábrica seguirá funcionando durante la segunda mitad del XIX; pero no estará presente en la Exposición.

A finales del XIX, en Valencia se tuerce, se hila y se tejen géneros de algodón, hilo y punto, potenciando el entramado de los talleres textiles de la ciudad y manteniendo la vinculación con la tradición indumentaria: se fabrican corsés, chales, corbatas, tocas, etc.

En lo que se refiere al papel, había un factor que contribuye a explicar su relativa escasez en la propia ciudad. Las industrias papeleras, contaminantes y molestas, tenían que enfrentarse a menudo a la oposición de los vecinos. Eso explica que esa clase de industria tienda a huir de la ciudad. Algunos de los fabricantes de *Bunyol* y *Alboraig*, nombrados antes, procedían precisamente, de Valencia.

(Martínez Gallego, 1995) cita un pleito que es un ejemplo de esa clase de conflictos y los documentos que ha investigado reflejan bien el grado de tecnología de la época. El fabricante de papel de estraza y farmacéutico Francisco García Blasco es denunciado en 1857 por un vecino –Tomás Daroqui– por poseer una industria insalubre y perjudicial para el vecindario. No sólo por los olores que desprende la putrefacción de las materias primas una vez maceradas, sino por el molesto ruido que las máquinas de la fábrica provocan y que resultan persistentes al trabajar esta hasta bien entrada la noche e incluso en días festivos.

La fábrica estaba situada en la Casa Galera, propiedad del Gremio de Zapateros, en la calle Zapateros, junto a un edificio propiedad de Daroqui, en el que una serie de inquilinos amenazan al propietario con marcharse si no se pone fin a las molestias. La fábrica consta de “*cuatro pilas, con doce mazos, dos tinas, una para el papel y otra para el cartón, un cilindro para refinar la pasta, otro para satinar el cartón y una bomba par sacar el agua de que se sirve, movido todo por la misma maquinaria, cuyo motor es de sangre*”. Todo este equipamiento fue adquirido en la fundición La Primitiva Valenciana, de la que se hablará más adelante en mucho detalle. El motor al que se refiere tiene las siguientes especificaciones: “*una rueda dentada de madera movida por dos a cuatro caballos, con transmisión para comunicar la fuerza a estampas y cilindros (...) la fuerza motriz pone en movimiento seis estampas de madera, trabajando en pilas de piedra que machacan la pasta compuesta de papel viejo con agua. La misma fuerza mueve, a continuación un cilindro de madera, también para machacar, pero con más esmero, la pasta. Las demás operaciones de fabricación, exceptuando un juego de cilindros para alzar el cartón, se efectúan a mano*”.

La sentencia del pleito permitirá a García Blasco continuar fabricando papel y cartón en la misma fábrica; “pero sin usar de mazos para reducir a pasta las primeras materias” (se le recomienda usar cuchillas) ni apoyar las máquinas en la pared medianera con el edificio de Daroqui.

Es comprensible que estas industrias del papel busquen el *Hinterland* urbano para encontrar ubicación, aunque la ciudad de Valencia continuará siendo el lugar de acabado para muchos de sus procesos de producción: en ella están las imprentas y los diarios, el puerto que expide toneladas de frutas embaladas en papel, los comercios que usan el papel de estraza, las casas que empiezan a usar papel pintado como sustituto del tapizado. Una demanda creciente que hace irresistible la demanda industrial.

De todos modos, a principios del XX, en la ciudad de Valencia hay dos papeleras que no van a la zaga a las de las otras ciudades valencianas, citadas antes. Esas dos papeleras son la Luis Layana y la de Eduardo González. Fabrican papeles pintados, papel de fumar, papel para envolver la fruta que se exporta, cartón, etc. La fábrica Layana había sido fundada en 1860 por Luis Layana Alcubierre, de origen aragonés. Erigió una primera fábrica en Montañana (Zaragoza) y posteriormente, una segunda en *Bunyol*. Fue el primer fabricante de España en producir papel engomado para liar cigarrillos. La fábrica se ubicó a partir de 1903 en el *Grau*, y poseía una peculiar chimenea salomónica que, según (Vegas, 2003) se ha salvado recientemente de la demolición del conjunto y permanece como testigo singular de la antigua industrialización de la zona. Luis Layana montaría su propia instalación en la Exposición, un pabellón que tal y como se describe en el capítulo séptimo, era muy espectacular.

En total, hay una decena de fábricas, alguna de ellas de gran entidad, que se han empezado a asentar en la ciudad en la segunda mitad del XIX y que en el cambio de siglo están alcanzando una importante capacidad productiva.

Hasta entonces, la única tradición existente había sido la de los fabricantes de naipes (José Argente, Pablo Bou y Antonio Semper). A la Exposición, solamente llegaría un fabricante de naipes en activo, Simeón Durà, que fue vocal del Ateneo Mercantil y dispuso de instalación propia, de la que se hablará más adelante.

En lo que se refiere al incipiente sector de las artes gráficas y los envases, llama la atención, por ejemplo, el anuncio que la empresa García Carceller, de Valencia ciudad, inserta en la (Guía, 1909). Se dedica a la fabricación mecánica de cajas, platos y bandejas de cartón y a su litografiado para confiterías, perfumerías y farmacias. Se anuncia como “*Miembro de honor en el Concurso de París 1904, con Diploma y Medalla de Oro*”. Es decir, ya había un mercado de productos alimentarios de lujo de tal magnitud que un incipiente sector de las artes gráficas se desarrollaba a su lado.

El sector textil no fue uno de los más destacados de la Exposición, pero disfrutó de una representación considerable. Bien, en expositores independientes, o en el palacio de las industrias, se pudo ver expuestas desde las fábricas textiles propiamente dichas, hasta las productoras de cáñamo y yute, pasando por las fábricas de papel de fumar y envases.

Aunque más adelante, se ampliará esta información en el capítulo siete, conviene resaltar que hubo cinco industrias de este sector que disponían de pabellones independientes en la Exposición. Ello da una idea de su importancia:

- Industria de papel de fumar de D. José Laporta. Ubicada en *Alcoi*, en ella se fabricaban las marcas de libritos de papel Blanco y Negro y El Sol.
- Industria de papel de fumar de R. Abad Santonja. Ubicada en *Alcoi*, era responsable de la elaboración de la conocida marca Bambú.
- Industria de papel de Luis Layana, de Valencia.
- Industria de naipes de Simeón Durá, de Valencia.
- Industria de los Srs. Trénor y Cía, con pabellón propio. Trénor Palavicino, mostraba los distintos productos fabricados por el *trust* de empresas de las que era copropietario, por ello volverá a aparecer en este trabajo. Aunque también estaban presentes los abonos y productos químicos fabricados en su industria, se podría clasificar en este sector porque los Trénor, se dedicaban también a la manufactura del yute, para realizar sacos y envases, como ya se ha dicho.

En el Palacio de Industria, la sala que revelaba mayor presencia textil era la 15, donde se exponían empresas textiles propiamente dichas. Muchas de estas empresas, a parte de exponer sus productos, tenían allí instalados sus telares, para que los visitantes pudieran ver la manera de

funcionar de sus máquinas. Las empresas allí situadas fueron las siguientes.

- Sres. Duato y Sales, textil en general.
- Bernardo Prieto Ruiz, textil en general.
- Bautista Merin y Cia, textil en general.
- Hijos de Miguel Payá, confección de mantas y tapabocas. (*Alcoi*).
- Hijos de Juan Soler, confección de mantas y tapabocas. (*Alcoi*).
- Sanz y Maset, dedicados a la fabricación de camisas.
- Srs Descalzo y Villena. Confecciones de Algodón.
- Bernardo Gómez. Géneros de punto.

Las industrias de sectores afines, en este caso la del papel, no tuvieron tanta presencia en el Palacio de Industria y se localizaban principalmente en la segunda planta. El industrial D. Francisco Llorens, enseñaba allí sus papeles para forrar paredes, y para decoración. En una sala próxima, llama la atención la empresa de Francisco Guillem Carbonell, productor de etiquetas de papel.

Alcoi, obviamente, presentaba numerosas empresas en este sector. La Exposición reflejaba así la estructura industrial del país. Las empresas alcoyanas destacadas fueron las siguientes.

- Boronat y Cia. Alcoy. Mantas y tejidos de novedad.
- Viuda e hijos de Vicente Boronat. Tejidos de lana
- Hijos de Camilo Gisbert. Tejidos de lana.
- Miguel Gras. Tejidos de lana.
- F. Payá y Cia. Pañería.
- Silvestre y Reig. Paños y Mantas.
- Moltó, García y Cia. Mantas
- Bautista Merín. Mantas
- Viuda e hijos de Anselmo Aracil. Mantas y tejidos de Lana.
- Desiderio Mataix Valor. Tejidos de Lana.
- Hijos de José Jordá. Tejidos.
- Viuda e hijos de Antonio Llorens. Tejidos de Lana
- Santiago Blanes Santos. Mantas de lana y algodón.
- Baldó, Miralles y Cia. Fieltros de Lana.
- Ivorra y Paya. Papeles de fumar.
- Papel de Fumar. R. Abad Santonja (Bambú).

- D. José Laporta. Papel de fumar. (Blanco y negro, El sol, Automóvil.)

Valencia también aportó varias fábricas de este sector:

- Francisco Miralles Albert. Fábrica movida a vapor. Tejidos y ornamentos para iglesia.
- Sanz y Maset. Camisería.
- Bernardo Gómez. Géneros de punto.
- Descalzo y Villena. Algodón.
- José Cabot. Confecciones de lana.
- Viuda de Ambudet. Elaboración mecánica de lonas para barcos. Especialidad en lienzos de cáñamo.
- Simó y García. Sacos de yute.
- Ramón Alberola. Sacos y arpilleras.
- Valentín Bou. Fabricación de sacos.
- D. Manuel Aranda. Sacos.
- José Pascual Satorres. Sacos y arpilleras
- Juan Alós y Pavía. Sacos de Yute.
- Joaquín Navarro Bellver. Hilados de Yute y trenzas mecánicas.
- Luis Layana. Papel de fumar y papel en general.

Finalmente, Castellón también tuvo representación con la empresa lanera de Álvaro Monfort y Escuders. También se encontraban allí laneras de *Bocairent*, como la de Juliá Hermanos; Alicante, representada por la fábrica de Pérez Parecho de toquillas de lana y Enguera, por la lanera de Jaime Aparici Palop.

De este primer análisis se puede concluir que quizá no fuera el sector que aportó más espectacularidad a la Exposición, ya que no disponía de un gran número de empresas con expositores independientes y además, no más de 50 empresas se expusieron en el certamen. Tampoco se puede saber con toda seguridad si en realidad eran fábricas grandes o simples distribuidores, ya que la publicidad tiende a dotarlas de un tamaño que quizá no tenían. En cualquier caso, el textil y el papel valenciano existían en 1909, con implantación en todos los núcleos industriales del territorio y formaron parte de la Exposición. En la base de datos (véase Anexo II), se cuantifica esta presencia.

4.2.7 La sombrerería y otras industrias relacionadas con la confección.

Cuando se trata este tipo de industria, hay que hacer referencia a una empresa que sin duda, era la más representativa del sector en Valencia: Viuda de Settier.

Es posible que el taller de Baltasar Settier, de origen italiano, ya existiera en 1819, como decía su publicidad. Lo cierto es que su transición hacia un sistema productivo capitalista se desarrollará en la década de 1840. La historia de la empresa, investigada por (Martínez Gallego, 1995) muestra claramente un proceso de mejora de procedimientos y de mecanización (en el grado en que el proceso productivo lo permitía).

En 1853, la fábrica de Baltasar Settier en la calle San Vicente se había ampliado tanto que desembocaba del otro lado de la calle Fornals. Pagaba contribución por cuatro conceptos: tienda de sombreros, fábrica de fieltros, sombreros de paja y sombreros para la Guardia Civil. Como en el caso del textil alcoyano, el estado era un buen cliente de los industrieros fabricantes valencianos.

(Pons & Serna, 2007) transcriben información de los archivos de la Diputación Provincial acerca de la fábrica Settier: ocupaba alrededor de 70 operarios fijos, 100 eventuales para recolectar y despuntar la paja y una cifra similar de “*muchachas de más de 12 años*” para “*la tienza o esterilla*” que trabajaban “*en sus casas*”. Sin embargo, la mecanización se había conseguido utilizando los medios y proveedores mecánicos disponibles en la ciudad, lo que da cierta idea del grado de desarrollo tecnológico alcanzado. El propio Settier reconocía que todas sus máquinas eran “*construidas en esta ciudad en vista de las explicaciones y planos que de ellas trajo mi hijo mayor del viaje que hizo a Toscana a estudiar las fábricas de aquel país, único en Europa en que hasta la planificación de mi fábrica ejercía esta industria.*” Como puede verse, las demandas locales ejercían un efecto importante sobre la incipiente industria mecánica local, que se tratará más en detalle más adelante.

A principios del XX, la fábrica Settier continuaba fabricando sombreros de paja, sombreros de lujo y sombreros ingleses para niños. Pero ya no estaba sola en el mercado. En 1875, Antonio Soler Boscá, había conseguido inscribir la marca de sus productos. En 1903, el número de fábricas declaradas en todo el País Valenciano era de alrededor de 70,

según las investigaciones de (Martínez Gallego, 1995). Como se ve, la provincia de Valencia mantiene un predominio absoluto en el sector:

Tabla 10. -Fábricas de sombreros y gorras en las provincias valencianas. 1903.				
	Alicante	Castellón	Valencia	Total
Fábricas de fieltro para sombreros	11		27	38
Fábrica de sombreros estilo boliches.			24	24
Fábricas de sombreros de palma o de paja fina			2	2
Fábricas de sombreros de paja ordinaria			1	1
Fábricas de gorras			3	4

Fuente: (Martínez Gallego, 1995) a partir de (Márquez, 1910).

En la época de la Exposición, el anuncio de la empresa “Viuda de Settier” en la (Guía, 1909) anuncia: “*Sombreros de lujo para señoras y niñas. Especialidad en gorras y sombreros ingleses para niño. Velos. Pinchos y Adornos. Modelos de París. Altas novedades. Calle San Vicente. Números, 5 al 11. Entresuelo.*” Curiosamente, no se ha podido localizar su presencia en la Exposición y sí, la de varios comerciantes de “sombreros de paja” (Héctor Boggani, que montó su propia instalación en la Exposición) y la fábrica de sombreros de Bautista Salvá e Hijos, de Gata.

4.3 Industria química y de curtidos.

En este apartado se ha decidido agrupar dos áreas industriales en base a su afinidad tecnológica: el curtido y la química en general. Tal distinción es, sin embargo, discutible si se considera el tipo de productos que ambas áreas producían.

El curtido de la piel, una de las industrias tradicionales que se desarrolló plenamente en las primeras décadas del XX tenía como objetivo alimentar la incipiente industria del calzado (de poca presencia en la Exposición; pero gran importancia posterior en la economía valenciana). Es decir, el curtido de la piel estaba destinado a la fabricación de un producto de consumo concreto. Un producto, el calzado, que podría haber sido estudiado en el apartado anterior.

Por el contrario, la industria química, en general, producía una amplia gama de productos o subproductos que en algunos casos, iban destinados al consumo (jabones, velas, perfumes); pero en otros casos eran productos intermedios dedicados a otras industrias o áreas económicas (abonos para la agricultura, especialmente). En el caso de la química en general, se encuentra la misma paradoja que en otros sectores: la industria química valenciana de finales del XIX era cualitativa y cuantitativamente importante, y así se manifestó en la Exposición. Sin embargo, se había mantenido invisible para muchos de los autores seguidores del modelo de la “no industrialización”.

4.3.1 El curtido de la piel y el calzado.

La manufactura de la piel era una de las industrias tradicionales de la ciudad de Valencia. Hay referencias de la existencia de un gremio de adulosos (curtido de piel blanca suave y blanda) y de un gremio de curtidores (diferentes especies de pieles) desde 1283. La organización gremial del sector debía ser todavía más cerrada y endogámica que otros sectores, ya que según (Díez, 1990) en 1800, cinco familias representaban el 54 por ciento del total de maestros del gremio.

A mediados del XIX, la producción industrial ejercida sobre la manipulación del cuero comienza a mostrar síntomas de cambio. Aparece dividida en dos actividades fundamentales: la fábrica de curtido, en donde se adoba, se prepara y corta la piel y la de guarnicioneros o fabricación de correajes para las caballerías.

(Martínez Gallego, 1995) afirma que en 1849 ya había 18 curtidurías en la ciudad y otras 15 en el resto de la provincia. Valencia era el gran centro curtidor del territorio. Si en los años 30 y 40, la curtiduría está básicamente asociada a la fabricación de guantería, a partir de mitad del XIX, las fábricas de Juan Masfarner, Mariano Iborra o Pedro Izquierda cobran autonomía y amplían considerablemente sus instalaciones. Empiezan a servir materia prima a las industrias subsidiarias, cuya demanda empieza a ser significativa. La industria del calzado empieza a despegar.

Especialmente, a partir de la década de 1860, hay numerosas tenerías en la ciudad, que suministran materia prima a las nuevas fábricas de calzado de la propia capital y de Elda. (Martínez Gallego, 1995) da un ejemplo

paradigmático de cómo los capitales extranjeros alimentan ese sector incipiente: en 1863, un comerciante francés residente en Madrid, Luciano Matet Lansgueram, en nombre de la sociedad Noel y Cía. entra en relación con el maestro zapatero valenciano Felipe Cimarro Font. Forman una sociedad colectiva, a tres años, con un capital de 60.000 reales y la intención de fabricar toda clase de calzado. En los meses siguientes, Cimarro contratará trabajadores y subcontratará trabajo a otros talleres. En ocasiones, en lugar de subcontratar, se quedará con las instalaciones de otros maestros zapateros, permitiendo a estos mantenerse como capataces de los nuevos talleres.

La antigüedad del oficio repercutirá también en el grado de combatividad de los obreros curtidores. Las vivencias acumuladas por la dilatada actividad laboral en el oficio les habían proporcionando una experiencia de protesta y de lucha que culminó en unos años de extraordinaria actividad reivindicativa, en 1874 y 1883, por la reducción de la jornada laboral y con movimientos de solidaridad con los trabajadores despedidos. Todo ello, como ya se dijo en anteriormente, encuadrado en un movimiento societario con vinculaciones, con la Alianza Internacional de Trabajadores (Izard, 1973).

Más arriba, ya se ha citado a la empresa “La Tenería Valenciana”, visitada por Amadeo de Saboya en 1871 (Pirala, 1871). Los hermanos Esteban y Elías Martínez Boronat habían heredado la vieja curtiduría de su padre y, rápidamente, introducen innovaciones técnicas que la hacen pasar del estado artesanal al industrial. Ocupan un solar en la calle Guillem de Castro, en el espacio que dejan las murallas recién derribadas.

Una reseña bibliográfica citada por (Martínez Gallego, 1995) dice: “*a partir de entonces, su progreso fue en creciente, a pesar de los conflictos obreros y de la concurrencia en los mercados*”. Lucha de clases y competencia: los símbolos del capitalismo. Es paradigmático que los hermanos Martínez Boronat, republicanos en su juventud, se tengan que enfrentar a un nuevo tipo de trabajador consciente y combativo. La mayor parte de los patronos que proceden del artesanado evolucionarán hacia el republicanismo legal y después hacia la legalidad restauracionista, que protegerá el orden público y sus intereses de clase en un período de crecimiento económico casi continuo (Marglín, 1974).

Las mejoras tecnológicas en “La Tenería” son constantes. A finales de siglo, esta fábrica sufre una gran transformación técnica que incide en la disminución de la contratación de mano de obra, pero que no impide la

permanencia de una abultada nómina de empleados, cuyo número asciende a 500 en 1909. El terreno ocupado por el almacén y talleres era de 18.000 metros cuadrados, con siete molinos instalados en edificios contruidos al efecto. En los talleres funcionaban una gran cantidad de máquinas de planchar, de alisar, de martillar suelas y de corte en el sentido de extensión de las piezas. Se disponía de dos máquinas de vapor de 100 caballos cada una, construidas e instaladas por “La Maquinista Valenciana”. “La Tenería Valenciana”, por supuesto, estuvo presente en la Exposición.

Aunque es evidente que las características de esta empresa no son transportables al total del sector, no es menos cierto que la ciudad contaba con un gran número de talleres ubicados en las calles de Blanquerías, Guillén de Castro, Quemadero, etc. La producción de todas ellas cubría con creces la demanda local y proporcionaba un excedente destinado a cubrir parte del mercado español y extranjero.

En lo que se refiere a la fabricación del calzado, propiamente dicho, (Martínez Gallego, 1995) registra que la competencia a través de las marcas había comenzado pronto en Valencia. Se trataba de asegurar un espacio de mercado a través de la imposición de un sello de identificación: el fabricante Tomás Gil Colomer, por ejemplo, solicitó en 1871 la acreditación de su marca “El Gallo”. Lo curioso del asunto es que no se había dado de alta en la Matrícula del subsidio industrial.

Los talleres más importantes en la Valencia de principios del XX eran, además de Gil Colomer, los Hermanos Martínez, Vicente Boluda, Enrique Ferrer o José Giner. En la base de datos (véase Anexo II), se han identificado media docena de fabricantes de calzado sitios en Valencia presentes en la Exposición, aunque en algún caso es difícil distinguir si se trata de fabricantes o de meros comerciantes.

En Elda, la fabricación de zapatos fue una manufactura marginal durante la primera mitad del XIX. Como ha investigado (Valero, 1992) la industria no surgió de la fabricación de alpargatas, sino a partir de un grupo de artesanos zapateros que, a partir de los años 30-40 se lanzaron a la conquista de mercados más amplios: inversiones modestas, mano de obra barata generada por la proletarización acelerada y cierta tradición comercial. A finales del XIX, la actividad industrial de Elda superaba ampliamente la actividad agrícola y generaba una considerable atracción migratoria en la zona. Se configuraba así una población asalariada, un importante núcleo obrero, rodeado de un mundo rural en

transformación. En la década de 1890, varias fábricas eldenses (como las de Silvestre Hernández o Rafael Romero) sobrepasaban ampliamente los 100 trabajadores en sus talleres. Precisamente, Rafael Romero Utrilles, fue uno de los pioneros de la fabricación de calzado fino. Consiguió ganar una medalla en la Exposición de Calzado de París en 1902 y acabaría siendo proveedor de la Casa Real.



Figura 10: Interior de la industria de Romero Utrilles (1900). Fuente: (COICV, 2007)

En 1899, se produjo la primera gran huelga registrada en Elda, organizada por obreros anarquistas; en 1903 se produjo otra huelga que devino en un motín urbano, pero que finalizó con un acuerdo. Los orígenes de estos conflictos estaban en la presión continua que los patronos sufrían para reducir los jornales y poder competir en costes en el mercado español. También el incremento de la mecanización debió aumentar la crispación entre los obreros.

Según (Reig, 2007A), la evolución desde la artesanía de la alpargata a la industria del calzado se fue dando a lo largo del último tercio del siglo XIX. Los inversores, buenos conocedores del mercado, localizado fundamentalmente en Madrid y Andalucía, avanzaban los pequeños capitales necesarios para comprar la materia prima y contratar a los artesanos del calzado. La manufactura fue desarrollándose y concentrándose en talleres, a favor de ciertos avances técnicos, como la

introducción de la máquina de coser “Singer”, en 1875, el telar mecánico para lonas y la máquina para cortar la suela. En *Elx*, que como ya se ha dicho, había visto hundirse a partir de 1858 la fabricación de sacos y cordeles de cáñamo al pasar a importarse yute procedente de la India, los dueños de los telares se plantearon pasar a fabricar trenza para alpargatas, y en 1883, las fábricas empleaban ya a 760 trabajadores.

A pesar de la importancia del sector zapatero eldense e ilicitano, no se ha detectado su presencia en la Exposición. Este es un resultado digno de ser destacado. Valencia la capital resultaba quizás un negocio demasiado lejano para los emprendedores del sur.

A finales del XIX, la industria de la tenería y el calzado había quintuplicado su presencia (su índice de tributación) en las provincias valencianas (Miranda, 1993). Pero su gran oportunidad llegaría con la Primera Guerra Mundial, tal y como se describirá en el capítulo nueve.

4.3.2 La química valenciana de finales del XIX y principios del XX.

(Martínez Gallego, 1995) avisa del error que cometen algunos autores cuando confunden el hecho de que un sector industrial tenga una larga trayectoria en un territorio con la naturaleza de ese sector. Es decir, cuando se dice que un sector es “tradicional” y por ello, se tiende a pensar que ese sector se sustenta sobre estructuras precapitalistas o sobre tecnología arcaica o preindustrial.

Así ocurre, como en otros sectores industriales valencianos del XIX, con la industria del jabón o de la cera. El hecho de que hubiera una larga tradición de fabricación de jabón y de cirios en la ciudad (que se remonta a la edad media) no implica que las industrias del jabón o de la cera de finales del XIX no fueran industrias plenamente maduras y desarrolladas.

Y su localización en la ciudad venía dada, como en el caso de otros sectores, por la concentración demográfica. La densidad de población de Valencia y su *Hinterland* repercutirá de forma decisiva en la conversión hacia la industria capitalista. No porque transforme los modelos productivos; desde luego; pero sí porque genera la demanda que incita a los productores a alterarlos. Es el mercado.

(Martínez Gallego, 1995) ha estudiado el proceso de concentración en el sector del jabón valenciano, que había llevado a la formación de un verdadero cartel de productores en la década de 1860. La empresa clave era Tomás Pículo y Cía. A partir de 1864, la Caja-Banca de Previsión Valencia (organización de prestamistas de la que Pículo era socio) invertirá en la empresa de fabricación de jabones La Valenciana, instalada en la calle *Pobla Llarga*, nº 7 (Ródenas, 1980). Se trata, según la prensa de la época de una “*industria igualmente desconocida en nuestra provincia, lo mismo que las máquinas con que se elaboran las pastillas de tocador*”, todo ello a precios más bajos y competitivos que los de entonces. El ingeniero industrial Francisco de Paula Rojas fue el que se encargó de diseñar el proyecto de esta fábrica de jabón duro que marcaba un hito tecnológico en el sector. La fábrica surtía las necesidades del creciente mercado doméstico; pero también se lanzó a la exportación (en 1865 tiene almacenes en la zona portuaria).

Es decir, tradicional no es sinónimo de anticuado. El capital acude a financiar la modernización de sectores prometedores. En 1866, ante la crisis internacional que afecta, especialmente a los bancos locales, una nueva inyección de dinero permitirá el salto delante de determinadas industrias participadas por dichas entidades financieras. En otras palabras, la industria jabonera valenciana sobrevivirá. Si en 1861 la estadística provincial de Valencia daba la cifra de 53 talleres de jabón blanco, con un capital estimado de 365.120 reales, en 1867, uno solo de esos talleres duplicará aquel capital (Martínez Gallego, 1995).

El crecimiento debió ser continuo durante toda la segunda mitad del XIX. La guía (Congreso, 1909) dice del sector en el año de la Exposición:

“La fabricación de jabón constituye en las importantes fábricas de los señores Carles y Compañía, don Salvador García Pla, don Joaquín Viguier y los señores Moroder Hermanos, un aprovechamiento de los ácidos grasos líquidos a la temperatura ordinaria, o cuyo punto de fusión es menos elevado después de separada la glicerina; más en la generalidad de las fábricas de esta provincia se prescinde de obtener la glicerina, concretándose a la elaboración de jabón con las grasas y aceites que suministra el comercio, especialmente de coco; las fábricas de esta segunda categoría son numerosas y entre ellas, deben citarse las de los señores Viñals Hermanos, señores Giménez y López y Vidal Hermanos”.

Es decir, había fábricas jaboneras de dos categorías; con y sin separación de glicerina, producto utilizable en la preparación de explosivos,

cosméticos, medicamentos y tintas. Incluso, apareció a principios de siglo una fábrica, la de García Pla, que tratando las aguas sobrantes de la fabricación de los jabones, producía “glicerina negra”, subproducto que vendía a otros ramos de la industria como materia prima.

Según la base de datos construida (véase Anexo II), en la Exposición estuvieron presentes Vidal Hermanos, Viguer y otros. Sin tratarse de uno de los sectores más destacados, las industrias jaboneras aparecían ya como un sector plenamente competitivo y moderno.

Las fábricas jaboneras utilizaban aceites de productos africanos, o tropicales, cuyos dueños están especialmente vinculados a la aventura colonial española y a los círculos africanistas. Es decir, antes de la Gran Guerra, esta rama de la química, no solamente ha alcanzado el estadio capitalista, sino que ha recorrido el camino de la cartelización y de la exportación de capitales. A un nivel valenciano, se podría decir que incluso se replicaba una característica de otros sectores industriales europeos: el estadio imperialista de la economía.

En este sentido (Martínez Gallego, 1995) remite a (Martínez Serrano, 1978) para recordar los intereses africanistas de Trénor (gerente de la Sociedad Hispano-Africana de Crédito y Fomento, que adquiría terrenos en el norte de África o establecía una línea de vapores regulares con la península) o del comerciante Facundo Burriel, que igual derivaba hacia las minas del Riff que hacia el comercio de aceite de palma o de coco de las plantaciones guineanas, a través del Banco Colonial Español del Golfo de Guinea.

Otro subsector químico vinculado al de los jabones, que también estuvo presente en la Exposición fue el de los perfumes. Las empresas más destacadas de la segunda mitad del XIX eran los talleres Robillard y Narciso Meléndez.

Robillard y Cía (proveedor de la casa real) fabricaba esencias, perfumes y jabones perfumados. La adquisición de una gran finca, “La Malvarrosa” le permitió el cultivo directo de plantas aromáticas, muy especialmente el geranio, de cuya esencia pasarán a ser productores de fama mundial.

Robillard y Cía desarrolló intensas campañas publicitarias en torno a la Exposición. Incluso dispuso de espacio propio en el pabellón de horticultura, como se verá más adelante. En la (Guía, 1909) se anuncia como “*Gran fábrica de esencias, perfumería y jabones de tocador. Proveedores de la*

Real Casa. (...) Esta fábrica es la única en España que posee grandes cultivos de flores y plantas aromáticas para la extracción de sus esencias. Primeras materias para perfumistas: Extractos, colonias y Agus de tocador. Especialidad en polvos de arroz².

A principios de 1863, nace la razón social Narciso Meléndez, propietaria de una gran fábrica de perfumería, con un capital de 58.000 reales. Para su constitución, el perfumista Meléndez Fora se asoció con Antonio Fora (corredor de comercio), Francisco Navarro Fora (propietario) y Juan Bautista Martí (administrador de fincas) para comprar un nuevo edificio en el que instalar la nueva maquinaria.

Al igual que Robillard, pero un poco más tarde, Meléndez solicitó del Ayuntamiento de Valencia, “*el uso en su fábrica de perfumes, establecida en esta ciudad de las armas de Valencia, como también en la cubierta de sus productos*” (Martínez Gallego, 1995). Como en el caso del papel de fumar, las marcas y los blasones (la imagen de marca) eran ya importantes en aquella época.

Robillard se mantendría durante todo el XIX; mientras que su competencia fue cambiando de titular: Meléndez en los 60, Faus en los 80, Paege y Cía a principios del XX. Con esta razón social, estaría en la Exposición.

Además de Robillard y Paege y Cía, en la Exposición estuvieron presentes pequeños fabricantes (por ejemplo, Veyrat Hermanos, que poseía el vivero en el *Camí d'Algirós*, y las oficinas en la Calle del Mar, nº 42) y farmacéuticos, cuyos laboratorios no habían dado el salto cualitativo a la gran empresa química. Se cuantifican en la base de datos.

Los subsectores tratados hasta ahora eran fabricantes de productos de consumo, estimulados por el crecimiento de los mercados valenciano y español. Sin embargo, cuando se habla de industria química se suele pensar en la gran industria, que mueve grandes cantidades de energía y de material. Por ello, es difícil comprender la importancia de la “pequeña química” valenciana. Según (Nadal, 1987), en materia de jabones, ceras, cirios, bujías, perfumes, barnices y tintes, la región valenciana tributaba la altísima cifra del 74% del total español.

Otro sector, no tan grande como la jabonería; pero de cierta importancia en el panorama químico valenciano de finales del XIX fue la fabricación de fósforos. Había talleres fosforeros en diversas partes del territorio: *Xàtiva, Benetússer, Burjassot*; pero la mayor instalación estaba en Alfara del

Patriarca. Allí, ya desde la década de 1850, los Hermanos Moroder Peyró tenían en el antiguo convento de San Diego, una fábrica de cerillas que fue también durante más de 30 años, de bujías esteáricas: la Fábrica El Globo. En 1870, estos fabricantes pidieron la legalización de su anagrama: un globo aerostático, con una canasta flanqueada por banderas, para las cajetillas de cartón que contenían los fósforos y para los paquetes de bujías (Martínez Gallego, 1995).

En 1872, la razón social Tárrega y Cía. montó una fábrica en la calle Guillem de Castro de Valencia: tres años después llegaba a un pacto con los Moroder, por el que estos se quedaban con la totalidad de su producción y la comercializaban con su propia marca. Los Moroder acabaron absorbiéndola. También producían las cajas y las imprimían, es decir una integración total del proceso y la apropiación del beneficio completo.

Hasta 1892, la fábrica estuvo en manos de los Moroder. Había otras en la provincia de Alicante (en la propia capital y en *Alcoi*). El sector, junto con las fábricas vascas, era el productor más importante de España, con cientos de empleados. Ese año entró en vigor el sistema de monopolio público. Un síntoma de su importancia es que la monopolización circuló en pliegos de papel, aucas y romances sobre su historia y vaticinios sobre los efectos de la medida gubernamental. Otra consecuencia de la monopolización es que El Globo no estuvo presente en la Exposición. Las decisiones empresariales ya no se tomaban en Valencia. (Martínez Gallego, 1995) cita una crónica de 1918 que decía de la fábrica de Alfara: “Ha *rendido fabulosas ganancias y proporciona al vecindario numerosos jornales, devengados en su mayor parte por mujeres (...) pertenece hoy al Estado*”.

Una vez tratada la “pequeña industria” orgánica se va a hablar de la “gran industria” inorgánica. Esa gran industria, en la Región Valenciana, nació, obviamente, asociada a la agricultura. A las necesidades de una agricultura que se modernizaba rápidamente, como ya se dijo anteriormente.

Como dice (Martínez Gallego, 1995), en principio, fue el guano. El guano peruano fue uno de los primeros productos en los que el “Gran Capitalismo” estableció un sistema de control vertical completo. Los depósitos guaneros del litoral sudamericano eran explotados por el principal prestamista de los débiles gobiernos locales, la banca comercial Antony Gibbs & sons, que tenía agentes en todo el mundo para distribuir su monopolio.

En la costa valenciana, su agente era otra banca comercial, la Cristóbal Murrieta y Cía. de Londres. Esta casa, en un claro intento por mantener bajo control y con la mínima dispersión posible la distribución final del producto, contrata con muy pocos comerciantes locales. Los beneficiarios del monopolio en tierras valencianas son White, Llano y Vagué, asociada a los Morand, de Denia y la ya citada Trénor y Cía.

A pesar de las críticas de los agricultores, estas casas comerciales mantienen su negocio. Sus plusvalías debían ser muy elevadas, y cuando el duopolio tocaba a su fin por el agotamiento de las reservas peruanas, ambas transformarán sus depósitos de guano en fábricas de abonos inorgánicos. Se completa así un ciclo habitual en la historia de toda la industria química decimonónica: de la química orgánica se pasa a la inorgánica. En el caso valenciano, como ya se ha dicho, una industria alimentada por las crecientes necesidades de una agricultura fuertemente capitalizada.

White, Morand, Concha y Cía. establecieron una fábrica de “guano minero-artificial”, en el jardín que el Barón de Santa Bárbara poseía junto a la carretera de las Cabrillas. El producto, conocido como “Guano Sotillo”, por el nombre del director de la fábrica, era envasado en sacos de yute fabricados en la misma empresa.

Pero los grandes triunfadores de esta competencia comercial fueron los Trénor. Pasaron de ser importadores de guano a fabricantes de abonos químicos, los llamados “superfosfatos”. Los sacos de yute de la citada fábrica de Vinalesa, eran rellenos con los abonos fabricados en sus instalaciones del Grao de Valencia. Los Trénor mantenían así el antiguo control sobre todo el proceso. Conviene recordar que a finales del XIX, la fábrica de Vinalesa contaba con más de cuatrocientos operarios que manejaban 150 telares mecánicos. La fábrica de superfosfatos del Grao (establecida en torno a 1880) se completaba con otra de ácido sulfúrico, en la calle Trinquete de Caballeros, nº 7, de Valencia.

Dicho complejo químico era gestionado a principios del XX por los nietos del citado Thomas Trénor Keating: además del omnipresente Tomás Trénor, el Conde de Montornés, y Ricardo Trénor (ingeniero industrial).

Según la (Guía, 1909): “*La fabricación de productos químicos y de superfosfatos está situada en el Grao de Valencia, y ocupa una extensa área de unos 20.000*”

metros cuadrados. Tiene vía de enlace con el ferrocarril de la Compañía del Norte, y salida independiente a los muelles. Como se ve, su situación no puede ser más ventajosa; por una parte, fácil acceso al mar, de donde ha de recibir importantes productos; por otra, cómoda comunicación con los agricultores, utilizando el camino de hierro.

El ácido producido se destina para el consumo directo, y el resto a la fabricación de superfosfatos y productos químicos, especialmente el sulfato de hierro.

La producción de abonos de esa fábrica es grandísima; unas 20.000 toneladas anuales, aproximadamente, cantidad que por sí sola determina su importancia. Ocupados en sus operaciones hay 150 obreros inteligentísimos.

Los señores Trénor han procurado y conseguido montar su establecimiento con arreglo a los últimos adelantos. La fabricación de ácido sulfúrico es el de cámaras, con arreglo a los procedimientos más modernos; la de superfosfatos se hace con máquinas, y siguiendo los más recientes adelantos, a cuyo efecto acaban de instalarse máquinas verdaderas maravillas para la fabricación, tanto en su parte química como la mecánica.”

Al tratar el yute en el sector textil, ya se comentó que la casa Trénor dispuso de instalación propia en la Exposición. En ese pabellón particular, también se exponían sus productos químicos. La Exposición era el territorio de los Trénor.

Pero la demanda agrícola debía ser tan grande que pronto aparecieron competidores de los Trénor. Por un lado, las grandes empresas químicas españolas: la Unión Española o la Cros. Y también instalaciones nacidas de capitales locales. La casa Martínez y Mora monta a principios del siglo XX una fábrica de productos químicos en el Puig, en la que se preparan disolventes industriales, además de insecticidas para la agricultura, naftalina, ácido fénico y otros productos de la destilación fraccionada del alquitrán.

En la ciudad, aparecen las casas de José Antonio Noguera Pla (instalada en 1890 en el *Camí del Grau*, y Niederlinder, especializadas en abonos superfosfatos, pero también fábricas de barnices, de lejías, de silicato de sosa y de otros productos químicos. Existe, además una trama de pequeños talleres y de farmacias (el papel del farmacéutico en esta industria fue muy notable en sus orígenes, del mismo modo que en la ya tratada industria del papel), que entran en distintos ramos de la química. (Martínez Gallego, 1995) cita a (Nadal, 1987) para afirmar que en 1900 hay 122 instalaciones químicas en la provincia de Valencia, el 5,4% del total español.

En el Pabellón de la Agricultura de la Exposición expondrán algunos de estos fabricantes (o representantes de fabricantes foráneos). Anuncian fungicidas, o abonos sustitutivos que la agricultura valenciana de principios de siglo requiere. Los comercializadores del Nitrato de Sosa chileno, otro abono, montarán una instalación propia, al lado del Pabellón de Agricultura.

A modo de resumen, se puede ver como a lo largo del XIX una agricultura comercial, plenamente volcada al mercado mundial, pudo generar una demanda de abonos que transformó el comercio en industria; sólo las concentraciones demográficas que los métodos de producción masivos permitían, fueron capaces de retroalimentar a esa misma revolución industrial y el posterior crecimiento de la industrialización como el gas, el alquitrán o el petróleo.

En lo que se refiere a la química del petróleo, los automóviles no empezaron a proliferar por las calles valencianas hasta la segunda década del siglo XX (y las estaciones de servicio tendrían que esperar a la dictadura de Primo de Rivera). Pero las refinerías petrolíferas hicieron acto de presencia con anterioridad.

A finales del XIX, se instalaron dos importantes refinerías en Alicante, junto al puerto y la línea férrea. La Británica, propiedad de la sociedad Deutsch y Cía, era una fábrica construida sobre un muelle que se internaba en el mar, donde los vapores podían calar para la carga y descarga del combustible. La fábrica producía en 1900 el refinado de la marca “El León”. Estuvo presente en la Exposición, a la que llevó algunos de los subproductos de la refinería a un pequeño pabellón propio.

La otra fábrica, junto a la playa de Babel, pertenecía a los señores Fourcade y Provot. Refinaba la marca “La Estrella” y producía también las latas y cajas en las que se envasaba el producto refinado.

4.4 La industria agroalimentaria.

En este apartado se tratará el sector económico que más presencia (en términos cuantitativos) tuvo en la Exposición: el sector agroalimentario. Es decir, el amplio espectro de las industrias transformadoras de la gran producción agrícola de la Valencia de principios del XX. Como se verá más adelante, el expositor típico fue el productor-comerciante de

productos agroalimentarios. Ello no es algo extraño en un territorio en el, como prolijamente se ha visto, la agricultura fue el elemento impulsor de la modernización y la industrialización.

En el epígrafe se considerarán los siguientes apartados:

- la molinería (de harinas y de arroz) y los aceites, que son los subsectores agroalimentarios que mayor tirón de la industrialización ejercieron. De hecho, sus proveedores “industriales” serán estudiados en el apartado correspondiente a la industria metalmecánica.
- la fabricación y comercialización de aguardientes, alcoholes y licores, y también de refrescos y de gaseosas, de gran importancia cuantitativa en la Exposición.
- la industria del dulce y del chocolate. En proceso de nacimiento durante aquellos años, llegaría a ser una de las industrias más representativas de las provincias valencianas, y que más contribuirían a la imagen que de la industria valenciana se ha tenido y se tiene en el resto de España.

4.4.1 El desarrollo de la molinería valenciana a finales del XIX.

La molinería valenciana había experimentado grandes transformaciones tecnológicas durante las décadas centrales del XIX. En 1861, Luis Orellana Rincón consiguió la patente sobre un procedimiento para blanquear y pulimentar el arroz y lo vendió rápidamente a José Furió, propietario del Molino de Bas, en *Marxalenes*. Ese mismo año, el molinero Ramón Codoñer, que poseía una instalación en *Russafa*, forma sociedad con Marino León y Vicente Ortiz, que han elaborado una maquinaria que asegura un aumento de la productividad. Miguel Olmos, con una fábrica de harinas en Montcada, instala en 1860 una maquinaria nueva para cerner y clasificar harinas en que permite aumentar largamente la capacidad productiva de la instalación. Adicionalmente, Olmos, olvidó declarar la instalación para intentar amortizarla rápidamente con cargo al fraude fiscal. Algo bastante común en la época.

El molino arrocero de José Martínez y Peris, de Sueca, incorporará nueva maquinaria para el blanqueo perfeccionado del arroz. Martínez y Peris

(propietario, abogado, exdiputado en Cortes y cacique local) y José Hércules (el inventor, también propietario de un molino en *Xàtiva*) solicitan y obtienen la patente en 1861. El nuevo sistema poseía la ventaja de ahorrar en el número de jornales necesarios para las operaciones de blanqueo, lo cual redundaba en la disminución de los costes de producción. (Martínez Gallego, 1995) cita al Diario Mercantil de Valencia:

“Una rueda hidráulica da movimiento a todo el mecanismo: Hasta ahora para proceder al blanqueo del arroz, se colocaba el corcho sobre el registro donde se coloca la boja para sujetar el pal, y la muela además del movimiento de rotación se bajaba y subía sobre el corcho a mediada que esta se gastaba y conforme se quería más o menos blanco y superior; y como el corcho estaba colocado sobre la muela fija y el arroz se blanqueaba por el roce de la muela superior que tiene el movimiento de rotación sobre el corcho, y éste no puede ceder a las ondulaciones de la muela, resultaba que ésta gastaba mucha fuerza y rompía algunos granos.

En el nuevo mecanismo, la muela se coloca al revés; la superficie que ha de rozar con el corcho en la parte superior, y no tiene más movimiento que el de rotación sobre el corcho. El corcho se coloca en la parte inferior de la plataforma y ésta sobre la muela, de forma que el corcho roce con ella. La plataforma se apoya y se sujeta por medio de unos montantes de hierro, de suerte que no gira, pero cede a las ondulaciones de la muela y sube y baja por medio de un tornillo.

Después de pasado una vez el grano y descascarado en el sistema conocido hasta el día, los trabajadores lo colocan sobre una zambonda y lo arrojan al viento hacia atrás, y como la cáscara pesa menos que el grano, éste cae más lejos y con separación.

En el nuevo mecanismo, cuando cae de la muela el grano mezclado con el salvado y la cáscara, se coge mecánicamente por medio de unos pequeños depósitos sujetos a una correa y se sube a la parte más alta del aparato, donde se le quita el salvado; después por el mismo sistema se pasa al ventilador y aquí se separan los granos enteros de los fallados, que pesan menos, de los partidos y de la cáscara.

Separada la cáscara del grano, o como vulgarmente (sic) se dice ventado a racó, los trabajadores del sistema conocido separan los granos blancos de los que han quedado con cáscara por medio de unas zarandas, lo cual es muy pesado y se hace con mucha imperfección.

En el sistema nuevo, el grano se pasa por unos tapices que se hallan colocados en la máquina escalonados y formando un plano inclinado; de modo que los granos sin cáscara pasan por los tamices y los que la conservan no pasan y corren sobre su superficie hasta caer separados de los granos blancos (...) Con mucha menos fuerza motriz blanquea triple cantidad de arroz?.

Este nuevo procedimiento para el blanqueo del arroz fue el producto de una larga búsqueda y apareció en un momento en el que los intereses de

los cultivadores parecían amenazados por la introducción de arroces de las entonces provincias ultramarinas (Filipinas) y de la India. (Martínez Gallego, 1995) concluye que no solamente la defensa de los aranceles proteccionistas era la herramienta de los productores de arroz valencianos, sino la mejora tecnológica. Martínez y Peris, con otros, ofrecía un grano de mayor calidad, entereza, blancura y limpieza. Ese producto iba a tener gran éxito en el mercado español en los años subsiguientes.

(Martínez Gallego, 1995) sigue con la descripción de la sociedad Pons y Compañía, en 1865. Su objeto era la compra de arroz para blanquearlo en el molino arriba comentado de Martínez y Peris y comercializarlo después. Los capitales y el grado de sofisticación del negocio implicaban un alto nivel de concentración e integración, además de inversiones en modificaciones técnicas. Debía ser la única manera de sostenerse en un mercado en el que había gran competencia. Varias empresas vieron la luz en esa década.

La introducción de las máquinas de vapor no esperó mucho. En 1866, los valencianos Juan Donnay Creusot (fabricante fundidor del que se volverá a hablar más adelante), Sotero Niño (sombbrero) y el comerciante de Vinaroz Amalio Viscano formaron una sociedad colectiva para edificar, construir y explotar un molino harinero y arrocero movido por vapor. En 1868, los hermanos Pons contaban ya con la fuerza de un motor a vapor en su Molino Grande de Silla, en una instalación conocida por su gran capacidad molturadora.

En 1869, entraron en relación dos molineros e inventores, José Ferrandis Carreras, de Valencia, y el citado José Hércules Roca, de *Xàtiva* y consiguieron la patente para un nuevo procedimiento de blanqueo de arroz que supuso, de nuevo, un pequeño avance en el sector: prescindieron de las superficies de corcho usadas hasta entonces en la operación de blanqueo. Cuando ambos instalaron el procedimiento en sus respectivos molinos, lo acompañaron con la adquisición de motores de vapor que permitiesen subsanar eventuales mermas en el caudal de las acequias que movían sus ruedas hidráulicas.

De modo paralelo al hecho de que en 1880 los cereales (arroz, trigo, maíz) continuaban siendo el primer cultivo valenciano en extensión, la molinería de harina y arroz había alcanzado un alto grado de capacidad tecnológica. (Martínez Gallego, 1995) comenta al respecto que no se trataba de una actividad “tradicional” en el sentido económico del

término. Su efecto “tirón” sobre otros sectores fue también importante. Más adelante, cuando se trate el sector metalmecánico, se verá cómo el desarrollo continuo de las arroceras permitió el nacimiento y consolidación de un abanico de pequeñas y medianas industrias fabricantes de maquinaria agroindustrial (Domingo Gómez, Andrés Ferrer, El Vulcano), que estuvieron presentes en la Exposición.

Atendiendo a la participación del autor de este trabajo de investigación en el proyecto parece conveniente citar que, hace unos años, el Ayuntamiento de Valencia decidió la restauración de un antiguo molino de arroz, sito en la calle Rosario del *Cabanayal-Canyamelar* y su transformación en un museo interactivo que simula perfectamente el funcionamiento de los molinos de arroz de principios de siglo. El molino-almacén originario pertenecía a la familia Serra, y aunque una parte del equipamiento es de fabricación posterior a 1909, es una buena muestra del tipo de maquinaria que producían esos fabricantes de instalaciones agroindustriales (Gómez-Senent, 2005)

Además, el crecimiento y desarrollo de la molinería de arroz hizo que, a su lado, se desarrollaran nuevos sectores, como la producción de yesos y aceites, con los que compartía ciertas necesidades tecnológicas.

Otro cultivo, cuya presencia es poco conocida, o incluso sorprendente, se benefició de estos avances: el cacahuete. Ya se vio como el cacahuete, planta de origen americano y cultivo hortícola era un producto de exportación importante. En 1860 ya constituía el primer cultivo en extensión de la huerta de Algemesí y crecía su producción en las comarcas de *L’Horta* y La Ribera. Asimismo, los molinos de aceite de cacahuete comenzaron una rápida expansión en las citadas comarcas. A lo largo de las décadas de los 60 y los 70 del XIX, se produjeron mejoras tecnológicas en estos molinos. En torno a las localidades productoras de cacahuete (Alginet, Algemesí), estaba surgiendo una nueva forma de procesado industrial para la obtención de aceite que, sinérgicamente, aportaba nuevas fórmulas productivas para la modernización técnica de las almazaras tradicionales que elaboraban el aceite de oliva (Zambrana, 2000).

A lo largo del XIX, las almazaras valencianas siempre habían estado más tecnificadas (con más prensas hidráulicas) que las del resto de España, aunque la tendencia cambiaría durante el XX. Como muestra la siguiente tabla:

Tabla 11.- La industria del aceite en España y su mecanización (1856-1939)									
Columna 1: Participación regional en el sector.									
Columna 2: Porcentaje de prensas hidráulicas sobre el total español.									
Columna 3: Índice de modernización regional. (2/1)									
	1856			1900			1930		
	1	2	3	1	2	3	1	2	3
Andalucía	56,4	47,3	0,8	37,1	42	1,1	46,3	52,4	1,1
Cataluña	9,9	17,9	1,8	19,2	23,6	1,2	11,7	14,0	1,1
P. Valenciano	7,8	1,2	0,1	10,5	19,6	1,8	15,3	7,6	0,4
Aragón	3,5			6,5	5,2	0,7	7,1	9,6	1,3
Extremadura	6,0	21,1	3,5	10,1	4,2	0,4	7,7	5,1	0,6
Castilla V.	0,8	1,9	2,3	2,3	0,8	0,3	1,4	0,6	0,4
Castilla N.	9,3	5,7	0,6	10,0	3,2	0,3	3,5	6,5	1,8
Murcia	4,1	3,6	0,8	3,0	1,6	0,5	2,7	2,9	1,0
Baleares	1,3	0,9	0,7	0,1			0,2		
España	100			100			100		

Fuente: (Martínez Gallego, 1995)

Como se tratará en un apartado posterior, esta fuerte modernización relativa iba en paralelo al fuerte crecimiento del sector metalmecánico que fabricaba esos dispositivos.

En el periodo más cercano a la Exposición, todos los subsectores de la molinería valenciana (aceites, harina, arroces) habían alcanzado grandes dimensiones. Concretamente, el sector del aceite había atraído a un grupo de fuertes inversores (los Villalonga, Casanova, Noguera, que controlaban el Banco de Valencia). Luis Moscardó montó a principios del XX una gran fábrica en Mislata, con capacidad para producir todo tipo de aceites industriales. Según la (Guía, 1909): *“tiene instalados aparatos perfeccionados contruidos por una de las mejores casas de Europa y resulta, en verdad, una fábrica modelo”*.

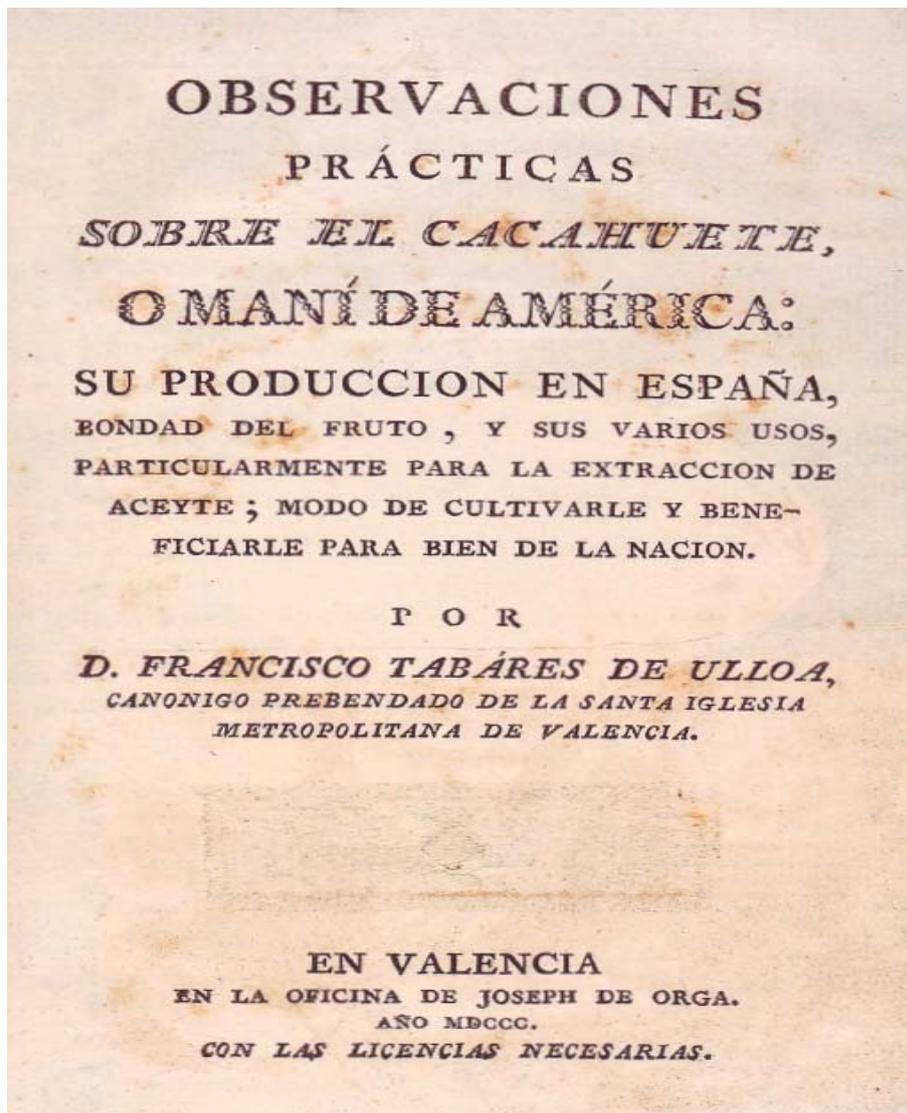


Figura 11: Tratado sobre la producción de aceite de cacahuete de Tabarés de Ulloa (1800). Fuente: (RSEAP, 2003)

Quizá uno de los anuncios más destacados del Catálogo de la Exposición (Catálogo, 1909) es el de la “*Vinda é hijos de Luis Casanova (casa fundada en 1864)*”, cuyo molino de aceite de “*cacahuet*” estaba en la Carretera Real de Barcelona, 4. El anuncio dice:

“Después de numerosos ensayos tenemos la satisfacción de presentar al comercio los aceites de cacahuet completamente blancos. Nuestros aceites, á pesar de ser incoloros, conservan íntegros todos sus elementos constitutivos, así como su aroma y sabor dulce,

circunstancias que los hacen insustituibles en los mercados donde se consumen esta clase de aceites. La excelente acogida que nuestros aceites blancos han tenido en todas partes, nos ha alentado á presentarlos en este admirable concurso regional, manifestación patente del progreso de la región valenciana”.

Pero aún teniendo en cuenta las particularidades valencianas del arroz y el aceite, al igual que en otras partes de España, el sector agroalimentario más pujante, seguía siendo la molinería de harina de trigo. Y ello quedó bien reflejado en la Exposición, donde los harineros hicieron una verdadera demostración de su poder empresarial.

En 1909, la fábrica Ramón Colomer, de Canals ya tenía una capacidad de producción de 25.000 kilogramos diarios y su propietario presidía la patronal del sector (Soler, 1984). El mismo año, el molino La Marquesa, de la Compañía López y Raga (que había sido fundado diez años antes) producía 22.000 kilogramos diarios. Utilizaba una maquinaria de patente inglesa y marca “Robinson” y el sistema de fabricación llamado “austro-húngaro”. Como aclara la reseña citada más adelante, era la primera fábrica que usaba la electricidad como fuerza motriz, aunque no renunciaba a sus tres turbinas hidráulicas auxiliares, que aprovechaban las aguas de la acequia de Mestalla.

La fábrica Manuel Galindo era la líder local, estaba ubicada en la calle San Vicente y a principios de siglo producía 70.000 kilogramos diarios de harina. Poseía una de las flotas de carros más importantes de la ciudad. La molinería harinera debía requerir capitales importantes; pero también debía producir fuertes réditos. A la condición de industrial de Manuel Galindo, se unía la de banquero. Galindo figuró en el Comité Ejecutivo organizador de la Exposición como vocal (Solaz, 2009), lo que da una idea de la importancia del personaje y del sector en 1909.

La fábrica de harinas de D. Antonio Andrés Piquer, que había nacido de la transformación de un antiguo batán pañero y papelero que aprovechaba las aguas de la acequia de Moncada, producía en 1909 unos 20.000 kilogramos diarios de harina.

Precisamente a varias de las empresas harineras, presentes en el Palacio de la Industria durante la Exposición, se les dedican varias páginas informativas-publicitarias en algunos números de (Valencia, literatura, 1909).

De la fábrica de harinas Colomer y Ferri dice:

“Esta fábrica cuenta unos veinticinco años de existencia; durante ellos se han hecho muchas reformas: siguiéronle paulatinamente todas las evoluciones de la molinería, desde el sistema primitivo rudimentario, hasta el austro-húngaro (...)

Produce unos 25.000 kilogramos de harina, con la particularidad de que toda ella se vende en esta región y los trigos empleados proceden la mayor parte de cosecheros valencianos (...)

Consecuentes en demostrar su valioso esfuerzo y exquisitez de sus productos, los señores Colomer y Ferri han concurrido como la mayor parte de los fabricantes de harina asociados, á nuestro gran Certamen regional, exhibiendo una instalación elegantísima y de gusto artístico depurado, habiéndose encargado de dirigirla el reputado artista señor Stolz (...)”

De la fábrica de harinas Molino La Marquesa, propiedad de Raga y Álvarez dice:

“la fábrica fue fundada en Mayo de 1889, y empezó a funcionar bajo la razón social López y Raga. Un incendio ocurrido en Octubre del propio año la destruyó; pero fué reedificada inmediatamente, se elaboraban entonces 22000 kilogramos de trigo diarios.

Con la actual razón social Raga y Álvarez, este molino ha llegado al mayor perfeccionamiento en toda su maquinaria, pues con la nueva sección para la molienda de trigos duros, desde Abril de 1906 produce 35.000 kilogramos diarios. Esta adición de aparatos perfeccionados forma el complemento, y un todo acabado de lo que pudiéramos llamar fábrica modelo.

El sistema es el austro-húngaro, reformado por la casa Robinson de Inglaterra. Es la primera fábrica que ha utilizado la electricidad como fuerza motriz, y sus electromotores suman una potencia de 150 caballos de fuerza. Sirve el fluido la Sociedad Valenciana de Electricidad y posee como auxiliares tres potentes turbinas movidas por agua de la acequia de Mestalla”.

De la fábrica de D. Manuel Galindo explica:

“Es ocioso decir que aquel edificio resulta una verdadera exposición de los últimos adelantos referentes á la industria harinera; la maquinaria es del sistema austro-húngaro, con fuerza de vapor y puede producir diariamente 70.000 kilogramos de harina, cantidad inmensa que demuestra ella sola la importancia y crédito de la casa.

Por lo general, esta opulenta entidad comercial sírtese de los trigos del país; pero como éstos no bastan para sostener la enorme producción harinera diaria, el Sr. Galindo compra también grandes cantidades de trigos extranjeros que almacena en los extensos depósitos de su propiedad en el Grao (...)

Su exportación nacional es grande pues surte á muchas provincias, especialmente aragonesas y valencianas; también le consumen género casas extranjeras (...)

Continuamente los transeúntes y viajeros ven por el camino del Grao y por todos los de la provincia largas filas de carros tirados por robustas caballerías, cargados con sacos de la marca Galindo. En vehículos y ganado mular no tiene rival la referida casa, porque su carretería está especialmente construida y reúne unas condiciones de solidez, perfección y aseo en todo el menaje que llama con justicia la atención de los inteligentes (...)

Su fortuna estuvo siempre al servicio de las nobles causas, sobre todo al tratarse de asuntos para Valencia. Con los Sres. Trénor y Gómez ha contribuido á que de nada careciese el Comité para los trabajos preliminares de la Exposición”.

En el año de la Exposición, las fábricas de la ciudad producían en torno a los 350.000 kilogramos diarios, según (Martínez Gallego, 1995). Como muestra de esta pujanza, nace, precisamente en ese año, la “Asociación de Fabricantes de Harinas del Reino de Valencia”. El núcleo de sus componentes se hallaba en la ciudad de Paterna (un 15% de la producción total de la Asociación) y en la comarca de *l’Horta*, en molinos que aprovechaban las acequias del Turia y que incorporaban la recién llegada energía eléctrica para mover sus motores. Pero; como se ha visto, también había fábricas diseminadas por toda la provincia.

La presencia del sector agroalimentario en la Exposición fue amplia y variada, como se comprueba en la base de datos (Anexo II). Expusieron tanto propietarios de molinos (como la Viuda de F. Estela o los Carsí), de fábricas de harinas y grandes exportadores de Vinaroz, como fabricantes de maquinaria (los mismos Carsí o Domingo Gómez, que serán estudiados en el capítulo dedicado a la industria metalmeccánica), como inventores de los más diversos complementos para el sector (el Ingeniero Industrial José Poveda y Más) (Catálogo, 1909).

La pujanza de las harineras tuvo también sus derivaciones en otro sector: el de la fabricación de pastas alimenticias y de almidón. Se trata de una industria aparecida a finales del XIX, puesto que hasta entonces se trataba de una actividad no ya artesanal, sino simplemente casera.

En 1907, Valencia cuenta con dos fábricas de almidones y dos de pastas alimenticias. Una de ellas, La Barcelonesa, propiedad de José Oliver, fabrica a gran escala pastas finas y cubre las necesidades de una parte del mercado urbano y aún regional. Su producción es de 2.000 kilogramos diarios, ocupa a 40 trabajadores y sus maquinarias están movidas por motores eléctricos y a vapor (Martínez Gallego, 1995). Obviamente, La

Barcelonesa estuvo presente en la Exposición, en el Palacio de la Industria.

En la base de datos, se puede comprobar la presencia de la molinería valenciana y sus proveedores metalmecánicos en la Exposición.

4.4.2 La industria del aguardiente, de los licores y de las gaseosas.

La industria del aguardiente, estrechamente vinculada al vino, fue una de las industrias exportadoras por excelencia del país. En la década de los 80 del XIX, las aguardenteras comenzaron a transformarse en alcoholeras. Pero también el producto obtenido en estas últimas servirá para la exportación: en concreto para elevar la graduación de los vinos producidos en países del entorno mediterráneo.

Había tres grandes áreas exportadoras: *Vinarós*-Benicarló, Valencia y Alicante. Estas empresas establecieron redes de captación de la materia prima elaborada por productores independientes o, a veces, ligados en términos societarios a los propios comerciantes-capitalistas. (Piqueras, 1985)

En todo el territorio van apareciendo sociedades que establecen destilerías y mezcladoras de vinos. Se mezclan vinos con vinos; pero también vinos con otro tipo de productos o a través de diversas variedades de destilación, se buscan nuevos licores. Muchas de estas empresas estuvieron presentes en la Exposición. El evento les proporcionaba la publicidad y la imagen de marca necesaria para sus productos. En la base de datos (véase Anexo II) se hace un recuento de las empresas presentes.

(Martínez Gallego, 1995) cita la destilería El Lorito, montada por Fulgencio Paluzié en la década de los 80. A principios del siglo XX sería adquirida por los Hermanos Carbonell, que diversificarán la producción: anís, crema, jarabes y aguardiente de caña (ron). A este último producto, que sustituye a la importación de las recién perdidas colonias, lo bautizan con el nombre de la destilería que montan al efecto (La Habana).

Los Hermanos Carbonell estuvieron presentes en la Exposición, en la sala 12 de la planta baja del Palacio de Industria. Un reportaje del

número 26 de (Valencia, literatura, 1909) de 14 de noviembre dice de su ron:

“El Dr. Peset, á quien se sometió el análisis del mencionado producto, dictaminó que el Ron Habana reúne excelentes cualidades organolépticas y está elaborado con un perfecto conocimiento de esta difícil industria, mediante substancias puras y completamente inofensivas procedentes de la destilación de melazas y zumo de caña, sin anilina ni otros colorantes sospechosos, por lo tanto dice aquel sabio químico que es recomendable para todos, incluso para las personas enfermas que necesitan los efectos de tan acreditada bebida”. Recuérdese que esta apartado trata de la industria alimentaria, no de la industria química.

La fábrica de R. Benedito, situada en la carretera de Madrid, en el término de *Benetússer*, surgió también en los 80. Y su fama en la fabricación de anisados, licores y jarabes le permitirá obtener el privilegio de mostrar en sus etiquetas el anhelado título de “proveedor de la Real Casa”. También fue empresa expositora. El número 26 de (Valencia, literatura, 1909) de 14 de noviembre aparece un artículo propagandístico en el que explica que sus productos son: *“el celebrado y riquísimo Licor higiénico Benedito, Nuez de Kola estomacal, Anís Murciélagos, Ron Jamaica La Española y otros varios (...)”*

La gran casa cosechera de Laurens era una de las mayores de España a principios del siglo XX. Había exportado entre 1877 y 1908 más de 208 millones de litros de vino por valor de casi 64 millones de pesetas. Cuenta además con grandes talleres de tonelería que no sólo abastecen a sus necesidades, sino que generan un valioso excedente (más adelante, se estudiará el desarrollo de la industria de la tonelería asociada a la exportación de licores). Laurens se adelanta al peligro de la filoxera y diversifica su producción hacia la fabricación de *“bitter, vermouth y vino de naranja”*.

Para comprender la importancia de la exportación de vinos y de la fabricación de licores, hay que advertir que las actividades de Laurens también se extendían al mundo financiero (ya fue citado más arriba al respecto de los aspectos económicos de la industrialización valenciana). Consecuentemente, Laurens fue una de las empresas más destacadas de la Exposición. En el número 27 de (Valencia, literatura, 1909) de enero de 1910, hay un amplio reportaje propagandístico sobre su instalación:

“Ocupaba la instalación una extensión de 125 metros cuadrados del Palacio de Agricultura, y constituía una prueba evidente de la preponderancia de esta casa y de la actividad de su dueño, el sr. Laurens.

La casa Laurens representa en la actualidad un establecimiento de primer orden dentro de nuestra Región y del resto de España, que en los años que lleva de existencia ha obtenido ruidosos éxitos, y cuenta con numerosa y distinguida clientela.

Los vinos de esta casa, que son en parte de cosecha propia, se elaboran en sus soberbias bodegas de Valencia y Campo de Criptana, con arreglo á los últimos adelantos en la ciencia enológica y dentro de las más escrupulosas y recomendables condiciones higiénicas, que les hacen ser solicitadísimos en muchos y muy importantes mercados extranjeros, y especialmente en Inglaterra, el Norte de Europa y el Extremo Oriente, adonde importa (sic) anualmente el sr. Laurens considerables cantidades.

Fabrica esta casa también el ‘Bitter’, el ‘Vermouth’ y el ‘Vino de Naranja’, cuyos productos son inmejorables y han alcanzado enorme popularidad’



Figura 12: Instalación de la Casa Laurens en el Palacio de Agricultura.

Fuente (Valencia, literatura, 1909).

En la página 194 de (Guía, 1909) aparece también la gran fábrica de licores de Joaquín Cortals, “El siglo XX”, sita en la carretera de Burjassot. En la publicidad dice “Especialidades: nuez de kola (gran licor higiénico), anís del gallo (delicioso), destilados con alcoholes vínicos y azúcares superiores”.

En varios de los números de (Valencia, literatura, 1909) aparece publicidad, por ejemplo, de la Fábrica de licores y jarabes Hijo de S. Marzal, sita en el Camino Real de Madrid, traste 4º, que fabricaba “Anís Marzal, Ginebra El Gato, Ron La Cubana, Absinthe. Jarabes para refrescos”. Aunque no se ha encontrado su presencia en la Exposición.

Otra empresa con una gran actividad propagandística en los años de la Exposición fue Lalanne y Armenteras, que producía y distribuía el Champagne Mercedes (Valls, 2007). No solamente organizó su propia instalación en la Exposición, sino que desplegó una intensa actividad propagandística en aquellos años. En casi todos los números de (Valencia, literatura, 1909) aparece su publicidad en la contraportada, a media página, diciendo: “*Gran premio en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza 1908. Depósito: calle Maderas, Grao.*”

Pero en todo el territorio se pueden encontrar fábricas de licores por esas fechas: en *Xàtiva*, “Ricardo Sanz” y “Sucesores de Requena”, en *Aielo de Malferit*, “Aparici, Sanz y Ortiz”. Y varios productos tienen un amplio mercado: los alcoholes de 90 a 95 grados de Villena, que se venden en Valencia y Tarragona, el aguardiente anisado “Queremón Alfonso”, de *Monóver*, muy vendido en Madrid (Martínez Gallego, 1995).

Conviene destacar la inmensa campaña publicitaria que llevaba a cabo Aparici, Sanz y Ortiz de *Aielo* en los años de la Exposición (estaba en el Palacio de la Industria). En la (Guía, 1909) anunciaba, por ejemplo: “*Completo surtido en Licores Finos, superfinos y extrafinos, Rons, Cognacs y Ginebra. Especialidades: nuez de Kola-Coca, Anís Ayelo y Celestial, Jarabes para refrescos y escarchados (...) Miembros del jurado de honor en la Exposición de Jerusalén 1899 y premiados en cuantas exposiciones han presentado sus productos.*”

Como Aparici, Sanz y Ortiz tenían registrados varios nombres comerciales con las palabras “Cola” y “Coca”, la famosa empresa estadounidense les tuvo que comprar los derechos al lanzar su comercialización en España. De ahí procede la leyenda apócrifa que sitúa a *Aielo* como verdadero lugar de invención de la Coca Cola. (Pendergrast, 2001)

Durante la primera década del XX, la demanda de alcoholes que genera el mercado europeo encontrará diversos capitales dispuestos a hacer negocio. Varias fábricas valencianas se organizarán bajo el trust madrileño Unión Alcohólica Española: la que fuera propiedad de Vañó Hermanos, en Sedaví, las tres del Camino de Peñarrocha, propiedad de los Hermanos Amat, y la de la playa de Malvarrosa. Todas ellas, de gran capacidad productiva. Unión Alcohólica Española es ya una corporación de acuerdo al modelo de capital monopolístico, que ha absorbido fábricas de estructura familiar, desarrolladas desde mitad del XIX. Lo mismo ocurrirá antes de la llegada de la Gran Guerra en diversos sectores: papel, minería, gas, electricidad. Es decir, la concentración,

previa absorción de lo existente. Como comenta (Martínez Gallego, 1995), el modelo no difiere del resto del mundo industrializado. De nuevo, se puede ver como las diferencias en el proceso de desarrollo e industrialización del País Valenciano respecto a los procesos “ortodoxos” son solamente de grado (o de interpretación de los datos).

Otro sector que hay que citar es el de la fabricación de cerveza y malta. En 1907, la ciudad tenía ya 11 fábricas de cervezas y bebidas gaseosas. Destacaba la de Lázaro Cayol, que había instalado su fábrica en la década de los 50, junto a la estación de ferrocarril y con un avanzado sistema de producción. Su cerveza fue comercializada en el mercado español durante todo el XIX.

A modo de resumen de la evolución del sector, (Martínez Gallego, 1995) recopila la siguiente tabla:

Tabla 12.- Fábricas de licores y bebidas en la ciudad de Valencia (1848-1907)				
Fábricas	1848	1861	1876	1907
Bebidas gaseosas y cervezas	0	5	5	11
Licores	1	2	2	11
Refrescos	0	0	0	8

Fuente: (Martínez Gallego, 1995)

En la base de datos (Anexo II), se pueden encontrar cuantificados los numerosos expositores pertenecientes a este subsector.

4.4.3 La industria del dulce y del chocolate.

Una de las numerosas transformaciones que se vivió a lo largo de la segunda mitad del XIX fue la aparición de los dulces y del chocolate como productos comerciales. De un consumo principalmente familiar o coyuntural (en determinadas ocasiones relacionadas con festividades o celebraciones) se fue pasando paulatinamente a un consumo más habitual. Por otro lado, el lento pero continuo desarrollo de las comunicaciones facilitaba a los fabricantes valencianos llevar sus productos a todo el mercado español.

(Martínez Gallego, 1995) dice “como ocurrió con el hielo, los chocolates y demás dulces encontraron pronto sus puntos de expendedoría

especializados, los locales de consumo a la vez que de socialización. Y la demanda hizo trizas la estructura artesanal que hasta entonces había mantenido la oferta”. El dulce se convirtió en una industria que mejoró continuamente su capacidad tecnológica a lo largo del siglo XIX. Ha recopilado la siguiente tabla que muestra el incremento del número de fábricas en este subsector a lo largo del XIX y hacia los años de la Exposición:

Tabla 13.- Fábricas de chocolates y dulces en la ciudad de Valencia				
	1848	1871	1876	1907
Chocolate	3	6	6	21
Dulces	-	-	-	5

(Fuente: Martínez Gallego, 1995)

A principios del siglo XX existían en las provincias valencianas 88 piedras de fabricar chocolate a brazo; pero también 11 piedras que corresponden a fábricas de tahona y 36 cilindros de fábricas de chocolate afinado. Todavía, en los pueblos y en la capital, se elabora mayoritariamente a mano, pero se dan concentraciones industriales importantes (como en el pueblo de Torrente) y fábricas con procedimientos plenamente tecnificados: la Aloy Hermanos de Valencia, la Rech de *Xàtiva*. En materia de fabricación de bombones, destaca Juan B. Monmeneu, Antonio Martí, Francisco León (exportador de almíbares), José Sanjuán y, el mayor de todos, Eugenio Burriel, que en la Exposición de 1909, montará su propio pabellón utilizando para construirlo la mano de obra de los trabajadores de su fábrica.

El número 10 de (Valencia, literatura, 1909) del 25 de julio de 1909 dice de ese pabellón:

“El nombre del Sr. Burriel tiene un sólido prestigio en una de las industrias más adelantadas de Valencia, y á confirmarlo ha ido, aunque no lo necesitara en nuestro gran Certamen. Y con esto sólo se imaginará el lector la elegancia, el buen gusto, la riqueza derrochados por el Sr. Burriel en la instalación a la que nos referimos. Hay en este pabellón á la manera de un muestrario de los delicadísimos productos que en sus talleres de confitería y fábrica de bombones confeccionan sus inteligentísimos operarios bajo la acertada dirección del señor Burriel. Y expone éste aquel muestrario de sus productos en artísticos escaparates y vitrinas elegantísimas que se levantan airoas sobre el fondo del pabellón. La reseña de este merecía un largo artículo. Son sus líneas del más depurado gusto moderno: en su construcción sólo mármoles han entrado; anchos ventanales de colores tamizan la luz, y elegantísimos bronce

artísticos, porcelanas antiguas y otros elementos decorativos completan la ornamentación del local”.

4.5 Industrias de la madera y el mueble.

4.5.1 Aserraderos, cajas y toneles.

La importancia de las industrias de la madera en la economía valenciana durante el XIX y el XX sorprende a cualquier persona poco avisada: las provincias valencianas no parecen estar cubiertas de grandes bosques ni sus ciudades parecen ser grandes centros aserraderos y transformadores de la madera. Sin embargo, las varias industrias que la madera alimenta tuvieron (y tienen) un gran peso en los procesos de desarrollo e industrialización de la Valencia del XIX.

La desamortización de los bosques comunales y la posibilidad que se abrió a capitales privados de explotarlos comenzó a suministrar madera barata y abundante para el consumo en las ciudades de la costa (Estudios Historia Rural, 2002). (Martínez Gallego, 1995) cita a la frase tradicional “*Para ser maderero se necesita haber nacido en Ademuz, Cofrentes o Chelva*”. La madera es bajada de las comarcas del interior o del sur de Aragón hacia Valencia, dando lugar a obvios conflictos con los regantes.

La producción industrial derivada de la madera se dividirá en varios sectores, dependiendo de la primera fase de manipulación de la materia prima. El primero de ellos será la carpintería, que comienza su expansión a mediados del siglo XIX, especializándose en la confección de cajas de embalaje para productos agrícolas o bien, proporcionando trabajo y trabajadores auxiliares para otras industrias en las que su concurso era necesario para alguna fase determinada del proceso de producción: aserrar, cepillar, moldurar, taladrar, etc. Las innovaciones técnicas aplicadas al sector se tradujeron en la utilización de aserraderos mecánicos, que se fueron imponiendo lentamente a lo largo del siglo.

La fabricación de embalajes será el subsector económicamente más destacado durante todo el XIX. Una vez más, se puede ver cómo la agricultura de exportación ejerce un efecto de tirón sobre una industria incipiente. Valencia será el centro neurálgico de esa industria. El río y el ferrocarril transportan la madera para ser aserrada y desde allí, redistribuida para fabricar cajas y toneles, tablonés, etc.

El almacenista más importante de la segunda mitad del XIX es la empresa de los Hermanos Comín. Según (Martínez Gallego, 1995) los Comín, en el año fiscal de 1862-1863 habían aserrado en su mecanizado taller de Zaidía 3.196 piezas y habían subcontratado 1.547 piezas. Según la misma contabilidad, en ese período habían recibido 560 cargas de madera por el Turia. Y por ferrocarril, les habían llegado 102 cargas de *Alzira* (bajadas por el *Xúquer*) y 1.755 cargas de Aragón.

La fábrica de los Comín, en el Llano de Zaidía, tenía instaladas tres sierras movidas por una máquina de vapor. De este aserradero, los troncos aserrados pasaban al taller de carpintería que los mismos empresarios poseían en la plaza de San Nicolás, donde eran convertidos en tablones, usando para ello maquinaria moderna. El taller era capaz de elaborar entre 110 y 120 tablones al día. Con este taller, los Comín completaban el control del círculo productivo: desde la tala (en montes declarados enajenables) hasta la elaboración de tablones, listos ya para montar cajas, para servir de vigas en la construcción o para nutrir la incipiente industria del mueble o del abanico, de la que se hablará más adelante.

Conforme la exportación de naranjas, pasas y otros productos –como las cebollas- fue creciendo en intensidad, las fábricas madereras proliferaron. También las innovaciones tecnológicas relacionadas con la actividad. Por ejemplo, en 1874, el comerciante Antonio Devesa Puig, dedicado al embarque de naranjas con destino a Europa y Norteamérica, solicitaba patente para un nuevo tipo de caja (Ortiz-Villajos, 1999).

En el cinturón industrial de Valencia, este sector arraigará con fuerza. En la guía (Congreso, 1909) se lee:

“La carpintería industrial se manifiesta bajo aspectos distintos. Se limita unas veces a aserrar madera en tabletas para la confección de cajas de embalaje, industria muy extendida, lo mismo en la capital que en la región, siendo uno de los más importantes en esta especialidad D. Juan Vicente Pardo. Otras veces es auxiliar de diferentes industrias, como del trabajo de los carpinteros y ebanistas, para aserrar, cepillar, modurar, taladrar, etc, por procedimientos mecánicos, las piezas cuyo conjunto forman los objetos propios de aquellos oficios. Existen numerosos talleres de aserrar mecánicamente, y entre ellos están los de D. Carlos Bas, Sres. Gil y Laguarda. D. Gregorio Vega, D. Felipe Olmos, D. Julio Perios y Sr. Brull”.

De todos modos, las fábricas ya no se concentrarán solamente en el cinturón de Valencia, centro consumidor de viguetas, marcos o traviesas

de ferrocarril. Se irán extendiendo siguiendo la estela de los centros generadores de productos agrarios de exportación.

En *Alzira*, por ejemplo, también se produce un proceso de absorción del capital que antes había estado dando réditos en la sedería. De manera progresiva, van apareciendo industriales aserraderos que empiezan a añadir a la materia prima más valor que el mero transporte hacia la capital.

Tabla 14.- Aserraderos de madera en <i>Alzira</i> . 1900.		
Industriales	Sierras	Contribución fiscal.
Juan Vicente Pardo Pérez	12 de 99 cm	1.871 ptas.
Pedro Alcón	4 de 99 cm	620 ptas.
P. Alcón y Cía.	1 de 30 cm	47 ptas.
Fernando Navarro y Cía.	1 de 90 cm	141 ptas.
Francisco Muñoz Lozano	2 de 90 cm	644 ptas.

Fuente: (Martínez Gallego, 1995).

La fecha es importante en *Alzira*, puesto que marca la aparición de la primera fábrica de electricidad, la de Romualdo Álvarez. Esto pronto permitirá electrificar todo este sector. Y no solamente este, sino también las fábricas de losetas, las tres de gaseosas, los molinos, las de hielo o las de carpintería mecánica, que abastecen a todas las demás. (Martínez Gallego, 1995) explica que cinco años más tarde (coincidiendo con la Exposición), en *Alzira* ya hay seis fábricas de electricidad: esta demanda energética es un síntoma de cómo crece toda la industria en la capital de la Ribera.

La evolución alcireña permite generalizar y remitirse de nuevo al marco de análisis sobre toda la economía valenciana del XIX, que ya se citó antes:

El hundimiento de la sedería no fue el fin de la industria. Ni en la capital ni en las comarcas.

La industria mecánica aparecerá a mitad del XIX, en muchos casos aprovechando capitales e instalaciones anteriores, sobre bases plenamente capitalistas.

La demanda vino provocada por una agricultura expansiva, de tal modo que parece inadecuado enfrentar los sectores agrario e industrial como

competidores a la hora de atraer capitales. El incremento en la exportación supuso un requerimiento continuo de cajas y este crecimiento sostenido de la demanda posibilitó la aparición del resto de sectores.

Otro sector directamente vinculado con la exportación y que experimenta un gran auge hacia finales del XIX es el de los toneles. Las fábricas se ubican en la costa y en los puertos exportadores. Las toneleras no sólo albergaban cada vez un monto mayor de mano de obra, sino también a una fracción de la clase obrera muy concienciada y organizada. En 1873, por ejemplo, en pleno auge exportador de los vinos valencianos, los toneleros del *Grau*, se declararon en huelga. Solicitaban la jornada de 9 horas y media, un jornal de dos reales la hora (en vez de los 18 reales que estaban cobrando) y un aumento de seis a ocho reales por las pipas realizadas a destajo (Domenech, 2006).

A principios del XX, las fábricas de tonelería aumentaban en las cercanías del *Grau* y los trabajadores, muchos de ellos asociados en sociedades solidarias y de resistencia al capital, mantienen estrechos vínculos con sociedades catalanas. La sociedad “toneleros del Grao” cuenta por aquel entonces con 600 socios. Según (Martínez Gallego, 1995), al ir a la huelga los trabajadores de tres talleres en febrero de 1906, los empresarios respondieron con el *block out*. Por mediación del gobernador, la huelga se desconvocó cuando los obreros de Reus y de Tarragona también lo hicieron.

Solamente dos empresas de tonelería, una de Valencia y otra del Grau de Castellón expusieron en la Exposición, como se comprueba en la base de datos.

En 1905, cuatro años antes de la Exposición, la situación general en la industria de la madera era la siguiente:

Tabla 15.- Las industrias de la madera en 1905 en las provincias valencianas.			
Concepto	Alicante	Castellón	Valencia
Máquinas de cepillar, escopelar, machihembrar, taladrar, moldurar, etc.	14	6	342
Cuchillas de chapear			4
Sierras de chapear	2	2	—
Sierras de cinta (cm)	5.271	3.043	24.853
Fábrica de molduras y marcos			2
Fábricas de pianos			4
Fábricas de mesas de billar			4
Fábricas de tapones de corcho		5	2
Fábricas de serrín de corcho	2		
Fábricas de varillajes de abanicos			44
Fábricas de montaje de abanicos			34
Fábricas de armaduras de paraguas y sombrillas			1

Fuente: (Martínez Gallego, 1995)

Valencia es la que concentra la mayor parte de empresas, tanto las de más abajo en el proceso de la madera, como la de productos con mayor trabajo añadido, a las que se dedicarán los apartados siguientes:

4.5.2 Instrumentos musicales y muebles.

En lo que se refiere a otros usos de la madera, al iniciarse el siglo XIX, la madera era trabajada en Valencia por artesanos agremiados. Había entre ellos una distinción según trabajasen carpintería gruesa o fina. Su denominación valenciana era *Fusters de gros* y *Fusters de fi*. Los primeros fabricaban puertas, ventanas y elementos para la construcción; los segundos, muebles. De entre estos últimos, muchos prefieren el apelativo de ebanista al de carpintero, para hacer saber que trabajan con los materiales más nobles. Pero la manufactura no abandonaba el procedimiento artesanal.

Los talleres de muebles comenzarían a industrializar su producción en la década de 1860, en coincidencia con la implantación de los grandes aserraderos y de una coyuntura en auge que invitaba a la burguesía a dotar sus casas con el lujo apropiado. Sin embargo, la ebanistería valenciana todavía no tenía la capacidad exportadora que llegaría a tener. Al menos, la fabricación de muebles en sentido estricto.

(Martínez Gallego, 1995) destaca el siguiente hecho, muy interesante. En 1867, cuando París organiza la famosísima Exposición Universal, de la que se hablará más adelante, la sección del mueble no acoge productos de expositores valencianos. Sin embargo, ya hay una cumplida representación de otros subsectores relacionados con el mueble: los abanicos, los instrumentos musicales y las mesas de billar. Es decir, la artesanía fina precede y a su vez, origina a la pequeña industria y no al revés. De nuevo, se tiene uno de esos fenómenos extraños que han ocultado y dificultado durante tanto tiempo identificar en su justa medida la industrialización y el desarrollo valenciano del XIX: pequeños nichos productivos, producto de consumo muy especializado y de alta calidad. Sectores que pasan desapercibidos en un primer análisis; pero que se muestran en todo su poderío y esplendor en análisis o estudios locales o coyunturales, como este.

Abanicos e instrumentos musicales estarán ampliamente representados en la Exposición (ambos con pabellón propio). Pero además, ya existirá una industria de mueble, en el sentido ortodoxo de la palabra, que será una de las más llamativas y destacadas del evento. En este apartado, se va a analizar la evolución de toda esta familia productiva en un sentido amplio.

En la década de 1850 y 1860, la construcción de pianos y guitarras era una de las actividades “protoindustriales” más importantes de la ciudad: la fábrica de Daniel Utsman (calle de los Ángeles) componía pianos de cola y verticales; la de Silvestre Santchordi (calle Bolsería) guitarras y violines; la de Salvador Pau (calle Bolsería) guitarras, como la Luis Reig (calle Bolsería). Evidentemente, se trataba de talleres manufactureros. No todos dieron el salto a estructuras empresariales con una división del trabajo clara; pero sí fue el caso de Gómez Peralta (el pionero del ramo), que a principios del XX, se había transformado en la empresa Gómez e Hijo y era una de las fábricas más importantes de España de fabricación de pianos. (Alemany, 2007)

En materia de guitarras y bandurrias, el empresario Salvador Ibáñez fundó en 1883 una fábrica que a principios del siglo XX producía 36.000 instrumentos al año y ocupaba un centenar de obreros y obreras. Los fabricantes valencianos eran los líderes absolutos en el mercado español, hasta tal punto que “guitarra” era sinónimo de “valenciana”, como muestra una canción popular aragonesa que comienza con los coloridos versos “*la guitarra es valenciana, las cuerdas de Tamarite...*”.

Figura 13: Publicidad del fabricante de pianos Gómez en el Catálogo de Expositores. Fuente: (Catálogo, 1909).

La fábrica de Rodrigo Ten y Compañía, fundada en 1903, tuvo la peculiaridad de incorporar a la industria de la elaboración de pianos las técnicas del mueble curvo: un nuevo diseño acorde con los gustos modernistas de la época. Por supuesto, Rodrigo Ten también estará presente en la Exposición (en el llamado “Pabellón de la Música”, donde se colocó a los fabricantes de instrumentos musicales). Se trataba de una empresa para la que la publicidad era importante. En el número 26 de (Valencia, literatura, 1909) de 14 de noviembre, hay un reportaje propagandístico sobre su fábrica y sobre su instalación:

*“Los cambios bruscos de temperatura, que tanto influyen en la duración y equilibrio armónico de los pianos, para nada sirven en los fabricados por los referidos señores, pues la cámara horno que se destina á secar las maderas con especial perfección, evita aquellos inconvenientes y consolida la duración del instrumento.
En todas las operaciones necesarias para terminar los pianos, tales como el barraje, preparación, montura, encordado, barnizado, finición y afinación, han puesto especial*

esmero dichos fabricantes, al extremo de que cuantos pianos salen de aquella casa compiten con los de las fábricas más renombradas del extranjero (...)
Los expuestos en nuestra Exposición tienen para nosotros la novedad de su bellísima y variada disposición exterior: los hay no solo estilo Imperio modernizado, Luis XV, alemán moderno, inglés, sino contruidos con maderas exóticas riquísimas, propias para no desentonar en los grandes salones, por lujosos que estos sean (...)”

En definitiva, si se postula que la industria de los pianos y las guitarras precedió e impulsó a la del mueble, se puede afirmar a su vez, que fue receptora de los avances técnicos y constructivos que introdujeron los fabricantes de muebles.

Cuando en las décadas de 1870 y 1880, Valencia y algunos pueblos de *l'Horta* se conviertan en zonas de implantación de la industria del mueble, esta lo hará sobre una base sólida, desarrollada en las décadas de 1850 y 1860. Estará constituida por toda una infraestructura de almacenistas y aserradores que elaboran la madera en sus primeras debastaciones; por un conjunto de talleres de ebanistería duchos en la confección de pianos, guitarras y mesas de billar; por una industria con grandes perspectivas centrada en la elaboración de cajas para embalaje y por un sector abaniquero que ha producido hábiles trabajadores en madera curvada. (Martínez Gallego, 1995) presenta unos datos reveladores:

Tabla 16.- Las industrias de la madera en la provincia de Valencia (1861)			
	Número	Capital financiero	Operarios
Fábricas de aserrar piedra y madera	7	516.000	188
Fábricas de abanicos	14	349.500	84
Fábricas de guitarras	10	40.000	21
Ebanisterías	80	320.000	320
Carpinterías	80	160.000	160
Fábricas de peines	8	32.000	50
Fábricas de botones	1	20.000	5
Adornistas	8	240.000	24

Fuente: (Martínez Gallego, 1995).

Se afirma con frecuencia que la industria del mueble en Valencia tiene su origen en la tradición artesana. Pero según (Martínez Gallego, 1995) esto no es exacto del todo: los más grandes y reputados ebanistas valencianos de principios del XX, Carmelo Noguera y Juan Caselles, no conseguirán consolidar industrialmente sus talleres. No estarán presentes en la Exposición. Estos fracasos se pueden interpretar en el sentido de que la

industria nace de la ruptura de las relaciones típicas de la manufactura y el artesanado.

Fueron otros, los recién llegados, los que aprovecharon estos grandes aserraderos que surgían en Valencia. En 1860, el mismo año que se establece en Valencia el ebanista Luis Suay, otro ebanista, Federico Noguera, convierte su obrador en pequeño taller, con varios obreros a su cargo, al tiempo que especializa su industria en la confección de “*muebles de época*”.

Esta evolución tan positiva de la ebanistería ha de contemplarse a partir de la existencia de una nueva clase media que, como tal, irá configurando su propia mentalidad y sus gustos. Impondrá una nueva estética aplicada tanto a la planificación urbana como espacio público, como a las viviendas en tanto que reducto de privacidad. Este nuevo concepto estético es el que, en parte, impulsará el movimiento modernista, que utilizará de forma exhaustiva el mueble de diseño. El crecimiento de la demanda de estos productos aumentará en la misma medida en que se produce el crecimiento de este sector social. (González Palacios, 1975). Esto explica la expansión de este sector y en concreto, el éxito del mueble curvado, una de las especialidades valencianas. La burguesía local, que no sólo persigue matrimonios con títulos o la obtención de los mismos a través de las mercedes isabelinas, sino también los distintivos externos del abolengo y el signo de la nueva funcionalidad: el confort hogareño.

En la década de 1860, José Trobat, que tiene su taller en la calle Isabel la Católica, empieza a elaborar mueble curvado. Rivaliza con la Casa Thonet de Viena, empresa que había inundado con sus productos los mercados europeos con sus famosas sillas de asiento de rejilla (Álvarez Rubio, 2000). Muy pronto Suay le imita. Valencia comienza a convertirse en el referente español de tan innovador producto. La austríaca Casa Kohn tenía una patente de 20 años sobre este tipo de mueble, de modo que los ebanistas valencianos tuvieron que afilar su espionaje industrial y vender mueble curvado con otras denominaciones. (Ortiz-Villajos, 1999).

Se va produciendo un proceso clarísimo de concentración por un lado y por otro, de reubicación de las fábricas. En lo que se refiere a la concentración, En el citado informe (Comisión de Reformas Sociales, 1985) se dice en el apartado “La influencia de las grandes industrias en la condición económica de la clase obrera”:

“Va desarrollándose en Valencia, (...) la tendencia a la concentración de la industria. En los oficios en que el progreso es tan rápido que el aumento del consumo ha crecido al compás de la producción; que al centro de la elaboración formado por el desarrollo simultáneo de varias fábricas en grande ha correspondido la constitución de mercado para el artículo de aquel oficio... Ejemplo de esto son las fundiciones de hierro y ebanistería. Los primeros, establecidos en los últimos treinta años, ocupan a muchos obreros, que llegan a percibir jornales de seis y siete pesetas. Las segundas, reformadas en los últimos veinte años, han cuadruplicado el número de los mismos”.

Los autores del informe denuncian la existencia de un cambio en la producción industrial, que llaman “concentración industrial” o lo que es lo mismo, una centralización de la producción en grandes empresas, fundamentalmente en dos actividades: la fundición y la ebanistería. Más adelante, se tratará la fundición en detalle.

En lo que se refiere a la reubicación de instalaciones: en los años 80, de nuevo a la búsqueda de una mano de obra con menores costes de “aprendizaje” y “habitación”, la industria del mueble inunda la comarca circundante a la urbe, como antes lo habían hecho las industrias del barro cerámico o del abanico (Braun, 1978). El mueble, posiblemente, sigue a este último: *Alaquàs, Aldaia, Benetússer, Catarroja*. Según (Reig, 2007A) la Exposición Regional de 1883 (de la que se hablará más adelante) permite ya constatar el grado de diversificación de la producción de muebles que se ha alcanzado: mecedoras, sillas de asiento y de rejilla, muebles curvados, tapizados, etc.

Mientras, continúan instalándose fábricas en el cinturón de Valencia, ya que la proximidad del gran mercado urbano es una tentación demasiado grande y, no pocas veces, se prefiere hacer caminar a los obreros que han de acudir a la fábrica desde sus casas en *l’Horta* más que a los carros que han de transportar el mueble a casa del burgués comprador. Es el caso de la fábrica de Ventura Feliu, instalada en el número 302, uno de los extremos de la Calle de San Vicente, en 1893. Según (Álvarez Rubio, 2000), que lo ha tomado del (Catálogo, 1909) la fábrica de Feliu medía una superficie de 100.000 palmos cuadrados. En esa fábrica trabajaban más de 500 operarios, de los que aproximadamente la mitad son mujeres. Se dedican especialmente a la dura tarea de pulimentar los muebles. Como las cigarreras, se adueñan literalmente de los caminos por las mañanas (Martínez Gallego, 1995).

Ventura Feliu será otro hombre importante en la Exposición, fue el Vicepresidente segundo del Comité Ejecutivo. No le resultaban ajenos esa clase de eventos. Había obtenido diploma de honor en las exposiciones de Florencia y París y medallas de oro en Florencia y Londres.

En el número 16 de (Valencia, literatura, 1909) de 5 de septiembre de 1909, se le dedica una amplia reseña informativo-propagandística a su instalación en la Exposición y a su empresa.

“(...) Un motor de 80 caballos de fuerza, montado con arreglo á los últimos adelantos de la mecánica, pone en movimiento las distintas máquinas necesarias para la confección de los varios productos de la casa (...)

Está dividida en varias secciones en las que se verifica desde el encurvado de las maderas hasta la construcción de los muebles más artísticos y delicados, todos ellos contruidos con elegancia y solidez especial, al extremo de poseer patentes y privilegios que acreditan la inteligente laboriosidad del Sr. Feliu.

En la magnífica instalación de que nos ocupamos podrá ver el lector una variedad notabilísima en muebles curvos, que honran á la industria valenciana; también se satisfará el visitante con la contemplación de hermosos muebles de lujo de todas clases y de diferentes maderas, todos de gran visualidad y resistencia.

Nada pueden envidiar tampoco los talleres del Sr. Feliu á los más acreditados en trabajos de tapicería, pues en los distintos que en la Exposición presenta, puede apreciarse delicadeza, gusto artístico y conocimiento perfecto y completo de los últimos modelos.

Así es, que los almacenes del Sr. Feliu no se llenan nunca, pues todo cuanto se construye sale diariamente para las distintas regiones de España é importantes plazas del extranjero, prueba eminente de la bondad del género y los precios (...)”



Figura 14: Almacén de componentes curvados en la fábrica de Ventura Feliu. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001)

Otro nombre importante, que también aparecerá en la Exposición es el de Albacar. El fundador de la saga, Pedro Albacar se había establecido en Valencia en la década de 1850, procedente de Cataluña (Álvarez Rubio, 2000). Había sido discípulo del ebanista Caselles y Empezó como ebanista asalariado, consiguiendo al cabo de algunos años fundar un modesto establecimiento, a la muerte de aquel. Según las crónicas, el negocio prosperó debido a su diligencia y habilidad. Transmitió a sus hijos la herencia del aprendizaje. Estos fundaron Albacar Hermanos para elaborar mesas de billar con elementos curvos: por entonces tienen su instalación en la plaza de San Francisco y están llamados a convertirla en una gran fábrica.

En los años 70, su hijo Salvador marchó muy joven al extranjero con el objeto de adquirir los conocimientos necesarios y estudiar los últimos diseños que, a su vuelta a Valencia, implantaría en la empresa “*para estudiar la construcción de los muebles que hoy ofrecemos a nuestra clientela y al público*”. En la década de 1880, participaron con gran éxito en exposiciones españolas e internacionales, arremetiendo con saña, cuando un competidor local los acusaba de importar muebles extranjeros y venderlos como de construcción propia, según cita (Martínez Gallego, 1995). De esa inquina en la competencia se puede deducir que ya había proliferación de fabricantes y de comerciantes interesados en el sector.

A finales del XIX era uno de los establecimientos de construcción artística de muebles más destacados de España. A pesar de su alto grado de mecanización (en los documentos de la época se destaca “*lo rico de su maquinaria y lo higiénico de sus talleres*”), la aplicación de los últimos detalles artísticos a los muebles elevaba la plantilla a 150 obreros. (Álvarez Rubio, 2000). A principios del XX, Salvador Albacar había rotulado su fábrica con la marca La Viennoise y disponía de un amplio almacén para exposición y venta en la plaza Emilio Castelar, se había convertido en gran exportador.

En un anuncio insertado en la (Guía, 1909), se dice de la empresa:

“Mobiliarios completos para salones, dormitorios, comedores, recibimientos y todo lo concerniente al ramo de ebanistería y tapicería, en todos los estilos y precios. La casa se encarga de la ejecución de proyectos para la completa decoración de habitaciones de cualquier estilo que se desee. Exportación á provincias y extranjero”

Al respecto de los mercados exteriores, en 1896, cuando la industria mueblista estaba “paralizada por una crisis aguda” (Martínez Gallego, 1995), Suay inició la exportación ultramarina del mueble curvado valenciano. Nuevos mercados se abren. El mueble se convertía así en una industria de exportación. Su crecimiento sería muy grande durante los años que interesan a este estudio y también a lo largo de todo el XX, como muestra la siguiente tabla:

Tabla 17.- Evolución del sector del mueble en Valencia (1892-1936) (Número de establecimientos)								
	1892	1897	1912	1918	1923	1926	1931	1936
Ebanistería	37	52	108	115	120	112	78	56
Muebles		35	38	49	52	63	78	83
Mueble de junco				1	2			
Mueble curvado				10	16	15	24	17
Mueble de pino	15	12						
Tapiceros	9	16	24	30	22	25	32	24
Silleros	35	39	49	20	11	15	8	8
TOTAL	96	154	219	225	223	230	220	188

Fuente: (Jordá, 1986)

Hasta el “desastre” de 1898 fueron Cuba, Puerto Rico y Filipinas los mayores mercados exteriores; pero tras su pérdida como colonias por parte de la metrópoli española, fueron sustituidas por otros mercados europeos y americanos. Suay mecanizó sus instalaciones, adquiriendo la maquinaria que había traído consigo un empresario francés establecido en Valencia e introdujo la innovación de la rejilla en los asientos (usurpando la patente de la vienes casa Kohn).

Los inicios del siglo, conocen asimismo el segundo cinturón de la industria mueblista. Si el primero circundó Valencia, el segundo ocupa poblaciones más alejadas de la urbe, como Tavernes de Valldigna, *Alzira* o *Gandia*.

También hay un proceso muy claro de aumento de la capacidad tecnológica y de la mecanización. En 1909, el año de la Exposición, la fábrica de Feliu funciona con un motor de 80 caballos de fuerza que “*montado con arreglo a los últimos adelantos de la mecánica, pone en movimiento las distintas máquinas necesarias*”.

Otra empresa destacada en la Exposición fue Hijos de Joaquín Lleó. Según el (Catálogo, 1909): *“Actualmente trabajan en sus talleres unos 400 operarios; y sus dueños, los laboriosos Hijos de Don Joaquín Lleó, ensanchando cada día más su esfera de acción, han dado una concluyente prueba de sus valiosos elementos, presentando en nuestro gran certamen una soberbia instalación cuyos cinco departamentos, artísticamente combinados en el Palacio de la Industria, Sala número 5 del piso primero, causan la admiración de cuantos los visitan.”*

Dice (Martínez Gallego, 1995) que en la Exposición, la industria del mueble y de la ebanistería fue la estrella de los fastos. “Porque la ebanistería valenciana de entonces se propuso realizar un esfuerzo que patentizase a todas luces la poderosa vitalidad de la misma, pues ya alcanzaba a sostener 10.000 obreros, cuya excelente mano de obra, no tenía ya nada que envidiar a las de Lyon, París y Viena, tan recomendadas por el confort y el arte decorativo de que se ufanan”.

(Vegas, 2003) dedica varias páginas a estudiar los muebles presentes en la Exposición. Contabiliza la presencia de 58 expositores relacionados con el mundo del mueble. Las empresas de mobiliario que concurrieron al evento se habían alojado en el piso principal del Palacio de la Industria y los muebles se agrupaban conjuntados formando habitaciones completas. Los estilos más comunes exhibidos en esta planta fueron el estilo imperio, el Luis XV, el Luis XVI, el egipcio, el vienés y el modernista de ascendencia floral.

(Vegas, 2003) cita el estudio contemporáneo (Agrasot, 1909). Agrasot se lamentaba de que los expositores de mobiliario hubieran derrochado fuerzas únicamente en la exhibición de muebles de lujo y ostentación, habiendo dejado de lado la oferta de muebles de sólida construcción, líneas sencillas y economía razonable destinados a las clases menos pudientes e invitaba a los empresarios valencianos a resolver ese problema. (Vegas, 2003) dice “probablemente, se trataba de una pretensión vana dentro del contexto exultante y pomposo dentro del recinto.”

En la base de datos (véase Anexo II), se cuantifica la presencia de los fabricantes de muebles en la Exposición.

4.5.3 Abaniquería y juguetería.

Según (Martínez Gallego, 1995) el arranque de la abaniquería industrial sorprendió a los contemporáneos. El número de instalaciones a lo largo del XIX no sufrió más que un leve ascenso: 10 en 1849, 14 en 1876. Pero la transformación tenía lugar puertas adentro. Es muy significativo que el cónsul francés en Valencia la consigne en sus memorias. El francés vislumbra la competencia que la industrialización de la abaniquería valenciana puede representar para su homóloga francesa.

En 1858, según ha investigado (Martínez Gallego, 1995), el cónsul afirmaba que *“la fabrique d’eventails a progressé e fuit mieux que jamais, toute fois elle continue a tirer les montures riches de France”*. En ese momento, está advirtiendo que los abaniqueros valencianos se van a dirigir a los segmentos inferiores de mercado, dado que la demanda de piezas de más calidad y lujo está dominada por los franceses. Como ocurrió con la industria textil y los fabricantes catalanes, los abaniqueros franceses lanzan sus redes de venta en forma de viajantes o de contratos con comerciantes locales. El 6 de noviembre de 1845 se escritura en París una sociedad entre los fabricantes Devieux y Danvin y el valenciano Ramón Azed Blasco.

A finales de los 50, la manufactura local comienza a superar esa presión. En diciembre de 1861, Carmelo Ylario Arnau traspasó su taller a Lorenzo Segura, un empresario de nuevo cuño no formado en el oficio. A sabiendas de sus carencias técnicas, concertó con el cedente del taller su pase a la condición de capataz. El tipo de relaciones que ya se ha explicado para otros sectores: socio capitalista y socio industrial. La fábrica contó con un capital inicial de 40.000 reales y Segura la hipotecó para pagar el costo del traspaso.

Ese mismo año, Francisco Marín Alpuente pedía a la Junta de Comercio de la Ciudad que le permitiesen gozar del título de fabricante de abanicos fijos de hueso, sándalo y otras materias, así como de bastones de todas clases. Para ello, anunciaba que *“a costa de sacrificios no pequeños ha establecido en la casa del Portal de Valldigna, número dos, los talleres y maquinaria correspondiente para la fabricación de talleres por mayor y en grande escala (...)”* (Martínez Gallego, 1995).

En 1864, cuando la prensa local abra una suscripción por la inundación sufrida en La Ribera a causa del Xúquer, los empleados de José María

Colorado y Cía. recogerán 617 reales, donados por 34 hombres y 31 mujeres. Lo destacado de la noticia es que se trata de una fábrica de abanicos con casi 70 empleados.

Como en otros sectores, los capitales de origen exterior, acuden a la ciudad a transformar la producción abaniquera. En 1866, Salvador Mesegué, de Canet de Mar y Luis Gorgui, natural de Granollers y vecino de Valencia, establecieron sociedad y fábrica, con un capital inicial de 50.000 reales. La fábrica, situada en la calle de Las Barcas, se convertirá en una de las más pujantes en las décadas de 1870 y 1880.

La inversión más ambiciosa del sector abaniquero la llevó a cabo un valenciano con vinculaciones cubanas, José Colomina, uno de los firmantes de la protesta contra la introducción de abanicos franceses en 1842. Después de dos décadas vadeando la crisis, los años 60 suponen para su negocio una fuerte expansión, en buena medida asociada a los vínculos trabados entre la fabricación valenciana y el mercado antillano, gran consumidor de abanicos. En 1866, Colomina recibe autorización para aprovechar las aguas del Turia, con las que mover la maquinaria de su fábrica, sita en un antiguo molino harinero instalado junto al puente del ferrocarril. Al parecer, en 1870 se produce un incendio en la fábrica de abanicos, paraguas y sombrillas de Colomina. Por aquel entonces, más de 200 personas trabajan en aquellas instalaciones. (Martínez Gallego, 1995) recoge que alguna prensa afirma que la masiva pertenencia a la Internacional de ese colectivo laboral levanta sospechas sobre el origen del incendio.

En 1876, Colomina se había repuesto y había formado la sociedad Colomina y Domínguez, así como una fábrica a nombre de Sebastián Domínguez, ambas contiguas y sitas en la calle Zaragoza. En realidad, era una fábrica de grandes dimensiones. Como la que posee el ya citado Fernando Ibáñez Palenciano y su socio Manuel Villanueva. Ibáñez llegó a Valencia procedente de Cuba, un “indiano”, donde sus hermanos tienen negocios azucareros y de trata de negros y manejan capitales considerables. Capital generado en las colonias y reinvertido en la industrialización de la metrópoli, como en Cataluña.

Además de en el sector abaniquero, Ibáñez invierte en el sector sedero, buscando ciertas sinergias. En 1872, es el quinto mayor contribuyente industrial de la provincia. Su fábrica de torcidos de seda posee 70 telares y 1.364 husos movidos por el vapor. En 1879, año del fallecimiento de Ibáñez, la empresa abaniquera que tiene con Villanueva, tiene

contratados 126 trabajadores. Nótese cómo una parte del capital de la seda huye de ese sector y su crisis y alimenta otros sectores como el abaniquero.

Durante toda la segunda mitad del XIX, la abaniquería valenciana no deja de crecer en tecnología y en capacidad productiva. En 1867, Tomás Cerveró obtiene una patente (Sáiz, 1999) por haber introducido los abanicos-albumes. En 1870, dos catalanes, recién instalados en la ciudad, Pedro Serra y Primo Serra de Ferrer, junto con Manuel Calvet, piden patente para explotar en la península y en ultramar su confección en *“litografía, imprenta, grabados en madera o en metal, autografía, estereotipia, galvano-plástica y cualquier otro medio o sistema de impresión-estampación, en claro oscuro, pintado a la aguada, la cromo o en otra forma que crean conveniente plantearlo...”*

Según (Reig, 2007A) la abaniquería crece en “mancha de aceite”: talleres que van incorporando sucesivas mejoras y que dado, que requieren inicialmente poco capital, permiten que la industria crezca a medida que algunos artesanos emprendedores van independizándose una vez dominado el oficio, y crean sus propios establecimientos.

El cambio de siglo ve cómo la industria abaniquera ocupa ya todo el proceso, desde la fabricación de varillas al montaje. Y estos procesos son completamente autóctonos. En 1892 solo aparecen censadas “fábricas de abanicos”, según datos de la Matrícula Industrial de la Delegación de Hacienda. En 1897, ya se diferencia entre fabricantes de varillajes y de abanicos, en *l'Horta*, se comienza a fabricar las varillas para abanicos baratos, que luego son montados en Valencia. Las varillas de materiales más nobles (como el nácar) se montaban en Valencia. En 1905, existían en Valencia, 44 fábricas de varillajes de abanicos y 34 de montaje.

No es de extrañar que la industria abaniquera tuviera su propio pabellón en la Exposición. En el número 7 de (Valencia, literatura, 1909) del 4 de julio de 1909 se describe la presencia del sector en la Exposición en los siguientes términos:

“Corresponde a los cronistas hacer constar que en la fabricación de abanicos no tiene Valencia más rivales que Japón, pero sólo en lo referente á la industria en grande y de positivos éxitos comerciales: en cuanto á valor artístico y perfeccionamiento de l amano de obra, ni el Japón ni país alguno rivalizan con nosotros.

Por eso la industria de abanicos no debía faltar en la Exposición bajo pena de que resultase deficiente, y á ella fueron los abaniqueros asociándose (...)

Los abaniqueros no se han satisfecho con exponer, resguardados por elegantes vitrinas, los ricos productos de su industria: van más allá y para dar mayor interés á su espléndida instalación, han elegido de entre sus operarios los mejores, para que á la vista del público realicen cuantos trabajos se requieren para la fabricación de un abanico. Así es que desde el corte y desvaste (sic) de la madera hasta dejar el producto en disposición de ser usado, todo puede curiosearlo el visitante, como también los instrumentos y útiles necesarios para la manufactura.

Por ese motivo, y porque en realidad existe mucho y bueno expuesto; jamás se ve vacío de público el mencionado pabellón, Hay abanicos de todas las clases y de todas las épocas, caros y de extremada baratura, de varillaje regio y modestísimo. En telas existen verdaderos primores, un derroche de arte y de riqueza; no puede soñar más el coleccionista de abanicos más descontentadizo; tanto, que hay vitrinas especiales que parecen trasladadas allí desde los fastuosos salones de algún multimillonario de gusto (...)”

La reseña acaba con un párrafo digno de ser resaltado:

“¡Lástima grande que no nos percatemos de lo bueno que por aquí se hace, dispensándoles á industrias como esa y como la de guitarras, por ejemplo —también más importante de lo que parece- la debida atención”.

Existe otro subsector industrial, asociado tradicionalmente al País Valenciano, especialmente a la provincia de Alicante. Se trata de la fabricación de juguetes. Se podría haber incluido este subsector en otro apartado diferente a este, por ejemplo, en el de “Industria textil y afines” o en el de “Industria Metalmecánica”, dada la naturaleza heterogénea de sus productos. Se ha decidido tenerlo en cuenta en este apartado porque la historia de su desarrollo presenta numerosas afinidades y similitudes, tanto en lo tecnológico como en lo económico, con los subsectores de la carpintería fina, como la abaniquería.

Lo cierto es que los fabricantes de juguetes no tuvieron demasiada presencia en la Exposición. Como se puede comprobar en la base de datos, solamente siete fabricantes de juguetes (que estuvieron en el Palacio de la Industria). Las razones de una cifra tan baja pueden ser las siguientes:

La industria del juguete, que llegaría a ser una de las más pujantes del país, estaba arrancando a principios del XX. Concretamente, Payá

Hermanos, que durante gran parte del siglo sería la empresa líder del llamado “Valle del juguete” (Ibi y su comarca) había sido fundada en 1905 con el altisonante nombre de “La Sin Rival”. Aunque estuvo presente en la Exposición (dando como domicilio social Valencia), como se explicará en el capítulo noveno, todavía necesitaría veinte años para ganarle el mercado español a los fabricantes alemanes y alcanzar la cifra de 200 empleados en plantilla.

Como en el caso del calzado eldense e ilicitano, esas incipientes industrias del sur se encontraban lejos de la capital. Solamente hubo un expositor juguetero de Onil, Eduardo Juan. De algún modo, la Exposición no consiguió ser su Exposición.



Figura 15: Tarjeta Postal de La Sin Rival, de Payá Hermanos. Fuente: (COICV, 2007)

4.6 Cerámica y construcción.

En este apartado se estudiarán los sectores industriales relacionados con la construcción que estuvieron presentes en la Exposición. El más llamativo de ellos es, sin lugar a dudas, la cerámica. El término “cerámica” abarca diversas actividades manufactureras; pero este apartado entenderá “cerámica” como la fabricación de tejas, ladrillos, baldosas y azulejos.

4.6.1 Azulejos, ladrillos, tejas, baldosas.

Los profanos tienden a ver al amplio sector azulejero valenciano (castellonense, para ser más exactos) como un sector con hondas raíces tradicionales, una industria “muy valenciana” y que ha ido creciendo al compás del desarrollo económico. Sin embargo, aunque en Valencia y en su entorno geográfico inmediato (Manises) siempre haya habido hornos en funcionamiento, no sería hasta décadas recientes que el llamado triángulo “azulejero” (Onda-Alcora-Castellón) se convertiría en la punta de lanza de la economía valenciana.

De nuevo, aparece aquí la confusión que se ha citado en la descripción de otros sectores: aunque haya abundantes precedentes artesanos de un negocio (el desarrollo industrial no aparece de la nada), es necesaria una transformación radical hasta llegar al estadio capitalista de la producción. Esa transformación empezó a darse precisamente en los años de la Exposición. Por ello, el sector, aún estando presente, todavía no manifestó en la Exposición el brillo que llegaría a tener después.

Tradicionalmente, muchos historiadores han intentado enlazar la eclosión fabril del triángulo azulejero a partir de la primitiva fábrica de porcelana establecida en Alcora por el conde de Aranda (Soler Ferrer, 1988), sin embargo (Martínez Gallego, 1995) discute esa continuidad tan lineal. A la vista del desarrollo posterior, puede resultar sorprendente que fuera la ciudad de Valencia la que marcara la pauta de la industria cerámica de Onda, a pesar de la lejanía. Sin embargo, el salto al capitalismo tanto en Alcora como en Onda, parece que vino más bien de la mano de capitales y del desarrollo de la capital.

Los capitales de la ciudad estaban interesados en la inversión industrial allí donde existía la materia prima y/o una mano de obra cualificada. Una fábrica establecida en Onda en 1857, buscando las ventajas de la

extensión de la línea del ferrocarril hasta allí, La Valenciana fue durante la mayor parte del XIX la empresa líder del sector. Iniciada por los socios José Mateu Garín (médico e industrial de la ciudad), Mariano Novella (inventor y cerrajero) y Manuel Garcés (comerciante), La Valenciana mantuvo una preocupación constante por la innovación industrial: tanto la aplicación de maquinaria novedosa, como la división del trabajo. Las patentes solicitadas por Novella se sucedían.

Según extrae (Martínez Gallego, 1995) de la prensa de la época: *“En las demás fábricas se valen para moler el barro y reducirlo a polvo de una muela de piedra movida por una caballería, que hace el trabajo de una manera brusca, siendo necesario luego tamizar el polvo, lo que, como es consiguiente, hace la operación, muy pesada, larga y dispendiosa. En La Valenciana se ha adoptado moler la tierra en un molino que era harinero, el cual da un producto de polvo diez veces mayor sin necesidad de tamizarse”*. Para el corte de las baldosas se utilizaba un timbre estampador que en una sola operación cortaba y prensaba la pieza: *“saliendo todas las baldosas de las mismas dimensiones, con más solidez y tersura, y con sólo dos operarios (un hombre y un niño) pueden hacer cómodamente cuatro o cinco mil ladrillos diarios”*

La Valenciana se convirtió en la fábrica señera de la producción azulejera española. En 1862 dio otro salto tecnológico fundamental, al incorporar los métodos de la casa inglesa Minton. Empezaron a aparecer nuevos establecimientos azulejeros en Onda.

Según (Martínez Gallego, 1995) en la ciudad de Valencia no se apreció (entre los años 40 y los años 70 del XIX) un incremento considerable del número de talleres azulejeros; pero sí en el tamaño de estos (en términos de producción y de número de empleados). La siguiente tabla muestra las fábricas de azulejos intramuros en 1876:

Tabla 18.- Fábricas de azulejos en la ciudad de Valencia en 1876.	
Propietario:	Localización
Rafael González Valls	Muro de la calle Corona
José Gestaldo	Ribera
Novella y Garcés	Bajada de San Francisco
Mariano Royo	Russafa.
Vicente Sánchez	Mosenfemares.
Juan Bautista White	Calle Corona.

Fuente: (Martínez Gallego, 1995) a partir de (Navarro Reverter, 1876).

Sin embargo; el más conocido taller de azulejería y mosaicos vidriados de la época era el de Nolla y Sagrera en Meliana, que estuvo presente en la Exposición de París de 1867, en la sección especial dedicada a las grandes empresas distinguidas por su “trato” a los obreros. En esa fecha, ya contaba con 400 empleados.

En la gran fábrica de Nolla y Sagrera, estos habían invertido un capital de 100.000 reales y don Juan Bailey era el socio industrial, aportando “*los secretos y conocimientos que requiere la industria*”, según extrae (Martínez Gallego, 1995) de la prensa de la época. Es decir, en el sector estaba lo suficientemente mecanizado para exigir una política de know-how. Como muestra, relata la siguiente noticia de la Gaceta Industrial de Madrid de septiembre de 1866, que cuenta como el fabricante de azulejos toledano García Corral “*ha dado con el secreto del baño que tienen los productos de las fábricas de Valencia*”. Según la revista, el empresario había contratado a varios azulejeros valencianos para que dirigiesen su fábrica y estos, actuando de mala fe, ocultaron los procedimientos más novedosos “*para que sólo Valencia monopolice este producto cerámico*”. La prensa valenciana reaccionó defendiendo a estos capataces, sin poder disimular el placer que producía la excelencia alcanzada por las fábricas locales.

El establecimiento fabril de Nolla y Sagrera, dotado de maquinaria producida por La Primitiva Valenciana, empresa de la que se hablará en el siguiente apartado, debió impresionar bastante a la sociedad valenciana de la época. La materia prima (arcillas) procedía de las canteras de Benaguacil.

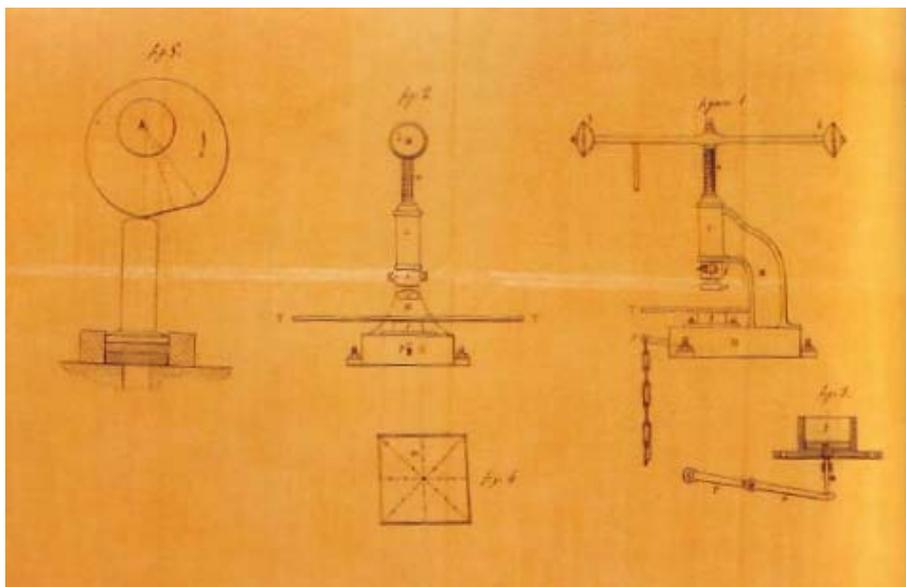


Figura 16: Prensa en seco de Nolla, 1862. Oficina Española de Patentes y Marcas, n° 2014. Fuente: (COIICV, 2007)

La parte más importante del establecimiento estaba destinada a la fabricación de azulejos mosaicos, que incorporaban las innovaciones técnicas de la puntera sociedad inglesa Minton, de Stokey upon Trent; pero también había otra sección dedicada a la elaboración de tejidos de lino para facilitar una parte del salario a los obreros mediante el llamado *truck-system*.

La empresa Nolla seguía existiendo en la época de la Exposición y fue una de las suministradoras principales de azulejos, como se tratará en el capítulo séptimo.

Durante las décadas siguientes, todas las empresas se tecnificaron. Y ese proceso de tecnificación también alcanzó a las empresas de varios municipios de *l'Horta*, como *Alaquàs* o *Manises* que transformaron sus manufacturas en verdaderas fábricas en la segunda mitad del XIX (Soler Ferrer, 1992).

En lo que se refiere a la fabricación de baldosas hidráulicas, cuya producción estaba muy extendida en *l'Horta*, se habían fabricado tradicionalmente a mano. Sin embargo, las fábricas de Juan Martín y Cía y de José Palop Vea introdujeron las prensas hidráulicas a principios de siglo con muy buenos resultados.

Palop, cuya fábrica estaba instalada en la calle San Vicente, con almacenes en el *Grau*, era un fuerte exportador al resto de la Península y ultramar. Estuvo presente en la Exposición. En diversos números de la revista (Valencia, literatura, 1909) aparece publicidad de su empresa en la que se presentaba como “*Fábrica de mosaicos hidráulicos. La más bien (sic) surtida en dibujos artísticos y coloridos finos permanentes. Especialidad en pavimentos para iglesias*”. Aunque también actuaba como representante almacenista de varios productos importados, como el “*Portland marcas Espada y Cisne de las acreditadas de ‘The Hammer de Tournal’, Bélgica*”

Sobre la instalación que la empresa montó en la Exposición, dice la misma revista:

“Una de las instalaciones que más justamente llaman la atención en el Palacio de la Industria de nuestro Certamen regional, es la de la fábrica de mosaicos hidráulicos de don José Palop.(...)”

Consiste su negocio en la fabricación de mosaicos hidráulicos, y materiales de construcción de todas clases, y gracias á su solidez y esmero, que son su nota característica, hoy figura a la cabeza de las que se dedican á este ramo, no sólo ya por la consistencia de sus productos, sino también por el arte que preside en todos sus trabajos.(...)”

Como especialidad de la casa, debemos consignar las imitaciones de los mosaicos romanos, última creación de esta acreditadísima fábrica. Estos mosaicos por sí solo, bastarían para abrirle las puertas de todos los mercados al Sr. Palop. No hemos visto cosa más acabada ni más artística.(...)”

Estos mosaicos romanos están llamados á producir mucha honra y provecho al señor Palop. Un detalle augura este resultado: las primeras muestras enviadas á América han sido recibidas allí con éxito tan lisonjero, que ya se llueven los pedidos sobre la fábrica (...)”

En la Exposición, también estaba presente la empresa de la ciudad (con talleres en la Calle de Cuenca) Furió Hermanos, que anunciaba en el (Catálogo, 1909): “*Fabricación de pavimentos, piedras para chapados, pedestales, molduras, adornos, imitación á jaspe*.” y también “*Baldosas de gran tamaño, desde 0,35 a 0,40 centímetros (sic) blanco y negro extra, para iglesias y salones, etc. De esta clase se ha construido un pavimento de 2.000 metros cuadrados en el Hospital Provincial de Valencia*”.

Por su parte, Manises, Meliana y *Quart de Poblet* habían iniciado un crecimiento industrial que continuaba su expansión: más que en azulejos, en mayólicas (que se distinguen de los anteriores porque se trata de loza

ordinaria con incrustaciones metálicas) y la ornamentación cerámica era su especialidad. En el año de la Exposición, sobresalían las fábricas de Bayarri y Cía (sita en el camino de *Burjassot* y con su propio pabellón en la Exposición), Juan Aguilar (presente en la Exposición) o Francisco Mora (presente en la Exposición). De esta última dice (Martínez Gallego, 1995) que estaba situada en el término de Meliana, en una superficie de 13.000 metros cuadrados, en la que trabaja la elevadísima cifra de 660 empleados, sin contar los 150 que se ocupan en las canteras. Manises estaba representado por la empresa de Francisco Valldecabres Muñoz, cuya fábrica estaba frente a la estación de tren de la localidad. Un grabado a toda página en el (Catálogo, 1909) publicita su instalación en la Sala número 1 del Piso Bajo del Palacio de Industrias de la Exposición.

Quizá la empresa del sector que más esfuerzo propagandístico hizo en la Exposición fue Justo Vilar e Hijos, de Manises. En el número 8 de (Valencia, literatura, 1909) del 11 de julio de 1909 se dice, en un tono propagandístico y laudatorio, de su instalación:

“La fábrica que en la actualidad poseen dichos señores es indudablemente una de las más importantes, no sólo por la cantidad de productos fabricados, sino por su excelente calidad y por lo extenso de su mercado. Trabajan diariamente en ella muchos é inteligentes obreros, y se halla dotada de cuantos elementos de índole artística é industrial se conocen en la actualidad.

Fabrícanse con el concurso de verdaderos artistas primorosos objetos de todos los estilos, desde aquellos que renuevan la tradición de las cerámicas españolas y árabes, hasta las que se exigen por los más depurados gustos modernos. Contribuye á tal perfeccionamiento aparte de la aptitud artística de los modeladores, la calidad de las primeras materias, como arena, pintura, barnices, etc. Los barnices especialmente se elaboran en departamentos á propósito y el plomo y la sílice que los componen se combinan en los hornos, y después se muelen dos veces. Igual cuidado se pone en la confección y en las operaciones de cuantos objetos salen de la fábrica.

La nota culminante de la casa Justo Vilar é Hijos es la artística: cuida hasta en los menores detalles que el gusto más exquisito se refleje en los millones de objetos cerámicos de toda clase y precios, no permitiendo que salga de los almacenes ningún ejemplar que tenga el más pequeño defecto.

Distintas clases de objetos se fabrican en el mencionado centro fabril: además de los barros cocidos de uso ordinario, hácese vajillas que llaman la atención por su solidez, variedad de dibujos y persistencia de colores; en la cerámica ornamental se realizan verdaderos prodigios, así como en todo lo relativo a las mayólicas, azulejos de adorno con relieves artísticos y artículos de reflejos metálicos, en los cuales los señores Vilar han realizado notables progresos, como el de dar á las tonalidades la exactitud y gradación que exige (sic) el objeto ú objetos que se trata de decorar.

Recorriendo los vastos talleres de esta fábrica, nótase un gran adelanto en todas las operaciones, especialmente en la sección de moldes, los cuales están dispuestos de manera que los objetos salgan exactamente como se desea.

Otra de las especialidades salientes de esta casa consiste en la fabricación de azulejos, desde el más sencillo para construcciones modestas, hasta el primoroso empleado para zócalos elegantes, cuartos de baño y decorado de habitaciones y jardines. En todas ellas se observa una nota típica, sobresaliente, de buen gusto, tanto en elegancia y novedad de los dibujos, relieves, como en el vigoroso esmalte y limpieza de colorido. Todas estas cualidades le han valido á la casa Vilar, que sus azulejos sean preferidos en todas partes.

Estas excelentes condiciones de fabricación las observa el público en la inmensa variedad de artículos que tienen expuestos los Sres. Vilar en la sala núm. 1, planta baja del Palacio de Industrias de nuestra Exposición. Allí se ve un magnífico muestrario de cuanto produce esta casa.”

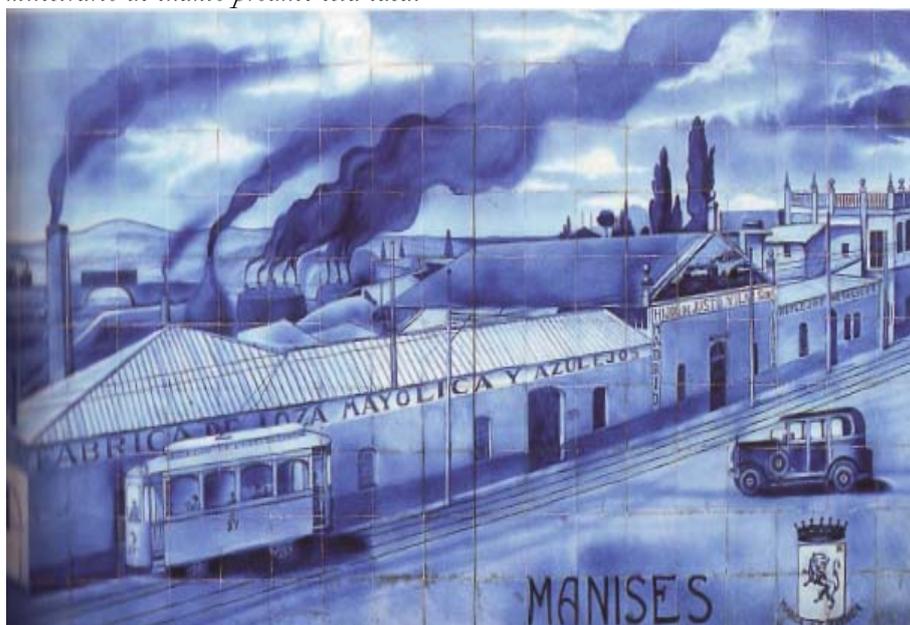


Figura 17: Panel de la fábrica de Justo Vilar e Hijos en Manises (1920).

Fuente: (COIICV; 2007)

Dos zonas de desarrollo azulejero quedaban así configuradas: la tradicional en Valencia y *l'Horta* y Onda-Alcora. Aunque también hay que tener en cuenta la fábrica de Juan Escribá y Cía. de la *Font d'En Carrós* (cuyos azulejos se convirtieron en uno de los principales productos de exportación del puerto de Denia) y la fábrica de Vicente Alcaine Armengol, que procedente de la ciudad de Valencia, se instaló en *l'Alcúdia de Crespins* para fundar La Alcudiana.

Concentrada o en núcleos dispersos, la azulejería y la fabricación de tejas y ladrillos se convirtieron en uno de los sectores más capitalizados de la industria valenciana del XIX y con mayores perspectivas de futuro.

Si en principio, los núcleos de fabricación de loza, azulejos y baldosas estaban solapados, poco a poco, década tras década, en función de las coyunturas y de las ventajas comparativas, las ubicaciones fueron especializándose, al tiempo que se sumaban nuevos espacios. La amalgama inicial es coherente con las afinidades productivas y con la transferencia de procesos y máquinas en los sectores alfareros, ladrillero y azulejero.

El azulejo que en la década de 1860, tiene su centro mayor en la ciudad de Valencia, irá progresivamente asentándose en la provincia de Castellón. A principios del siglo XX desaparecerán buena parte de las fábricas instaladas en Valencia por las ventajas comparativas y la concentración producida en el triángulo Onda-Alcora-Castellón, que ya empezaba a incluir otras localidades vecinas.

En la provincia de Alicante, en 1900, existían cuatro fábricas de ladrillos hidráulicos y dos de cerámicas. Destacaba La Cerámica Alicantina, de los hermanos Ferrer. Se trataba de una fábrica montada por ingenieros franceses, cuyas chimeneas representaban el símbolo industrial de la ciudad, con hornos incluidos (sistema Simon), amplia mecanización y fuerte contingente de mano de obra (en torno a 125 operarios). Fue la primera en fabricar tejas planas, blocks y ladrillos huecos. Vendía tanto al mercado interior como al mercado americano. Fue una de las pocas empresas alicantinas presentes en la Exposición, bajo la razón social Hijos de Jaime Ferrer.

En la siguiente tabla, se refleja la proporción entre las distintas provincias valencianas para todos los tipos de producción del subsector.

Tabla 19.- Las industrias de la cerámica en las provincias valencianas en 1905.			
Concepto	Alicante	Castellón	Valencia
Fábricas de porcelana o loza fina.			12
Fábricas de loza ordinaria.	13	32	97
Fábricas de tinajas y vasijería vidriada y sin vidriar.	17	18	39
Fábricas de pias de barro.			1
Fábricas de objetos refractarios			1
Fábricas de azulejos (número de hornos)		32	13
Fábricas de losetas finas para pavimentos (número de hornos)			8
Fábricas de tejas, baldosas y ladrillos prensados (número de hornos)	21	13	3
Fábricas de ladrillos ordinarios.	104	257	408
Fábricas de losetas hidráulicas para pavimentos (número de hornos)	29	25	137
Fábricas de piedra artificial		3	12
Fábricas de yeso y cal.	28	25	137
Hornos continuos.	6	1	15
Fábricas de vidrio.			4

Fuente: (Martínez Gallego, 1995) a partir de (Márquez, 1910)

En la base de datos, puede consultarse en detalle las empresas del subsector presentes en la Exposición. Se puede adelantar que la conclusión es que esta presencia era inferior a la importancia económica y tecnológica que la cerámica ya tenía en 1909.

4.6.2 Piedra y vidrio.

Las necesidades de la piedra ornamental y el vidrio para la construcción se fueron incrementando según el crecimiento demográfico, y sobre todo las necesidades de las burguesías locales lo hacían. Esa parte de la población, podía permitirse el lujo de vivir (y morir) con adornos marmóreos.

En lo que se refiere al vidrio, las fábricas más importantes de la ciudad en la época de la Exposición eran el taller de J. Prat y la de Salvador Sancho Casanova e Hijos. Ambas estuvieron presentes en la Exposición. También expuso Puig y Martí y Puig hijo, sita en la Glorieta.

J. Prat había fundado su taller en 1896, con máquinas de de biselar y taller, secciones de grabado y decorado, hornos para curvar, muflas para esmaltar en relieve y secciones de montaje de vidrieras artísticas.

La casa Salvador Sancho, dedicada a las vidrieras artísticas, tuvo instalación propia en la Exposición. En el número 27 de (Valencia, literatura, 1909) de enero de 1910, se le dedica un amplio espacio a dicha instalación. Allí se dice:

“La manufactura que nos ocupa puede citarse como modelo de perfección y de arte y originalidad. Su estilo en ciertas obras, es clásico, aunque adaptado á ciertos perfeccionamientos modernos, que completan su mérito y valor, como nos lo demuestran los ricos modelos de vidrieras (...)

Estas vidrieras son á cual mejor, pero aún fabrica el Sr. Sancho una especialidad en estos trabajos que le ha valido muchos éxitos. Trátase de las vidrieras biseladas y montadas con metales de cobre, bronce y níquel, tan perfectamente que es imposible percibir las juntas.

Una de las salas que más llama la atención de tan importante fábrica es la de grabados al cuarzo, tanto en colores como en blanco, propio para rotulaciones, vidrieras, y toda clase de decorado, en opaco y transparente. Imposible sería siquiera citar el extraordinario número de dibujos elegantísimos de irreprochable gusto, que el sr. Sancho posee (...)

Además, estos grabados tienen la ventaja de aventajar (sic) por su solidez y economía, á todos los procedimientos de montaje y evitan las uniones que tanto afean y disminuyen el mérito de esta clase de trabajos (...)

En España se han instalado fábricas de esta clase muy notables, pero todas se han dedicado á una especialidad, unas á vidrieras, otras á espejos, etc... pero la del sr. Sancho á todos los trabajos de esta índole, siendo, por lo tanto la fábrica más completa que existe en nuestra nación.”

Es decir, en una empresa que ya es plenamente industrial, perviven prácticas de elaborada artesanía que le proporcionan ventajas competitivas importantes en un mercado tan exclusivo.

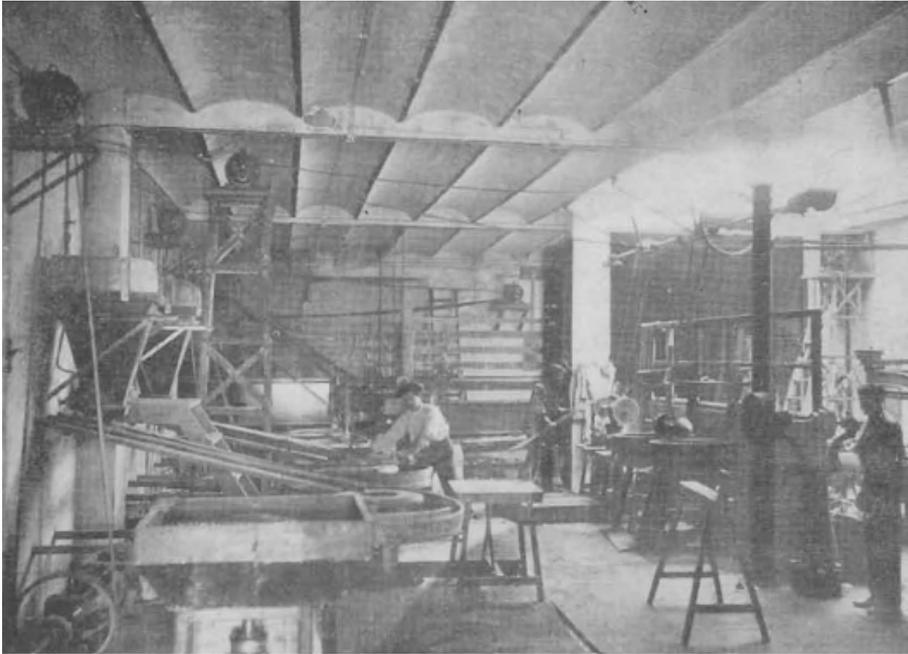


Figura 18: Interior de los talleres del Sr. Sancho. Fuente: (Valencia, literatura, 1909).

En lo que se refiere a la piedra y al mármol, en Valencia se contabilizaban en 1907, 35 talleres de mármoles y talla de piedras. Sin embargo, en la Exposición estuvieron presentes muy pocos de ellos. Quizá la presencia más destacada fue la del industrial Ramón García Romero, de Novelda.

La Exposición fue también la oportunidad para presentar un nuevo producto: el cemento armado. Emilio Albiol, distribuidor de cemento, montó su propia instalación. Sin embargo, lo más representativo de este nuevo material fue la construcción de la Pasarela. Todo ello se tratará más adelante.

4.7 La energía y la electrificación.

(Martínez Gallego, 1995) identifica 1844 como el año en que comienza la era moderna de la energía en Valencia. Los franceses Charles Lebon e Hipólito Fleury, el barcelonés Antonio Tinto y el ya nombrado José Campo, formalizaban la sociedad para la explotación del alumbrado por gas de Valencia. Lo que se pretendía era instalar alumbrado público de gas en sustitución del de aceite. En marzo de aquel año, el municipio

firma con Lebon a través de su representante Jules Lecoq un contrato para un suministro de 20 años de gas público. Al año siguiente, el concejal –muy pronto alcalde- José Campo lograba el control absoluto de la sociedad.

Como ya se ha apuntado anteriormente, Campo fue el protagonista de la vida valenciana de las décadas centrales del XIX. Procedía de una próspera familia aragonesa de comerciantes que hizo fortuna gracias al comercio de ultramarinos, y cuya tradición continuó como mayorista. Estudió Comercio y, auspiciado por su padre, como parte de su formación, realizó diversos viajes a Europa durante su juventud.

La fábrica de gas se ubicó en la Glorieta en 1843; pero su existencia fue problemática. (Vegas, 2003) cuenta que durante un incendio sucedido el 3 de mayo de 1845 en la calle del Mar, se corrió la voz de que se había incendiado también la fábrica de gas y en la desbandada del tumulto murieron sofocadas una docena de trabajadoras de la vecina fábrica de tabacos.

Las obras de las canalizaciones de reparto del nuevo servicio se alargaron más de lo previsto y hasta 1854 no estaba toda la instalación completa. A pesar de las demoras, José Campo consiguió prorrogar una y otra vez su contrato, gracias a sus influencias políticas (fue diputado en Cortes siete legislaturas consecutivas). En 1860, el magnate valenciano se aseguró un nuevo contrato hasta 1889. En 1874, fue ennoblecido por el rey Alfonso XII, con el título de Marqués de Campo, por su contribución al golpe de estado monárquico y nombrado senador vitalicio.

Charles Lebon, el gran empresario europeo del gas, responsable de la contrata del alumbrado de Barcelona y de muchas otras ciudades del continente y antiguo impulsor del proyecto valenciano, intentó volver otra vez a Valencia en 1867 y recuperar parte del negocio. En 1872, su nueva razón social era Eugenio Lebón y Cía. Así, a finales del XIX, la ciudad contaba con dos grandes fábricas de gas: el Gas Lebon que suministraba a los poblados marítimos (no cubiertos por Campo) y la empresa del Marqués de Campo.



Figura 19: Instalación de la fábrica de gas del marqués de Campo en la Exposición de 1883. Fuente: (Ateneo, 2009).

En 1901, se fabricaron 105,8 millones de metros cúbicos de gas ciudad en España. De ellos, 48,8 fueron en Cataluña, 23,9 en Andalucía, 11,6 en Madrid y 8,7 en las provincias valencianas. El resto de regiones, tanto en producción como en consumo, quedaban muy por debajo de esas cifras. (Betrán, 2005).

En 1899, el Gas Lebon consiguió el contrato de suministro para el alumbrado del centro de la ciudad. Cambió su razón social a Lebon y Cía. Según la guía (Congreso, 1909), el ingeniero César Santomá (director de Gas Lebon) calculaba que la fábrica podía suministrar 40.000 metros cúbicos de gas al día. Todavía hoy existen las ruinas de la fábrica de Gas Lebon, precisamente en el solar ocupado previamente por la fábrica de

abono de los Trénor. Al parecer, el Ayuntamiento quiere dar un uso museístico a esas ruinas. Por otro, la empresa de Campo siguió presente en la vida empresarial valenciana.

La energía sustitutiva, la electricidad, llegó a Valencia en 1882, con la constitución de la Sociedad Valenciana de Electricidad de manos de Eugenio Lebón y Cía. Seguía los pasos de Barcelona y de Madrid, donde por esas fechas se habían creado empresas parecidas. Según (Hidalgo, 2008), en la historia de la electrificación valenciana se distinguen claramente cuatro etapas:

- Desde la 1882 hasta 1915, cuando se pasa de las iniciativas locales pioneras a la confrontación de las empresas gasistas con los primeros negocios eléctricos.
- Los años en torno a la Gran Guerra, durante los cuales se consolida la opción eléctrica frente al gas.
- De 1920 a 1932, cuando se da el periodo de lucha entre las grandes distribuidoras por el control del mercado.
- De 1932 a 1936, que son los años de la cartelización del mercado eléctrico, tanto en Valencia como en Castellón.

El período considerado en este estudio coincide plenamente con la primera etapa.

Aunque ya había estado presente en la Exposición de motores de 1880, la gran presentación ante la sociedad valenciana de la electricidad fue la Exposición Regional de 1883, en la que alimentó parte del alumbrado exterior (de forma compartida con el gas) y varias instalaciones fabriles mediante dinamos movidas por vapor. Aunque se hablará más delante de ambas, puede verse como la exposición cumplía su función paradigmática de exhibición de los avances tecnológicos. Precisamente, en el himno compuesto por Teodoro Llorente para dicha exposición se decía *“Trueque ya la noche en día la eléctrica claridad”*.

En 1886 fue instalada por primera vez en forma de alumbrado público permanente con la implantación de los primeros báculos. Pero la mayor parte del servicio todavía era proporcionado por los gasistas (Campo y Lebón).

La transición se fue produciendo de manera gradual. (Riera, 1988). En 1888, el propio José Campo erigió su propia fábrica de electricidad en el patio de su nueva fábrica de Gas del *Pla del Remei*.

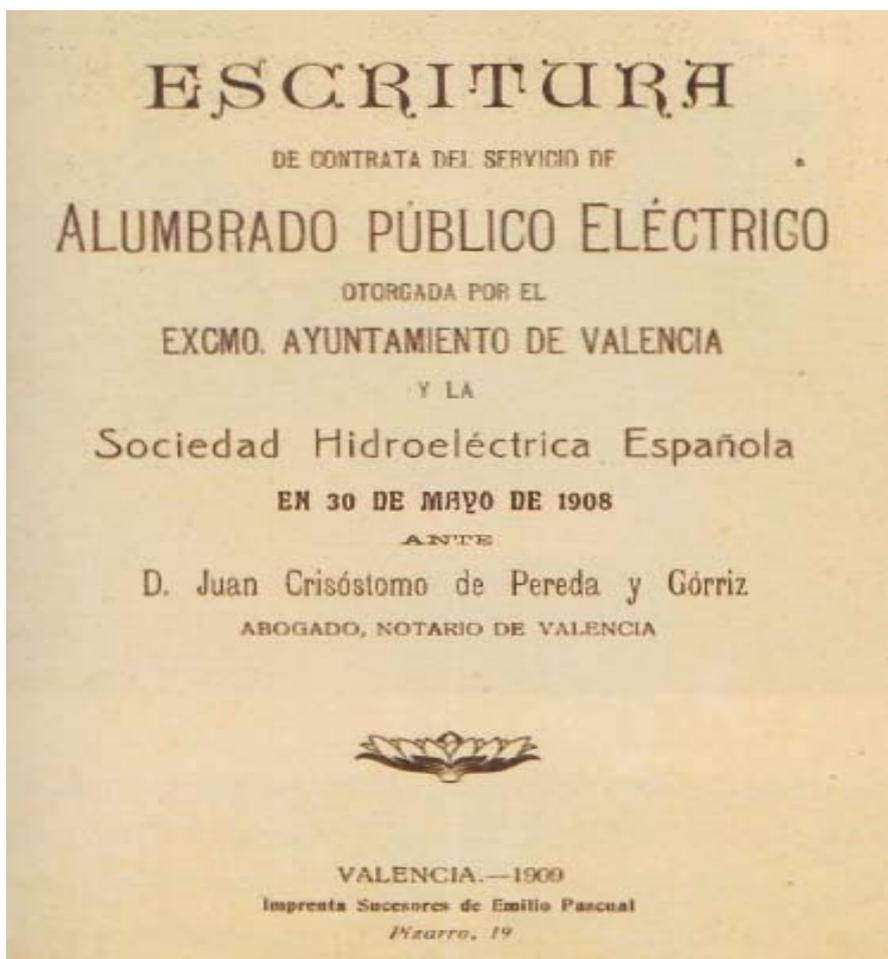


Figura 20: Portada del contrato entre el Ayuntamiento de Valencia e Hidroeléctrica Española (1908). Fuente: (COIICV, 2007)

A partir de 1900, el alumbrado de gas, progresivamente, dejó paso al alumbrado eléctrico. Durante la Exposición, el propio Lebón expuso instalaciones eléctricas. No sólo se competía por los contratos públicos de alumbrado, sino por el suministro a las instalaciones fabriles que comenzaban a transformar su equipamiento. El incremento de la demanda hizo que nuevos capitales entraran en el mercado: el ya citado Romualdo Álvarez en Alzira (1900); José Ortega Paredes en 1902, Electro-Hidráulica del Turia en 1905, Hidroeléctrica Española en 1907 o

Hidroeléctrica Ibérica del Júcar, que estaba previsto que fuera el suministrador eléctrico de la Exposición. Algunos municipios valencianos, como el de Segorbe, serán los primeros de España en disponer de luz eléctrica. El gas desaparecería definitivamente del alumbrado urbano valenciano en 1946. Precisamente, la Exposición puede ser considerada el cambio de inflexión en el mercado energético. A través del evento, los suministradores de fluido eléctrico demostraron al gran público el poder y las ventajas que la electricidad proporcionaba. En el capítulo siete, se tratará más en detalle la presencia de la electricidad en la Exposición, ya que forma una parte importante de los objetivos que pretende este trabajo de investigación.

Hidroeléctrica Española creó la distribuidora Electra Valenciana (1910) para materializar el contrato de alumbrado de Valencia, introducirse en el mercado local de distribución y captar a los principales clientes industriales. Según (Martínez Gallego, 1995) en 1913, ya había 37 instalaciones de producción de energía eléctrica en la provincia de Valencia. (Reig, 2007B) cita a Electricista Alcoyana, la Enguerina, la Electra Alicantina y la Popular de Elche, que ofrecían energía eléctrica en su propia localidad. La dificultad estaba en que la potencia instalada, proveniente de pequeños embalses o motores, era muy baja y, sobre todo, en que no se contaba ni con la tecnología ni con el capital suficiente para el trazado de las grandes líneas de intercambio.

4.8 La Metalurgia y la industria metalmeccánica.

En general, se tiende a considerar a la metalurgia y a la metalmeccánica el sector industrial por excelencia, la industria *strictu sensu*. Los países europeos que llevaron a cabo la revolución industrial “ortodoxa” se caracterizaron a lo largo del XVII y del XVIII por el desarrollo de un amplio sector de fabricantes de maquinaria y de estructuras metálicas que abastecían a la gran industria textil, al transporte y a la minería. (VVAA, 1980) ¿No hubo en el País Valenciano una industria metalmeccánica comparable a la de aquellos países? No en el XVIII; pero sí posteriormente.

Además, fue una industria metalmeccánica innovadora y potente. Y como tal tuvo su espacio en la Exposición. Sin embargo, da la impresión de que la presencia de esta industria pasó desapercibida para los autores del modelo de la “no industrialización”, tal y como se comentó en las primeras páginas de este trabajo. Contemporáneamente, otros autores,

especialmente la profesora Álvarez Rubio (Álvarez Rubio, 2000) y (Álvarez Rubio, 2001) han estudiado con más atención las fundiciones valencianas. Se seguirán especialmente esos trabajos para entender en su verdadera magnitud la presencia de este importante sector en la Exposición.

La metalurgia valenciana debió experimentar su gran salto en las décadas centrales del XIX. El arranque de la metalurgia ligera está vinculado a las actividades agrícolas; pero no es la única causa de su crecimiento y expansión. Para explicar en su totalidad el auge del sector, hay que tener en cuenta la demanda del resto de talleres que usan los productos de la pequeña metalurgia como componentes (industria textil, maderera, etc.) y las necesidades de las primeras grandes instalaciones de la ciudad: las dos fábricas de gas, la fábrica de tabaco, etc. Incluso se puede afirmar que la demanda fue muy superior a la capacidad productiva autóctona durante la segunda mitad del XIX. Eso explicaría la llegada de técnicos e industriales extranjeros a la ciudad de Valencia para intentar negocios en el sector.

En las páginas que siguen se particularizará el desarrollo del sector en la historia de las empresas que lo constituyeron. En la evolución de cada una de esas compañías industriales, desde el estado de talleres casi artesanales a verdaderas factorías fabricantes de maquinaria, pueden apreciarse las numerosas contradicciones y dificultades que experimentó la burguesía “industrial” valenciana (aceptando esta categoría de análisis), así como sus méritos y esfuerzos.

4.8.1 Las primeras fundiciones en la ciudad.

(Martínez Gallego, 1995) a partir de datos recopilados por (Azagra, 1993), identifica el principio de la década de 1860 como el momento en que las fundiciones empiezan a tener presencia importante (y como se verá, molesta) en la ciudad de Valencia.

Los talleres tienden a instalarse todavía en el interior de la ciudad para que sus productos metálicos (básculas, camas de hierro, pequeñas herramientas) no tengan que pagar el impuesto de consumos y para estar más cerca de su mercado inicial e inmediato. Estos talleres ocupan espacios en los conventos desamortizados o en las antiguas casas

gremiales (es el caso de la fundición Masip y Donnay, fundada a finales de la década de los cuarenta y que se citará más adelante).

La principal razón de su desarrollo será las exigencias locales. Demanda asociada de las pequeñas empresas necesitadas de maquinaria y de la continua mejora agrícola, pero también demanda de los nuevos burgueses que edificaban las mansiones con el mayor lujo posible. (Pons & Serna, 2007) recuerdan que las primeras empresas metalmeccánicas eran sociedades de dimensiones más o menos reducidas y que nacían como consecuencia de esas demandas más o menos exiguas. En todo caso, había diferencias sustanciales. Por un lado, estaba el ramo del metal, ligado a la tradición de la cerrajería y, por tanto, vinculado al mundo artesanal. Por otro, estaba el de las fundiciones y de la maquinaria, emblema de la industrialización. Este último era un sector sin un pasado en que sustentarse, aunque sus inicios haya que situarlos en la fabricación de accesorios metálicos de muy diverso tipo, una actividad lindante con la anterior (y que como se verá por la documentación legal, se confunde a veces).

Como se ha dicho, los primeros talleres que dan el salto hacia la industria se situarán dentro de la ciudad. Estos talleres ocasionarán frecuentes litigios entre un vecindario molesto por el martilleo y sobre todo, por el humo y los otros efectos inéditos de las primeras máquinas de vapor, en constante funcionamiento. El paso de los oficios urbanos tradicionales relacionados con el hierro (cerrajeros) a los nuevos talleres fabriles se produjo de forma pausada: los nuevos fundidores intentaron eludir su reclasificación como fundidores para seguir pagando como artesanos.

(Martínez Gallego, 1995) cita varios ejemplos de estas reticencias y pleitos. El maestro cerrajero Francisco Seitre, en 1860, ha convertido su antiguo taller en una fábrica de tornillos, bisagras, goznes. En la década de 1870, la fábrica de Seitre ya era una fundición que construía máquinas de todo tipo, especialmente mecanismos de precisión y medición.

Seitre fue multado con 4.790 reales –el doble de la cantidad que por matrícula industrial satisfacía- por haberse matriculado como cerrajero en vez de cómo ferretero. Su abogado, el célebre Cirilo Amorós, intentó encontrar defectos de forma en el procedimiento incoado por la Hacienda pública y generó confusión en torno a la terminología utilizada por los clasificadores, en el sentido de que “*taller de ferretería*”, “*de cerrajería*” u “*oficio de cerrajero*” eran tres casos difícilmente diferenciables. (Martínez Gallego, 1995) da la vuelta a las hábiles palabras de abogado de

Amorós acerca de que era imposible crear ferrerías en Valencia, porque *“establecidos estos talleres en el extranjero con una maquinaria de que no disponen los industriales de este país, aquellas piezas se importan y se expenden en España por la quinta parte acaso del precio que puede fabricarla un cerrajero”*. Precisamente debido a esas economías de escala, artesanos emprendedores como Seitre se veían obligados a dar el salto a la industria. Para evitar su proletarización, la única salida era convertirse en industriales ferreteros, mecanizando la producción, abaratando costos y trabajando en serie.

Por las mismas razones que Seitre, tuvo problemas el súbdito francés Luis Peries en 1861. Instaló un taller en la calle Morvedre. Producía pequeñas piezas de fundición en serie que vendía en la calle Caballeros. Otro francés, Francisco Malabouche había instalado su “Fábrica Española de Básculas, Balanzas y Romanas” en la calle del Portal Nou, nº 11. Si el “cerrajero” Seitre proporcionaba las nuevas pesas de fundición a la fábrica de tabacos, Malabouche se había propuesto abastecer la totalidad del mercado peninsular. En sus talleres trabajaban 150 operarios, diez de ellos técnicos de origen francés, y el resto, valencianos. Malabouche pronto consiguió la contrata para todas las básculas, balanzas y romanas de la Administración Militar del Estado.

Los motivos por los que la ciudad de Valencia ejercía tanta atracción sobre industriales extranjeros, buenos conocedores de su oficio, parecen claros: existía ya una fuerte demanda que los artesanos autóctonos eran incapaces de satisfacer. Pero esos nuevos talleres requerían inversiones de capital considerables. (Martínez Gallego, 1995) calcula que la empresa de Malabouche sumaba un pasivo en 1861 de alrededor de 800.000 reales (suma del capital social y de los capitales prestados), cifra nada despreciable para la época.

En la Exposición Universal de París, de la que se hablará más adelante, Malabouche fue uno de los ocho expositores españoles en el ramo de instrumentos de precisión: sus pesas y medidas eran el referente español. Había encontrado su nicho comercial en la transformación de los diversos sistemas regionales de pesas y medidas al sistema métrico decimal universal.

Antonio Janner tuvo los mismos pleitos con los vecinos que los franceses cuando su empresa La Constructora Catalana, sustituyó la tracción animal por la máquina de vapor. (Martínez Gallego, 1995) ha rastreado sus pliegos de descarga, que dan una buena idea del proceso de transformación “industrial” de una ciudad todavía no preparada para

ello: “En Valencia mismo ¿cuántas fábricas se hallan establecidas dentro de su recinto, en donde la fuerza motriz se produce con el vapor, y el vapor con el carbón piedra? ¿Acaso por ventura no está generalizado su uso en la economía doméstica? ¿Dónde están las quejas de los vecinos o habitantes perjudicados? En la calle Quart se presenta una fábrica movida por vapor; combustible: carbón piedra. En la calle de San Vicente, plazuela de San Esteban y otros varios sitios dentro de la ciudad, fábricas de fundición, fábricas de vapor, vapor producido por carbón de piedra (...) cuando las autoridades municipales de las poblaciones no han podido realizar todavía la benéfica tarea de edificar y construir barrios obreros, entonces, como la industria y la fabricación constituyen la vida, la riqueza de los pueblos, esa vida no puede matarse, ni a los obreros y fabricantes perjudicarse en sus intereses, sin consumir el suicidio de esta vida...” Como puede verse, todo un alegato a favor del proceso y la industrialización.

De esos mismos pliegos de descargos contra la denuncia vecinal, (Martínez Gallego, 1995) identifica cuáles eran las fundiciones, movidas a vapor, intramuros en 1860.

Tabla 20.- Fundiciones a vapor intramuros en Valencia (1860)		
Fabricante	Industria	Calle
Lamberto Donnay	Fundición	Quart
Jaime Xibixell	Fundición	Plaza San Esteban
La Primitiva Valenciana	Fundición	San Vicente
Francisco Malabouche	Fundición	Portal Nou
Víctor Donnay	Fundición	Muret

Fuente: (Martínez Gallego, 1995).

La historia de todas estas empresas tiene elementos comunes, bien representativos de lo que fue la industrialización valenciana, tal y como han identificado (Pons & Serna, 2007).

En primer lugar, cabe destacar que el auge de estas empresas se produce desde la década de 1850 en adelante como consecuencia de la expansión de dos tipos de demanda. Por un lado, la que genera el desarrollo de las edificaciones y las construcciones en la ciudad de Valencia, que contribuyen a acrecentar los pedidos de algunos de los productos que estas empresas ofrecían. Por otro lado, y quizá de forma más clara, fue el crecimiento de una agricultura intensiva el que favoreció aún más esa producción (Sáez, 2004). Las distintas fases agrícolas exigían una clase de maquinaria específica para su explotación. Esos nichos de mercado

serían aprovechados por estas fundiciones para canalizar su expansión. De ahí que su especialización inicial lo fuera en bombas y en pequeñas máquinas de vapor para el riego, en trilladoras para el arroz, en prensas para el aceite y el vino, etc. Además, esta implicación agraria acababa teniendo efectos multiplicadores. Estas empresas formaron a una serie de mecánicos y de especialistas muy cualificados. Esto favoreció que, a la larga, dicha especialización diera paso a su participación en otros sectores industriales o, en algún caso, la transformación del capataz en empresario.

4.8.2 Los extranjeros.

En la tabla anterior podía verse la presencia de un apellido cuya actividad industrial llegó hasta la Exposición: los Donnay.

La familia de los Donnay fue otro de los grupos extranjeros que llegaron a Valencia para llevar a cabo actividades industriales en el sector del metal. El patriarca familiar era Lamberto Donnay, que en los años 50 fundó “La Fundición Belga” de Donnay, con el tiempo, “La Maquinista Belga”. Lamberto Donnay debió quedarse como único propietario de la empresa que había fundado con Masip, citada anteriormente.

En la década de 1860, los hijos de Lamberto montaron negocios por cuenta propia. En 1864 Juan y Antonio Donnay Creusot y Víctor Donnay Dethin (que debía ser su tío) formaron una sociedad para la fundición de hierro, de la que se retiraron dos socios en 1866, quedando sólo Víctor. Este se asoció con Enrique Fink Woodrow (socio de la Guillermo Bartle y Cía.) para mantener en pie la fundación. La sociedad, que acogió nuevos socios a finales de los 60, acabó instalándose en los talleres que antaño ocupara Malabouche en el *Portal Nou*.

Pero la prosperidad industrial caía del lado del patriarca. En 1867, Lamberto Donnay Dethin y Antonio Donnay Creusot (padre e hijo) formaron sociedad con Nicolás Chirivella Aleixandre y Francisco Alberto López para crear una nueva fábrica de hierro colado y fundido. Su razón social inicial fue “Donnay e Hijos”. Se convertiría después en “La Maquinista Belga”. En la década de 1880, “La Belga”, con sus talleres instalados en el *Camí del Grau*, frente al convento de San Juan de Ribera, se había especializado en prensas para vino y aceite.

En 1852, se instaló en Valencia el inglés William Bartle. Según la información recopilada por (Martínez Gallego, 1995), en 1861, *“Guillermo Bartle y Compañía posee en Valencia una magnífica fábrica de puntas de París de todos los tamaños y dimensiones. El edificio es de nueva planta, está situado en el camino de Russafa, y casi contiguo a las murallas, y mide 150 pies de longitud por 34 de latitud y 33 de elevación. La obra es de fábrica, de muy buenos materiales, y está cubierta por una magnífica chapa de hierro. Una tercera parte del edificio está destinada a la construcción de las puntas por medio de grandes máquinas que mueve un vapor, fuerza de ocho caballos, y la construcción se hace con tal velocidad que esta sola fábrica puede abastecer, no sólo a nuestra provincia, sino a otras muchas de las limítrofes. Lo restante del edificio deben ocuparlo grandes talleres para la construcción y la reparación de puentes de hierro, cubiertas y otros diferentes útiles de maquinaria, etcétera.”*

Durante las siguientes décadas los Bartle, estuvieron asociados con otra familia de origen extranjero, citada más arriba, los Fink, que debían aportar sus conocimientos tecnológicos. Henry Fink era un empleado del ferrocarril valenciano (Pons & Serna, 2007). La sociedad intentó, en los años 70, probar suerte con la explotación minera, probablemente, con la intención de obtener la materia prima que importaban desde Inglaterra, el mineral férrico, a precios más bajos. Compraron algunas explotaciones; pero fracasaron. Aún faltaban varias décadas para que Ramón de la Sota consiguiera exportar el mineral de hierro del sur de Aragón a través de Sagunto. Probablemente, a consecuencia de los fracasos mineros, la casa Bartle pasase por dificultades a mediados de esa década, hecho que explicaría que (Martínez Gallego, 1995) no los haya encontrado en las guías urbanas de esos años.

Por supuesto, no todo eran éxitos en la historia de la metalurgia valenciana de la segunda mitad del XIX. “La Barcelonesa” tuvo un solo año de vida (1863), la fábrica de José Sena no llegó a dar el salto industrial, la fundición de letras y prensas para timbrar de Juan Clemente, tampoco. En 1868 los hermanos Masip intentaron rehacer la fundición familiar, pero no consiguieron sacarla a flote. (Pons & Serna, 2007) dicen, con cierto tono lírico, sobre los éxitos y los fracasos industriales en este sector: “si hablamos de empresarios y empresas, de fábricas y fundiciones, podemos decir que por cada éxito, por cada compañía que logra triunfar, hay un sinnúmero de fracasos, de ilusiones truncadas, de proyectos frustrados, de quiebras. Mirémoslo de este modo, entendamos que las imágenes del éxito sólo son una posibilidad, que las cosas no estaban destinadas necesariamente a tener fortuna, que esas fotografías que ahora vemos, que ahora se exponen, son semejantes a las

instantáneas que hubieran podido encargar aquellos que se quedaron en el camino”.

A diferencia de ellos, la fundición de George H. Bartle, hijo de William, se rehizo. En 1909, instalada la fábrica en el camino de la Parreta, en la vega de la ciudad, se había especializado en puentes, cubiertas y vigas de hierro para edificios.

La empresa debía trabajar a través de dos razones sociales: George H. Bartle (estructuras), que no participó directamente en la Exposición y Guillermo E. Bartle (que sí lo hizo). Nótese que aunque George H. Bartle no expusiera en la Exposición, estaba presente a través de su trabajo (las estructuras metálicas). También fue el contratista de uno de los alardes tecnológicos del certamen: el Tranvía Aéreo (teleférico), del que se hablará más adelante. En el número 6 de (Valencia, literatura, 1909) hay una reseña propagandística sobre esta fundición, donde se detalla cuáles eran las actividades de ambas razones sociales:

“De una instalación valenciana que no ha podido, por exceso de trabajo y falta material de tiempo concurrir á la Exposición, presentando una instalación de la importancia que se merece vamos á dar cuenta a nuestros lectores. Se trata de la casa George H. Bartle, cuyos talleres de construcción y fundición de hierro han logrado gran renombre.

Pero este establecimiento, cuya fundación data del año 1852, ha colaborado también en la hermosa construcción de la Fábrica de Tabaco, pues cuantas armaduras y cuchillos se han utilizado para esta construcción, han sido fabricados y moldeados en los talleres de la casa Bartle.

Esta misma realiza en sus talleres innumerables trabajos, algunos de ellos de verdadero gusto artístico, que la acreditan como una de las mejores de España.

La armadura de la cúpula del Gran Casino, también ha sido construída en la casa Bartle, que ya tenía cimentada su fama y garantías de éxito en cuantos trabajos ha realizado, como el castillo y Pasaje de Ripalda, de la Excm. Sra. Marquesa de Campo-Salinas, Seminario Conciliar de Valencia, casa de campo de los Rdos. Padres Jesuitas, cubiertas para el seminario de Toledo, Cárcel Modelos, Matadero de Valencia y otros muchos importantísimos trabajos, que sería prolijo enumerar, pero que son más que suficientes para acreditar una casa de esta índole de trabajos (...)

La fundición de D. Guillermo E. Bartle, hijo de D. George, ha presentado en el pabellón de máquinas de la Exposición una artística y sencilla; pero interesantísima instalación donde expone numerosos modelos de distintos modelos de bujes ó maguillas, extriadas y lisas, de todas clases y tamaños, hasta el diminuto, de ocho centímetros y el modelo catalán en la clase extriada.

En todos estos modelos se admira no sólo la absoluta perfección y consistencia, sino la competencia del constructor y la inteligencia y laboriosidad del personal de los talleres, base principal del creciente adelanto y crédito de la casa Guillermo E. Bartle que es hoy la fundición que más trabaja (...)

El año último, en el Concurso Industrial verificado en Valencia, le fué otorgado el gran diploma de honor, lo que prueba la extraordinaria importancia de los trabajos de esta casa...”



Figura 21: Nave de montaje de una fundición (no determinada).
Colección J.J. Díaz Prósper. Fuente (Álvarez Rubio, 2001)

4.8.3 Los talleres Gens y la industria del carruaje.

Por desgracia para el joven Guillermo H. Bartle, otra empresa era la líder en el subsector de bujes y manguillas. Los talleres Gens, ubicados en la Calle Morvedre, extramuros de la ciudad, habían comenzado su actividad en 1835 y se especializaron muy pronto en la fabricación de accesorios para carretas y carros. No hay que olvidar que el modo fundamental (si no único) de transporte de mercancías y pasajeros se hizo mediante tiro de caballerías hasta bien entrado el siglo XX. La casa Gens proveía a los constructores de carretas de unos componentes imprescindibles: los

bujes y las manguillas o cañoneras, elementos protectores del cubo de las ruedas frente al roce del eje.

La industria relacionada con el carruaje mantuvo su importancia a lo largo del XIX. La casa parisina Richert amplió su fábrica fundición en 1866, en el Llano de Zaidía. Otro constructor de carros, Julián Urgell, quiso en 1873 asegurar la propiedad de unos “ejes esféricos” de su invención. Sus talleres estaban en la calle Bonaire y obtuvo la patente solicitada, según ha investigado (Martínez Gallego, 1995).

Aunque nunca fue una fundición de grandes dimensiones, Baltasar Gens actuó como un empresario ambicioso. (Martínez Gallego, 1995) investigó en los Archivos de la Diputación de Valencia una solicitud de Gens de 1871 la marca de fábrica para sus productos: concretamente “Fundición de Hierro Primitiva Valenciana”. La elección del nombre no era baladí; la principal competencia de Gens era precisamente “La Primitiva valenciana”, de la que se hablará más adelante.

A principios del siglo XX, la fundición Gens seguía en la Calle Morvedre (Sagunto), 51, ocupaba a unos 30 obreros, mantenía su especialidad y solamente, su razón social se había alterado por el paso del tiempo: se denominaba “Salvador Gens y sobrinos”. Los accesorios Gens habían cosechado grandes éxitos en las Exposiciones de 1883 de Valencia y de 1888 de Barcelona, según se proclamaba orgullosamente en la publicidad insertada en (Guía, 1909). Mantenía la hegemonía en el mercado peninsular de bujes y otros componentes para los carros. En el número 11 de (Valencia, literatura, 1909) del 1 de agosto de 1909, le publicaron la siguiente reseña propagandística:

“Esta acreditada casa presenta en la sala de máquinas del Palacio de Industrias de nuestra Exposición una interesante instalación de bujes de carro que reproduce el adjunto grabado.

Es la fundición de los Sres. Salvador Gens y Sobrinos una de las más prestigiosas de España en su especialidad y la más antigua de Valencia, pues data de 1835 (...)

Debemos considerar en estos bujes el esmerado pulimento y la uniformidad de desgaste en toda su superficie interna, con lo cual es evidente que el rozamiento es más suave y mayor la duración del buje, aumentándose la velocidad de la marcha del vehículo, por encontrar el eje menor resistencia.

Bajo el punto de vista de la economía, y como quiera que la construcción especial de los bujes marca Gens evita en gran parte las sacudidas bruscas, los gastos de reparación y entretenimiento de los carros, son siempre muchos menores que con los bujes de otras procedencias. ¡Compréndese, pues perfectamente la extraordinaria aceptación que

tienen tanto en España como en Portugal, por parte de los grandes y pequeños constructores de carretas (...)

A partir de 1931, estos talleres se trasladaron a la calle de *Burjassot* (ya especializados en la construcción y reparación de maquinaria). La posible restauración y uso social de los talleres de “Bombas Gens”, de hermosa arquitectura modernista (Newell, 1985), han movilizadado en la actualidad a diversas organizaciones cívicas de los barrios de Benicalap y *Marxalenes* y ha sido objeto de debate en algún pleno municipal de la Valencia contemporánea.

4.8.4 Los fabricantes de camas y otros objetos de consumo.

La presencia de obreros formados y de una demanda creciente determina la aparición de varias fábricas urbanas. En la siguiente tabla, puede comprobarse la evolución de los distintos sectores dentro de la ciudad de Valencia. Aunque las fundiciones han ido abandonando la ciudad, el número de pequeños fabricantes de objetos metálicos, crece a lo largo de las décadas de la segunda mitad del XIX. En la tabla también puede observarse la presencia de alguna de las empresas que se han citado antes:

Tabla 21.- Las industrias metalúrgicas en la ciudad de Valencia (1849-1876)		
Producción	1849	1876
Clavos	0	8
Cuerdas para instrumentos	1	5
Camas de hierro	0	4
Máquinas y básculas	0	7
Fundición	3	1

Fuente: (Martínez Gallego, 1995) a partir de (Madoz, 1849) y (Navarro, 1876)

El crecimiento del sector distaba mucho de ser “explosivo”. Y quizá una de las razones es la dada en (Pons y Serna, 2007): hubo una progresiva liberalización de los aranceles que protegían al sector (reducción de derechos impositivos en 1841, Ley General de Ferrocarriles de 1855, que

permitía la libre entrada de todos los materiales necesarios para su construcción, el denominado arancel Salaverría de 1862, que rebajaba notablemente los derechos aplicados a la mayoría de productos siderúrgicos). Esta liberalización hizo que los talleres dedicados a las construcciones mecánicas y al metal en general, se refugiaran en los mercados locales, jugando la baza de la proximidad.

(Martínez Gallego, 1995) ha rastreado la presencia de otros fabricantes que se fueron especializando en diversos objetos de hierro. Por ejemplo, la fábrica de “Petit y Fabregat” en 1866 se dedicaba a la fabricación de miriñaques de acero y otros utensilios.

La fábrica de José Pérez, en la calle En Sanz, fundada en 1858, alcanzó su expansión en los años 90 y a principios del XX, bajo la razón social “José y Julio Pérez”. Su expansión parece que se debió a lograr las contrataciones de asilos, hospitales y colegios para sus camas de hierro doradas y niqueladas. Un nuevo tipo de necesidades sociales, transmitidas a través de los primeros grandes contratos públicos, exigían un nuevo tipo de fabricantes industriales. Los Pérez también fabricaban colchones de muelles y sommiers: productos altamente innovadores en la época.

Dada la demanda, había más fábricas de camas en la ciudad, como los talleres “Gabriel Tormes y Cía”, de la calle *Barques*, en los años 70, o la fábrica de Vicente Tamarit a principios del XX. La tercera y cuarta generación de fábricas metalúrgicas, las que se van instalando en las décadas de 1880 y 1890 lleva a cabo una diversificación de la producción, en respuesta a una demanda cada vez más compleja y exigente.

En el año de la Exposición, la fábrica de los Pérez despliega una gran campaña publicitaria. En (Guía, 1909) se presenta como “*exportador a Provincias y Ultramar*”. También incluyeron abundantes anuncios en (Valencia, literatura, 1909), donde anunciaban “*Colchones de muelles y sommiers de todas clases. Muebles de hierro propios para jardín, casas de campo, comercio, fondas y cafés*”. Sin alcanzar la brillantez de los fabricantes de madera, la instalación de José y Julio Pérez fue quizás una de las interesantes del Palacio de Industria. En (Vegas, 2003), hay una referencia al estilo de los productos de estos fabricantes y de Vicente Tamarit, hijo: “los barrotes de los cabeceros y accesorios se agrupaban en triglifos y se remataban con curvas de seca sacudida, siguiendo patrones de la Escuela de Glasgow, que aún siendo de origen escocés, se definía sumaria y erróneamente como de estilo inglés”.

Fábrica de Camas de Hierro

CASA FUNDADA EN EL AÑO 1858

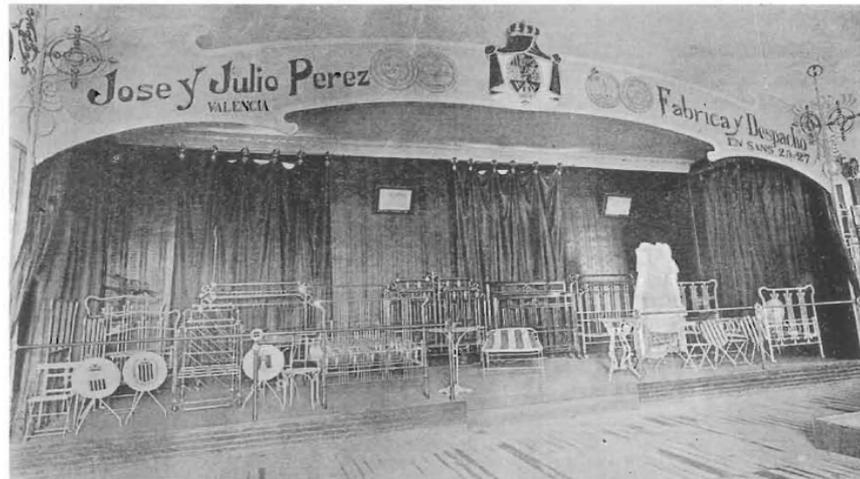


DORADAS Y TIQUELADAS
DE TODOS SISTEMAS Y PRECIOS

JOSE Y JULIO PÉREZ

(ANTES JOSÉ PÉREZ ARNAL)

PROVEEDORES DE LA REAL CASA



Calle En Sanz; 25 y 27 (junto á las calles de Gracia y San Vicente) **Valencia**
TELÉFONO NÚM. 58

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR

Especialidad en CAMAS - - -

y demás objetos para COLEGIOS.

HOSPITALES y ASILOS : : : :

Colchones de MUELLES y SOMMIERS

DE TODAS CLASES

MUEBLES de HIERRO Propios para Jardín, Cas-
as de campo, Comer-
cio, Fondas y Cafes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Exportación á Provincias y Ultramar

Pídanse Catálogos

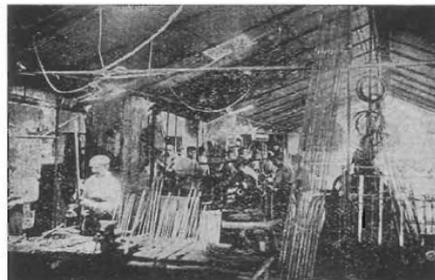


Figura 22: Publicidad con la instalación de la fábrica de camas José y Julio Pérez en la Exposición. (Fuente: Valencia, literatura, 1909)

4.8.5 La Primitiva Valenciana.

La Fundición Valenciana de Hierro Colado y Bronce de Bofill y Cía. nació en 1844. La formaban el oriolano de origen catalán Isidro Bofill, profesor mecánico, hijo del accionista mayoritario de la casa comercial “Ramón Bofill y Cia.” y los valencianos Sebastián Batlles (gerente-administrador) y José Bisbal, según (Martínez Gallego, 1995). Según (Álvarez Rubio, 2001), Bisbal se llamaba de nombre Isidro, era farmacéutico de *Alcoi* y aportó los 40.000 reales del capital inicial.

La fábrica abrió sus puertas la víspera de Navidad de 1844 en la Plaza del Conde de Carlet. Se dedicaba a la fundición de hierro colado y bronce, con un taller de construcción de máquinas aplicadas a la agricultura, artes e industria. La evolución parece ser que fue positiva ya que debido al aumento de la cartera de pedidos, hubo una ampliación de capital dos años después de su fundación. Bofill, director de la fábrica fijó sus miras en la construcción de una noria que se acoplase a las características de las canalizaciones de riego y los pozos cartesianos del país. En 1845 solicitó el privilegio de introducción de una noria de diseño extranjero capaz de elevar con la fuerza de dos caballerías unas 240 arrobas de agua por minuto a 24 palmos de altura. Le fue concedida la patente: la noria fue construida en sus talleres y probada con éxito en la *Pobla Llarga*, en 1848. Se convirtió en el producto estrella de la fábrica. (Sáiz, 1999).

En 1848, Isidro Bofill protestaba ante la Diputación Provincial por la presunta usurpación por parte de Masip y Donnay, citada antes, de la fabricación de la noria antedicha, violando el privilegio de cinco años que le había sido concedido por el Ministerio. (Martínez Gallego, 1995) interpreta que la construcción de norias se había convertido en el sector de mayor empuje de la fundición local, seguida a cierta distancia por la elaboración de clavos y cerrajería (que se mantenía en la década de los 40 en un estadio manufacturero y tradicional).

Por razones que se desconocen, La Fundición Valenciana de Hierro Colado y Bronce de Bofill y Cía. adoptó una nueva razón social en 1849, que sería el nombre que perduraría para el futuro: La Primitiva Valenciana. Amplió el capital y los socios capitalistas. Los nuevos cargos de la empresa serían Valero Cases, como director técnico y Cleofás Cano, como contable. Según (Pons, 1992) entre 1850 y 1860, el desarrollo de la empresa fue espectacular, hasta el punto de que tuvo que

contratar más especialistas en fundición para poder atender el incremento en el volumen de negocio.

Valero Cases era el paradigma del triunfo ochocentista, el prototipo del hombre hecho a si mismo. Era de origen humilde, aprendió el oficio de la cerrajería trabajando como asalariado y a los 18 era oficial. Al parecer, amplió sus conocimientos en Barcelona y regresó a Valencia para trabajar en la empresa que estaba montando Bofill. Cases fue ascendiendo en la empresa, al tiempo que se formaba en matemáticas y contabilidad (obtuvo el título de “profesor mecánico”). De simple capataz de fábrica, llegó a ser socio industrial. En 1870 ya era el propietario único de la empresa.

(Pons & Serna, 2007) recalcan que el currículo de Cases era la vía habitual, la que él siguió y la que recorrieron tantos técnicos de aquellas décadas: una competencia de principiante que refleja una pericia técnica se convierte en saber de experto, condición que, a la postre, permite ascender en la jerarquía de la empresa. Se trata de una sociedad que premia el mérito y el talento cuando la destreza requerida no es común.

Y ello era así porque no había una enseñanza institucionalizada que pudiera sustituir a las lecciones que se impartían desde antiguo en la Real Sociedad Económica de Amigos del País (RSEAP, 2003), donde existía una cátedra que acumulaba los saberes de la aritmética, la geometría y la delineación, o que pudiera complementar las experiencias adquiridas en los talleres o fábricas existentes. Un poco más adelante se tratará el fallido intento de crear una Escuela Industrial.

Bajo la dirección de Cases, La Primitiva Valenciana, además de norias, fabricaba máquinas de vapor, bombas aspirantes e ímpelentes, prensas hidráulicas y de tornillo para vinos y aceites, material mecánico para molinos arroceros y harineros, turbinas de todos los sistemas, maquinaria para el sector del azulejo y diversos transmisores de fuerza (Álvarez Rubio, 2001). Es decir, ya comenzaba a haber subsectores industriales, compradores de maquinaria y de suministro que ejercían un efecto “tirón” sobre estas primeras fábricas metalmecánicas.

La capacidad técnica que alcanzó La Primitiva (y en general, el sector metalmecánico) resulta sorprendente, en especial cuando se estudia el tema desde el más que discutible punto de vista de “un País Valenciano sin industrialización”. En (Nadal, 1987), se documenta que en 1877, La Primitiva servía un máquina de vapor de 40 CV para la fábrica de

envases y madera Viuda e Hijos de Francisco Martín. (Martínez Gallego, 1995) cuenta que, también por aquella época, La Primitiva estaba fabricando un “locomóvil” para las tareas del campo, el primero de la historia de España. Según sus investigaciones, un cerrajero de Carlet, Francisco Balaguer, había presentado a las autoridades, en la tempranísima fecha de 1848, una solicitud de exhibición de un “caballo-máquina”. Al parecer, los hombres de La Primitiva captaron su idea. Pero los caminos bacheados y polvorientos de la época eran incompatibles con automóviles de trayectoria libre impulsados a vapor.

(Pons & Serna, 2007) hacen hincapié en lo significativo del asunto. En primer lugar, hay que recordar que, a esas alturas del XIX, la utilización de fuentes de energía inanimada por parte de los agricultores europeos era un fenómeno limitado, tardío y desigual. De modo que el hecho de que hubiera una cierta demanda entre los propietarios valencianos muestra su dinamismo, como lo muestra también desde otra perspectiva, el que los fabricantes locales pudieran satisfacer esta demanda y atender sus exigencias. Con anterioridad, se acudía a otras empresas, por lo general foráneas. Por ejemplo, la casa barcelonesa Alexander Hermanos fabricó hacia 1856 el primero de una serie de molinos arroceros de arroz que tenían la particularidad de quemar la cáscara de arroz en lugar de carbón, un ingenio que había sido construido para Vicente Martínez y Pérez, propietario de Sueca. Asimismo, de los más de mil vapores fabricados por esta firma antes de 1882, un total de 157, de todos los usos, se vendieron en tierras valencianas. Entre ellos, estaban los que encargó el Marqués de Montortal, unas pequeñas máquinas de entre 2 y 15 caballos de potencia. Se usaban para elevar el agua de pozos de cierta profundidad y se extendieron de inmediato por la comarca de La Ribera, donde en menos de dos años se instalaron alrededor de 50 de su clase. Así, pues, el locomóvil de La Primitiva, es decir, una máquina de vapor montada sobre ruedas, era una idea particular de Cases: su decidida voluntad de competir en ese sector. Con ello, mostraba que esos ingenios podían fabricarse en Valencia.

Cuando Cases murió en 1879, la plantilla de la fábrica alcanzaba los 275 trabajadores, muchos de ellos con un alto nivel de capacitación técnica. Así, La Primitiva fue el origen de gran parte de la industria y de la tradición metalmeccánica valenciana que llegaría a la Exposición. Varios trabajadores salieron de la empresa dispuestos a construir sus propios talleres.

Los dos hombres fuertes de la empresa, Francisco Climent, director técnico y Miguel Alcalá Palau, administrador-contable, intentaron crear una nueva sociedad con la viuda de Cases y su hijo. Faltando únicamente la confirmación ante el notario, no se llegó a un acuerdo (posiblemente por desacuerdos acerca de la cuantía del capital que los socios comanditarios debían imponer). La Primitiva dio lugar entonces a dos empresas distintas: Vda. e hijo de Valero Cases y La Maquinista Valenciana. Por otro lado, otro antiguo empleado de La Primitiva, Vicente Lladró, llamó a su fundición de *Almàssera*, especializada en material móvil para las vías férreas, “Primitiva Valenciana”, en un claro intento de reclamar la “paternidad” productiva.

A finales del XIX, la empresa de Lladró había adaptado la razón social “Lladró, Cuñat y Cía” y se había convertido en una importante factoría. Estaba instalada junto a la vía del tren en *Almàssera*. Fabricaba material móvil de tranvías, vagones, etc. Lladró presentaría en la Exposición varios de sus coches.

4.8.6 Vda. e hijo de Valero Cases y los talleres de Bartolomé Montañés.

La Primitiva inició una nueva etapa de su vida bajo la nueva razón social “Vda. e hijo de Valero Cases”. Para sustituir a Francisco Climent, se contrató al ingeniero y catedrático de química, Julián López Chávarri. Eliseo Gómez-Senent llevó a cabo una interesante investigación sobre el personaje, al que se puede considerar como el fundador de la efímera primera Escuela de Ingenieros Industriales de Valencia.

En (Pons & Serna, 2007) se encuentra una larga referencia a ese proyecto pedagógico. El intento había comenzado en 1852, para sustituir al Conservatorio de Artes patrocinado por la Sociedad Económica en la que tantos artesanos se habían formado. Fue, de hecho, una continuación lógica de este e incluso ocupó los locales del Colegio Reunido. Sólo había tres aulas y, por ejemplo, las materias de química y mecánica compartían una con forma de anfiteatro que contenía 26 bancos forrados, dos pizarras y un mostrador para realizar prácticas, provisto de agua y gas. El gabinete de mecánica disponía de aparatos de diversas clases: para estudiar la mecánica de los choques, la fuerza centrífuga, modelos de cabria, de cabestrante, de grúa, palancas, balanzas, bombas, ruedas hidráulicas, máquinas neumáticas, etc. La principal

escasez estaba en los docentes: sólo dos profesores para atender todas las materias y alumnos.

Por desgracia, el nuevo centro no contaba con el apoyo las autoridades locales, que deseaban una enseñanza más práctica y temían el coste que la nueva Escuela les pudiera suponer. Con estos elementos empezó funcionar en octubre de 1852: con un reglamento que fijaba tres años de lecciones múltiples, tras la que se obtenía un certificado de aptitud para poder ejercer las profesiones industriales, a lo que se sumaba otro año adicional para poder recibir el título de “maestro en artes y oficios”. La demanda no fue demasiado grande: sólo 79 personas solicitaron ingresar en la rama industrial, mientras otros 40 solicitaron entrar en la rama de comercio. La transformación para reconvertir la entidad a enseñanza superior en los años 1855 y 1857 no mejoró la situación, puesto que eso acababa con la gratuidad de los estudios. Así, de 442 alumnos matriculados en el curso 1856-1857 se pasó a 32 en el curso 1858-1859. Se retraían, pues los estudiantes. Una comisión municipal formada por Cristóbal Pascual y Genís y Vicente Linares concluyó en octubre de 1861 que no valía la pena un gasto de tanta consideración.

(Pons & Serna, 2007) transcriben la opinión de estos concejales en unos párrafos dignos de análisis: *“en la ciudad de las flores, el humo de las chimeneas, angostarí­a su encanto. Valencia es agrícola por el clima, por la fertilidad de sus suelos, por la variedad de sus productos, por las tradiciones de sus antepasados y hasta por el carácter de la generalidad de sus antepasados (...) para ser industrial necesitaría ser más pobre o más rica de lo que es y ha sido, pero en el estado que hoy distingue a su fisonomía social, entre las de Sevilla, Cadiz y Barcelona, solamente la agricultura puede asegurarse”*. La Escuela fue suprimida en 1865, tras varios años de languidez.

Como puede verse, la imagen del “Levante feliz”, poco industrial y desarrollado, tenía ondas raíces. (Pons & Serna, 2007) comentan al respecto: “un discurso de esta naturaleza expresa no tanto el agrarismo del que se valían sus hacedores, cuanto el miedo a un desorden, el pavor que tantos tenían a la radical transformación que podía suponer el despliegue de una Valencia industrial”. Es difícil valorar el daño que pudo hacer, no solamente a la industria metalmecánica, sino al resto de sectores industriales, no disponer de un centro de formación superior que proveyera de técnicos a todas estas industrias incipientes.

Y como contradicción a las torpes opiniones de Pascual y Genís y Linares, López Chávarri siguió trabajando y creando, se fue y volvió a

Valencia. En (Martínez-Val, 2001) se dice que “se inició como docente en la malograda Escuela de Valencia (...) hombre polifacético en sus quehaceres técnicos (...) al cerrarse la Escuela de Valencia, pasó a la de Sevilla, que como tan sólo sobrevivió un año, le proyectó de nuevo a Valencia, donde trabajó primero como ingeniero, y después, simultaneó estas tareas con la de Catedrático de Química General de la Universidad de Valencia (a partir de 1881). Como ingeniero efectuó varios proyectos de agua, de gas, y de la incipiente electricidad, pero sin duda, una de sus hazañas más notables fue la de contribuir a diseñar y construir una locomotora de vapor enteramente española, como director de la importante firma Fundición primitiva valenciana”.

Se trata de un hecho sintomáticamente desconocido para los valencianos el que, efectivamente, Vda. e hijo de Valero Cases fue la primera empresa en fabricar la primera locomotora de vapor totalmente construida en España (1884). En el Levante “feliz y agrícola” se construyó la primera locomotora de vapor íntegramente española.

(Pons & Serna, 2007) recuerdan que la primera locomotora que entró en funcionamiento en España fue fabricada en Inglaterra por la firma Jones and Potts. Se le puso el nombre de “Mataró” porque en aquel emblemático año de 1848 había de cubrir la línea que conectaba la ciudad condal con esta localidad, junto a sus gemelas “Barcelona”, “Besós” y “Catalunya”, otras tres unidades idénticas que convirtieron a este pequeño grupo en la primera serie española de locomotoras de vapor. Pues bien, hasta 1884, todas las máquinas de ese tipo habían sido importadas.

La Primitiva construyó aquella máquina entre 1883 y 1884 para el tranvía de Barcelona, en concreto para *Sant Joan d'Horta-Sagrera*. Se la denominó “María” y fue probada en la línea Silla-Cullera el 13 de mayo de 1884, unos meses antes de que la catalana Maquinista Terrestre y Marítima entregara otras dos para el tranvía de Barcelona- *Sant Andreu de Palomar*.

Sin embargo, el hecho de ser los primeros no produjo a La Primitiva los beneficios esperados: ni siquiera llegó a entregarse a los destinatarios originales, de modo que quedó allí donde había realizado los ensayos, con algunas salidas a otras líneas para hacer más pruebas. Tenía cuatro metros de largo y dos de ancho, con un esfuerzo de tracción superior a los mil kilogramos. De hecho, en aquella línea llegó a mover trenes con siete vagones y 56 toneladas a 25 kilómetros por hora. A la postre, fueron La Maquinista Catalana, junto a Nueva Vulcano y Alexander

Hermanos, ambas de Barcelona, la gerundense Planas, Junoy, Barné y Cía. y la sevillana Portilla & White las más importantes empresas españolas constructoras de máquinas de tren de la segunda mitad del XIX.

A finales de los 80, la empresa, sita en la Calle del Arzobispo Mayoral (Calle Játiva), se vendió a Bartolomé Montañés. Montañés era también un hombre hecho a sí mismo. Según decía la (Guía, 1909): “*de aprendiz de estos talleres, con gran inteligencia y grandes desvelos, llega a la cúspide, siendo hoy el propietario de un establecimiento que honra indudablemente a esta ciudad*”. La empresa continuará fabricando máquinas de vapor, norias, prensas y diverso material mecánico. En 1909, los talleres de Montañés ocupaban 1.500 metros cuadrados y daban empleo a 100 obreros. Como se describirá luego, mostró sus máquinas en la Sección de Maquinaria Activa de la Exposición.

4.8.7 La Maquinista Valenciana.

Cuando salieron de La Primitiva en 1880, Francisco Climent Sebastián y Miguel Alcalá Palau fundaron la razón social “Climent-Alcalá” con el objetivo de construir una fábrica de fundición y construcción de maquinaria llamada “La Maquinista Valenciana”. En 1889, Climent se convirtió en su único propietario. A partir de ese momento, La Maquinista Valenciana estuvo indisolublemente ligada a la familia Climent. Gracias a los citados trabajos de la profesora Álvarez Rubio y su equipo se dispone de gran cantidad de información sobre la historia de esta empresa. Y teniendo en cuenta su representatividad dentro de todo el sector metalmeccánico valenciano de principios del XX (y por tanto, su importante participación en la Exposición), se le dedicará un espacio adecuado aquí.

Francisco Climent Sebastián es el prototipo del empresario industrial de la Valencia de la Restauración. Procedía de una familia valenciano-aragonesa que había alcanzado cierto ascenso social gracias al esfuerzo personal del padre, el carpintero Enrique Climent. Francisco Climent, su segundo hijo, obtuvo el título de Bachiller en ciencias y perito mecánico. Su llegada a la actividad empresarial se produjo en un momento en el que las nuevas exigencias científico-técnicas de la producción requerían de mentes despiertas e innovadoras. Desde los 15 años trabajó

simultáneamente con Valero Cases y en el taller familiar de la calle del Torno de las Monjas (Álvarez Rubio, 2001).

Climent y Alcalá decidieron ubicar su fábrica en una de las nuevas zonas de expansión de la ciudad, en el barrio de San Vicente de la Roqueta, concretamente en unos solares situados entre las calles Buenavista, la Paloma, la Estrella y Jerusalén. Su dirección sería Buenavista, 12 y 14. Por aquel entonces, la ciudad todavía no disponía de una legislación concreta para tratar la problemática generada por la localización industrial, ni en lo que se refiere a las posibles molestias ni en lo que se refiere al planeamiento urbano. El marco normativo que la ciudad mantenía en vigor era su Reglamento de Policía Urbana y Rural de 1844 y el Bando General de Buen Gobierno en su segunda y ampliada edición de 1858. Precisamente, en 1880 se había anunciado el primer proyecto de Ensanche en el que se empezaba a contemplar la problemática de la ubicación industrial, como ya se dijo en el capítulo anterior.

La Maquinista fue una de las nuevas fábricas que, aunque no coincidieron estrictamente con la promulgación del Proyecto de Ensanche de 1884, se adaptó a las directrices normativas y al espíritu de aquel. Fue una nueva fábrica para una ciudad nueva que, después del derribo de las murallas, debía contemplar no solamente una expansión de las nuevas zonas de residencias burguesas, sino también y particularmente, la asunción de una nueva realidad industrial y obrera.

La planta industrial donde La Maquinista iba a llevar a cabo sus actividades era, pues, moderna, casi contemporánea, en muchos aspectos. Le compraron a D. Antonio Torres una superficie de 2.285 metros cuadrados, donde se ubicó un edificio de tres plantas, formado por planta baja, entresuelo y planta principal. La parte posterior se abría a un patio del que surgía una chimenea de mampostería de 33 metros de altura y al que abocaban los edificios fabriles. Estos constituían dos dependencias industriales separadas, formadas por tres naves cubiertas con tejados a dos aguas y vanos rectangulares bajo el alero para ventilación.

Como señala (Álvarez Rubio, 2001) su disposición era bastante típica de las industrias de fundición. Se caracterizaban por disponer de secciones separadas a modo de naves cubiertas con tejados a dos vertientes y linternas longitudinales, aptas para la producción en fases. La Maquinista tenía ocho secciones:

- la oficina técnica.
- carpintería y modelaje
- fundición de hierro y materiales no férricos
- tornos cilíndricos y revólver,
- máquinas de mandrilar y de tallar engranajes
- máquinas de rectificar
- sección de tratamientos térmicos y ajustes y montajes
- pintura.

Las paredes eran de ladrillo por los riesgos de incendio y debían disponer de vanos para permitir la extracción e introducción de grandes piezas. Las cubiertas que cerraban estos edificios solían ser de madera o de hierro. La empresa permaneció en el mismo lugar hasta la década de los 60 del siglo XX

Es significativo el espacio fuera compartido por la fábrica propiamente dicha y por la vivienda. Y eso era común en muchas empresas metalmeccánicas valencianas hasta bien entrado el siglo XX. Revela que en la mentalidad empresarial de la época todavía están presentes valores asociados al concepto familia-negocio, de claras reminiscencias artesanales. Del mismo modo que la vida cotidiana y diaria de la familia propietaria, podía ser conocida, al menos parcialmente, por todos, el patrón y su familia conocían a una gran cantidad de empleados. Se establecía así una relación de proximidad paternalista, que no evitaba sustancialmente las diferencias de clase ni los conflictos laborales.

La nueva fábrica, cuya construcción empezó a finales de 1879, comenzó a servir encargos a finales de 1880. Por esas fechas contaba ya con 77 trabajadores. Solamente una demanda fuerte y constante y un proceso de reinversión continua pueden explicar el rápido proceso de crecimiento de La Maquinista. No hay que olvidar que las disponibilidades de capital de Climent debían ser limitadas, al fin y al cabo, procedía de la clase media y la principal fuente de su incipiente fortuna había sido su salario como director técnico.

Es decir, se trata de un mercado en el que una agricultura potente y que se está modernizando rápidamente, tira de la demanda. Esa demanda sólo parcialmente podía ser atendida por la naciente industria local. Como ya se comentó en capítulos anteriores, en un momento de gran empuje de las roturaciones y, sobre todo, de acondicionamiento de los

campos para la introducción de nuevos cultivos, el riego y todo lo que este comportaba y requería, se convertía en la clave fundamental del éxito de una agricultura cada vez más comercializada. Las especiales condiciones climatológicas e hidrológicas de la agricultura valenciana convertían a los pozos, las bombas y las norias extractivas en una prioridad (Calatayud, 2005). Por otro lado, otros sectores industriales, compradores también de la producción de La Maquinista están creciendo. Climent y Alcalá son conscientes de todo ello en su apuesta empresarial.

La Maquinista nace y crece ligada precisamente a las exposiciones del XIX, que como se explicará luego, son la expresión última de ese optimismo económico y de esa fe positivista en la ciencia y en la técnica de los nuevos propietarios fabriles. Climent, siendo ya trabajador de La Primitiva había acudido a la primera Exposición Regional Valenciana de 1867, junto con su hermano Enrique. Habían expuesto un motor de viento para elevación de agua y carpintería relacionada con las primeras máquinas fotográficas.

Pero es todavía más sintomático que, ya como director técnico de La Primitiva, Francisco Climent, también acudiera a la “Exposición Internacional de las Artes, las Manufacturas y Productos del Suelo y de la Mina” de Filadelfia en 1876. Recibió plenos poderes para representar a Cases. El 15 de septiembre, además era nombrado agregado a la Comisaría Regia de España en dicha Exposición. Cita (Álvarez Rubio, 2001) al Comisario López Fabra: *“Atendidos los especiales estudios y conocimientos que usted posee en el ramo de la maquinaria, como ingeniero y a los ofrecimientos que se ha servido hacerme, ruego a Vd. se sirva darme su parecer sobre la adquisición de instrumentos y objetos que puedan ser de interés en las pequeñas industrias para el labrado de metales, maderas y piedras y en el ramo de la maquinaria; debiendo acompañar una reseña general, de lo que haya llamado su atención en este departamento y dos colecciones de los anuncios, prospectos y reseñas que se faciliten al público, a fin de que tomen parte de la colección que debe remitirse al Ministerio de Fomento”*.

En Filadelfia, Francisco Climent hizo esfuerzos denodados para que las máquinas presentadas por La Primitiva en la *Machinery Hall* reunieran todos los requisitos para que fueran premiadas. La máquina de vapor semifija fue premiada *“por la solidez, buena conclusión de detalles y perfección general, así como por la novedad como máquinas de esta clase, que rara vez o nunca son de condensación”*. También fue premiada una noria por su *“sencillez,*

aplicación y baratura?. Se volverá sobre este tema, dada la significación que tiene para este trabajo de investigación.

Más importancia futura tuvo el esfuerzo que dedicó a anotar y dibujar lo que más le llamaba la atención de las máquinas ajenas. Evidentemente, además de los informes preceptivos que envió a la Comisión Regia, la información obtenida debió tener mucha importancia en su trabajo posterior, ya como propietario de La Maquinista Valenciana.



Figura 23: Sala de tornos de La Maquinista Valenciana. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001)

Como se ampliará más adelante, la Exposición de Motores y Máquinas elevadoras de agua, organizada también por la Sociedad Económica del País aprovechando la Feria de Julio de 1880 de Valencia, fue la manifestación más clara de la complementariedad entre la agricultura y la construcción de maquinaria. La protagonista local de esta Exposición fue La Primitiva Valenciana, donde López-Chavarri, sucesor de Climent como director técnico presentó la máquina de más potencia del concurso (45 CV).

Precisamente durante esta Exposición se estaba construyendo la nave industrial de La Maquinista Valenciana, nombre que quizá pretendía reproducir a escala local el referente que constituía la barcelonesa La Maquinista Terrestre y Marítima. (Álvarez Rubio, 2001) encontró en El Mercantil Valenciano del primero de julio de 1880 la noticia de un accidente en las obras de la fábrica, en el que habían perecido dos obreros y habían resultado heridos unos veinte, justo en el momento en el que se estaban colocando las cuchillas de hierro que debían dar soporte al tejado de una de las naves. La construcción de la fábrica debía estar ya bastante avanzada.

No hay constancia de que La Maquinista participara en la llamada “Exposición de la Glorieta” de 1883, específicamente agrícola; pero sí que estuvo presente en la Exposición Regional que tuvo lugar dos meses después. Sus productos fueron expuestos en la galería número 1 (la dedicada a la industria fabril, como veremos más adelante).

La Primitiva, con su pabellón exclusivo seguía siendo la empresa de referencia del sector metalmecánico valenciano; pero la enumeración de los productos (Álvarez Rubio, 2001) que presentó La Maquinista asombra (y más teniendo en cuenta que era una empresa con dos años de vida):

En el apartado de máquinas de vapor:

- una máquina de vapor de 6 CV nominales y 12 efectivos del sistema Corliss.
- una máquina de 50 CV nominales y 100 efectivos, fabricada para la gran serrería mecánica de Juan Vicente Pardo, en Madrid.
- una máquina de 6 CV nominales destinada a la fábrica de hielo de Cayol Hermanos. Se trataba de una pieza de difícil fundición y de la que se presentó el modelo de cilindro y bancada, de un peso de 3.700 kg.

En el apartado de máquinas prensadoras:

- un molino triturador de aceitunas con tres conos, de base de piedra y tolva central.
- una prensa hidráulica de 250.000 kg, de presión con plato de 4 m de diámetro y curso útil de 1,2 m.
- una pequeña prensa de percusión, con cuatro columnas, muy a propósito para preparar los sacos de pasta antes de ponerlos en la prensa hidráulica, en la extracción de aceite de maní.
- cuatro modelos diferentes de prensas de tornillo, de las llamadas de doble efecto. Sistema introducido en España por Climent.

En el apartado de maquinaria para serrería:

- una gran sierra circular para trabajar y aserrar la madera, que puede trocear rollizos de cualquier longitud, montada sobre el bastidor oscilante, con sierra de 1 m de diámetro que sirve sin mover la pieza.
- gran sierra de cinta de poleas porta-sierra de 1,2 m de diámetro y carro longitudinal para cuadrear piezas hasta 9 m de longitud. Al parecer, era una de las especialidades de La Maquinista.

Como puede verse, la diversidad de la producción de La Maquinista era muy amplia y este evento debió ser un excelente vehículo para la expansión por el mercado español de la empresa. Al fin y al cabo, Climent había podido contemplar y estudiar el poder difusor de las exposiciones previas.

Otra característica importante de La Maquinista es la capacidad que mostró para mantener un catálogo amplio de productos y al mismo tiempo, profundizar en algunas líneas prometedoras. Se trataba de una búsqueda sucesiva y alternativa de productos que poco a poco iban sustituyendo a otros más antiguos o con menos demanda en el mercado, sin por ello, derivar el conjunto de la producción hacia la nueva especialización. Esa ha sido también una de las características de las PYMES valencianas durante el siglo XX.

Climent se puso en contacto con la antigua Renta de tabacos. El resultado fue que muchas de las fábricas de tabaco de España, albergaron bajo sus dependencias maquinarias e infraestructuras metálicas fabricadas por La Maquinista. Se construyeron e instalaron máquinas de vapor como elemento motor en las fábricas de Valencia, Madrid, Sevilla, La

Coruña y Cádiz, con potencias de hasta 300 CV. También se suministraron e instalaron montacargas y ascensores para las de Valencia, Madrid, Logroño y Cádiz (Gálvez, 2000). En Valencia y en Cádiz, también se montaron escaleras de hierro fundido y partes de la estructura metálica.

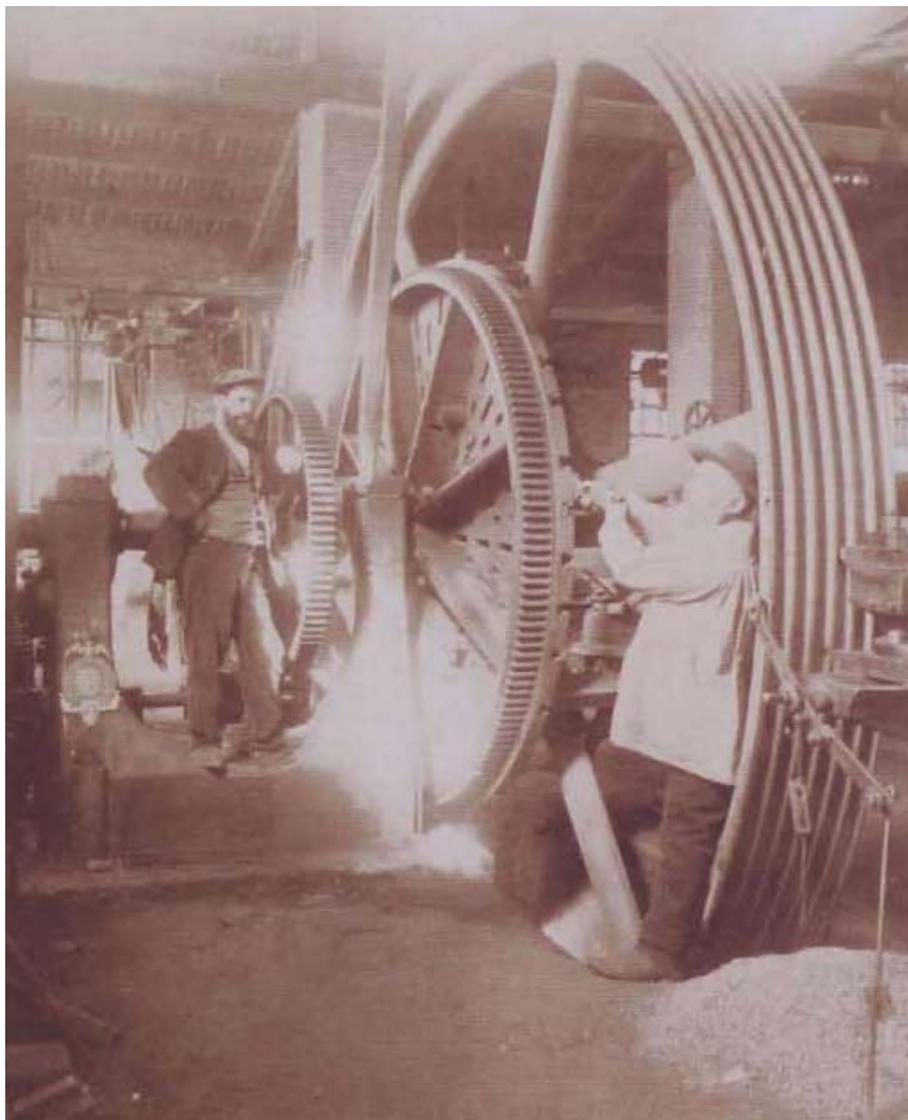


Figura 24: Francisco Climent Sebastián y su hijo manipulando una máquina. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

Durante muchos años, La Maquinista fue el proveedor principal de innovaciones técnicas del poderosísimo monopolio de tabacos. Climent

les proporcionó sucesivos modelos que incrementaban la producción y reducían las necesidades de mano de obra. La máquina “Clitanust”, producía 350 kg de picadura por hora. Su perfeccionamiento posterior dio lugar a la máquina “C.S.”, popularmente conocida como “sesé”, provista de tornos de clasificación, con una producción de 750 kg la hora. Fue instalada en todas las fábricas de Tabacalera en España (Teixidor & Hernández, 2000).

El salto siguiente era liar mecánicamente el cigarrillo, con una importantísima reducción de la abundante mano de obra contratada. La Maquinista diseñó la “Duplex-Climent”, que conseguía una producción de 34.000 cigarrillos por día. El sistema a que dio lugar se llamó “rapide” y fue el primero que se patentó y se utilizó, como tal, hasta finales de 1910. La Maquinista fabricó centenares de estas máquinas. No solamente para la Tabacalera española, sino también para la Compañía General de Tabacos de París (la enorme cifra de 200). Era un mercado en continuo crecimiento que había sido captado por una empresa innovadora y especializada.

Al concluir la patente “rapide”, se construyó la máquina “Vilaseca”. Era semejante a la anterior, con la diferencia de que en la primera el papel avanzaba verticalmente y en la segunda, lo hacía en horizontal, lo que permitía trabajar con el papel engomado y seco, opción que facilitaba la fabricación de cigarrillos que posteriormente pegaba el fumador la revolver el cigarrillo. Fueron los populares “caldo de gallina”, existentes hasta hace bien poco.

La Maquinista también suministró equipos para el tratamiento del tabaco en rama. Máquinas para mojarlo, abrirlo, esponjarlo, torrefactarlo o refrescarlo. Solían ser, sobre todo estos últimos, aparatos de gran tamaño y peso, de hasta 18 m de longitud y 8.000 kg de peso. Se construyeron para las fábricas de Valencia, Tarragona y La Coruña.

La producción de La Maquinista tuvo otra faceta que es bien representativa de la necesidad de los industriales de finales del XIX de repercusión social y simbólica: la de fundición artística de estatuas y monumentos. Ya en 1885, Climent se hizo eco de la iniciativa del Ayuntamiento de erigir una estatua en honor del Marqués de Campo en la plaza con su nombre. Se ofreció a realizar el encargo, incluso gratis. El proyecto, sin embargo, fue encomendado a una empresa italiana.

Al año siguiente, consiguió su primer encargo: la estatua del padre Jofre dentro de un espacio abierto del Hospital que él fundara. El escultor José Aixa Íñigo fue el artista encargado de la obra y La Maquinista llevó a cabo la fundición y el montaje de la estatua, de 1.279 kg y 2,20 m de altura.

Pero la obra más emblemática de La Maquinista fue la estatua del rey Jaime I en el Parterre. La idea de erigir la estatua surgió de la tertulia que se organizaba en 1875 en torno al ya citado Teodoro Llorente, director de "Las Provincias". Los contertulios pensaron que Valencia debía solemnizar el sexto centenario de la muerte del Rey fundador y presentaron un escrito al Ayuntamiento pidiendo la erección del monumento, y firmado por Teodoro Llorente, Vicente W. Querol, Eduardo Attard, Juan Reig y García, Feliciano Llorente, José Fernández Olmos, Vicente Graus, Aurelio Querol, Bernardo Ferrandis, Juan Navarro Reverter, Rafael Ferrer y Bigne y José Brel. Aceptada la propuesta por el Ayuntamiento, se nombró una junta rectora el 13 de junio de 1876 dividida en dos secciones, una que atendía al estudio de la estatua y otra que procuraría recaudar fondos para la misma. La Junta presidida por el alcalde accidental Llorente y Ferrando decide que el monumento consista en una estatua ecuestre fundida en bronce de tamaño vez y media mayor que el natural y que se sufragaría por suscripción pública.

La fecha del centenario pasó sin que se pudiera erigir la estatua por falta de recursos económicos. Para que el entusiasmo popular no decayese se acordó en 1878 construir el pedestal que fue proyectado y realizado por el arquitecto municipal Don Vicente Constantino Marzo, con una altura de siete metros y medio.

Al año siguiente apareció la convocatoria del concurso para realizar la estatua. Se presentaron Moltó, Yerro, Gilabert, Santigosa y Aixa, pero el concurso fue declarado desierto, por lo que se iniciaron las gestiones para encargar la estatua a los hermanos Vallmitjana de Barcelona. La firma del contrato tuvo lugar el 21 de octubre de 1882 con el alcalde Don José María Sales. La estatua fue tallada en madera por Agapito Vallmitjana y aprobada por la Junta en abril de 1886. Para poder fundir la obra, la Junta del monumento se dirigió al Ministerio de la Guerra, solicitando le fueran suministradas quince toneladas de bronce, lo que fue concedido, por Real Orden, en julio de 1886, mediante el envío

desde la fortaleza de Peñíscola de cinco cañones y un obús que sumaban la cantidad solicitada.

Para el proceso de fundición fueron presentadas 4 plicas: los catalanes Hermanos Comas (por 36.000 ptas) y Alejandro Wolhguemoth (por 34.000 ptas.) y los valencianos Vicente Ríos (por 50.000 ptas.) y La Maquinista (por 30.000 ptas). La fundición de la estatua fue concedida mediante concurso a La Maquinista Valenciana, que se comprometió a realizarla en un plazo de ocho meses. El contrato se firmó el 31 de julio de 1888 y en él se especifica que la fundición había de ser una aleación en la que se entrasen novecientas milésimas de cobre, cincuenta y cuatro de cinc, diecisiete de estaño y quince de plomo. La plancha metálica había de tener un espesor mínimo de diez milímetros y la colocación de la estatua en el pedestal corría de cuenta de la empresa fundidora.

Todo el proceso de fabricación, traslado y colocación fue ampliamente documentado y publicitado. Y eso es muestra de otra preocupación de Climent, empresario e industrial plenamente moderno: la política de proyectar una cuidada imagen de la empresa. (Pons & Serna, 2007) citan comentarios de la prensa de la época en este sentido: los agoreros “*no contaban con el empuje y el legítimo amor propio de don Francisco Climent, peritísimo propietario y director de La Maquinista Valenciana, cuyo valencianismo no podía consentir que se encargase fuera de nuestra ciudad aquel trabajo*”. Los ocho meses previstos inicialmente se habían duplicado; pero finalmente, “*rugía ya el hirviente metal en un nuevo borno de fundición*”.

(Pons & Serna, 2007) siguen relatando que la apoteosis llegaría el 31 de diciembre de 1890. El ayuntamiento había adquirido un rulo de vapor para el traslado, un artefacto fabricado por una empresa británica, que costó 16.000 pesetas. Con este ingenio mecánico había que remolcar la estatua, escoltada por un piquete de caballería, con el recorrido iluminado por las hachas de viento de los peones camineros. Fue un costoso paseo de cuatro horas, luchando con el lodo que se acumulaba en algunas zonas. No sólo se materializaba un proyecto, también su consumación “*devenía espectáculo y ejemplo de la epopeya de la voluntad humana y valenciana*”.

El 12 de enero de 1891 fue emplazada la estatua en el pedestal, inaugurándose oficialmente el día 20 de julio del mismo año. Posteriormente se colocó en la cara delantera el escudo de armas del conquistador y en la parte trasera el escudo de la ciudad de Valencia

modelados por el escultor Aixa y a un lado y otro las leyendas ofreciendo el monumento al Rey Jaime I El Conquistador.

Se ha citado expresa y extensamente este trabajo de La Maquinista puesto que en él aparecen muchos de los elementos que después se repetirán en la Exposición: manifestación popular de un sentimiento identitario que canalizan las autoridades, e implicación plena de Climent y de su empresa, que valora altamente la repercusión publicitaria y social que esto genera. Muchas de estas pautas de acción empresarial volverían a darse en la Exposición.



Figura 25: Momento de salida de la estatua del Rey D. Jaime de La Maquinista Valenciana, arrastrada por un locomóvil (1891). Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

Por supuesto, a lo largo del XIX, numerosas empresas habían usado la prensa para darse a conocer; pero a finales del mismo, en consonancia con los profundos cambios tanto en la estructura de las empresas como en el capitalismo en general, La Maquinista es emblemática en este aspecto. (Álvarez Rubio, 2001) ha analizado detalladamente toda la publicidad insertada por Climent en los Almanques anuales de “Las Provincias” y comenta que sorprende por su despliegue tipográfico y por el espacio que ocupan. La tradición hasta ese momento era usar una página como máximo; pero en la serie desde 1896 hasta 1908, La Maquinista siempre insertaba publicidad a doble página, con una calidad tipográfica y artística de la que carecen los anuncios de otros competidores. Así, la publicidad de la barcelonesa La Maquinista Terrestre y Marítima es sobria y de información básicamente escrita, hasta tal punto que se confunde con una página habitual del diario.

La imagen que la empresa mostraba refleja mucho de la ideología y de los valores subyacentes del propietario. El nombre de Francisco Climent solía aparecer junto al nombre de la empresa. La amplia gama de productos aparecía reflejada en una cuidada representación gráfica (no en vano, en la familia Climent había una tradición de afición a la fotografía). Y todo ello se veía coronado por el logotipo de la empresa (una reproducción bastante precisa de la propia nave industrial, con el entorno de pequeñas fábricas humeantes que la rodeaba), con un valencianísimo “*rat penal*” en la parte más alta. Los lemas que se podían leer eran “*Labor omnia vincit*” y “*La lealtad acrisolada*”.

(Álvarez Rubio, 2001) explica lo que algunas de las fotos muestran:

- máquinas de vapor como la Corliss, para centrales eléctricas.
- una máquina “compound”, gemela, de 150 CV, sistema Zulzer Kliebisch, instalada en la fábrica de harinas “La Campanilla” de Madrid.
- otra similar, de menor potencia, instalada en la “Tenería Valenciana” de Martínez Hermanos y en la fábrica de molduras y serrería mecánica de José Pedrós.
- otra gemela del mismo sistema; pero de 2000 C, instalada en la fábrica de tabacos de Sevilla.
- una bomba centrífuga multicelular de alta presión accionada directamente por un electromotor que eleva a 25 m de altura 4.200 litros de agua por hora.

- La máquina de vapor “Compound tandem”, instalada en la fábrica de aceites vegetales de D. José Antonio Noguera.

El crecimiento de La Maquinista fue continuo. (Álvarez Rubio, 2001) hace el siguiente recuento de empleados: 77 obreros en 1880, 135 en 1883, y 140 en 1901. A partir de ese momento, el crecimiento de la plantilla se estabiliza. Como ya se dijo al tratar la situación socioeconómica de la Valencia de finales del XIX, estos años de creación y consolidación de La Maquinista son también los momentos clave para la formación de las conciencias de clase, tanto por parte de los obreros valencianos e inmigrantes, como por parte de los patronos. Climent era un empresario realista e innovador en el plano económico y, como tantos otros de ese momento, estaba sujeto a unas enormes contradicciones vivenciales en las que se conjugaba una memoria marcada por hábitos y actitudes laborales artesanales, reminiscencias formales de una tradición gremial, fuertemente asentada en Valencia, con la nueva lógica del capitalismo. Esa nueva lógica, con sus continuos cambios de equilibrio y las nuevas relaciones de fuerzas sociales, se impone al viejo estilo empresarial marcado por su carácter familiar, aparentemente armónico. Todas estas contradicciones se harán presentes y concretas en la Exposición.

A principios del siglo XX, La Maquinista había extendido sus actividades a otro sector: el de construcción metálica para obras públicas. Puentes, concretamente. Su ámbito de actuación principal fue Valencia; pero también se construyeron puentes en otros lugares, como el famoso puente metálico sobre el Ebro en Logroño. En 1910 también construiría el puente sobre el *Xúquer* en *Alzira*.

En la (Guía, 1909), se encuentra este texto publicitario, que permite hacerse una idea de conjunto de La Maquinista y del espíritu de su dueño:

“He aquí uno de los talleres que más enaltecen la industria regional en esta ciudad. Su propietario D. Francisco Climent formó sus talleres con los elementos de la antigua Fundición Primitiva Valenciana, á la muerte de su fundador, D. Valero Cases, y como en el transcurso del tiempo anterior, demostró el Sr. Climent que reunía grandes dotes de inteligencia para la técnica de la maquinaria, siendo el crédito de su maestro, hoy su personalidad es considerada en alta estima, tanto en nuestro mercado interior como en el exterior, siendo notabilísimas las muchas construcciones realizadas para orgullo de nuestra ciudad.”

Entre los trabajos importantes establecidos en España, figuran además de su especialidad en máquinas para las manufacturas de tabacos que funcionan en las diferentes Fábricas nacionales, trabajos artísticos como la estatua ecuestre del Rey D. Jaime, colocada en esta ciudad, la del Papa Calixto III en Játiva, la de D. Jaime I en Castellón, la del Padre Jofre y otras muchas, y como maquinaria, la rueda elevatoria Segobien construida para los Herederos del Excmo. Ser. D. Federico Trénor, que eleva 60.000 litros de agua por minuto, las bombas Girard construidas para el Excmo. Sr. Marqués de la Laguna, que elevan 15.000 litros de agua por minuto á 30 metros de altura, el puente metálico de 140 metros de largo, sobre el río Albaida, para la carretera de Puebla Larga a Sumacárcel, y la gran máquina de 400 caballos de fuerza, sistema Sulzer, instalada en la Fábrica de Tabacos de Madrid, cuyos grabados adjuntamos, y otros mil aparatos mecánicos y construcciones metálicas establecidos en las regiones de Valencia, Galicia, Guipúzcoa, Andalucía, Tarragona, Logroño y otras muchas.

Verdaderamente, el Sr. Climent es un industrial laboriosísimo que ha consagrado su existencia al perfeccionamiento de la industria á que se dedica y para lograrlo no ha omitido gasto alguno visitando los principales centros mecánicos de Europa y América, estudiando sus progresos para adaptarlos en sus talleres, con la ventaja inmensa que casi siempre los ha perfeccionado y reformado con sabiduría.

Si Valencia tuviera muchos hombres como el Sr. Climent, sería nuestra ciudad la primera plaza industrial de España.”

Obviamente, Climent participó de forma importante en la Exposición, como vocal del Comité Ejecutivo. De ahí, la extensión de este último apartado con la descripción de la Maquinista. Quizá fue 1909 su año de mayor plenitud personal y profesional, pues la Exposición supuso el momento en que pudo mostrar ante su ciudad con mayor intensidad sus capacidades técnicas y empresariales (entre otras cosas, fue el contratista de la instalación del innovador alumbrado eléctrico).

En 1906, Climent había viajado a la Exposición Internacional de Milán, pero se desconoce si lo hizo como simple observador o como expositor. Allí se exponía un tobogán acuático que acababa en el agua (la idea ya había sido presentada en la Exposición de Glasgow del año anterior). Parece casi seguro que Climent anotó la idea para su ciudad. Así que la grandiosa montaña rusa “Los Urales”, de 100 toneladas de peso, salida de los talleres de la Maquinista fue uno de los montajes que más impresionó de la Exposición. Para confeccionarla (y de paso, aumentar la producción), Climent había adquirido dos poderosas máquinas dobladoras norteamericanas. Más adelante, se tratará en detalle este tema.

4.8.8 Las dos industrias Ferrer.

El apellido Ferrer aparece en otras dos empresas metalmecánicas que tuvieron presencia en la Exposición.

Andrés Ferrer Ballester, el fundador de la primera empresa, había nacido en 1838. Según ha encontrado (Martínez Gallego, 1995) su necrológica insertada en la prensa en 1906, lo describía así: “*El cerrajero de la calle Tapinería, se hizo fabricante e inventor, y de este modo, paso a paso, laborando siempre (...) el dinero se multiplicaba en sus manos, y cada vez que dedicaba a un adelanto los ahorros guardados, estos ahorros volvían centuplicados a su caja*”. No cabe mayor elogio en una época de transformación de los talleres a empresas plenamente capitalistas.

De la calle Tapinería, pasó a montar su primer taller grande en la calle Lepanto: creó una sección de construcciones mecánicas y fabricó prensas para vino, aceite y norias. De hecho, su mayor valor de mercado se halla en la patente de 20 años conseguida sobre un mecanismo aplicado a las prensas de vino y aceite de un mecanismo aplicado a las prensas de vino y aceite que duplica la presión conseguida tradicionalmente. De la calle Lepanto, a finales del XIX, saltó a la espaciosa calle Cuenca. En la nueva fábrica, bajo la dirección del ingeniero Janini, añadió dependencias de fundición y construcción de máquinas de vapor.

(Vegas, 2003) cita a la revista “La Guía Ilustrada de Valencia y Portugal” que dice de la empresa: “*En la actualidad se encuentran trabajándose en dicha casa ciento setenta operarios, se consumen 500.000 kg de hierro y 175.000 de carbón. Tiene una existencia (sic) de más de 100.000 kg de piezas fundidas de diferentes modelos, muchos aparatos agrícolas y gran cantidad de artículos de cerrajería. Se habrán construido más de 25.000.000 de bisagras, infinidad de artículos de cerrajería, unas 30 máquinas de vapor, más de 1.000 prensas, multitud de aparatos que sería prolijo enumerar. Es la única casa en España que se dedica a la fabricación mecánica y artística de cerrajería, a las construcciones metálicas y fundiciones en todos sus ramos*”.



Figura 26: Operarios de la fundición de Andrés Ferrer en 1893. Archivo José Huguet. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001)

En 1906, ya se contabilizaba en su haber la construcción de 36 máquinas de vapor, 1.200 prensas, 500 norias, 30 millones de bisagras, la mayor parte de la maquinaria de malmetería que empleaban en las fábricas de Valencia y las mejores estrujadoras centrífugas, tanto de eje vertical como horizontal, capaces de trasegar 5.000 kilogramos de uva por hora.

A la muerte de Andrés Ferrer, sus hijos continuaron con los talleres bajo la razón social “Hijos de Andrés Ferrer”, que sería el nombre de la empresa que estaría presente en la Exposición, montando pabellón propio.

En el número 5 de (Valencia, literatura, 1909) del 20 de junio de 1909 aparece un anuncio comercial de la empresa, que detalla cuáles eran sus capacidades productivas, combinación de metalurgia y metalmecánica, y muy parecidas al del resto de empresas del sector que se han ido describiendo:

“Máquinas de vapor y turbinas; bombas para elevación de aguas con destino al riego; norias de varios sistemas; prensas hidráulicas, real privilegio en Prensas para la extracción de aceite y vino; estrujadoras de uva patente Janini; aparatos de aserrar; aparatos para carpintería y ebanistería; máquinas para moler almendras; máquinas

para la fabricación de peines; gran fabricación mecánica de bisagras; puertas de acero ondulado de diferentes clases y todo lo concerniente á la construcción de obras; exportación á provincias y ultramar.”

Un reportaje más largo, en el número 20 de la misma revista (26 de septiembre de 1909), describe lo que se podía ver en su instalación en la Exposición:

“El visitador que quiera darse cuenta de todo lo más notable que nuestra Exposición encierra, se detendrá con curiosidad y deleite ante la magnífica instalación que junto á los Urales tiene la conocida casa de los Sres. Hijos de Andrés Ferrer, dedicada desde 1860 á construcciones metálicas y derivados.

Nos consta que la referida casa se aplica con especialidad á construcciones relacionadas con la extracción de aguas, fabricación de vinos y aceites y á todo lo que se refiere a las industrias de carpintería y fabricación de peines.

De todo ello presenta en su completa instalación grandes muestras que los inteligentes no se cansan de elogiar, En primer término, llamó nuestra atención una máquina de vapor horizontal, única en su clase, con una bomba triple modernísima para riegos, adosada directamente al eje motor; siendo á nuestro humilde parecer, lo más notable de esta máquina, su regularidad, el silencio con que funciona y el fácil manejo que por su gran sencillez tiene.

Las prensas que para la extracción de vinos y aceites presenta, constituyen hermosos modelos patentados, cuyas ventajosas condiciones son muy apreciadas por los agricultores. También pudimos fijarnos complacidos en la notable prensa estrujadora centrífuga vertical, patente del ingeniero agrónomo D. Rafael Janini.

En lo que no tiene rival la referida casa, es en los aparatos para la carpintería mecánica, cuyos modelos figuran en la instalación, así como los notables aparatos de fabricación de peines, tan acreditados en toda España.

En la propia instalación hemos tenido el gusto de examinar un grupo de bombas con electro-motor, destinadas á elevación de aguas para usos domésticos, las cuales se distinguen por su solidez y normal funcionamiento. Vimos, finalmente, un triturador sistema Casp, perfeccionado para la fabricación de abonos.(...)

Reconociendo el mérito industrial de la referida casa, le fué otorgada en la Exposición Hispano-francesa de 1908 Diploma de honor y medalla de oro.”

Casi al lado de “Hijos de Andrés Ferrer”, en la misma calle Cuenca, estaba la gran fundición de hierro y talleres de construcción de maquinaria propiedad del otro Ferrer, Vicente Ferrer Ballester, su tío.

A la muerte de su hermano, se separó de sus sobrinos y fundó esta segunda empresa, que respondía al nombre de “La Paloma” y ocupaba un espacio de 2.500 metros cuadrados y 160 trabajadores en 1909 (Guía,

1909). En su sección de maquinaria se construyen ascensores eléctricos, prensas hidráulicas, prensas de tornillo, prensas de jaula para vino, norias, molinos de viento, timbres y prensas para las fábricas de ladrillos, trituradores para las fábricas de cemento, motores eléctricos, máquinas de vapor.



Figura 27: Fundición La Paloma. Tarjeta Postal. Archivo José Huguet.
Fuente: (Álvarez Rubio, 2001)

La presencia en la Exposición de La Paloma fue muy importante: ejecutó la mayor parte de las estructuras metálicas y la cerrajería de los edificios del certamen (la Fuente Luminosa, el Gran Casino, Bellas Artes, Palacio de Fomento, Pabellón de la Música). También “La Glissoire Roulant”, el tobogán de la Exposición, salió de sus talleres. Más adelante se volverá a tratar este tema.

También construiría la estructura de hierro completa del mercado de *Montcada* (que todavía está en pie), los muelles de mercancías de la Estación del Norte de Valencia, las barandillas de hierro del puente de San José, parte de la estructura metálica del Mercado de Colón del arquitecto Francisco Mora y del edificio Olympia del arquitecto Vicente Rodríguez.

4.8.9 Los otros talleres de finales del XIX y principios del XX.

Además de la fabricación de bombas hidráulicas, de la que ya se ha hablado, el crecimiento continuo de la agricultura valenciana y las necesidades de la principal industria exportadora, ejercieron un efecto tirón sobre la industria metalmeccánica. No solamente en la ciudad de Valencia, sino también en su zona de influencia y en el resto del territorio. Aunque como muestra la siguiente tabla, la ciudad y la provincia de Valencia mantenía una clara hegemonía (que se reflejaría después en la Exposición):

Tabla 22.- Industria metalúrgica en el País Valenciano. 1905.

Concepto	Alicante	Castellón	Valencia
Talleres de fundición			9
Hornos con aumento de volumen			5
Hornos con disminución de volumen	7	1	3
Fábricas de fundición de plomo.			1
Fábricas con munición de plomo.			2
Fábricas de estirar oro y plata.			2
Herrerías y cerrajería mecánica.	14	5	31
Velocípedos			1
Calderería.	4		10
Cocinas y estufas.			1
Lámparas y arañas.			1
Balanzas, básculas y romanas.			3
Camas.			1
Fabricación de clavos, tachas y puntas.	1		24
Construcción de clavos a mano.			42
Cajas de hojalata.	2		1
Galvanoplastia.			1
TOTAL	28	6	137

Fuente. (Martínez Gallego, 1995)

Entre los años 1880 y 1900 habían aparecido nuevos talleres metalúrgicos en *Alcoi* y Alicante, que pretenden satisfacer la demanda inducida por la industria y por la agricultura local: máquinas de vapor, molinería, etc. Incluso esa industria se aproxima bastante a la imagen que los historiadores tienen del “gran desarrollo” o de la “gran industria”. En Alicante, además de la fundición creada por unos súbditos británicos en

1841, aparecen en la década de 1890 unos grandes talleres de fundición propiedad de Aznar Hermanos (propietarios de otra fundición en *Alcoi*). De allí saldrían máquinas de toda clase, bombas, generadores de vapor, puentes, ferrocarriles para las minas salineras de Torrevieja, y aún para las murcianas y cartageneras.

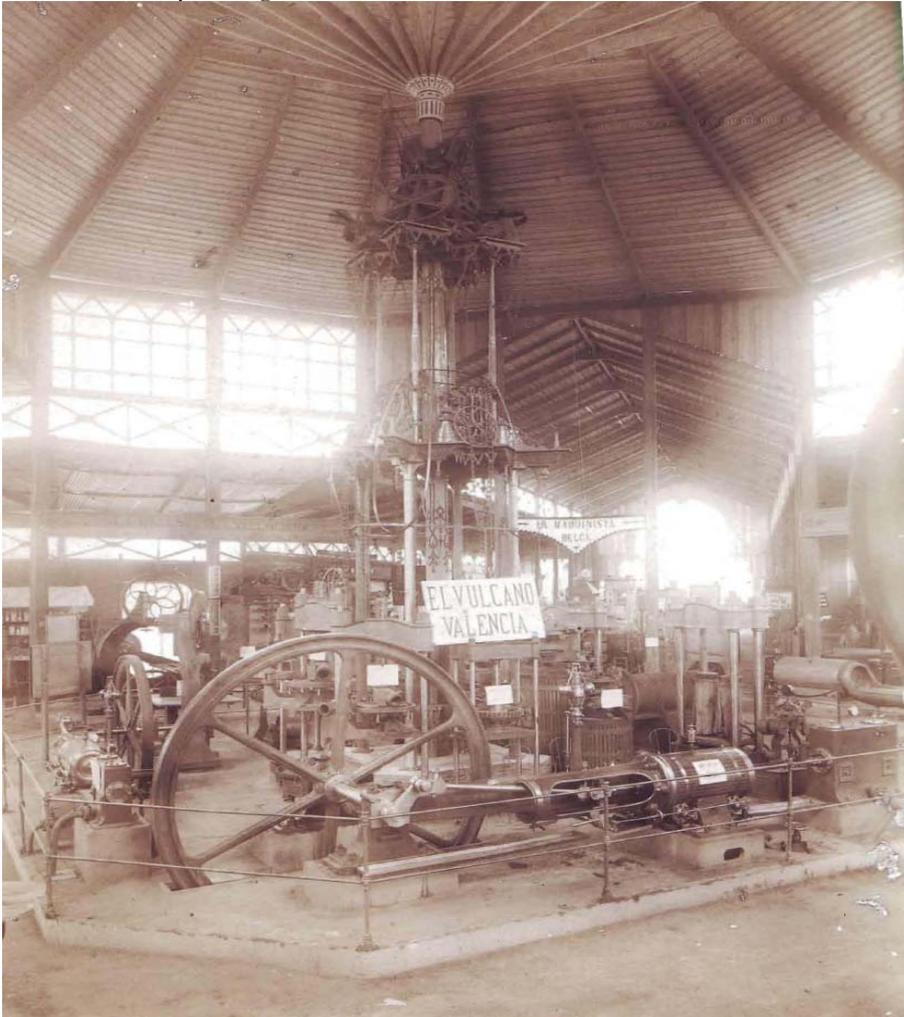
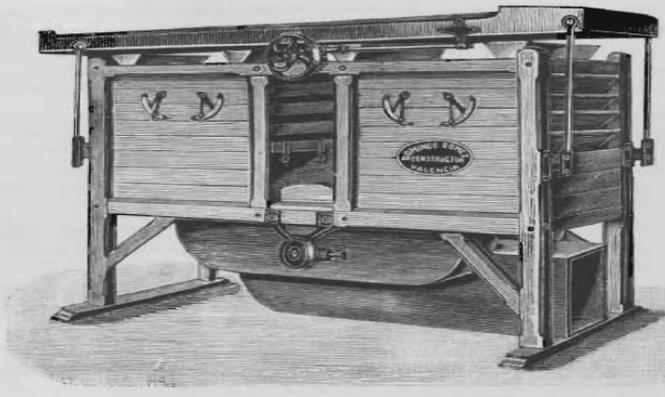


Figura 28: Pabellón de El Vulcano en la Exposición de 1883. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

En Valencia, aparecía en la década de 1880 los talleres “El Vulcano”, que se especializaron en la fabricación de maquinaria agrícola, como trilladoras y máquinas para descascarar el arroz.

En esa misma década se instala en el *Pla de Zaidia* la empresa Domingo Gómez, especializada también en aparatos para molinería de arroz. Al parecer, Domingo Gómez Granería era encargado en algún taller de Sueca e implicado en alguno de los numerosos conflictos laborales de la época, tomó partido por los obreros. Ello hizo que dejara de ser empleado y decidiera trasladarse a la ciudad de Valencia a montar su propio negocio. Según explica Gómez-Senent en el prólogo al facsímil de 1928 (Gómez, 2001), a Domingo Gómez sucedió su hijo, el célebre inventor e intelectual Nicolau Primitiu, que le compraría la empresa en 1912 y obtendría numerosas patentes a lo largo del siglo XX.

83



Aparatos para Molinería de arroz

Descascaradoras de arroz. Sasores para limpiar salvado, morret, medianos y arroz. Clasificadores de medianos y arroz, blanqueadoras, pulidoras, elevadoras, limpias de arroz cáscara, etc., etc.

Pulverizadoras de cáscara y medianos de arroz.

Carritos para sacos, vasos de elevadora, empacadores, llaves de empaque, engrasadores, etc.

Aparatos para la agricultura

Trilladoras de arroz, portapajas, portagranos, portagavillas. Aventadoras para las eras, carritos porta gavillas.—Descascaradoras de arroz a mano.—Descascaradoras y limpiadoras de cacao.—Limpiadoras y clasificadoras de alubias, habas, altramuces.—Pulverizadoras de paja, tallos de cacao, yerba seca, brisa, etc., etc.

DOMINGO GÓMEZ : Llano de la Zaidia, núms. 4, 6 y 8

VALENCIA

Proyectos, Presupuestos y Catálogos gratis

Instalación en la Exposición: Galería del Palacio de Agricultura

Figura 29: Publicidad de Domingo Gómez en el Catálogo de Expositores. Fuente: (Catálogo, 1909).

En 1878, Manuel María Gómez Jiménez, se afincó en Valencia procedente de Barcelona. Había recibido el encargo del piloto y financiero Juan José Sister de montar unos talleres para la reparación de barcos. Sister acababa de fundar la Compañía de Navegación Valenciana. Los talleres se instalaron inicialmente en la calle Santa Ana del *Gran*. En 1906, los talleres de Manuel María Gómez, se habían trasladado a la playa de poniente del Puerto de Valencia, a un solar de 15.000 metros cuadrados, que permitía la construcción de barcos y remolcadores, pero que también fabricaba locomotoras, elementos de destilería, grúas, calderas, prensas. Posiblemente, en 1909 la empresa “Talleres Gómez” superaba en capacidad tecnológica y productiva al resto de metalmecánicas valencianas.

En el número 5 de (Valencia, literatura, 1909) aparece una reseña propagandística informativa de los “Talleres Gómez”. El texto resulta muy interesante, porque además de describir en detalle la gama de productos que la empresa era capaz de fabricar, narra sus comienzos en la construcción naval. Es curioso también cómo justifica que “Talleres Gómez” (quizá la empresa metalmecánica valenciana más importante en 1909) no participara en la Exposición:

“La actual Exposición ha puesto de manifiesto á propios y extraños lo que nuestra ciudad ha progresado de algunos años á esta parte. Por circunstancias especiales, han dejado de concurrir al Certamen importantísimos industriales de Valencia. Entre estos se hallan los señores Hijos de Manuel María Gómez, propietarios de unos grandiosos talleres de Construcciones Metálicas en general, que se hallan instalados en el Muelle de Poniente del Grao.



Figura 30: .Salida de los obreros de los Talleres Gómez. Cliché de cristal. Archivo José Huguet. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

En diferentes ocasiones se ha ocupado la prensa de Valencia y con satisfacción inmensa, del creciente desarrollo de esta casa, que con titánicos esfuerzos, con una laboriosidad extraordinaria y constante, han creado una industria que hoy, sin ningún género de dudas, puede figurar entre las más importantes de España. Por eso lamentamos que trabajos pendientes de entrega y premuras del momento hayan privado á los visitantes de nuestra Exposición Regional del gusto de poder admirar los trabajos que realiza esta casa.

Pero el que desee conocer dichos talleres y admirar los adelantos de la industria valenciana, vaya al Grao y visite aquellos espaciosos talleres, seguro de que no han de perder el viaje y han de agradecer el consejo.

Hablar de la Valencia industrial y no hablar de esta casa, es imposible, ella bastaría, si no hubiese en distintas industrias otras, para que el nombre de nuestra ciudad fuera conocido como se merece en todos los grandes centros fabriles. La visita á dichos talleres, además de cómoda, con seguridad que había de tener sus encantos por la variedad de los trabajos que allí se realizan, pues desde el perfeccionamiento de los aparatos para la fabricación del alcohol, hasta la construcción de una locomotora ó de una embarcación de 20 toneladas y 300 caballos de fuerza, hay una serie de trabajos enorme.

Al entrar los hijos de Gómez en posesión de los talleres que fundó su padre, empezaron por dedicar especial atención y preferencia á los aparatos de fabricación del alcohol y sus similares, en los cuales han obtenido honra y provecho. La agricultura también se hizo fijar la atención de los dueños, especialmente en lo referente al riego, llevando efectuadas infinitas instalaciones con satisfactorios resultados.

De estas últimas merece citarse una, movida por una poderosa máquina "Compound" de 35 caballos y que eleva 6.000 litros de agua por minuto. Esta instalación, hecha en la hermosa propiedad de D. Salvador Estela, en el término de Paiporta, ha valido muchos elogios á los señores hijos de Gómez.

Otra de las especialidades, pues como decimos son muchas, de la casa, es la construcción de aparatos para aserrar y labrar maderas, siendo muchas las instalaciones de importancia verificadas hasta el día. También distínguese en la fabricación de sierras para cortar y trabajar el mármol.

En máquinas y calderas de vapor tiene su construcción muy acabada, y el éxito ha coronado los trabajos hechos para el perfeccionamiento, como lo demuestra la locomotora núm. 3 de la línea Silla á Cullera.

Sería interminable reseñar todos los trabajos que se realizan en dichos talleres, como son: grúas, aparatos para la fabricación de aceite de orujo de aceituna por el sulfuro de carbono, etc, etc.

Todo lo relatado es notable ; pero los sres. Gómez, al construir sus talleres de nueva planta, situados, como hemos dicho en el Grao y junto al muelle de Poniente, los cuales constan de cinco naves de 52 metros de longitud por 12 metros de luz, rodeados de inmensos patios y abarcando una superficie de total de unos 8.000 metros cuadrados, quisieron extender más la industria que hoy proporciona trabajo á más de 300 obreros, y se dedicó a la construcción de remolcadores.

No hace muchas semanas se practicaron las pruebas oficiales de velocidad del nuevo remolcador "Manuel María", construido en aquellos. Las pruebas, que presenciaron inteligentes marinos, tanto de guerra, como mercantes, dieron brillante resultado, y eso que la mar estaba picada.

Mide este remolcador 25 metros de eslora, 2,750 de puntal y 5 de magna, con un desplazamiento de 142 toneladas. Tiene una sola caldera cilíndrica tubular con dos hornos, máquina de dos cilindros de alta y baja presión, que desarrolla 250 caballos con 92 revoluciones por minuto, que puede aumentar á más de 100 en un momento dado, y por consecuencia la fuerza impulsiva para el remolque. En la cubierta, hay además, instalada una potente bomba para auxiliar a cualquier buque en caso de incendio, ó bien para la extracción o achique de grandes cantidades de agua.

Esto demuestra la perfección de la obra llevada á cabo, lo cual honra a sus laboriosos é inteligentes directores, á los obreros valencianos y á Valencia, que, siguiendo con fe por este camino, nada tendrá que envidiar á otras regiones en el apartado metalúrgico.

Aparte de los buenos servicios que presta en el puerto esta embarcación, tiene contratado el remolque los buques de la Trasatlántica Española y otras importantes

casas navieras, como asimismo el recorrido entre nuestras poblaciones marítimas y las islas Columbretes.

Actualmente se construye en estos talleres un nuevo buque que ha de prestar servicio como remolcador en el puerto de Barcelona. Se llamará "Montserrat" y tiene las siguientes dimensiones: 23 metros de eslora, 5,50 de manga, 3,40 de puntal y 150 toneladas de desplazamiento. Sus máquinas desarrollarán una fuerza de 300 caballos.

La obra de este buque está muy adelantada y dentro de poco será botado al agua.

Seguramente que este acto constituirá un nuevo triunfo para los talleres de los señores Gómez."

Junto a todas las empresas citadas, a principios del XX todavía había espacio para empresas nuevas (tal debía ser la magnitud de la demanda). (Martínez Gallego, 1995) ha investigado que en los primeros años del siglo, se instalaron en Valencia las empresas "Vasco y Compañía", "Peregrín Bort" o "La Balustrera Valenciana", especializada en pararrayos, aunque también hábil en balcones y accesorios. Los talleres de "Moreno e hijos", "Llorens" "Aguilar y Compañía", y "Vilanova Hermanos" se dedicaban a la construcción de bombas y trabajos en bronce.

"Peregrín Valls" destaca en la construcción de aparatos de destilación, en los talleres de "Felipe Genevois" en el camino viejo del *Gran* se fabrica calderería. La fábrica "Manuel Arquer" abastecía el mercado español de perdigones y tubos de plomo. El taller "José Menaya" se ha especializado en básculas (sucediendo a Malabouche en este nicho de mercado). El taller "Ramón Garró" se ha especializado en cadenas. Los talleres "Juan Sala", en la calle En Sanz fabrican dos productos nuevos cuya demanda no deja de crecer en aquella época: cocinas y máquinas de calefacción. Valencia también cuenta con la mayor fábrica de lámparas de bronce (que ya incorporan las conexiones para la electricidad): la de "Izquierdo Hermanos". Le sigue de cerca la fábrica "Martínez y Orts". La galvanoplastia está representada por "J. Valiente e Hijo", los trabajos en zinc por los talleres promovidos por la "Real Compañía Asturiana de Minas", la confección de correas y accesorios de maquinaria por los talleres "Viuda de Segarra". Casi todos ellos estarán presentes en la Exposición.

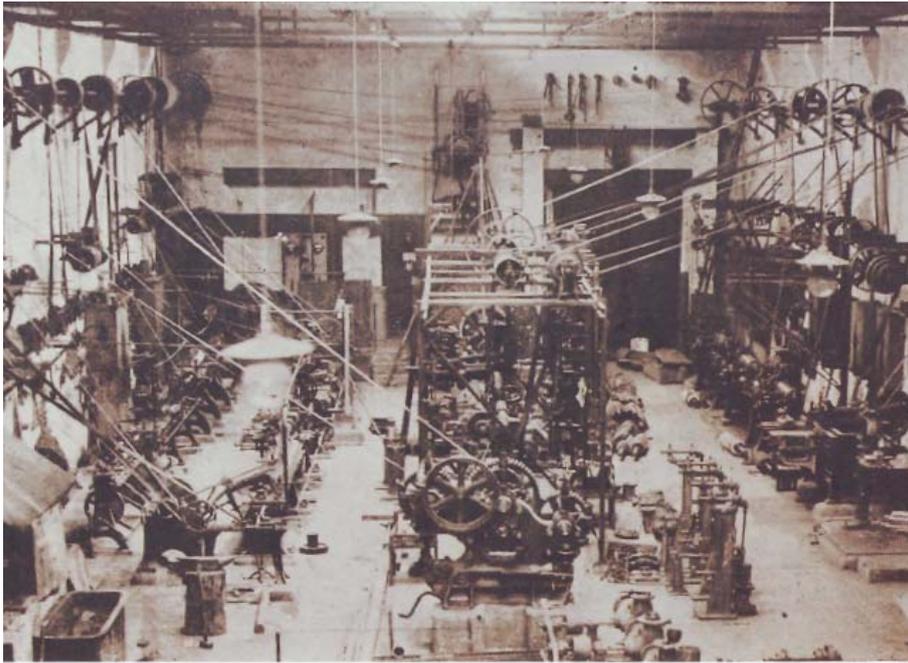


Figura 31: Sala de tornos de la fundición “Vilanova Hermanos”. Archivo José Huguet. (Fuente: Álvarez Rubio, 2001)

Varios de estos fundidores y fabricantes, participaron en la Exposición. Como se tratará más adelante, varios de los contratos relacionados con el evento, tanto dentro del recinto como en la ciudad, fueron adjudicados a Genevois. Martínez y Orts e Izquierdo Hermanos tuvieron su propia instalación. Destacó especialmente el molino de viento para extracción de agua instalado por el principal fabricante de este clase de aparatos de la ciudad “Juan Figuerola”.

En 1891 se había fundado “Devís y Noguera” que con el tiempo daría lugar a una de las empresas metalmecánicas más importantes de España: “Macosa”. Según narra (Signes, 2007), Miguel Devís Pérez, el fundador de la empresa, había nacido en *Alboraia* en 1863. Posiblemente, se había formado en los “Talleres Gómez”, citados más arriba. Cuando adquirió el bagaje profesional suficiente (especialmente en la reparación de calderas de barcos) y el contacto con una clientela fija. Devís decidió establecerse por su cuenta junto con su compañero, José Noguera Chuliá. Una vez más se puede ver cómo en la Valencia de final del XIX, el oficial experimentado y decidido da el salto a industrial. Levantaron su

taller en el barrio de *Marxalenes*, en el camino nuevo de Barcelona (actualmente avenida de la Constitución).

(Pons & Serna, 2007) hacen hincapié en que es significativo que la nueva firma se constituyese precisamente en 1891, el año en que se legislaba una nueva tarifa arancelaria que aumentaba de forma considerable los derechos que se pagaban por la importación de maquinaria extranjera, una ventaja que aún sería mayor a partir de 1896. En la dura e interminable guerra entre proteccionistas y librecambistas eran los primeros los que en ese momento ganaban la batalla y emprendedores como Devís y Noguera intentaban aprovechar esa oportunidad. Devís y Noguera estuvieron presentes en la Sección de Maquinaria Activa de la Exposición, aunque los productos que mostraban todavía eran de una magnitud reducida (pequeñas calderas, hogares) atendiendo al tamaño que alcanzaría a tener la empresa.



Figura 32: Caldera de hogar interior y retorno de llama de Devís e Hijos en el (Catálogo, 1909). Fuente: (Signes, 2007)

Quizá más que ningún otro sector, la fundición y la metalurgia llamaban mucho la atención de sus coetáneos. Valencia parecía consciente del gran desarrollo que había habido en este tipo de industria. En la (Guía, 1909), se puede leer:

“La cerrajería, como la fundición, de grande importancia en Valencia, propende a dejar la industria doméstica, el pequeño taller y mostrarse en grandes fábricas. Si queda el pequeño taller, está a cargo de obreros ancianos, que ya no pueden aprender un nuevo oficio, o aplicar su pequeña capacidad a otra cosa. Además, viven estos pequeños talleres trabajando el hierro en remiendos, ya de cerrajería, ya de armeros o sus afines, pues las tiendas de la Calle Zaragoza y el taller de Andrés Ferrer, único en el que se han montado máquinas, surten las necesidades de carpintería y construcción mecánica (...)

No sólo el desarrollo de la edificación, sino también las nuevas necesidades de la industria y de la agricultura, han dado gran vida a las artes del hierro, principalmente a la fundición. Suponen estas capital considerable, grandes máquinas con motores de vapor, ingenieros o peritos, contra maestros y artesanos bien retribuidos de ordinario a jornal, a veces con útiles destajos; y toda esa organización que da trabajo a más de 1000 obreros, se ha formado en el espacio de treinta años.”

5 LAS GRANDES EXPOSICIONES DEL XIX.

5.1 El espíritu de las exposiciones decimonónicas.

Las grandes exposiciones son uno de los fenómenos sociales más destacados del XIX. Constituyen el producto más característico de aquella sociedad en transformación en donde la tecnología y su resultado: la manufactura, eran expuestos como reflejo último del progreso. (Boira, 2006) cita a Werner Blum para decir que las exposiciones eran auto representaciones de la burguesía industrial occidental, rica en ideas y llena de energía durante el XIX.

Aunque fueron concebidas como un canto al progreso técnico, adquirieron paulatinamente un carácter expositivo y propagandístico. Se convirtieron en un marco excepcional, donde las naciones podían desplegar todo su potencial técnico y material, motor a su vez del cambio cultural. La Exposición no fue una excepción a esto. Y por ello, se va a tratar en este apartado las grandes exposiciones decimonónicas y el espíritu que las animaba para poder resolver mejor los problemas interpretativos que aquella suscita.

El filósofo alemán Walter Benjamin dice de las exposiciones: “son lugares de peregrinación para adorar el fetiche mercancía... transfiguran el valor de cambio de las mercancías. Crean un marco en el que su valor de uso pasa a un segundo plano. Inauguran una fantasmagoría en la que se induce al hombre a dejarse distraer”, como cita (Schön, 1977).

Como señala (Álvarez Rubio, 2000), esa fantasmagoría a la que hace referencia el filósofo apunta al corazón mismo del significado de estas realizaciones, concebidas no exactamente como mercados de compraventa, sino como puras instalaciones de exhibición. De ahí, también su carácter efímero y por ende, su escasa rentabilidad económica, aunque no social ni simbólica. En cierta manera, las grandes manifestaciones de estos eventos, fueran del ámbito que fueran (regionales, nacionales o universales), siempre mantuvieron en el seno de la sociedad burguesa y capitalista de la que nacían una tensa relación entre la racionalidad económica (el beneficio) y su carácter simbólico y

escenográfico que comportaba, inevitablemente, la ostentación, el dispendio y el despilfarro. En la Exposición que se estudia en este trabajo, con su excelente resultado simbólico y su mal resultado económico, se daría plenamente esta contradicción.

Como analiza (Álvarez Rubio, 2000), se produce para vender y sólo se vende aquello que se muestra. Pero cuando la lógica de la exhibición se convierte no en un medio, sino en un fin en sí misma, se asiste a la lógica de producir para mostrar. El carácter fetichista de la mercancía ha cerrado de esta manera su círculo diabólico, atrapando en él a productores, espectadores y a colectividades enteras. La competencia del mercado adquiere su trasunto en la competencia de la exhibición que moviliza gobiernos, ayuntamientos y empresas, recursos económicos y humanos. Cualquier gasto puede ser poco si de superar los logros ajenos se trata. Las ciudades anfitrionas de los certámenes deseaban mostrar a su entorno el grado de desarrollo alcanzado por su economía, usaban las exposiciones como reivindicación colectiva (lo que en cierto modo, fue la Exposición) o incluso presumían de su pronta capacidad de recuperación después de haber sufrido algún desastre (Vegas, 2003).

La rivalidad entre las distintas capitales produce un efecto a la vez ilusionante e ilusorio en sus habitantes, que ven crecer grandes palacios y edificios de cristal cuya única finalidad es deslumbrar a los visitantes durante el tiempo de duración de la exposición. Concluido este, las grandes empresas de construcción se deshacen, los expositores retiran la mercancía y vuelven a recluirse en sus fábricas o talleres. Todo desaparece sin dejar rastro tangible, acrecentando de esta manera el efecto fantasmagórico e ilusorio de tales manifestaciones (solamente tres edificios permanecieron de la Exposición). Las únicas evidencias de su existencia, tal como han llegado hasta la actualidad, son las fotografías o los grabados y algunas obras que por su belleza o funcionalidad fueron salvados de la destrucción (la Torre Eiffel de 1889 es el ejemplo clásico). Su indulto, precisamente, constituye la prueba más clara del carácter efímero y ostentoso de que gozaron estos acontecimientos.

Los orígenes de las exposiciones decimonónicas se hallan en las antiguas ferias medievales; pero es evidente que la finalidad de ambos tipos de evento era radicalmente distinta, como distintos eran los contextos sociales y económicos que albergaban una y otra manifestación. Las ferias medievales eran el espacio idóneo donde aplicar la lógica de vender para comprar, la “lógica natural” de la economía, en un sentido marxista. Pero en las exposiciones decimonónicas (y también en las

contemporáneas), que son su consecuencia última y extrema, la lógica dominante es la de la exhibición, que prima sobre la de la producción para la venta.

No obstante, hay una relación entre las exposiciones decimonónicas y sus antepasadas medievales. La etimología de la palabra “Feria” es *feriam* (día de fiesta). Y ese carácter festivo perdurará a lo largo del tiempo y resucitará con una fuerza inusitada y sustantiva al final del XIX. Más allá de su sentido comercial, será este carácter festivo el que acabará conectando con los otros valores de la burguesía protagonista de la producción, del desarrollo y de la competitividad: los de ostentación y apariencia. Como se verá más adelante, precisamente fue la Exposición el primer gran evento español en el que lo lúdico tomó preponderancia sobre lo estrictamente expositivo, en unas circunstancias históricas muy determinadas.

Quizá el aspecto más importante acerca de las grandes exposiciones decimonónicas es que van siempre unidas de la mano al desarrollo industrial durante el XIX. En cierto sentido, las exposiciones son la materialización física concreta e inmediata de ese desarrollo. Por supuesto, no solamente el contenido y el continente resultan importantes: el componente festivo de estos certámenes es absolutamente intrínseco a ellos. No se organiza una exposición donde se exhibe un abanico de productos artísticos, culturales e industriales para quedar en mal lugar con el resto de concurrentes. Ésta es la razón por la cual, Italia, en el siglo XIX, organizaba a menudo exposiciones de bellas artes y muy raramente exposiciones de industrias. La demostración del progreso material y la exaltación de los valores del anfitrión forman parte inherente a la esencia de las exposiciones desde el primer momento de su existencia. A menudo, detrás de cada exposición se esconde, como se ha comentado, la necesidad de mostrar al entorno las cotas alcanzadas en el desarrollo.

(Serna & Pons, 2009A) dicen, en su trabajo sobre la Exposición: “Más allá de lo simbólico o lo político o lo turístico, las exposiciones son certámenes en que es lo económico aquello que está en juego. Son espectáculos gigantes, pensados para festejar el avance de la industria y su universalización. Por eso, elaboran una especie de orden industrial ideal, un espacio impoluto, aseado, bien arreglado: un lugar en el que lo expuesto no tiene nada que ver con la miseria o la pobreza (...) El orden expuesto de las máquinas, de las innovaciones, de los adelantos, no parece tener relación con las condiciones de trabajo que hacían posible

las mercancías exhibidas. Por ello, estas muestras no precisan del trasfondo colonial sobre el que se asienta ese mundo occidental”.

Frente al carácter más pragmático de las ferias, será en las exposiciones, más preocupadas por la exhibición y el impacto en el espectador, donde comenzaría a aparecer un concepto casi inédito en el XIX: la publicidad (Álvarez Rubio, 2000). La publicidad como elemento indispensable en el proceso de comercialización. En el capítulo acerca de los distintos sectores industriales valencianos del XIX ya se ha visto como algunas empresas punteras (especialmente del sector del papel o metalmecánico) fijaron su atención en este aspecto. La Exposición es el momento en que la publicidad se convertía en el máximo valor de estas empresas, en el motor último de su actuación pública. Y la publicidad se desplegaría no solamente a través de lo expuesto, sino a través de la arquitectura de los pabellones y del abundante material gráfico que acompañaba a la Exposición.

Según (Álvarez Rubio, 2000) la publicidad asociada a las exposiciones es la culminación de un largo recorrido que empieza por la transformación de la materia prima, y una vez la mercancía está en el mercado, le otorga un valor añadido, más allá de aquel que ha adquirido en el proceso de producción. Esta transformación, tan habitual en la actualidad, nace en el siglo XIX, coincidiendo con las grandes exposiciones y ya es muy patente en la Exposición que estudia este trabajo. De hecho, una parte importante de la información que se ha obtenido sobre las empresas expositoras en la Exposición procede precisamente de esa publicidad, (Valencia, literatura, 1909) o (Catálogo, 1909).

La publicidad es exhibición y también, al igual que en el ámbito de las exposiciones en las que empieza a desarrollarse, traspasa el mero carácter informativo para convertirse en un gran manipulador de sentimientos que va más allá del valor contingente y concreto de la mercancía. El caso de Climent, de La Maquinista Valenciana, citado antes en detalle, con su papel en la Exposición y su atención a los proyectos de gran impacto social (estatua de Jaime I) es paradigmático.

La publicidad adquirirá un desarrollo y una significación cualitativamente distinta en el contexto del “Gran capitalismo” de las últimas décadas del XIX. Precisamente estos serán los años de una auténtica vorágine en las manifestaciones expositivas en medio de una fe inquebrantable en el proceso técnico y científico a la que no sería ajeno, ni mucho menos el arte. De todo ello, hubo mucho en la Exposición. A fin de cuentas,

también las manifestaciones artísticas decimonónicas se habían convertido en mercancía y del mismo modo, también estas mercancías necesitaban ser expuestas. De hecho, las exposiciones siempre contaron con espacios dedicados a las Bellas Artes desde que París, en 1855 estableciera la costumbre.

Théophile Gautier supo recoger espléndidamente el significado de este hecho: “*El arte camina del brazo de la industria. Estatuas blancas se alzaban entre las máquinas negras, la pintura se desplegaba entre ricas telas llegadas del Oriente*” (Schön, 1977). Por otra parte, los mismos espacios expositivos se erigían en sí mismos como grandes obras de arte. Continente y contenido se constituían en objetos de admiración y contemplación. Pero ese mismo carácter los limitaba y reservaba a su manifestación más pública y exhibicionista. Y así ocurrió también en la Exposición, cuyos mensajes y trascendencia se encontraron encerrados y limitados por su propia naturaleza lúdica y exaltadora, como se tratará más adelante.

Hasta cierto punto, las exhibiciones de arte en el ámbito de las exposiciones decimonónicas se asemejaban mucho a los certámenes artísticos de los llamados “Salones”. Fue también en el XIX cuando estos ámbitos de exposición de obras artísticas adquirieron su máximo esplendor, coincidiendo con los valores de la democratización (parcial y difícil en la España de la Restauración). Esa democratización, esa incorporación de todas las clases sociales al progreso se extendía al arte. Así, el Palacio de Bellas Artes de la Exposición cumpliría también esa función indistinguible de “Salón”, en la Exposición de una ciudad, Valencia, que en aquellos años, se vanagloriaba precisamente del talento de sus famosos artistas.

Como señala (Álvarez Rubio, 2000) las exposiciones decimonónicas cumplieron todas esas funciones: exhibición de la mercancía producida por la burguesía industrial, ostentación competitiva entre naciones, hermanamiento del arte y de la industria, impudor tecnológico; pero también manifestación absolutista de aquellos principios y valores que se supone acompañan al proceso de universalización de la producción y el intercambio. Las exposiciones del XIX, especialmente las llamadas “Internacionales” o “Universales”, fueron una ocasión para hacer alarde de estos valores. En cierta medida se trataría de adornarse con los principios del *doux commerce*, de ese “Capitalismo amable” universal y equitativo, e inexistente.

Como explica (Álvarez Rubio, 2000), a la postre, las exposiciones acabarían siendo exhibiciones poco prácticas y de costos elevadísimos, lo que condujo a su sustitución paulatina por las llamadas “Ferias de muestras”, de celebración anual, con instalaciones fijas y orientadas esencialmente a la comercialización y al negocio. (Schön, 1977) dice. “el carnaval de las Exposiciones universales fue sustituido por las ferias especializadas”. Luego se analizará la aparición de la Feria de Muestras de Valencia, como consecuencia directa del éxito; pero también del fracaso, de la Exposición.

5.2 La larga serie de exposiciones del XIX.

Se suele considerar a la Exposición Universal de Londres de 1851 como la primera gran exposición decimonónica, en el sentido de que fijó el canon de lo que serían las grandes exposiciones del XIX (VVAA, 1986). En realidad, a lo largo del XVIII, habían tenido lugar numerosos eventos que pueden ser considerados predecesores de estas.

En 1754 se fundó en Londres la *Royal Society of Arts and Manufactures*, agrupación para el fomento de las actividades industriales y comerciales. En 1756, se celebró la primera exposición industrial y agrícola, que a partir de 1761 asumió periodicidad anual debido a su éxito. Con el traslado en 1774 de dicha sociedad al espacioso edificio Adelphi en el centro de Londres, las máquinas que habían sido premiadas en los certámenes anteriores y consecuentemente adquiridas por el colectivo, encontraron un lugar de exposición permanente en una sala del edificio, que llegó a irradiar una gran influencia en el desarrollo de la maquinaria agrícola. Las exposiciones en Inglaterra continuaron siendo de carácter nacional durante la primera mitad del siglo XIX, aunque a finales de este periodo se observó una tendencia al aperturismo exterior que culminó en la celebración de la citada primera Exposición Universal de Londres.

En 1798 se celebró en el Campo de Marte de París un certamen denominado *Première Exposition des Produits de l'Industrie Française*, planteada por sus organizadores como una primera campaña contra la industria inglesa que, además, debía inaugurar una serie de muestras anuales. Sin embargo, la agitación de la época impidió la celebración de una segunda exposición hasta 1801, que tuvo lugar en el patio del Louvre con la participación de más de 200 expositores. A ésta le siguieron las exposiciones de 1802 y 1806, con éxito creciente de participantes y visitantes. De 1819 a 1849, se celebraron otras seis exposiciones. La última, instalada en los Campos Elíseos, llegó a reunir a 4.532

expositores. Durante este periodo, simultáneamente, otras ciudades europeas celebraron certámenes industriales de carácter nacional protegidos contra la participación de la competencia extranjera.

Precisamente, la primera Exposición Universal de Londres de 1851 es considerada la exposición por antonomasia porque cambió esto. Estaba abierta a la participación de todos los países, en el interior de una gran estructura acristalada concebida expresamente para la ocasión por un constructor de invernaderos, Joseph Paxton. El impacto de este certamen fue notable, no sólo debido a las dimensiones descomunales del contenedor, sino también a la condición de microcosmos sintético del contenido. (Vegas, 2003)

Del mismo modo, que Inglaterra invitó “*a todas las naciones civilizadas a un festival donde comparar los trabajos del conocimiento humano*”, en la Gran Exposición de Trabajos Industriales de Todas las Naciones de 1851, también la británica Real Unión para el Arte, la Manufactura y el Comercio fue la pionera en la constitución de Ferias de muestras como alternativa al tono tan netamente propagandístico de las exposiciones. Los ideales resucitados en estas ferias se basaban en “*los principios de la eliminación de las barreras aduaneras, el libre intercambio de mercancías, la competencia pacífica entre pueblos en el terreno de la técnica y la ciencia, o la construcción de un sistema de comunicaciones internacionales*”. Es decir, como interpreta (Álvarez Rubio, 2000), aquellos principios que habían alumbrado el nacimiento de las exposiciones universales y que estas no pudieron mantener ante su creciente carácter ostentador.

El impacto de la Exposición de Londres de 1851 fue muy grande. Esta exhibición inauguró la larga serie de certámenes internacionales del siglo XIX y principios del siglo XX que pasa por Londres (1851, 1862, 1886, 1908) y París (1855, 1867, 1878, 1889, 1900) y se extiende a otras ciudades como Nueva York (1853), Viena (1873), Filadelfia (1876), Sydney (1879), Melbourne (1880), Amberes (1885, 1894), Barcelona (1888), Chicago (1893), Bruselas (1897, 1911), Omaha (1898), Buffalo (1901), San Luis (1904), Lieja (1905), Milán (1906), etc. Paralelamente a estas muestras de carácter internacional, se continuaron celebrando en cada país, de manera independiente, certámenes nacionales y regionales específicos que afectaban a diversos campos de la economía o la cultura (industria, agricultura, minería, bellas artes, artes decorativas, colonias...). Estos certámenes se concebían, a escala, a imagen y semejanza de las grandes exposiciones. No fue hasta bien entrado el siglo XX que se sistematizó la asignación de nombres y de categorías a estos eventos a

través de la Oficina Internacional de las Exposiciones (*Bureau International des Expositions*, en su nombre oficial), creada en 1931.

(Solaz, 2009) dice que a la ya citada de Londres (1851) fueron invitados varios expositores valencianos. En la de París de 1867, se instaló una horchatería valenciana que se hallaba medio oculta en uno de los ángulos del parque. Como se ha visto en el capítulo anterior, algunos comerciantes y fabricantes valencianos expusieron sus productos invitados por la Comisión Regia. Precisamente fue esta presencia la que debió impulsar la organización de eventos a nivel valenciano, como se estudiará en el siguiente apartado.

Los organizadores de las exposiciones trabajaban convencidos de que estos certámenes contribuían al acercamiento entre los pueblos, la convivencia pacífica y la exaltación de los logros de la humanidad. Daba lo mismo que el mensaje fuera lanzado desde la monárquica Inglaterra o Francia, la republicana. El espíritu universal estaba por encima de formas concretas y de fronteras. De alguna manera, del mismo modo que el sistema capitalista enlazaba ya todos los sistemas económicos nacionales, las exposiciones enlazaban a los países.

Ello no es contradictorio con el hecho de que muchas de estas exposiciones constituyeron una suerte de guerra pacífica, o incluso una advertencia de futuras conflagraciones, como fue el caso del cañón Krupp expuesto en la sección prusiana de la Exposición de París de 1867 (Vegas, 2003). Las citas periódicas con la competencia comercial servían de acicate al desarrollo particular de cada expositor, que intentaba emular los logros de las empresas afines.

En la década de los cincuenta, a Londres siguieron la Feria de la Industria de todas las naciones (1853-54) de Nueva York, la Exposición Internacional de Dublín (1853), la de Munich (1854), la Exposición Universal de Amberes (1855), que fue la primera en la que hizo aparición la iluminación eléctrica, y la Exposición universal de productos de la industria de París en 1855. Si hasta ese momento, las exposiciones se habían limitado a reproducir la estructura de un edificio único, simbólicamente representado en el famoso *Crystal Palace*, que proliferó en todas las capitales sedes de exposiciones, con la primera de París, empezaron a establecerse muchos de los criterios de ordenación y de contenido que se convertirían en canónicos durante todo el resto del XIX. París fue donde primero se dividió la Exposición en dos partes separadas pero complementarias, Agricultura e Industria y Bellas Artes, y

también fue la primera que abandonó la disposición de edificio único para sustituirlo por un conjunto de edificios o “recinto”. Este modelo llegaría también a la Exposición Valenciana de 1909.

En 1886, en la Exposición Internacional de Industria, Ciencia y Arte de Edimburgo, la mayoría de los edificios fueron iluminados por la antaño denominada “luz del futuro”, la luz eléctrica, si bien conviviendo con el alumbrado de aceite y gas. Once años más tarde, cuando Napoleón III se empeñó en la Segunda Exposición Universal de París (1867), la capital francesa seguía marcando la pauta al disponer dentro del recinto de un parque de atracciones y al disponer la organización de la “ciudad internacional” en la que se levantarían por primera vez los pabellones de los países participantes. El carácter festivo e internacionalista de estos eventos quedaría así consagrado, de la misma manera que en la de 1855 la simbiosis entre industria y arte marcaría una relación impercedera en todo este tipo de eventos.

Según (Calvo Teixeira, 1992), el ministro de comercio de Francia, Edouard Looekroy, resumía en 1889, en un sentido muy hegeliano la idea motriz de la Exposición Universal de París de ese año: “*Una exposición universal es una totalización. El espíritu humano detiene un minuto su labor y reflexiona sobre el camino recorrido. Es el momento en el que el pasado se condensa, las fuerzas se renuevan y un gran soplo de confraternidad cae sobre los corazones*”. A fin de cuentas, la gran Exposición de París de 1889 conmemoraba los cien años de la Revolución Francesa y lanzaba al mundo el mensaje de universalidad y defensa de los derechos humanos que tal acontecimiento representó, arropado, eso sí, bajo inmensas cubiertas de cristal y toneladas de hierro que desafiaban la gravedad.

El tándem París-Londres simbolizaba la tensión competitiva que generaban las grandes exposiciones. Los papeles empezaban a repartirse. Mientras París, tal como demostró temporalmente con sus dos primeras exposiciones optaba claramente por no rehuir los elementos escenográficos y exhibicionistas, Londres, en la Exposición Internacional de Bellas Artes e Industria de 1871, optó por introducir un cierto criterio de racionalidad económica y utilitarista, concibiéndola como un acontecimiento programado a lo largo de cinco años a través de otras tantas exposiciones anuales y, por tanto, de un carácter mucho más monográfico. El intento fue un fracaso rotundo, según (Álvarez Rubio, 2000).

Antes de que el programa londinense hubiera tenido tiempo de cumplirse, en el corazón del Imperio austro-húngaro, se desplegaba una espléndida escenografía urbana para acoger en 1873 a la Exposición Universal de Viena. Ni las epidemias de cólera, ni la caída de la bolsa vienesa, ni las endémicas tensiones nacionalistas menoscabaron su éxito, que consagró el carácter propagandístico de estas manifestaciones económico-culturales.

En el continente americano, fue la Exposición Internacional de las Artes, las Manufacturas y Productos del Suelo y de la Mina de Filadelfia de 1876 la que marcaría un hito. Nominalmente, se trataba de celebrar el centenario de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. En realidad, era la carta de presentación al mundo de la nueva potencia. Concluida la guerra civil en la que el modelo industrialista y proteccionista había ganado e impuesto su hegemonía, esa potencia ya podía alinearse con las europeas en la carrera por el progreso.

Como ya se citó, al recinto de dicha exposición, viajaría Climent en su doble condición de empleado de La Primitiva y de comisionado del Comité Regio español. De su posterior participación en el Comité de la Exposición, se puede deducir la fuerte influencia que la de Filadelfia debió tener en la de Valencia.

La década de los 80 y los 90 fue una auténtica apoteosis exhibicionista, a la que las llamadas naciones civilizadas, empezaron a incorporar el diverso y variopinto mundo colonial. Las exposiciones de final del XIX reflejan el frenesí imperialista de las principales potencias europeas. La carrera por el reparto del mundo parecía tener su reflejo simbólico en la carrera por organizar un evento internacional en el que además, exhibir todo el exotismo del que se fuera capaz. En 1883, Amsterdam, con la Exposición Universal Colonial y de la Exportación General. En 1887, Madrid, con la Exposición hispano-filipina, de nula repercusión internacional; pero cuyo recuerdo ha permanecido a través del Palacio de Cristal del Parque del Retiro (Álvarez Rubio, 2000)

En 1888 coincidieron nada menos que cinco exposiciones internacionales: la primera de Copenhague, la de Bruselas, la de Glasgow, la segunda de Melbourne y la de Barcelona, en el Parque de la Ciudadela, el primer ensayo de proyección internacional de esta ciudad que culminaría, bastantes años más tarde con la de 1929. Más adelante, se tratará la influencia de la exposición barcelonesa de 1888 en la Exposición.

Los años 80 se cerraron con la paradigmática Exposición universal de Productos de la Industria de París de 1889, auténtica apoteosis de la era del hierro en la industria y en la arquitectura (Torre Eiffel) y máxima expresión del mensaje universalista de una Francia republicana que conmemoraba de esta forma el centenario de su Revolución.

En 1893, en la Exposición Colombina de Chicago, que conmemoraba el descubrimiento de América, hubo ya un Palacio de la Electricidad, donde estuvieron presentes empresas que tenían un brillante futuro: General Electric, Westinghouse o American Bell Telephone. En el centro de este edificio se erigía la Torre la Luz, creada por Edison y decorada por bombillas multicolores. Además se idearon varios sistemas de transporte interno impulsados por esta energía, como el tranvía eléctrico, la pasarela mecánica y las lanchas eléctricas. Las exposiciones anunciaban nuevos tiempos.

En la *California Midwinter International Exposition* de San Francisco de 1894, Leopold Binet construyó una estructura de 83 metros de altura, semejante a la Torre Eiffel, que, al igual de edificios importantes del recinto, estaba decorada por bombillas eléctricas de incandescencia.

París sería la encargada de despedir el siglo con la de 1900, la que sería denominada la “Exposición del siglo”, que registró una cifra récord de 50 millones de visitantes. Su iluminación eléctrica superó a la de Chicago. Sólo el Palacio de la Electricidad y el Castillo de Agua, diseñados por M. Henard y M. Paulin, estaban decorados por seis mil lámparas eléctricas. Coronando el palacio, una escultura llamada el Espíritu de la Electricidad hacía parpadear intermitentemente miles de bombillas.

Con ayuda de este nuevo sistema de iluminación, las exposiciones fueron prolongando su horario útil hasta incluir las veladas nocturnas. Estos certámenes exigían de manera creciente una gran cantidad potencia eléctrica que se destinaba principalmente a la iluminación y decoración nocturna del recinto, de manera que la facilidad de suministro se fue convirtiendo en un factor fundamental de localización de los eventos.

Precisamente, en 1901 se organizó la Panamericana de Búfalo en la cercanía de las cataratas del Niágara no solamente por su interés turístico, sino porque se contaba con la producción eléctrica de la recién inaugurada central. La Torre de la Electricidad, de 119 metros de altura,

coronada por una escultura de Herbert Adams que sostenía una antorcha de luz, se convirtió en el símbolo de este certamen.

En 1905, la sede fue Saint Louis, en conmemoración de la compra de la Louisiana a Francia por parte de los Estados Unidos. Glasgow también organizó en 1905, una Exposición Internacional, en conmemoración de la primera de Londres. Glasgow fue una de las pocas que obtuvo beneficios económicos. Este mismo año, los 75 años de la independencia belga eran celebrados con una Exposición universal en Lieja y en 1906, Milán organizaría una monográfica sobre transporte terrestre, marítimo y fluvial.

Hasta 1914 se pueden contabilizar unos cuarenta eventos de este tipo repartidos por distintas capitales europeas, americanas y australianas. La lógica histórica y económica explica el hecho de que fuese Inglaterra la cuna de la primera de estas manifestaciones, del mismo modo que fue París la capital que marcó la pauta de la dimensión universalista y la magnificencia de las mismas (Álvarez Rubio, 2000).

5.3 La nueva arquitectura de las exposiciones, el espectáculo y las atracciones.

La aparición espontánea de atracciones de feria en las Exposiciones de París de 1867 y Filadelfia de 1876, y su asunción e incorporación completa a partir de la Exposición de Chicago de 1893, fue minando el objetivo inicial ligado al progreso industrial y económico de estos certámenes y creando las bases para el establecimiento de los grandes parques de atracciones del siglo XX. En efecto, después de la I Guerra Mundial, las grandes exposiciones se suceden vacías de contenido industrial o comercial, dejan de hacer énfasis en la exaltación del progreso, que ya no aparece como el gran logro de los países, sino como una terrible amenaza de autodestrucción.

Según se explica en (Vegas, 2003) las exposiciones también sufrieron un proceso paulatino de transformación física, desde el concepto de un gran edificio-ciudad, un gran contenedor que albergaba bajo un mismo techo a todos los expositores, a una ciudad de edificios, es decir, un conjunto más o menos aleatorio de pabellones que representaban a cada una de las naciones o, eventualmente, a las empresas que concurrían al certamen. Las razones para esta transformación se deben buscar en el crecimiento desorbitado de los expositores, en el coste y problemas de reciclaje de las grandes estructuras, y en las necesidades expresivas y representativas de

la arquitectura, entendida como imagen corporativa de una nación, de una entidad o de una empresa.

(Vegas, 2003) ha analizado como el trasvase de “arquitecturas nacionales a los recintos de las exposiciones creó fantásticas ciudades de babel, alentó alquimias de estilos diversos y fomentó el tráfico de significantes arquitectónicos”. La arquitectura de los pabellones se convirtió gradualmente en la verdadera protagonista de estos certámenes. En definitiva, el eclecticismo en la arquitectura encontró un terreno abonado en el mundo de las exposiciones, que se erigieron como los referentes de esta búsqueda en la expresividad arquitectónica.

Las exposiciones de la segunda mitad del siglo XIX sufrieron una evolución desde el concepto de edificio-ciudad a la ciudad de edificios, desde la idea de un gran espacio cubierto contenedor a la disposición urbana de pequeños pabellones contenedores. Al primer grupo pertenecerían las míticas exposiciones iniciales de Londres (1851), París (1855), Florencia (1861), Londres (1862), Viena (1873), Filadelfia (1876) y Burdeos (1882). La Exposición Universal de París de 1867 supuso un punto de inflexión en el diseño de las plantas generales, puesto que combinaba un gran edificio contenedor con un buen número de pequeños pabellones que se agrupaban a su alrededor. Esta solución híbrida se utilizó en otros certámenes como los de París (1878), Amsterdam (1883), Niza (1884), Amberes (1885), Barcelona (1888), París (1889) o Palermo (1891). Los grandes contenedores fueron reduciendo su tamaño hasta confundirse con el resto de los pabellones, de manera que nació un nuevo concepto de recinto expositivo: una pequeña ciudad de pabellones.

Todas las formas de estos recintos expositivos de múltiples pabellones se caracterizaron generalmente por una gran irregularidad derivada de las condiciones del solar disponible para la ocasión, a veces en plena trama urbana, en otros casos en medio de un paraje natural, al que se debían adaptar los diseños de los arquitectos del certamen. Sus perímetros, también irregulares, se cercaban con un muro o una valla en toda su longitud construida para el certamen, y ocasionalmente se flanqueaban con algún pabellón que servía de cierre. El acceso a estos recintos podía ser único o llegar a las decenas de entradas de la Exposición Universal de París de 1900.

La Exposición Valenciana de 1909 se situaría plenamente en esta categoría, al usar un conjunto diáfano de solares, limitados por la trama urbana incipiente, por los Cuarteles Militares y por la acequia de Mestalla.

Pero no solo se estaba transformando el continente, también la dinámica expositiva tenía que atender a una nueva necesidad: la del espectáculo, la de la emoción. La creación del espectador moderno va ligada a las grandes exposiciones decimonónicas. Con la evolución de dichos certámenes, el público pasó de desempeñar el rol de espectador, ante la fascinación del progreso de las máquinas y los inventos, a convertirse en frívolo participante de un espectáculo festivo.

El objetivo inicial de las exposiciones, que incluía la instrucción industrial y geocultural de la gente llana, dio paso de manera imperceptible al puro entretenimiento. En esta transformación reside una de las razones del abandono de las grandes estructuras de ingeniería de las primeras exposiciones, genuinas representantes del progreso caracterizadas por la univocidad de su mensaje, en beneficio de la adopción de lenguajes arquitectónicos expresivos, que sabían vestir los pabellones de una polisemia donde estaban presentes conceptos como dignidad, prestancia, festividad, exotismo y nacionalidad. (Vegas, 2003)

Otro aspecto interesante de estos certámenes atañe a la conversión del visitante en espectador de todo un microcosmos. Particular interés poseen los sistemas de elevación aérea de las Exposiciones: los paseos en globo cautivo (París 1867, 1878, 1889), Chicago (1893), Buffalo (1901), etc; las torres panorámicas, como el observatorio Sawyer (Filadelfia, 1876), la citada Torre Eiffel (París 1889, 1900), la torre de Leopoldo Binet (San Francisco, 1894), etc; la noria de Ferris (Chicago, 1893; imitada en París, 1900; reconstruida en San Luis, 1904), etc. Todos ellos permitían dominar de un vistazo el conjunto de la exposición. Si ésta constituía de por sí un compendio amalgamado del universo humano, la visión aérea de este conjunto constituía una grandiosa experiencia que casi equivalía a la observación del planeta azul desde la órbita de la Tierra. (Vegas, 2003)

Estas visiones comprensivas del universo se materializaron en espectáculos literales del globo terráqueo. La Exposición de Londres de 1851, que no poseía una zona específica de diversiones pero incluía atracciones de diverso tipo, ofrecía, además de panoramas y dioramas de diversas partes del mundo, una rotonda de 22 m de diámetro construida con maquetas de yeso que representaban océanos y continentes que se

recorrían mediante escaleras. La Exposición de París de 1889 presentó una estructura similar y en la siguiente de París de 1900, el espectáculo llegó incluso a poseer un pabellón llamado “*Grande globe céleste*” con una gran esfera del firmamento soportada por arcos como imagen figurativa. Esta última gran muestra poseyó también un Cinerama, o cine panorámico proyectado sobre el interior de una esfera, que presentaba panoramas aéreos de diversas ciudades.

Similar era el efecto que producía la visión simultánea, en inmediata cercanía, de los pabellones nacionales en la *Rue des Nations* de las Exposiciones de París, las historias construidas de la evolución de la residencia humana, las reconstrucciones de barrios enteros de otras ciudades u otras épocas, la exhibición de aborígenes de diversas colonias y la presencia en el recinto de un gran número de lenguas ajenas a la localidad anfitriona del certamen. Lo que menos importaba realmente era la autenticidad de este espectáculo, como en la Exposición de San Francisco de 1894, donde, dado que los japoneses locales se negaron a arrastrar los carritos de transporte de los visitantes, se recurrió un grupo de alemanes ataviados con trajes orientales (Vegas, 2003).

Esa necesidad de emoción y de espectáculo explicará en parte algunas de las características innovadoras de la Exposición, donde hubo varias atracciones (La Glissoire Roulant, Los Urales, etc.) que se describirán en detalle en el octavo capítulo y donde se pudo percibir una tensión continua entre el continente, el contenido y el abundante programa de espectáculos.

Así, en el editorial del número 21 de (Valencia, literatura, 1909) de 10 octubre de 1909, en plena Exposición, al que no debía ser lejano el propio Trénor, hay una amarga queja al respecto de la demanda incansable que el público valenciano hacía de “festejos”.

“Porque, señores, nosotros hemos tenido el patriotismo, como la mayor parte de los españoles, de asistir á la Exposición zaragozana, y allí nadie sintió la voraz necesidad de festejos que aquí. Es lo que nos decía un ilustre escritor aragonés: -La exposición es el mejor espectáculo que pueda inventarse, fiesta perenne con atractivos bastantes para que nadie eche de menos otros, sean los que fueren. Y tenía sobrada razón aquel amigo. Si las exposiciones, que no son ni se hacen con ideas de lucro, ni mucho menos, han de recargar el capítulo de gastos con los enormes consiguientes á prolongados y magníficos festejos, valiera más que no se hicieran, porque el local de cualquier Exposición no debe convertirse jamás en parque de atracciones. Los industriales particulares ya se encargarán de explotar las suyas por su cuenta y riesgo”.

6 LOS ANTECEDENTES.

La larga serie de exposiciones que se ha citado tuvo su repercusión en Valencia. Según (Pérez Puche, 2009), la Exposición Universal de París de 1900 atrajo a la burguesía valenciana. Hasta el punto de que el diario “Las Provincias”, organizó un viaje de lectores y amigos encabezado por su director, el omnipresente Teodoro Llorente. La electrificación generalizada, para motores e iluminación, fue el aliciente principal de aquella muestra. También se presentaban ante los ojos del mundo, de una forma ya apta para la comercialización, el fonógrafo y el automóvil. París, iluminada y renovada, hizo coincidir los segundos juegos olímpicos de la era moderna con su exposición para configurar un inolvidable fin de siglo.

La Exposición Universal de Londres de 1890 ya se había seguido con interés en Valencia y la de Chicago (1893) tuvo la peculiaridad de que el pabellón español, dispuesto por el diplomático valenciano Enrique Dupuy de Lome, copiase el aspecto exterior de la Lonja de Valencia. Las exposiciones de Saint Louis (1904) y Milán (1906) fueron seguidas con bastante intensidad por la prensa valenciana. Singularmente, la segunda marcó una tendencia arquitectónica que irradió a toda Europa y que según (Pérez Puche, 2009) se vería reflejada también en los edificios de la Exposición. Otro precedente inmediato fue la Exposición Marítima internacional celebrada en Burdeos, en 1907: la fachada de su gran Palacio debió influir en el Arco de Entrada de la Exposición valenciana de 1909.

La Exposición, especialmente en su reciente y celebrado centenario, ha sido estudiada y homenajeada como un evento único y diferente en la historia de la ciudad. Sin embargo, conviene matizar este carácter: la sociedad valenciana había sido capaz de organizar a lo largo del XIX otros certámenes que constituyen claros antecedentes de la Exposición. De hecho, la Exposición era la tercera exposición de carácter “regional” que Valencia presenciaba. Por supuesto, la Exposición tuvo más importancia e impacto que cualquiera de sus predecesoras; pero mantiene una indudable relación con ellas que será analizada en este apartado.

Los antecedentes más remotos de la Exposición, según (Solaz, 2009) se pueden encontrar en algunas muestras de ámbito local, modestas, pero que fueron el embrión de este tipo de exposiciones ofrecidas en la

ciudad, sobre todo las de los años 1820 (Industria); 1833 (Historia y Artes); 1839 y 1848 (alentada por el barón de Santa Bárbara). La mayor parte de estos eventos fueron organizados por la ya citada Real Sociedad Económica de Amigos del País (RSEAP, 2003).

Además de las flores y productos hortofrutícolas se exhibían otras producciones con opción a los premios que repartía la institución: tejidos de seda, menajes de plata, mobiliario, pianos, guitarras, azulejos, así como diferentes obras de arte. En 1855, la exposición permaneció ocho días en el claustro y salones de la academia de Bellas Artes, antiguo convento del Carmen. El certamen se incluyó dentro de las celebraciones que tuvieron lugar por el cuarto centenario de *San Vicent Ferrer*. Se expusieron productos agrícolas, maquinaria y diferentes trabajos de artesanía, además de obras de arte y un invento: la fotografía al daguerrotipo.

Estos pequeños certámenes darían paso a las Exposiciones Regionales de Valencia celebradas en los años 1867 y 1883; y a las Ferias de Julio que tuvieron lugar con los calores estivales desde el año 1871 en adelante (con algunas faltas debidas a las epidemias de cólera principalmente). También a varios pequeños certámenes convocados en aquellos años. Todos constituyen antecedentes menores de la gran apoteosis que fue la Exposición. Estas ocasiones fueron creando una experiencia en la ciudad y sembraron precedentes en lo que se refiere al continente y al contenido de la Exposición, a pesar del lapso de tiempo comprendido entre las manifestaciones.

Un aspecto llamativo común a todos los certámenes consistió en su celebración en la orilla izquierda del río Turia, en directa relación con la Alameda, que constituía desde finales del siglo XVII el lugar de recreo por excelencia de las clases altas. Los festejos o exposiciones en el margen derecho del río o dentro de la ciudad misma tenían siempre un carácter complementario o subsidiario de los ubicados en el entorno de la Alameda, que en el imaginario urbano era la zona del ocio y del recreo ciudadano. Se debe tener presente que las condiciones higiénicas en el centro histórico eran bastante deficitarias, y que el azote del cólera afloraba con cierta frecuencia en los últimos años del siglo XIX, causando estragos en sus habitantes. La significativa ausencia de plazas dentro de la ciudad empujaba a los valencianos a buscar horizontes abiertos al otro lado del río.

Otra circunstancia complementaria a la anterior, según se reseña en (Vegas, 2009), fue la costumbre de construir una pasarela provisional sobre el río Turia, en el mismo lugar donde se ubicaría más tarde la Pasarela de la Exposición, para facilitar el acceso de los visitantes durante, al menos, las Ferias de Julio previas a 1909.

Toda esta experiencia, así como el impacto creciente de las grandes exposiciones europeas, llevó a la Real Sociedad Económica de Amigos del País, a organizar el primer evento que va a ser considerado:

6.1 La Exposición Regional de 1867.

En mayo de 1867, con motivo del centenario de la “Imagen de Nuestra Señora de los Desamparados”, a iniciativa del director Vicente Lassala de la Sociedad, (Solaz, 2009) se organizó la Exposición Regional de Agricultura, Industria y Montes. En ella participaron las provincias de Alicante, Castellón, Valencia, Murcia y Albacete. Como sede, se escogió el convento desamortizado de San Juan de Ribera, en el margen izquierdo del río, al final de la Alameda. Los cuarteles militares no existían todavía. Según (Álvarez Rubio, 2000), se dice en “Las Provincias” de la época que aquel edificio “*no se prestaba mucho*”; pero se le sacó mucho partido.

En aquel momento, apenas se elevaban edificaciones en esta zona de la ciudad, aparte del mismo ex-convento, el molino de la acequia de Mestalla, que delimitaría al oeste el recinto de la Exposición de 1909, y alguna alquería desperdigada por la huerta. El arquitecto Manuel Blanco había realizado en 1864 una transformación del edificio, para adecuarlo a exposiciones permanentes de “Agricultura, Industria y Artes”, por encargo de la Casa-Banca de Madrid. Como sucedía con otras exposiciones de la época, y, de manera más frecuente, con exposiciones de ámbito menor, se escogía un edificio existente y se habilitaba su interior para acoger una exposición. Así se había actuado, por ejemplo, en el primer certamen nacional italiano, la citada Exposición Nacional de Productos Agrícolas e Industriales y de Bellas Artes de Florencia en 1861, donde se había utilizado una vieja estación de trenes, la Estación Leopolda.

Según (Vegas, 2003), el edificio conformaba un paralelepípedo de cuatro pisos, con una gran entrada central de doble altura flanqueada por dos pilastras que soportaban un frontón curvo de remate. Según (Álvarez Rubio, 2000) la planta baja y su piso principal se dedicaron a galerías de

la industria. La entrada del convento, entre la verja y el edificio, fue convertida en un jardín de recreo con diversos parterres floridos adjudicados a varios floricultores valencianos. Al fondo del espacio vallado del convento, situado tras el edificio, se construyó un gran salón que sirvió para los actos oficiales y la exposición de bellas artes, donde, como sucedería en la Exposición de 1909, destacó el apartado de pintura. Dos prolongadas galerías, construidas también en este espacio, sirvieron para albergar el material y los productos de la agricultura. Además, se erigieron pabellones de instalaciones especiales, como la sección de animales útiles, con pintorescos palomares, gallineros “que sorprendieron” (Solaz, 2009) e incluso el primer *aquarium* que se veía en Valencia.

Como estudioso de la arquitectura de las exposiciones, (Vegas, 2003) se lamenta de que al ubicarse en un contenedor reaprovechado, “se nos hurta la oportunidad de analizar la posible planta de distribución del certamen. Las instalaciones que se montaron en el jardín posterior de este convento fueron, a juzgar por los testimonios escritos, de pequeño tamaño, y no revistieron mayor importancia en la ordenación del espacio”.

La muestra fue inaugurada del 10 de mayo de 1867 y al parecer, fue un éxito de público. Sorprendió, y cumplió el papel didáctico para el que estaban diseñados los certámenes de la época, dando a conocer nuevas industrias y progresos a sus visitantes. El rótulo de la Exposición Regional Valenciana de 1867 permaneció durante muchos años sobre el edificio con letras medio borrosas, recordando a los habitantes de la ciudad el éxito de un certamen que tardó en repetirse por las convulsas circunstancias políticas que ya se describieron en el tercer capítulo.

VALENCIA, EXPOSICIÓN REGIONAL DE 1867



Dibujo y reproducción de José E. Galiana

En el centro de la fachada de entrada se leía:

**SOCIEDAD DE AMIGOS DEL PAIS
AÑO 1867**

**EXPOSICION REGIONAL
AGRICULTURA, INDUSTRIA, ARTES**

El vestíbulo, adornado con mosaicos de la célebre fábrica de Nolla, contenía también en letras de mosaico, a un lado y otro:

**EXPOSICION REGIONAL
EN EL CENTENAR DE 1867
A LA SOCIEDAD ECONOMICA, LA FABRICA
DE NOLLA Y SAGRERA**

Figura 33: Hoja de información de la Exposición de 1867. Colección José Huguet. Fuente: (Pérez Puche, 2009).

Este primer certamen, caracterizado por el entusiasmo que lo impregnó, representó una afirmación de la fe en el progreso industrial moderno decimonónico de la ciudad de Valencia. De alguna manera, era un anuncio de lo que sería cuarenta años después la Exposición.

6.2 La Exposición de Motores de 1880.

Como ya se dijo antes, también fue la Real Sociedad Económica de Amigos del País la que organizó la llamada Exposición de Motores y Máquinas Elevadoras de Agua, en el llamado *Skating Garden*, aprovechando la Feria de Julio y su tirón publicitario.

Como explica (Álvarez Rubio, 2001) esta exposición, de carácter monográfico, fue la manifestación más clara de la complementariedad entre la agricultura y la industria (concretamente, la construcción de maquinaria). Su gran éxito y la gran repercusión que tuvo en la prensa denotan el excelente momento que estaba viviendo la economía valenciana. El empuje industrializador parece asumido ya por toda la sociedad.

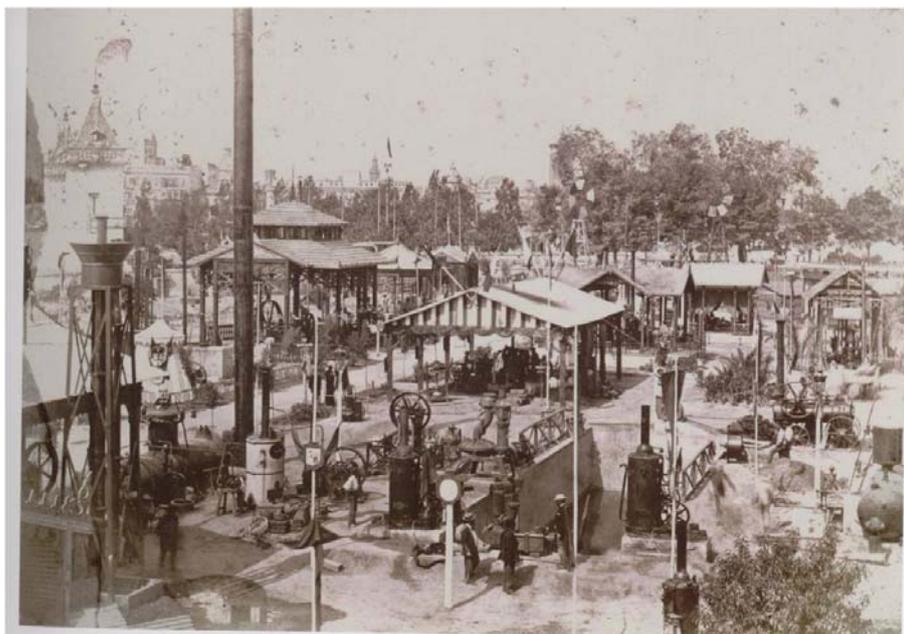


Figura 34: Panorama general de la Exposición de motores de 1880. A. García. Fuente (Álvarez Rubio, 2001).

El almanaque de Las Provincias de esas fechas dice:

“no fue aquella Exposición una simple fiesta, sino que tuvo un lado práctico de innegables resultados; el propietario estudió y pudo elegir las máquinas y aparatos que mejor llenan sus especiales exigencias; hicieronse numerosas ventas en la Exposición; y, sobre todo, familiarizóse una gran parte del público con los modernos inventos, con las aplicaciones de la mecánica, con los aparatos y máquinas que desconocía (...)

cuando se cerró el concurso, muchos que antes consideraban las máquinas de vapor como un monstruo temible, o las bombas de gran potencia como invenciones de difícil aplicación, estaban convencidos de que no hay fuerza más dócil, ni problema más sencillo que el de estos aparatos". Aparece así un mensaje pedagógico marcadamente positivista. Son las décadas en las que mayor auge parece tener el optimismo cientifista y tecnológico.

A la Exposición de Motores de 1880, acudieron fabricantes valencianos y catalanes; pero también franceses (Creusot y Poillon), suizos (Schmid) y británicos (Black & Manson, y Dath & Elwood). El pabellón más grande era el de la barcelonesa La Maquinista Terrestre y Agrícola, al fin y al cabo se debía tratar de la empresa líder en aquel momento. El contrapunto se lo daba la valenciana La Primitiva, que mostraba la máquina de más potencia del concurso, de 45 caballos de vapor, presentada por el ya citado López Chávarri.



Figura 35: Pabellón de los Sres. Black y Manson en la Exposición de Motores de 1880. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

6.3 La “Exposición de la Glorieta” de 1883.

La Exposición de motores de 1880 tuvo su continuación en un evento más modesto, que se dio en llamar Exposición de la Glorieta, organizada por la Sociedad Valenciana de Agricultura a lo largo de mayo de 1883. Ocupaba el espacio entre la Calle del Mar y la Plaza de Santo Domingo. De nuevo, se debe destacar la complementariedad entre agricultura e industria y de nuevo, el éxito recordaba a la monográfica de 3 años antes.

(Álvarez Rubio, 2001) cita el almanaque de Las Provincias:

“Muchas fábricas valencianas y algunas de fuera y hasta extranjeras, remitieron sus máquinas, vendiéndose muchas de las expuestas. No citaremos instalaciones ni tampoco especialidades. Baste señalar, entre los objetos expuestos, las prensas hidráulicas para vinos y aceites, sierras mecánicas, máquinas de vapor, que funcionan elevando considerable cantidad de agua, bombas de diferentes aplicaciones y sistemas, motores, norias, molinos de viento, herramientas agrícolas y objetos de jardinería”.

Entre las fábricas y casas expositoras figuraban muchas de las citadas en el capítulo cuatro. Según el periodista *“los talleres de fundición La Primitiva Valenciana, el Vulcano, el Turia, Malabrouche (sic), Morris, los de cerrajería de los sres. Centelles y Seytre, y otros de esta ciudad, y las fábricas de Moret, Broguet y Noel, de París, la de Biggot y Cía. de Birmingham”*. Fenómenos nuevos, tiempos nuevos, asombros nuevos: el periodista habla del *“bellísimo espectáculo”* y de *“la iluminación eléctrica, brillante como nunca, en Valencia, y aún quizás en España...compitiendo con la luz del día”*. Se trataba de un anuncio del asombro y de la impresión que iba llegar 26 años después.

6.4 La Exposición Regional de 1883.

El 24 de enero de 1883, la Real Sociedad Económica de Amigos del País, por boca de su presidente Elías Martínez Gil, propuso la celebración de una Exposición Regional de Agricultura, Industria y Artes a coincidir con la Feria de Julio de ese año. Se nombró a tal efecto una comisión que se encargó de la organización. Los arquitectos José Camaña, Joaquín Belda y Antonio Martorell fueron los encargados del diseño de la planta general y de los pabellones de la exposición. Se recibieron subvenciones de la Diputación Provincial de Valencia (12.500 pts.), del Ayuntamiento de Valencia (6.000 pts.), del Gobierno español (7.500 pts.), de las Diputaciones de Castellón y Albacete (1.000 pts.), y del Marqués de Campo (5.000 pts.). El corto espacio de tiempo del que se dispuso para toda la organización y la construcción conllevó problemas de diversos

tipos y una inauguración de la exposición un poco deslucida, a causa de la construcción inacabada de los pabellones de la misma. Esta misma precipitación y deslucimiento se repetiría, como se verá, en la Exposición.



Figura 36: Exposición regional de 1883: locomotora de la Sociedad de Ferrocarriles Almansa-Valencia. Catálogo de la Exposición. Fuente: (Ateneo, 2009)

La exposición se abrió el 21 de julio de 1883 y en ella participaron las provincias de Albacete, Alicante, Castellón, Murcia y Valencia, y, fuera de concurso, otras provincias españolas y productos extranjeros. El certamen acogía los siguientes grupos: agricultura, horticultura y silvicultura; industrias extractivas y productos brutos y labrados; herramientas y aparatos de las industrias mecánicas (esta sección fue organizada por el citado López Chávarri); productos alimenticios, tejidos, ropas, mueblaje y accesorios (organizada por el citado Vicente Pampló); bellas artes y sus aplicaciones; arte retrospectivo; educación y enseñanza; y, por último, instituciones para mejorar la condición de los trabajadores.

El himno de la Exposición fue compuesto por el maestro Salvador Giner, con letra de Teodoro Llorente.

Según se estudia detalladamente en (Vegas, 2003), el lugar escogido para su celebración fueron los llamado jardines del Real, una vez más, en el margen izquierdo del río Turia, y en inmediata vecindad con la Alameda, donde tenían lugar las festividades anuales de la Feria de Julio. Después de la demolición, a manos de los propios habitantes de Valencia, del antiguo Palacio Real, para evitar que las tropas francesas se hicieran fuertes en él, y de que el General Elío fuese ejecutado en las lomas que adoptaron su nombre, el Real Patrimonio, propietario del terreno, construyó un pequeño pabellón que subsistió durante gran parte del siglo XIX. Con los movimientos revolucionarios de los primeros 70, se estableció un denominado Jardín de Aclimatación, y se instaló la Cátedra de Agricultura. Posteriormente, se requirió a la Diputación Provincial para convertirla en una especie de granja modelo, se talaron árboles para destinarla a tal fin, y se construyó una serie de edificios que, antes de adoptar su uso, fueron utilizados para la exposición.

Según (Vegas, 2003), la Exposición Regional de 1883 mostró una voluntad de orden dentro del recinto de los jardines. La existencia de *les muntanyetes del General Elío* provocó la creación de una triple entrada: una central que abocaba a las lomas y dos laterales que las sorteaban. El umbral del recinto ofrecía un generoso sector dedicado a la jardinería y el arbolado dispuesto en parterres ortogonales que se integraban paisajísticamente con las dos pequeñas colinas. Este accidente en la topografía forzó una composición no jerárquica de la planta general, que distribuyó el núcleo de la exposición en dos grandes edificios cruciformes que flanqueaban las lomas: el “Pabellón de la Industria Fabril” y el “Pabellón de los Productos fabriles de vestir, mueblaje y decoración de habitaciones”. Además, el primero de estos pabellones adaptaba la longitud de una de sus alas a la irregularidad del perímetro del solar. Gran parte del resto de instalaciones y pabellones menores se erigía en el trasfondo de estos dos edificios principales, dispuestos en ordenación ortogonal. Las irregularidades del perímetro del recinto se evitaban por lo general, y se absorbían con vegetación y espacios libres.

El solar lindaba con el edificio de San Pío V, al oeste; con el cauce del río, al sur; con el inicio de la Alameda, el solar del inminente Palacio de Ripalda y los jardines de Monforte, al este; y con un camino rectilíneo que surgía de la diagonal trasera de San Pío V, paralelo al Camino Vuelta del Ruiseñor, al norte.

Los pabellones presentaban en general un aspecto sencillo, y se diseminaban alrededor de las montañitas de Elío. Los dos pabellones principales poseían una planta en forma de cruz, y estaban alineados a la altura de las lomas nombradas. En el cruce de las naves, construidas en madera, se erigía una rotonda central ligeramente elevada. El trazado general se había hecho con las alineaciones tímidamente previstas en los planos de la época (Vegas, 2003)

Dentro del Pabellón de la Industria fabril exponían, entre otros, *“los talleres de fundición de la Primitiva Valenciana, el Vulcano, el Turia, Malabouche, Morris, los de cerrajería de los Sres. Centelles y Seytre, y otros de esta ciudad, y las fábricas Moret, Broguet y Noel, de París, la de Piggot y Cia. de Birmingham, y las de los sucesores de Pfeiffer y La Maquinista terrestre y agrícola de Barcelona”*, según el almanaque de “Las Provincias” reseñado en (Alvarez Rubio, 2000).

El centro de la rotonda de la primera galería *“lo ocupaba un colosal trofeo de la fábrica de fundición el Vulcano, y había allí instalaciones de igual género de la Maquinista Valenciana, la Maquinista Belga, de Aldudo, Bartle y otros, máquinas de coser, telares de seda e hilo, y de pasamanería, máquinas de imprimir, carruajes y otros mil objetos. Algunas de las industrias expuestas allí hacían funcionar sus aparatos, dando mucha animación a aquella galería, con su ruido y movimiento.”*

En el Pabellón de Productos fabriles de vestir, mobiliario y decoración el puesto de honor de la segunda galería, *“ocupábalo el magnífico y abundante muestrario de tejidos de Alcoy. Llamaban la atención los muebles de lujo de Albacar y Suay, los de madera volteada de Trobat (de Valencia) y de Thonet (de Viena), las camas de hierro, los azulejos, el grandioso escaparate de tejidos de lana de Sert, de Barcelona; las cajas de cartón de Meléndez; los damascos y otros tejidos de seda, de varios fabricantes, los abanicos...”*



Figura 37: Detalle de la portada del Álbum de la Exposición Regional de 1883. Fuente (RSEAP, 2003).

El resto de los pabellones mostraba menores dimensiones y estaban dispersos por el recinto. Entre ellos se encontraban los cinco pequeños edificios permanentes de la Escuela de Agricultura, de los cuales, cuatro estaban dedicados a la exposición de maquinaria agrícola y uno a las oficinas de la muestra. Destaca la abundancia de empresas de maquinaria alimentadas por un estanque cegado del antiguo palacio, que se habilitó para la ocasión. Estaban presentes M. Simon, B. Martí y Tomás Piggott & Cía. de Inglaterra y las instalaciones de maquinaria agrícola de los sucesores de Pfeiffer de Barcelona, las bombas de Noel de la misma ciudad, los llamados motores de viento y diversas norias; empresas de fundición de hierro, con su propio pabellón como las citadas La Fundición Primitiva de Valencia, la Fundición de Malabouche, y la fábrica de fundición de Felipe Vengut; empresas relacionadas con la

energía como la refinería de petróleo de Ayora y Císter, y el pabellón de la fábrica de gas del Marqués de Campo. También había pabellones relacionados con la horticultura como el umbráculo del Ayuntamiento de Valencia, el invernadero particular de los floricultores y el umbráculo de los jardineros de la Sociedad Floral. Cabe destacar también la presencia de un pabellón de la ya citada fábrica de mosaico Nolla. Por la parte más oficial, había un pabellón del Casino Industrial, donde sus socios exponían sus productos, y el pabellón de Bellas Artes, construido en mampostería a cargo de la Sociedad de Amigos del País.

Como ya se comentó anteriormente, este evento fue la gran presentación de la electricidad a la sociedad valenciana. La iluminación de la Exposición constituyó una combinación de los sistemas de gas y luz eléctrica. La luz eléctrica había llegado a Valencia con la Sociedad Valenciana de Electricidad un año antes, en 1882 y se había probado en la Exposición de la Glorieta. La Sociedad Valenciana de Electricidad instaló en la Exposición Regional seis dinamos eléctricas del sistema *Gramme* movidas por una máquina de vapor, instalada en el pabellón de La Primitiva Valenciana para abastecer al alumbrado del certamen. Cuatro dinamos alimentaban veinte lámparas de arco voltaico *Gramme Nysten* (seis en el pabellón derecha, ocho en el pabellón izquierda, tres en Bellas Artes, tres en la arboleda de la entrada). La quinta dinamo proveía de energía a cinco lámparas idénticas que daban servicio al Ayuntamiento y otras instalaciones particulares, y la sexta cebaba dos lámparas para La Primitiva Valenciana y tres sobrantes que se exhibían a sí mismas. La electricidad tendría que esperar a 1886 para ser instalada por primera vez en forma de alumbrado público permanente.

La iluminación de gas corría a cargo del marqués de Campo que, como ya se dijo, era el suministrador monopolístico de la ciudad. El marqués se presentó como expositor y productor, y mantuvo el tipo frente a la competencia de la energía eléctrica, con una instalación orquestada por el ingeniero José Ferrandiz de 4.478 focos distintos (entre los diversos tipos de mecheros, bujías y “fugas de gas”).

El propio pabellón del marqués de Campo era una fuente de iluminación: un quiosco metálico en dos cuerpos de sabor arabizante completamente afilegranado con arcos polilobulados, denticulos, acroterios, celosías, ajimeces y balaustradas historiadas. Este quiosco ostentaba 16 candelabros de 25 luces cada uno de color blanco y azul, y 193 focos repartidos entre el primer y segundo cuerpos.

(Vegas, 2003) afirma que se desconoce el aspecto de la mayoría de los pabellones de esta Exposición Regional. En cualquier caso, en lo arquitectónico, este certamen poseyó un carácter esencialmente práctico. Muchos de ellos estaban contruidos en madera y, al parecer, realizaban pocas concesiones a la decoración. Tanto, que muchos de ellos consistían en coberturas ligeras de estructura de madera sostenidas por pilares del mismo material y abiertas al exterior. Los testeros de los pabellones en cruz presentaban un vano en arco de medio punto sobre un entablado a rayas verticales, acabado por la sencilla cornisa y acroterios decorativos. Dentro de estas construcciones ligeras destacaban sin duda los edificios sólidos: las naves de la Escuela de Agricultura, de las que no se poseen imágenes; y el edificio de Bellas Artes, cuya solidez no implicaba decoración, con muros de mampostería parcialmente enlucidos en el interior y cobertura sencilla de vigas de madera, cabios y faldón.

Varios autores, (Vegas, 2003), (Solaz, 2009), coinciden en que esta Exposición tuvo un carácter donde predominó la industria, que se desarrollaba con gran rapidez, sobre la agricultura, sorprendiendo a los visitantes. En solo tres años, los visitantes descubrían avances tecnológicos. Además, simultáneamente a la Exposición Regional de 1883, durante la Feria de Julio, se celebró en el interior de la Lonja de la Seda una Exposición de maquinaria industrial, que se sumaba a la existente. La citada empresa de mobiliario curvado de Trobat, que había recibido ya premios en dos certámenes industriales de Valencia en 1881 y 1882, se confirmó como firma puntera en la producción de muebles, entonces llamados “vieneses”.

El carácter esencialmente práctico y comercial del evento que se ha reseñado llegó hasta tal punto que las atracciones y diversiones brillaron por su escasez e incluso por su ausencia. Este factor perjudicó gravemente a la afluencia de visitantes a la exposición, que necesitaban, como en otros certámenes, de un cebo en el anzuelo para acercarse a los recintos expositivos. La Exposición fue criticada en su tiempo por esta razón y también por no presentar un abanico completo de los productos industriales y agrícolas del momento, a diferencia de la Exposición Regional de 1867, que, siendo más reducida de tamaño, presentaba un espectro más completo. Otros reproches se centraron en la precipitación y en la improvisación que caracterizaron al certamen, y que, a juicio de los críticos, eran “aspectos endémicos del pueblo valenciano”. En cualquier caso, se puede considerar que en su conjunto constituyó una

iniciativa afortunada, aunque no se viera recompensada con un gran éxito.

El balance de esta exposición, a nivel económico, fue un desastre, según (Álvarez Rubio, 2000). Esto era bastante habitual en este tipo de certámenes. A la altura del mes de septiembre se observaba con alarma la disminución de público. La Real Sociedad Económica, la entidad encargada de su organización veía “*con sentimiento que los productos estarían muy lejos de cubrir los gastos*”. Al efecto de fomentar los ingresos y de gratificar de alguna manera a la sociedad organizadora, se convocó una manifestación pública de gratitud, una tómbola para recaudar dinero y un festival de clausura. La exposición cerró sus puertas el 25 de octubre.

Entre la exposición de 1883 y la Exposición de 1909 hubo abundantes paralelismos, como se verá más adelante; pero también diferencias. En cierto modo, fue la última exposición en que lo expositivo tenía un peso predominante sobre lo lúdico. Posiblemente, esta fue una de las diferencias fundamentales entre dicha exposición de 1883 y la Exposición de 1909.

6.5 Las Ferias de Julio de la Alameda.

Durante la primera mitad del siglo XIX, el Hospital General de Valencia organizaba grandes corridas de toros benéficas en torno a las festividades de San Jaime y Santa Ana (finales de julio y principios de agosto). Estas corridas atrajeron tanto público y prosperaron de tal modo que se acabó construyendo un nuevo coso taurino en 1851, y, finalmente, una gran plaza de toros, obra del arquitecto Sebastián Monleón, en 1860 (Vegas, 2003).

Por un lado, la idea de atraer visitantes forasteros a una feria para fomentar la industria y el comercio no era, por supuesto, nueva y en Valencia se unía a la voluntad de retardar la escapada estival de los residentes acomodados de la ciudad a núcleos de veraneo como *el Cabanyal*, *Burjassot*, *Godella* e incluso fuera de la Región, lo que perjudicaba al comercio de la ciudad. Por otro lado, la idoneidad del final del mes de julio, con la tradición ya asentada de las corridas de toros, ubicadas entre la época de las cosechas principales y la vendimia. Todas estas razones hicieron surgir en la mente de tres concejales del Ayuntamiento la creación de una feria anual con exposición de productos y ganados.

Esto queda bien reflejado en la siguiente reseña periodística de 1884, citada por (Álvarez Rubio, 2000): “(...) *pero las personas importantes, las clases ricas, las familias distinguidas, figuran entre ese respetable número en escasísima minoría. No hay que hablarles de venir a Valencia en el verano. Se dirigen a las provincias del Norte, al extranjero, a los puntos en que el calor es menos molesto*”. La opción, en lo que parece un adelanto premonitorio de lo que acabaría siendo una crítica la masificación y proletarización del turismo era evidente: “*esas clases, que dejan ríos de oro por donde pasan y que ponen de moda los puntos que visitan, son las que hay que atraer cuando se celebra una gran Exposición, no a los viajeros de trenes-botijo*”.

La Feria de Julio de Valencia, también llamada *Fira de Sant Jaume*, poseyó desde un principio un carácter laico, como las exposiciones de la época, a pesar de su origen ligado al calendario hagiográfico. No en vano, Valencia debía ser una de las ciudades más laicas de la España decimonónica. Tanto en la Feria como en todas las exposiciones en general, los actos de exaltación de los santos o las vírgenes eran sustituidos por actos de exaltación del progreso y el comercio.

En el mundo de las exposiciones, existen de forma aislada muestras de arte sacro, como la Exposición de Turín de 1898, pero su objetivo no es ensalzar las virtudes de ningún personaje; y se encuentran esporádicamente referencias religiosas en los certámenes, como el Pabellón Mariano en la Exposición Hispano-Francesa de Zaragoza de 1908, que fue una iniciativa privada; pero la tónica general e indefectible de las exposiciones, con la valenciana entre ellas, a pesar de su exposición de arte retrospectivo, se mueve en las aguas del laicismo positivista de aquellos tiempos. (Vegas, 2003)

Para la Feria se escogió como lugar de celebración la Alameda, donde iba a pasear la burguesía valenciana los días de asueto. En el margen del paseo adyacente al río, se instalaba una sucesión de pabellones, a menudo recreativos, colocados en fila. Es decir, una disposición que respetaba todavía un amplio espacio para el paseo de carruajes y gentes. A veces se erigían también instalaciones al otro lado del paseo, pero éstas eran normalmente quioscos, horchaterías y otros barracones de pequeño empaque.

El cercano cauce del río ofrecía la posibilidad de albergar las ferias de ganado, una de las actividades comerciales de la feria que, sin embargo, no ofrecía un decoro compatible con otros pabellones de alcurnia.

En la Feria de Julio de 1871, por primera vez se erigió en Valencia una pequeña ciudad efímera de pabellones y barracones de diversa extracción en una disposición lineal simple. Los pabellones construidos pertenecían a los organismos públicos y las sociedades burguesas, y su acceso estaba restringido a las clases más distinguidas de la ciudad. Este evento también inauguró una nueva manera de entender las veladas nocturnas gracias a la profusa iluminación de gas suministrada por Campo.

La información resulta a veces imprecisa y las imágenes que ha investigado (Vegas, 2003) adolecen a menudo de un pie que indique el propietario del edificio. En cualquier caso, se sabe que construyeron pabellón el Ayuntamiento, la Diputación y el Gobierno Civil, que formaban un conjunto de tres cuerpos, donde la Casa Consistorial recurría a un estilo neoárabe, con una reproducción del Patio de los Leones de la Alhambra de Granada que sorprendió favorablemente; el Casino de la Plaza de Mirasol o de Agricultura, construido en “estilo chinesco”; el Círculo Valenciano; la Real Sociedad Económica de Amigos del País; el pabellón del Regimiento de Infantería de Burgos, que visitaba Valencia en aquellos días.

Se quiso construir para la ocasión un arco de triunfo tal como era la tradición de la época. Este arco, del que no se tiene constancia gráfica, fue diseñado por el ingeniero Antonio Revenga, adornado por Francisco de Paula Rojas, e iluminado con faroles de gas suministrados, obviamente, por Campo. El que más adelante fuera nombrado marqués erigió a su costa otro arco triunfal para la ocasión en estilo árabe nazarí con combinación de luces multicolores.

Este conjunto de construcciones de carácter más oficial se completaba con el efímero Teatro de la Alameda, un circo, barracones con figuras de cera, juguetes, baratijas y quioscos de pasteles y bebidas estivales. La característica común a todos ellos, grandes y pequeños, fue la madera como materia prima de construcción y el grado de improvisación con que fueron concebidos y construidos, dada la falta de experiencia iconográfica en este sentido. Interesante resulta el lugar común del lejano o próximo oriente como recurso inmediato evocador de momentos festivos.

En la primera Feria de Julio de 1871 también se celebró una Exposición de Horticultura en los vecinos Jardines del Real; una Exposición de Industrias, organizada por la Real Sociedad Económica de Amigos del

País y el Colegio de Arte Mayor de la Seda, en el claustro de la Universidad; y una Exposición de Bellas Artes organizada por la Academia de San Carlos en su sede. De esa parte industrial no se dispone de información, aunque (Pérez Puche, 2009) dice que “se encuentra ocasión para exhibir novedades mecánicas e industriales”. Este primer programa de festejos y exposiciones marcó las pautas para las Ferias de Julio posteriores.

A partir de esta primera feria y con la excepción de los años 1884, 1885 y 1890, en que fue suspendida por las epidemias de cólera que azotaron la ciudad, todos los meses de julio se instalaron una media docena de pabellones oficiales de las instituciones, acompañados de multitud de quioscos y puestos de horchata, cebada, mazorcas de maíz, etc.

Un arco de triunfo erigido por la Diputación Provincial en 1888 para la visita de Alfonso XIII niño con su madre la reina regente, fue posteriormente donado al Ayuntamiento para la Feria de Julio de 1889 y siguientes años. Las jambas eran dos torretas multicolores jalonadas por balconadas perimetrales y rematadas por sendos cupulines de sabor chino o tailandés, con aleros curvados en cuello de cisne de los que colgaban farolillos de luz, y mástiles con gallardetes que ondeaban en las alturas. Entre las jambas se tendía un arco rebajado con escudo coronado en la clave y bandera.

(Vegas, 2003) también dice que el Ayuntamiento de Valencia poseyó a partir de 1891 un pabellón desmontable diseñado por el decorador Ricardo Alós, calificado antaño de estilo japonés, aunque más emparentado, en realidad, con la arquitectura de Indochina. Ese mismo año, los militares, cuyas dependencias se ubicaban en inmediata vecindad a ambos lados del río, construyeron un pabellón en forma de castillo, ejemplo de arquitectura histórica marcial.

Desde 1892 en adelante, se instaló durante algunos años el pabellón de la Red Telefónica, entonces con un centenar de abonados en Valencia. Su concesionario, Juan Antonio Mompó, recurrió a la imagen de un chalet para el pabellón. Estaba construido en madera, con una escalera que accedía a un zócalo elevado con terraza circuida de barandilla. Sobre esta plataforma, se elevaba una planta con cuatro frentes idénticos de portón amparado por un toldo y remate en hastial con cresterías de madera recortada. En el centro de la cubierta se elevaba una linterna acristalada.

A partir de 1894, tras la fusión del Ateneo Científico y Literario con el Ateneo Mercantil, la sociedad unida presentaría pabellones de mayor porte, pero se desconoce la imagen que ofrecían éstos por la ausencia de fotografías. El Pabellón del Círculo Valenciano erigido en la Feria de Julio de 1902 se mantiene en una línea barroca contenida con abundancia de elementos decorativos de ascendencia árabe o incluso magrebí. Por su parte, el Pabellón de la Sociedad de Agricultura, construido por el arquitecto José Camaña en el mismo certamen, constituye una interpretación en versión alpina con aleros denticulados de un pabellón oriental abierto dedicado a la contemplación. (Vegas, 2003)

Uno de los aspectos más interesantes de las Ferias de Julio y que las vincula plenamente con la Exposición objeto de este trabajo de investigación es que creaban la ocasión para celebrar eventos científicos, culturales, o comerciales paralelos. De hecho, como ya se ha citado, la Exposición de Motores de 1880 y la Exposición Regional de 1883 se celebraron asociados a las Ferias. Además, se aprovecharon las Ferias para organizar una larga serie de congresos y simposios: congresos agrícolas (1882), congresos sociológicos (1883), congresos pedagógicos (1886) que les daban mayor porte social y aprovechaban sus instalaciones.

Esta tradición se vio continuada de la misma manera en la Exposición de 1909, que como se verá más adelante, albergó una multitud de actividades en su recinto. A partir de 1907, la Feria de Julio también incorporó competiciones deportivas, que, a raíz de su éxito y abundancia, se repitieron aumentadas en la Exposición.

Otro paralelismo que (Vegas, 2003) detecta entre las Ferias y la Exposición es que, como signo del carácter esencialmente lúdico de estos certámenes, predominó lo festivo sobre lo comercial y mercantil, pero su celebración estimuló la economía de la ciudad de Valencia que en otras circunstancias, hubiera estado muy apagada en julio.

En 1900, crecientes disensiones entre la Junta de Feria del Ayuntamiento de Valencia y el Ateneo Mercantil y los comerciantes de la ciudad crearon una situación interesante de analizar. Por una parte, la Casa Consistorial insistía en el programa tradicional y deseaba limitar la fiesta al recinto de la Alameda; por otra, los comerciantes, con el Ateneo Mercantil a la cabeza, querían extender la fiesta a las calles de Valencia, engalanaron por su cuenta, e introdujeron nuevos y variados espectáculos en toda la ciudad. Este divorcio deseado por el

Ayuntamiento entre la fiesta y la ciudad, con su frontera material en el cauce del río Turia, se repetiría generalmente en todas las Ferias de Julio. De alguna manera, la Exposición de 1909 supuso la síntesis de ambas voluntades. Aunque el recinto se situó en el ya tradicional lado izquierdo del río, la celebración del evento conllevó una serie de mejoras urbanas importantes que afectaron principalmente a la ciudad consolidada.

(Vegas, 2003) señala que a pesar de la escasa e imprecisa información acerca de los pabellones de las Ferias de Julio, éstos albergan un gran interés, porque proporcionan pistas sobre la sorpresa y la admiración que produjo la envergadura del recinto y los edificios de la Exposición de 1909. Parece que el público valenciano estaba, de alguna manera, habituado a la pequeña exposición de carácter anual que era la Feria de Julio, más que en otros lugares, y en esa costumbre radica una mayor madurez como espectador de arquitecturas efímeras, y una pérdida de la capacidad de sorpresa. Sobre esta base se erigió el certamen de 1909 y 1910, que, a pesar de todo, despertó admiración entre propios y ajenos. Resulta interesante señalar la omnipresencia del exotismo oriental de diversas formas en los pabellones de la Feria de Julio, referencia que desaparece por completo en los grandes pabellones de la Exposición para quedar relegada ocasionalmente a algún pequeño puesto (como el quiosco del papel de fumar Bambú y el quiosco El Elefante, de los que se hablará más adelante).

El exotismo oriental acentuaba el carácter bullanguero, efímero y banal de los pabellones, y esta condición, unida a su construcción abiertamente provisional, era precisamente la que Tomás Trénor deseaba evitar a toda costa para su Exposición. Según (Vegas, 2003) desde esta voluntad de impregnar de dignidad augusta al certamen, que constituía además el deseo del resto de las exposiciones europeas y americanas, se debe entender la elección de estilos de mayor predicamento afines al clasicismo para el recinto de la Exposición de 1909.

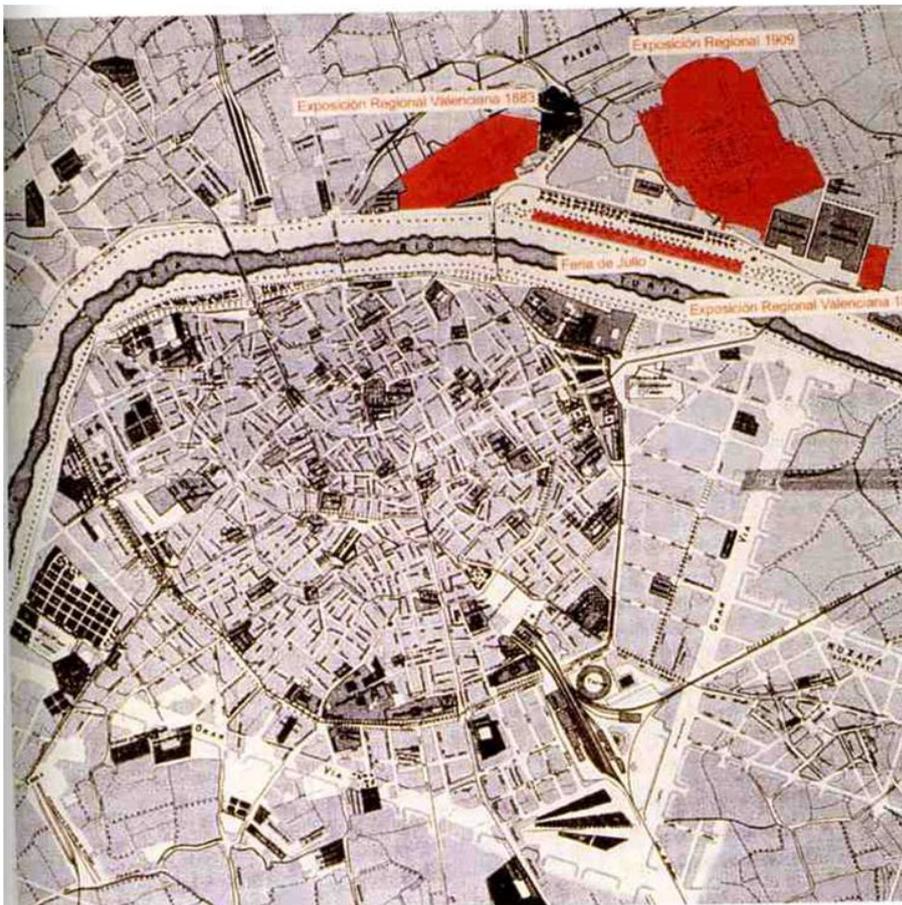


Figura 38: La ciudad del XIX y las exposiciones en el lado norte del cauce del Turia. Fuente: (Pérez Puche, 2009).

6.6 Las otras exposiciones españolas.

Los antecedentes valencianos citados, con ser importantes para comprender una parte de los orígenes de la Exposición, no son suficientes para explicarla. En los años previos, tuvieron lugar en España tres grandes exposiciones con las que la Exposición está estrechamente vinculada: la Exposición de Barcelona de 1888, la de Madrid de 1907 y la de Zaragoza de 1908.

La Exposición de Barcelona ejerció una influencia, por así decirlo, estratégica. Aunque más lejana en el tiempo, las abundantes relaciones comerciales y culturales entre Barcelona y Valencia, y sobre todo, los paralelismos y diferencias entre la burguesía industrial catalana y la

burguesía industrial valenciana establecen una especie de continuidad entre ambas, estudiada detenidamente en (Boira, 2006).

Según (Casassas, 1988), la Exposición Universal de Barcelona de 1888 se ha interpretado de formas distintas, pero siempre en el sentido de que fue necesaria para movilizar las energías internas de Barcelona y de buena parte de Cataluña en un momento clave de su historia. Dicha exposición actuó como muestra de una realidad, optimista y plena de confianza y también como impulsora de cambios que prepararon a la sociedad catalana para los tiempos venideros.

En (Trénor, 1912) se dice: *“Estudié la situación de Valencia y de la Región, hallándolas bien acondicionadas para intentar la empresa. Valencia, especialmente, con sus ansias de reforma para su interior, con sus expansiones pobladoras de las huertas que venían ciñéndola (...) apoyaba la conveniencia de un acontecimiento que fuese para ella lo que para Barcelona fue la Exposición Universal”*.

(Boira, 2006) establece amplios paralelismos entre ambas exposiciones en base a los cuales sustenta sus tesis. En numerosos aspectos organizativos, arquitectónicos y estéticos se pueden encontrar semejanzas. Se retomará el tema en el apartado acerca de los significados y simbolismos de la Exposición de 1909. Solamente señala una diferencia importante: la Exposición de Barcelona de 1888 tuvo carácter público (municipal, más exactamente), mientras que la Exposición valenciana de 1909 tuvo un carácter privado. Esta divergencia explicaría la mayor trascendencia urbana que tuvo la exposición catalana sobre Barcelona frente al menor impacto en el crecimiento y en la reordenación del espacio urbano en el caso valenciano.

Por otro lado, la Exposición de las Industrias, las Artes y la Literatura celebrada en los Jardines del Retiro de Madrid, entre junio y octubre de 1907, con gran éxito de público y una repercusión muy notable en la prensa y en las revistas ilustradas (editadas la mayor parte de ellas en la Villa y Corte), debió influir poderosamente en Trénor. Explica en (Trénor, 1912) que tuvo ocasión de conocer su nacimiento demasiado improvisado; pero elogia el resultado final. Fue, sobre todo, el certamen en el que el automóvil hizo su entrada comercial en España (Pérez Puche, 2009).

La que, finalmente, tuvo influencia decisiva como catalizadora del evento valenciano fue la que se celebró en Zaragoza, en 1908. En (Trénor, 1912) se dice: *“hube de admirar la fe y el tesón con que los zaragozanos emprendieron su*

Exposición Internacional de los sitios”, añade seguidamente que los dos ejemplos le decidieron “*a procurar para mi tierra, en cuanto fuese oportuno, lo que madrileños y aragoneses procuraron para las suyas (...) En el invierno de 1907-1908, no se hablaba en Valencia de otra cosa que de la Exposición zaragozana (...) era en Valencia tan propia (...) que todos sabíamos que iríamos allí a verla y allí nos encontraríamos*”. Según (Solaz, 2009), muchos de los fabricantes y potentados valencianos reclamaban la necesidad de organizar en Valencia un certamen más importante que los realizados en Madrid y Zaragoza.

7 LA EXPOSICIÓN REGIONAL VALENCIANA DE 1909.

7.1 Idea y proyecto.

Indudablemente, Tomás Trénor Palavicino fue un hombre singular. No es exagerado afirmar que la Exposición fue el gran proyecto de la vida de Trénor. Todo en la Exposición tuvo algo suyo y de su pensamiento y estilo. Fue el alma de la Exposición y de su prolongación durante el año siguiente en forma de certamen nacional. Le dedicó toda su energía y gran parte de su fortuna. Casi no sorprende que muriera a la temprana edad de 49 años, solamente 3 años después de la clausura de la Exposición.

Como ya se ha comentado, la familia Trénor, procedente de Irlanda, había construido su poder económico a partir de la agricultura; pero después había llevado a cabo diversas actividades financieras e industriales. En cierto sentido, reflejan la historia de la burguesía valenciana decimonónica. Trénor Palavicino representa el momento culminante de la influencia de la familia. Su biografía y su gran obra, la Exposición, pueden ser vistas como un trasunto del intento de esa burguesía industrial y financiera de transformar y modernizar Valencia.

Trénor había recibido una excelente educación, típica de su clase y de su entorno familiar y había alcanzado el grado de teniente coronel en el arma de artillería (la más tecnológica). Era un hombre de amplia experiencia internacional a raíz de su conocimiento de lenguas y sus viajes al extranjero. Según (Pérez Puche, 2009), hablaba alemán a la perfección, además de francés. Obviamente, ocupó cargos políticos: fue diputado del partido conservador en Cortes por la circunscripción de Albaida entre 1903 y 1907.

(Vegas, 2003) explica que Trénor tenía 19 años cuando se celebró la segunda Exposición Regional Valenciana de 1883, que muy probablemente tuvo la oportunidad de presenciar. En 1888, año de la Exposición Universal de Barcelona, se encontraba en esta ciudad con el puesto de teniente en el primer Regimiento de Artillería Montada y seguramente, pudo ver como el alcalde barcelonés Francesc Rius i Taulet aprovechaba el evento para transformar y promocionar la ciudad. Las visitas a diversas ciudades del extranjero le permitieron conocer, con

toda seguridad, otras exposiciones de diverso tipo. Unos años después, por su puesto de diputado en Madrid, debió presenciar la reciente Exposición de Industrias Madrileñas de 1907. Además, la Exposición Internacional Hispano-Francesa de Zaragoza se venía preparando ya y era comentada en la prensa y en los mentideros de la capital desde 1902.



Figura 39: Placa de homenaje a Trénor en la fachada del Palacio Municipal. Foto: Amparo López Marzal.

El 23 de septiembre de 1904, en una sesión de la Junta Directiva del Ateneo Mercantil Valenciano, el Secretario General, José Gutiérrez Orts, comunicó que, dado que el 5 de octubre siguiente se cumplirían 25 años de la fundación de la entidad, proponía la celebración de una Exposición Regional, organizada por la sociedad para conmemorar la efemérides, coincidiendo con la Feria de Julio del año siguiente. Esa idea no fructificó pero debió ser recogida por Trénor.

Con todos estos antecedentes, parece natural que Trénor se presentara como candidato a la presidencia del Ateneo, con el proyecto explícito de organizar una Exposición. Según (Pérez Puche, 2009), por aquel entonces, en el Ateneo no había otras inquietudes que las de asegurar unos locales dignos para los socios. Habían pasado de una a otra sede, de la calle de la Paz a la plaza de la Pelota; pero siempre en unas condiciones poco adecuadas. Cuando Trénor llegó a la presidencia en

enero de 1908, el problema aún no se había resuelto. La fusión con el Círculo Valenciano proporcionaría en noviembre de ese año la solución definitiva: desde entonces ocupó una sede céntrica en la Plaza de Castelar, donde todavía está.

Según se transcribe en (Pérez Puche, 2009) los componentes de la Junta Directiva del Ateneo Mercantil renovada el 12 de enero de 1908 eran:

Tabla 23.- Componentes de la Junta Directiva del Ateneo Mercantil renovada el 12 de enero de 1908. (N) indica nuevo componente.	
Cargo	Nombre y apellidos.
Presidente	Tomás Trénor Palavicino. (N)
Vicepresidente primero.	José Gras Fatjó (N)
Vicepresidente segundo.	Antonio Giménez Serrano
Vicepresidente tercero.	Mariano Alapont y Pons (N)
Vicepresidente cuarto.	Francisco López Montes.
Secretario General.	José Campos Crespo (N)
Secretario segundo.	Joaquín Felú (N)
Secretario tercero.	José M ^a Alpuente Alandí (N)
Secretario cuarto.	Manuel Vidal García (N)
Bibliotecario.	Ángel Moliner
Tesorero.	Vicente Juan Senabre
Contador.	Vicente Bosch Granell
Vicecontador.	Leopoldo Ramírez Cutillas (N)
Vocal 1º	Juan Perales Figuerola
Vocal 2º	Vicente Gómez Novella
Vocal 3º	Francisco Jorro Belda
Vocal 4º	Gabriel Laso Vilata
Vocal 5º	Vicente Langa Catalán
Vocal 6º	Edmundo Román (N)
Vocal 7º	Francisco Peris Griñena (N)
Vocal 8º	Eduardo Ferrando (N)

Fuente: (Pérez Puche, 2009)

Puede observarse que Trénor llevó a cabo una renovación total de los cargos para asegurarse una Junta que colaborara con él en su gran proyecto. Así, según un folleto reproducido en (Pérez Puche, 2009) los componentes de la Junta Directiva en 1909 eran:

Tabla 24.- Componentes de la Junta Directiva del Ateneo Mercantil en 1909.	
(N) indica nuevo componente.	
Cargo	Nombre y apellidos.
Presidente	Tomás Trénor Palavicino.
Vicepresidente primero.	José Gras Fatjó.
Vicepresidente segundo.	Marqués de Colomina. (N)
Vicepresidente tercero.	Mariano Alapont y Pons.
Vicepresidente cuarto.	José Español. (N)
Secretario General.	José Campos Crespo.
Secretario segundo.	Joaquín Felú.
Secretario tercero.	José M ^a Alpuente Alandí
Secretario cuarto.	Manuel Vidal García.
Bibliotecario.	Ricardo Serrano Chassaing. (N)
Tesorero.	Bernardo Prieto Ruiz. (N)
Contador.	José Cabanes.(N)
Vicecontador.	Leopoldo Ramírez Cutillas.
Vocal 1º	Simeón Durá. (N)
Vocal 2º	Antonio García Peris. (N)
Vocal 3º	Carlos Carbonell. (N)
Vocal 4º	Abelardo Roig. (N)
Vocal 5º	Julio Sanjuán Durá. (N)
Vocal 6º	Edmundo Román.
Vocal 7º	Francisco Peris Griñena.
Vocal 8º	José María Quilis. (N)

Fuente: (Pérez Puche, 2009)

Nótese cómo la totalidad de la Junta renovó en ese período. El Ateneo se convertía así en el instrumento que Trénor necesitaba para llevar a cabo su idea.

Como dice (Vegas, 2003), una vez que Trénor fue elegido presidente del Ateneo Mercantil de Valencia, con todos estos precedentes y la prosperidad y la vitalidad que ostentaba la ciudad de Valencia en aquel momento, resultó bastante natural que propusiera la celebración de un certamen de este tipo. (Trénor, 1912) dice: *“no vacilé, no esperé más pero reservé manifestar mi propósito. Posesionado el 17 de enero de la Presidencia, tracé meditada y serenamente mi plan, y en la sesión celebrada el 20 de marzo por la Junta Directiva, presenté la proposición que definía y condensaba el proyecto, proposición*

recibida con jubiloso entusiasmo por mis compañeros y al día siguiente, por la Prensa y la Ciudad?

Según (Pérez Puche, 2009) no consta ningún tipo de reacción en contra desde ningún estamento o diario escrito. Al contrario, la propuesta fue recibida con entusiasmo y adhesiones inmediatas y espontáneas desde todos los sectores ligados al régimen y el asentimiento más o menos colaborador desde el republicanismo mayoritario. De esta manera, Trénor le daba forma a los anhelos colectivos de la burguesía industrial y financiera. En (Trénor, 1912) se puede leer:

“Hacia muchos años que flotaba en el valenciano ambiente la aspiración de celebrar un Gran Certamen, por la convicción de que determinaría saludable impulso en la vida ciudadana, caída en lamentable enervación y apatía que importaba combatir y dominar pronta y vigorosamente”.

(Pérez Puche, 2009) describe el ambiente que debía percibirse entre esas élites dirigentes valencianas durante aquellos años: se mostraban inquietas e insatisfechas. La economía valenciana crecía y se desarrollaba, pero percibían que no lo hacía en la medida de sus posibilidades. El comercio de la naranja, del vino y de la cebolla era floreciente, salvo coyunturas pasajeras; pero el sueño de ser una gran ciudad parecía lejano. No se alcanzaba el anhelado reconocimiento del gobierno español ni se conquistaban brillos políticos o culturales que pudieran poner a la región en el lugar que la burguesía valencia creía que le correspondía.

En 1908, las élites valencianas hacían patentes sus inquietudes; sobre todo a través de dos grandes proyectos, demorados una y otra vez: el ferrocarril directo a Madrid, reivindicación lógica de una ciudad que se sentía el puerto natural de la Meseta, y el que, por la costa, debía unir directamente Valencia y Alicante para consolidar el eje regional, conectado a través de Cataluña con Francia.

Los dos proyectos venían de muy atrás, al menos desde 1890. Pero ninguno de los dos llegó a considerarse seriamente en la Corte, pese a la multitud de demandas, viajes, mítines, reclamaciones, concursos, subastas y órdenes ministeriales que nacieron y murieron a lo largo del tiempo. De hecho, Trénor, en plena vorágine de organización de la Exposición, viajó a Madrid junto al alcalde Maestre, el 14 de enero de 1909, para solicitar más apoyo gubernamental a la Exposición y la construcción del tren directo Madrid-Valencia por Cuenca. Según relata (Pérez Puche, 2009), el alcalde pudo regresar con la promesa de la

Compañía del Norte de acelerar las obras de la nueva estación de ferrocarril y la autorización gubernamental de destinar aproximadamente un millón de pesetas del empréstito municipal a la Exposición y a las mejoras urbanas que debieran hacerse. El tren directo Valencia-Madrid no se concluiría hasta 1948.

A las grandes reivindicaciones regionales, se unían los agravios municipales. Por ejemplo, en el año previo a la Exposición, distintos estamentos se habían movilizado en contra de la cesión de la Albufera a un titular privado para una explotación minera. En ese sentido, con motivo de la Exposición, incluso se planeó construir una gran maqueta del lago en el cauce del Turia; proyecto reivindicativo que no se llevó a cabo. La Albufera, propiedad del estado español, sería definitivamente cedida a la ciudad de Valencia en 1911.

Teodoro Llorente, escribía en *Las Provincias* por aquel entonces (Gil & Millán, 2009): “*De Madrid y Barcelona distamos muchas leguas, muchas. La metrópoli de Cataluña, más que la de España, aumenta de una manera prodigiosa, en todo, en población, en riqueza, en el terreno de la ciencia y el arte, en el espíritu propio y colectivo, que es el alma de las poblaciones, sobre todo. Nosotros ‘estamos duermes’ como dice una locución vulgar. Sevilla, la hermosa y poética reina del Guadalquivir, no está muy despierta; pero, aun así, ya nos disputa nuestro tercer puesto. Y Zaragoza, no nos lo disputa, nos lo gana. Es admirable lo que está haciendo de pocos años a esta parte, este pueblo de los gloriosos Sitios. Zaragoza ya tiene más aspecto de ciudad a la moderna que Valencia: ha adelantado más y revela condiciones para mayores progresos*”.

Así, puede afirmarse que la burguesía valenciana y también la prensa, se encontraba en estos años en un clima de inquietud y sentía un agravio que Trénor captó: “*Nadie como yo, así lo creo y lo digo, para sentir y recoger estas y otras palpitaciones de la opinión, en la ciudad y en el campo, por mis continuos viajes y mis negocios, por mi relación con todas las clases sociales*” (Trénor, 1912)

El Comité Ejecutivo para la organización de la Exposición quedó formado por las siguientes personas:

Tabla 25.- Comité Ejecutivo para la organización de la Exposición.	
Cargo	Nombre
Presidente:	Tomás Trénor Palavicino
Vicepresidente primero:	Juan Izquierdo Alcaide
Vicepresidente segundo	Ventura Feliu
Tesorero:	Bernardo Gómez Igual
Contador:	Ricardo Micó.
Vocales:	Manuel Galindo, Francisco Climent y Salvador Izquierdo.
Secretario:	José Ribera Pla.
Secretario de propaganda:	Alejandro Settier.
Comisario:	Francisco Monleón.
Arquitectos:	Ramón Lucini, Carlos Carbonell, Francisco Almenar y Vicente Rodríguez.
Vocales honorarios:	Rafael Ferris, Vicente Ferrer, Adolfo Fernández, Luis Martí, Luis Dicenta, José Martínez Aloy, Rafael Rodríguez de Cepeda, Joaquín M. Belda, Ramón de Castro, Antonio Martorell, José Grollo y Teodoro Llorente.

Fuente: (Solaz, 2009)

La composición del Comité ejecutivo proporciona una idea del impulso que los distintos sectores de la vida ciudadana proporcionaban a la Exposición. Atendiendo a los objetivos de este trabajo, conviene destacar que había notables personalidades del mundo industrial, como ya había advertido (Álvarez Rubio, 2001). Se trataba de los citados Francisco Climent (metalúrgico), Ventura Feliu (fabricante de muebles), Salvador Izquierdo (fabricante de lámparas), Manuel Galindo (banquero y fabricante de harinas) y Vicente Ferrer (estructuras metálicas y maquinaria).

El tesorero Bernardo Gómez Igual era el propietario de los grandes almacenes “El siglo”, de la calle San Fernando. Este establecimiento estaba considerado como el primer gran almacén de Valencia, y después se denominaría “El siglo valenciano” (Vidal, 2005).

Los profesionales locales estaban representados por personas de prestigio como el citado doctor Alejandro Settier, José Ribera Pla (corredor de comercio y “conocedor de toda Valencia, singularmente de las clases productoras y mercantiles”) y Ricardo Micó (comerciante y corredor de fincas y empleado habitual de los Trénor). Trénor describe en su memoria a Settier como “*literato culto y valencianista amante de su país, mi alter ego muy estimado en Propaganda y para la impulsión del Certamen en varios otros aspectos y servicios*”. Ya se dijo que el doctor Settier era un reputado urólogo, muy conocido en la ciudad.

Se puede afirmar, sin lugar a dudas, que la composición de este Comité representaba bien a la burguesía industrial de la ciudad. Y esto trascendería en su actuación. En “El fomento industrial y mercantil” (número extraordinario dedicado a la Exposición), Settier decía:

“uno de los resultados prácticos que la Exposición de Valencia va a tener, quizá el que más positivas ventajas reporte, es el de dar a conocer a todos cuanto la visiten la potencia industrial que posee la región valenciana... La importancia de la agricultura en Valencia es de todos conocida. La importancia de la pintura en Valencia también es igualmente sabida de todos. Pero lo que las gentes ignoran es que hay en el antiguo reino de Valencia una industria potente, extensa, que en muchos ramos no tiene rival en ninguna otra región española.”

Además del listado expuesto arriba, se eligieron equipos responsables de los distintos concursos a desarrollar: Flores, Hípico, Musical, Gimnasia, Esgrima, Juegos Atlético, Ciclismo, Pirotecnica, Automovilista y Ganados. Para los congresos se eligió una comisión organizativa, con delegados del Comité Ejecutivo, presidentes y vocales, todos ellos especialistas en la materia. (Solaz, 2009).

El 12 de abril de 1908 se publicó la siguiente convocatoria general dirigida a toda la sociedad valenciana y a todas las instituciones:

“Un acuerdo por voluntades valencianas adoptado, al bien de las tres provincias hermanas dirigido, es ley de nuestros actos, inspiración de nuestras palabras, finalidad de nuestras aspiraciones. Ese acuerdo, gloria del Ateneo Mercantil, es el de preparar, organizar y realizar una Exposición Regional en el próximo año de 1909, abriéndola el primero de Mayo, cerrándola el 31 de Julio. La empresa es ardua, costosa, rica en fatigosos trabajos; pero es digna de nuestra tierra, es dar fe de vida de lo que tiene, produce, labora, vale, puede y quiere, y ni lo costoso nos asusta, ni lo arduo nos detiene, ni los trabajos y fatigas ineludibles son otra cosa que acicates y estímulos para triunfar en el empeño aceptado, en el nobilísimo afán que nos anima.

Amantes en primer lugar de que nuestra Región se muestre a la Patria en toda la espléndida magnificencia de lo que es en todas las manifestaciones de la actividad humana, no tenemos otro ideal, otra aspiración, otro anhelo, en tanto no demos cima a nuestro alto propósito.

Queremos que Alicante, Castellón y Valencia hagan patente la vitalidad que deben al esfuerzo, al ingenio, al arte, a la industria, al saber de sus hijos. Queremos presentar a nacionales y extranjeros, con los productos de nuestras montañas, de nuestros campos, de nuestra huerta sin par, los adelantos de talleres y fábricas, de artes y oficios, de las bellas artes, de cuanto es demostración de progreso y cultura, de prosperidad y riqueza, en los pueblos que todo lo deben a las energías, a su fe en lo presente y en lo venidero, a la confianza que tienen en sí mismos (...)” (Solaz, 2009)

Esta convocatoria reflejaba la motivación principal que parece haber detrás del proyecto de Trénor: una exaltación de la región y de sus productos. En ello, no era distinta del *leitmotiv* de las grandes exposiciones decimonónicas, como se ha descrito en el capítulo anterior. Y dentro de esa motivación latía indudablemente una fuerte voluntad reivindicativa, tal y como explicita el propio Trénor en (Trénor, 1912): *“Sentíamos la influencia estimulante del achacar a causas ajenas lo que resultaba sólo defecto de nuestra indecisión; y creíamos que los éxitos de fuera los germinaban las preferencias del Estado y de los Gobiernos, y no la acometividad de los pueblos beneficiados; y nos lamentábamos, en público y en privado, de la triste condición de Valencia, eterna “cenicienta de España”.*

A menudo, da la impresión de que la Exposición parecía ir más dirigida a los propios valencianos que a los foráneos. (Vegas, 2003) considera que la Exposición se organizó con el ánimo de pulsar el desarrollo alcanzado por la economía local, como sucedía normalmente con este tipo de muestras. Así, en las exposiciones internacionales se hacía una demostración enfática y complacida de los productos del anfitrión frente a los demás concurrentes extranjeros de la muestra, en las nacionales esta exhibición se realizaba de cara a la galería del resto de regiones del país. En una exposición regional, “el destinatario se identifica con el espectador, una suerte de ojeada colectiva en un espejo en busca de autocomplacencia, que otras regiones y países podían observar sin derecho a participación. La autosatisfacción estaba en la mayoría de los casos garantizada, puesto que existía ya previamente al evento y constituía el motivo principal por el cual finalmente se organizaba éste”.

Como se ha explicado en el capítulo anterior, el lado norte del río era el espacio habitual para los eventos semejantes que ya habían tenido lugar

en Valencia. Sin embargo, como dice (Vegas, 2003), la elección de un conjunto de campos cultivados como solar diáfano para la erección de un recinto expositivo completo habría sido “una idea suicida”. Trénor era consciente la dificultad de la organización de uno de estos certámenes desde cero. Afortunadamente, se daba la circunstancia de que se disponía de un edificio que se estaba construyendo y que podía ser el centro de la Exposición: la nueva fábrica de tabacos.



Figura 40: Interior de la antigua fábrica de tabacos de Valencia. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001)

En (Trénor, 1912), comenta que barajó en un principio otras posibilidades, pero siempre con fe en obtener la cesión temporal de la fábrica. Según explica (Vegas, 2003), se desconoce cuáles eran esas posibilidades, pero se puede conjeturar que una de ellas, por ejemplo, era la antigua estación de trenes en el Barrio de Pescadores, que estaba en

proceso de desmantelamiento y transformación. Hubo voces que sugirieron la celebración junto a los jardines del Real (al inicio del proyectado Paseo Valencia al Mar); pero este lugar carecía de un edificio público susceptible de ser utilizado como contenedor. En resumidas cuentas, el deseo de encontrar “*un recinto amplio, de fácil comunicación con la Ciudad*” se veía claramente cumplido en el caso de poder celebrar la exposición en torno a la citada fábrica de tabacos.

En 1909, la Compañía Arrendataria de Tabacos tenía trabajando en la antigua fábrica, junto a la Puerta de la Mar, 1.649 mujeres y 123 hombres. La producción había ido creciendo considerablemente. En la época en la que se planteaba el traslado, la fábrica producía mensualmente 150.000 kilogramos de tabaco: 7.500 en cigarros y 120.000 en cigarrillos. Sobre todo, debido al alto nivel tecnológico de su equipamiento industrial.

Según (Martínez Gallego, 1995), el taller de empaquetar “al cuadrado” lo constituían 36 máquinas movidas por sistema hidráulico de la marca “Meritjot”; en el taller de picado de hebra había seis máquinas “Flinsch” y un torrefactor- refrescador de la marca “Quester”. Pero el gran aporte maquinístico se había introducido en la fabricación de cigarrillos: 34 máquinas “Rapide”, 32 “Climent”, 5 “Comas”, 12 “Bonsack”. Como ya se dijo, esos dos primeros tipos de máquinas de fabricación de cigarrillos eran de fabricación local (La Maquinista Valenciana)

(Vegas, 2003) explica que la cesión del nuevo edificio parecía improbable, considerando los factores que confluían en el proyecto de la nueva fábrica: se trataba de una fábrica moderna adaptada específicamente a las necesidades de la producción de tabaco, en una zona ventilada de la ciudad, con suministro abundante de agua para sus necesidades -la acequia de Mestalla-, y acceso directo al puerto. Era además, una industria oficial, que reportaba una gran liquidez al Estado.

Por otro lado, varios *stakeholders* importantes necesitaban que la nueva fábrica de tabacos se pusiera en funcionamiento. El ayuntamiento de Valencia deseaba el desalojo de la antigua fábrica, que ocupaba la vieja Aduana y comenzaba a representar un uso industrial incompatible con la ciudad. La Audiencia de Valencia esperaba dicho desalojo para trasladarse precisamente al edificio de la antigua Aduana. La Diputación esperaba que la Audiencia desalojara el edificio que ocupa hoy en día la *Generalitat* para instalarse en él. Al final, pudo más la tenacidad y los contactos de Trénor entre las filas mauristas en Madrid que la urgencia

que impelía a la ocupación inmediata de la nueva fábrica, y con la cesión temporal se dio el paso decisivo en el proyecto de la Exposición.

Según (Solaz, 2009), el Ayuntamiento de Valencia no tuvo otra opción que apoyar la petición de la fábrica de tabaco como inmueble de referencia del certamen y facilitó las gestiones con el Gobierno español. También facilitaría los trámites para la construcción del Asilo de Lactancia y la futura pasarela. El propio alcalde Maestre diría: *“Estoy completamente identificado con el Comité, y especialmente, con su presidente, señor Trénor. Mi aspiración única es el bien de Valencia...”* Los republicanos, mayoritarios electoralmente, asumieron plenamente el proyecto, aún manteniendo la tensión municipal, tal y como han investigado (Gil & Millán, 2009), se decía en un pleno municipal: *“Los republicanos somos entusiastas partidarios de la Exposición; pero no podremos prestarle ningún apoyo, mientras siga siendo alcalde el señor Maestre (...) no podemos entregarle a su arbitrio el reparto de la subvención que se acuerde”*.

La Real Orden del Ministerio de Hacienda anunciando la cesión temporal con destino a la Exposición data del 13 de julio de 1908; pero, dada el poco margen de tiempo, el día 20 de mayo ya se estaban haciendo gestiones para el arriendo y la adquisición de los terrenos colindantes. Éstos eran en su mayoría campos cultivados, limitados aproximadamente por el camino de *Algirós*, al norte, y la acequia de Mestalla o el camino de la Soledad, al sur; y entre el edificio Jai-Alai, el molino de Mestalla y una panificadora, al oeste, y los Cuarteles de Infantería y una reciente promoción de casas para obreros, al este.

Como ha investigado (Vegas, 2003), la propiedad estaba muy fragmentada entre diversos propietarios. La mayor parte de ellos eran horticultores que, según (Trénor, 1912) no opusieron demasiada resistencia al arriendo de los terrenos a ocupar, previa indemnización de las cosechas perdidas y de los perjuicios a la propiedad construida. El propietario del molino se avino a la demolición de parte de sus propiedades inmuebles para facilitar el trazado del recinto, a cambio de una generosa indemnización justipreciada por el arquitecto Vicente Rodríguez. El Ministerio de la Guerra poseía algunos terrenos adyacentes al norte de los Cuarteles de Infantería que cedió, al parecer gratuitamente, y pasaron a formar parte de lo que sería la Gran Pista de la Exposición.

La fábrica de tabacos, por su parte, poseía los terrenos correspondientes a la futura manzana que la englobaba, según el “Proyecto de Ensanche

de Valencia y Ampliación del Actual” del 30 de septiembre de 1907, redactado por el arquitecto Francisco Mora y el ingeniero Vicente Pichó. Pero de alguna manera, los proyectistas de dicha fábrica debían conocer el trazado futuro de la ampliación de Valencia en el margen norte del río, puesto que su proyecto databa de 1905, es decir, era previo a la puesta a punto definitiva del plan que marcaba las alineaciones. La fábrica de tabacos adquirió parte de dichos terrenos a otra instalación fabril de pequeño tamaño preexistente en el solar, la fábrica Guillot, en un solar rectangular limitado por la acequia y el camino de *Algirós*. (Vegas, 2003).

El solar completo que ocuparía la Exposición sumaba un área total de 164.000 metros cuadrados, una gran superficie para una exposición “regional” si se tiene en cuenta que la Exposición Regional de Santiago de Compostela del mismo año, 1909, ocupó 40.000, o que la recién celebrada Exposición de Zaragoza de 1908, abarcó 63.000. Otras exposiciones de la época confirman esto: la Exposición Italiana Agrícola e Industrial de 1884 ocupaba 100.000 metros cuadrados, la Exposición General Italiana de Palermo 1891, 130.000 y la Exposición Industrial del Centenario en Buenos Aires de 1910, 24.630. (Vegas, 2003).

Una de las contrapartidas para la cesión de la fábrica de tabacos, fue el compromiso por parte del Comité organizador de construir un Asilo de Lactancia para hijos de cigarreras. Este tipo de equipamientos era, en aquel tiempo, imprescindible para el funcionamiento de unas fábricas que empleaban casi en exclusividad a mujeres, la mayor parte de las cuales se encontraba en edad fértil. La anterior fábrica de tabacos disponía de un asilo anejo para este uso; pero el proyecto de la nueva fábrica no había contemplado la construcción de ningún edificio benéfico de este tipo, circunstancia que Trénor aprovechó en las negociaciones para la cesión temporal. Por todo ello, el solar correspondiente al asilo tuvo que ser comprado, puesto que se trataba de un edificio de carácter permanente. Ésta fue la única adquisición a perpetuidad que se hizo en la Exposición.

El propio carácter testimonial de la Exposición conllevaría que el Asilo de Lactancia fuera diseñado y construido como un ejemplo de higiene y funcionalidad. Los cambios sociales y la aparición de productos de alimentación para bebés a mediados del XX conllevarían su abandono paulatino. Hoy en día, convertido en balneario, constituye uno de los más hermosos recuerdos de la Exposición.

De algún modo, la decisión de ubicar la Exposición en ese lado del Turia respondía plenamente a la lógica del desarrollo urbano. (Vegas, 2003) afirma que el proyecto de la Exposición supuso “un nuevo acto de fe y un ensayo general más de las posibilidades de expansión de la ciudad en el margen norte del río”.

El acto de colocación de la primera piedra en las Facultades de Medicina y Ciencias del Paseo al Mar tendría lugar en enero de 1910, coincidiendo con los días de la clausura de la Exposición Regional. El margen norte del río se constituiría durante muchos años en reserva de suelo para los equipamientos de diverso tipo que la ciudad de Valencia estaba necesitando; pero la construcción y colmatación del tejido residencial se postergaría muchos años, y sólo llegaría de manera paulatina. El habitante de la ciudad seguía identificando los terrenos del otro lado del cauce como un ámbito de expansión, cultura, industria o recreo, pero no como lugar de residencia.

El día 24 de julio de 1908, el Comité organizador tomó la decisión de encargar a los arquitectos Vicente Rodríguez (arquitecto de la Diputación), Carlos Carbonell (arquitecto municipal) y Francisco Almenar (arquitecto encargado de la construcción de la fábrica de tabacos) el diseño de la planta general del certamen, “*y según el orden de las edificaciones é instalaciones que determinen el cierre ó tapia del recinto*”. En esta reunión, se marcaban así las líneas generales del diseño de la planta general de la Exposición, que debía ser cerrada mediante los propios Palacios, con la intención de ahorrar dinero en el montaje de una valla o cercado, una decisión con amplias connotaciones ideológicas y compositivas, como indica (Vegas, 2003)

En un tiempo récord de tres semanas, el 18 de agosto, estos arquitectos presentaron varios proyectos de Planta General para la Exposición. No se tiene noticia del proceso de decisión sobre dicha planta general, y sólo se sabe que el 18 de septiembre se tenía ya una opción definitiva que se mostró al alcalde de Valencia. Por los comentarios posteriores, se puede deducir que el arquitecto Vicente Rodríguez fue el principal responsable del diseño del trazado general. Tres días más tarde, el 21 de septiembre de 1908, comenzó el replanteo de dicho trazado sobre el terreno.

Según (Vegas, 2009), el modelo urbano escogido, influido por el sistema compositivo de la academia de *Beaux-Arts*, estaba basado en una geometría rigurosa y en el trazado de una jerarquía de ejes estructurantes paralelos y perpendiculares. Muchos de estos ejes eran enfiladas de

perspectivas con fondos de pabellones monumentales y simétricos. En esta composición, el elemento dominante era, sin duda, la fábrica de tabacos, que venía dada de antemano. La fuerte axialidad y simetría respecto de este edificio preexistente se debía adaptar al quiebro y a la irregularidad del solar en su lado sur.

Las condiciones de partida para el diseño de este primer proyecto eran las siguientes:

- Entrada desde la Alameda, es decir desde la ciudad, en el espacio comprendido entre el Cuartel de Infantería y el Molino de la acequia de Mestalla.
- Disponibilidad de los terrenos arrendados.
- Preexistencia del trazado de la acequia de Mestalla y de una Panificadora junto a ella en el suroeste y de un barrio obrero en el noreste.

En (Trénor, 1912) se hace alusión expresa a la necesidad de completar un trazado armónico: *“Claro está que el Proyecto o Plano general hubo de ir supeditándose á las adquisiciones de tierras, deteniéndose en los lindes de las no adquiribles ó de aquellas cuya latitud excedía de lo necesario para completar un trazado armónico. Así se explican los entrantes y salientes del perímetro exterior y la existencia de patios y patinillos no sospechados al recorrer el perímetro interior”*.

De acuerdo a los objetivos de este trabajo de investigación, conviene resaltar el hecho de que, aunque fuera por una circunstancia impuesta, el edificio central del certamen en lo arquitectónico fuera la fábrica de tabacos. Como ha analizado (Boira, 2006), ese edificio industrial asumía una posición nuclear y organizaba a su alrededor el resto de edificios. Trénor captó rápidamente su importancia y lo destinó precisamente a ser el Palacio de Industria.

Trénor sabía que esta condición de centralidad arquitectónica, con sus 120 metros de anchura y 75 de fondo, y sus tres pisos de altura, era, por muchas razones, un símbolo del acontecimiento. Y no es casual que decidiera ubicar el Palacio de la Industria en el edificio principal y la Galería de Máquinas y el Pabellón de Motores en sus galerías anejas.

El resultado fue una planta casi rectangular, centrada en dicho bloque industrial. Se accedía por su cara sur. La cara sureste estaba formada por el complejo formado por la Gran Pista, el Casino y el Palacio de Bellas

Artes. La cara este se cerraba con el Palacio de Fomento. La cara norte, cerrada por la Gran Fuente luminosa, acogía varias atracciones y la gran maqueta del puerto. La cara oeste era cerrada por el Palacio de Agricultura. En los espacios intermedios se desarrollaban las Avenidas, con pequeñas instalaciones y pabellones.

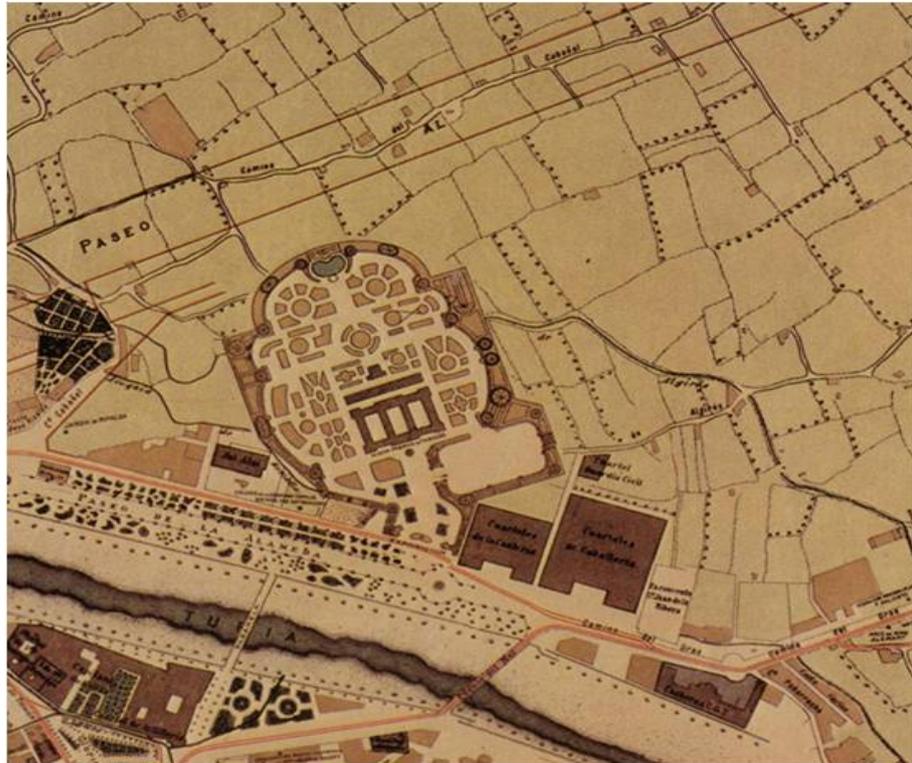


Figura 41: Planta de la Exposición (proyecto). Litografía: Durá. Fuente: (Pérez Puche, 2009)

(Vegas, 2003) tras realizar un completísimo estudio del proyecto arquitectónico, concluye que el resultado satisfizo las especificaciones de un modo armonioso. Al analizar la planta de la Exposición también detecta el deseo deliberado de arropar el bloque de la fábrica de tabacos, construida en ladrillo, con un conjunto de color blanco que contrastaba fuertemente con él. La fábrica de tabaco, junto con el Asilo de la Lactancia, construidas sólida y funcionalmente, sin apenas pretensiones a la decoración añadida, constituían un centro de gravedad hasta cierto punto incómodo en esta ciudad “de ensueño” por sus referencias a la inmediata realidad del trabajo y del esfuerzo.

Dice (Vegas, 2003): “Ni su arquitectura, ni su destino tenían nada de ideal y, sin embargo, se constituían en centro de una ciudad ideal. Se quiso establecer una diferencia entre las construcciones permanentes y sólidas, en ladrillo, y las construcciones ideales relacionadas con el certamen, estucadas en blanco. Ante este contexto contrastado, el arquitecto Francisco Mora optó en su Palacio Municipal, de carácter permanente, por un enlucido ocre para la fachada que le distinguiera de los pabellones de la exposición, y le aproximara al tono del ladrillo de la fábrica y el asilo de lactancia, sin llegar a confundirse con él.

Por lo demás, la arquitectura oficial de la Exposición buscó distanciarse de manera patente de estas fábricas de ladrillo, e incluso, se trató de restar dimensión y mitigar la apariencia grave de la fábrica de tabacos dentro del conjunto frívolo del recinto. La presencia palmaria de la arquitectura industrial con sus connotaciones de trabajo duro, y la ineludible realidad casi trágica de un asilo de lactancia para los bebés de madres que trabajaban más de doce horas al día liando tabaco, amenazaban con tergiversar el sentido de evasión y divertimento de la Exposición”.

Con todo ello, se conseguía minimizar el impacto dimensional y estético de la fábrica de tabacos, cuya presencia “convenía” mitigar dada su escala y su condición de arquitectura industrial. El edificio fabril constituía un contenedor excelente a los fines expositivos del certamen, pero resultaba en cierto modo incómodo por su lenguaje arquitectónico seco y escueto, y “su condición asociada a la menestralía”.

La exposición como utopía de una posible forma urbana había escogido un solar susceptible de agregación inmediata a la ciudad. Detrás de la decisión de construir sus edificios en sólida fábrica y no de cartón-piedra, se escondía también la voluntad de reforzar el carácter urbano del espacio del certamen con toda verosimilitud.



Figura 42: Maqueta de la Exposición vista desde La Alameda. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001)

Para resolver el cambio de dirección entre la Alameda y la disposición girada de la fábrica de tabacos y sus anejos, que se disponían paralelos al trazado de la Avenida del Puerto o del proyectado Paseo al Mar, se dispuso un pórtico de entrada en forma cóncava que accedía a un espacio abierto de antesala que servía de rótula de giro. En el siguiente apartado, se describirá la arquitectura de este pórtico y del resto de los edificios citados.

Por otro lado, se aprovechaba la irregularidad del solar en su parte oriental para incluir la Gran Pista. Este espacio constituyó uno de los principales centros de la actividad durante la Exposición. La presencia de esta Gran Pista, algo inédito en la tradición de los certámenes anteriores, indicaba la perentoria necesidad que la ciudad de Valencia y sus habitantes sentían de disponer de un espacio público abierto de dichas características, de una gran plaza para actos multitudinarios, en contraste con la estrechez de las calles y viviendas del centro histórico.

La inclusión de dicho estadio en el recinto se realizó de manera magistral, según (Vegas, 2003). Se adaptó el perímetro a la forma pseudoelipsoidal con la ayuda del Palacio de Bellas Artes, y para cerrar el cuarto ángulo, se creó un edificio exento, el Casino, que dejaba dos grandes accesos en los cuadrantes de la pista.

Nótese como en el proyecto de planta latía la tensión entre el aspecto netamente expositivo (especialmente, la exposición de los contenidos principales: los industriales), representado por la mole central del Palacio de Industria y el aspecto lúdico: la Gran Pista, cerrada por el Palacio de Bellas Artes y el Casino.

Como ha estudiado (Vegas, 2003) las entradas a los pabellones del perímetro se ubicaron a eje con las calles principales del recinto, que no eran otras que las previstas por el “Proyecto de Ensanche de Valencia y Ampliación del Actual”, creado por el arquitecto Francisco Mora en 1907. Es decir, del mismo modo que se había intentado hacer en la Exposición Regional de 1883, se respetaba en todo momento el trazado de las vías proyectadas por el Plan del Ayuntamiento y se facilitaba la eventualidad de que se mantuvieran todos o alguno de los edificios de la Exposición. Una voluntad utópica de permanencia, que no pudo realizarse, emanaba del proyecto.

Por otra parte, en el proyecto inicial, el interior del recinto estaba salpicado de pabellones menores de planta central (Guerra, Marina, Ayuntamiento) con parterres radiales a su alrededor, que desaparecieron en su mayoría en la construcción definitiva, sustituidos por más de cincuenta pabellones de mediano y pequeño tamaño. Hubo otros pabellones exentos previstos en el proyecto de planta general que no se construyeron: Cerámica, Ebanistería, el Aeroplano, el Funicular, el Globo cautivo y la Cervecería prevista en un principio, que cerraba la manzana del Asilo de la Lactancia, cuyo solar sería ocupado más tarde por el Palacio Municipal.

Trénor y sus colaboradores, y en general, la sociedad valenciana, asumieron la inmensa tarea de poner en pie en un periodo de tiempo reducido (estaba previsto que se inaugurara el 1 de mayo de 1909) un certamen enormemente ambicioso en todos sus aspectos: arquitectónico, social, cultural. Para comprender su esfuerzo, se pueden agrupar los distintos aspectos del proyecto en cuatro áreas:

- El proyecto de los edificios y su ejecución.
- Los aspectos complementarios de la Exposición.
- La transformación de la ciudad.
- Los aspectos financieros.

7.1.1 El proyecto de los edificios y su ejecución.

En lo que se refiere al proyecto de los edificios, además de los citados Vicente Rodríguez, Carlos Carbonell y Francisco Almenar, participaron Ramón Lucini y Francisco Mora. Su trabajo está profusamente analizado en (Vegas, 2003).

Como ya se ha dicho, el 21 de septiembre comenzó el replanteo de las obras. Las obras se iniciaron en octubre de 1908, con la red de desagües, la canalización del riego del arbolado, la red de cañerías para el riego de presión y las conducciones de gas para los pabellones. Una de las principales conquistas sociales de la época, la ley de descanso dominical, fue excepcionalmente suspendida para poder cumplir el programa de construcción. De hecho, eso ocasionaría la breve huelga del 28 de febrero de 1909, por la reivindicación de que el total de horas de trabajo en domingo no excediera de cinco.

Durante “cuarenta semanas de vértigo”, una asombrosa ciudad fue creciendo en el lado norte del Turia. (Trénor, 1912) dice: “*La Exposición era ya la ciudad nueva, la urbe generada por la fantasía. Esa urbe tenía calles amplias, con arbolado de lozana verdura, y macizos equivalentes a encantadores parterres*”. En palabras de (Pérez Puche, 2009) era la ciudad soñada, la que nunca se alcanza en la vida real, demasiado sometida a las líneas municipales y los presupuestos estrechos. Una ciudad luminosa de noche, encerrada en su muralla, que surgía en medio de la huerta con mágica blancura y tenía la nueva pasarela como “*puente levadizo*”.

El proceso de construcción ejerció una atracción inmensa de las masas. Según (Pérez Puche, 2009) durante los días 22 y 23 de febrero de 1909, se contabilizaron 10.000 visitantes y curiosos que querían ver las obras de cerca. (Solaz, 2009) describe que durante las obras se grabaron cintas cinematográficas con el progreso de los trabajos que luego se proyectaban en los primeros cines abiertos en la ciudad. Lamentablemente, según (Vegas, 2003), la mayor parte de estas grabaciones se han perdido, Incluso llegaría a cobrarse 50 céntimos por visitar las obras.

El desafío fue aún mayor por la explícita voluntad de Trénor de que los edificios, aún destinados al derribo, no se construyeran en materiales provisionales. (Trénor, 1912) dice: “*si en un principio fue idea muy corriente la*

de que la Exposición debía concretarse a improvisar edificios ligeros, de materiales desmontables y aprovechables para otros usos, después hubo ciertas influencias para que quedase algo del certamen (...) una de las cosas que más le han valido a Valencia loanzas y admiraciones, ha sido que los edificios de la Exposición no consistían solamente en proyectos o modelos de los que podía hacerse, eran pruebas tangibles de lo que se hacía, de lo que ya está demostrado que en Valencia, se hace”.

Según (Pérez Puche, 2009), en la construcción de los edificios de la Exposición y el planteamiento general de la infraestructura se batieron récords de velocidad. Y más teniendo en cuenta que hubo que programar y ejecutar simultáneamente edificios propios de la Exposición y Pabellones particulares, coordinar a numerosos contratistas y proveedores y obtener el resultado estético deseado. Asombra la rapidez cuando se consideran los breves plazos de ejecución de los edificios que iban a permanecer. El Asilo de Lactancia fue construido entre el 9 de enero y el 21 de marzo de 1909 y el Pabellón Municipal entre el 15 de febrero y el 15 de mayo de 1909, si bien no fue inaugurado oficialmente hasta el 31 de julio de 1909.

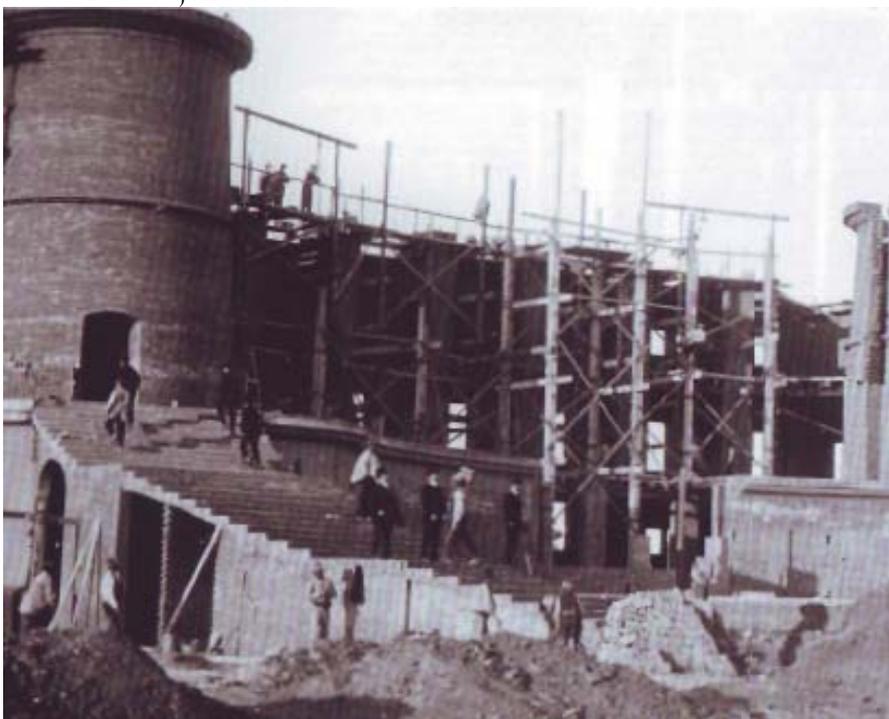


Figura 43: La Fuente Luminosa en construcción. Agustín Lorente.
Archivo del Ateneo Mercantil. Fuente: (Ateneo, 2009).

Como ya se ha comentado, el proyecto original sufrió abundantes modificaciones. Por ejemplo, en el papel quedó que el Ayuntamiento exhibiera en una vitrina especial sus joyas históricas (la *Real Senyera*, el *Penó de la Conquesta*, la Espada de Jaime I, las llaves de la ciudad y los antiguos códigos). Los ministerios de la Guerra y de la Marina no pudieron concurrir a la Exposición por falta de presupuesto ni hubo pabellones de Horticultura y Jardinería. La primera especialidad fue acomodada en el Pabellón de Agricultura y se prefirió que la jardinería estuviera al aire libre como ornamento del certamen.

En el anexo I se describen las numerosas vicisitudes e hitos del proyecto y de la ejecución. Realmente, cuando llegó la fecha prevista de inauguración, quedaban obras e instalaciones por acabar, que se fueron ejecutando durante el desarrollo del certamen.

7.1.2 Los aspectos complementarios de la Exposición.

En lo que se refiere a los aspectos complementarios, el trabajo de Trénor y sus colaboradores debió ser inmenso durante 1908 y 1909: convencer a los empresarios indecisos que se unieran al proyecto, realizar campañas publicitarias, decidir sobre la cartelería y el resto de material gráfico, elegir a diversos proveedores y negociar con los numerosos *stakeholders*.

En (Pingarrón-Esaín, 2009), se estudian muchas de estas tareas. (Pérez Puche, 2009) pone como curioso ejemplo de ese arduo trabajo de organización la selección entre 14 suministradores que presentaron hasta 300 modelos de sillas distintos.

Por otro lado, tuvieron que pensar y redactar un Programa General y Reglamento para organizar los actos y las exposiciones: (Reglamento, 1908). Se ha recurrido a ese Reglamento para entender la organización del material expuesto, tal y como se explica en el siguiente capítulo.

El trabajo publicitario fue también muy intenso. Según (Boira, 2006), la publicidad de la Exposición focalizó su esfuerzo en determinadas zonas que eran ya centros de atención de la sociedad valenciana de entonces: Europa, el norte de África (había habido cierta emigración valenciana a Argel) y el eje mediterráneo. Este aspecto ya se comentó en la introducción de este documento.

Trénor supo adivinar la importancia del turismo y de la proyección exterior, y dedicó una parte de sus esfuerzos a dar a conocer la Exposición a través de la prensa francesa, como ya se dijo anteriormente. También proporcionó a la compañía Wagons-Lits información del acontecimiento. África también estuvo presente con la organización del tercer congreso africanista cuyo objetivo era: “*concordar voluntades e intereses para una penetración continua por los medios pacíficos de la amistad y del comercio en tierras refractarias*”. Los citados intereses empresariales de Trénor no debían ser ajenos a la idea.

7.1.3 La transformación de la ciudad.

Otro de los elementos fundamentales del proyecto era la transformación de la ciudad para lograr los objetivos buscados por la Exposición. El Comité organizador tenía que ocuparse de diversos asuntos. Uno de ellos, por ejemplo, era el tema de los transportes a la Exposición, tal y como se comentó en el tercer capítulo. Otro era el problema de los alojamientos, tanto para la familia real, como para los visitantes de fuera de la ciudad.

En lo que se refiere al alojamiento real, se arrendó el palacio del fallecido marqués de Campo para dar alojamiento a las sucesivas visitas que iban a producirse. En la inauguración, el rey pernoctó en la Capitanía General. (Pérez Puche, 2009) cuenta que el primer cuarto de baño equipado con las últimas novedades europeas que tuvo dicho edificio fue estrenado por Alfonso XIII en ese viaje. En realidad, se había reconstruido y decorado gran parte del edificio y se había instalado una red eléctrica y desagües.

Como describe (Vegas, 2003), al tiempo que se realizaban los preparativos, se pudo consultar la experiencia de los hoteleros aragoneses durante la Exposición zaragozana de 1908. Más lejano en el tiempo, pero todavía vivo en el recuerdo por el impacto que causó en su época, estaba la experiencia del Hotel Internacional, erigido por Lluís Domènech i Montaner para la Exposición Universal de Barcelona de 1888 en tiempo récord.

En Valencia, había un total de 1.313 habitaciones y 1.785 camas disponibles. Si se tiene en cuenta que Zaragoza había ofertado 2.575 habitaciones y 3.499 camas, se comprenden los esfuerzos que tuvieron

que hacer tanto el Comité organizador como el alcalde Mestre para paliar la carencia de alojamientos.

Entre los hoteles más importantes de la época estaban el Grand Hôtel, en la calle San Vicente, esquina con la Plaza de la Reina; el Hotel París, en la calle del Mar; el Hotel Roma, en la plaza de Vilarrasa (donde está hoy el actual Hotel Inglés); el Hotel Inglés de antaño, en el Pasaje Ripalda; la Fonda de las Cuatro Naciones, en la calle Roger de Lauria; el Hotel España, en la calle de *les Barques*; el Hotel Europa, en la calle Ribera, esquina con la Plaza Emilio Castelar; etc.

Se solicitó al sector hotelero que aumentara su oferta y además (contra la opinión de estos), se decidió construir un nuevo hotel, el Palace, en un edificio ya existente, propiedad de los Trénor, en la calle de la Paz, números 42 y 44, esquina con la calle Bonaire. (Vegas, 2003) cita a (Trénor, 1912) para justificar la gran inversión realizada: *“Un hotel semejante no se improvisa con cuatro cuartos ni ha de montarse con tacañería ni pobreza. Costó bastante; pero resultó lo que nos proponíamos, un establecimiento digno de Valencia”*.

La gestión del hotel fue cedida a Pompidó Hermanos, dueños de la Maison Dorée de Barcelona. Al final, el Hotel Palace devengó unos ingresos totales de 108.734 pesetas. Se desconoce el destino de los bienes muebles después de la celebración del evento. En la actualidad, el edificio continúa perteneciendo a una rama de la familia Trénor (Vegas, 2003).

Con motivo de la Exposición, se desarrollaron numerosas actuaciones en diversos puntos de la ciudad. Serán tratadas en un apartado posterior, al analizar el impacto urbanístico que la Exposición tuvo en la ciudad de Valencia.

7.1.4 Los aspectos financieros.

En lo que se refiere al aspecto económico, la Exposición costó 6.046.179,26 pesetas (a los que habría que añadir 1.425.357,70 de su prolongación, la Exposición Nacional de 1910), una cantidad importante para la fecha. De acuerdo a (Trénor, 1912), este dinero se desglosaba en las siguientes partidas:

Organización	50.948,99
Propaganda	197.181,89
Obras por administración	1.162.290,94
Obras contratadas	1.774.919,87
Funcionamiento	905.615,70
Conciertos, etc.	265.541,75
Festejos	65.947,11
Representación	28.019,01
Anticipos e intereses	1.595.714,00

Fuente: (Trénor, 1912)

El coste de las principales obras contratadas se distribuía así:

Arco de entrada	69.525,44
Palacio de Bellas Artes	231.054,32
Pabellón de Arquitectura	33.179,64
Gran Casino	154.504,96
Pabellón de la Diputación	39.825,55
Pabellón izquierdo de Agricultura	64.940,78
Pabellón central de Agricultura	60.379,70
Pabellón derecho de Agricultura	62.081,97
Teatro-Circo y anexos	139.808,97
Galerías porticadas	165.192,03
Fuente Luminosa	209.076,19
Pabellón oriental	14.865,30
Pabellón central de fomento	72.288,43
Pabellón lateral de fomento	45.478,15
Salón de actos	116.418,67
Pista	28.189,90
Cuadras	10.516,15
Pabellón abaniqueros	24.443,44
Pared de cierre	12.023,34
Suplidos	75.277,61
Pasarela	84.162,00

Fuente: (Trénor, 1912)

Nótese cómo la organización tuvo que cofinanciar la Pasarela junto con el Ayuntamiento, infraestructura de ingeniería que se tratará en detalle en el siguiente capítulo. A estos gastos había que añadir la inversión que se hizo en los citados Palace Hotel (231.934,15 pesetas) y Asilo de Lactancia (128.659,50 pesetas).

Trénor anticipó medio millón de pesetas “*cantidad tomada del Banco de España por medio de una cuenta de crédito personal*”. En aquellos días se trataba de una extraordinaria fortuna. La Exposición Regional resultó deficitaria en 2.248.711,92 pesetas. De hecho, el principal motivo de la prolongación del certamen en una Exposición Nacional fue intentar paliar ese déficit. Aunque la Exposición Nacional proporcionó un superávit de 1.213.750,84 pesetas, no pudo cubrir el déficit del evento anterior. Durante esta prolongación como Exposición Nacional se producirían numerosas tensiones entre los organizadores y la Hacienda pública. Incluso, como forma de presión, llegaría a dimitir el Comité organizador con Trénor a la cabeza como reacción a la postergación de la subvención, nunca recibida, de 2.000.000 pesetas, aprobada por el Decreto del 18 de diciembre de 1909. A la conclusión de la Exposición Nacional, el resultado conjunto de las dos exposiciones era un déficit de 1.034.961,08 pesetas.

Estas pérdidas estaban repartidas de la siguiente manera: 534.961,08 pesetas entre los acreedores y 500.000 pesetas a cargo de la aportación personal de Tomás Trénor. A partir de este momento, comenzaría la odisea particular de la Comisión liquidadora para liquidar este déficit. Se reclamó en un principio el concurso del consistorio valenciano para saldar las pérdidas, tal como había sucedido en la Exposición Universal de Barcelona de 1888 o en la reciente Exposición Universal de Bruselas de 1910, pero el erario del Ayuntamiento estaba por entonces muy mermado para poder compensarlas.

Durante los años siguientes, se llevaría a cabo el proceso de liquidación y derribos, excelentemente descrito en (Vegas, 2003). Trénor había solicitado a los arquitectos que redactaran los proyectos correspondientes de derribo mucho antes de la clausura del certamen nacional; pero atendiendo a las numerosas solicitudes para convertir el recinto de la muestra en una zona de recreo y equipamientos de la ciudad de Valencia, él no deseaba acelerar ningún procedimiento para dejar abierta la posibilidad de la permanencia de algunos edificios. (Boira, 2009) apunta, incluso, que uno de los objetivos de Trénor es que Valencia dispusiera de un “Museo Tecnológico” permanente. Mientras

tanto, se fueron cerrando pabellones y quioscos particulares, los jardineros municipales recogieron sus plantas más valiosas y se comenzó con la demolición de las atracciones.

Lamentablemente, la falta de voluntad, y también de capacidad financiera, del Ayuntamiento impidió que alguno de los edificios provisionales construidos para la Exposición fuera indultado, a pesar de la presión social para que se hiciera.

Surgieron propuestas populares para transformar el recinto en un parque, el Parque Valencia, según ha investigado (Vegas, 2003). En estas propuestas, se mantenía el Palacio de Bellas Artes con continente y contenido, el Gran Casino, el Salón de Actos, el Palacio de Fomento rodeado de arriates y la Fuente Luminosa, rodeada de vegetación, entre los pabellones provisionales, además de los cinco que tuvieron carácter permanente desde un principio: el Pabellón Municipal, el Asilo de Lactancia, la Fábrica de Tabacos y sus dos anejos: la Sala de Máquinas y el Pabellón de Motores.

Se dejaba asimismo con un tratamiento paisajístico la laguna existente en Los Urales, y se creaba una loma artificial semejante a *les muntanyetes del General Elío* sobre el antiguo solar del Pabellón de la Junta de Obras del Puerto. Además, se trataba de conectar la parte trasera de la Fuente Luminosa con el proyectado Paseo al Mar mediante una escalera que debía adosarse a la espalda de la fuente para que diera también al norte. Un paseo para carruajes de alambicado recorrido permitiría la visita del conjunto hasta que el futuro desarrollo urbano permitiera su incorporación a las calles proyectadas por el Plan. Ninguna de estas ideas se llevó a la realidad.

Trénor moriría el 21 de marzo de 1913, sin poder saldar la deuda. Muchos de los contratistas que trabajaron en la Exposición continuaban sin cobrar, y los dueños de los campos donde se erigían los edificios remanentes de la Exposición reclamaban la compra definitiva o la devolución de sus tierras.

Ultimados los derribos y vendidos los materiales derivados de ellos, quedó un déficit de 983.539,13 pts. La Comisión liquidadora intentó en los años posteriores saldar esta deuda, reclamando el pago al Ministerio de Hacienda en virtud de las siguientes razones: la construcción a expensas del Ateneo del Pabellón de Fomento (que en los certámenes de Madrid de 1907 y de Zaragoza 1908 había pagado el propio ministerio),

el regalo del Asilo de Lactancia, la instalación de la estafeta postal y telefónica en el recinto sin disfrute de franquicia alguna, los impuestos de los que la Exposición no fue eximida a diferencia de otros certámenes, los gastos de reposición de la fábrica de tabacos, y la privación de los beneficios previstos por la prohibición de la práctica del juego en el Gran Casino y la lotería de la Exposición (también habituales en otros certámenes). Según (Vegas, 2003) dichas peticiones no fueron nunca atendidas.

7.2 Arquitectura de la Exposición.

En el presente apartado, se describe brevemente los edificios construidos para la Exposición. En (Vegas, 2003) se han identificado 83 unidades constructivas en el recinto. En su obra, todos los edificios, pabellones y montajes son analizados e interpretados detalladamente. En este apartado se citarán sólo los más importantes de acuerdo a los objetivos de la investigación. Este apartado se centra en el continente. Se deja para el siguiente capítulo, el contenido “industrial” de esos edificios y la ingeniería industrial presente en la Exposición.

7.2.1 Arco de entrada.

Fue diseñado por el arquitecto Vicente Rodríguez y el contratista fue Enrique Moragues. Constaba de tres huecos o entradas y cuatro cuerpos, dos en el centro y otros dos en los laterales. Los cuerpos centrales, de mayor altura que los otros, estaban ornamentados con los escudos de Alicante y Castellón. En el centro del arco se hallaba el escudo de Valencia, sostenido por dos matronas (en la parte posterior del arco, había otro escudo, entre dos niños desnudos). Tal heráldica constituía toda una declaración de intenciones.

Los arcos que se formaban medían siete metros el central y cinco cada uno de los laterales. La cerrajería de la puerta de acceso instalada en este Arco Monumental fue realizada en el taller de José Guillot, que aunque no figuró como expositor, fue contratista de las cerrajerías de varios de los edificios.

El conjunto tenía una superficie total de 300 metros cuadrados edificados. Contiguas a uno y otro lado del arco, había dos galerías con forma de medio óvalo, acabadas en sendos pabellones. En el de la derecha se hallaban las oficinas de Correos, Telégrafos y Teléfonos. El

de la izquierda estaba destinado para el pabellón de la prensa y un quiosco-estanco. Una vez en el interior, se podían ver los de puestos de flores y de frutas. Frente a ellas, el jardín de entrada, formado por ocho setos con árboles plantados a su alrededor.

Uno de los detalles que más llamó la atención fueron las 2.500 bombillas que iluminaban este arco por las noches. Esto volverá a ser tratado más adelante, al estudiar la presencia de la electricidad en la Exposición.



Figura 44: Arco de entrada. Fototipia Thomas. Fuente: (Solaz, 2009)

7.2.2 Pabellón de los Reales Patrimonios.

Se hallaba junto al Arco de Entrada, a la izquierda. El edificio era de una sola planta rectangular y su fachada estaba dividida en tres cuerpos y reforzada por pilastras coronadas. En el cuerpo central se abría un gran ventanal apoyado en pilares finos, cerrado por vitrinas alegóricas a la agricultura. En los cuerpos laterales, estaban las dos puertas de entrada, con sendas escalinatas, adornadas con estatuas y dos leones heráldicos que sostenían las guirnaldas que encerraban la leyenda “A. XIII”, motivo repetido en las dos fachadas laterales. En la ornamentación exterior, se instaló un estanque con surtidor y un macizo de plantas con flores. La construcción fue dirigida por el arquitecto Ricardo Vauteren. El decorado y la parte artística fueron obra de Mariano García Gras y la ejecución y el proyecto del ingeniero Rafael Janini.

El interior del pabellón, decorado con vidrieras de Fernando Marco, estaba formado por un salón rectangular de 30 metros de largo por 10 de ancho. Al igual que lo hiciera en la Exposición de Zaragoza, se exponían algunos de los productos pertenecientes a la Casa Real, como maquinaria agrícola, variedades de trigo, cebada, aceite, animales disecados y una representación de la Real Armería y Caballerizas. A la derecha del pabellón, junto a la puerta de salida, estaba la división forestal. Nótese que los patrimonios reales no exponían ningún objeto relacionado con la industria ni con la industrialización.

7.2.3 Palacio de Bellas Artes.

Se hallaba junto a la galería de la derecha del arco de entrada y se extendía hasta el fondo de la Gran Pista. Fue diseñado y ejecutado bajo la dirección del arquitecto Vicente Rodríguez por el contratista Enrique Moragues. La mayor parte de la estructura y de la cerrajería metálica la realizó la citada empresa metalmecánica La Paloma de Vicente Ferrer Ballester.

Tenía su entrada principal por una escalinata a la derecha de la avenida central. También se podía acceder al edificio por otra entrada situada frente al Gran Casino. Ambos accesos estaban decorados con estatuas que representaban la Pintura, Escultura, Música y Arquitectura, de los artistas Ricardo Causarás, Juan Bautista Ríos, Eugenio Carbonell y Vicente Pellicer. Dos medallones que representaban los retratos en

relieve de Velázquez y Ribera y un rico artesonado, obra del escultor Francisco Marco, evocando escenas helenísticas alternadas con alegorías a las Bellas Artes. Según algunos autores, la fachada principal de este palacio era, estéticamente, la más perfecta de la Exposición (Solaz, 2009).

Después del vestíbulo, subiendo por la escalera principal, se pasaba por la parte derecha a los salones de pintura. Perpendicular a este cuerpo del palacio se encontraba el pabellón destinado a la enseñanza de las Bellas Artes y a la Arquitectura, compuesto de cinco salas. Se podía subir a él por tres amplias escalinatas. Las salas de pintura tenían en su parte norte una galería que recaía a la Gran Pista, formando toda su parte derecha. Esta galería, a su vez, estaba formada por dos partes: una a nivel del piso de los salones de pintura, o sea, a dos metros de altura sobre el nivel del Stadio, y otra superior con balcones. Al final de estas salas se encontraba la Rotonda, en donde estaba instalada la sección de Arte Retrospectivo. El lado que recaía a la Gran Pista estaba decorado con columnas paralelas combinadas con pedestales sobre los que descansaban diversas esculturas.



Figura 45: Palacio de Bellas Artes. Fototipia Thomas. Fuente: (Solaz, 2009)

Este palacete albergaba proyectos arquitectónicos, obras pictóricas, escultóricas y otras manifestaciones artísticas, con las Artes Decorativas, las de Enseñanza y las de Arte Retrospectivo, a las que se agregaba la Fotografía. Con sólo las obras expuestas, más de 400, se habría podido formar un importante museo representativo de artistas valencianos en sus diferentes facetas que, lamentablemente, no se realizó.

Entrando por el vestíbulo principal, a la izquierda, se hallaba la sala dedicada a Mariano Benlliure. A uno y otro lado, de este salón, se encontraban dos instalaciones dedicadas a la fotografía, una para los aficionados y otra para los profesionales. Por el vestíbulo, a la derecha, se accedía a la sala de escultura polícroma y de asuntos religiosos. A la derecha en dirección al Arco de Entrada, se encontraban 18 salas que representaban trabajos de los alumnos de la Escuela de Bellas Artes de San Carlos: arquitectura, escultura, abanicos, carteles, tapices, cerámica, pintura y escultura moderna, colecciones individuales con obras de Cecilio Pla, Salvador Abril, Joaquín Sorolla, José Benlliure y varios artistas del XIX, Fenollera, Sorolla, Garnelo, Ferrándiz, Ignacio Pinazo, Agrasot, Poveda, Gonzalo Salvá y Roberto Domingo. La sala nº 14 estaba dedicada a pintores valencianos, cuyas obras se encontraban en el Museo de Arte Moderno de Madrid: Fort, Emilio Sala, Juan Peiró, Antonio Fillol, Muñoz Degraín, Juan Antonio Benlliure, Salvador Abril, Ignacio Pinazo, y en el testero, Vicente López. Entre los escultores destacaban las obras de Mariano Benlliure, Rafael Rubio o Paredes. Las últimas salas y La Rotonda se dedicaron al arte retrospectivo.

7.2.4 El Stadio o Gran Pista.

Se hallaba al principio de la Exposición, al pasar el Arco de Entrada, a la derecha. Como ya se ha dicho, fue el espacio en el que se desarrolló una gran parte de la oferta lúdica de la Exposición. El diseño y la dirección de obra fueron llevados a cabo por el arquitecto Vicente Rodríguez. El contratista fue Enrique Moragues.



Figura 46: Vista general de la Gran Pista y de los edificios circundantes.
Andrés Fabert. Archivo Pingarrón-Esaín. Fuente: (Ateneo, 2009).

Tenía forma elipsoidal y el recinto estaba pensado para acoger a unas catorce mil personas en su superficie de 300 metros de perímetro, 180 en su eje mayor de pared a pared y 86 para su eje menor. La parte derecha se hallaba cerrada por el Palacio de Bellas Artes. La izquierda, en primer término, por el Gran Casino, y en segundo, por el Salón de Actos; en el fondo, entre este y el Palacio de Bellas Artes, se encontraba un cuerpo principal rematado por la quadriga monumental con dos minervas, todo dorado, obra de Eugenio Carbonell. Había también dos grandes arcos que servían de entrada para los caballos y para los coches empleados en los espectáculos y las fiestas celebradas en la pista. En su centro, se hallaba el tablado donde tenían lugar los espectáculos musicales.

Una de las muchas pruebas del gran impacto de la Exposición es que, durante los años posteriores a la Exposición Regional y a la Nacional, se siguieron anunciando eventos en esta Gran Pista. (Vegas, 2003) sugiere que, posiblemente, ya no existiera como tal; pero las explanadas que quedaron seguían siendo el lugar del gran espectáculo para el imaginario colectivo valenciano.

7.2.5 Gran Casino

Constaba de cinco fachadas. La de la derecha de la entrada principal recaía a la Gran Pista, con dos terrazas, una a dos metros de altura sobre el nivel del suelo, donde estaba instalado el café y, la superior, en el piso alto. El autor del proyecto fue el arquitecto Vicente Rodríguez y el contratista principal Enrique Moragues. La cerrajería y estructura metálica fue suministrada también por la citada La Paloma, de Vicente Ferrer Ballester.

Este blanco edificio era de estilo Renacimiento francés, con detalles italianos e Imperio. Su parte exterior estaba decorada con amplios ventanales, excepto en la fachada que recaía a la pista, en donde se encontraban las galerías ya citadas. En la planta baja, se hallaba el Gran Salón de Baile, que tenía forma ovalada, con tres puertas de acceso, medía 20 metros de altura, 45 de largo y 20 de ancho. Estaba decorado con dorados sobre fondo blanco y le daba luz cenital una cúpula de cristal de colores, con diversas alegorías y tres ventanales con artísticas vidrieras cuyos dibujos formaban elegantes figuras. Pendían del techo cuatro lámparas con más de veinticinco luces cada una, y en las paredes se colocaron los seis retratos iluminados de las damas seleccionadas en el Concurso de Belleza, vestidas de labradoras. La sillería blanca, tapizada de crema y granate, se hallaba junto a dos grandes jardineras. En la entrada principal del edificio se hallaban dos cúpulas de remate de coronas tremoladas, un gran balcón que daba luz a la sala de lectura y, ya en su interior, un vestíbulo, con las oficinas.

A continuación del salón, se encontraban las salas de recreo y reunión, que tenían acceso a una amplia escalinata situada frente al Salón de Actos con plantas ornamentales a cada escalón. En el piso superior se accedía al restaurante, regentado por José María Gardó, con grandes balcones salientes que recaían al Stadio y donde se podían ver elegantes marquesinas cuyas galerías estaban resguardadas por cristales. Al final de estos salones había una escalera que conducía a otro vestíbulo que daba frente al Salón de Actos. Todas las dependencias del edificio, se decoraron al estilo Imperio y Luis XV, al igual que su mobiliario.

En una de sus cubiertas se encontraban los palomares de la Exposición. La idea y la instalación completa fue obra de la Real Sociedad Colombófila de Valencia “La Paloma Mensajera”, que, durante la

Exposición, realizó diversas demostraciones de despacho de mensajes a larga distancia.

7.2.6 Salón de Actos.

Este palacio fue también llamado Sala de Conciertos por estar destinado a ellos, así como a los numerosos congresos, asambleas y actos festivos que se llevaron a cabo durante la Exposición. Cerraba el Stadio por su parte izquierda, junto al Gran Casino. El diseño y la dirección de obra fueron llevados a cabo por el arquitecto Carlos Carbonell. El contratista principal fue Pablo Verdoso, las vidrieras fueron instaladas por el citado cristallero J. Prats y las luminarias eléctricas fueron suministradas por los citados hermanos Izquierdo, vocales del Comité organizador.

La fachada era de estilo Renacimiento, con gran arco, y esculturas del artista Rius, representando a Valencia acompañando a las Artes, la Industria y el Comercio. El conjunto escultórico se hallaba en la parte superior de la vistosa entrada: un robusto obrero con su yunque, el dios Mercurio, personificaba a la Industria y una matrona, que ostentaba variedad de frutos, personificaba a la Agricultura. A la izquierda y derecha de la puerta se alzaban domos de medio punto con figuras femeninas en actitud de colocar coronas de laurel.

El interior estaba formado por un gran salón que podía albergar 2.500 espectadores. Medía 45 metros de largo por 22 de ancho. En la parte superior había un gran estrado en forma de concha, con decorado verde y altos relieves, todo ello en estilo renacentista. A ambos lados del estrado, se encontraban dos saloncitos; el primero disponía de una habitación con tocador. En la parte derecha, había una galería de dos pisos que recaía a la Gran Pista.

El edificio fue inaugurado con los conciertos de Lassalle, a pesar de que no estaba del todo acabado, como otros de la Exposición. Allí se celebraron los *Jocs Florals*, que contaron con la presencia de la Infanta María Teresa. Al fondo, en el escenario, se podía ver el gran órgano cedido por la Casa de la Misericordia. Se pidió que el edificio no se derribara cuando acabara la Exposición; pero fue derribado.

7.2.7 Fuente luminosa.

Pese a su objetivo puramente ornamental, fue la construcción que presentó más problemas arquitectónicos y técnicos en su realización y la última en acabarse. Oficialmente, la fuente fue inaugurada la noche de la Verbena del Carmen (el 24 de julio de 1909). Como se ha dicho, se hallaba cerrando el fondo norte de la Exposición. Fue diseñada por el arquitecto Vicente Rodríguez, el contratista principal fue Enrique Moragues, el proveedor de la estructura metálica fue La Paloma y el agua se movía impulsada por una bomba a vapor instalada por la empresa Genevois (empresa que todavía existe en la actualidad).



Figura 47: Fuente Luminosa. Fototipia Thomas. Colección Pingarrón-Esaín. Fuente: (Ateneo, 2009).

La fuente era de estilo moderno y ocupaba una superficie de 280 metros cuadrados. Estaba formada por dos torres de 20 metros de altura cada una, de planta circular, coronadas por dos templetos con columnas y cubierta. En el centro de estas dos torres se hallaba la fuente formada por una gran concha, precisamente en el lugar en el que el agua caía en forma de cascada. La arrojaban los delfines que se hallaban al pie del grupo escultórico formado por Venus y las Nereidas. Desde este punto

arrancaba una gran escalinata de cristal por la que caía el agua hasta el estanque inferior.

En el centro del arco, se veía el escudo de Valencia y una representación simbólica del dios Neptuno. A los dos lados, se veían dos grandes escalinatas de curva suave que conducían a la parte media de las torres, donde se hallaba la taza circular. En los extremos del arco, se hallaban dos pórticos circulares, sostenidos cada uno por doce columnas, una galería que rodeaba toda la fuente. Por otras escaleras interiores se accedía a la terraza, que ocupaba todo el espacio central entre las dos torres y en el que se hallaban dos quioscos. La terraza fue el centro de la vida social durante el desarrollo de la Exposición.

El aspecto más interesante de esta obra era la enorme importancia de la recién llegada electricidad en su diseño y en su función ornamental. Su espectáculo estaba basado en la profusión de iluminación, con lámparas que proyectaban luz desde el interior de la bóveda escalonada y flabeliforme de cristal por donde resbalaba el agua, reflectores desde la concha del estanque hacia la cascada y bombillas que delineaban la traza principal de la fuente. (Vegas, 2003).

El milagro acaecía por la noche, cuando sus luces quedaban encendidas ofreciendo el edificio todo su esplendor. En (Valencia, literatura, 1909) se decía: *“Pero la belleza de esta fuente adquiere tonalidades mágicas cuando el agua, con ruidos de catarata, festoneada de espumas, alegre y bullidora, se precipita desde las entreabiertas fauces de los despiertos delfines a la extensa taza. Y si funciona el reflector no cabe mayor maravilla para los ojos.”*

7.2.8 Fuentes ornamentales.

Además de la Gran Fuente Luminosa, se instalaron otras fuentes ornamentales en el recinto. En septiembre de 1908, el servicio de Jardines Municipales ya había comenzado a plantar los árboles en los paseos de la Exposición y proyectó el trazado y el lugar donde debían situarse los setos y albercas que servirían para situar estas fuentes. El día 1 de marzo de 1909, el Ayuntamiento había acordado aprobar los modelos y planos de los cinco grandes macizos y las fuentes monumentales que presidirían la explanada o plaza de entrada de la Exposición. Las fuentes estaban formadas por artísticas esculturas y un

conjunto de figuras que representaban amorcillos, delfines, conchas o cisnes. Fueron obra del artista Rubio.



Figura 48: Fuentes ornamentales detrás del Arco de entrada. Fototipia Thomas. Fuente: (Solaz, 2009)

7.2.9 Teatro circo.

Este era uno de los pocos edificios de la Exposición construido en madera, exceptuando el pórtico, las escaleras que accedían al piso principal y las paredes de cerramiento, que eran de obra. Fue diseñado por el arquitecto Francisco Almenar y el contratista fue Ramón Ferrer. El salón tenía un diámetro de 36 metros, de los cuales 18 correspondían al salón y de estos, 12 a la pista. Con una superficie total de 2.240 metros cuadrados, tenía capacidad para más de 3.000 espectadores entre sus 26 palcos plateas y otros tantos principales, junto a 468 butacas, sillas de anfiteatro y localidades de entrada general. El escenario ocupaba 210 metros cuadrados y 160 el restaurante en el que se ofrecían almuerzos y

comidas a 2,5 pesetas. Daban luz natural al recinto una claraboya central y distintos ventanales con vidrieras laterales. La electricidad también formaba parte importante del Teatro Circo, pues por las noches un conjunto de luces de diversos colores iluminaba las líneas principales de la arquitectura de su fachada.

En este teatro, tuvieron lugar numerosas representaciones, incluidas las de zarzuela, bailes populares, conciertos, sesiones de cine, variedades, compañías de teatro europeas, la compañía valenciana de Manuel Llorens y una agrupación acrobática procedente de París.

7.2.10 El Umbráculo.

Se hallaba junto al Palacio de la Industria y estaba formado por un gran pabellón de madera de 400 metros cuadrados, con cuatro grandes puertas de acceso, en el cual se hallaba gran número de instalaciones de floricultura, jardinería y arboricultura, macizos que se hallaban colocados en las paredes y en un gran seto central, formando un circuito para que los visitantes pudieran contemplar las plantaciones expuestas.

Los organizadores quisieron representar un bosque tropical ambientado por los aromas que despedían las plantas y el rumor de las fuentes instaladas entre pequeñas grutas. Esta instalación contrastaba con los palacios de alrededor, al estar realizado por listones de madera, un alarde de carpintería realizado bajo la dirección de Carlos Cortina. Muchos años después, se bautizaría con el mismo nombre una de las áreas de la *Ciutat de les Arts i les Ciències*.

7.2.11 Palacio Municipal

El Palacio Municipal, destinado a permanecer, se emplazó frente a la cúpula de la izquierda del de Agricultura, formando una manzana con el Asilo de Lactancia (actuales calles de *Amadeu de Saboia*, *Galícia*, *Arquitecte Mora* y *Muñoz Seca*). Como ya se ha dicho, fue construido en tan sólo tres meses, por iniciativa del Ayuntamiento de Valencia. En principio, su destino, una vez acabada la Exposición, era convertirse en la sede de la Escuela Superior de Artes Industriales. El autor del proyecto y director de las obras fue el arquitecto municipal Francisco Mora. El proveedor de

azulejos fue la citada fábrica Nolla y la elaboración de las vidrieras corrió a cargo de J. Prat.

Este hermoso edificio constituye la presencia más visible de la Exposición en el panorama urbano contemporáneo y el testimonio más inmediato de aquella en la percepción actual de la Exposición. El conjunto arquitectónico ha sido reformado integralmente en los últimos tiempos y se conserva bien.

A este respecto, conviene aclarar lo siguiente. Un equívoco habitual es que el edificio que perteneció a la fábrica de tejidos Marín, ocupado hasta hace unos años por dependencias de bomberos y policía y hoy por un lujoso hotel, era parte de la Exposición. La fábrica de tejidos Marín fue erigida en 1921 sobre los terrenos que habían sido ocupados por la feria del año 1917, como figura en una inscripción sobre una de sus puertas, así que es posterior a la Exposición, aunque estilísticamente esté muy relacionada con ella.



Figura 49: Edificio de la fábrica e tejidos Marín (Industria Lanera Valenciana). En la actualidad, un hotel. Foto: Amparo López Marzal.

El Palacio Municipal, con cinco fachadas, tiene una superficie total de 1850 metros cuadrados. Consta de piso alto y otro principal. Es de estilo gótico inspirado en algunos monumentos de la ciudad. Por ejemplo, el ventanal, o las torres almenadas, con parecido a las de la lonja u otras similares a las torres de Serranos, “*l’Estil nacional valencià*”, en palabras de (Mira, 1992). La escalinata de la fachada principal da acceso a un amplio pórtico por el que se accede al vestíbulo, punto donde arranca la escalera que desemboca al gran salón, de 25 metros de largo por 15 de ancho. Este salón comunica con unas galerías acristaladas y otros salones. El edificio tiene, además, tres torres en los ángulos, una de ellas con hechura y decoraciones que recuerdan la torre del *Micalet*.

En el interior del edificio, se exponían las instalaciones de los establecimientos de enseñanza que sostenía o subvencionaba el Ayuntamiento: Escuela Superior de Industrias, Conservatorio de Música, Centro de Enseñanza para la Mujer, Círculo de Bellas Artes, Grupo Esperantista, Escuela de Sordomudos, Escuelas de Artesanos, Colegio Imperial de Niños Huérfanos de San Vicente, Escuela de la Constructora Valenciana, etc. Asimismo, se podían ver planos antiguos y modernos de la ciudad, algunos proyectos de obras urbanas, reproducción de monumentos, algunos trabajos de ingeniería y pequeños laboratorios.



Figura 50: El Palacio Municipal en la actualidad. Foto: Amparo López Marzal.

7.2.12 Palacio de la Diputación Provincial de Valencia.

Se trataba de un edificio de planta rectangular que ocupaba una superficie de 240 metros cuadrados. Constaba de tres cuerpos con dos escalinatas a los laterales. Sobre los arcos de entrada se colocaron dos grandes escudos de la provincia. Los ventanales, al igual que las puertas de entrada, eran de medio punto. El proyecto fue realizado por el arquitecto Vicente Rodríguez y por el ingeniero Rafael Janini y el contratista principal fue Enrique Moragues.

Entrando por la puerta de la derecha, en el vestíbulo, se encontraban obras de diferentes artistas pensionados por la Diputación en Roma: Garnelo, Sorolla, Ignacio Pinazo, Emilio Calandín. Por la puerta de frente a la entrada, se pasaba a un gran salón en el que se mostraba la Estación Vitícola de la Diputación, con una completa selección de insectos, fotografías y muestras de vides. Saliendo del salón había cuatro departamentos destinadas a las entidades dependientes de la Diputación: la Casa de la Misericordia, las carreteras provinciales y obras públicas, el Hospital Provincial, con el cuadro de Joaquín Sorolla representando la padre Gilabert Jofré aleccionando al pueblo a recoger los dementes abandonados por las calles, y el departamento destinado a Casa de Beneficiencia, donde se exponían diversos trabajos elaborados por sus internos.

7.2.13 Palacio de Fomento.

La presencia de este tipo de pabellones era común en las exposiciones decimonónicas españolas. Su objetivo principal era mostrar las distintas áreas de actividad relacionadas con las Obras Públicas. Pero en su contenido se encuentra una heterogeneidad difícilmente entendible. Se exponían objetos relacionados con la Educación; pero también hubo muestras de mineralogía y ciencias naturales.

En la gran nave central del palacio, estaban instaladas las Secciones de Fomento: División Hidrológica del Júcar, Puertos, Escuela Práctica de Agricultura de Valencia, Ferrocarriles, Obras Públicas, Minas, Montes e

Instrucción Pública. Allí se expuso una interesante exposición de mariposas impulsada por Sanchis Pertegás. Se hallaban colocadas en 22 cajas-vitrina y procedían de diversos lugares. Destacaban las procedentes de las sierras de Náquera y Serra. También se instalaron las colecciones de minerales de la Región de Eduardo Boscá.



Figura 51: Palacio de fomento (vista lateral). Agustín Lorente. Archivo Ateneo Mercantil. Fuente (Ateneo, 2009)

El número 18 de (Valencia, literatura, 1909) del 19 de septiembre de 1909 hace una descripción del interior:

“una de las instalaciones de este Palacio que más llaman la atención y que más importancia tiene, es la de la Escuela de Ingenieros de Minas, de Madrid, que está colocada a la izquierda del salón principal.

En ella, se ven dos aparatos para salvamento de mineros, uno respiratorio, sistema Shamzock, y otro de casco, sistema Koning”.

“La instalación de las Jefaturas de Obras públicas (...) es también muy curiosa. En ella hay admirables modelos de puentes, entre los que merecen citarse el construido sobre el río Cabriel, en la carretera de primer orden de Madrid á Castellón; el Faro de Canet, á una altura de 34 metros sobre el nivel del mar, y el puente sobre el río Júcar en Cullera; otro sobre el río Palencia (sic), aquél en la carretera de Silla á Alicante y éste en la de Madrid á Castellón”.

En relación con el recinto portuario se expuso un plano en relieve, obra del ingeniero Francisco J. Cervantes. También se expuso una representación del Faro del *Grau* junto con una muestra fotográfica que contenía una interesante visión gráfica de los trabajos ejecutados en el puerto, incluyendo fotografías del año 1865 para poder compararlas con el estado de la zona portuaria en ese momento.



Figura 52 : Una de las salas del Palacio de Fomento. Fuente: (Valencia, literatura, 1909).

En el citado número de (Valencia, literatura, 1909) dice al respecto:

“Del puerto de Valencia hay un hermoso plano á relieve, donde se ve el puerto en toda su extensión, con expresión de su superficie, superficie de antepuerto, longitud de línea de atraque, ídem del dique de Poniente, ídem del dique muelle de Levante, ídem del andén de costa de Levante, ídem del de costa de Poniente, ídem de vías férreas de servicio, calado mínimo y máximo en los muros de atraque, superficie por tinglados cerrados, ídem por cobertizos abiertos lateralmente, é ídem de muelles, todo en metros y metros cuadrados”

También fueron muy visitados los trabajos de la citada Escuela de Artesanos: muestras de trabajos caligráficos, planos, trabajos manuales de artes y oficios, bordados, maquetas e, incluso, dibujos de Sorolla, cuando era estudiante de este centro.

El número 12 de (Valencia, literatura, 1909), de 8 de agosto de 1909, con un lenguaje que hoy sería considerado inaceptablemente paternalista, dice de esta sección del Palacio de Fomento:

“(…) digimos (sic) que una buena parte del éxito de la obra regional se debe al obrero valenciano, intérprete fiel de todo tecnicismo. Su inteligencia compite con su habilidad, su acierto con la rapidez de la ejecución.

Pues bien: la Escuela de Artesanos no es agena (sic) á todas aquellas excelentes cualidades de los obreros; á ella se debe gran parte de la educación intelectual de aquéllos. Bastaría para probarlo, las instalaciones que al extremo del Palacio de Fomento tienen dichas Escuelas.

Confesamos que allí nos detuvimos con mayor delectación que en parte alguna. La preferencia está justificada, no solo por el interés que sentimos hacia la clase trabajadora que, salvo tristes excepciones, constituye verdadero orgullo nacional, sino porque, al menos quien esto escribe, siempre creyó que sin la cultura de la clase artesana le es muy difícil á un país asimilarse a los jugos de la humana ciencia.

Diversidad de objetos atesora la completa instalación de la Escuela de Artesanos; excelentes muestras de trabajos caligráficos, correspondencia comercial, cuadernos de cuentas, dibujos limpios é interesantes, tanto de lineal como de figura y de mecánica. Planos de diversas clases, entre ellos de albañilería, topográficos é ingeniería. Multitud de trabajos manuales correspondientes á las distintas artes y oficios; máquinas que son un portento de habilidad y de paciencia; interesantes aparatos y colecciones para instrucción y prácticas de los alumnos.”

En lo que se refiere a la arquitectura del edificio, se dice que era de los mejores de la Exposición (Solaz, 2009). Se combinaban ciertos elementos decorativos presentes en los demás palacios y pabellones. Constaba de tres cuerpos, uno grande central y dos pequeños laterales. El primer

cuerpo tenía una gran nave de 32 metros de largo por 23 de ancho. Su fachada, con larga escalinata que la recorría, era de estilo Renacimiento modernizado, con una matrona que servía de remate custodiando los escudos de las provincias valencianas. Las pilastras del pórtico llevaban guirnaldas que coronaban el edificio. Fue un diseño del arquitecto Carlos Carbonell, el contratista principal fue Pablo Ferroso y el proveedor de la estructura metálica fue el mismo que en otros edificios, Vicente Ferrer Ballester de La Paloma.

7.2.14 Instalación de la Junta de Obras del Puerto de Valencia.

A diferencia del anterior, que era un pabellón promovido (y financiado) por el Comité organizador, esta instalación fue promovida por la Junta de Obras del Puerto. Su objetivo era exponer las obras y proyectos en curso en el Puerto de Valencia.

El conjunto estaba formado por un palacete y una gran maqueta exterior del proyecto del puerto. En lo que se refiere al palacete fue diseñado por el ingeniero Fausto Elío, que junto a los ingenieros Fuster y Maese formaba parte del comité técnico de las obras de la dársena. Los trabajos fueron ejecutados por el contratista Cuñat. El edificio constaba de planta baja y piso alto, ocupaba una superficie de 34 metros de longitud por 18 metros de anchura. Cuando se inauguró la Exposición, todavía no estaban acabadas las obras. En las dos fachadas laterales había dos escalinatas por las que se accedía a un vestíbulo de 10,70 por 6,8 metros, con cubierta de cristales. Se entraba al pabellón por una amplia escalinata que daba acceso a una galería en la que se veían figuras representando al Comercio, a la Agricultura y a la Industria. Una figura central mostraba representaba a España señalando el puerto de Valencia. Una vez en su interior, se veía el gran salón que medía 17,5 por 8 metros y allí se hallaban expuestos planos, estudios, proyectos, grabados y fotografías, además de diversa maquinaria usada en las obras portuarias: farolas, trajes de buzo, muestras de piedra para fabricar diques, etc.

La reproducción del puerto, tal como había de quedar según el proyecto del ingeniero Maese, estaba hecha a escala 1 por 72, es decir era de considerable tamaño. (Vegas, 2003) hace una interesante observación sobre los significados implícitos de esta instalación y la maqueta: “Si el recinto de las exposiciones constituyó una suerte de ensayo general del

futuro que la ciudad anfitriona se reservaba a si misma, esta gran maqueta que se extendía sobre una superficie que superaba los 2.600 metros cuadrados, reflejaba de manera fidedigna el porvenir físico de una parte de ella. Se trataba de un ejercicio iterativo, redundante, casi manierista: una maqueta-modelo de un sector de la ciudad, incluida dentro de un pequeño recinto-ciudad que se constituía en modelo volitivo de la ciudad real que contenía a ambos”.



Figura 53: Pabellón de la Junta de Obras. En primer plano la maqueta del proyecto del Puerto. Fototipia Thomas. Fuente: (Pérez Puche, 2009).

7.2.15 Asilo de Lactancia.

Como ya se ha dicho, era el otro edificio destinado a perdurar, como compensación por la cesión de la fábrica de tabacos. Se emplazó en la Avenida Principal, junto al Palacio Municipal. Hoy en día, está ocupado por un balneario, inaugurado en el 2006.

Fue diseñado por el arquitecto Ramón Lucini y ejecutado por el contratista Bernardo Gómez. Ocupa una superficie de 980 metros cuadrados, consta de planta baja y dos pisos, con tres entradas independientes. La primera puerta servía de entrada a una capilla con capacidad para 150 personas; destacaba una imagen de la Virgen del

Sagrado Corazón, patrona de las cigarreras. Todo el cuerpo del edificio correspondiente al chaflán con forma circular, constituía la espaciosa sala de cunas, capaz de albergar hasta 100 niños. Las demás dependencias se destinaron para los baños (una serie de recipientes que formaban un hexágono), servicio de las monjas encargadas de la asistencia de los niños, salas de visita, comedor, cocina económica (regentada por el industrial Juan Sala), lavadero, escuela de niños, sala de costura, etc. Sobresalía el Salón de cunas, con sus catorce grandes ventanas. Allí había instaladas cuarenta camas-cunas de hierro barnizados de color rosa, con lazadas del mismo color al extremo de las cortinas blancas, que servían de resguardo a las camas. En el segundo piso, además del salón de recreo, rodeado de bancos y de la escuela, había diez dormitorios amplios para las monjas que asistieran la institución.



Figura 54: El Asilo de Lactancia en la actualidad (balneario-Spa). Foto: Amparo López Marzal.

7.2.16 Palacio de la Agricultura.

A continuación, se describe el continente y la arquitectura de los dos edificios cuyo contenido resulta más interesante para este estudio. Se trata del llamado “Palacio de la Agricultura” y del “Palacio de la

Industria”. Como ya se ha tratado en el capítulo anterior, esta dualidad había sido común no solamente en las exposiciones valencianas antecesoras de la Exposición, sino en muchas de las grandes exposiciones decimonónicas. Así que en la Exposición, la complementariedad casi indiscernible que formaban la agricultura y la industria valencianas se tenía que reflejar necesariamente en la existencia de esta pareja de edificios.

Precisamente, esa conexión estrecha entre agricultura e industria hacía que una parte significativa de la industria expuesta estuviera en este Palacio, junto a productos predominantemente agrícolas. Esta industria expuesta, así como la del Palacio de Industria, que son el objeto principal de este trabajo, se tratarán en el siguiente capítulo y se cuantificarán en el base de datos (véase Anexo II).



Figura 55: Pabellón de la Agricultura y Teatro Circo. Fototipia Thomas. Archivo Pingarrón-Esaín. Fuente: (Ateneo, 2009).

El promotor de este pabellón fue el Comité ejecutivo. Todo el diseño fue obra del arquitecto Francisco Almenar, mientras que la ejecución se encargó por zonas a tres contratistas distintos: Carmelo San Pedro, Enrique Llopis y Ramón Rosales.

El Palacio constaba de un pabellón central de 700 metros cuadrados, adornado con detalles estilo Imperio, rematado por una cúpula de 17 metros de altura y de dos cuerpos separados entre sí por galerías, igualmente rematadas con cúpulas de estilo bizantino. Las galerías medían 65 metros de largo, por 12,60 de ancho. Los dos pabellones laterales, de 400 metros de superficie cada uno, eran de estilo Renacimiento francés. Este palacio también cumplía las funciones de cerramiento de la Exposición, que vallaba en casi todo su lado oeste.

Enfrente del Palacio, se exponían algunos temas agrícolas. En la rotonda de la derecha se veía la instalación de Otto Meden, que presentaba diferentes plantas, cuadros y algunas máquinas agrícolas. Al fondo se veía un campo, donde tenían lugar diversas experimentaciones agrícolas. En este palacio se celebraron los concursos de frutas y hortalizas que tuvieron lugar a lo largo de la Exposición.

7.2.17 Palacio de la Industria.

Como ya se ha comentado, este edificio, existente todavía hoy, condicionó la ubicación y el diseño del resto de la Exposición. Su aspecto robusto y compacto y su gran tamaño impresionan incluso en la época actual, en la que ha sido rodeado completamente por la trama urbana. La idea de la Exposición de ocuparlo (y llenarlo de instalaciones) es una muestra más de la ambición que latía en el certamen.

El proyecto general fue realizado por los ingenieros industriales Federico García Patón y Mauro Serret. Con motivo de la visita del Alfonso XIII a Valencia, en 1905, se colocó la primera piedra. Las obras fueron adjudicadas por subasta a la empresa constructora de Juan Pruneda y García. La inspección y dirección se encomendó al arquitecto Lucini, que lo acabó a tiempo para que comenzara a ser ocupado por los expositores.

(Vegas, 2003) dedica un amplio espacio a la arquitectura del edificio, que constituye un ejemplo paradigmático de gran construcción industrial de principios de siglo. La describe así: “construcción austera en ladrillo, que nunca estuvo pensada *a priori* para albergar una exposición, responde a las características habituales en las construcciones habituales de la época, es decir: muros sólidos sin concesiones a la decoración, o al menos a cualquier decoración que no derive del propio aparejo de la fábrica:

forjados de viguetas metálicas y revoltón, formando pendientes a dos aguas y retejado cerámico; composición racional de alas de edificación en torno a patios que sirven a su vez de distribuidores; carpintería, vidriería, alicatados y rejería interior que, sin renunciar a la sencillez, revelan su pertenencia a la época, a través de una decoración floral de inclinación modernista. Los aparejos de los muros son muy sencillos, con pocas concesiones a la variación con fines decorativos, más allá de los encintados rehundidos de los vanos de toda la fábrica.”

Se trata de un compacto edificio de planta rectangular, con una longitud de fachada principal de 120 metros y de 75 los laterales. Consta de tres pisos, planta baja, principal y segundo, y uno más, a modo de ático. Los diversos salones que constituyen la planta del edificio se desarrollan alrededor de dos espaciosos patios laterales y dos centrales, entre los que está desplazada la escalera principal, junto a otros seis que dan acceso a diversas estancias. La gran puerta central da paso a un vestíbulo cuya altura comprende la de la planta baja y piso principal. Otras tres puertas de entrada se hallaban situadas en las fachadas laterales y en la posterior. No conviene olvidar los dos bloques anejos (la sala-almacén y la nave de motores) que en la Exposición, hicieron funciones de Sala de Máquinas y Pabellón de Motores.

El 28 de enero de 1911 se hizo entrega del edificio de la fábrica a los funcionarios designados para recibirla, después de haber cumplido su papel en la Exposición. La fábrica de tabacos y sus dos edificios anexos, desempeñaron la función productiva para la que estaban destinados durante muchos años, circunstancia que aseguró un buen estado de conservación general; pero también pequeños cambios y adaptaciones (Revert, 1991). En la actualidad, después de un proceso de restauración integral, ha sido ocupado en su totalidad por oficinas del Ayuntamiento de Valencia.

Como ya se dijo en la introducción, el núcleo de este trabajo de investigación es el análisis y la clasificación de lo que contuvo este edificio, que se trata en el siguiente capítulo y se cuantifica en el Anexo II.



Figura 56: La fábrica de tabacos en la actualidad. Foto: Amparo López Marzal.

7.2.18 Instalaciones aisladas.

Así fueron llamadas las numerosas instalaciones que se hallaban fuera de los grandes edificios, repartidas por todo el recinto, sobre todo, las que se encontraban en las explanadas de la zona norte y oeste. Se produjo una proliferación de ellas, desde el proyecto inicial hasta la ejecución definitiva. Algunas de estas edificaciones “menores” estaban diseñadas con mucho gusto arquitectónico, aunque construidas con precipitación y carácter efímero. Exhibían un buen nivel de acabado, con materiales sólidos, lo que confirma el trabajo bien ejecutado por los profesionales que participaron en su realización. Pese a todo, según (Solaz, 2009) no faltaron las críticas debidas a sus reducidas dimensiones.

Se describirán aquí las que tienen importancia para los objetivos de este trabajo, es decir las que albergaban instalaciones de instituciones o empresas industriales. En su mayor parte, ya han sido citadas en el capítulo cuatro y se ordenarán según el mismo criterio que se aplicaba allí a los distintos sectores. Se cuantifican en la base de datos (Anexo II).

7.2.19 Pabellón de Simeón Durá (Textil y afines).

Como ya se dijo, Simeón Durá era el principal fabricante de naipes de la Región. Formaba parte de la Junta Directiva del Ateneo. Así que era lógico que montara su propia instalación en la Exposición.

SIMEÓN DURÁ



Vista exterior del Pabellón en la Exposición

LITOGRAFÍA
 ≡ ≡ ≡ ≡
 FÁBRICA
 DE
 -NAIPES-
 ≡ ≡ ≡ ≡ ≡ ≡ ≡ ≡
Arrancapinos
 ≡ núm. 29 ≡
VALENCIA
 ≡ ≡ ≡ ≡ ≡ ≡ ≡ ≡

CROMOS □ RELIEVES PARA ALMANAQUES □ ESTAMPERÍA
 □ CARTELES ANUNCIO □ RECORTES PARA ESTUCHERÍA □
 NAIPES DE TODAS CLASES EN TIPOS ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS



Vista interior del mismo

Figura 57: Publicidad de Simeón Durá en el Catálogo de Expositores.
 Fuente: (Catálogo, 1909).

El Pabellón era de estilo modernista. Por una pequeña escalinata se accedía al interior. Allí había expuestos los mejores trabajos de esta casa litográfica situada en la calle de Arrancapinos, nº 29. Se vendían naipes, cromos, relieves para almanaques, estampas e impresos de todo tipo. Destacaban los trabajos en miniatura expuestos en las vitrinas y los carteles publicitarios colgados de las paredes, especialmente el cartel oficial de la Exposición, realizado precisamente por este establecimiento.

7.2.20 Pabellón de José Laporta (Textil y afines).

Un bello edificio, bastante moderno, representaba a esta fábrica de papel de fumar de *Alcoi*. Según se trató anteriormente, Laporta fabricaba marcas como El Sol, Gavilán, Mil Rayas, Pum, El Automóvil o Blanco y Negro. También presentaba sus licores, especialmente el Anís Mariola.



Figura 58: Pabellón de José Laporta. Agustín Lorente. Archivo del Ateneo Mercantil. Fuente: (Ateneo, 2009).

7.2.21 Pabellón de R. Abad Santonja. (Textil y afines).

Se trataba de la competencia directa del anterior. El Sr. Abad montó un pabellón para publicitar su papel de fumar Bambú. Según (Vegas, 2003) formaba parte de la “fauna habitual de los quioscos de la ciudad de aspecto orientalizante, a medio camino entre el exotismo y la moda de antaño”.

7.2.22 Pabellón de Luis Layana (Textil y afines).

Como ya se dijo en el capítulo cuatro, Luis Layana era el principal fabricante de papel en la ciudad y su llamativa presencia en la Exposición refleja, de algún modo, el auge del sector.

El pabellón tenía un aspecto espectacular, ya que estaba formado por diez grandes rollos de papel continuo apilados en tres niveles: tres en el inferior acodados sobre soportes dispuestos a tal efecto, dejando dos huecos para la entrada y salida del pabellón, cuatro en el segundo que servía de dintel y de soporte a los rótulos publicitarios y tres en el tercer nivel.

7.2.23 Instalación de Héctor Bogani. (Textil y afines).

Se trataba de un pequeño pabellón del que apenas se dispone de información gráfica. (Vegas, 2003) apunta la curiosidad de que su cubierta tenía forma de sombrero, en consonancia con el contenido. En el capítulo cuarto, ya se citó a Bogani, fabricante de sombreros de paja.

7.2.24 Pabellón de la Casa Trénor y Compañía. (Química y curtidos).

Se hallaba en la parte norte de la Exposición, frente a Los Urales y junto al Palacio de Agricultura. El edificio constaba de tres cuerpos (el central,

más alto) y sus ventanales tenían forma redonda. Junto a los cuatro escalones de acceso se hallaba un pequeño jardín. En su interior, se exponían productos de la citada fábrica de sacos de Vinalesa, materia prima para abonos y productos químicos de la fábrica de los Trénor del *Grau*.



Figura 59: Pabellón de los Trénor. Fuente (Ateneo, 2009).

El número 15 de (*Valencia, literatura*, 1909) de 29 de agosto de 1909 le dedica dos páginas informativo-propagandísticas al contenido de esta instalación (no en vano se trataba de la empresa de la que el promotor del evento era copropietario). De esas páginas se puede extraer información valiosa sobre las variadas actividades empresariales de los Trénor, que ya se han citado:

“Es familiar, no solo para los industriales de Valencia, sino para quienes se dedican á otras actividades, la historia comercial de la familia Trénor: huelga, pues, recordarla, pero sí como brevísimo resumen debemos decir que si las personas cambiaron, por el inexorable tributo rendido á la eternidad unas, por procurarse el natural descanso las demás, el espíritu de laboriosidad, de rectitud, de inteligencia y de aptitudes para el negocio, propios de la dinastía, no ha variado, continua latente como la razón social.”

Las operaciones bancarias inherentes al manejo de grandes capitales son, por decirlo, así una de las fases del negocio de la casa. La fabricación de productos químicos y superfosfatos constituye la base de sus variadas empresas industriales. Sigue á ese negocio, importantísimo por desarrollarse en un país, principalmente agricultor, el de hilados y tejidos de seda, y sobre todo, el de tejidos de yute.

Situada la fábrica de productos químicos y de superfosfatos en el Grao, con enlace con el ferrocarril del Norte y muelles independientes, ocioso decir que reúne (sic) ventajas inmejorables para las transacciones; únase á eso la buena calidad de los productos garantizada por la constante acción técnica de dos profesores químicos y numerosos obreros de larga práctica, y quedará razonado el consumo de las 20.000 toneladas anuales de abonos consumidas.

El laboratorio de análisis está montado con arreglo á las modernas exigencias científicas, y el departamento de máquinas, limpio, curioso, al cuidado de obreros inteligentes, encierra lo más nuevo y precios que la moderna mecánica ha ideado para la producción de superfosfatos. La gran cantidad de ácido sulfúrico que allí se produce, destínase, parte de él para la exportación; el resto para fabricar los elementos integrantes del abono, de ese abono del que hacen nuestros agricultores tan inmenso consumo y que se vende sin anuncio ni reclamo, el mejor síntoma de su excelencia.

Los envases para el mencionado abono prodúcelos la misma casa Trénor en su notable fábrica de Vinalesa. De su importancia darán idea las dos mil toneladas de yute que poco más ó menos consumen sus telares anualmente, y el número de operarios —más de cuatrocientos— que allí trabajan.

Es el de Vinalesa centro fabril de primer orden, dotado de ciento cincuenta telares mecánicos absolutamente perfeccionados, que trabajan mucho y bien (...) Para los sacos posee la casa una marcadora automática rapidísima, tanto, que puede marca, y á dos colores, más de doce mil envases diarios.

Si bajo el aspecto comercial la mencionada fábrica de Vinalesa, tiene importancia, por sus adelantos, especiales condiciones de calidad de los productos y baratura de los precios, no la tiene menor bajo su aspecto social, pues á su sombra viven multitud de familias obreras, contentas con el régimen y trato del establecimiento (...)

La casa Trénor y C^a, como sociedad comercial ha cumplido con los deberes que su abolengo le exigía, poniéndose al lado de uno de sus respetables socios; prestarle decidida colaboración era rendir un tributo al comercio y á la industria regionales y nueva prueba de amor hacia Valencia.”

7.2.25 Pabellón del Nitrato de Sosa Chileno. (Química y curtidos).

El Nitrato de Sosa Chileno era uno de los productos competidores de los superfosfatos de los Trénor. Su pequeño pabellón se hallaba próximo a

la puerta principal del Palacio de Agricultura. Se trataba de un elegante edificio, rodeado de jardines, con dos escalinatas de mármol. En la fachada se leía “Nitrato de Sosa Chileno” y en la parte posterior. “¡Agricultores, usad el Nitrato de Sosa como abono!”. A continuación, se recomendaba solicitar folletos e informes sobre su aplicación.



Figura 60: Pabellón del Nitrato de Sosa Chileno. Agustín Lorente. Archivo del Ateneo Mercantil. Fuente: (Ateneo, 2009).

7.2.26 Instalación de Deustch y Cía. (Química y curtidos).

Como ya se dijo en el capítulo cuarto, la empresa La Británica de Deustch y Cía. había comenzado a principios de siglo a refinar petróleo en Alicante. En su pequeño pabellón de la Exposición mostraba “*almidón*” y otros subproductos químicos.

7.2.27 Pabellón de Eugenio Burriel. (Agroalimentaria)

El ya citado Burriel era el principal fabricante de dulces de la ciudad. Su pabellón, construido por los propios empleados de la empresa, era de estilo modernista. La entrada estaba rematada por un gran medallón de alabastro junto a una guirnalda que rodeaba el título del establecimiento. Frente al pabellón se colocaron sillas y mesas para quien quisiera saborear los productos de la tienda: helados, confitería y bombones que se hallaban expuestos en el interior decorado con bronce, porcelanas y ornamentaciones artísticas.

7.2.28 Instalación de Lalanne y Armenteras. Pabellón del Champagne Mercedes. (Agroalimentaria).

El champagne, de patente francesa propiedad de la compañía Lalanne, se elaboraba en el *Grau* y se comercializaba en la calle Maderas. Frente al pabellón, se habían instalado sillas y mesas para que el público degustara la bebida.

Como ya se ha comentado en el capítulo cuarto, desplegó una intensa actividad propagandística. En la (Guía, 1909), decía: “*El público, al beberlo podrá percatarse de que no se necesitan los vinos espumosos extranjeros ya que en España se produce el riquísimo Champagne Mercedes*”.



Figura 61: Publicidad del Champagne Mercedes. Fuente: (Catálogo, 1909).

7.2.29 Pabellón de la Música. (Madera y derivados).

Era un anexo al Palacio de Fomento. Fue diseñado por Francisco Almenar y el contratista principal fue Ramón Ferrer. La estructura metálica fue suministrada por La Paloma.

En él estaban las instalaciones de las citadas fábricas de pianos de los Hijos de Gómez, Rodrigo Ten y Cía. y la de Mariano Carreres. También se encontraban las instalaciones de instrumentos de cuerda de Emilio Lázaro, Ibáñez, Durá, Gaspar y Sorlí, Tena y Sánchez Ferrís. Frente a su entrada se podía ver la instalación de electricidad de la casa Lebón y Cía.

7.2.30 Pabellón de la industria abaniquera. (Madera y derivados).

Como ya se dijo en el capítulo cuarto, este pabellón reflejaba la pujanza de este subsector. Los abaniqueros hubieran podido ubicarse en vitrinas del Palacio de Industria; pero prefirieron dejar constancia de su capacidad empresarial, instalando este pabellón propio, que no obstante, se visitaba saliendo del Palacio de la Industria, según explica el (Catálogo, 1909).

La presencia de abanicos de todas las clases y de todas las épocas, lujosos y caros, modestos y baratos, de varillaje regio y telas con escenas pintadas por distinguidos maestros, hacía del pabellón uno de las muestras más interesantes de la Exposición.



Figura 62: Pabellón de la Industria Abaniguera. Detrás, el Palacio de Industria. Agustín Lorente. Archivo del Ateneo Mercantil. Fuente: (Ateneo, 2009)

7.2.31 Pabellón de Antonio Bayarri. (Cerámica y construcción).

Este pabellón se encontraba al lado del Palacio de Fomento. Era una de las instalaciones privadas de más aspiración artística de la Exposición. Todo el edificio estaba rodeado de hermosas columnas y decorado con azulejos modernistas y mayólicas fabricadas en esta empresa con referencias iconográficas de templo griego. Como para los otros expositores, su presencia se cuantifica en la base de datos.

7.2.32 Pabellón de espejos y vidrieras Sancho. (Cerámica y construcción).

Se encontraba en la gran explanada frente al Palacio de Agricultura. Era bastante reducido y humilde de construcción. En su interior se exponían vidrieras artísticas, lunas, grabados y muselinas así como toda clase de cristales para muebles y orfebrería. Llamaba la atención una vidriera que representaba el retrato de San Luis rey de Francia y también una lucerna

cenital que recordaba las pinturas al fresco de los grandes salones. Remataba su tejado una veleta de hierro forjado.

La industria cristalera Sancho, que ya se citó en el capítulo cuarto, había sido fundada en el mismo año de 1909 y el certamen era su presentación ante la sociedad valenciana.

7.2.33 Pabellón de Joaquín Prat. (Cerámica y construcción).

El vidriero tradicional de la ciudad era J. Prat. Su oficina de venta estaba en la Calle de Colón, nº 7. Quizá la presencia de la nueva competencia, le empujó a montar también una instalación propia y a inscribirse rápidamente en la Exposición –era el primer fabricante del (Catálogo, 1909)-

Estaba situado frente al pabellón de los abaniqueros. Sencillo y sobrio, albergaba en su interior trabajos en vidrieras de colores, especialmente de relieves esmaltados, letreros artísticos, cristales grabados y lunas biseladas.

7.2.34 Instalación de Emilio Albiol. (Cerámica y construcción).

El ingeniero Emilio Albiol se dedicaba a la producción de tuberías y depósitos de cemento armado. Había patentado el sistema de pozos inversos Albiol y construía columnas, vigas, azoteas, pisos y cubiertas, haciendo uso del hormigón armado.

El pabellón fue construido con la iconografía clásica. Colocó sobre su cubierta más de media tonelada de sacos de cemento, para así demostrar su resistencia.

7.2.35 Pabellón de Izquierdo Hermanos. (Metalmecánica).

Se hallaba entre el Palacio de Fomento y el Gran Salón de Actos. Era un edificio de estilo modernista, diseñado por Vicente Sancho. (Vegas, 2003) señala el hecho de que la elección de un estilo arquitectónico de vanguardia por aquel entonces obedecía a la necesidad de resaltar lo novedoso de sus productos, ya que en él había expuesta una colección de aparatos para la electricidad recién llegada y también broncees artísticos, contruidos por esta empresa. Los Hermanos Izquierdo formaban parte del Comité Organizador, como ya se ha dicho anteriormente.

7.2.36 Pabellón A. Badía. (Metalmecánica).

Según (Solaz, 200) se hallaba cercano al Palacio de Fomento. Sin embargo, la obra de referencia (Vegas, 2003) no lo cita. En el (Catalogo, 1909) se dice: *“Magnífica instalación (fuera de concurso) de Phonolas, Solodan, Piano Rönisch, de máquinas parlantes, Mammut Trombofon, Pianos Premier, Letras Fayances y Lámparas eléctricas Bergmann, de las importantes casas alemanas Ludvig Humpfeld A. G., C. Below, Neue Leipziger Musikwerke, de Leipzig, Bergmann de Berlín y Rubel de Colonia, representadas en España por los señores A. Badía, S. En C.”*

7.2.37 Instalación de Juan Figuerola. (Metalmecánica).

Se trataba de la instalación de este fabricante metalmecánico de molinos de viento, pozos artesianos y bombas hidráulicas. Tenía sus oficinas en la calle de Peris y Valero (actual calle de la Paz) y la fábrica en la calle de Cuenca. (Solaz, 2009) sitúa equivocadamente la instalación cerca del Palacio de Agricultura, cuando estaba en el lado este, cerca del Palacio de Fomento. Destacaba por la altura de su molino de viento.

(Vegas, 2003), tras analizar las fotografías conservadas, dice de la instalación: “Se trataba de una torre piramidal contruida en piezas de hierro trianguladas con cruces de San Andrés, que sostenía en su vértice

las aspas de un molino de viento con un eje rotatorio para poder girar y una veleta para adoptar la dirección justa”.



Figura 63: Instalación de Juan Figuerola. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

7.2.38 Pabellón de Martínez y Orts. (Metalmecánica).

Esta empresa (existente todavía en la actualidad), se dedicaba a la fabricación de lámparas. Había sido fundada en 1905 y sus talleres se situaban en la calle de Lepanto, nº 27. Su crecimiento estaba vinculado con la extensión de la electricidad de uso doméstico. Instaló su pequeño pabellón para exponer un gran surtido de artículos de bronce para gas y electricidad, junto a combinaciones artísticas de bronce y otros metales.

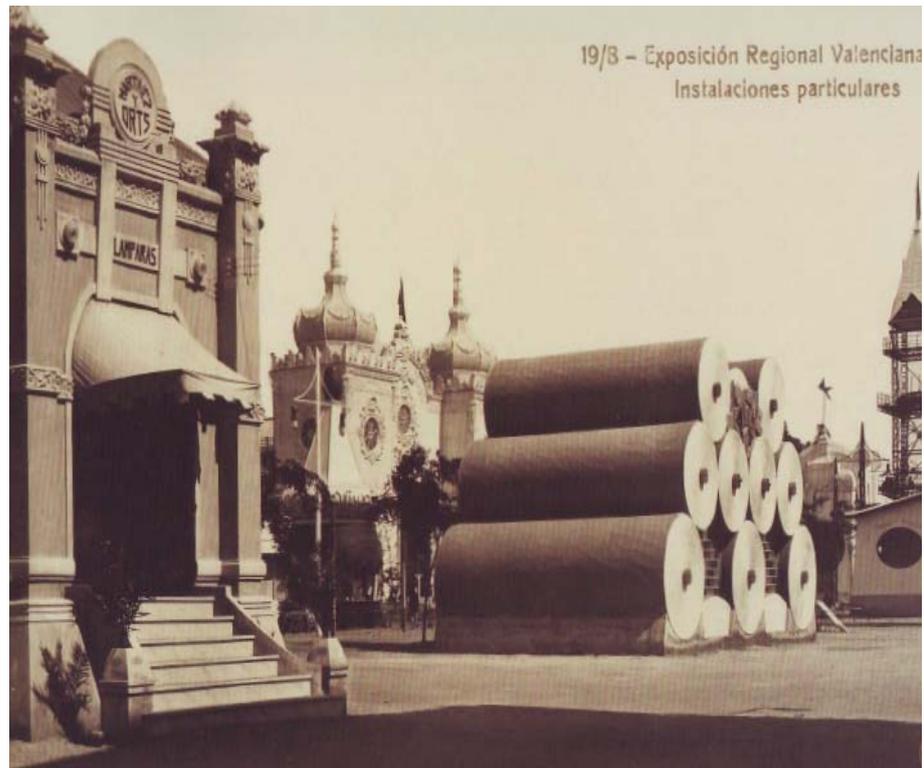


Figura 64: Instalaciones de Martínez y Orts (en primer término) y de Layana (en segundo término). Fototipia Thomas. Archivo Pingarrón-Esaín. Fuente (Ateneo, 2009)

7.2.39 Pabellón de los mecheros Auer. (Metalmecánica).

Estaba formado por grandes ventanales arabescos, entre columnas, y rematado por una cúpula abierta, con columnitas que sostenían una bola que servía de remate final. Fue promovido por Pedro Reniu, que llevaba en Valencia la representación de estos mecheros de iluminación, que funcionaban por ignición de un combustible líquido. En torno a la instalación, se erigieron varios, a modo de demostración. Desgraciadamente para esta empresa, esa tecnología se estaba quedando obsoleta frente a la luz eléctrica, una de las grandes protagonistas del certamen.

7.2.40 Pabellón de Hijos de Andrés Ferrer. (Metalmecánica).

La empresa metalmecánica Hijos de Andrés Ferrer, que ya fue citada en el capítulo cuarto, aprovechó el amparo de la atracción de Los Urales, que se tratará en el capítulo siguiente, para montar su pabellón en la Sección “Maquinaria Activa”. Se trataba de una pequeña construcción realizada completamente en madera y cristal, donde exponían algunas de las máquinas (bombas, prensas y equipamiento para carpintería) que fabricaban.

Según (Vegas, 2003) el pabellón lucía un aspecto completamente funcional, fácilmente desmontable, y respondería perfectamente a una idea contemporánea de exposición. La transparencia del cristal simbolizaba el progreso de la empresa. Sin embargo, los mejores elogios de la prensa de la época se centraron en torno a la calidad y utilidad de los productos fabricados por la empresa, que ya fueron estudiados en el capítulo cuatro.

7.2.41 Instalación de Ramón Ortiz. (Metalmecánica).

No se dispone de información gráfica de este pabellón que, al parecer, exponía bombas hidráulicas fabricadas por este empresario.

7.2.42 Instalación de Ramón Ortiz Bau. (Metalmecánica).

En este quiosco diminuto, se exponían y vendían las básculas automáticas fabricadas por este industrial.

7.2.43 Pabellón de la Compañía arrendataria de tabacos.

Se situaba al lado de la instalación de Lámparas Martínez y Orts y frente al Palacio de la Agricultura, ocupando mayor superficie que las restantes a su alrededor, a excepción del pabellón de la industria abaniquera.

7.2.44 Pabellones de alimentación, bebidas o recuerdos.

Había varios en todo el recinto y no se tratarán en detalle, dado que eran empresas distribuidoras, no fabricantes. Se pueden citar:

- Aperitivos de Tomás Ortega.
- Quiosco de Federico Pérez Frau. Allí se vendían las famosas peladillas de Alcoy, pasteles de carne, de yema y otras especialidades del ramo de la confitería.
- Pabellón de Eduardo Alemany, donde se vendían licores anisados.
- Café, restaurante y horchatería Olivella.
- Bar Torino.
- Quiosco “El elefante”, con venta de postales y recuerdos.
- Quiosco de Vicente Muñoz, refrescos.
- Instalación de Segura y Vento, de la bebida reconstituyente “Vivoc”. Desplegaron una gran campaña publicitaria sobre este producto, al que los anuncios de (Valencia, Literatura, 1909) describen como *“El éxito más grande de la Exposición”*.
- Pabellón “Los Faisanes”. Su propietario era el confitero alcoyano Juan Andrés Candela. Allí se vendían peladillas (su especialidad), turrónes, mazapán, cascás, almendras rellenas, pasteles de Gloria, empanadillas de carne y, especialmente, las Yemas Candela. La publicidad de este fabricante (Valencia, literatura, 1909) decía: *“Su instalación en el presente certamen llama poderosamente la atención por lo artística que resulta y por los géneros que en ella se expenden, sin aumento de precios y sobre todo, por las renombradas peladillas”*.
- Pabellón del café-restaurante de Esteban Marín.
- Instalación de Calvo y Gil de refrescos y comida.
- Cervecería de Enrique Obiol.
- Quiosco de refrescos de Ramón Díaz.
- Quiosco de refrescos de Francisco Muñoz.
- Quiosco de José Garrido.
- Venta de frutas de Francisco Romero.
- Quiosco de dulces de Francisco León Zabala.

7.2.45 Pabellones agrícolas.

Había una serie de pequeños pabellones relacionados con la agricultura, que por la naturaleza de su contenido o promotor, no resultan interesantes para este trabajo:

- Pabellón de la Granja Moróder. Mostraba su vaquería e instalaciones afines en un perímetro de 224 metros cuadrados.
- Galerías para concursos de ganados.
- Instalación de Aguas de Serra. Promovida por el Ayuntamiento de Serra para la exposición, promoción y venta del agua de aquella localidad.
- Venta de aguas de *Torrent*, de Patricio Chiner.
- Instalaciones de Floricultura y Arboricultura. Allí se hallaban plantaciones diversas de los citados Robillard y Veyrat Hermanos. Veyrat ofrecía dos de sus especialidades: la Rosa Souvenir de Russie y el pino Araucaria Excelsa. El parque hortícola de José Bargues de Godella, ofrecía distintos árboles, plantas y flores.

7.2.46 Pabellones no identificados.

Había también algunos pabellones cuyo contenido expositivo, no ha podido ser averiguado, ni a través de las fotografías analizadas por (Vegas, 2003) ni a través de la búsqueda de la razón social que se ha llevado a cabo en el presente trabajo:

“Movable Inmovable”, de Emilio Regal.

“Palacio de la Luz” de Emilio Cusí.

Con esta enumeración, se cierra el apartado dedicado a la arquitectura del certamen. Se ha preferido explicar las distintas atracciones, las estructuras metálicas presentes en la Exposición y la Pasarela en el siguiente capítulo, considerándolas, debido a su naturaleza “Ingeniería expuesta”

7.3 El desarrollo de la Exposición.

La inauguración de la Exposición se pospuso dos veces. No se inauguró el 1 de mayo de 1909, debido a que al día siguiente había elecciones

municipales. La endémica situación de inestabilidad política desaconsejaba que el Rey y el Presidente del gobierno abandonasen Madrid. Las fuertes lluvias y el lamentable estado en que dejaron los accesos y muchas de las explanadas impidieron la inauguración en la segunda fecha prevista: el 18 de mayo. Por fin, el 22 de mayo de 1909, el Rey y Maura inauguraron oficialmente la Exposición.

La Exposición Regional se prolongó a lo largo de ocho meses (hasta el 9 de enero de 1910). Durante ese tiempo, tuvieron lugar una enorme cantidad de actos y de celebraciones en el recinto de la Exposición y en la ciudad de Valencia. Comenzando con la visita real, inmensamente celebrada por las fuerzas más afines al régimen, el desarrollo de la Exposición fue una vorágine de acontecimientos sociales y culturales, que causaron un gran impacto en la población. Los valencianos pudieron visitar a lo largo de esos ocho meses una ciudad mágica al lado de su ciudad. Una ciudad donde se desarrollaba una frenética vida paralela y festiva y donde se ofrecía cierta especie de felicidad evasiva.

De hecho, esta fue una de las características más destacadas de la Exposición, hasta tal punto, que la verdadera naturaleza del certamen quedó en parte oculta bajo este aluvión de celebraciones. En el anexo I, se proporciona una cronología detallada de los acontecimientos. Este apartado se centrará en los que interesan más a los objetivos de la investigación.

Acerca del papel que la arquitectura jugaba en esa evasión, dice (Vegas, 2003):

“El conjunto de pabellones oficiales encadenado formando el recinto constituyó un telón de fondo sólidamente construido, una escenografía urbana para la ciudad utópica que se erigía en su interior y en cuyo corazón albergaba un edificio industrial. En la Exposición se partió de la oportunidad de la utilización de un edificio industrial, y se creó un contenedor blanco e impoluto en torno a él, con visos de al lengua para los valencianos.

Este recinto constituyó una suerte de acrópolis ensimismada, puesto que aparecía absolutamente impermeable e indiferente al exterior. Esta magnífica fachada interior constituyó un género de bulevar escaparate que circundaba el perímetro de la exposición, un ensayo de los fastos de un hipotético cinturón urbano.”

El gran número de eventos que tuvieron lugar durante la Exposición, pueden ser clasificados en:

- Eventos lúdicos.
- Actos culturales y políticos.
- Acontecimientos deportivos.
- Concursos.
- Congresos y reuniones.
- Exhibiciones tecnológicas.

En lo que se refiere a los eventos lúdicos, hubo numerosas verbenas y fiestas (22 banquetes y bailes, 15 cotillones, 8 matinés), y 96 exhibiciones de pirotecnia. Refiriéndose a estas últimas, (Solaz, 2009) dice que se trataba de uno de los actos estrella de la Exposición. El comienzo del siglo XX marca el cambio en el arte de la pirotecnia valenciana. Varios artesanos advirtieron que podían mejorar las prácticas de los modestos *coeters* del pasado y comenzaron a utilizar combinaciones de colores gracias a la química. En la Exposición, hicieron alarde de sus investigaciones y en los castillos disparados, en su mayor parte desde la Gran Pista, compitieron contra los pirotécnicos ingleses de la casa Brooks. Entre los valencianos, ya había nombres que después se convertirían en importantes industriales del sector, como Vicente Caballer (que cobró 2.105 pesetas por su trabajo), o Brunchú. De algún modo, la Exposición configuró el formato que tendría luego el arte pirotécnico, en forma de competiciones nacionales e internacionales y supuso el nacimiento industrial del sector.

En lo que se refiere a los actos culturales, destacaron *els Jocs Florals*, organizados por *Lo Rat Penat*, que fueron presididos por la infanta María Teresa (elegida reina de los juegos). El mantenedor del acto fue el ministro de Fomento, Sánchez Guerra y el poeta premiado Ramón Andrés Cabrelles. En (Boira, 2006) se hace especial hincapié en el hecho de que Leopoldo Trénor, presidente de *Lo Rat Penat*, durante estos actos, defendiera el valenciano en un tono eminentemente regionalista, en presencia de la infanta.

Como ya se dijo anteriormente, la Exposición fue quizá el momento de máxima exaltación de Teodoro Llorente y de su visión estética y política. La idea de rendir homenaje al poeta que había protagonizado la “*Renaixença*” valenciana y que, desde del diario conservador *Las Provincias*, había alentado durante cuarenta años la vida cultural, social,

económica y política, fue apoyada por todos los sectores, incluso por sus enemigos políticos. El acto llegó a congregar a 100.000 personas, según calcula (Pérez Puche, 2009)

Otro de los acontecimientos culturales de la Exposición, quizá el de más peso en la herencia simbólica del certamen, fue el Himno. En un principio fue encargado a Llorente, que, como se dijo anteriormente, ya había escrito el de la Exposición Regional de 1883. El viejo poeta se retrasó y Trénor haría el encargo definitivo a Maximilià Thous y a José Serrano. El himno fue cantado e interpretado por primera vez en el día solemne de la inauguración.

El hecho de que se convirtiera después en himno oficial de la Comunidad Valenciana es un nuevo indicio del inmenso impacto que tuvo la Exposición. La importancia simbólica del himno ha hecho que el centenario del evento haya sido simultáneamente celebrado por las actuales autoridades como “100 años de la Exposición y del Himno regional”. Así, en (Pérez Puche, 2009) se le dedica al tema un capítulo completo.

Al respecto del himno, según recoge (Ateneo, 1959), decía Thous: *“Els himnes no’ls impossa una agrupación i un partit polític, per nombrós que siga. Els consagra el poble; tot el poble. Himne que no trée espontàniament el poble, que no junte tot el poble, no es un himne del poble. Que mosatros vollem fer-lo himne del poble, ben clar està. Repaseu la lletra. Ni una sola vegada se nomena a la Exposició, que era lo circumstancial i episòdic. Sino a la Regió, que era lo definitiu i estable. Ofrenava glòries a Espanya, desitjava la pau d’un sol Novell i enlairava en lo més alt la Senyera Valenciana”*.

Una parte importante del debate acerca de los significados de la Exposición tiene que ver precisamente con la interpretación y los simbolismos del himno. En lo que se refiere a la industria, en uno de los primeros versos del estribillo, en su versión castellana, el himno dice: *“Ya en el taller y en el campo resuenan...”*. Sin embargo, ya no hay más referencias al desarrollo industrial o tecnológico en una letra de motivos predominantemente agraristas y neo-árabes. El himno muestra así la esencia de una determinada imagen valenciana transmitida por la Exposición.

No obstante, el himno también es portador de una idea de actividad y pujanza que, en cierto modo, refleja el hecho de que la Exposición era una toma de conciencia del potencial económico y un tanteo de un

futuro esperanzador. El himno es una expresión de satisfacción por lo conseguido en el presente y de confianza ante el futuro. En su versión castellana, dice otro de los versos: “*Paso a la región que avanza en marcha triunfal*”

Precisamente en esa contradicción entre la exaltación del desarrollo económico y el acomodamiento en una imagen agrarista y tradicional, satisfactoria para la burguesía local y asumible para los poderes centrales, radica parte del debate acerca del significado e impactos de la Exposición, que se retomará en el apartado siguiente.

Otro de los aspectos culturales más importantes de la Exposición fueron los numerosos conciertos de música que tuvieron lugar en el Salón de Actos. Según (Sancho, 2009), el acontecimiento permitió introducir la música sinfónica en Valencia al atraer a orquestas y directores de primera fila y música que sólo se había escuchado esporádicamente en la ciudad. Fue el caso de la *Tontkutsler Orchestre*, dirigida por el maestro Joseph Lassalle Boluda. De madre valenciana y padre francés, Lassalle dirigió conciertos con repertorio de Wagner, Haendel, Beethoven, Schubert, Tchaikovsky y Listz. Junto a la música sinfónica, la coral también encontró un amplio eco en la Valencia de 1909, especialmente por las actuaciones del *Orfeo Català* del maestro Millet.

La Exposición supuso también la aparición en Valencia del deporte como espectáculo de masas. Además de los deportes elitistas, como la hípica, la esgrima, las regatas o los juegos atléticos, y de actividades deportivas tradicionales, como el tiro de pichón, se pudieron contemplar nuevos tipos de competiciones, como el incipiente *football*, las carreras pedestres o concursos ciclistas. En lo que se refiere al fútbol, participaron equipos de Alicante, de Valencia, del *Cabanyal*, y de Barcelona. Como consecuencia del inmenso éxito popular de estos partidos, se fundó el Real Gimnástico Club de Fútbol (antecesor del Levante U.D.) y la Federación Valenciana de Fútbol.

Otra actividad que luego se convertiría en deporte de masas tuvo su presencia en la Exposición: las carreras ciclistas. Se habían organizado carreras coincidiendo con las ferias de julio de años anteriores; y también hubo en la Exposición. Se montaron con urgencia unos catafalcos de madera en la Gran Pista para que el circuito tuviera los peraltes adecuados. Según (Solaz, 2009) el circuito constaba de 128 carriles transversales, combinados en dos tangencias. A partir del día 10 de julio,

tuvieron lugar pruebas en pista y en carretera, en la que compitieron ciclistas venidos de toda España.

Otro aspecto destacado de la Exposición fue la gran cantidad de concursos que se organizaron a lo largo de su desarrollo. En el de jardinería se premiaba la floricultura ornamental, las flores en macetas y plantas de salón, así como toda clase de tapices, cestos, centros y adornos. En el concurso de incubación y cría de aves se valoraron los aparatos presentados para la incubación artificial, la reproducción de animales y sus cruces. En el concurso colombófilo, de gran raigambre valenciana, se vieron aves de raza española y extranjeras, cruzadas, palomas mensajeras y voladoras que competían para sus dueños. Hubo también un concurso de ganado vacuno, ovino, caprino y porcino, donde se presentó todo tipo de animales destinados a la reproducción y al consumo público. También hubo una sección para el ganado caballar, asnal y mular. Se anunció también un concurso de Labores y trabajos de obreros y otros de labores femeniles.

Hubo concurso musical destinado a todas aquellas bandas militares, civiles, coros y rondallas, incluida la música de cámara. Hubo también concurso fotográfico para aficionados y profesionales.

Obviamente el concurso que más destacó fue el de belleza. Rosa de la Figuera, hija del marqués de la Cerda, fue proclamada reina de la Exposición. Inés Sanchis, procedente de *Aldaia*, fue segunda y Joaquina Saavedra, hija del conde de la Alcuía, tercera.

Como ya se había hecho en otras exposiciones, se aprovechó la Exposición de 1909 para organizar una larga serie de congresos y reuniones profesionales que realzaran el evento a nivel español. De alguna manera, se trata de un precedente del “turismo de congresos” que contemporáneamente se ha convertido en una parte importante de la planificación estratégica de muchas ciudades.

Según (Boira, 2006) tuvieron lugar 17 congresos y cinco asambleas. De Arquitectos, de Sociedades Económicas, Pedagógico, Escolar, Obrero, Penitenciario, de Reformas sociales, de Peritos Agrícolas, Agrario, Notarial, el ya citado *Post-Kongreso* Esperantista, Asamblea de Secretarios de Juzgados Municipales, de Sanidad, por la Reforma de la Enseñanza, de Secretarios de Ayuntamientos, de Cámaras de Comercio, de Médicos, Farmacéuticos, el citado congreso Africanista, etc. Al parecer, la mayor parte de los congresos fue de alto nivel y sus conclusiones y resultados

influyeron en la España de la época. Nótese también que la temática de los congresos celebrados refleja en cierto sentido, las idiosincrasias profesionales de esa España de principios de siglo: solamente hubo un congreso con cierto contenido técnico o científico, el II Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, que se citó en la introducción de este trabajo. Los vocales por la sección de ingeniería fueron D. José Blanco Bandebrande y D. Joaquín Lacasta.

En lo que se refiere a los objetivos de este trabajo, hay que destacar las exposiciones de tipo tecnológico que se llevaron a cabo dentro del programa de actos de la Exposición, y que se pueden agrupar en dos áreas:

- Automóviles y automovilismo.
- Aviación.

7.3.1 Automóviles y automovilismo.

El incipiente automovilismo estuvo presente en la Exposición de dos modos: por un lado, hubo una instalación permanente de automóviles. Por otro, los nuevos y sorprendentes coches circularon por la ciudad y por el recinto, demostrando sus capacidades. Este segundo modo de exhibición debió causar un impacto perdurable en el público valenciano.

Junto a la Fuente Luminosa, hacia la izquierda, se hallaba la exposición de automóviles en dos pabellones construidos por el arquitecto Francisco Almenar. En el primero, se hallaban coches de la casa Berliet. A la derecha estaba la instalación de Vidal. Saliendo por la puerta de la izquierda, se pasaba al segundo pabellón, en el que exponía la casa Milán-Fiat. Entre el teatro-circo y el Palacio de la Agricultura, había una marquesina en donde se hallaban automóviles del ingeniero Vicente Sanchis Tarazona, un chasis de Miguel García, las bicicletas de Porta y Miguel Benlloch, que eran los productos automovilísticos que pueden ser considerados de fabricación local.

Conviene hacer referencia a la curiosa figura del ingeniero Sanchis Tarazona. Sanchis Tarazona era ingeniero de caminos del Ministerio de Obras Públicas. Fue enviado en 1902 al Primer Congreso de Automovilismo que se celebró en París. Tras ello prosiguió estudiando la incipiente industria del automóvil en Francia, Inglaterra y Estados

Unidos. Estas actividades le condujeron a construir su propio automóvil; en el Salón de París de 1906 presentó un vehículo español denominado Triauto Sanchis o Tricar EST, diseñado y fabricado por él mismo, incluido el motor, un cuatro cilindros de 4 CV de potencia. Como su nombre indica, se trataba de un vehículo de tres ruedas, siendo la rueda trasera la motriz, y de una sola plaza. También diseñó y fabricó otro modelo de cuatro ruedas y dos plazas. Posteriormente, presentó, también en París, una auténtica innovación: el bastidor-carrocería, una idea que se adelantaba a su tiempo y que no cuajó en esos momentos en la industria del automóvil, ya que por un lado los fabricantes elaboraban el chasis, y por otro los carroceros las carrocerías. Enrique Sanchis tendría que esperar hasta 1922 para ver su idea llevada a la práctica por Lancia con su modelo Lambda.

Sanchis Tarazona quizás mostraba sus diseños en la Exposición buscando financiación para sus proyectos. El número 9 de (Valencia, literatura, 1909) de 18 de julio de 1909, dice de él:

“(...) no tiene un momento de descanso. A parte de las múltiples atenciones á la que el obligan el importante cargo que ejerce, aún le queda tiempo para trabajos de ingeniería que le dan gran prestigio y provecho, entre los cuales podemos citar sus estudios de aviación, de los cuales nos ocuparemos algún día, y los trabajos que viene realizando en la simplificación de los coches automovilistas.

En esos últimos ha resuelto un gran problema y hoy su nombre es conocido ya en todas partes como inteligentísimo inventor de unos coches que, por su ligereza, fácil funcionamiento y reducido coste, están llamados á extenderse por todas partes.

Para la explotación de este negocio, que de tal puede calificarse, se ha constituido una importantísima sociedad por acciones, que la forman los señores marqués de Portago, don Luis y D. Mateo Silvela, Gasset y Sanchis Fabra (D. Enrique) y actualmente cuenta ya con un pedido de cien coches hecho por la casa Mass, de Londres y otro de treinta para Francia.

Esto ha obligado al inteligente ingeniero valenciano á montar un gran taller con numeroso personal, á fin de poder construir todos los años 500 carruajes, pues tiene la seguridad, por los elogios que ha merecido de ingenieros y mecánicos, que ha resuelto un gran problema dentro del automovilismo, ya que ninguna casa hasta ahora puede ofrecer coches por 4 y 6.000 pesetas.

El sr. Sanchis ha democratizado el automóvil. De hoy en adelante ya no será patrimonio de los potentados y podrá emplearse en servicios comerciales y de industria, cosa que hasta ahora no había sido posible, porque era necesario disponer de grandes fortunas para poder utilizarlos.

Nuestro distinguido paisano ha instalado en sus coches el motor Dion-Bolton y tiene dos tipos, uno de 6 H.P. monocilíndrico, con velocidad de 40 kilómetros y 11 reales

de consumo de bencina por 24 horas y otro 10 H.P. 4 cilindros, marcha de 75 kilómetros y 19 reales de gasto de bencina, también por 24 horas. El precio de los primeros es 4.125 pesetas y el del segundo 6.175, comprendidos portes y derechos de aduanas.

En una de las salas de la planta baja del Palacio de Industria de nuestra Exposición se hallan expuestos los modelos de estos automóviles, ante los cuales se detiene numeroso público elogiando sus excelentes condiciones.”

No hay noticias de que consiguiera dinero para una fábrica valenciana de automóviles. Su relación con Francia hizo que poco después creara la marca Sanchis-France, en Courbevoie (Seine). La marca continuaría funcionando hasta 1912, año en el que la empresa fue vendida a L. Pierron, importador en Francia de la marca inglesa Mass, que continuó la fabricación de los vehículos diseñados por Sanchis, ahora ya bajo la marca británica, hasta 1923.

Pero lo llamativo del asunto es que Sanchis Tarazona no solamente dedicó su atención a la fabricación de automóviles. Al parecer, también trabajó en la incipiente aviación francesa. En el número 12 de (Valencia, literatura, 1909) se dice de su trabajo con aeroplanos:

“(..). Efectivamente, en la prensa francesa hemos leído estos días algunos sueltos muy halagüeños para la máquina voladora de nuestro paisano, y verdaderas autoridades en la aviación no han titubeado en declarar que el ingeniero valenciano ha conseguido ya grandes triunfos, que bien pudieran considerarse presagios de la victoria definitiva.

Hoy podemos ofrecer á nuestros lectores una vista general del aeroplano y otras dos parciales del motor y carburador, y de las hélices diferenciales y del motor. El articulista, que se confiesa profano en la materia, siente no poder ofrecer una explicación técnica del aparato, y ha de contentarse con acoger en estas líneas las lisonjeras impresiones fundadas por proceder de reconocidas autoridades científicas.

Como valencianos, nuestra satisfacción sería inmensa si se realizase el hermosísimo proyecto de nuestro amigo de elevarse en su máquina desde la Gran Pista de la Exposición. Esto coronaría el gran éxito de nuestro Certamen, no ya dentro de España, sino en todo el mundo.”

Pero la presencia más impactante de los automóviles en la Exposición se produjo a través de las diversas exhibiciones de vehículos en circulación. En el automovilismo de entonces confluían dos aspectos importantes: se trataba de una tecnología innovadora y sorprendente; pero sobre todo, se trataba de un artículo de lujo accesible solo a las élites económicas y sociales (Hernández Marco, 2002).

Así, uno de los principales aficionados al automovilismo era el propio Alfonso XIII, que disfrutó mucho corriendo por la ciudad. Según (Pérez Puche, 2009) la prensa del 24 de mayo de 1909 relataba que cuando el rey pasó la Alameda, “*estimulado al ver aquella línea recta y limpia del camino del Grao, sin obstáculos que pudieran interceptar su marcha y sin peligro, en ella, para los viandantes, dio órdenes al chauffer para que pusiera el auto a una mayor velocidad, y en pocos minutos, acaso en solo seis u ocho se presentó en el Grao*”. Precisamente, durante la Exposición, tuvo lugar el primer accidente automovilístico valenciano con consecuencias mortales: la víctima fue el primer teniente de Caballería del Regimiento de Alcántara, Miguel Cañellas.

Uno de los acontecimientos de más repercusión social de la Exposición fue la Caravana automovilística, proveniente de Barcelona, que realizó una visita protocolaria a Valencia. Los automovilistas valencianos se desplazaron a Sagunto para recibir a sus colegas catalanes. Según relataba (Valencia, Literatura, 1909):

“Ha sido una idea feliz realizada con fortuna por el indudable acierto del presidente y secretario del Real Automóvil Club, señores marqués de Benicarló y Leopoldo Trénor. Gracias á ellos y á los ilustres automovilistas catalanes que les han secundado, la ciudad presenció el pasado miércoles uno de los espectáculos más interesantes y más pintorescos de la temporada de festejos.

Era de ver el magnífico golpe de vista que producían los treinta y nueve vehículos desfilando por las calles de nuestra ciudad. La gente, que dicho sea de paso, dio muestras de una envidiable civilidad y cultura, estrujábase por la carrera que habían de seguir los excursionistas, y llenaba los balcones de las casas. Al desfilar los ricos automóviles, ocupados la mayor parte por bellísimas damas catalanas, el gentío aplaudía entusiasmado, y las señoras agitaban sus pañuelos desde los engalanados balcones.

Los automovilistas valencianos señores Sanchis Tarazona, Novella, Verges, Galindo, marqués de Villagrancia, Nougués, Beens, se trasladaron a Sagunto para recibir á la caravana de la ciudad condal. A las cuatro y media de la tarde ya estaban reunidos todos los automóviles en la plaza de la histórica población, de donde partieron á las cinco hacia Valencia.

Los excursionistas (sic) han traído coches de las mejores y más acreditadas marcas: en la imposibilidad de ir detallándolos uno por uno nos contentaremos con decir que constituyen muchos de ellos la última palabra del lujo y de la velocidad.

Entre los excursionistas (sic) han venido honrándonos con su visita, los Sres. D. Pedro Garriga, marqués de Alfarrás, Ramón Casas, Solá, Bosch, Lambach, Luis López, hermano del marqués de Comillas; Farré, Andréu, Torres Giner, Kleín, Juncosa, redactor de la “Ven de Catalunya”; Gran, de “El Mundo Deportivo”; Fabra,

marqués de Alella, Baixeras, Cera, Dr. Giné, Soler, Vidal Güell, Solá, Pons y otros que sentimos de veras no recordar. Con estos señores llegaron distinguidas y bellísimas damas, cuya elegancia y hermosura encomian a cuantos las ven.”



Figura 65: Los automovilistas en Sagunto. Fuente: (Valencia, literatura, 1909).

A raíz de la presencia de los automóviles, se organizó una “Gimkana”. Según dice (Solaz, 2009), fue uno de los eventos más esperados porque nunca antes se había visto una concentración de vehículos de este tipo realizando maniobras para sortear los obstáculos que se colocaron en la Gran Pista: rampas, muros, plantas ornamentales que señalaban el paso, balones de gas que explotaban y cintas que tenían que arrancar a su paso por el circuito. Los premiados fueron: el primero, con copa del Ayuntamiento, el doctor Cera y el segundo, el vizconde de Sant Germán.

Aprovechando el velódromo construido para las bicicletas, también tuvo lugar una exhibición de motocicletas. La primera carrera de motos celebrada en Valencia en un circuito. Según (Solaz, 2009) se dieron 45 vueltas (15 kilómetros) y el vencedor fue el señor Minué. No se ha podido encontrar información sobre los modelos de las motocicletas.

7.3.2 Aviación.

El primer vuelo tripulado de un aeroplano había tenido lugar en 1903, cuando los hermanos Wright habían conseguido elevar un aeroplano sobre el suelo a lo largo de unos 260 metros. Seis años después, hubo en la Exposición dos muestras relacionadas con la aviación controlada.

Ya se ha citado a Sanchis Tarazona. Sin embargo, el que pasaría a la pequeña historial local sería el cullerense Olivert. Juan Olivert presentaba su avión en el Palacio de la Industria. Según (Pérez Puche, 2009) Alfonso XIII se interesó vivamente por la máquina voladora, con la que el industrial esperaba volar en breve plazo. Se trataba de un aeroplano muy parecido al de los hermanos Wright, equipado con un motor Anzani de 25 CV. Había sido diseñado por el ingeniero industrial D. Gaspar Brunet y Viadera y construido en Barcelona en los talleres de Rosell y Vialta. Según “La Correspondencia de Valencia”:

“los elogios que el Rey tributó a Olivert por sus esfuerzos para resolver el problema de la aviación han repercutido, y son muchas las personas que han visitado la sala donde se expone el aeroplano Olivert y elogiado el aparato que, según los peritos en la materia, ha de superar al de Wright, en ligereza y en facilidad para las evoluciones”.

Logró el objetivo de volar, unos meses después, el 5 de septiembre de 1909, en los llanos militares de Paterna. Consiguió un vuelo continuado y controlado de 45 metros. En el número 17 de (Valencia, literatura, 1909) de 12 de septiembre se relata el acontecimiento:

“El aeroplano (...) reúne cuanto de notable encierran en mecanismo y forma los de Wright (sic), Lejeune, Voisin, Farman, etc. Posee un motor de cuatro tiempos, tres cilindros radicales con escape libre en el extremo inferior de la carrera, refrigeración por aletas, ignición por acumulador, transmisión por cadena.

El aeródromo está situado á la derecha del campamento de Paterna, cercano al cuartel. Una gran cubierta de paredes de planchas de zinc, resguardada en su parte superior de la intemperie y de los rayos del sol por una lona.

Llegada la hora de la prueba, se deslizó el aeroplano por rieles de madera Colocado el sr. Olivert en el aviador y listo el motor, salió el aparato con una velocidad de 60 kilómetros por hora. El equilibrio fue absoluto, el motor funcionaba bien; hecha una segunda salida, arrancó el motor con una velocidad extraordinaria, y cuando llevaba recorridos unos cien metros, ocurrió una avería por haber tropezado la rueda derecha con el margen de una zanja, perdiendo entonces el aparato el equilibrio, por haberse roto, al inclinarse la ballesta del ala inferior (...)

Recompuesta que sea la avería, volverán á realizarse las pruebas. De las realizadas muéstrase satisfecho el joven inventor.”

El ambiente debía ser entusiasta. Según (Solaz, 2009), la prensa de la época decía premonitoriamente al respecto: *“la verdad es que no conviene tener cerrados los ojos en esta materia, pues si los estudios no fallan, no hemos de tardar en trasladarnos de un sitio a otro en alas de un aeroplano”*.

Es interesante hacer notar que, según muchas fuentes, el primer aviador español fue el vitoriano Heraclio Alfaro Fournier. En este aspecto, también parece operar cierto prejuicio que niega o reduce la importancia de la industria y la tecnología en la Exposición.

Otro sector aéreo que por aquel entonces empezaba a estar consolidado, estuvo presente en la Exposición: la ascensión de globos y aeróstatos. Según (Solaz, 2009) el Comité organizador había contratado los servicios de varios aeronautas para que impresionaran al público elevando sus globos.

Quizá el más célebre fue Esteban Martínez Díaz, que tripulaba el globo Mariposa. En el número 16 de (Valencia, literatura, 1909) de 5 de septiembre de 1909, se describe una de sus ascensiones:

“A las cinco de la tarde del pasado domingo, y previos los preliminares de rigor, ocupó una especie de capazo, de poco fondo, el aeronauta, y aligerado de lastre, se elevó el “Mariposa” majestuosamente entre grandes aplausos.

Minutos después el mongolfier ganó considerable altura, é impelido suavemente por el viento del mar, se internó con rumbo á Poniente.

A las nueve y media de la noche se presentó en la Exposición el aeronauta Sr. Martínez.

El “Mariposa” alcanzó una altura máxima de 900 metros y la temperatura era entonces de 12 grados, y la velocidad del viento casi cero, por lo cual á las siete y media de la tarde decidió descender.

Se hallaba entonces entre Alacuás y Aldaya. El descenso lo hizo sin contratiempo en un campo barbecho de las inmediaciones de la alquería llamada del Salvador, siendo auxiliado el Sr. Martínez por gran número de personas que acudió á dicho punto, colmándole de atenciones.

Parece que este espectáculo se repetirá varias veces, y aún es muy posible que se intentase trocar al globo “Mariposa” en cautivo mongolfier, y ello sería una gran novedad para el público valenciano, que en general, desconoce las impresiones del nuevo sport de surcar los aires. Y la verdad es que no conviene tener los ojos tan cerrados en

esta materia, pues si los estudios no fallan, no hemos de tardar en trasladarnos de un sitio á otro en alas de un aeroplano. (...)”

Por desgracia, unos días después, el 13 de septiembre, en condiciones meteorológicas desfavorables, el Mariposa y su tripulante desaparecieron en el mar.

Las crónicas de sociedad concedieron mucha atención a la aeronauta Mercedes Corominas, que tripulaba el globo Mercedes. Sobre esto, decía el número 22 de (Valencia, literatura, 1909) del 17 de octubre de 1909:

“A continuación verificóse la ascensión del globo Mercedes. Como la tarde ya es corta, para ganar tiempo antes de comenzar el espectáculo, ya estaba el globo en la pista, en disposición de elevarse, y mientras se verificaban las carreras, la aeronauta, señora Mercedes Corominas, se presentó en el estadio y revisó el globo. A las cinco menos cuarto se dio suelta al mismo.

El Mercedes llegó aproximadamente á una altura de 1.000 metros, La aeronauta arrojó por dos veces lastre, con ánimo de subir más, lo que verificó. Ganó luego tierra, sin contratiempo alguno, en las inmediaciones de Benimámet. Por cierto, que estaba convenido con el Comité que la Srta. Corominas anunciase el descenso por medio de palomas mensajeras y á las cinco y cuarto llegaron éstas al palomar de la Exposición (...)”.

Las exhibiciones aerostáticas se completaron con la exhibición de varios muñecos hinchables voladores. La tecnología todavía debía ser insegura porque según (Solaz, 2009), de los 21 que se lanzaron, tres ardieron en el momento de su elevación, antes de salvar el Palacio de Bellas Artes.

Como contraste a toda esta frenética serie de celebraciones divertidas y curiosas, no se puede estudiar el desarrollo de la Exposición (y sobre todo, su impacto e interpretación) sin atender a los acontecimientos externos que coincidieron con ella.

7.3.3 Las circunstancias externas.

Ya se ha explicado en el tercer capítulo la inestabilidad que rodeó a la Exposición, tanto a nivel local como a nivel español. Esa inestabilidad acabó dando lugar a los acontecimientos que tuvieron lugar en Barcelona y otras ciudades catalanas entre el 26 de julio y el 2 de agosto de 1909.

A raíz de los ataques sufridos por algunos obreros españoles de las minas de Beni-Buifur, propiedad de una sociedad controlada por el conde de Romanones y el marqués de Comillas, el 9 de julio de 1909, se inició la Guerra de Marruecos, que se extendería con diversas vicisitudes hasta 1927. El gobierno de Maura inició el reclutamiento de tropas para asegurar el control del protectorado marroquí. La medida fue muy mal acogida por las clases populares (sobre todo, por la discriminatoria posibilidad de la exención de la leva mediante el pago de 6.000 reales).

Comenzó una campaña de oposición al envío de soldados que resultó especialmente virulenta en Barcelona, donde a esta circunstancia se sumaban las reivindicaciones nacionalistas y la endémica conflictividad obrera (Avilés, 2006). Se inició una oleada de protestas en toda España y se gestó una huelga general para el mes de agosto, pero el 26 de julio la huelga había comenzado ya. Las masas populares desbordaban a las organizaciones sindicales y políticas. Aunque la movilización era inicialmente de carácter pacífico, derivó en una semana de incidentes violentos (vuelco de tranvías, incendio de iglesias, profanación de cementerios, etc.), que sería llamada por la historiografía conservadora “la Semana Trágica”. El gobierno llevó a cabo una dura represión, con el fusilamiento del pedagogo Francisco Ferrer Guardia (13 de octubre) y otros condenados a muerte, y más de un millar de detenciones. La campaña contra la ejecución de Ferrer Guardia (interpretada a nivel internacional como una simple venganza de la iglesia y de las clases altas) sería el factor clave en la dimisión del presidente Maura (González Hernández, 1990).

La ciudad de Valencia, en plena celebración de la Exposición, también sufrió grandes alborotos. Como describe (Álvarez Rubio, 2008), el 11 de julio de 1909 tuvo lugar la primera protesta pública en contra de la guerra y comenzaron los mítines de oposición al reclutamiento. El 26 de julio, grupos de obreros recorrieron las fábricas incitando a la huelga general, las comunicaciones telegráficas y telefónicas fueron cortadas, y hubo enfrentamientos con la guardia civil para evitar la salida del tren que llevaba a los soldados. El día 28 de julio se declaró la huelga general y se renovaron los choques con la guardia civil. Simultáneamente, se aprobó el Estado de Excepción en la ciudad. El día 29, las fábricas continuaban paradas y la ciudad estaba ocupada por el ejército. La detención de los obreros agitadores inició un proceso judicial que se prolongaría hasta mayo de 1910 con la libertad condicional de los acusados. El gobernador civil de Valencia aplicó durante algunos meses los decretos promulgados por el Ministerio de la Gobernación de Madrid. Se prohibieron todos los

mítines antibelicistas, se autorizó la detención de aquellos que profiriesen gritos o realizasen actos contra la guerra, y se secuestraron los periódicos “El Mercantil Valenciano” y “El Pueblo” por *deprimir el espíritu público con daño a la disciplina militar*. Todos estos acontecimientos se detallan en la cronología del Anexo I.

Resulta evidente que, tanto a nivel español como a nivel local, esta situación no favorecía en absoluto el desarrollo normal de la Exposición, y alejaba a los visitantes potenciales del recinto. Una parte importante de los malos resultados económicos del certamen podrían deberse a esto. El propio Trénor dice al respecto (Trénor, 1912): *“No dejamos nada por hacer en materia de propaganda y de atracción de forasteros, pero la situación del país en los meses culminantes de la Exposición distaba de ser la que ésta necesitaba para su lucimiento y desarrollo; y contra dicha situación inútiles eran nuestros trabajos y nuestros desvelos”*.

Otra consecuencia de la situación fue la reducción del interés público en la Exposición. La actualidad española de 1909 (y por tanto, el contenido de la prensa) pasó a girar alrededor de los acontecimientos en Marruecos y en Barcelona. Por ello, una parte importante del impacto que la Exposición Regional Valenciana (y la industria que contenía) podía haber tenido en los círculos madrileños se disolvió, se perdió.

Incluso el propio carácter de la Exposición se vio transformado. Cabe pensar incluso que, detrás de la rápida renovación de la concesión de la fábrica de tabacos para una prolongación del certamen, (con carácter nacional durante todo el año de 1910), estaba el deseo del gobierno nacional de endulzar esta tensa situación y distraer la atención sobre la guerra de Melilla. También es evidente que el hecho de que se acelerara el programa de festejos y de eventos de la Exposición respondía a ese objetivo. Valencia seguía siendo vista como una ciudad peligrosa, que fácilmente podía contagiarse de la conflictividad barcelonesa. La respuesta del régimen, a través del Comité organizador, fue incrementar el contenido lúdico del certamen.

Los órganos propagandísticos de la Exposición asumieron desde el principio una posición afín al gobierno y transmitieron la consigna de que la Exposición debía seguir. En el número 12 de (Valencia, literatura, 1909) del 8 de agosto de 1909, se puede leer lo siguiente:

“Cierto es que la pesadumbre de España por la guerra de Melilla y por los salvajismos libertarios de Cataluña es grande; pero sería contraproducente y aún

antipatriótico reflejar el disgusto de los valencianos y si legítima preocupación suprimiendo las fiestas organizadas y anunciadas con motivo de la magnífica ostentación de su vitalidad.

Cuando España demuestra en tierras africanas su valor legendario, sería funestísimo que una de sus principales ciudades, que ha hecho sacrificios de muchas clases por el prestigio nacional, apagase, cobarde, las luces que ilumina esplendorosamente los frutos de su arte y de su trabajo. Ello demostraría falta de confianza en los defensores de nuestra bandera y de serenidad ante los conflictos.”

Con todo, era imposible hurtar a la población los acontecimientos. Pronto, los barcos de la armada “Cataluña” y “Rabat” empezaron a desembarcar soldados heridos en el Hospital de la Cruz Roja de la playa de Levante. En el número 18 de (Valencia, literatura) del 19 de septiembre de 1909, decía el periodista: “*Confesamos que al visitar estos hospitales donde la patria cuida y defiende unas vidas que estuvieron prontas al sacrificio, volamos con el pensamiento á los hogares que aquellos pobrecillos abandonaron, y reconstituimos el cuadro que allí se presentará cuando llegué el cartero”*”.

7.4 Impacto y valoración de la exposición.

Como ya se comentó en la introducción, al valorar la Exposición, se produce un juego de espejos que conviene tener en cuenta. Por un lado, la Exposición (cualquier exposición o evento de estas características) actúa como una lente amplificadora y reflectora de las características de la sociedad que la organizó. Es decir, las afirmaciones que se hacen sobre los objetivos, desarrollo o impacto de la Exposición son, en realidad, afirmaciones sobre las circunstancias sociales, políticas o económicas de la Valencia de 1909. Precisamente, los objetivos de este trabajo de investigación se guían por esa idea. Valorar la importancia de la industria en la Exposición puede ayudar a identificar el peso de la industria en la Valencia de 1909. Y también el papel social y político jugado por la burguesía industrial de principios de siglo.

Pero por otro lado, cuando se hacen afirmaciones sobre la Valencia de 1909, se produce una proyección implícita hacia la Valencia actual. Por ello, cuando se estudia la opinión de los diversos autores sobre los impactos de la Exposición no conviene olvidar que hay una inevitable voluntad de valoración del presente. Y que además, las opiniones que cada autor tiene sobre ese presente condicionan la valoración que se hace

de la Exposición. Sobre esto, dice (Palafox, 2009): “parece que algunos profesionales pretenden una contraposición implícita entre un pasado glorioso y un plomizo presente que la investigación no corrobora”.

Además, hay que tener en cuenta que la Exposición (como cualquier acontecimiento de su clase) tuvo diversas facetas que pueden ser valoradas. Según (Boira, 2007), fue un “episodio poliédrico, difícil de definir, pero que unió experiencias de diversas ideologías”. Se puede juzgar, por ejemplo, la arquitectura de la Exposición, su impacto en el desarrollo urbanístico de la ciudad, la repercusión que tuvieron sus congresos o su repercusión en la economía valenciana. Es decir, se trata de considerar si Trénor y sus colaboradores lograron los objetivos implícitos o explícitos que buscaban. Pero los propósitos de un evento de estas características son múltiples y difíciles de identificar, tal y como se ha mostrado en páginas anteriores. Es decir, hay muchos aspectos que pueden ser valorados en términos de positivo o negativo y además, hay diversos puntos de vista para hacerlo.

Por ello, detrás de una aparente unanimidad, se pueden encontrar matices en las valoraciones de la Exposición. Por otro lado, las opiniones sobre la Exposición dependen del marco de comparación que se use. Así, para (Pérez Puche, 2009) se trató de “el acontecimiento socioeconómico más importante en mucho tiempo ocurrido en la ciudad (...) su repercusión comercial (...) y sus consecuencias urbanas y políticas, hicieron que el certamen tuviera un éxito sin precedentes más allá del período de celebración”, mientras que para (Palafox, 2009) “puede defenderse que económica y políticamente fue un acto casi irrelevante dentro del dinámico contexto internacional en el que se inserta: el de la primera etapa de la globalización de las grandes exposiciones universales, impulsoras del cosmopolitismo, como uno de sus emblemas”.

En este apartado, se estudiarán los juicios que varios autores han emitido sobre distintos aspectos de la Exposición. El propósito que se busca es enlazar estos juicios con el objetivo general del trabajo, la valoración de la importancia de la industria en la Exposición y de la Exposición en la industria.

7.4.1 Valoraciones de la Exposición como acontecimiento cultural y social.

Casi todos los autores coinciden en que el impacto social de la Exposición en Valencia fue inmenso. En términos relativos, mucho mayor que el de las exposiciones de 1867 y 1883. En términos absolutos, se trató de un evento que se vivió intensamente durante su desarrollo y que fue recordado durante mucho tiempo por la sociedad valenciana. Fue un momento curioso y diferente en la historia de una ciudad que tradicionalmente se había caracterizado por su incapacidad para acometer empresas comunes, por su cainismo, por su “*meninfotisme*”, usando un término tan específicamente valenciano.

Desde que Trénor dio a conocer su proyecto, la sociedad valenciana se exaltó y emocionó. (Pérez Puche, 2009) cita a (Valencia, literatura, 1909) que decía “*1909 marcará una fecha decisiva en la historia de la ciudad de Valencia, la de su nueva vida y fomento de su cultura, de su riqueza y de su prosperidad*”. La Exposición aparecía así como un momento de cambio, de liberación, de crecimiento.

La serie de trabajos y estudios, tanto científicos (Vegas, 2003) como conmemorativos (Ateneo, 1959), (Pérez Puche, 2009), (Solaz, 2009), que se han publicado al respecto (y al que este pretende hacer nuevas aportaciones) son la prueba de la importancia de la Exposición.

En (Vegas, 2003) se cita un aspecto que puede parecer menor; pero da una idea del enorme impacto social de la Exposición: durante varias generaciones los valencianos han guardado con cariño y respeto numerosos recuerdos: folletos, entradas, guías, postales, que fueron impresas para aquellos dos años mágicos y únicos.

Los coetáneos fueron capaces de valorar ese despliegue publicitario que sabían valioso y útil. En el número 14 de (Valencia, literatura, 1909), de 22 de agosto de 1909, se comparaba la Exposición con la de Internacional de Nancy, que estaba teniendo lugar durante las mismas fechas y se decía de ella:

“Dicha Exposición tiene el carácter de internacional; por ello y por tratarse de una región rica que produce muchas toneladas de hierro y acero, con importantes industrias textiles, merecería que los franceses, tan amantes de lo suyo –así deberíamos ser nosotros- hubieran hecho eficaz propaganda.”

Solo en algunos periódicos y revistas francesas se habla de la citada Exposición, dándole la importancia que se merece. Ni un mal cartel ha llegado hasta nosotros: aún más; en las distintas crónicas y reseñas que leímos á ella dedicadas, no se alude á cartel, alguno, silencio que hace pensar si carecería de tan útil medio de propaganda. Lo que sí nos atrevemos á opinar, es que no necesitará pregones de ninguna especie para que la mayor parte de los ciudadanos franceses vayan á Nancy.

Conocemos el pabellón de fiestas, el arco de entrada, el palacio de la alimentación, el de industrias textiles, el de la electricidad, el metalúrgico y algunas instalaciones particulares, y aunque no puede negárseles cierta belleza de conjunto, carecen de la elegancia francesa característica. Al palacio de la alimentación, al parecer el más original, le falta grandeza, valentía, algo que acusa cierta timidez de concepción.

Valencia, con sus provincias hermanas, ha hecho más; su Exposición hízose tan solo para dichas regiones; no es nacional siquiera y por su aspecto grandioso parece internacional”.

Y en lo que se refiere a la repercusión en el resto de España, fue importante; pero quizá no tan grande como podría haber sido. (Pérez Puche, 2009) cita una reseña del diario madrileño “El Mundo” del 23 de mayo de 1909, un día después de la inauguración:

“De todo Levante, Valencia, por su admirable situación geográfica, ha alcanzado, en los últimos veinte años, un desarrollo comercial sorprendente. La huerta valenciana ha sabido atraerse a todas las huertas levantinas, y el puerto del Grao es ya rival del puerto de Barcelona.

¿Cómo? ¿Por qué? De demostrar el cómo y el por qué se encarga la actual Exposición, que ha venido, naturalmente, cuando debía venir, y no por el capricho de unos cuantos entusiastas, inspirados en el amor propio regional. Todo el esfuerzo de los valencianos ha consistido en concentrar en breve espacio las energías dispersas para que puedan admirarlas los millares de españoles y extranjeros que han de acudir estos meses a la Exposición. Esto basta para que sea uno de los certámenes regionales más interesantes que pueden hacer, no solo en España, sino en toda Europa. Y si no tuviera otras cualidades primordiales, tendría Valencia para atraernos la fuerza de su simpatía”.

La última frase es toda una síntesis de la opinión del redactor sobre lo que puede exponer la región española que él llama “Levante”.

En palabras de (Vegas, 2003) “el mismo recinto de la Exposición constituyó una buena prueba de la vitalidad arquitectónica, artesanal y artística de la cultura valenciana. Sus pabellones, sus detalles de acabado, sus esculturas y su decoración fueron motivo de artículos de la prensa, semanarios y revistas especializadas de ámbito nacional durante un

periodo de cerca de año y medio, hecho que prueba el interés que desató el conjunto del certamen en la sociedad española de entonces. Bastaría con comparar el espacio dedicado al certamen regional valenciano de 1909 con la Exposición Regional de Santiago de 1909, celebrada simultáneamente, para extraer conclusiones sobre la trascendencia otorgada a cada uno de ellos. El eco del éxito de la muestra valenciana trajo consigo una situación insólita dentro del mundo de las exposiciones, que muestra el impacto que produjo la valenciana: incluso veinte años después, el arquitecto Vicente Rodríguez Martín, reconocido como principal artífice del recinto, fue reclamado sin éxito por los organizadores de la Exposición Iberoamericana de Sevilla para que se encargara del diseño y organización de los pabellones de dicho certamen”.

Sin embargo, los acontecimientos que se han descrito en el anterior apartado debieron resultar negativos para que la Exposición lograra el impacto buscado. Incluso autores cuyo principal objetivo es ensalzar la Exposición, asumen este hecho y lo deslizan tímidamente en sus opiniones: “Todo ello salpicado por la convulsión de un principio de siglo que comportaba grandes cambios y por las luchas sociales y políticas que se estaban produciendo, lo que no impidió que la Exposición no sólo consiguiera su objetivo de mostrar el estado de la agricultura, la industria y el comercio valencianos, sino que rebasó esta meta ampliamente y en distintas vertientes, sobre todo en los frentes cultural y arquitectónico”. (Pérez Puche, 2009).

Precisamente, en lo que se refiere a lo cultural, se puede afirmar también que la Exposición dejó una honda huella: la introducción de la música sinfónica dirigida por Lassalle, la repercusión de los numerosos congresos organizados, la asistencia de poetas catalanes, baleares y valencianos homenajeando a Llorente, las visitas de las masas populares a las obras de arte expuestas, etc.

Y en lo que se refiere a lo arquitectónico, el principal investigador del tema, Fernando Vegas López-Manzanares en (Vegas, 2003) y (Vegas, 2009), valora muy positivamente este aspecto, frente a las críticas que después se realizarían desde enfoques arquitectónicos más modernos. Dice: “la literatura vertida sobre la Exposición se caracteriza en general por la inquina con la cual se pretende condenar de antemano la arquitectura de sus pabellones, llevada de la mano de la historiografía del movimiento moderno arquitectónico y de un no disimulado afán casi freudiano de negar el pasado y matar al progenitor.” (Vegas, 2003).

En su opinión, la arquitectura del recinto, consiguió plenamente sus objetivos expositivos, reivindicativos y lúdicos:

“El recinto de la exposición, como sucedió con otros certámenes de antaño, fue escenario y testigo de un fenómeno singular, según el cual el acceso a la gran feria se convertía en el umbral de la promesa de un mundo feliz. Se trataba de un lugar de connotaciones sagradas, donde el progreso había sido elevado a los altares, y míticas, puesto que constituía una suerte de paraíso terrenal. Dentro del recinto se creaba la ilusión de una felicidad al alcance de la mano, un recaudo de eterna juventud y exaltación como el legendario *Shangrilá*, ajeno al trabajo, el dolor y la muerte. Un nido de felicidad eterna al margen de lo efímero, que paradójicamente poseía un carácter temporal.

Esta ambigüedad también estaba presente en la relación que se establecía entre la ciudad construida de Valencia y la ciudad reflejada de la Exposición. En efecto, el recinto constituía una ciudad dentro de la ciudad, que prometía ser absorbida por ésta. Esta ciudad irreal, reflejo de la volición subconsciente de sus protagonistas, consistía en una maqueta a escala 1:1 donde se realizaba un ensayo urbanístico y arquitectónico que materializaba dichas aspiraciones.

La heterogeneidad arquitectónica característica de este tipo de celebraciones se tornó en Valencia univocidad de significado gracias al baño homogeneizador del color blanco de los pabellones oficiales, a la sobreabundancia de la luz eléctrica que inundaba el recinto y a la ubicuidad del espectáculo (...) La blancura de esta ciudad utópica debe haber reflejado el resplandeciente sol levantino durante el día y la brillante iluminación eléctrica en horas nocturnas, creando una fuerza hipnótica que seguramente se apoderaba de sus visitantes. Existen testimonios de la época que relatan el aura de resplandor iluminado que la Exposición irradiaba por las noches a varios kilómetros de distancia, en un contexto apenas alumbrado por mecheros y luces de gas”. (Vegas, 2003).

7.4.2 Valoración del impacto urbanístico de la Exposición.

Quizá este sea el aspecto acerca del que hay más unanimidad entre los autores. La Exposición tuvo una influencia muy positiva en el desarrollo

de la ciudad. Tuvo lugar en un momento de intensos cambios urbanísticos. Durante los años en torno al certamen, el activo desarrollo de nuevas infraestructuras en la ciudad de Valencia revela la vitalidad del sector de la construcción. De algún modo, la Exposición fue, al mismo tiempo, causa y consecuencia de esos cambios.

Del mismo modo que ocurre en la actualidad, la celebración de un evento singular y multitudinario en una ciudad servía como acicate y excusa para que el Ayuntamiento correspondiente impulsase el desarrollo y la mejora general de las infraestructuras de la ciudad anfitriona. Es decir, este tipo de eventos no sólo desempeñaba un papel de avanzada en la colonización de zonas agregables para la ciudad, sino que provocaba un efecto regenerador en el interior mismo de la ciudad existente. (VVAA, 1986)

Todas las grandes muestras del siglo XIX podrían servir de ejemplos de referencia, aunque la evolución de las plantas generales de las exposiciones de París, con las reformas haussmanianas, las nuevas edificaciones en su núcleo histórico y la incorporación paulatina de nuevos puentes, instalaciones, monumentos y palacios para la ciudad, constituye seguramente el ejemplo más gráfico de este tipo de política de desarrollo urbano (Vegas, 2003).

El caso de la ciudad de Barcelona, cuyas actuaciones y transformaciones han tenido siempre tanta influencia (a menudo no reconocida) en Valencia, es paradigmático. La actitud de su Ayuntamiento durante la Exposición Universal de Barcelona de 1888, que ya se ha citado anteriormente, es significativa, puesto que establece una filosofía de transformación y remozamiento cuyo relevo será puntualmente recogido por los responsables de la posterior Exposición Universal de Barcelona de 1929, y aún todavía por los organizadores de la Olimpiada de Barcelona en 1992.

El alcalde Rius i Taulet fue clave para la Exposición Universal de Barcelona de 1888. En primer lugar, porque supo reaccionar a tiempo asumiendo la organización del evento a despecho de la iniciativa privada de Serrano de Casanova, que amenazaba con un fracaso absoluto. En segundo lugar, porque aprovechó el evento para una gran transformación de la ciudad que incluyó, según cita (Vegas, 2003):

- Mejora de los viales internos y externos (pavimentado en piedra de las calles principales del casco antiguo, pavimentado con tacos de madera de la calle Pelayo, la Rambla y los Paseos de Colón y de Pujades; arreglo de la Plaza Real, la Plaza Urquinaona, el Paseo de Gracia, las Rondas y la Gran Vía).
- Ornamentación de la ciudad: finalización de las obras en construcción tanto privadas como públicas; adecentamiento de los edificios en mal estado; urbanización de acequias y terrenos en malas condiciones
- Acabado de la rambla de Cataluña, continuación del Paralelo, calle Caspe y otras vías
- Limpieza de los monumentos de la ciudad; mejora de la iluminación de gas y complementación con iluminación eléctrica (Rambla, Paseos de Colón y de Pujades); descentralización de los servicios de bomberos para un mejor servicio; facilitación de acceso a todos los monumentos de la ciudad que merecieran ser visitados.
- Construcción de los Mercados de San Antonio y de la Barceloneta; terminación definitiva del Mercado del Born y dignificación de los mercados existentes de pájaros y flores.
- Mejora de los medios de locomoción internos y externos
- Disposición de plazas hoteleras suficientes
- Limpieza e higiene de la ciudad

Durante el XIX, Valencia no había sido una excepción. Las exposiciones regionales y las ferias de julio, citadas en el capítulo anterior, también sirvieron de empujón para diversas mejoras urbanas. Por ejemplo, y como relata (Vegas, 2003), con motivo de la celebración de la Feria de Julio de 1872, se inauguraron el primer jardincillo de la plaza de San Francisco y las obras de la fuente y el monumento al canónigo Liñán en la plaza de la Virgen. La inauguración de la estación del ferrocarril de vía ancha a Utiel y la introducción del servicio de telefonía en la ciudad coincidieron con el año de celebración de la segunda Exposición Regional Valenciana de 1883, que se describió antes. En enero de 1891, simultáneamente a la Feria de Navidad de aquel año instalada en los alrededores, y tal como se relató en el capítulo cuatro, se inauguró el monumento al rey Don Jaime en la plaza de la Aduana, hoy llamada el Parterre.

Con todo, el impacto urbanístico de esas exposiciones previas fue menor que el impacto producido por la Exposición. Todos los autores coinciden en la Exposición tuvo un fuerte efecto en la modernización de la ciudad. (Pérez Puche, 2009) dice: “Valencia, a partir de la Exposición, quedó marcada con un antes y un después. Del paso de una población anclada en tintes rurales se convirtió en capital de moderna concepción.”

Y el factor clave fue la unión entre las diversas fuerzas capaces de impulsar esas transformaciones. Dice (Palafox, 2009): “No se trata de negar la importancia de la Exposición Regional de 1909. Aún con su dosis de victimismo, divisiones y polémicas (...) el evento supuso un impulso para la expansión urbana y un momento de cohesión, fugaz como todos, de las élites del turnismo”. Así, el listado de las transformaciones promovidas por las distintas administraciones públicas durante los años previos a la Exposición sigue en gran medida el manifiesto republicano de 1901 que fue citado en el tercer capítulo:

- Ampliación y transformación del nuevo puerto, proyecto que, como se ha visto, se mostraba en la Exposición.
- Impulso a las obras de urbanización de algunas calles del Ensanche: Sorní, Navarro Reverter, y el acondicionamiento del Paseo de Monteolivete (avenida de Jacinto Benavente).
- Creación del edificio del Ayuntamiento nuevo en la nueva Plaza de Castelar (la fachada se inauguraría con motivo de la Exposición).
- Nuevas estaciones de trenes (inauguración de la nueva Estación de Aragón al final de la Alameda en 1901, inicio de la construcción de la nueva Estación del Norte de Demetrio Ribes, en 1909)
- Inauguración del matadero municipal en la *Petxina* en 1904.
- Inauguración de la estación depuradora de agua potable en 1907.
- Puesta en servicio el *Nou Camí del Grau*, paralelo al *Camí Fondo*, no tan tortuoso como Blasco Ibáñez había propugnado; pero sí con una amplia calzada bordeada de arboledas y provista a ambos lados de planchas metálicas sobre las que circulaban los carros de transporte; por la parte meridional discurría una línea nueva de tranvías, más rápida y lujosa que la que aún circulaba por el *Camí Fondo*; los vehículos tenían que pagar cinco céntimos de peaje para utilizar el *Nou Camí del Grau*.

En lo que se refiere a las acciones municipales, la Exposición supuso, en general, la urbanización y mejora de los accesos directos e indirectos al recinto de la muestra y el reacondicionamiento de las calles más céntricas y populosas. El conjunto de la ciudad iba a ser objeto de exposición, y consecuentemente se sometió a intervenciones de cosmética arquitectónica y urbanística de diversa profundidad y consideración. Este contexto de mejoras urbanas se enmarcaba dentro de un ámbito mayor de actuaciones de renovación de infraestructuras, reflejo del gran dinamismo de la vida ciudadana de principios de siglo:

- Se acabó el llamado Camino de Tránsitos (entre el de *Burjassot* y el del *Grau*).
- Se adoquinaron los Caminos de la Soledad y del *Grau* y numerosas calles céntricas.
- Se urbanizaron y ajardinaron el *Pla del Remei* y los terrenos junto a los Puentes del Real y del Mar. Y específicamente, como ya se dijo, se construyó un nuevo Puente: la Pasarela.
- Se inauguraron las Escuelas Graduadas, “*grandioso edificio construido con arreglo á los adelantos que aconseja la higiene para esta clase de instituciones*”, sobre el solar del antiguo matadero en la calle Guillem de Castro.
- Se amplió y pavimentó con adoquines del camino de la Soledad, donde además se instaló una vía metálica del sistema Granvenhorts.
- Se asfaltó con material comprimido la calle de San Vicente.
- Se asfaltó con material fundido la calle de San Fernando.
- Se transformaron los terrenos del Llano del Remedio en un jardín (“*antes concluido que proyectado*”, según (Vegas, 2003)), una vez adquiridos los terrenos al Ministerio de Guerra.
- Se inauguró un nuevo mercado en la Glorieta.
- Se limpió la acequia del Mestalla, inmediata al recinto de la Exposición.
- Se planteó ampliar los puentes del Real y del Mar; proyecto que se rechazó una vez aceptada la Pasarela.

La iniciativa privada ciudadana y las empresas de servicios también participaron en este impulso de progreso y embellecimiento de la ciudad:

- Los comerciantes de la calle de la Paz costearon el pago de aparatos de iluminación especiales para mayor relumbre de la

famosa arteria urbana. Este ejemplo fue seguido por otros comerciantes de otras calles céntricas de la ciudad, que en general se limpiaron y remozaron.

- Muchos propietarios reformaron sus casas y pintaron las fachadas espontáneamente, sin que mediara invitación alguna. Además, el Ayuntamiento acordó una exención del pago de arbitrios por la pintura de puertas, escaparates, rótulos y portadas de tienda que se realizasen antes del 1 de Mayo de 1909.
- El Puerto fue también especialmente iluminado por la Junta de Obras de cara a los turistas.
- Las Compañías Eléctricas previeron el mayor consumo de fluido acumulando en sus fábricas un mayor número de elementos productores para garantizar el suministro de luz frente a cualquier contingencia.
- Como ya se dijo en el capítulo tres, en la euforia producida por la Exposición, se inauguró la electrificación completa de los tranvías interiores de la ciudad el sábado de Gloria de 1910.

Un pequeño problema empañó apenas este conjunto de mejoras visibles de la ciudad. Los desagües abiertos al cauce del río de los cuarteles militares adyacentes a la Pasarela de la Exposición no llegaron a suprimirse o a sustituirse por sistemas más asépticos a pesar de las peticiones en tal sentido del Comité organizador y crearon un aspecto poco higiénico y despidieron un olor nada agradable en la antepuerta de la Exposición.

Tras la clausura de la Exposición Nacional, Trénor valoraba positivamente el impacto urbanístico: *“En menos de tres años, Valencia ha hecho vida tan intensa, que esa breve sucesión de meses equivale a medio siglo”*. (Trénor, 1912).

Si bien la Exposición no fue el motivo inmediato de los grandes planes de transformación de la ciudad, resulta muy significativo que el evento coincidiera cronológicamente con ellos. En el período en torno a la Exposición, tuvieron lugar:

La gestación y la aprobación del Plan de Reforma Interior del arquitecto Federico Aymamí (Primeros estudios 1906, Aprobación definitiva 1912).
El Plan de Ensanche del arquitecto Francisco Mora y del ingeniero Vicente Pichó (Aprobación de la aplicación de la Ley de Ensanche 1901, Presentación del Plan 1907, Aprobación definitiva del Plan 1912).

El proceso de reconstitución del Barrio de Pescadores, que a la postre acabó incluyendo en sus edificios esquemas compositivos, elementos arquitectónicos y tecnologías experimentados en el recinto de la Exposición, de la mano de los mismos arquitectos protagonistas del evento (ampliación de la antigua calle de las Barcas en la parte frente al Teatro Principal, y cambio del nombre de la vía, que pasó a llamarse Pintor Sorolla, prosecución de la demolición de las antiguas casas, creación de calles más anchas y erección de los primeros edificios, iluminación de la calle Pintor Sorolla, que abandonó los faroles de gas y pasó a ser alumbrada por electricidad con arcos voltaicos).

(Vegas, 2003) hace notar la apreciable influencia de la Exposición sobre algunos de los edificios que actualmente constituyen una parte importante de la imagen urbana de Valencia:

- El edificio de Correos (finalizado en 1922) constituye, seguramente, en su condición de edificio público, uno de los ejemplos más claros del aspecto y del empaque que poseían las construcciones del recinto.
- Los tinglados y del Edificio del Reloj del Puerto de Valencia.
- El Mercado Central (iniciado en 1914). El aparato arquitectónico y decorativo de su cerramiento presenta una cierta relación con algunos elementos de la Exposición que puede deberse tanto a una influencia directa como a un parentesco indirecto.
- La Estación del Norte (construida entre 1906 y 1917) y el Mercado de Colón (iniciado en 1914) en su diseño, estructura y construcción, pero, sobre todo, en los aspectos referidos a las artes aplicadas, dado que muchos de los artistas y artesanos que participaron en el acabado final de estos dos edificios tuvieron una presencia activa en diversos pabellones de la Exposición.

Es decir, la Exposición supuso un verdadero estímulo a la transformación urbana, aunque no consiguiera inmediatamente otro de sus objetivos implícitos: la expansión de la trama urbana de la ciudad al lado norte del Turia.

7.4.3 Valoraciones de la Exposición como acontecimiento sociopolítico.

Es indudable que la Exposición, como todos los eventos de su tipo, tuvo importantes implicaciones políticas. Al fin y al cabo, se trataba de un acontecimiento a través del que una sociedad, la sociedad valenciana, se expresaba. En el primer apartado de este capítulo ya se analizó la voluntad reivindicativa que había detrás del proyecto de la Exposición. En los siguientes párrafos, se tratará de comprobar hasta qué punto se consiguieron los objetivos que se pretendían.

El autor que ha estudiado más detenidamente las implicaciones políticas de la Exposición ha sido el profesor Josep Vicent Boira Maiques. En (Boira, 2009) afirma que hay tres conceptos que pueden servir para analizar las ambiciones perseguidas por Trénor y su Exposición: *Risorgimento*, regeneracionismo y regionalismo.

El concepto político italiano *Risorgimento* hace referencia a la conciencia de una sociedad de querer ser, de despertar a una nueva realidad (la unidad italiana en aquel caso), tanto política, como económica y cultural. Según (Boira, 2009), esta expresión se ajusta mucho al espíritu de la Exposición, pues Valencia, o la burguesía industrial valenciana, más exactamente, buscaba un nuevo despertar, una nueva situación en la que influían, por un lado, el recuerdo de las glorias pasadas (el pasado foral y menestral) y por otro, la ilusión del progreso y del avance tecnológico e industrial.

En el caso español, el concepto de *Risorgimento* está indisolublemente relacionado con el concepto del Regeneracionismo. Las visiones y las palabras de Costa y de los otros regeneracionistas ya se habían introducido en el discurso político común de aquel tiempo, y la élite dirigente había asumido que España no podía mantenerse indefinidamente en una situación crónica de retraso tecnológico y económico frente al resto de Europa occidental. En Las Provincias del 22 de febrero de 1909, en el homenaje a Trénor se decía: “*Valencia no se detendrá en el camino de la regeneración que bajo tan felices auspicios ha comenzado, sino que lo recorrerá hasta el fin*”. Y un visitante ilustre e influyente, el gobernador francés de Argel, monsieur Jounart, elogió “*el renacimiento que se ha iniciado en Valencia, que la conducirá rápidamente a colocarse al nivel de las mejores ciudades europeas*”, informaba Las Provincias de 29 de abril de 1909 (Boira, 2009).

En las regiones periféricas españolas, ese regeneracionismo entroncaba con un sentimiento regionalista más o menos vivo. Para las élites dirigentes de esos territorios, España no existía como elemento diferente de sus regiones y así, el progreso de las regiones era sinónimo del desarrollo del conjunto. En la Exposición, como reflejo de ese regionalismo difuso y poco definido, aparecieron distintas tendencias contradictorias entre sí: “feroces arengas españolistas junto a discursos regionalistas, e incluso nacionalistas, cánticos a la unidad de España y loas a la Corona de Aragón; defensa acérrima del uso oficial del valenciano y llamadas exaltadas a la lengua castellana”, según (Boira, 2007).

La burguesía valenciana parecía sugerir a través de la Exposición que las regiones tenían que “despertar” para que España creciera. Así, Trénor afirmaba en el discurso de clausura de la Exposición Nacional: “*Valencia es expresión de lo que sería España si despertaran y revivieran sus ciudades muertas, sus regiones atónicas, como nuestra Ciudad y nuestra Región despertaron y revivieron*” según (Boira, 2009). Pero ese renacimiento solamente podía darse a través del crecimiento económico y la industrialización. El crecimiento económico y la industrialización que había tenido lugar en las regiones periféricas, en mayor o menor medida, frente al inmovilismo agrarista y funcional de la Meseta.

El espíritu de la muestra (una visión moderna y descentralizadora de España), se recogía, según (Boira, 2007) en el discurso del alcalde de Barcelona, uno de los visitantes ilustres del día de la inauguración “*Quisísteis evidenciar la excelencia de lo que tenéis y producís y fue vuestro arranque generoso impulsión para mostrar a la Patria que con regiones prósperas y fuertes asegurada tiene su fortaleza y prosperidad...*”

Este regionalismo, que materializaba la Exposición, se fundó en un redescubrimiento de la singularidad valenciana. Trénor asumía de manera natural ese regionalismo y por ello, decidió organizar, en su primera edición, una exposición “Regional”: “*siendo mi plan el de realizar una Exposición Regional, desde luego conté con efectuar en las provincias de Alicante y Castellón campaña de preparación y organización igual a la emprendida en Valencia. No me faltaban mentores que propusieron incluir también a las Provincias de Teruel y Murcia (...) yo mantuve inflexible lo acordado (...) No habiendo pensado más que en las tres provincias que integran el viejo y glorioso Reino de Valencia, no tenía que enmendar la Historia y rectificar la Geografía*”. (Trénor, 1912).

Los símbolos de ese regionalismo regeneracionista, estuvieron por todo el recinto de la Exposición. Como ya se ha dicho, el 7 de junio de 1909, ante la infanta María Terea, Leopoldo Trénor, primo de Tomás Trénor y presidente de *Lo Rat Penat*, pronunciaba su discurso (íntegramente en valenciano): “*La senyera ja no és una venerable mortalla dels segles morts; és orifloma que tremolen victorioses les postres mans (...) és la bandera d’este poble, que vullguera anar a l’avantguarda del progrés i del treball per fer més gran a Espanya, però sempre parlant, sentint i obrant en valencià.*” Para terminar, Leopoldo Trénor utilizó las palabras del poeta mallorquín Marià Aguiló: “*poble que recobra sa llengua, es recobra a si mateix?*” (Boira, 2007).

Pero el único regeneracionismo viable era la transformación económica a través de la industria. La Exposición (y la burguesía industrial que la organizaba) alcanzaba sus objetivos regeneracionistas y regionalistas en la medida en que la industria de la Región era potente y lograba manifestar su potencia a través del evento.

En ese sentido, las comparaciones con la región en la que el proceso de industrialización más había avanzado y el regionalismo se había hecho más fuerte, Cataluña, eran inevitables. Se dice en el número 5 de (Valencia, literatura, 1909) de 20 de junio de 1909, en un tono indudablemente regeneracionista:

“Si nosotros amásemos nuestras cosas como los catalanes aman las suyas; si cuando en Valencia surge un hombre, una idea, un proyecto, nos agrupásemos todos para favorecerle y ayudarle, en vez de encasillarnos en la crítica diminuta y en la desconfianza cruel, ha tiempo que la ciudad sería lo que debe ser, que los hombres de buena voluntad trabajarían con empeño; los capitales tal vez no buscaran las penumbras del Banco ó el pecado del interés usurario, y cesaría, sin quizá, esa emigración de los obreros de la inteligencia que aquí no pueden ni mal vivir y se van á Madrid ó á Barcelona á vivir menos mal.

Esto y mucho más nos ha hecho pensar la visita de los automovilistas catalanes, cuyos lujosos trenes, valiosísimas alhajas y notoria esplendidez es un argumento más a favor de lo que vale la actividad y la inteligencia puestos al servicio del trabajo. Porque la mayor parte de las personalidades que nos han visitado, es indudable que á estas fechas enfundarán sus automóviles, guardarán en cajas sus alhajas y en el guardarropa los trapos elegantes, y cada cual volverá á su respectivo trabajo en la fábrica ó en el escritorio, con mayor ahínco que el más laborioso de los obreros?”.

La burguesía industrial valenciana se comparaba así con la única burguesía con la que se podía comparar, con la catalana y comparaba su

actividad empresarial e industrial con la actividad empresarial e industrial catalana. De hecho, la única excepción que hizo Trénor al respecto de las invitaciones a industriales foráneos fue con los industriales catalanes. En (Trénor, 1912), dice: “23 de enero de 1909. En vista de las muchas cartas de casas catalanas deseosas de concurrir, aun siendo ‘fuera de concurso’ a la Exposición, la Presidencia nombra a D. Jenaro Vicente agente especial en Cataluña para tratar con los aspirantes”. (Boira, 2007) saca por ello la discutible conclusión de que “una de las grandes protagonistas de la Exposición fue la economía catalana”. Los números que da (de los 91 foráneos, 60 procedían de Cataluña), no coinciden exactamente con lo cuantificado en este trabajo de investigación (véase el capítulo 8); pero son de ese orden de magnitud.

7.4.4 Valoraciones sobre la presencia industrial en la Exposición.

Atendiendo a todas las opiniones y consideraciones anteriores, llega el momento de atacar el problema planteado desde la introducción de este documento. La Exposición fue un acontecimiento multifacético y difícil de definir, en el que unos aspectos esconden otros. Pero si es visto básicamente como un evento desarrollado y financiado por la burguesía industrial valenciana para transformar su ciudad y al mismo tiempo, reivindicar su importancia ante su sociedad y ante el resto de España (especialmente ante los poderes centrales), casi todos los autores coinciden en considerar que fue un éxito. Es decir, casi todos los autores establecen la importancia de la industria expuesta, añadiendo matices. Y esos matices vienen dados, precisamente por los modelos generales de análisis sobre la industrialización valenciana que se trataron en el segundo capítulo.

La importancia nuclear de la industria era evidente para los organizadores de la Exposición y era quizás, su principal motivo de orgullo. El número 12 de (Valencia, literatura, 1909) de 8 de agosto de 1909 dice de la visita al Palacio de Industria:

“A todas horas vese el esplendido edificio de nuestras industrias visitado por un inmenso concurso. Los valencianos han dejado bien sentado su pabellón. Hay que oír, para convencerse de ello, á los forasteros y extranjeros que, con paso reposado, recorren una a una todas las salas.

Muchas veces hemos tenido gusto en seguir directamente á algunos de esos forasteros para escuchar sus juicios. Y con franqueza declaramos que se ensanchó nuestro pecho

oyendo frases que son el mejor premio para el esfuerzo de un pueblo trabajador é inteligente.

Para muchos ha sido un descubrimiento nuestra Exposición. No pudieron calcular que aquí se hallasen tan adelantadas algunas industrias.

-Esto es un peligro para nosotros-oíamos decir en un grupo- Hay que apretar de firme; de lo contrario, dentro de poco Valencia se apoderará de nuestros mercados. Nunca creí que aquí se hicieran estas cosas.”

Así, (Boira, 2007) dice que la Exposición fue la excusa para emprender una gran campaña a favor de la modernización económica e industrial valenciana y profundizar en la innovación tecnológica. “La Exposición, lejos de la imagen agrarista que se ha extendido del país, colocó a la industria en un papel destacado. No en balde, el pabellón central del recinto, la Fábrica de Tabacos, estuvo dedicado a Palacio de la Industria y, allá se concentró la muestra de las fábricas de Manises, de la cerámica de Castelló, de las eléctricas, farmacia, higiene y perfumería, de los muebles y madera, del textil de Alcoy, de la papelería y litografía, junto a los juguetes”.

Pero nótese el matiz que añade: una imagen agrarista y folclórica cubría y ocultaba la presencia industrial y tecnológica en la Exposición. Esa imagen agrarista, transmitida a través de la iconografía y el himno, sería la que se transmitiría a las siguientes generaciones y se vería enmarcada en un paradigma mayor, el de la “No industrialización” de las provincias valencianas.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que las funciones de la Exposición como evento, del mismo modo que ocurría con las otras exposiciones coetáneas, trascendían lo meramente expositivo. Así, lo lúdico también cubría y ocultaba la presencia industrial en la Exposición.

Como ya se ha comentado antes, la Exposición, en cierto modo, fue diseñada y desarrollada con la expresa voluntad de que lo lúdico arropase a la tecnología expuesta. Ya se ha dicho que estaba la necesidad gubernamental de proporcionar al pueblo valenciano, tradicionalmente tan subversivo, cierta distracción en una época tan agitada. En (Pérez Puche, 2009) se cita el discurso del presidente Maura durante la inauguración: “*Eran a la Patria indispensables estas fiestas. Después de un siglo en el que sólo conoció desventuras y desgracias, tenía derecho a saborear los días presentes; días de amor, de paz y de sosiego, que harán envidiable en la historia el reinado de Alfonso XIII. España os debe gratitud por lo que hacéis; pues por ello, y por lo que vendrá después, siguiendo las provincias vuestro ejemplo, la Nación*

recobrará su lozanía y bienestar en lo interior, y en el concierto europeo el puesto que le corresponde.”

A tal respecto, dice (Vegas, 2003) de la Exposición: “desplegó para sus visitantes un conjunto de productos agrícolas, artesanales e industriales equilibrado con una oferta lúdica abundante. (...) Como había sucedido en otras exposiciones, los aspectos más tecnológicos de la muestra fueron a menudo ligados a los más lúdicos: así, el Tranvía Aéreo, que constituía uno de los primeros en su género de España, sirvió de atracción de feria para cruzar el río junto al puente que se había construido a tal fin; o el Tapis Roulant, cuya tecnología y cuyo diseño, incluida la barandilla de cristal, apenas difieren de las rampas deslizantes de nuestros días, constituía un divertimento para acceder a la planta primera del Palacio de Industrias.”

Es decir, hubo industria y tecnología; pero el público no la vio, porque no podía verla. A tal respecto, (Álvarez Rubio, 2001) dice “Independientemente de la calidad del contenido, lo que parece evidente es que en esta Exposición tendió a dominar mucho más el continente y toda la parafernalia que llevaba aparejada un acto de este tipo que el contenido. Por unos meses, Valencia pareció desempeñar el papel de ‘la ciudad de los milagros’ en medio de fuegos artificiales, concursos de todo tipo, juego y batallas florales, certámenes musicales, espectáculos deportivos, gimkamas automovilísticas o concursos de verduras y hortalizas”. Es decir el aspecto clave fue la repercusión de la industria presentada en la opinión pública. Aunque se reconoce el hecho de que la presencia industrial era muy numerosa, se señala que el eco concreto en los medios de información fue prácticamente nulo.

También en (Álvarez Rubio, 2001) se apunta un hecho importante al que ya hemos hecho referencia antes: las exposiciones valencianas previas habían sido explícitamente industriales, sin embargo en la Exposición parece percibirse un cambio del discurso que no responde exactamente a la realidad. La Exposición tiene un fuerte carácter exhibicionista y su imagen se adorna de agrarismo. “El discurso industrializador e ingenuamente positivista y tecnicista” cede el lugar a otro “que ha sucumbido a la falsa idea de un agrarismo que, si bien no impide, ni mucho menos, el desarrollo concreto y real de una importantísima base industrial, sí que priva a sus representantes de una adecuada representación social y política”. Es sintomático el hecho de que en el Almanaque de Las Provincias dedicado a la Exposición en los años 1909

y 1910, investigado por esta autora, no se dedique ni un solo párrafo a la industria.

El más progresista “El Mercantil Valenciano” también describe la Exposición generalmente, en términos agraristas, aunque en el editorial del día de la inauguración (con el título de “*Sempre Avant?*”) se hable de una agricultura que camina “*en estrecho abrazo con el moderno progreso de la mecánica y de las ciencias físicas, químicas y naturales*” o que se aconseje “*Recorred las instalaciones particulares y os convenceréis de que no toda nuestra riqueza y nuestro porvenir se encierran en el cultivo de la tierra, sino que somos además un pueblo industrial que tiene aptitudes como ningún otro, y sea esto dicho sin jactancia, no sólo para la pequeña industria, sino para la grande industria. El día que dispongamos de unos cuantos millares de caballos eléctricos, seremos grandes industriales, y cuando afirmada nuestra personalidad tengamos en el puerto una ancha zona para depósitos temporales y transformación de primeras materias, seremos también una gran plaza comercial*” Nótese como el crecimiento económico e industrial, necesariamente se vincula a una reivindicación política progresista y regionalista. Y como se hace referencia a las imprescindibles infraestructuras.

En suma, esta autora juzga a la Exposición como una huída hacia delante de las clases dirigentes, en plena crisis de hegemonía. En el principio de siglo, el giro hacia un agrarismo ideológico y cultural que ya se había ensayado en la literatura de las últimas décadas del XIX (especialmente en la *Renaixença* de Llorente), se hace patente en el simbolismo general del evento. En (Álvarez Rubio, 2001) se dice gráficamente, “La Exposición, de alguna manera, se pone una venda en sus propios ojos y se niega a ver la realidad de empresas como La Maquinista Valenciana, que encarnaba los valores de una Valencia plural y modernizadora y que había encarado el final del XIX con un nuevo y decisivo impulso industrializador”.

La Exposición quedaría así para el recuerdo de las futuras generaciones, como una inmensa fiesta, como un acontecimiento extraño y único, que ayudó a transformar la ciudad; pero cuyo aspecto industrial no se recuerda más que en fórmulas retóricas.

Por un lado, algunos factores materiales contribuyeron a ello. (Vegas, 2003) hace notar que el hecho de que la Galería de Máquinas y la Sala de Motores formaran parte del mismo complejo industrial que la fábrica de tabacos (como nave-almacén y como nave de motores, respectivamente) hizo que acabada la Exposición, quedaran englobados dentro de la cerca

de la manzana de la fábrica y, en consecuencia, completamente olvidados por la bibliografía y la memoria colectiva de la Exposición. De hecho, el carácter privado de todo el conjunto arquitectónico y la continuidad en el uso para el que fue diseñado han impedido el conocimiento popular de estos edificios, y por tanto de la importancia que su contenido industrial tuvo en la Exposición.

Por otro lado, la interpretación del pasado a través de los modelos de la “No industrialización” que se describieron en el segundo capítulo han reforzado este olvido: los aspectos más folclóricos y lúdicos de la Exposición apoyan esos modelos generales, mientras que la enumeración cruda de lo que estuvo presente en la Exposición los contradice.

En el siguiente capítulo se tratará precisamente, de enumerar lo expuesto, para, de acuerdo a las hipótesis de trabajo asumidas en el capítulo segundo, llegar a unas conclusiones correctas sobre la presencia industrial en la Exposición y sobre la influencia de la Exposición en la industria.

8 LA TECNOLOGÍA Y LA INDUSTRIA PRESENTE EN LA EXPOSICIÓN.

Se ha decidido descomponer el objeto del trabajo de investigación en dos áreas. Por un lado, se describirá la tecnología presente en la Exposición (es decir, la que formaba parte del continente) y por otro la industria explícitamente expuesta (es decir el contenido expositivo). Ambas áreas permiten contemplar las capacidades tecnológicas de las industrias y los industriales valencianos de 1909.

En lo que se refiere a la tecnología que formaba parte de los pabellones o las estructuras se puede debatir acerca de su naturaleza, más o menos industrial (por ejemplo, la presencia de hormigón armado). Atendiendo a que la presencia de esta tecnología es un síntoma de la capacidad empresarial de los proveedores, en su mayor parte valencianos, se ha optado por describirla.

En lo que se refiere a la industria expuesta, ya se ha adelantado una parte al describir los pabellones e instalaciones aisladas en el capítulo anterior. El presente capítulo se centrará en el contenido expositivo industrial del Palacio de Industria (y sus anejos) y del Palacio de Agricultura.

8.1 La tecnología presente en la Exposición.

Las grandes estructuras metálicas habían estado muy presentes en las exposiciones decimonónicas. Al fin y al cabo, eran uno de los exponentes más destacados del progreso tecnológico. Pero, como señala (Vegas, 2003), la función de estas estructuras dentro de las exposiciones fue cambiando con el paso del tiempo. Una vez superada la tipología de grandes edificios construidos en hierro y cristal de los primeros eventos y los alardes estructurales del último tercio del XIX, cuyo ejemplo emblemático sería la Torre Eiffel, la ingeniería de la construcción metálica se dirigió a los ingenios de atracciones que, de manera progresiva se fueron instalando con mayor frecuencia en las exposiciones.

(Vegas, 2003) sitúa el punto de partida de esta nueva manera de concebir las exposiciones y de conformar la tecnología metálica en ellas expuesta

en la Exposición de Chicago de 1893. Allí se instaló la noria del ingeniero George Ferris, de 80 metros de altura, con 36 cabinas de 60 pasajeros cada una. Los espectadores preferían el parque de atracciones centrado en la noria que la visita al contenido del certamen. Se trataba del cambio de espíritu de los certámenes que ya se explicó en el capítulo anterior.

Esta nueva función de la tecnología metálica también se dio en la Exposición. El público valenciano ya había podido disfrutar de algunas atracciones parecidas: en la playa de la Malvarrosa o en las ferias de julio se habían instalado montañas rusas o toboganes gigantes; sin embargo, la Exposición les proporcionó la emoción de las atracciones a una nueva escala. Según (Solaz, 2009), la instalación de un parque de atracciones completo en el recinto del certamen, no tenía precedentes en ninguna de las ferias hasta entonces organizadas.



Figura 66: Playa de Levante de la Malvarrosa *circa* 1900. Fuente: (Valencia, literatura, 1909)

La capacidad tecnológica para montar estas estructuras es un síntoma de la madurez de la empresa metalmecánica valenciana. En especial, el montaje de Los Urales a cargo de La Maquinista Valenciana, puede ser considerado un hito en la historia del sector en Valencia. Con todo, conviene no olvidar que la función que desempeñaron las atracciones mecánicas instaladas en la Exposición era eminentemente lúdica, no expositiva.

En este apartado, también se consideran otros aspectos tecnológicos de la Exposición, como la Pasarela o la presencia de la electricidad.

8.1.1 Tapis Roulant.

El Tapis Roulant, en su versión horizontal, había hecho su aparición en la Exposición de París de 1900, donde se instalaron dos bandas deslizantes que recorrían los ejes de la exposición, una a doble velocidad que la otra. Unos años más tarde, el invento aplicado a un movimiento ascendente se instaló en la Exposición de Zaragoza de 1908 para acceder al último piso del edificio de La Caridad. Obviamente, su presencia allí resultaría determinante para que la Exposición quisiera disponer de un invento parecido.

El Tapis Roulant valenciano consistía en una cinta transportadora de un metro de anchura aproximadamente, cubierta por un toldo abovedado, dispuesta en un lateral del Palacio de Industria junto a uno de sus muros. Elevaba al visitante desde el suelo hasta el primer piso del edificio, es decir, tenía un recorrido de unos 25 metros y la altura a la que llegaba era 5 metros. La estructura portante estaba construida en hormigón y hierro.

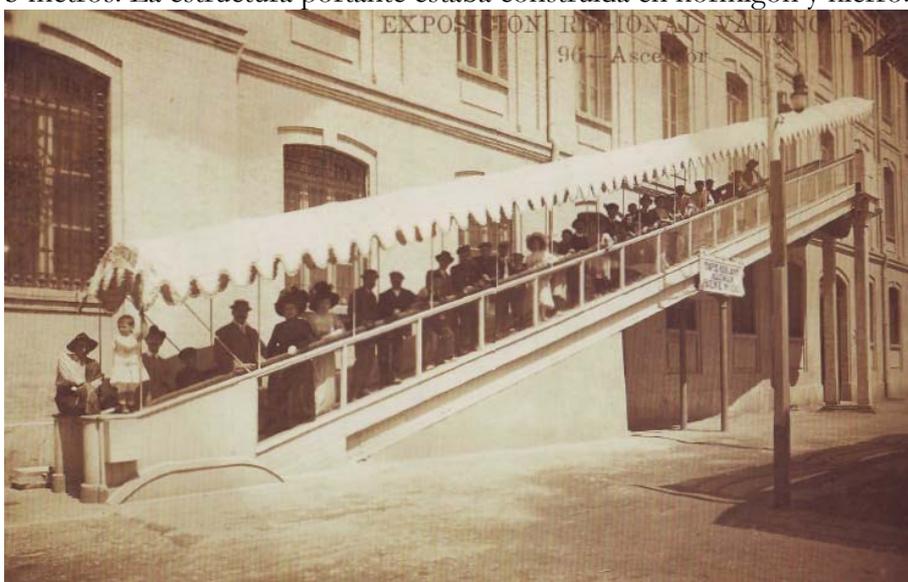


Figura 67: Tapis Roulant. Andrés Fabert. Archivo: Pingarrón-Esaín.
Fuente: (Ateneo, 2009)

El promotor del ingenio fue José R. Condesa; pero por desgracia, no se dispone información del contratista o montador.

8.1.2 Tobogán “La Glissoire Roulant”

En (Valencia, Literatura, 1909), se describe muy detalladamente esta atracción de feria y se cita a sus autores:

“Entre el edificio de la Junta de Obras del puerto y el pabellón destinado á Cinematógrafos, se levanta esbelto y majestuoso este admirable aparato de recreo, tan justamente elogiado por todos los visitantes de nuestra Exposición.

Lo airoso de todas las líneas de su conjunto, la elegancia de las curvas de la canal de descenso, que, como juguetona serpentina, se rolla entre las cuatro esbeltas torres que le sirven de sostén, la brillantez de los suaves colores de su pintura y la acerada combinación de su alumbrado, le dan un efecto fantástico y produce la impresión de un inmenso y simpático juguete.

Sobre una base cuadrada de 6,60 metros de lado, se levantan cuatro pies de vigueta de hierro armada, sobre los que descansa, á los 16 metros de altura una plataforma también cuadrada, pero de tres metros de lado. En el ángulo de cada uno de ellos se eleva una columna de tres metros de altura y sobre ellas, una cúpula circular, coronada por cuatro banderas españolas, destacando en el centro nuestra Señera, rematada á los 26 metros del suelo.

Por una suavísima y cómoda escalera de siete tramos rectos, se asciende á la plataforma superior, desde la que se domina una gran extensión de mar y toda nuestra hermosa vega, desde el castillo de Sagunto hasta las sierras de Gandía y Denia, presentando un conjunto encantador que, sin duda, será la admiración de cuantos forasteros nos visiten.

Desde dicha plataforma, y sentado en unas alfombras montadas sobre patines de madera, se desciende por una canal de suave pendiente y fondo rotativo, compuesto de unos rodillos de madera montados sobre ejes de hierro, que se ponen en movimiento, girando todos en el mismo sentido, merced al peso de la persona que se desliza, y termina el descenso en una plataforma de salida, á poca elevación del suelo, después de haber hecho un recorrido de 93 metros, que es el desarrollo longitudinal de la canal de descenso.

No cabe duda que, tanto por lo sugestivo de este recreo, como por lo económico de sus precios, será esta una de las atracciones preferidas y más visitadas de la Exposición.

Por ello felicitamos á su propietario nuestro buen amigo D. Julio Balanzá, así como al autor de la proyección artística el conocido pintor D. Francisco Legua, al del proyecto y dirección técnica el joven ingeniero D. José Martínez Roca, á su constructor D. Vicente Ferrer Ballester, que tan admirablemente ha sabido interpretar una obra

de tan difícil ejecución, y á los Sres. Albiñana y Compañía por la feliz combinación que han sabido dar á la instalación de electricidad. Y los felicitamos con tanta más satisfacción por cuanto todos ellos son valencianos.”



Figura 68: El Glissoire Roulant (tobogán). Fototipia Thomas. Fuente: (Solaz, 2009).

Efectivamente, se trataba de un gran tobogán de recorrido serpenteante, soportado por una torre de cuatro pilares metálicos en celosía. Por el tobogán se deslizaban los carritos sobre patines de madera, hasta llegar a la base. Los propietarios invitaban al público a presenciar este espectáculo y decían “desde su terraza contemplarán un panorama envidiable” (Solaz, 2009). El efecto se veía realzado por la iluminación eléctrica, que completaba la impresión lúdica del conjunto.

Según ha investigado (Vegas, 2003) en el periódico “Nuevo Mundo”, de 1909, no se trataba de una atracción inédita en Valencia. En las ferias de Navidad se habían instalado toboganes parecidos y había uno permanente en la Malvarrosa, entre el tranvía y las casetas de baños.

Conviene señalar que, tanto en esta atracción como en las otras, era patente el interés publicitario de los distintos montadores e industriales. En las fotos de la Exposición, se puede apreciar al lado de cada una de las atracciones carteles que detallan claramente quién ha sido el instalador o montador de cada una de las partes. Así, colocado en una de las pilares metálicos de este Glissoire Roulant, podía verse el obvio anuncio: “*Constructor: Vicente Ferrer Ballester. La Paloma. Valencia.*”

8.1.3 Los Urales.

En contraste con la atracción anterior, cuyo propósito era únicamente lúdico, “Los Urales”, además de ser un montaje mucho más grande, tenía también un aspecto funcional importante: su pérgola era la cubierta de diversas empresas de maquinaria, que se alimentaban con la balsa de agua central.

En la (Guía, 1909) puede leerse acerca de la atracción:

“Los Urales. Montaña rusa. Espiral Eléctrica. Patente 44.458.

Así se titula la nueva atracción que se ha instalado en la Exposición por cuenta de los Sres. M. y E. López Roma, y que seguramente, dada la importancia de su construcción, la novedad del Sport, creemos resultará una de las distracciones más agradables y que más poderosamente llamará la atención del público.

Su vista panorámica presenta un gran óvalo, cuyas ejes miden 80 y 40 metros de largo y ancho respectivamente; en el centro de uno de los semicírculos del óvalo se levanta una torre de 25 metros de altura, por cuyo interior funcionará un magnífico ascensor eléctrico, elevándose hasta los 14 metros, desde cuya altura partirá una vía, que sostenida por sólidos puentes, servirá para recorrer en cochecitos ad hoc, la oblonga línea antes citada, en cuyo transcurso se encuentran algunas sinuosidades parecidas a las montañas rusas ya conocidas, viniendo á terminar en la misma torre, pero 6 metros más abajo del punto de partida, donde á voluntad del viajero, podrá descender por el mismo ascensor que subió o bien quedarse en una gran plataforma (a 8 metros de altura) donde podrán embarcarse en elegantes botes, que se deslizarán por una

pendiente de 25 metros de larga, yendo a desembocar al espacioso lago que con dicho objeto hay construido.

Los planos y construcción de este aparato están a cargo de D. Francisco Climent, dueño de los talleres de La Maquinista Valenciana, cuya competencia en estos asuntos tiene bien reconocida, y que no omitiendo gasto alguno, ha recibido dos potentes máquinas americanas para llevar a cabo á efecto con la rapidez y perfección necesarias obra de tal magnitud: para formarse una idea de esta, bastará decir que toda la construcción es de hierro y su peso total será de unos 100.000 kilos; también como detalle curioso, haremos notar que en su armazonado se utilizarán unos 50.000 roblones, á mas de la infinidad de tornillos que necesariamente ha de llevar para facilitar el montaje.

Una de las bases en que se funda el privilegio para este aparato estriba en el mecanismo que llevan los coches, que como ningún otro de su índole, hace materialmente imposible su salida de la vía si no es por uno de sus extremos, lo cual descarta en absoluto el peligro del menor incidente”.

La idea nació de la solicitud del fabricante Vilanova & Hermanos de disponer de un depósito de agua junto a su instalación para poder demostrar el funcionamiento de las bombas. Cuando el Comité comprobó que se trataba de una necesidad de muchos de los fabricantes de este tipo de equipamiento, se decidió construir el complejo.

Se trataba de un gran tobogán con reminiscencias del trasiego de vagonetas en una mina, que se precipitaban en la balsa, llamada *Water Chute* (Solaz, 2009). Como ya se dijo en el capítulo cuatro, el constructor fue Francisco Climent. Con este montaje, La Maquinista Valenciana desplegaba ante los valencianos toda su capacidad tecnológica y empresarial. Puesto que la instalación, en su doble carácter de atracción y de exhibición de maquinaria, le daba la oportunidad de atraer al público y al mismo tiempo, exhibir la maquinaria del sector en el que era uno de los líderes.

(Vegas, 2003) señala que ya había pasado tiempo desde la presentación del primer ascensor en la Exposición Universal de Nueva York por Elisha Grave Otis en 1853. La construcción de edificios en altura generó un desarrollo de la industria norteamericana del ascensor que no tuvo parangón en Europa. Fueron célebres en todo el mundo los ascensores para subir a la Torre Eiffel en 1889, a la torre de 60 metros de la Exposición de San Francisco de 1894 y a la torre metálica de Fourvières de la Exposición colonial de Lyon (1894). A principios de siglo, en

Valencia, los montacargas ya constituían algo cotidiano de algunas factorías industriales, e incluso ya existían en algunos edificios residenciales. De hecho, hubo varios de ellos expuestos en la Galería de Máquinas anexa al Palacio de Industria, como se verá en el capítulo siguiente. Así que Climent presentaba ante el público en gran formato una tecnología consolidada.

Las cubiertas de cartón-cuero fueron subcontractadas al fabricante barcelonés Roviralta & Cía. La atracción fue promovida y explotada por la empresa López Romá, que al mismo tiempo, exponía unos juguetes en el Palacio de la Industria, con número de expositor 42.

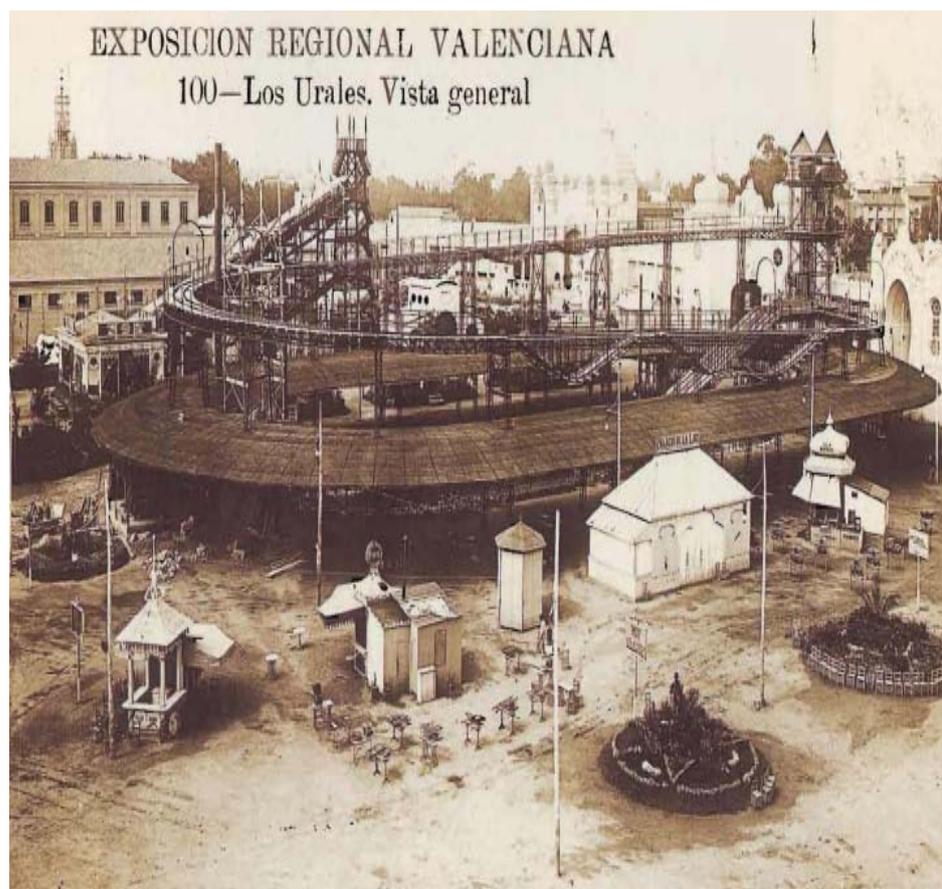


Figura 69: Atracción “Los Urales” y quioscos cercanos. (Fuente: Álvarez Rubio, 2001)

8.1.4 Montaña Rusa.

La (Guía, 1909) dice de esta atracción:

“Este ameno espectáculo, instalado en el espacio comprendido entre la sala de máquinas y la de motores, lo constituye una doble vía asentada sobre una montaña nevada; cada vía tiene dos senos enlazados por un lomo central simulando un puente de tres arcos. En el arranque de la segunda subida tiene cada vía un pequeño túnel que aumentará las emociones del recorrido; éste se hará en coches lujosamente acondicionados y cómodos, capaces para seis personas. En los extremos se disponen suaves escaleras de acceso á las plataformas, las entradas comunican con los dos paseos que rodean al palacio de las Industrias, pudiendo servirse de la doble vía para el paso de uno á otro. La instalación ocupa una superficie de 700 metros cuadrados.”

Se han estudiado al detalle, todas las condiciones de comodidad, seguridad y solidez y en la ornamentación se ha procurado que el espectador se haga la ilusión de que recorre un paisaje ruso.

Con el fin de proporcionar facilidades y economía, habrá abonos de 25 viajes y billetes de ida y vuelta.”

Se trataba de una atracción diferente a Los Urales y mucho menos ambiciosa. Se hallaba instalada entre la Sala de Máquinas y la de Motores. Las entradas comunicaban con los dos paseos que rodeaban el Palacio de las Industrias. Ocupaba una superficie de 700 metros cuadrados. Se trataba de una doble vía asentada sobre la simulación de una montaña nevada, con dos senos entrelazados por un lomo central figurando un puente de tres arcos. En el arranque de la segunda subida tenía cada vía un pequeño túnel. Para subir a la atracción, se disponía de dos escaleras de acceso a las plataformas donde se hallaban los vagones. Es decir, el mismo tipo de atracción que existe hoy en día en muchas ferias.

El armazón del conjunto estaba construido en hierro camuflado con decorados de madera y cartón-piedra que simulaban paisajes nevados y construcciones “rusas”. (Vegas, 2003) comenta que fue la única atracción del conjunto donde la estructura metálica no se mostraba. En cierto modo, era la atracción con menos ingeniería y diseño del certamen. El promotor fue Salvador Navarro; pero no se tiene constancia quiénes fueron los contratistas.

8.1.5 Montaña Suiza.

Casi al lado de la anterior, frente a la Sala de Motores, estaba ubicada esta otra atracción, de la que hay muy poca información, así que hay que hacer conjeturas sobre su montaje y funcionamiento.

Se trataba de una estructura aparentemente de hierro. Consistía en una torre cuadrada de 30 metros de altura, lo que la convertía en la estructura más alta de la Exposición. Ocupaba 250 metros cuadrados de planta y reducía su dimensión según se elevaba. Estaba formada por cuatro pilares metálicos arriostrados por tres forjados intermedios y la plataforma superior, a donde se debía acceder por una escalera de nueve tramos. De la plataforma bajaba una rampa cubierta por un toldo. Se desconoce si dicha plataforma era un ingenio para ascender parecido al ya citado Tapis Roulant o se trataba de una rampa para descender.

El promotor fue Vicente Anaya y no se tienen datos de quiénes fueron los contratistas o instaladores.

8.1.6 Cinematógrafo, ferrocarril metropolitano, laberinto, columpio mágico.

El cine había llegado a Valencia en 1896. Las primeras proyecciones tuvieron lugar en los teatros de la ciudad (el Apolo, el Ruzafa, el Princesa) ya que, generalmente, se combinaban con obras de teatro o piezas de zarzuela. A finales de ese año se instaló una sala de proyecciones dedicada exclusivamente al cine en una planta baja de la antigua Casa de Colomina, de la calle Zaragoza, frente al *Micalet*. Pocos días más tarde, se instalaba un pabellón en la calle de *les Barques*, llamado “Elíseo Exprés”. Al parecer, en marzo de 1897, se cerraron todos ellos por falta de películas y problemas técnicos. A partir de entonces y durante algunos años, el cine se vio asociado a los barracones de las ferias de julio y Navidad. Es decir, el público valenciano de principios de siglo conocía el cine, al que veía como una atracción ferial más. Por ello, no es extraño que en la Exposición, este fuera dispuesto junto con las otras atracciones, con las que formaba el mismo bloque arquitectónico, a la derecha del Palacio de Fomento. Junto a él se hallaba un edificio con escalinata en donde se había instalado un restaurante que ofrecía almuerzos o comidas a 2,5 pesetas. (Solaz, 2009)

El arquitecto del pequeño edificio donde se instaló el cinematógrafo fue Carlos Carbonell y el contratista fue Pedro Pedroso (Vegas, 2003). El negocio fue explotado por los empresarios Pizcueta y José Sierra; pero el edificio se quedó pequeño en sus dimensiones, y durante la Exposición, se debieron trasladar las proyecciones al Teatro-Circo, ya citado. También se celebraron en varias ocasiones sesiones de cine al aire libre usando la Fuente Luminosa.

Junto al cinematógrafo, se ubicaba una atracción llamada el Laberinto, dentro de un parque de atracciones más amplio, el café-restaurant y el llamado Ferrocarril Metropolitano, de la que no hay información. Se hallaban a ras de tierra, en una única altura, con una terraza superior y balaustrada, cubierta con toldos.

Por otro lado, el llamado Columpio Mágico estaba instalado en una construcción realizada bajo la influencia de los templos helénicos (aparentemente de madera y paneles ligeros); se situaba junto al quiosco de peladillas de Alcoy y el café-restaurant de José Olivella. No se dispone de información sobre la naturaleza de esta atracción, explotada por los empresarios Miguel y César Calvo.

8.1.7 Pasarela de la Exposición.

Junto con Los Urales, y la presencia masiva de la electricidad, la Pasarela fue quizás el mayor alarde tecnológico de la Exposición. Además, fue concebida para quedar como un recuerdo permanente del evento. Así que dio testimonio de su existencia durante casi cincuenta años, hasta que sus tramos centrales fueron arrastrados por la riada de 1957, y en consecuencia, fue derribada. Una circunstancia similar en la actualidad habría conllevado la restauración de los tramos dañados, considerando sobre todo su trascendencia como primer puente construido en hormigón armado y como único puente de estilo modernista de la ciudad de Valencia. Su vida dilatada, en comparación con gran parte de los edificios de la Exposición, permitió, sin embargo, la existencia de abundante material gráfico sobre este puente peatonal.

(Vegas, 2003) recuerda que no es el único caso en que se construía una infraestructura para dar acceso a una exposición, que era en realidad una expansión de los límites tradicionales de la ciudad, y que luego permanecía como recordatorio e invitación para el crecimiento urbano. Así fue en el caso de la pasarela de la Isla de los Cisnes, paralela al Puente

de Jena en la Exposición de París de 1878, o el puente metálico que daba salida al Parque de la Ciudadela al mar por encima de las vías de tren de la Estación de Francia, en la Exposición de Barcelona de 1888. En el caso de Valencia, como ya se dijo, había una tradición de construir pasarelas provisionales desde el *Pla del Remei*, que permitían mediante el pago de un peaje cruzar desde la ciudad a las Ferias de Julio, sin tener que caminar hasta el Puente del Mar o el Puente del Real.

Como se detalla en el Anexo I, a lo largo de junio de 1908, el Comité organizador estuvo estudiando las distintas alternativas técnicas y económicas para el proyecto de una pasarela o puente. Al parecer, Francisco Climent presentó dos propuestas de puentes metálicos (uno de ellos con cubierta) a la Comisión encargada de esta parte del proyecto.

El 21 de julio se resolvió construir una pasarela peatonal, en contra de la opinión del alcalde Mestre, que pretendía que también tuviese capacidad para carruajes. Todavía se hicieron gestiones con la compañía de tranvías por si esta estaba interesada en pasar un ramal por la pasarela, sin éxito.

Siguiendo a (Vegas, 2003), el jurado del concurso para elegir la mejor propuesta de diseño y construcción estaba formado por Luis Dicenta (ingeniero), Rafael Alfaro (arquitecto) y César Santomá (ingeniero). Fueron presentados siete proyectos, firmados por los siguientes ingenieros:

- Mauro Serret, que había participado en el diseño de la fábrica de tabacos de Valencia y presentó tres propuestas que no se conservan.
- Emilio Albiol, que presentó un proyecto que no se conserva y como se ha dicho, tendría una instalación propia en la Exposición.
- Gerardo Roig, que presentó un proyecto, que (Vegas, 2003) ha investigado.
- José Aubán, que resultó ganador. Según (Solaz, 2009) Aubán llevó a cabo el diseño y cálculo de la Pasarela en solamente tres días.

El contratista fue la empresa Miró Trepát y Compañía. (Solaz, 2009) dice equivocadamente que se trataba de una empresa valenciana; pero era catalana. Según (Vegas, 2003), la empresa del señor Juan Miró Trepát realizaba estudios, presupuestos, construcción de carreteras, ferrocarriles, tranvías eléctricos, aprovechamientos de agua, edificios industriales,

centrales eléctricas e incluso explotaba minas. Ostentaban el récord de ser la empresa que más vías de tranvías había colocado en España. Eran concesionarios en exclusiva del sistema Hennebique para el hormigón armado.

El mercado valenciano no les resultaba desconocido: había participado en la canalización de las aguas potables de la ciudad, en los muelles de mercancías de la Compañía Ferroviaria del Norte, en la estación de *Alzira*, en el Puente sobre el *Xúquer*, el pantano de María Cristina en Castellón y el mercado del *Grau*.

Las obras emplearon a unos 160 obreros que trabajaron alrededor de cuatro meses y más de 12.000 jornales. Los encargados del forjado de hormigón fueron obreros franceses. Las medidas de la pasarela dadas en el momento de su construcción eran 162 metros de longitud, 8,50 metros de ancho interior y 9,10 de ancho exterior, ocho tramos de 20,30 metros, apoyados sobre dos estribos y siete pilas de un metro de espesor. Las vigas fueron realizadas con hormigón de cemento Asland, arena de Pinedo y gravilla. Se emplearon 150 toneladas de hierro. A los extremos se alzaban dos obeliscos, uno en cada lado, y dos escalinatas. Catorce columnas de hierro, de siete metros de altura, servían de soporte a otros tantos focos eléctricos. Componían la parte ornamental varios medallones con escudos de Valencia y otros motivos artísticos. Como ya se ha visto, las obras, cuyo coste total fue de 144.550 pesetas fueron financiadas por el Comité ejecutivo de la Exposición y por el Ayuntamiento.



Figura 70: Pasarela de la Exposición. Fototipia Thomas. Fuente: (Solaz, 2009).

El 30 de abril de 1909 se dieron por concluidas las obras (con quince días de retraso), debido en gran parte a las modificaciones en las especificaciones iniciales sobre la anchura de la Pasarela. Las mismas intensas lluvias que provocaron el retraso de la inauguración, parecieron afectar al proceso de fraguado del hormigón, de forma que no se pudieron concluir todas las pruebas de carga para la inauguración. El Rey recorrió únicamente el segmento comprobado y tuvo que retroceder y cruzar el río por el puente del Real.

Se trataba de la primera gran estructura de hormigón armado construida en Valencia y además, según (Vegas, 2003) poseía el mérito de no estar construido por la firma madrileña del ingeniero Eugenio Ribera (contratista habitual de este tipo de obras públicas).



Figura 71: La actual Pasarela de la Exposición (del arquitecto Calatrava).
Foto: Amparo López Marzal.

8.1.8 Tranvía aéreo.

Cuando todavía había dudas de la posibilidad de construir la Pasarela (especialmente por su coste económico), el ingeniero Gil Sumbiela propuso construir un tranvía aéreo entre un lado y otro del cauce del río Turia, para solventar el problema del paso del público desde la ciudad

hasta el recinto de la Exposición. En realidad, era una transformación de un proyecto suyo de 1908 de un funicular eléctrico con cabina para subir al *Micalet* por su cara oculta (Llop, 1999). En (Trénor, 1912) se dice que Gil Sumbiela era un hombre “*fecundo en iniciativas probatorias de su vivo entendimiento y de su gran cariño a Valencia*”.

El Comité organizador se decidió definitivamente por la Pasarela, seguramente por la voluntad de permanencia, presente, como ya se ha visto, en muchos aspectos del proyecto. Gil Sumbiela no se desanimó y asumiendo el riesgo empresarial, diseñó e instaló el Tranvía Aéreo, que era en realidad un funicular de dos cabinas, que se deslizaban colgadas de un cable, entre dos torres metálicas a uno y otro lado del río, diseñadas por el arquitecto Ramón Lucini. El proyecto y su ejecución ocupó abundante espacio en la prensa coetánea, según dice (Pérez Puche, 1909); pero no se tiene constancia de su éxito empresarial. Se trató del segundo montaje de este tipo que se hacía en España, después del de Torres Quevedo y el primero de movimiento alternativo de dos cabinas. (Llop, 1999). Como ya se dijo, el contratista fue la fundición G. H. Bartle (Álvarez Rubio, 2001).



Figura 72: Tranvía aéreo sobre el Turia. Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

8.1.9 La electricidad en la Exposición.

Según relata en su memoria (Trénor, 1912), Trénor había contactado con la compañía bilbaína Hidroeléctrica Ibérica del Jucar para el suministro de 4.500 caballos de fuerza para el alumbrado de la Exposición, el puerto de Valencia, los tranvías de acceso y las demandas particulares. En vísperas de la inauguración, la compañía se desdijo de su compromiso. Así, que con carácter de urgencia, Trénor tuvo que pedir ayuda a la Compañía Lebón, Sociedad Valenciana de Electricidad e Hidroeléctrica del Turia, que suministraría un total de 1.000 caballos de fuerza.

Como ya se dijo en el capítulo anterior, la compañía Lebón tenía sus centros de transformación frente al Pabellón de Fomento. (Vegas, 2003) los sitúa dentro del pabellón, aunque no parece haber constancia fotográfica de esto. Según la memoria de Trénor, el Rey se sintió atraído por el tema, y en la visita de inauguración, preguntó por algunos aspectos a los ingenieros de la casa Maeso y Hediger.

El arquitecto Vicente Rodríguez fue el encargado de trazar las líneas generales del proyecto de alumbrado eléctrico. Había una instalación suplementaria de gas y de los citados mecheros Auer en las avenidas generales para el caso de que fallara la potencia eléctrica, y para economizarla en los momentos en los que el recinto quedara cerrado. El ingeniero Vicente Pichó preparó una propuesta de instalación general de alumbrado que fue aprobada por el Comité el 15 de abril de 1909. El 21 de mayo se realizó una prueba general de la iluminación del recinto. En estos ensayos se colocaron en la fachada de la fábrica de tabacos (Palacio de la Industria) dos escudos de Valencia y uno de España formados por bombillas incandescentes.

Como ya se dijo, el contratista de la instalación fue La Maquinista Valenciana, de Francisco Climent, que subcontrató en el montador electricista Sr. Cañas. La empresa encargada del suministro del material eléctrico y asesoría en el montaje fue la empresa guipuzcoana “La instaladora moderna” de Eustaquio Romero. Esta empresa ya había proporcionado el material para la iluminación de la Exposición de Zaragoza de 1908. En el contrato de suministro se especificaba que al clausurar la Exposición, Romero recogería y se llevaría el material.

El conjunto de la iluminación eléctrica del recinto estaba formado por 430 focos de arco voltaico de la A.E.G. Thompson Houston Ibérica,

según investigó (Vegas, 2003) en ejemplares del diario “Nuevo Mundo” de 1909. Estos focos se colocaban en grupos de tres sobre soportes especialmente diseñados. También se instalaron 40.000 lámparas incandescentes. Como ya se ha dicho al describir la arquitectura de los edificios, muchos de ellos se contornearon con bombillas eléctricas.

Como ha estudiado (Vegas, 2003), el recinto de la Exposición albergaba cuatro tipos de farolas destinadas al alumbrado del certamen: dentro de un primer grupo, las farolas modelo Exposición, las farolas sobre torres metálicas y las farolas sobre báculo de madera, todas ellas eléctricas. En un segundo grupo estarían las farolas de gas, de altura mucho menor y que eran las habituales en el alumbrado de la ciudad.

Las farolas modelo Exposición, las más vistosas, se erigieron en la zona de entrada del recinto y Avenida de Fomento. Las farolas sobre báculos de madera se extendían en gran número desde la fachada principal del Palacio de Industria hacia detrás. Las farolas sobre torres metálicas reforzaban la iluminación desde las esquinas. Las farolas de gas se alternaban con las eléctricas en las avenidas principales alrededor del Palacio de Industria.

La farola modelo Exposición recreó la presencia del evento en la imagen urbana hace unos pocos años cuando el Ayuntamiento decidió colocar unas réplicas en la Alameda, diseñadas por la empresa Roure SA de Barcelona. Están hechas de fundición, con un basamento, fuste y remate del báculo de motivos academicistas, y un candelabro superior de tres brazos de tirantes en sogas y ménsulas de guirnaldas, con acroterios alados en su extremo, de los que penden las luminarias. (Vegas, 2003).

Fuera del recinto, al paisaje urbano se incorporaron dos nuevas luminarias eléctricas: la farola de la Pasarela de la Exposición y las farolas fabricadas por el fundidor Genevois para ser erigidas con motivo de las mejoras urbanas. Estas últimas todavía están presentes en algunos puntos de la ciudad de Valencia.



Figura 73: Farola modelo Exposición, fabricada por Roure, en La Alameda. Foto: Amparo López Marzal.

8.2 La industria expuesta.

8.2.1 Organización del material expuesto.

Según las instrucciones contenidas en el (Reglamento, 1909), se procedió a clasificar los productos e instalaciones presentadas. Por un lado estaban todas las obras artísticas, que no interesan al presente trabajo. Por otro, los productos que presentaban las distintas empresas, particulares e instituciones. De acuerdo a un criterio bastante habitual en las exposiciones de la época, se hicieron dos divisiones: la primera acogería a aquellos productos considerados “Naturales” y la segunda a los productos y equipamientos considerados “Industriales”. Cada división contaba de diferentes secciones que a la vez, se dividían en grupos. En las siguientes tablas se muestra la taxonomía de las dos divisiones y el número de expositores premiados en cada grupo. (Trénor, 1912)

Tabla 28. Taxonomía de la División 1. Productos Naturales.		
Sección	Contenido.	Grupos
1	Productos del subsuelo: 38	1.- Minerales: 18
		2.- Tierras y piedras: 9
		3.- Hidrología y geología: 11
2	Productos del suelo: 5	2.- Silvicultura, botánica, cultivo, maderas: 1
		3. Productos vegetales y medicinales: 4
3	Agricultura general: 94	1 Agronomía: 2
		2 Abonos: 13
		3 Cereales: 66
		4 Productos de los cereales: 22
		5 Productores de azúcar: 1
		6 Diversos: 10
4	Árboles frutales: 48	1.- Frutales: 32.
		2. Frutas:16.
5	Horticultura: 74	1.- Leguminosas:36
		2.- Raíces, tubérculos: 28
		3.- Vegetales comestibles y sus métodos de conservación 10
6	Jardinería: 30	1.- Profesional: 1
		2.- Semillas y plantas: 23
		3.- Floricultura: 4
		4.- Material: 2
7	Fauna regional: 17	1.-Fauna terrestre: 4
		2.- Productos de la ganadería: 2
		3.-Avicultura: 1
		4.-Productos y efectos avícolas: 5
		7.-Caza y pesca: 5

Elaboración propia a partir de (Reglamento, 1908)

Tabla 29. Taxonomía de la División 2: Industrias y Fabricaciones.		
Sección	Contenido	Grupos
1	Edificación y ornato: 98	1.- Piedras y similares: 49
		2.- Carpintería y herrajes: 40
		3.- Ídem artística. Vidriería y pinturas: 9.
3	Indumentaria: 273	1.- Ropa blanca: 35
		2.- Modistería y sastrería: 17
		3.- Complementaria: 72
		4.- Industrias anexas: 109
		5.- Higiene y medicina: 40
4	Varia: 166	1.- Musical: 13
		2.- Metalistería: 17
		3.- Instrumentos de precisión: 7
		4.- Cristal y loza: 4
		5.- Recreativo: 14
		6.- Pedagogía: 105
		7.- Instituciones civiles: 6
5	Papel e impresos: 34	1.- Papel y cartón: 14
		2.- Impresos: 20
2 ó 6	Mobiliario y sus anexos: 94	1.- Habitación: 14
		2.- Mueblaje: 58
		3.- Alumbrado y calefacción: 16
		4.- Efectos de mesa: 6
7	Material y procedimientos generales de la industria mecánica: 64.	1.- Máquinas motrices directas: 25
		2.- Aparatos diversos mecánica general: 8
		3.- Máquinas herramientas: 7
		4.- Maquinaria agrícola: 24
8	Electricidad	1.- Electricidad: 10
9	Trabajos de ingenieros civiles. Medios de transporte: 31	2.- Carruajes y carros. Artículos de guarnicionero y talabartero: 10
		3.- Automóviles: 12
		4.- Material de ferrocarriles y tranvías: 1
		5.- Medios navales 8
10	Productos alimenticios y otros.	1.- Sólidos: 22
		2.- Líquidos: 204
11	Productos químicos.	1.- Grupo único: 19

Elaboración propia a partir de (Reglamento, 1908).

Sobre esta taxonomía hay que hacer varias consideraciones:

1.- Las dos divisiones no corresponden exactamente a las categorías “No industrial” frente a “Industrial”. Es decir, la División Primera agrupa tanto a productos de expositores que pueden ser considerados plenamente industriales (los de la fábrica azucarera del Gállego, en la Sección Tres, Grupo Cuatro (1.3.4), por ejemplo) junto a productos de comerciantes o coleccionistas (Fructuoso Teruel, de Ayora, que exponía minerales, en la Sección Uno, Grupo Primero (1.1.1), por ejemplo). Lo mismo ocurre con la División Segunda. Aunque nominalmente se trata de la División 2 de Industrias y Fabricaciones, se puede encontrar en ella a instituciones, que difícilmente pueden ser consideradas “industriales” (el Ayuntamiento de Alberique, en la Sección Diez, Grupo Segundo (2.10.2), por ejemplo).

Trabajos de investigación anteriores se han limitado a contabilizar los clasificados en ambas divisiones, para obtener una visión de conjunto. Siguiendo a (Trénor, 1912), dan las cifras de 1.321 empresas expositoras (306 “naturales”, frente a 1.015 “industriales”). Como se verá más adelante, algunos de los resultados obtenidos por el presente trabajo no coinciden exactamente con aquellos.

2.- Se trata de una clasificación cuya función era la asignación de premios a productos comparables. Aunque nominalmente los premios iban destinados a los productos o instalaciones que más destacaran, prácticamente todos los expositores recibieron su premio, como era (y es) corriente en este tipo de certámenes. Los galardones que se repartieron fueron “*Diplomas de honor*” o “*Diplomas de cooperación*” y/o “*Medallas de oro, plata y bronce*”. También obtuvieron distinciones aquellos participantes en los concursos acontecidos. La medalla-premio de la Exposición fue modelada por el escultor Mariano Benlliure y fabricada por la Casa de la Moneda, aunque se dio la circunstancia (Solaz, 2009) de que las medallas no pudieron ser entregadas hasta finales de febrero de 1911. Los diplomas fueron obra del artista Zapater (por cuyo original se pagaron 1.500 pesetas) y se entregaron a los expositores en los meses siguientes a la terminación del certamen.

3.- Nótese que la numeración de los grupos de premios no es siempre correlativa y es que las previsiones del Comité organizador fijadas en el (Reglamento, 1908) y descritas en el (Catálogo, 1909), no se correspondieron exactamente con los expositores que finalmente se

presentaron y abonaron su tasa y aparecen en la lista de premiados del último número de (Valencia, literatura, 1909). Así que se produjeron reorganizaciones y agrupaciones. Por ejemplo, originalmente la Sección Sexta de la Segunda División se dedicaba a Bellas Artes; pero en el listado de premios, aparece como “Mobiliario y sus anexos”, que era en un principio la Sección Segunda. En algún caso, estas reorganizaciones dieron lugar a grupos con una composición heterogénea y confusa, como los de la Sección Diez de la División Segunda, (2.10.1) y (2.10.2), donde son clasificados fabricantes de conservas junto a fabricantes de remos.

4.- La tabla anterior se trata de una clasificación de productos, no de empresas. Así, por ejemplo, un empresario como D. Juan Laporta Valor, de *Alcoi*, concursaba en la División Primera, Sección Primera, Grupo Segundo (1.1.2.), donde obtuvo “Diploma de mérito con medalla de oro”; porque en su instalación particular, que ya fue citada en el capítulo anterior, exponía mármol. Pero también participaba en la División Segunda, Sección quinta, Grupo Primero. (2.5.1) porque también exponía papel de fumar, que era, de hecho, su actividad empresarial principal. Su papel de fumar obtuvo “*Diploma de honor con medalla de oro*”. Es decir, una misma empresa puede aparecer contabilizada dos veces.

Afortunadamente, cada expositor tenía, en principio, un número único, que es el número que se le asignó cuando se inscribió y es el número que le identifica en el Catálogo de Expositores (Catálogo, 1909). A partir de ese número, se ha podido llevar a cabo el trabajo con la base que se explica en el Anexo II. Así por ejemplo, la empresa Trénor y Cía. está identificada con el número 505, tanto en (1.3.2), abonos, como en (2.3.4), industrias anexas a “indumentaria”, sacos en este caso.

En el caso extraño de que un expositor ocupara dos o más espacios, disponía de dos o más números en el catálogo. Por ejemplo, el representante comercial D.E. Stierlen tenía una instalación en el Palacio de Agricultura, con número de expositor 307, donde mostraba unos fungicidas e insecticidas, y otra en la Galería de Máquinas, con número de expositor 723, donde mostraba “*Aparatos indicadores y registradores de velocidad de gases*”, fabricados por la casa Worthington.

Según el catálogo, se asignó hasta el número 1377 (*Juan Juan “Aceite y aceitunas”, de la calle Rey D. Jaime de Adzaneta*), a expositores de la parte general y del 1420 al 1501 a la parte “*Fomento*” para las administraciones públicas de fomento. En realidad, hubo números que al final no se ocuparon y este trabajo de investigación ha contabilizado (como se

muestra en el Anexo II) 1047 expositores realmente presentes en el catálogo en la parte general, es decir 1047 instalaciones en la Exposición.

5.- El hecho de que dos productos aparezcan en el mismo grupo de premios no implica necesariamente que fueran expuestos juntos. Por ejemplo, en el grupo (2.4.1), musical, se agrupan algunos fabricantes y comerciantes de instrumentos musicales de la ciudad. Y mientras que Sres. Rodrigo Ten y Compañía, fabricantes de pianos, compartían espacio con Luis Tena (editor de partituras), A. Badía (Sociedad en Comandita) ocupaba una instalación propia, tal y como se ha descrito en el capítulo anterior.

8.2.2 Disposición física de lo expuesto.

Cuando se produjo el proceso de inscripción, cada expositor podía optar por el espacio que más conviniera a sus intereses. Según cita (Solaz, 2009), los expositores debían de suscribir las cédulas de adhesión que remitían al Secretario General, acompañando 2,5 pesetas por derecho de inscripción. Además, aquellos que solicitaran las instalaciones fijas deberían abonar 10 pesetas por metro cuadrado de terreno que ocuparan y 5 por cada metro cuadrado en el terreno al aire libre donde podían edificar sus pabellones. Los establecimientos de consumo, servicios, atracciones y espectáculos debían cumplir las reglas de construcción y explotación, siendo objeto de contratos especiales e individuales.

En el capítulo III del (Reglamento, 1908), se clasifica las “instalaciones” de la Exposición en función de su localización física:

Las instalaciones denominadas “cubiertas” eran las existentes en los edificios o galerías propiedad de la Exposición. En lo que se refiere a los propósitos de este trabajo de investigación, se trata de lo expuesto en:

- El Palacio de Agricultura.
- El Palacio de Industria

Las instalaciones denominadas “activas” eran las que acogían “a máquinas y artefactos o medios de trabajo que tuvieran que activarse o producir, y, en general, aquellas que necesitasen agua, gas o electricidad para su funcionamiento”

Las instalaciones denominadas “especiales” eran aquellas que reunieran productos de secciones distintas o las que, por su índole, no se encuadraran en una clasificación determinada.

Las instalaciones denominadas “aisladas” eran las que ocupaban los espacios entre los grandes pabellones, pudiendo estar al aire libre, según su naturaleza o en quioscos que serían costeados por los expositores. Ya se han descrito en el capítulo anterior.

A partir del trabajo realizado con la base de datos de expositores, que se describe en el Anexo II, se puede afirmar que la distribución física de estos fue:

Tabla 30.- Número de expositores contabilizados en cada lugar de la Exposición.	
Lugar en la Exposición.	Número de expositores.
Palacio de la Industria.	504
Palacio de la Agricultura.	316
Galería de máquinas.	39
Pabellón de motores	10
Maquinaria activa.	5
Pabellón de abanicos.	33
Pabellón de automóviles.	6
Palacio de Fomento.	78
Sala de Música.	10
Instalación propia.	51
No identificado	1

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos (véase Anexo II).

8.2.3 Contenido del Palacio de Agricultura.

Como ya se dijo en el capítulo anterior, en el Palacio de Agricultura y sus alrededores, se exponían mezclados tanto instalaciones y productos meramente agrícolas (vinos, frutas, hortalizas), como instalaciones o productos agroindustriales. También se explicó que estaba formado por un pabellón central cupulado y dos galerías a izquierda y derecha. Siguiendo la descripción de la visita que hace el (Catálogo, 1909), se pueden entresacar los contenidos industriales de dicho Pabellón:

Comenzando la visita desde el Teatro Circo, se podía ver en la Rotonda Derecha la instalación de Otto Medem, que la ocupaba por completo.

Había gran número de plantas, cuadros, análisis, etc. que para publicitar el abono Albert. Había además algunas máquinas agrícolas. En la parte opuesta, a la izquierda estaba la instalación del Insecticida Martínez y Mora.

En el fondo de esta Rotonda había una puertecita por la que se salía al campo de Experimentaciones agrícolas. En este punto se hacían sucesivos ensayos de máquinas para demostrar a los agricultores las ventajas de los procedimientos modernos de cultivos.

Una vez dentro, en la galería de la derecha, había varios expositores de vinos, cognacs y aceites y también de abonos y guanos, junto con productos agrícolas de varios municipios valencianos.

También se mostraban máquinas agrícolas y aparatos de sulfatar: El nivel tecnológico de la maquinaria era alto, como la trituradora de aceituna Salvatella, movida por electricidad. Según la información de la prensa, llamaba la atención la instalación de la Viuda e Hijos de Luis Casanova, que había incorporado el inevitable detalle folclorista de una labradora llevando cacahuetes en su falda y, alrededor de ella, las diferentes aplicaciones que se podían obtener de dicho grano. En el centro de cada uno de los pabellones, había un quiosco donde se exponían las frutas para concurso.



Figura 74: Interior del Palacio de la Agricultura. Archivo: Pingarrón-Esaín. Fuente: (Ateneo, 2009).

En la galería de la izquierda era donde se podía ver más equipamiento agroindustrial. A tal respecto, dice el (Catálogo, 1909):

“A la derecha, insecticida Esplugues, Guanos y Fosfatos Alemanes, de Merck. Colmena de D. Gabriel Delgado. Instrumentos agrícolas, de D. Ramón Ferrer. Facsímil de a fábrica de aceites de D. J.A. Escofet. Vinos y aceites, de D. Francisco Palop. Semillas y frutos, de D.E. Veyrat Hermanos. Colmena de don Francisco Moya. Planos y Estudios de la Acequia Real del Júcar, Aperos de labranza, de D. Francisco Ferrándiz y D. E. Tortajada. Arado, de D. José Luz. Una desgranadora, del Sr. Ferrándiz Mompó. Un aparato para la medición de distancias, de D. Francisco Pilat. Aparatos de labranza, de D. Antonio Casino y una incubadora, de D. P. Bourgoni.

En el centro, desde la otra puerta hasta esta, se hallan: Instalación de aparatos agrícolas de D. Domingo Gómez. Aparatos Agrícolas, del Sr. Cebriá. Instalación de Cognac, de D. J. Amat. Un insecticida. La instalación de los pueblos del distrito de Liria, La de los pueblos del distrito de Chelva-Villar. Abonos, de D. Claudio Vernay. Abonos y semillas, de Carsí y Compañía. Aceites y pastas de cacahuet, de la Viuda é Hijos de Tarazona. Capachos, de D. José Poveda. Insecticida Aliño.

Se sale á la Galería y por ella, se sigue hacia la derecha. Se ve allí la instalación de la Compañía Hidroeléctrica del Turia y se llega á la Rotonda de la Derecha.”

Como puede verse, la exposición se caracterizaba por la heterogeneidad y mezcla del contenido expositivo. Como se puede consultar de manera más detallada en la base de datos descrita en el Anexo II, lo contenido en el Palacio de Agricultura, puede clasificarse de acuerdo a la siguiente tabla:

Tabla 31.- Expositores en el Palacio de Agricultura de la Exposición Regional.			
	Sector	Tipo	Número.
Expositores No industriales. (productos agrícolas: vino, legumbres, patatas, etc.)			166
Expositores industriales.	Agroalimentario (molinería, aceites, licores, etc.)	Fabricante (productor)	22
		Comercio	70
	Metalmecánico (fabricantes de aperos, maquinaria, etc.)	Fabricante (productor)	7
		Comercio	9
	Química y de curtidos (abonos, insecticidas, etc.)	Fabricante (productor)	9
		Comercio	9
	Madera y afines (tonelería, envases, etc.)	Fabricante (productor)	5
		Comercio	0

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos (véase Anexo II).

8.2.4 Contenido del Palacio de la Industria.

En el número 12 de (Valencia, literatura, 1909) de 8 de agosto de 1909 se hace una descripción introductoria del contenido del Palacio de Industria:

“Consta el edificio de dos pisos. En la planta baja tienen su sitio las fábricas de azulejos y mayólicas de Manises, las de loza ordinaria de Alcora, Onda y otras poblaciones dedicadas a esta industria; las de objetos de cerámica y productos similares; los constructores de carros y de guarniciones; carruajes de lujo; los de aparatos de electricidad; los de máquinas de coser; todos los artículos relativos á Higiene; los fabricantes de licores, la industria armera, la de caza y pesca, arboricultura, maderas, portlands, mármoles, cementos, etc, etc.

En el piso principal, las salas señaladas con los números del uno al siete están dedicadas al gremio de ebanistas. Los fabricantes de sacos ocupan la sala número ocho; la nueve y diez los de tejidos de seda; los de paños de Alcoy la once; y del doce al quince, ambas inclusive, secciones de sedería, bordados y ropa blanca.

En el piso primero se han distribuido sus salas en la forma siguiente: en la primera y segunda se admiran valiosos muebles artísticos, aparatos de precisión, cromos, litografías, etc, etc. En la sala tercera la industria del papel tendrá una notable instalación, así como las máquinas de escribir en la sala cuarta; en la quinta los zapateros y en la sexta artículos para la fabricación de aquella industria y la alpargatería resultarán instalaciones muy interesantes. Los somniers metálicos y camas tienen destinada la sala séptima. La fabricación de juguetes la octava y las señaladas con los números del nueve y diez los productos alimenticios sólidos. Los expositores obreros tienen sitia (sic) en la instalación general que es gratuita, y ocupan las salas once, doce, trece, catorce y quince.

Finalmente, en el piso principal hay una sala en la que se exponen pieles curtidas, en otras fonógrafos y en otra paquetería, lencería, etc.”

En el (Catálogo, 1909) hay una descripción mucho más detallada, que permite completar la anterior y que se sintetiza en la siguiente tabla:

Planta baja.	Patio grande de la derecha	Lozas, baldosas hidráulicas, material de construcción.
	Sala 1ª	Fábricas de azulejos de Manises.
	Sala 2ª	Mosaicos Nolla y otros fabricantes de Castellón.
	Sala 3ª	Mármoles, minerales.
	Sala 4ª	Esmaltes de La Artístico Industrial.
	Sala 5ª	Cerrajería y fundición. Pequeñas piezas y apliques.
	Sala 6ª	Joaquín Blanch. Carruajes y carrocerías de carro.
	Sala 7ª	Diversas piezas y montajes eléctricos.
	Sala 8ª	Diversas máquinas, de extinguir incendios, de coser, de gasificar.
	Sala 9ª	Farmacia, higiene y perfumería.
	Sala 11ª	Esta sala acogía una gran diversidad de productos, como ortopedia, vinos, ceras, aparatos de gimnasia.

	Sala 12 ^a	Aguardientes y licores.
	Sala 13 ^a	Fábricas de harinas.
	Sala 14 ^a	Esta sala acogía una gran diversidad de productos, como barcas, cueros, aguas medicinales.
	Patio de la izquierda	Instalación de la Compañía arrendataria de tabacos, mármoles, y publicidad de pintores.
Piso Primero	Salón de curtidos	Curtidores y tenerías.
	Sala de Joyería y Orfebrería	Trabajos de orfebrería.
	Sala 1 ^a	En estas salas, se mostraba la llamada “Sección de Muebles y Ebanistería”, que englobaba tanto procesos productivos y exposición de herramientas, como instalaciones de muebles, despachos, cuartos de dormir de los distintos fabricantes.
	Sala 2 ^a	
	Sala 3 ^a	
	Sala 4 ^a	
	Sala 5 ^a	
	Sala 6 ^a	
	Sala 7 ^a	
	Sala 8 ^a	Tejidos de yute.
	Sala 9 ^a	Sedería, tanto productos finales como productos intermedios y medios de producción.
	Sala 10 ^a	
	Sala 11 ^a	Paños de <i>Alcoi</i> .
	Sala 12 ^a	Tejidos, lonas, peletería, tejidos de algodón.
	Sala 14 ^a	Confección, tintorerías, sastrería, encajes.
Sala 15 ^a		
Sala Sin número	Tejidos varios.	
Piso segundo	Sala José Ortega	Litografías y trabajos de artes gráficas de esta empresa.
	Sala 1 ^a	Exposiciones de muebles: comedores, dormitorios.
	Sala 2 ^a	Pequeño equipamiento metálico para artes gráficas.
	Sala 3 ^a	Papelería y litografía.
	Sala 4 ^a	Máquinas de escribir y tintas.
	Sala 5 ^a	Indumentaria. Calzado.
	Sala 6 ^a	Alpargatería.
	Sala 7 ^a	Camas de hierro

	Sala 8ª	Juguetes.
	Sala 9ª	Confitería, productos químicos, pastas.
	Sala 10ª	Horno de cocer pan, sales.
	Sala 11ª	Cerrajería.
	Sala 15ª	Aeroplanos de Olivert y de Sanchis Tarazona.

Fuente: Elaboración propia a partir de (Catálogo, 1909)

Como puede comprobarse, había una gran heterogeneidad en lo expuesto. En alguna sala, por ejemplo, en la sala 10ª del Piso Segundo, se podía encontrar una instalación plenamente industrial, como el horno de pan del pequeño fabricante metalmecánico Peregrín Ballester, de *Burjassot*, junto a los “*trabajos de las alumnas de la Escuela Normal de Maestras, de Granada*”

Además, existe una dificultad añadida para llevar a cabo un estudio adecuado de lo expuesto en el Palacio de la Industria. Los expositores pueden ser industriales y fabricantes; pero también meros representantes o comerciantes. Así, por ejemplo, en la Sala 5ª (indumentaria), exponían fabricantes importantes de calzado como Rafael Gil Colomer, junto a Rafael Monerris, que era un comerciante de *Xàtiva*, cuya empresa todavía existe en la actualidad, con el nombre de Calzados Chari.

Del mismo modo que se ha hecho para el contenido del Palacio de Agricultura, a partir del (Catálogo, 1909) se ha llevado a cabo un trabajo de identificación y delimitación de los distintos expositores, cuyos resultados se muestran en la siguiente tabla según investigado en la base de datos (véase el Anexo II).

Tabla 33.- Expositores en el Palacio de Industria de la Exposición Regional.			
Expositores industriales	Sector	Tipo	Número
	Sedería	Fabricante	18
		Comerciante	10
	Textil y afines (pañería, papelería, sastrería, lino, yute, etc.)	Fabricante	93
		Comerciante	47
	Química y curtidos (química, farmacia, pinturas, calzado, teneduría, etc.)	Fabricante	42
		Comerciante	28
	Madera y afines (muebles, juguetería, etc.)	Fabricante	59
		Comerciante	11
	Cerámica y construcción (mármoles, azulejos, vidrio, etc.)	Fabricante	40
		Comerciante	8
	Electricidad (equipamiento eléctrico)	Fabricante	5
		Comerciante	3
	Metalmecánica (fundiciones, fabricantes de maquinaria, objetos de bronce, platería, etc.)	Fabricante	42
		Comerciante	24
	Otros sectores (ortopedia, medicina, etc.)	Fabricante	6
		Comerciante	12
Expositores No industriales.		Servicios, docencia	3
		Comerciante	9

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos (véase Anexo II).

8.2.5 Contenido de la Sala o Galería de Máquinas.

Como ya se dijo en el capítulo anterior, la Sala de Máquinas ocupaba el espacio que iba a ser destinado como futuro almacén de la fábrica de tabacos y que en la actualidad, sigue formando parte del complejo arquitectónico. Por su naturaleza, todo el contenido de la Sala de Máquinas era industrial. En este caso, es adecuado seguir la descripción de la visita que hace el (Catálogo, 1909):

“Primera Sala.- A la entrada, en el centro, se halla la instalación de la Viuda de Mariano Bou, que presenta una máquina de aserrar madera, una prensa para ladrillos, una galera para preparar maderas, y bombas. Detrás de la anterior, se encuentra la instalación de D. P. Valls Beles, que presenta un gran aparato rectificador continuo para la fabricación de alcoholes. A la derecha de la puerta, un torno, un cilindro y otros aparatos que presenta D. Vicente Tarrasa. Al lado, una guillotina para telas, de D. Manuel Fabra. Sigue una instalación de puertas de hierro onduladas para carnicerías y tiendas, de Agustín Marçet. Cribas y medidas métricas de D. Vicente Langa. Una instalación con un caballete y una plancha metálica con un busto en alto relieve de D. Francisco Albors. Una caja de caudales, de D. José Matalí. Instalación con objetos de bronce, de D.E. Camarasa. Caja de caudales, de la “Sociedad Anónima Española”. Turbinas hidráulicas, de D. José Amorós. Máquinas limpiadoras de harinas y de arroz, de D. Bienvenido Marí. Cueros y correas para maquinaria de los Hijos de D. H. Segarra. Aparatos indicadores y registradores de velocidad de gases, de D. E. Stierlen. En el centro de la sala, cocinas de coke, lavabos W.C. y aparato para la fabricación de hielo, de los Sres. Hijos de Vicente Sala. Al lado, manguillas de hierro fundido, y un busto de D. Tomás Trénor, de los Sres. Gens y Sobrinos. A la izquierda de la sala, objetos de fundición en bronce, campanas, grifos y bombas, de los Sres. Moreno é Hijos. Un chasis para automóvil y aparatos para cortar cuero, de los Sres. Vela y Lafont en Comandita. Al lado, maquinaria de Alexandre Hermanos.

Segunda Sala.- A la derecha, aparatos de destilerías industrial y vínica, y filtros, de D. José Segura. Al lado, un puesto de venta de objetos de acero y herramientas de A. Hening. Prensas para fabricar aceites y vinos, y norias, de los Sres. Aldudo y Pascual. Básculas y cajas de caudales, de D. José Menaya. En el centro de la sala, instalación de Lladró y Compañía, que presentan un coche de tranvía de doble truco; otro coche de tranvía eléctrico de cuatro ruedas, un vagón de ferrocarril, vía de 1 metro, mixto de primera y segunda. Al lado izquierdo, cadenas de hierro formando una cortina, de don Ramón Garro. Norias, prensas y turbinas hidráulicas, de los sres. Bartual y Martínez. Cocinas económicas de D. Juan Sala. Máquinas de vapor vertical, de Alexander Hermanos. Hilados y telar de lino, de D. Joaquín Navarro. Tubos de plomo y perdigones, de los hijos de Jorje (sic) Bartle. Manguillas de hierro fundido de D. Guillermo Bartle.

Tercera Sala.- A la derecha, motor de tranvía eléctrico, ascensor, un grupo eléctrico, bomba y motores de corriente continua de “La Industria Eléctrica”. Básculas de diferentes sistemas, de D. V. Sanz Simón. A la izquierda, motor y máquina de gas pobre, de D. Tomás Aznar é Hijos. Molino para elaborar arroces, del Sr. Sendra. Prensa de aceite de D. Tomás Sanz. Ascensor y montacargas, de D. Enrique Cordellat. Maquinaria de D. A. Puigianer. En el centro, máquinas de vapor, máquinas de cepillar madera, dos grupos con motor de gasolina, y una dinamo de A.

Hening. En el ángulo de la izquierda, aparato para la conservación de la masa de pan, de D. Joaquín Roca. Amasadora, de D. Ernesto Ferrer. Maquinaria de E. Grego. Fundición de plomo, de Hijos de M. Arquer y Fumistería, de la señora viuda de A. Bort”.

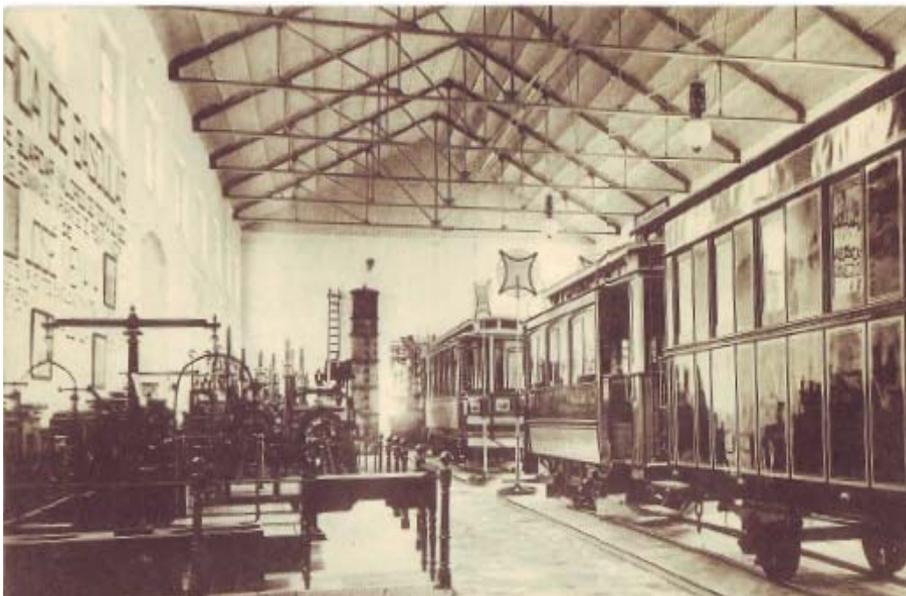


Figura 75: Contenido de la Galería de Máquinas. Postal Luis Crumière.

Fuente: (Solaz, 2009)

Casi todos los expositores de esta Galería de Máquinas, pueden ser englobados dentro del Sector Metalmecánico, tal y como se describió en el cuarto capítulo. Pero conviene advertir que había ciertas diferencias entre ellos. Exponían grandes empresas, como la fundición de *Almàspera Lladró y Compañía*, junto a pequeños fabricantes, con pequeños talleres, como José Matalí, que fabricaba cajas de caudales y cajas metálicas en la Calle de *les Barques*. En cualquier caso, su contenido muestra un sector metalmecánico valenciano pujante, de gran capacidad tecnológica e industrial.

8.2.6 Contenido del Pabellón de Motores.

Del mismo modo que la Sala de Máquinas, el Pabellón de Motores iba a ser destinado para albergar los generadores y motores de la futura fábrica de tabacos, y en la actualidad, sigue formando parte del complejo arquitectónico. El contenido de dicho Pabellón, mucho más pequeño

que la Sala de Máquinas, también era industrial. Siguiendo la descripción de la visita que hace el (Catálogo, 1909):

‘En los dos pabellones que tiene este edificio, están expuestos:

En el Pabellón de la Izquierda: Entrando, á la izquierda, instalación de artículos de fumistería, de José Cañómeras, Baterías de cocina de Rómulo Bosch y Alsina. Sigue Maquinaria de José y Desiderio Boronat. Al derecha, máquinas y bombas para elevación de aguas, de Llórens y Aguilar.

En el Pabellón de la derecha. Instalación de los Sres. Vilanova Hermanos. Maquinaria para elevación de agua, elaboración de aceites y vinos.’

Nótese que las máquinas expuestas en este Pabellón no estaban en funcionamiento. Las máquinas que requerían alimentación de agua para su exhibición, o energía para su funcionamiento, se exponían en la siguiente instalación.



Figura 76: La Galería de Máquinas y el Pabellón de Motores en la actualidad (parte de atrás de la fábrica de tabacos). Foto: Amparo López Marzal.

8.2.7 Sección de Maquinaria Activa.

Como se dijo en el capítulo anterior, la atracción de Los Urales fue concebida con una función doble: lúdica por un lado; pero de cubierta estructural para los expositores que deseaban mostrar sus máquinas en funcionamiento. Sobre ella, dice el (Catálogo, 1909):

“La cubierta es de forma de viaducto circular oblonga, de 80 metros de larga, por 40 de ancha y 14 de altura en uno de sus extremos. El armazón de esta cubierta está formado por montantes y vigas de celosía, con elementos cruzados, teniendo tramos de 10 metros de luz, siendo circulares los que corresponden á la parte curva. Sobre estos montantes ó pies, han sido colocados, á 4,60 metros de altura, unos cuchillos curvilíneos de 14 metros de largo que, quedando entrelazados, forman una ligerísima armada circular cubierta con madera machambrada y cartón cuero-impermeable que mide una superficie de 2.775 metros cuadrados”.

Como ya se dijo, el diseñador y montador de esta instalación fue La Maquinista Valenciana y el suministrador de la cubierta fue fabricante barcelonés Roviralt & Cía.

Siguiendo el (Catálogo, 1909) y verificándolo con las numerosas fotografías que se conservan de la instalación, se puede listar a los expositores presentes:

- Instalación de la Sociedad Española de Carbuos Metálicos, que exponía varios de sus productos: carbuos, purificadores, sopletes, un cinematógrafo con lámpara de acetileno, etc.
- Instalación de Maquinaria de la Granja-Escuela de Valencia: noria y aparatos de varias clases.
- Instalación de la casa Ciurana, Bellver y Castellano.
- Instalación de la maquinaria fabricada por La Maquinista Valenciana.
- Instalación de la maquinaria fabricada por Hijos de Andrés Ferrer.
- Instalación de los Sres. Juan Marco y Dolz, que mostraban una caldera tubulada desmontable, y otra caldera multitubular.
- Instalación de La Primitiva Valenciana, de D. Bartolomé Montañés, que mostraba tres máquinas de vapor (de 30 caballos, de 16 y de 8), una máquina de afilar sierras, cuatro prensas hidráulicas, un juego de bombas, una bomba centrífuga, un

rodete hidráulico y una dinamo para producir fluido eléctrico para el alumbrado de la instalación.

- Instalación de Devís y Noguera, con dos calderas, una legidora, una caldera tubular y un hogar interior desmontable.
- Instalación de Alexander Hermanos, con un aparato montapajas, máquina de vapor alimentando una bomba y otra bomba con recipiente.
- Instalación de don Enrique Grego, con un motor de gas acetileno, con bomba centrífuga.

Nótese que podía haber empresas que ocuparan dos espacios en la Exposición. Concretamente, los dos últimos fabricantes metalmecánicos del listado anterior (Alexander Hermanos o don Enrique Grego) mostraban máquinas en funcionamiento en esta sección y productos en el Pabellón de Motores. Eso introduce otro factor de discordancia entre las cifras de trabajos anteriores, que no han advertido ese hecho y las obtenidas por este trabajo de investigación.

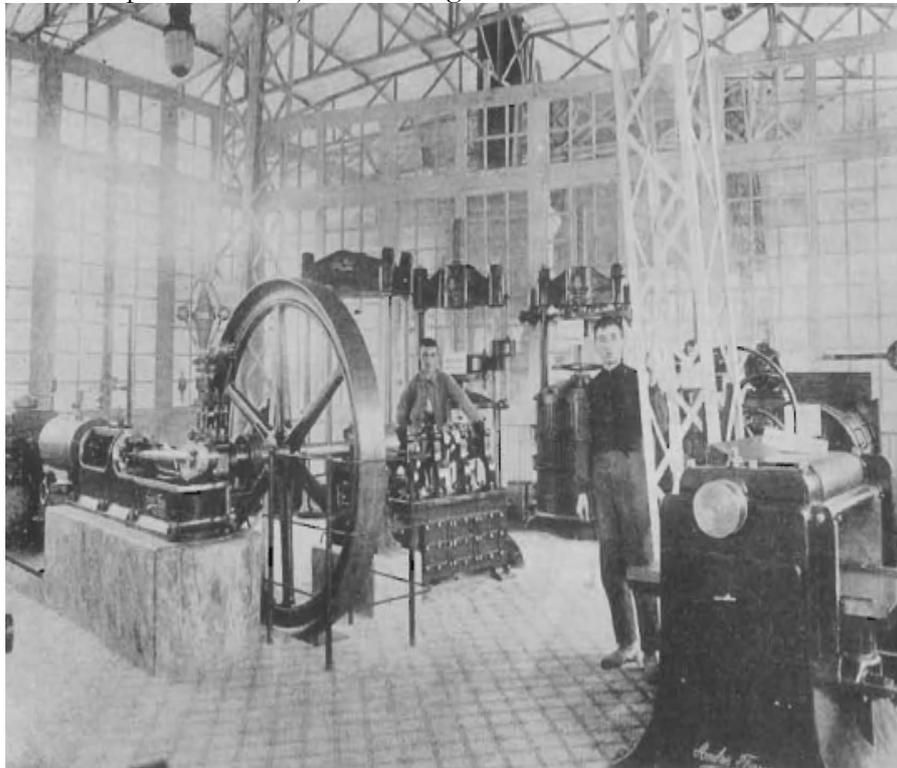


Figura 77: Instalación de los Hijos de Andrés Ferrer en la Sección de Maquinaria activa. Fuente: (Valencia, literatura, 1909)

8.2.8 Síntesis: productos y maquinaria industrial expuestos en la Exposición.

A partir de las descripciones anteriores y del trabajo llevado a cabo con la base de datos de expositores presentes en la Exposición, se han generado las siguientes tablas, que sintetizan los resultados obtenidos:

Tabla 34.- Industria expuesta en la Exposición Regional (sectores) en todos los Pabellones.		
Sector	Tipo	Número
Sedería	Fabricante	18
	Comerciante	10
Textil y afines (pañería, papelería, sastrería, lino, yute, etc.)	Fabricante	106
	Comerciante	49
Química y curtidos (química, farmacia, pinturas, calzado, teneduría, abonos, insecticidas, etc.)	Fabricante	53
	Comerciante	40
Agroalimentario (molinería, aceites, licores, etc.)	Fabricante	59
	Comerciante	82
Madera y afines (muebles, juguetería, tonelería, envases, abaniquería, instrumentos musicales, etc.)	Fabricante	105
	Comerciante	15
Cerámica y construcción (mármoles, azulejos, vidrio, etc.)	Fabricante	45
	Comerciante	8
Electricidad (equipamiento eléctrico)	Fabricante	6
	Comerciante	3
Metalmeccánica (fundiciones, fabricantes de maquinaria, objetos de bronce, platería, fabricantes de aperos, maquinaria agrícola, etc.)	Fabricante	91
	Comerciante	43
Transporte (automóviles, componentes, etc.)	Fabricante	4
	Comerciante	3
Otros sectores (ortopedia, medicina, etc.)	Fabricante	12
	Comerciante	20

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos (véase Anexo II).

Esto proporciona un total de 772 expositores industriales sobre los 1047 identificados. Esta cifra no coincide con la dada por otros autores, aunque es el del mismo orden de magnitud. Por ejemplo, (Vegas, 2003) dice “316 eran naturales del campo y 682 eran manufacturados”. Pero

son datos que proceden de la mera contabilización de los premiados en cada sección (Valencia, literatura, 1909) y (Trénor, 1912), que como ya se ha visto, no resultaba ser un procedimiento adecuado.

En lo que se refiere a la clasificación por sectores, (Vegas, 2003) también usa la contabilización por premios y dice: “de los manufacturados, 48 eran del sector de la maquinaria, 137 expositores industriales (destacando la industria textil y de confección, sobre todo Alcoy), 127 expositores de mobiliario e industrias afines, 58 expositores del ámbito de la construcción y la cerámica, y 36 de química (muchos de ellos cosméticos).” Que no corresponde exactamente a las cifras calculadas en este trabajo de investigación indagando más particularmente las actividades de cada expositor (base de datos explicada en el Anexo II) y usando como sectores para la clasificación los estudiados en el capítulo cuarto.

Por otro lado, en lo que se refiere a la procedencia geográfica de los expositores, se han obtenido los siguientes resultados:

Lugar		Número	Totales
Provincia de Valencia	Valencia capital	626	Provincias valencianas: 911
	Resto provincia.	137	
	Total provincia.	763	
Provincia de Castellón		47	(Trénor, 1912) da un total de 1.202.
Provincia de Alicante	<i>Alcoi</i>	40	
	Resto provincia.	61	
	Total provincia.	101	
Cataluña	Barcelona	44	Fuera Provincias valencianas: 95.
	Resto Cataluña.	11	
	Total Cataluña	55	
Madrid		14	(Trénor, 1912) da un total de 119.
Aragón		5	
Otras provincias		12	
Extranjero		9	

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos (véase Anexo II).

Estas cifras no coinciden con lo dado por (Trénor, 1912) puesto que él contabiliza juntos “agricultura” e “industria”. (Pérez Puche, 2009), con

las cifras de (Trénor, 1912) da, 998 expositores valencianos, procedentes de 110 municipios; pero no aclara si se refiere a expositores industriales.

Atendiendo a las hipótesis iniciales que se plantearon en el capítulo dos, conviene también considerar el uso de publicidad por parte de las empresas de los distintos sectores. Así, se ha anotado si se ha encontrado publicidad del expositor en las publicaciones usadas: (Catálogo, 1909), (Guía, 1909) o (Valencia, literatura, 1909):

Tabla 36.- Uso de la publicidad por parte de los expositores de los distintos sectores.		
Sector	Tipo	%
Sedería (total: 28 expositores)	Publicidad	7
	Sin Publicidad.	93
Textil y afines (total: 155 expositores)	Publicidad	10
	Sin Publicidad.	90
Química y curtidos (total: 93 expositores)	Publicidad	5
	Sin Publicidad.	95
Agroalimentario (total: 141 expositores)	Publicidad	4
	Sin Publicidad.	96
Madera y afines (total: 120 expositores)	Publicidad	10
	Sin Publicidad.	90
Cerámica y construcción (total: 53 expositores)	Publicidad	7
	Sin Publicidad.	93
Electricidad (total: 9 expositores)	Publicidad	33
	Sin Publicidad.	66
Metalmecánica (total: 134 expositores)	Publicidad	20
	Sin Publicidad.	80
Transporte (total: 7 expositores)	Publicidad	0
	Sin Publicidad.	100
Otros sectores (total: 30 expositores)	Publicidad	6
	Sin Publicidad.	94

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos (véase Anexo II).

Para acabar este apartado, en lo que se refiere a la participación de los expositores industriales presentes en la Exposición Regional Valenciana en otras exposiciones, se han obtenido los siguientes resultados:

Tabla 37.- Presencia de los expositores industriales presentes en otras exposiciones previas.	
Tipo de exposición:	Número:
Internacionales	46
Españolas	58
Valencianas	62
No consta	606

Fuente: Elaboración propia a partir de la base de datos (véase Anexo II).

9 LA INDUSTRIA VALENCIANA A PARTIR DE 1909.

Como se ha visto en el cuarto capítulo, muchos de los sectores industriales valencianos habían experimentado un importante crecimiento en las décadas finales del XIX y en los primeros años del XX. Ese crecimiento tuvo su reflejo en la Exposición.

Por ejemplo, la industria del mueble fue posiblemente la que más atención atrajo en el certamen. De alguna manera, se mostraba que el mueble valenciano en torno a 1909 había superado largamente la etapa de manufactura para entrar en la producción en serie y abastecer en gran escala los mercados interiores y exteriores. En 1913, los talleres relacionados con la madera en la ciudad de Valencia representaban el 25% del total de instalaciones industriales de la urbe (99 según (Reig, 2007B)); por entonces se exportaban por el puerto del *Gran* muebles por valor de 728 millones de pesetas, cifra sólo superada en esa década por el año 1916, con 809 millones. (Martínez Gallego, 1995).

La Exposición Nacional fue clausurada en noviembre de 1910. En los años inmediatamente posteriores, siguió un crecimiento sostenido de la economía valenciana. Por ejemplo, el número total de sociedades constituidas se mantenía constante e incluso los porcentajes respecto al total español tendían a crecer.

Año	Número sociedades P.V.	Número sociedades España	%	Capital total sociedades constituidas (millones de pesetas corrientes)	Com.	Col.	Anón.
1909	113	1.166	11,4	2,8	0,6	1,7	0,4
1910	125	1.157	10,8	3,8	0,7	2,3	0,7
1911	124	1.149	10,8	9,6	0,4	1,3	7,8
1912	142	1.198	11,8	3,8	0,5	1,7	1,5
1913	170	1.291	13,2	6,1	0,2	2,4	2,5
1914	164	1.272	12,9	7,2	0,1	2,7	4,3

Fuente: (Soler, 1980)

Otro matiz que se puede observar, es que mientras que la ciudad de Valencia mantiene su importancia respecto a su provincia, los diversos núcleos industrializadores situados en la provincia de Alicante empiezan a conferir a esta un peso mayor respecto al ranking español.

Tabla 39.- Número de instalaciones industriales. Ratio ciudad-provincia en la industria valenciana en 1914.			
Provincia	Peso relativo de la capital	Resto de la provincia	Número de orden en el ranking provincial español (también se consideran las provincias vascas).
Alicante	37,8%	62,2%	3
Castellón	39,6%	60,4%	8
Valencia	62,6%	37,4%	4

Fuente: (Martínez Gallego, 1995) a partir de (Ministerio de Trabajo, 1931)

Estas y otras cifras macroeconómicas muestran un crecimiento económico sostenido. ¿Se puede concluir de ellas que la Exposición Regional tuvo un impacto positivo sobre la economía industrial valenciana? Atendiendo a lo dicho en los capítulos seis y siete, no se puede defender esa conclusión.

La Exposición fue un éxito en lo simbólico; pero su resultado financiero fue negativo. Y ello fue así no solamente por la desafortunada coincidencia con el inicio de la Guerra de Melilla y los gravísimos incidentes de Barcelona, sino porque no podía ser de otra forma. Como se comentó cuando se estudiaron las grandes exposiciones decimonónicas en el quinto capítulo, la función de esta clase de eventos dejó de ser comercial en la segunda mitad del siglo. La Exposición Regional Valenciana de 1909, como aquellas, sirvió para la exhibición de la capacidad financiera y productiva de la burguesía industrial (la valenciana en este caso); pero no para incrementar las cifras de negocio y de comercio.

De hecho, la Exposición supuso un quebranto económico para algunos de los industriales participantes en el proyecto. Especialmente, y como ya se ha descrito, para Trénor. Además de la deuda que asumió, su temprana muerte cortó de raíz la posibilidad de que desarrollara nuevos proyectos para la sociedad valenciana.

En tanto que la Exposición no podía cumplir la función de acicate del comercio, la burguesía industrial valenciana, tuvo que buscar otros caminos. Parte de la experiencia y de la capacidad organizativa generada por la Exposición se dirigió a la organización de un nuevo tipo de eventos. Así, en 1917, en una Valencia en la “*que se advertía la abundancia de dinero*”, según la prensa de la época (Reig, 2007B), se organizó la que sería la Primera Feria de Muestras de España.

La entidad convocante no fue el Ateneo Mercantil, sino la Unión Gremial, fundada cuatro años antes y presidida por José Grollo. Entre el 10 y el 31 de mayo, en las instalaciones de la nueva Estación del Norte y el cercano colegio San Vicente Ferrer, tuvo lugar el certamen. Después, en los años 20, se celebraría de manera fija en los Llanos del Real, junto al curioso Palacio de la duquesa de Ripalda (que se derribaría en 1968).

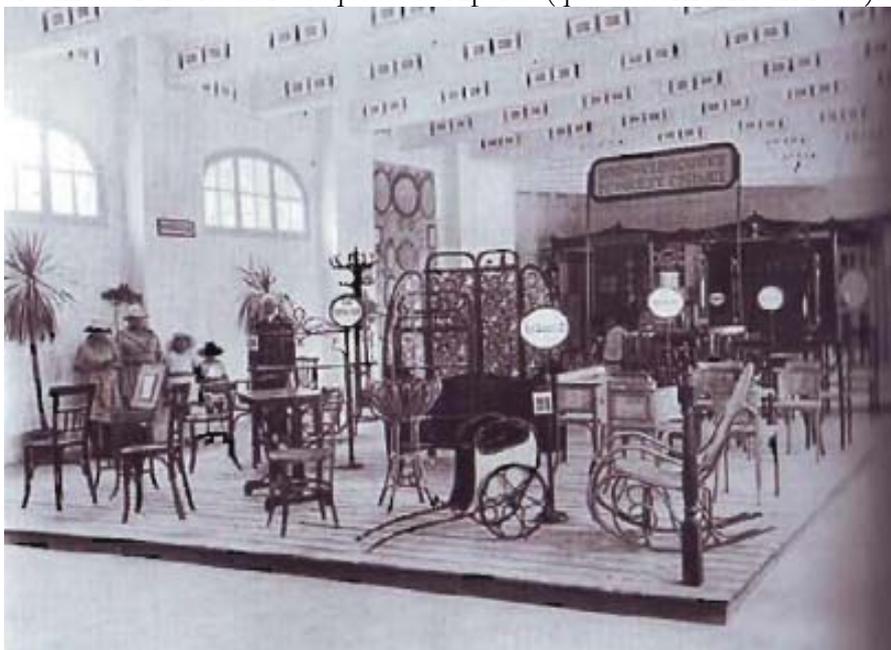


Figura 78: Instalación de la Asociación de Fabricantes de Mueble Curvado en la Feria de Muestras de 1922. Fuente (COIICV, 2007).

Los primeros certámenes fueron heterogéneos pero, con el desarrollo económico, los que comenzaron como pabellones temáticos –cerámica y mueble, automoción o jardinería (el primer salón se celebró en Viveros promovido por la Concejalía de Jardines), se convirtieron en ferias monográficas. Curiosamente, durante muchos años, los comerciantes de Marruecos (entonces provincia española) levantaron un pabellón fijo que utilizaban cada año. Nuevos industriales valencianos se incorporaron a los catálogos de expositores, como el fabricante de lámparas Mariano García y Mariner, que a su vez, era uno de los principales promotores de la feria. Su estudio y enumeración excede a los objetivos de este trabajo. En cualquier caso, es inevitable establecer una relación entre la Exposición y esas Ferias de Muestras de los felices años veinte. (Valencia, 1967)

Volviendo de nuevo al terreno económico, se podría argumentar que la Exposición abrió otras posibilidades: la oportunidad que proporcionó a los pequeños industriales de entrar en contacto con alguna tecnología innovadora. Por ejemplo, en el campo de los incipientes motores eléctricos, o en el campo de la química, en eclosión en aquellos años. Pero estas consecuencias económicas hubieran fructificado a medio plazo. Sin embargo, tuvo lugar un acontecimiento que transformó completa y radicalmente el panorama económico general, hasta tal punto que es imposible hacer afirmaciones sobre las tendencias de los distintos sectores industriales valencianos en los años inmediatamente posteriores a la Exposición. El asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo el 28 de junio de 1914, apenas 3 años después de la clausura de la Exposición Nacional, supuso el estallido de la Primera Guerra Mundial. La Gran Guerra ocasionaría un efecto inmediato y duradero sobre todos los sectores económicos (e industriales) españoles y valencianos.

Según (Reig, 2007B), la guerra europea distorsionó por completo la economía de los países beligerantes y tuvo importantísimas consecuencias en los que permanecieron al margen del conflicto. Este autor afirma que no puede decirse que las consecuencias de la guerra fueran buenas o malas para la economía valenciana, puesto que la valoración depende de los sectores y de los productos considerados; pero que es indudable que al final de la contienda (1918), muchas cosas “habían cambiado para siempre”.

La guerra afectó a dos de los productos que constituían la base de las exportaciones valencianas: la naranja y el arroz. En el caso de la naranja,

se arrastraba un problema que era previo al conflicto; pero que se agravó con él. La exportación se realizaba mediante agentes de los compradores extranjeros, que fijaban los precios en los mercados valencianos de origen y eran los que se llevaban la parte más sustanciosa del negocio (y también corrían más riesgos). La guerra disminuyó drásticamente la demanda y al mismo tiempo, encareció los fletes con lo que los mayoristas imponían unos precios tan bajos a los productores valencianos que el sector no cubría los costes.

Para suplir la caída de las exportaciones, los agricultores se volvieron hacia el mercado interior; pero tropezaron con las crecientes dificultades del transporte. Debido a la escasez general de carbón, las prioridades de transporte eran reguladas gubernativamente y la naranja no era una prioridad.

Con el arroz ocurrió lo contrario. Los cereales se convirtieron, de repente, en un producto muy demandado por los mercados europeos. Hasta el punto de que el Gobierno tuvo que tomar medidas restrictivas para evitar que quedara desabastecido el mercado interior.

Del mismo modo, los fabricantes de harina consiguieron enormes beneficios con la Gran Guerra, puesto que se liberalizó la entrada de granos en España y su capacidad molturadora fue aprovechada al máximo. Sin embargo, esta coyuntura excepcional se pudo aprovechar porque había una continuidad de mejoras tecnológicas y de reinversiones que arrancaba al menos de mediados del XIX. Sólo el prohibicionismo en materia de importación de granos, implantado a partir de 1919, hizo que la industria harinera quedase estancada en las décadas siguientes. (Martínez Gallego, 1995).

El excelente momento de la exportación de arroz y de las harineras beneficiará también a los fabricantes metalmecánicos que producían el equipamiento necesario para su tratamiento y que fueron estudiados en el capítulo cuatro, Domingo Gómez, Hijos de Andrés Ferrer y otros.

Esos fabricantes de maquinaria fueron capaces de construir proyectos empresariales viables a lo largo de los años 20. Es el caso de los Casanova, con Bombas Ideal. O de Nicolau Primitiu, que como ya se dijo anteriormente, sustituyó a su padre y llegó a exportar el 30% de la producción a Portugal, Argentina y la India (Reig, 2007B).

Y en lo que se refiere a una de las grandes protagonistas de la Exposición, La Maquinista Valenciana, la evolución también fue positiva. Climent moriría en 1915. Por aquel entonces, la empresa tenía un activo de 417.000 pesetas y un pasivo, que arrastraba de los préstamos contraídos desde principios de siglo, de 388.860 pesetas (Álvarez Rubio, 2001). La búsqueda de capital necesario para cubrir el déficit empresarial estaba condicionada por la falta de una banca industrial que hubiese facilitado el préstamo y aminorado los costos en concepto de intereses. El recurso a los especuladores y prestamistas privados seguía siendo una necesidad. Así que la situación de La Maquinista, que adeudaba además sus salarios a varios empleados y profesionales no era fácil.

Cuando su hijo y sucesor, Enrique Climent, se hace cargo de la empresa, tomó la decisión de suprimir la parte de fundición. Parece que los nuevos tiempos requerían capacidades productivas más concentradas y especializadas. Enrique Climent, además, saneó financieramente la empresa y redujo una plantilla que obedecía a muchos de los criterios de especialización de oficios del XIX. Sustituyó a muchos de esos obreros-artesanos por obreros adaptados a una actividad que estaba dando pasos decisivos hacia un proceso de descualificación, en consonancia con las nuevas formas tayloristas de organización del trabajo.

De hecho, los pasos hacia una nueva especialización productiva habían comenzado ya en 1910 (inmediatamente después de la Exposición). A iniciativa del ya anciano Francisco Climent, La Maquinista preparó uno de esos cambios que, similar al operado en la década de los 90 con las máquinas para fábricas de tabaco, le permitiría estar a la vanguardia de las empresas del sector. Tras unos tanteos iniciales, consolidados posteriormente por Enrique Climent, La Maquinista se adentró en la fabricación de máquinas y mecanismos para las señalizaciones marítimas y áreas. Este era un campo inédito en España, con un material tradicionalmente importado del extranjero y que en estos momentos, encaraba el reto de una readaptación de gran parte de las instalaciones a la recién llegada electricidad. La empresa acudió al primer concurso que con carácter internacional, convocó el Ministerio de Obras Públicas en su servicio de Señales Marítimas. La iniciativa obtuvo éxito y La Maquinista ganó el concurso. Como explica (Álvarez Rubio, 2001), comenzaba así una segunda época de La Maquinista que se prolongaría hasta bien entrado el siglo XX.

(Martínez Gallego, 1995) afirma que no se puede decir que la Gran Guerra sirviera para operar una transformación cualitativa de todo el

sector metalmecánico. La guerra espoleó el crecimiento; pero solamente era un cambio cuantitativo sobre las estructuras ya creadas y asentadas.

Pero no solamente los fabricantes de maquinaria se beneficiaron. (Soler, 1980) señala que, a diferencia de la agricultura de exportación, en la que hay claros oscuros, en general se puede afirmar que el periodo bélico es de expansión neta para casi toda la manufactura valenciana, en tanto que su producción principal eran los bienes de consumo. La expansión vendrá condicionada por los problemas de transporte y por las dificultades en el abastecimiento de materias primas.

Así por ejemplo, en el mercado de los productos del cáñamo se producirán grandes alteraciones, tanto en lo que se refiere a la compra de materia prima como a la venta del producto elaborado. El problema es que no se podrán abrir nuevos mercados y el sector no llegará a alcanzar nunca un estadio plenamente industrial.

Pero, por el contrario, el calzado, concentrado en las comarcas del sur, experimentó una demanda extraordinaria por parte de los países en guerra, necesitados de zapatos y botas. En este caso, se conjugaron otros factores que cambiaron el perfil del sector. En especial, la llegada de las máquinas de una gran empresa norteamericana, la *United Shoe Co.* a las ciudades valencianas del calzado (Miranda, 2004). Su alquiler permitió a los fabricantes mecanizar el proceso de montaje y organizar las primeras grandes fábricas, que se desarrollarían plenamente en los años veinte. La exportación dará, aunque transitoriamente, un gran salto adelante: de los 50.000 pares exportados de media en 1909, 1910, 1911, se pasará a los 450.000 pares en 1915. Pero sería un error no advertir que la industria ya era sólida cuando esto ocurrió, puesto que ya había llevado a cabo la transición hacia sistemas plenamente capitalistas (Martínez Gallego, 1995).

En lo que se refiere al núcleo industrial alcoyano, experimentó un fuerte impulso durante los años de guerra. Según (Reig, 2007B) llovieron los pedidos del ejército francés y las fábricas funcionaron a pleno rendimiento, durante el período (1914-1918); pero los empresarios no aprovecharon (o no pudieron aprovechar) los elevados beneficios para realizar una renovación tecnológica y al terminar la guerra y cerrarse el mercado exterior, experimentaron dificultades.

En cierto modo, no pudieron renovarse tecnológicamente porque los países que fabricaban esa maquinaria estaban en guerra y la

metalmeccánica valenciana no era capaz todavía de satisfacer esa demanda. Como había ocurrido tiempo atrás en la industria textil británica, la antigüedad de la textil alcoyano se convirtió en un freno (Pollard, 1991). Era más fácil comenzar de nuevo y esta fue la causa del desplazamiento de partes de la industria hacia localidades menos maduras, como *Ontinyent* o *Bocairent*, como ya se explicó en el capítulo cuatro. En 1919 nació la Paduana de *Ontinyent*, dedicada a las mantas y en 1923, alfombras Imperial, en *Crevillent*, que serían la punta de lanza de la renovada especialización de esos pueblos.

Pero no se debe generalizar y menos en una economía manufacturera tan poco típica como la valenciana. Así, para un sector que brilló con luz propia en la Exposición, la abaniquería, la Gran Guerra será más perjudicial que beneficiosa. Europa no estaba para comprar esa clase de producto. Los abaniqueros valencianos se refugiaron en el mercado interior y americano. Y sobrevivieron.

En 1923, se constata la aparición de fábricas dedicadas exclusivamente a montaje. Los abanicos valencianos habían ganado incluso el mercado parisino, arruinando a la industria francesa. Solamente, una amenaza se cierne sobre la pujante abaniquería valenciana: la competencia japonesa. De Japón, no suelen llegar productos acabados; pero empiezan a llegar elementos de ensamblaje que son acabados y rematados en las fábricas valencianas. La fábrica L'ideal, una de las primeras del ramo en electrificarse, elabora abanicos, sombrillas, paraguas, bastones; pero también "s sombrillas japonesas" (Martínez Gallego, 1995).

Con todo, los fabricantes de varillajes (José M^a Prior, Francisco Mira, Lorca, Sancho y Compañía) o los montadores y exportadores del producto final (Borreda y Máñez, Salvador Bonell y Compañía, José Navarro o Clapés y Compañía) le harán frente, adaptándose.

Uno de los fenómenos más interesantes del período es el de la sustitución de importaciones. Debido a las anómalas circunstancias bélicas, el mercado español no podía importar determinados bienes, con lo que se presentó la oportunidad a los fabricantes valencianos de entrar en nuevos mercados. Pero llevar ese enunciado a la práctica no era sencillo, como avisa (Reig, 2007B), pues se requerían unos conocimientos y una tecnología previa imprescindible. Estudiar los mercados en los que se produjo la sustitución de importaciones proporciona la medida de las capacidades de la industria valenciana en la segunda década del XX.

Ya se ha visto como no hubo casi presencia del sector juguetero en la Exposición, pues prácticamente no existía en 1909. Sin embargo, la Gran Guerra proporcionó la oportunidad a algunos empresarios, como el citado Payá de crecer. Payá fabricaba objetos de hojalata (barreños, regaderas y pequeños juguetes) que vendía en las ferias. Comprendió que tenía una gran oportunidad y en unos pocos años, su fábrica no daba abasto (Reig, 2007B). Fue pasando a modelos cada vez más sofisticados: el tren mecánico de cuerda (1923) o el eléctrico (1931). En 1922 fue nombrado alcalde de Ibi, lo que muestra el prestigio social del hojalatero convertido en industrial. El ejemplo de Payá impulsó a otros a seguir el mismo camino. El más conocido fue Rico, que montaría una fábrica en Ibi y otra en Onil, que daría lugar a las conocidas “Muñecas Famosa”.

Así, (Reig, 2007B) sintetiza que la mayor parte de los sectores manufactureros valencianos crecieron en los años posteriores a 1909, bien sea por la demanda de los países beligerantes, bien por un proceso de sustitución de importaciones y este impulso se afianzó después de la guerra, por un aumento sostenido del consumo interno español. En consecuencia, en los años en cuestión, se consolidaron los distritos industriales que serían la base de la estructura económica valenciana a lo largo del XX: el calzado en el Vinalopó, el textil en el *Comptat* y la *Vall d'Albaida*, la cerámica en La Plana y el mueble en *l'Horta* (donde se alcanzó la enorme cifra de 473 talleres de ebanistería y carpintería en 1923).

No se puede decir lo mismo de la gran industria. Sustituir a la industria química alemana resultaba más complicado que copiar juguetes. Como ya se ha explicado en el capítulo cuatro, en 1909, ya existían algunas fábricas dedicadas a la producción de abonos (Noguera, Trénor y Cros y Unión Española). En el campo de los sulfatos, eran relativamente autosuficientes; pero para todo lo concerniente al nitrógeno dependían por completo de los fabricantes alemanes. Y Alemania restringió al máximo la exportación de ese producto. La dependencia era aún mayor en el campo de los tintes y pinturas, cuyo componente fundamental, la anilina, era casi un monopolio alemán. Las empresas químicas valencianas, simplemente elevaron los precios durante la guerra y volvieron a ocupar un lugar subsidiario cuando esta acabó.

En el caso del sector del gas y las refinerías de Alicante, la escasez de materia prima, carbón y petróleo, que se produjo durante la Gran Guerra les afectaría muy negativamente. Sería en los años veinte y treinta cuando

el sector petrolífero empezaría a crecer hasta alcanzar el gigantesco tamaño de la actualidad.

La otra gran industria valenciana de los años posteriores a la Exposición fue la Unión Naval de Levante. Como se explicó en el capítulo cuatro, Manuel María Gómez Jiménez había instalado sus talleres de reparación de barcos en el *Grau* para prestar sus servicios a la Compañía Valenciana de Navegación de Sister. Aunque no estuvo presente en la Exposición, por aquella época debía ser ya una empresa fuerte y capaz tecnológicamente. Según (Reig, 2007B), en 1906, “era la principal empresa metalúrgica de Valencia”

Cuando en 1910, la Compañía Valenciana de Navegación se fusionó con la naviera La Roda para formar la Compañía Valenciana de Vapores Correos de África, la relación privilegiada que la empresa Hijos de Manuel Gómez tenía con aquella multiplicó el volumen de trabajo. Pronto se ampliaron los talleres, que daban trabajo a unas 500 personas.

Como consecuencia de la guerra, las navieras vascas, que contaban con flotas amplias y líneas establecidas, se estaban enriqueciendo de forma espectacular, mientras que las navieras valencianas, se habían quedado al margen del negocio por su reducido tamaño. Para hacer frente a ese problema, J. Juan Dómine creó en 1916, la Compañía Trasmediterránea utilizando como eje la Compañía Valenciana de Vapores Correos de África, a la que fue uniendo otras navieras de Valencia, Gijón, Barcelona y Mallorca. La Compañía Trasmediterránea contaba en el momento de su creación, con una flota de 45 barcos de mediano y pequeño tonelaje y entre sus objetivos inmediatos estaba la creación de un gran astillero que le permitiera aumentar su capacidad operativa. En este punto se encontraron los intereses de los Gómez y de Dómine.

Un año después de la muerte de Gómez, en 1917, los “Talleres Gómez” y la “Compañía Trasmediterránea” llegaron a un acuerdo para formar los grandes astilleros de la Unión Naval de Levante.

Aunque tampoco estuvo presente en la Exposición, conviene citar por su importancia, la Compañía Siderúrgica del Mediterráneo. Los industriales vascos y primos Ramón de la Sota y Eduardo Aznar, accionistas principales de Euskalduna y de una pujante naviera, entre otros negocios, fundaron la Compañía Minera de Sierra Menera en 1900, con el objetivo de explotar la cuenca minera aragonesa de Ojos Negros, en la provincia de Teruel, y de exportar el mineral a través del litoral de Sagunto. Ante

los problemas para transportarlo por la línea de ferrocarril ya existente, llevaron a cabo la gesta empresarial de construir toda una infraestructura para llevar a cabo su objetivo: una línea de ferrocarril completa, paralela a la ya existente, desde Ojos Negros al Mediterráneo junto con los embarcaderos necesarios (el gobierno concedía en 1902 la licencia para crear el Puerto de Sagunto). Desde aquel momento, miles de toneladas de mineral fueron cargadas en las locomotoras Mastodonte y Mallet, fabricadas por la firma escocesa North British Locomotive y conducidas a lo largo de los más de 200 kilómetros que separaban las minas de la playa de Sagunto. Aparecía así una nueva ciudad industrial, separada físicamente del núcleo de la población. Precisamente en el año de la Exposición se inauguraron las factorías necesarias para el tratamiento en primera instancia del material destinado, por entonces, a la siderurgia vizcaína. El proyecto tuvo la suerte del estallido de la Gran Guerra y el inmenso crecimiento de la demanda de mineral de hierro por parte de Inglaterra. (VVAA, 2009).

Fuera del campo siderometalúrgico, pero siguiendo con la creación de grandes empresas, hay que mencionar la creación de Valenciana de Cementos en *Bunyol*, por las familias Serratos y Ridaura.

El otro gran sector industrial que hay que considerar para redondear la visión de conjunto de la industria valenciana con posterioridad a 1909 es el desarrollo del mercado eléctrico. Según se explicó en el capítulo cuarto, en los años en torno a la Exposición se produjo el punto de inflexión. A partir de entonces, la opción eléctrica se consolidaría definitivamente (Hidalgo, 2008).

Por un lado, se extendió definitivamente la utilización de electricidad en las empresas, para lo cual se construyeron los pantanos de Cortes de Pallás en 1917, y algo más tarde, el del Mijares. La estrategia de la empresa dominante, Hidroeléctrica Española consistía en subarrendar la producción, lo que dio lugar a la creación de algunas empresas como Volta y Electra, y en controlar de forma monopolística la distribución en casi todo el territorio valenciano.

Así, las empresas gasistas que habían sobrevivido a los años anteriores, vieron no solo como perdían los principales mercados, sino también como fueron prácticamente obligadas a llegar a acuerdos con las principales distribuidoras eléctricas para ordenar el mercado de la distribución. Así, en 1923, Lebón y Cía. se convertía en Compañía Española de Electricidad y Gas Lebón, S.A.

A modo de conclusión, se puede afirmar que la evolución de la empresa industrial valenciana a partir de 1909 fue la siguiente:

- la pequeña y mediana manufactura experimentó un progreso continuado, en especial gracias a la Gran Guerra. Pero ese proceso se basó en que con anterioridad a la Exposición, ya existían estructuras plenamente industriales y competitivas.
- en lo que se refiere a la gran empresa, el éxito valenciano fue discreto. (Reig, 2007B) dice que, a partir de 1909, se consiguió poner en marcha algunas grandes empresas (Construcciones Devís, la Unión Naval de Levante, Trasmediterránea, Valenciana de Cementos), pero tanto la industria de cabecera (Altos Hornos) como la producción de energía (Hidroeléctrica) fueron obra de empresarios y capitalistas foráneos.

10 CONCLUSIONES.

En el primer capítulo, se enunció el objetivo principal de la investigación: determinar cuál fue la importancia de la industria valenciana en la Exposición y cuál fue el impacto de la Exposición en la industria valenciana. Para ello, se estudiaron los distintos puntos de vista desde los que se ha contemplado el proceso de modernización y desarrollo de la economía valenciana del XIX y también las interpretaciones que se han hecho hasta ahora de la Exposición como evento histórico.

A partir de los objetivos específicos y siguiendo la metodología explicada en el apartado 1.5, se generaron unas hipótesis de partida.

Con el apoyo de esas hipótesis, se llevó a cabo un trabajo de identificación y categorización de los expositores que estuvieron presentes en la Exposición. Ese trabajo, concretado en la base de datos cuyas características se explican en el Anexo II, constituye quizás la aportación más concreta de esta investigación. Con la identificación y clasificación de los expositores, se ha podido contrastar las cifras y opiniones dadas por otros autores acerca del carácter más o menos “industrial” de la exposición (que se citaron en el apartado 7.4.4.).

El estudio de los expositores y de la tecnología presente en la Exposición ha permitido generar conclusiones relativas a dos aspectos fundamentales: el carácter industrial de la Exposición y los efectos económicos de la misma.

Como primera conclusión general, se puede afirmar que **la Exposición tuvo más contenido industrial que lo que se transmitiría en su iconografía y en su recuerdo posterior. Y eso fue porque la Exposición fue el reflejo de una sociedad en la que ya se había producido un desarrollo industrial.** Y ese desarrollo, aunque parcial y matizable, se manifestó plenamente en y a través de la Exposición.

Como segunda conclusión general, se puede afirmar que **la Exposición no tuvo un impacto económico directo apreciable a corto plazo sobre la industria valenciana. Y eso fue así porque las exposiciones de finales del XIX y principios del XX habían dejado de tener un papel mercantil, que iba a pasar a las Ferias de Muestras. El efecto económico a medio y largo de la Exposición no puede ser medido porque el comienzo de la Gran Guerra supuso cambios cualitativos**

y cuantitativos de mucho mayor calado en la industria valenciana, especialmente en la manufactura.

En lo que sigue, se explicarán más detalladamente ambos epígrafes:

10.1 El carácter industrial de la Exposición.

El primer objetivo específico era estudiar cuál fue la participación de la industria valenciana en la idea y en el proyecto de la Exposición. Es decir, lo que se pretendía era comprobar si era válido el concepto de análisis “burguesía industrial” en torno a 1909 y analizar, en su caso, su participación en la Exposición.

Para ello, y de acuerdo al segundo objetivo, se estableció cuál había sido la evolución de la industria valenciana en el período inmediatamente anterior a la Exposición. Se trató la transformación de los principales sectores industriales valencianos al final del final del XIX y principios del XX. Después, se identificaron detalladamente los 1047 expositores para deslindar industriales de no industriales y para clasificarlos en sectores industriales.

Cada sector industrial tuvo una evolución distinta y tuvo una presencia distinta en la Exposición. Lo mostrado (y lo no mostrado) en la Exposición refleja de manera coherente la situación de cada sector en 1909 y sus posibilidades futuras.

Así, la sedería valenciana, a pesar de su antiguo esplendor, era casi inexistente a principios del XX. Y ello quedó plenamente reflejado en la Exposición. Con un total de 28 expositores (la mitad de los cuales eran comerciantes), ya no era un sector importante en la época. Sin embargo, sus posibilidades modernizadoras se transfirieron en forma de capital y de *know-how* a otros sectores industriales.

Así, el amplio sector textil tuvo una presencia destacada en la Exposición (fue el que más fabricantes presentó: 106). En especial, los pañeros de *Alcoi*, localidad que aportó 40 representantes al certamen. El polo industrial por excelencia del país tuvo su sitio destacado en un evento que se pretendía valenciano y para los valencianos. Otro subsector importante en la muestra fue el papelero, especialmente el papel de fumar, con tres instalaciones especiales en la Exposición (dos de ellas, de

alcoyanos). Al sector le aguardaba un pródigo recorrido a lo largo del siglo XX.

En cambio, el sector químico no tuvo tanto brillo. En realidad, porque solamente se había desarrollado en tanto que suministrador de abonos para la boyante agricultura de exportación. Aunque la fortuna de los Trénor, que financió en parte la Exposición, procedía de ese negocio, la química valenciana todavía no había generado grandes estructuras industriales en 1909 y tampoco podría hacerlo aprovechando la Gran Guerra.

El calzado de las comarcas del sur, que comenzaba su crecimiento en aquellas fechas, no estuvo presente en la Exposición en toda su magnitud (solamente hubo 61 expositores no alcoyanos de la provincia de Alicante). La Exposición quizá no pudo satisfacer todos los objetivos de vertebración del territorio que sus organizadores buscaban. La Exposición fue predominantemente valenciana, en el sentido provincial.

En lo que se refiere al sector agroalimentario, las industrias procedentes de la ciudad y de su entorno más inmediato (harinería y arroz) estuvieron muy presentes en la Exposición. Ya habían alcanzado una fuerte capitalización y ello se reflejó en la ostentación de sus instalaciones y en el gran efecto tirón que ejercían sobre los fabricantes de maquinaria. Se ha contabilizado junto a ellos a los fabricantes de licores (más numerosos; pero de menor capacidad industrial y financiera) para caracterizar un sector con una presencia mediana en la Exposición (59 fabricantes).

Quizá el sector industrial que más brilló en la Exposición fue el de la madera y sus derivados (especialmente el del mueble). Expusieron 105 fabricantes (solamente uno menos que textiles). Los Albacar, Suay y Feliu (el último, vocal del Comité organizador) se mostraban al público como los líderes de la industria valenciana. Efectivamente, el mueble de alta calidad dominó el panorama manufacturero de la ciudad y *l'Horta* durante todo el siglo XX.

Dentro de ese sector, se han incluido dos subsectores que resultan paradigmáticos para entender las limitaciones de alguno de los puntos de vista desde los que se ha visto la industrialización valenciana del XIX: los abanicos y los instrumentos musicales. En ambos epígrafes, la industria valenciana era de las más importantes de Europa; pero el fuerte contenido artesanal de ambos los ha mantenido, en cierto modo, ocultos.

Ambos subsectores tuvieron su propio pabellón en la Exposición y ambos mantuvieron su competitividad y su vigor a lo largo del XX. Sin embargo, no ha sido hasta los últimos años que los investigadores del desarrollo valenciano los han tenido en cuenta para entender la industrialización valenciana.

La industria cerámica presente en la Exposición anunciaba el enorme auge que iba a alcanzar en la segunda mitad del siglo, especialmente en La Plana; pero 1909 todavía no era su momento. Expusieron un total de 45 fabricantes en todos los edificios de la Exposición.

El sector que más asombro debió causar al público de la Exposición (y que de la misma manera, más impresiona al investigador actual) es el metalmecánico. En Valencia, no solo no se había producido una “revolución industrial” o “protoindustrial” sino que, a la altura de 1909, había numerosos fabricantes de maquinaria en toda la región. Las cifras que se han dado en los capítulos tres y cuatro sobre número de obreros inscritos en las asociaciones de oficio, sobre la conflictividad laboral, sobre la variedad de máquinas producidas, sobre metros cuadrados de las fábricas, no pueden ser desdeñadas. Los metalmecánicos valencianos, habían sido capaces no solamente de construir la primera locomotora de vapor íntegramente española, sino también de aportar a la agricultura valenciana toda la infraestructura mecánica relacionada con el regadío y la industria agroalimentaria.

Ello se reflejó plenamente en la Exposición, tanto en las máquinas expuestas como en las estructuras que montaron a modo de alarde tecnológico. A la vista de lo expuesto, es difícil defender que los Climent, Ferrer, Gómez o Bartle (que estuvieron muy presentes en el proyecto del certamen) no entraran plenamente en la categoría “burguesía industrial”.

La hipótesis de partida generada a partir de los primeros objetivos era que la industria valenciana tuvo una fuerte presencia en la Exposición, tanto en lo que se refiere al material expuesto, como en lo que se refiere a su participación en el proyecto. Mediante la enumeración detallada de los expositores (que es una aportación novedosa de este trabajo), se ha comprobado que, efectivamente, y como habían intuido la mayoría de los autores estudiados (véase el apartado correspondiente en el capítulo siete), esta hipótesis era correcta. Del conjunto de 600 licencias industriales declaradas en aquel momento en la ciudad de Valencia (Martínez Gallego, 1995), casi un 85% estuvieron presentes en la Exposición.

A la vista de lo anterior, se puede defender que la Exposición confirma que la sociedad valenciana había experimentado a finales del XIX y principios del XX una transformación plena desde una estructura agrícola y gremial a otra claramente industrial. Y en la Exposición, esa industria actuó ya con criterios plenamente contemporáneos.

Es cierto que no se puede hablar de “Revolución Industrial” en sentido estricto u ortodoxo, pero sí que se puede hablar de “Revoluciones sectoriales”. Así, Valencia y su entorno entraban en el siglo XX con un desarrollo importante en la industria manufacturera, que ocupaba una posición avanzada a nivel español (como pudo verse en la Tabla 3). Ese desarrollo o “industrialización sectorial” se reflejará en la Exposición y en la evolución posterior de la industria.

También se ha podido comprobar como la industria valenciana actuaba ya con criterios plenamente contemporáneos y la Exposición puede considerarse como un evento que resalta la importancia del binomio publicidad-mercados, en un sentido actual.

La Exposición fue, como todos los certámenes de su clase y de su época, un gran montaje publicitario en el que la industria valenciana de 1909 realizó un esfuerzo económico importante (a través de Trénor y del Comité organizador). La burguesía industrial valenciana se dibujó a sí misma, mediante la Exposición, como algo vivo y capaz de enfrentar retos considerables.

Sin embargo, y como ya se ha dicho, no fue capaz de transmitir esa imagen hacia el futuro. La Exposición (y especialmente, la iconografía que generó) quedó como un evento más agrarista y folclorista que lo que, en realidad, fue. La importancia que tuvo la industria expuesta quedó minimizada. La fábrica de tabacos quedaría como un silencioso testigo de lo que realmente había sido la Exposición. Pero era un testigo en el que nadie reparaba.

Ya se han tratado algunas de las razones que llevaron a la mistificación del mensaje y de la naturaleza de la Exposición. Pero especialmente, hay que volver a citar las abundantes contradicciones de la burguesía valenciana de finales del XIX: la imagen del “Levante” feliz, de agricultura feraz, aportaba una tranquilidad simbólica a la que era difícil sustraerse. Era una imagen agradable tanto para la burguesía valenciana como para los poderes centrales del turno. Especialmente, en una

época tan convulsa como las dos primeras décadas del XX. Las profundas divisiones entre las fuerzas afines al régimen e incluso dentro del republicanismo mayoritario, no serían ajenas a esta falta de recorrido simbólico.

Esa imagen agrarista ha llegado también a la época contemporánea y sigue deformando la visión que se tiene sobre la industria valenciana, a la que se niega el lugar que le corresponde. Como se dijo en los capítulos uno y siete, la interpretación que se realiza de los hechos del pasado, aún en sus aspectos más nimios o humildes, arroja largas sombras sobre el presente.

Y en la conmemoración que han promovido de la Exposición algunos estamentos públicos se ha hecho hincapié en los aspectos menos problemáticos (“menos industriales”) del evento: lo lúdico, lo iconográfico, lo popular. En cierto modo, los representantes públicos han decidido celebrar más el centenario del himno oficial (crisol último de ese agrarismo periclitado), que el centenario de la propia Exposición. Los distintos modelos sobre la industrialización valenciana que se han estudiado en el segundo capítulo vendrían a confirmar esto, aún desde posturas ideológicas lejanas.

Así los aspectos más lúdicos y superficiales de la Exposición encajarían plenamente con el modelo de un país no industrializado y carente de clases sociales transformadoras. El modelo refuerza la imagen y la imagen refuerza el modelo. Pero en cuanto se indaga un poco más profundamente, más allá de las postales o de los falsos tópicos, la Exposición proporciona una imagen distinta de la Valencia de 1909.

Hay que reconocer que la industria expuesta en la Exposición Valenciana de 1909 no se puede equiparar, por ejemplo, a la industria expuesta en la *Galerie des Machines* de la exposición de París de 1900 (la sociedad española todavía estaba muy alejada del desarrollo francés). Pero se puede defender con plenitud el carácter industrial del evento valenciano, reflejo de las transformaciones que se habían dado en la economía y la industria valencianas de final del XIX.

10.2 El impacto económico de la Exposición.

El tercer objetivo secundario que se buscaba era establecer cuál fue la repercusión de la Exposición en la evolución de la industria valenciana. Para ello, se ha analizado cuál fue la evolución de cada sector en los años inmediatamente posteriores a la Exposición.

Un cuarto objetivo secundario estaba implícito: comprobar si la Exposición podía ser considerada un punto divisor en la evolución histórica de la industria valenciana, y en general, en los procesos de modernización valencianos. A tal respecto, se encontró que algunos autores sí que consideraban 1909 como un hito cronológico en el estudio de algunos aspectos de la historia valenciana (especialmente en lo que se refiere a la ciudad). Sin embargo; esto era así debido a otro aspecto fundamental de la Exposición: su importante y valioso papel en la transformación urbana de Valencia.

Se asumió una segunda hipótesis de partida: que la Exposición efectivamente, marcaba una separación entre dos épocas (la presencia masiva de la electricidad parecía ser un símbolo de esto). Es decir, se asumía que los análisis realizados para los distintos sectores empresariales presentes y participantes en la Exposición podían ser realizados en términos de “antes-después” respecto al año 1909.

Sin embargo, el trabajo realizado no ha permitido ratificar esta hipótesis. La conclusión, tal y como se dijo en el capítulo noveno, es que la Exposición no tuvo implicaciones importantes como factor de desarrollo.

Fue un éxito en lo simbólico; pero su resultado financiero fue negativo. Y ello fue así no solamente por los terribles acontecimientos de 1909, sino porque no podía ser de otra forma. Como se comentó cuando se estudiaron las grandes exposiciones decimonónicas en el quinto capítulo, la función de esta clase de eventos dejó de ser comercial en la segunda mitad del siglo.

La Exposición Regional Valenciana de 1909 no incrementó las cifras de negocio y de comercio. En otras circunstancias (más capacidad política o financiera del Ayuntamiento, un carácter más público del evento, más capacidad política de la burguesía industrial, más años de vida de Trénor) quizá se hubieran alcanzado algunos de los objetivos que se perseguían (tren directo a Madrid, modernización de la sociedad valenciana, etc.).

Pero esos objetivos no se consiguieron inmediatamente y en algún caso se postergaron *sine die*: el tren directo a Madrid funcionaría en 1948.



Figura 79: Instalación de La Maquinista Valenciana, probablemente en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929). Fuente: (Álvarez Rubio, 2001).

En este sentido, la Exposición fue una muestra paradigmática de lo que la burguesía industrial valenciana era capaz de hacer; pero también de lo que no era capaz. A pesar de su carácter innovador e industrial y de la aparente unanimidad acerca de los objetivos del certamen, numerosos lastres retrasaban el progreso de la sociedad valenciana. Algunos de estos lastres existen todavía hoy.

Como se ha visto, la industria valenciana siguió creciendo y en 1914 (apenas tres años después de la Exposición Nacional), el estallido de la Gran Guerra generó enormes beneficios en gran parte de la

manufactura. Pero no puede afirmarse que el crecimiento industrial de los años 20 se debiera a la Exposición.

La Exposición mostró a la burguesía valenciana nuevas posibilidades. Y de ese aprendizaje, nacería la Feria de Muestras, tal y como se ha explicado en el capítulo noveno. En ese sentido, la Exposición como acontecimiento polifacético y contradictorio, recordado con cariño y curiosidad por generaciones de valencianos, resultó ser, al mismo tiempo, un éxito y un fracaso.

11 FUTURAS LÍNEAS DE TRABAJO.

La naturaleza de este trabajo deja abiertos diversos caminos que podrían ser futuras líneas de investigación. Se ha tratado un acontecimiento local y puntual y sus implicaciones en los procesos de transformación económica e industrial de un territorio. Quedan abiertas distintas líneas tanto en lo que se refiere a los aspectos más cercanos a lo local como en lo referido a los aspectos más generales o amplios.

Esas futuras líneas de investigación podrían ser agrupadas dentro de las cuatro grandes áreas temáticas en donde se ha movido este trabajo:

- El área de historia local, con código UNESCO 550301
- El área de historia de la tecnología, con código UNESCO 550606
- El área de historia de la economía, con código UNESCO 550624
- El área del desarrollo regional, con código UNESCO 332905

11.1 En el área de historia local.

Como se ha explicado, la Exposición Regional se prorrogó a lo largo de 1910 en forma de Exposición Nacional. Este segundo evento, que aprovechó los edificios ya construidos y la inercia propagandística y organizativa de su hermano, todavía no ha sido investigado. Se dispone de los trabajos del profesor Fernando Vegas López-Manzanares sobre la arquitectura de estos certámenes; pero no ha habido un estudio sobre el contenido expositivo y sobre las implicaciones simbólicas o políticas de la Exposición Nacional. En general, la sociedad valenciana ha tendido más a recordar la Exposición Regional que la Nacional. Así, se ha celebrado tanto el cincuentenario (Ateneo, 1959) como el centenario (Solaz, 2009), (Pérez Puche, 2009) de la primera, mientras que la segunda ha caído en cierto olvido. Sin embargo, el estudio de la Nacional, a la que fueron invitados expositores de todas las provincias españolas, además de interesante por si mismo, podría arrojar nuevas luces sobre las dinámicas de las clases dirigentes valencianas en 1909 y 1910.

Otra posible línea de trabajo podría consistir en el estudio de las Ferias de Muestras que tuvieron lugar en Valencia a partir de 1917. Como se ha visto, la primera Feria (también primera a nivel español) fue una

consecuencia de la celebración de la Exposición Regional. Aunque la entidad organizadora de las Ferias ha publicado diversos trabajos conmemorativos, todavía queda por realizar un trabajo con aspiraciones científicas en varias de las áreas relacionadas con las Ferias de Muestras.

11.2 En el área de historia de la tecnología.

Muchos de los sectores tratados en este estudio, y en especial sus aspectos tecnológicos, merecerían un estudio más detallado y particular, que todavía no se ha hecho.

Así, por ejemplo, ya se ha explicado que la Exposición Regional fue la consagración definitiva de la electricidad como medio energético tanto para alumbrado como para el consumo industrial. Sin embargo, todavía no se ha realizado un estudio en profundidad del desarrollo de la electricidad en las dos primeras décadas del siglo XX. Con ello, se lograría una comprensión mucho más profunda de ese factor tan crítico de la industrialización valenciana.

Otra área, cuyo desarrollo tecnológico suscita interés, es el sector metalmecánico. Tal y como se ha explicado en el trabajo, 1909 aparece como un punto de inflexión en la historia del sector, como un momento de madurez extraordinaria. El proceso de aumento de la capacidad tecnológica y empresarial que habían llevado a cabo los Lladró, Climent, Ferrer y los otros fabricantes de maquinaria en Valencia y su entorno preparó el camino a la Unión Naval de Levante, Macosa y Altos Hornos del Mediterráneo, que fueron las grandes empresas metalmecánicas valencianas del XX. Podría resultar interesante un estudio de esos procesos de transferencia de conocimiento y de capacidad a lo largo del siglo.

11.3 En el área de historia de la economía.

Tal y como se decía en el capítulo primero, quedan por aclarar muchos aspectos de la industrialización valenciana de finales del XIX y principios del XX. Este trabajo pretendía ser uno de los “estudios micronanalíticos, locales y/o sectoriales” que la profesora (Álvarez Rubio, 2000) reclamaba.

Asumiendo la posibilidad de construir historia a partir de la historia local y del microanálisis (Serna & Pons, 2003), todavía quedan varios espacios

reducidos que ayuden a arrojar luz sobre los procesos de modernización valencianos.

Por ejemplo, no se han estudiado detenidamente, las infraestructuras de transporte (el puerto y el proyecto del nuevo puerto, los ferrocarriles, las carreteras) en la Valencia de 1909 y sus efectos económicos y su efecto en la aparición de nuevas áreas de desarrollo industrial (como la cerámica castellonense).

11.4 En el área del desarrollo regional.

El estudio de los hechos industriales y económicos del pasado tiene, en última instancia, una motivación profunda: lograr entender mejor el presente para transformarlo y mejorarlo. En este trabajo, se ha estudiado un aspecto, lo expuesto, de un evento importante en la historia valenciana. Pero la Exposición Regional, además de presentar muchos más aspectos que lo meramente expositivo, ocurrió hace 100 años.

En la actualidad, en unas circunstancias económicas difíciles (destrucción de tejido industrial, grave endeudamiento público y privado, etc.), la sociedad valenciana se enfrenta a retos preocupantes. Los poderes valencianos, del mismo modo que ocurrió en 1909, han organizado eventos ambiciosos para encarar esos retos. Queda abierto todo un campo de discusión, al que se pueden hacer aportaciones desde varias áreas (también desde la historia), acerca de la oportunidad y evaluación de esos grandes eventos y de otras políticas públicas.

Este trabajo de investigación y otros de su misma naturaleza, se justificarían de este modo. Tal y como se dijo en el primer capítulo, el conocimiento del pasado es útil, dramáticamente útil, para comprender las posibilidades del futuro.

ANEXO I

La siguiente cronología ha sido tomada, en su mayor parte, de (Vegas, 2003), (Solaz, 2009) y (Pérez Puche, 2009) y completada para algunas fechas o eventos concretos. Complementa lo explicado en los apartados “Idea y proyecto”, “Arquitectura y continente” y “El desarrollo de la Exposición” del Capítulo siete.

1908.

12 de enero	Tomás Trénor Palavicino es elegido Presidente del Ateneo Mercantil
17 de enero	Tomás Trénor toma posesión de la presidencia
febrero	Trénor realiza gestiones en Madrid y Valencia para sondear el terreno y preparar la propuesta
24 de febrero	El obispo de Barcelona publica una pastoral contra el proyecto del ayuntamiento de crear escuelas «bisexuales y neutras», es decir, mixtas y laicas.
20 de marzo	Trénor presenta el proyecto de organizar la exposición a la Junta Directiva del Ateneo Mercantil, que lo aprueba
25 de marzo	Se celebra una Junta general extraordinaria de socios del Ateneo y se aprueba el acuerdo de la Directiva. Se envían comunicaciones al gobierno y prensa de Madrid
26 de marzo	Trénor nombra al Comité Ejecutivo y remite comunicaciones a los presidentes de las diputaciones y ayuntamientos de las capitales de la región
1 de abril	Primera sesión del Comité Ejecutivo. Trénor propone la utilización de la nueva fábrica de tabacos y terrenos inmediatos, y refiere los ofrecimientos de la Sociedad de Arquitectos y del Círculo de Bellas Artes para colaborar en el evento
2-15 abril	Solicitud al Ayuntamiento y Diputación para que intercedan en la cesión de la fábrica de tabacos
25 abril	Se elevan instancias al Gobierno de Madrid recabando participación y financiación
27 abril	El Comité agradece a la Sociedad de Arquitectos sus ofertas y requiere su colaboración
1 mayo	Apertura oficial de la Exposición Internacional Hispano-Francesa de Zaragoza

2 mayo	La Diputación provincial resuelve apoyar las gestiones en pro de la cesión de la fábrica de tabacos
6 mayo	El Ayuntamiento se muestra conforme con el emplazamiento de la Exposición y acuerda igualmente apoyar las gestiones para la cesión de la fábrica de tabacos
20 mayo	La Sociedad de Arquitectos designa, para integrar el Comité de Arquitectos encargados del diseño de la Exposición, a Vicente Rodríguez, Carlos Carbonell y Francisco Almenar, arquitectos de la Diputación Provincial, del Ayuntamiento y del contratista de la Fábrica de Tabacos, respectivamente
21 mayo	Los arquitectos se presentan al Comité Ejecutivo del Ateneo y reciben el encargo de estudiar y formar un proyecto general de Exposición, contando con la Fábrica y edificios anexos (es decir, el futuro (Pabellón de Máquinas y Pabellón de Motores), en los terrenos del entorno, que ya estaban en vías de adquisición o arriendo
8 junio	Trénor presenta personalmente al Ministro de Hacienda, Sánchez Bustillo, en Madrid, la instancia solicitando la cesión al Ateneo Mercantil de la fábrica de tabacos y sus edificios anexos desde el 1 de enero hasta el 31 de julio de 1909 para la celebración de la Exposición Regional, a cambio de la construcción por cuenta del Ateneo de un asilo de lactancia para hijos de cigarreras, su amueblamiento y la completa dotación del mismo
12 junio	El Comité, preocupado por facilitar el acceso del público a la Exposición, considerando que no serían suficientes ni el ensanche de los puentes del Real y del Mar, estima conveniente la construcción de un puente intermedio entre los dos nombrados. En la reunión del Comité se enfatiza la urgencia de la adquisición de los terrenos para la construcción del asilo, y se acuerda emplazar a los tres arquitectos designados para la próxima reunión.
17 junio	Primera reunión del Comité Ejecutivo del Ateneo con la presencia de los arquitectos Almenar y Rodríguez
25 junio	El Comité nombra dos comisiones para estudiar, respectivamente: la designación y adquisición de los terrenos para edificar el Asilo de Lactancia, y la eventual construcción de un nuevo puente para el cual se estima un presupuesto de 200.000 pts. Ese mismo día, el alcalde de la ciudad de Valencia, Sr. Maestre, manifiesta que podría

	aportar la cantidad de 100.000 pts. para la construcción del puente, siempre que éste permitiese la circulación de carruajes -preferentemente los de lujo- para poder aliviar el tráfico de antaño en los puentes históricos
3 julio	Francisco Climent, miembro del Comité del Ateneo y fundador de la Maquinista Valenciana, presenta al Comité dos proyectos de puente, uno de ellos cubierto, los cuales no se conservan hoy en día
4 julio	Se requiere la participación económica de los ayuntamientos y diputaciones de las tres provincias de la Comunidad. Se brinda al Ayuntamiento de Valencia, además, la posibilidad de que adquiera los terrenos para el nuevo asilo, visto que suyo era entonces el solar donde se ubicaba el antiguo asilo de lactancia, al pie de la antigua Aduana, que entonces hacía las veces de fábrica de tabacos
13 julio	El ministro de Hacienda firma una Real Orden concediendo al Ateneo Mercantil la nueva fábrica de tabacos y edificios anexos, tal como se había solicitado en su día
17 julio	Se pide a Teodoro Llorente que reúna a los directores de periódicos y constituyan una Comisión de propaganda.
21 julio	El Alcalde Mestre sugiere realizar gestiones con la Compañía de Tranvías por si conviniera hacer pasar un ramal por la futura Pasarela de la Exposición.
24 julio	En la reunión del Comité se adoptan las siguientes decisiones: <ul style="list-style-type: none"> • Activar la demarcación de los terrenos para construir el nuevo asilo. • Limitar el presupuesto de la Pasarela a 100.000 pesetas. • Encargar a los arquitectos el plano general de la Exposición de tal modo que las diferentes edificaciones cerraran la muestra.
4 agosto	Se presentan al Comité los planos demarcadores de los terrenos del asilo. Se acuerda considerar vocales del Comité a los arquitectos Vicente Rodríguez, Carlos Carbonell, Francisco Almenar y Ramón Lucini, que aparece por primera vez en escena incorporado al grupo de arquitectos. Se prepara un Plan General de funcionamiento y

	organización burócrata Se aprueba el programa y el reglamento, que se edita y ende. El arquitecto Francisco Monleón es nombrado comisario general y el doctor Alejandro Settler, secretario de la comisión de propaganda
8 agosto	El Comité envía a los artistas Grollo y Stolz junto con otros dos no identificados a visitar la Exposición de Zaragoza
14 agosto	Primera reunión del Comité Ejecutivo con la participación activa de los cuatro arquitectos en calidad de vocales. Los arquitectos presentan varios proyectos del Plano General de la Exposición de los que no se tiene noticia. El Comité declina el proyecto de Gil Sumbiela de un tranvía aéreo para cruzar el río, y decide construir por su cuenta una pasarela desde el Llano del Remedio a la Alameda
18 agosto	Los arquitectos presentan varios planos generales del recinto
1 septiembre	Se eleva una instancia al Ayuntamiento solicitando la disposición de los terrenos de su propiedad que lindaban con los de la fábrica de tabacos
3 septiembre	Se pide al Círculo de Bellas Artes que convoque un concurso de carteles para la Exposición
4 septiembre	El Comité se instala en una sede propia en Conde Almodóvar, 4. El Comité nombra las siguientes comisiones: Hacienda, Ornato Interior, Ornato Exterior, Jardinería, Alumbrado, Conducción de aguas, Festejos y Arquitectura. También una comisión especial encargada de gestionar subvenciones y rebajas de las compañías ferroviarias. Además, invita al poeta Teodoro Llorente y al maestro José Serrano a componer un Himno a la Exposición
9 septiembre	Se da un paso más hacia la forma final a la Planta General de la Exposición
11 septiembre	Se acuerda incluir en el programa oficial el dibujo de la Planta General de la Exposición, en cuanto esté ultimada
15 septiembre	El industrial Juan Sala Bañuls ofrece una cocina económica construida expresamente para el futuro Asilo de Lactancia
18 septiembre	En la reunión del Comité, el Alcalde de Valencia, José Mestre, examina detenidamente y aprueba y elogia la Planta General de la Exposición en su forma final.
21	Comienza el replanteo de los terrenos

septiembre	
24 septiembre	En EE. UU, sale a la venta el primer ^{Ford Modelo T} , el primer automóvil en ser fabricado en masa. Su producción llegó a ser de más de 15 millones de unidades.
25 septiembre	Se efectúa la adquisición de los terrenos para la edificación del nuevo Asilo de Lactancia ante el notario de Valencia Luis Miranda, que renuncia a sus honorarios por tratarse de un fin benéfico. Trénor propone al Ateneo el arrendamiento del Palacio del Marqués de Campo para el hospedaje de los miembros de la Familia Real. Al Comité llega una proposición para el emplazamiento de urinarios o "chalets de necesidad" en la Exposición.
28 septiembre	Se acuerda que los integrantes de la Comisión de Hacienda se turnen en la inspección diaria de las obras. Se acuerda arrendar el Palacio del fallecido Marqués de Campo para residencia de los miembros de la Familia Real que acudan a visitar la Exposición
29 septiembre	Se imprime y expide propaganda de la Exposición escrita en castellano y en francés para ser distribuida profusamente en Francia, Argelia y España. Las compañías ferroviarias ofrecen descuentos en los billetes en la ruta a Valencia, pero declinan conceder subvenciones. La Casa Real solicita un espacio de 20 x 15 m para la instalación de su pabellón
2 octubre	El Ayuntamiento de Castellón participa según su acuerdo de subvencionar la Exposición con la cantidad de mil pesetas. El Comité, perplejo ante la cantidad, que no consideraba acorde con la importancia del certamen ni a la altura del Ayuntamiento de Castellón, decide gestionar la rectificación y el aumento de dicha subvención
6 octubre	Se constituyen diversas comisiones para la organización de los congresos que se celebrarían durante el certamen en su recinto. Se acuerda gestionar que la compañía Mendoza-Guerrero, que tenía previsto visitar la ciudad de Valencia en mayo de 1909, inaugure el Teatro de la Exposición. Es decir, todavía en esta fecha se preveía la construcción de un edificio destinado exclusivamente a teatro. Se recibe un proyecto del ingeniero de Madrid, Eugenio Ribera, para construir la pasarela en hormigón armado con un presupuesto de 54.000 pts. Se discute y se plantea a los arquitectos la posibilidad de abrir una puerta alternativa

	para uso exclusivo de empleados y expositores que finalmente será rechazada
9 octubre	Las obras de la Exposición ocupan a 160 trabajadores
13 octubre	Se solicita del Ministerio de Hacienda la concesión del muro de cerca de la fábrica de tabacos para demolerlo con el fin de facilitar la distribución de la planta general, reconstruyéndola en su día por cuenta del Ateneo Mercantil. Se solicita al Ayuntamiento que proceda a la monda y limpieza de la acequia del Mestalla, inmediata a los terrenos de la Exposición. Tomás Trénor da cuenta en la reunión del Comité que el Ayuntamiento de Valencia ha solicitado terrenos para la erección de un pabellón destinado a actos oficiales. Propuesta de Almenar aprobada por unanimidad referente a la destinación de una Sala del futuro Palacio de Bellas Artes para que el colectivo de arquitectos españoles pueda exponer trabajos a concurso
20 octubre	Trénor invita a los arquitectos a que formulen cuanto antes los presupuestos de las obras, y a la Comisión de Hacienda a que redacte las bases de los concursos de licitación para la ejecución de las mismas por contrata. Se acusa recibo de una carta del Ministerio de Hacienda concediendo, en principio, una subvención de 500.000 pts. para la Exposición Regional Valenciana
23 octubre	El Comité insiste a los arquitectos para que presenten un presupuesto general aproximado de las obras
26 octubre	Se redactan las bases de las respectivas contratas
30 octubre	La Sociedad de Arquitectos comunica la intención de celebrar en mayo de 1909 y en los terrenos de la Exposición el V Congreso Nacional de Arquitectos, y solicita oficialmente un lugar de exhibición. Se pide al Ayuntamiento que imprima el mayor impulso posible a las obras del Ensanche
3 noviembre	El fabricante Vilanova & Hermanos se dirige al Comité solicitando la presencia de una balsa o depósito general para surtir de agua en el recinto de la Exposición. El Comité responde afirmativamente. Este es el primer indicio de la futura creación de la instalación de Los Urales
5 noviembre	Trénor participa que los carismáticos artistas Joaquín Sorolla y Mariano Benlliure han brindado todo su apoyo a la Exposición. El Comité hace constar su gratitud a las

	autoridades correspondientes por haber concedido la exención del descanso dominical para las obras de la Exposición, dada la premura de tiempo
6 noviembre	Climent presenta y propone un proyecto de pasarela y el presupuesto de la misma
12 noviembre	Se demuelen una casa, una tapia y una era ladrillada para hacer sitio al Pabellón de los Reales Patrimonios, visto que la existencia del Molino de Pinares impedía el trazado apetecido por la parte izquierda del recinto
16 noviembre	El Ministerio de Hacienda accede a la concesión y demolición del muro de cerca de la fábrica de tabacos conforme a la solicitud presentada
21 noviembre	Se convoca a una reunión informativa a la Sociedad de Arquitectos de Valencia, entre otros organismos como el Círculo de Bellas Artes, la Academia de San Carlos, Lo Rat Penat y la Asociación Valenciana Fotográfica
26 noviembre	Se acuerda sacar a concurso libre la construcción del Asilo de Lactancia, de acuerdo con las bases redactadas por el arquitecto Ramón Lucini
27 noviembre	Se constituye el Colegio de Arquitectos de Valencia, colectivo de profesionales alternativo a la existente Sociedad de Arquitectos de Valencia
30 noviembre	Diversos empresarios relacionados con las construcciones metálicas y de maquinaria solicitan a Trénor un espacio de unos mil metros cuadrados cerca, a ser posible, de un estanque, para presentar maquinaria activa elevadora de agua. Esta sugerencia daría como resultado finalmente la futura instalación de Los Urales
1 diciembre	Se confirma el acuerdo de construir entre el Llano del Remedio y la Alameda una Pasarela de cemento armado, de acuerdo con el Ayuntamiento de Valencia, y siempre que éste no conceda licencia alguna para otros puentes análogos, debiendo quedar en su día la Pasarela en propiedad de la ciudad
2 diciembre	Dado que en el proyecto de Planta General de la Exposición figuran un Circo y un Teatro, y falta un lugar dedicado a ceremonias, se acuerda desistir de la construcción de un Teatro y que en su lugar se erija un Salón de Actos adaptable a conciertos, fiestas, congresos, asambleas, etc. De la misma manera, el proyectado Circo debería tener condiciones de Teatro-Circo para abarcar los

	distintos géneros de espectáculos que convenga ofrecer al público. Se llama al empresario de cinematografía Sr. Pizcueta para tratar el establecimiento de un Cine en el recinto de la Exposición
3 diciembre	El Comité de la Exposición se dirige al Ayuntamiento para solicitar obras de mejoras urbanas para mayor lustre de la ciudad con motivo de la celebración del certamen, que incluían: terminar el camino de tránsitos entre los caminos de Burjasot y del Grao; adoquinar el Camino de la Soledad; urbanizar el Llano del Remedio y solicitar al Ministerio de Guerra que revoque los cuarteles y los edificios militares; ensanchar los puentes del Real y del Mar por medio de aceras en voladizo; y adoquinar el Camino del Grao
4 diciembre	Ofrecimiento del grupo de arquitectos que forman el nuevo Colegio de Arquitectos para colaborar desinteresadamente en el proyecto de la Exposición, firmado por José Camaña Laymón, José Manuel Cortina, Manuel Peris, Juan L. Calvo, Adrián Llombart y Ricardo Vauteren
5 diciembre	Clausura oficial de la Exposición Internacional Hispano-Francesa de Zaragoza
5 diciembre	Se publican las bases del concurso para la construcción de la pasarela de la exposición
10 diciembre	Respuesta del Comité de la Exposición al Sr. Presidente del Colegio de Arquitectos de Valencia, agradeciendo el ofrecimiento y prometiendo tenerlo en cuenta
11 diciembre	Los albañiles de las obras formulan una queja sobre las condiciones del trabajo en lo referente a los jornales y las horas de dedicación
12 diciembre	Ante la reclamación presentada por los representantes de las Sociedades de Albañiles, se requiere a los contratistas Pablo Pedroso, Enrique Moragues, Enrique Llopis, Carmelo San Pedro, Ramón Ferrer, Bartolomé Lloréns y Ramón Rosales para que se atengan a las costumbres de la localidad
18 diciembre	Es adjudicado por concurso al contratista Ramón Ferrer el derribo del muro de cerca de la fábrica de tabacos, por la cantidad de 6.250 pts., y para que sea iniciado de inmediato. Se invita al arquitecto Ramón Lucini a que presente el 24 del mismo mes el presupuesto para las obras

	del Asilo de Lactancia
21 diciembre	Termina el plazo de presentación de proposiciones al concurso de la pasarela, habiendo recibido los siguientes pliegos: Mauro Serret (tres proyectos), Emilio Albiol (un proyecto), José Aubán (un proyecto), y Gerardo Roig (un proyecto). Son nombrados miembros del jurado del concurso los ingenieros Luis Dicenta, Rafael Alfaro y Vicente Pichó. La Sociedad de Aguas Potables se compromete a pagar las instalaciones de suministro y a dotar con 500 litros al edificio benéfico del Asilo de la Lactancia
22 diciembre	El ingeniero Vicente Pichó renuncia a ser jurado en el concurso de la pasarela y es nombrado para sustituirle César Santomá
28 diciembre	Trénor, en representación del Ateneo Mercantil, se incauta del muro de cerca de la fábrica de tabacos, suscribiendo el acta consiguiente a los efectos de la Real Orden de 16 de noviembre. Se ordena al contratista Ramón Ferrer que proceda de inmediato al derribo de dicho muro conforme a la adjudicación obtenida. Se manifiesta al Sr. Santomá de la fábrica Lebón y Compañía la necesidad de que suministre luz para no interrumpir de noche los trabajos de la Exposición
29 diciembre	Real Orden de Hacienda regulando la entrega del edificio de la fábrica de tabacos el 1 de enero de 1909

1909. Preparativos de la Exposición.

2 enero	Se acepta la propuesta de Luis Salom para efectuar el pavimentado con cemento de 300 m ² en el Palacio de la Industria (la fábrica de tabacos), a 1,37 pts/m ² . Se participa a Bernardo Gómez Úbeda que le ha sido adjudicada la construcción del Asilo de Lactancia por la cantidad de 90.800 pts.. Se participa a los interesados que en el concurso de la pasarela ha sido elegido el proyecto del ingeniero Aubán, de cuya construcción se encarga la casa Miró, Trepát y Compañía. Se procede a la recepción provisional por Trénor, en nombre del Ateneo Mercantil y del Comité, de la fábrica de tabacos y edificios anexos, recepción que seguirá a medida que vayan estando listos los
---------	--

	diversos locales y sean entregados por el contratista
5 enero	Se notifica la adjudicación de las obras del Asilo de la Lactancia al contratista Bernardo Gómez Úbeda
9 enero	El acuerdo entre Francia y Alemania sobre Marruecos reconoce la preponderancia política francesa sobre el país africano, en detrimento de los intereses españoles.
9 enero	El Comité Ejecutivo recibió quinientas mil pesetas como subvención de las Obras del Puerto. (Solaz, 2009)
12 enero	Se anuncia un concurso para el arriendo de los servicios de restaurante y café del Gran Casino, que terminará el 20 del mismo mes
13 enero	La Presidencia, en previsión de la Semana Automovilística a celebrarse en la Exposición, solicita del ministerio de Fomento el inmediato arreglo de las carreteras que afluyen a Valencia, en especial las de Barcelona y Casas del Campillo
21 enero	La Presidencia solicita del Ayuntamiento el establecimiento de un retén de bomberos que pueda asistir en caso de incendio, tan frecuentes en este tipo de eventos. Se reúne el “Patronato para Casas de Obreros” acordando adjudicar veintiuna que se habían acabado en la barriada de Jesús. (Solaz, 2009)
23 enero	El alcalde regresa con la autorización del Gobierno español para dedicar los sobrantes del empréstito municipal a gastos motivados por la Exposición (Solaz, 2009).
24 enero	En la localidad inglesa de Brighton se presenta por primera vez al público el cine en color.
24 enero	Se anuncia el concurso de bellezas femeninas que había de celebrarse durante la Exposición. (Solaz, 2009)
27 enero	El ingeniero Luis Dicenta Lloret es nombrado inspector de la construcción de la pasarela
28 enero	Se llega a una completa conformidad con la Alcaldía en lo relativo a la anchura de la pasarela y a la supresión de la cubierta prevista para la misma
29 enero	La Presidencia pide al Ayuntamiento la instalación de un botiquín en la Exposición para atender los casos de accidentes
31 enero	En este día se contabilizan 4.500 visitantes a las obras de la Exposición
1 febrero	El Ayuntamiento acuerda aprobar la distribución propuesta por la Comisión correspondiente al total de 900.000 pts.

	votadas para gastos con motivo de la exposición. Se comunica al industrial Antonio Gómez que le ha sido adjudicada la obra del entarimado de los pisos principal y segundo del Palacio de Industria. Se comienzan las excavaciones para la cimentación del Palacio Municipal con obreros de la administración a ritmo lento
2 febrero	Se recibe una Real Orden disponiendo que en la Exposición existiese una Estafeta de Correos y Telégrafos, que se ubicaría en las dependencias del Arco de Entrada
3 febrero	Es inaugurada en el piso bajo izquierda del Palacio de la Industria un posta sanitaria conforme a lo solicitado anteriormente
4 febrero	En los trabajos de construcción de la pasarela funcionan tres motores eléctricos y una locomóvil. Se aprueba definitivamente el proyecto de ferrocarril directo a Madrid (Solaz, 2009).
8 febrero	Se anuncia un concurso para el arriendo de la explotación del Teatro-Circo que terminará el 20 del mismo mes
9 febrero	Se modifica el proyecto de la pasarela, sustrayéndole la cubierta y aumentando su anchura y su resistencia
15 febrero	Sacadas las obras del Palacio Municipal a concurso y adjudicadas al contratista José M ^a Montagud, comienzan con buen pulso las obras del edificio. Trénor vuelve de Madrid y se le recibe en la estación con todos los honores, marchando una comitiva al Ayuntamiento, donde hubo una recepción (Solaz, 2009)
21 febrero	El Ateneo Mercantil ofreció un banquete a su presidente Trénor, celebrado en el Teatro Principal. (Solaz, 2009)
22 febrero	Los estudiantes de la Facultad de Medicina, con la presencia de Miguel de Unamuno (rector de la Universidad de Salamanca), colocan una placa conmemorativa del centenario del nacimiento de Charles Darwin.
22-23 febrero	El número de visitantes a las obras de la Exposición suma 10.000 personas en estos dos días
25 febrero	Se pide al Ministerio de Instrucción Pública que el Estado concorra a la Exposición con los cuadros y obras de arte de autores valencianos existentes en los museos y centros oficiales
27 febrero	El Comité recibe una nueva proposición de Luis Gil Sumbiela para la construcción de un tranvía aéreo entre el Llano del Remedio y la Alameda, que cedería a la

	Exposición el 10% de los beneficios. El Comité resuelve estudiar la proposición pero duda su aceptación, al tener ya comprometida la construcción de la pasarela
28 febrero	Los obreros se declaran en huelga por querer trabajar solamente cinco horas los días festivos.
28 febrero	8.000 visitantes a las obras de la Exposición en un solo día
1 marzo	Comienza a organizarse la Batalla de Flores de la inauguración
1 marzo	Termina el plazo para solicitar terrenos con destino a instalaciones aisladas. El Ayuntamiento acuerda aprobar los modelos y planos para los cinco grandes macizos y fuentes monumentales, que constituirían en la explanada de la entrada a la Exposición su instalación de jardinería
2 marzo	Se decide la construcción de una cuadra capaz para 40 caballos detrás de la Gran Pista en previsión del Concurso Hípico
3 marzo	Entrevista del Comité y los contratistas con el Gobernador de Valencia a fin de que éste amparase la libertad de trabajo para los obreros que no deseaban secundar la huelga. Se reanuda paulatinamente el trabajo en las obras de la Exposición. Replanteo de las torres del tranvía aéreo de Gil Sumbiela
4 marzo	Sube a 25 céntimos el precio del sello para la visita a las obras. Pero el público <i>“ha demostrado que el aumento del precio no influye en sus entusiasmos”</i>
4 marzo	El alcalde viaja a Madrid con una comisión del Ayuntamiento para pedir al Gobierno español que negase la petición de un particular que pretendía una concesión en la Dehesa de la Albufera para la explotación minera
5 marzo	Se anuncia el concurso para la exclusiva de sacar fotografías, expender álbumes con vistas y obtener cintas cinematográficas. La Junta de Obras del Puerto proclama ganador del concurso al contratista Cuñat, al que adjudica las obras de su pabellón y la copia a escala del futuro puerto. El Director de los Jardines Municipales realiza el replanteo de los árboles y parterres de la Exposición. Se suscribe un compromiso para instalar en el Salón de Actos el órgano construido para la iglesia de la Casa de la Misericordia con el compromiso de devolverlo a su lugar en cuanto se cerrara el certamen
9 marzo	No se admiten más trabajadores en la exposición, al ser su

	número suficiente
14 marzo	Termina el replanteo de las instalaciones aisladas, comenzando su edificación. El Comité asegura los edificios de la Exposición ante la contingencia de cualquier siniestro. Se celebra el 40º aniversario de las Escuelas de Artesanos
15 marzo	Fin del plazo para la inscripción de los expositores particulares. Se trabaja toda la noche para atender a los rezagados
15 marzo	Se construye el primer encofrado de un tramo de la pasarela
21 marzo	Se terminan las obras del Asilo de la Lactancia
22 marzo	Se contratan los fuegos artificiales de la inauguración a Brooks&Co. de Londres, por 31.300 pesetas
23 marzo	El Director de los Jardines Municipales empieza la plantación de árboles en los paseos de la Exposición. La Comisaría General encarece a los expositores a que presenten los datos referentes a la superficie de sus instalaciones para proceder seguidamente al replanteo de las mismas
24 marzo	Es solicitado de la Diputación y Ayuntamiento que concurren con sus mejores obras de arte. Se manifiesta al Ayuntamiento no ser posible conceder gratis los terrenos pedidos para una reproducción artificial de la Albufera dentro de la Exposición. Se avisa a los expositores para que manifiesten la cantidad de fluido eléctrico que necesitarán en sus instalaciones, para calcular el consumo total y tenerlo en cuenta para los suministros generales
25 marzo	Visita del Arzobispo de la Región Levantina a las obras de la Exposición
26 marzo	El Comité resuelve que los señores Izquierdo y el arquitecto Ramón Lucini procedan a la apertura de puertas laterales en la sala de Máquinas, necesarias para la cómoda circulación del público.
31 marzo	Se suprime en el <i>Grau</i> el impuesto de consumos. (Solaz, 2009).
1 abril	La prensa local excita a los expositores a que activen sus instalaciones, ya que sólo falta un mes para la inauguración, y precisa que todos demuestren su actividad para que aquel día la Exposición esté concluida
2 abril	Reunión de las autoridades para tratar las solemnidades a celebrar con motivo de la visita del Rey para inaugurar la Exposición. (Solaz, 2009).

5 abril	Se celebra en el Teatro Principal una función en honor del músico Roberto Chapí, que había fallecido en Madrid.
10 abril	Accediendo a la solicitud del Comité, el arzobispo autoriza a que se trabaje los domingos también en las obras del Palacio Hotel, que se ha de instalar en la calle de la Paz para recibir a los huéspedes ilustres que vengan a Valencia durante la Exposición
15 abril	Se acuerda admitir la proposición de instalación general de alumbrado presentada por el ingeniero Vicente Pichó. Se decide declarar desierto el Concurso Fotográfico, y dejar libre la obtención de fotografías y su venta en álbumes y postales
17 abril	Se terminan las torres del tranvía aéreo de Gil Sumbiela y se comienza el tendido de cables y maquinaria
21 abril	Requeridos por el Comité, los arquitectos afirman que las obras de la Exposición estarán concluidas el 18 de mayo. Se llama por teléfono a Trénor, que se encuentra en Madrid, a fin de que lo comunique al Gobierno y al Palacio Real
30 abril	Se dan por concluidas las obras de la pasarela, con quince días de retraso respecto a lo previsto, por los cambios introducidos al proyecto original
1 mayo	Fecha prevista en un principio para la inauguración de la exposición. Sube el precio de la visita a 50 céntimos para conseguir cierta regulación
2 mayo	Celebración de las elecciones municipales en Madrid, circunstancia que provoca el retraso de la inauguración de la Exposición hasta el 18 del mismo mes, por no considerarse adecuado que el Jefe del Estado se ausentase de la capital en tal ocasión
7 mayo	El Comité anuncia un concurso para arrendar el peaje de la pasarela
15 mayo	Finaliza el concurso de arrendamiento del peaje, con 11 pliegos recibidos, pero el Comité adopta la decisión de declarar el concurso nulo, y desistir de cobrar un canon por el paso
16 mayo	Cae un verdadero diluvio sobre la ciudad de Valencia y anega el recinto de la Exposición
17 mayo	Visita del Alcalde Maestre y Trénor a la Exposición, completamente inundada por grandes charcos. El Gobernador de Valencia telegrafía al rey y al gobierno de

	Madrid para que posterguen el viaje hasta el día 22 de mayo
18 mayo	Segunda fecha prevista para la inauguración de la Exposición, retrasada esta vez por las grandes lluvias caídas en Valencia. Pruebas de estabilidad realizadas en los tres primeros tramos de la pasarela
19 mayo	Se presentan en la Exposición 250 obreros pidiendo trabajo y son admitidos todos para los detalles de última hora. El maestro Serrano y el poeta Thous hacen entrega a la Asociación Valenciana de la Caridad de las ediciones -por ellos costeadas- del Himno a la Exposición, que regalan a dicha institución benéfica
20 mayo	Queda prohibida la entrada de carruajes y carros a la Exposición, a fin de poder arreglar rápidamente el piso de los paseos y avenidas. Se quitan los andamios de varios edificios, entre ellos el Palacio Municipal, y se instalan focos en el interior de éste para que por la noche se puedan enlucir los ventanales góticos de la fachada principal. El Gobernador se ve obligado a enviar a la Guardia civil a la Exposición para contener a la gente que desea entrar para ver los preparativos para la visita del rey.
21 mayo	Se efectúa la recepción definitiva por el Comité del edificio de la fábrica de tabacos. Pruebas de estabilidad en los tramos cuarto y quinto de la pasarela. En la Exposición no hay un momento de descanso. Expositores y obreros dan el último toque a las instalaciones y preparativos para la inauguración. Se trabaja hasta altas horas de la noche en el engalanado de la Gran Pista y ornamentación de la plataforma de la Cuádriga donde se coloca el solio real. Se hace un ensayo de la iluminación general.
22 mayo	El rey inaugura la pasarela en sus tramos practicables, y retrocede para salvar el río camino de la Exposición por el Puente del Real, dado que faltaban las pruebas de estabilidad de los últimos tres tramos. Posteriormente, inaugura asimismo la exposición

1909. Desarrollo de la Exposición.

24 mayo	El rey visita el Ateneo Mercantil de Valencia
31 mayo	Se inicia la construcción del trasatlántico RMS Titanic
3 junio	Pruebas de funcionamiento de Los Urales

5 junio	Inauguración del Pabellón de la Industria Abaniguera
6 junio	Se registran 30.207 visitantes a la Exposición
12 junio	Plazo límite para finalizar las instalaciones rezagadas
13 junio	Prohibición de la entrada en el recinto de más obreros para realizar instalaciones particulares
14 junio	Inauguración del Pabellón de la Música
22 junio	Inauguración del tranvía aéreo
21-27 junio	V Congreso Nacional de Arquitectos
30 junio	Clausura del V Congreso Nacional de Arquitectos
5 julio	Pruebas de estabilidad en los tres tramos finales de la pasarela
9 julio	Ataque de rifeños a las obras del ferrocarril en Melilla con el resultado de cuatro muertos, y posterior extensión de la revuelta a todo el protectorado
11 julio	Primera protesta pública en Valencia contra la guerra de Melilla
12 julio	El rey concede el título de Marqués del Turia a Tomás Trénor
17 julio	Inauguración de la Fuente Luminosa
25 de julio.	Bleriot realizó el primer vuelo con motor desde el puerto francés de Calais a la localidad británica de Dover
26 julio	Huelga general en Barcelona en protesta por la guerra de Melilla
27 julio	Comienzan los incendios de conventos y ataques a comisarías en Barcelona.
28 julio	Huelga general en Valencia en protesta por la guerra de Melilla. Secuestrados los periódicos El Mercantil Valenciano y El Pueblo por deprimir el espíritu público con daño a la disciplina militar. Se aprueba el Estado de Excepción.
29 julio	El ejército empieza a ocupar Barcelona.
30 julio	Se reanuda la circulación de algunos tranvías en Barcelona.
31 julio	Fecha inicial prevista para la clausura de la Exposición Regional Valenciana. Inauguración del Palacio Municipal completo, incluido el pináculo de la torre.
1 agosto	Se celebran misas de desagravio en Barcelona. Manifestaciones de mujeres de obreros detenidos.
2 agosto	Se reanuda la actividad laboral en algunas fábricas de Barcelona.
4 agosto	Se acuerda prorrogar la Exposición hasta el 22 de diciembre

16 agosto	Inauguración del pabellón denominado Palacio de la Luz
29 agosto	Primera ascensión del globo Mariposa del capitán Esteban Martínez sobre la Exposición
1 septiembre	Detención del ex-director de la Escuela Moderna de Barcelona, Francesc Ferrer Guardia, acusado de instigar las revueltas barcelonesas
3 septiembre	Juan Olivert logra el primer vuelo de un aeroplano en España, en los llanos de Paterna.
5 septiembre	Segunda ascensión del globo Mariposa del capitán Esteban Martínez sobre la Exposición
8 septiembre	Tercera ascensión del globo Mariposa del capitán Esteban Martínez sobre la Exposición, y desaparición del mismo en el mar, arrastrado por el viento
13 septiembre	Ejecución de Francesc Ferrer Guardia, acusado de instigar las revueltas de Barcelona.
14 septiembre	El Dr. Zamenhof, inventor del idioma internacional esperanto, visita la Exposición Regional
5 octubre	Inauguración de la Sección de Arte Retrospectivo
16-29 octubre	Cincos sesiones de cine al aire libre sobre la Fuente Luminosa
21 octubre	Maura cede ante el rechazo del pueblo, que le acusa de exceso de celo en la represión de la “Semana Trágica”. Cambio de gobierno en Madrid. Segismundo Moret ocupa la presidencia.
Final octubre	Nuevo alcalde en Valencia: Miguel Paredes García (liberal)
Octubre-noviembre	Gestiones en Madrid con el nuevo gobierno liberal para poder prolongar la duración de la Exposición durante el año 1910 en forma de Exposición Nacional
23 noviembre.	Inauguración del Palacio de Comunicaciones de Madrid
28 noviembre	Victoria española en el Rif. Cese de las hostilidades
10 diciembre	El rey accede a la petición de prórroga en una entrevista concedida a Tomás Trénor
16 diciembre	Celebración del Consejo de Ministros que ultima la concesión de la prórroga
18 diciembre	El gobierno de Madrid emite un decreto concediendo la prolongación de la Exposición de Valencia en forma de Exposición Nacional para todo el año 1910. Solicitud al gobierno de Madrid para que presidiera la clausura oficial

	de la Exposición. El gobierno accede, pero solicita retrasar la clausura en ese caso hasta el día 9 de enero de 1910 por problemas de agenda
22 diciembre	Fecha prevista inicialmente para la clausura de la Exposición Regional Valenciana prorrogada
9 enero	Se clausura la Exposición Regional Valenciana de 1909

ANEXO II.

Tal y como se ha dicho en las páginas anteriores, se construyó una base de datos que contuviera a los expositores del certamen. Precisamente, la recopilación de información que la base proporciona constituye el aspecto más original de este trabajo de investigación y ha permitido defender las conclusiones sobre las circunstancias y la naturaleza de la Exposición que se han explicado antes.

La base de datos fue inicialmente diseñada con el programa Microsoft Access 2003; pero se completó con el programa Microsoft Access 2007. En la figura siguiente, se muestra una pantalla de la base:

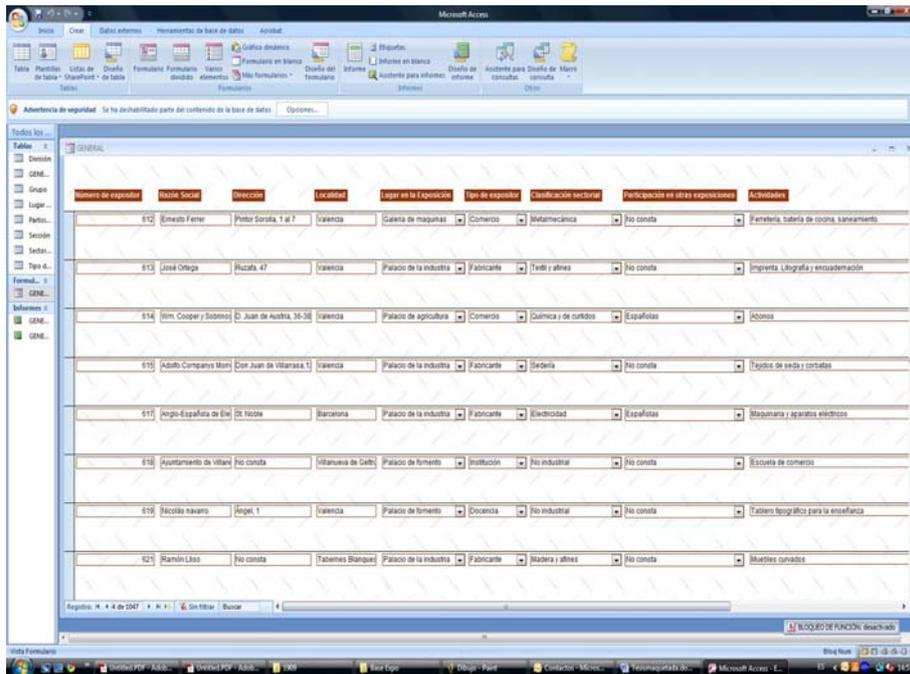


Figura 80 : Pantalla Formulario de la base de datos. Elaboración propia.

La base fue diseñada con los siguientes campos:

- Número de expositor. Como se ha dicho, era único y servía para identificar al expositor tanto en el (Catálogo, 1909) como en la propia instalación.
- Nombre del expositor (Razón social de la empresa).

- Dirección (Calle, número) con la que el expositor aparece en el catálogo.
- Localidad
- Lugar en la Exposición, con las siguientes opciones:
 - Palacio de la Industria.
 - Palacio de la Agricultura.
 - Galería de máquinas.
 - Pabellón de motores
 - Maquinaria activa.
 - Pabellón de abanicos.
 - Pabellón de automóviles.
 - Palacio de Fomento.
 - Sala de Música.
 - Instalación propia.
- Tipo de expositor, con las siguientes opciones:
 - Fabricante.
 - Comerciante.
 - Servicios.
 - Institución
- Clasificación sectorial del expositor, con las siguientes opciones:
 - Sedería.
 - Textil y afines.
 - Química y curtidos.
 - Agroalimentaria.
 - Madera y afines.
 - Cerámica y construcción.
 - Electricidad.
 - Metalmecánica.
 - Transporte e infraestructuras.
 - Otros sectores.
- Participación de la empresa en otras exposiciones, con las siguientes opciones:
 - Valencianas.
 - Españolas.
 - Internacionales.
 - No consta.
- Si se ha encontrado publicidad del expositor en las publicaciones usadas: (Catálogo, 1909), (Guía, 1909) o (Valencia, literatura, 1909).

- La División, Sección y Grupo en el que el expositor fue premiado, según se ha explicado en el capítulo octavo.

Al respecto del proceso de introducción de datos, conviene hacer algunas puntualizaciones:

Los cuatro primeros campos se han transcrito directamente desde el (Catálogo, 1909), sin más que corregir algunas erratas. La inscripción como exposición se podía hacer como persona física o como empresa. En algún caso, el nombre del expositor o la razón social con la que se presentaba el expositor no se correspondía exactamente con la investigación que se había llevado a cabo sobre las empresas existentes en 1909; pero siempre se ha podido identificar a qué empresa correspondía el nombre. Por ejemplo, el expositor número 731 era “*Carlos Boggani & C^o*”, que corresponde a la fábrica de sombreros “Héctor Boggani”, descrita en el capítulo cuatro.

En general, no ha habido problemas para distinguir si un expositor era una institución o una empresa de servicios (médicos y docentes, en la mayor parte de los casos) pero sí algunos para distinguir a fabricantes de comerciantes. Se ha llevado a cabo un laborioso trabajo de búsqueda para identificar la naturaleza de cada expositor.

Así, por ejemplo, en el listado de expositores del (Catálogo, 1909) aparece con el número 81, la razón social “Luis Bertomeu”, sin más indicación que Artículos de Hilo. Trafalgar, 9 (Barcelona). A partir de esa información no se puede deducir si era un fabricante o un comerciante; pero en el anuncio que insertó en el mismo (Catálogo, 1909) se puede leer “*La fábrica de la Casa Luis Bertomeu está establecida en Teyá (Barcelona) (...) obtuvo ya Gran Diploma en Exposición Internacional de Chicago y recientemente Medalla de Plata en la Exposición Hispano Francesa de Zaragoza el pasado año.*” Con lo que puede deducirse el resto de la información.

En lo que se refiere a la clasificación sectorial, se ha considerado lógico seguir con la estructura utilizada en el capítulo cuarto y mantener los criterios usados allí. Así, todas las empresas relacionadas con el papel y las artes gráficas han sido clasificadas como pertenecientes al sector “Textil y afines”, las empresas fabricantes de maquinaria como “Metalmecánica” (aunque fuera maquinaria para la agroindustria). En algún caso, se han tomado decisiones que podrían ser discutibles como clasificar a los cuatro expositores de orfebrería en “Metalmecánica”; pero

se ha considerado que no era adecuado aumentar el número de sectores, puesto que ello podía dificultar la obtención de la visión de conjunto buscada.

En algún caso, hubo dificultad para clasificar a algún expositor por la heterogeneidad de sus actividades. Así, por ejemplo, según dice la publicidad inserta en el (Catálogo, 1909) la empresa “Luis Bruguera”, con número de expositor 59, se dedicaba a “Bastones, paraguas, boquillas y artículos de piel, propios para regalos. Se compone zapatos de goma.”; pero también a “Bolas de billar”. Su instalación estaba en la Sala 15ª del Piso Primero (piso principal) del Palacio de Industria, es decir la que agrupaba “Confección, tintorerías, sastrería, encajes”. Pero fue premiada en la División Segunda, Sección Primera, Grupo Tercero (Carpintería artística- Tornería) con “Medalla de Oro”. Así que se ha decidido clasificarla como “Madera y afines”.

Se ha decidido añadir el sector “Electricidad” para clasificar a algunos expositores que anunciaban productos o instalaciones directamente relacionadas con esta energía (limitadores, dínamos, etc.) Aunque hubieran podido ser englobados como “Metalmecánicos”, en este caso, se ha preferido ser más específico, dado el carácter innovador del sector.

Con el mismo razonamiento, se ha decidido añadir el sector “Transporte e infraestructuras” para agrupar tanto lo relacionado con los automóviles y bicicletas, como muchos de los trabajos de ingenieros civiles expuestos en el Palacio de Fomento.

Se han creado dos divisiones más: “Otros sectores” y “No industrial”, para aquellos casos que no resultaba adecuado clasificar en ninguno de los anteriores. Así, por ejemplo, fabricantes de productos ortopédicos se han clasificado en “Otros sectores”, mientras que los bodegueros que presentaban vino sin elaborar industrialmente, se han clasificado en “No industrial”.

Se consideró oportuno añadir los campos “Participación en otras exposiciones” y “Presencia de publicidad del expositor en las publicaciones” para disponer de una indicación cualitativa de la capacidad empresarial del expositor.

A partir del listado de premios de la Exposición, se ha podido determinar en qué División, Sección y Grupo fueron premiados casi todos los expositores. Se da la circunstancia de que un pequeño número de

expositores, no fue premiado. En algún caso, se debe a la naturaleza de su actividad, por ejemplo, la razón social “*S. Navarro y R. Abenia*” que figura con el número de expositor 429, explotaba la atracción “La Montaña Rusa”, descrita en el capítulo octavo. En otros casos, se puede aventurar que la falta de premio se debió a algunos problemas administrativos, erratas o a que estos expositores no siguieron todas las instrucciones que les dio la organización del evento.

La base de datos ha permitido obtener los resultados enunciados en el capítulo noveno; pero hubiera permitido obtener mucha más información a base de búsquedas cruzadas. Se ha optado por no aumentar el volumen de información, ya que los objetivos del trabajo eran de naturaleza más general.

BIBLIOGRAFÍA.

Agrasot R. & Salvador A. (1909) Exposición regional de Valencia. Editor: Leoncio Miguel, Madrid.

Aguilar Cervera I. (1983) Arqueología industrial en Valencia. Revista: "Debats" N° 4.

Aguilar Cervera I. (1990) El orden industrial en la ciudad de Valencia en la segunda mitad del siglo XIX. Diputació de València, Valencia.

Aguilar Cervera I. (1984) Historia de las estaciones: arquitectura ferroviaria en Valencia. Valencia.

Aimone, L. & Olmo C. (1990) *Storia delle esposizioni universali 1851-1900. Il progresso in scena*. Umberto Allemandi & Co. Milán.

Alemaný Ferrer V. (2007) La construcción de pianos en Valencia hasta inicios del siglo XX. "Anuario musical" 62.

Almela y Vives F. (1961) Historia del papel en Valencia. Valencia.

Álvarez Rubio A. (1980) El movimiento obrero de 1900 a 1923. "Nuestra historia" Tomo VII, pp. 25-49. Mas Ivars Editores, Valencia.

Alvárez Rubio A. (2000) *De l'ofici a la fàbrica. Una família industrial valenciana en el canvi de segle. La maquinista valenciana*. Universitat de València, Valencia.

Alvárez Rubio A. (2001) Valencia industrial: Las fundiciones. Ajuntament de València, Valencia.

Alvárez Rubio A. (2008) La semana trágica en Valencia. Universitat de València, Valencia.

Aracil R. & García Bonafé M. (1974) *Industrialització al País Valencià (el cas d'Alcoi)*. Eliseu Climent, Valencia.

Aracil R. & García Bonafé M. (1978) Industria doméstica e industrialización en España. Revista: "Información comercial española" N° 55. Pp. 113-129.

Aracil R. (1978) La industrialización valenciana: Historia y problemas. Almudín, Valencia.

Ardit Lucas, M. (1990) Agricultura e industria rural en el siglo XVIII. En: "De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de economía valenciana" (Eds. Vidal J, Azagra J. & Mateu E.) Pp. 253-273. Instituto Alicantino "Juan Gil-Albert", Alicante.

Ateneo (1959) Cincuentenario de la Exposición Regional 1909. Ateneo Mercantil de Valencia, Valencia.

Ateneo, (2009). "El Ateneo Mercantil y la Exposición valenciana de 1909." Ateneo Mercantil, Valencia.

Avilés Farré J. (2006) Francisco Ferrer y Guardia. Marcial Pons, Madrid.

Azagra J. (1982) Noticia de la situación fabril valenciana a mediados del siglo XIX según las fuentes de origen fiscal. "Estudios dedicados a Juan Peset Alexandre" I, pp. 185-198. Universitat de València.

Azagra J. (1993) Propiedad inmueble y crecimiento urbano: Valencia (1800-1931). Síntesis, Madrid.

Behan McCullagh C. (1984) *Justifying Historical Descriptions*. Cambridge University Press, Nueva York.

Beltran A. (2002) *Els temps moderns. Societat valenciana i cultura de masses al segle XX*. Tàndem edicions, Valencia.

Beramendi Freyre C. (1994) El País Valenciano a finales del siglo XVIII. Institut Juan Gil-Albert, Alicante.

Betrán Pérez M.C. (2005) *Natural resources, electrification and economic growth from the end of the nineteenth century until World War II*. "Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History" N° 1.

Boira Maiques J.V. (2006) *València i Barcelona : retorn al futur: l'Exposició Regional de 1909*. Edicions 3 i 4, Valencia.

Boira Maiques J.V. (2007) La Exposición Regional de 1909, un cambio de perspectiva. En “La construcción del orden conservador”. La Gran Historia de la Comunitat Valenciana. (eds. Martínez Gallego F.A. & Laguna Platero A.), Pp. 136-140. Editorial Prensa Valenciana, Valencia.

Boira Maiques J.V. (2009) 1909-2009. Contenido, desarrollo y ambición de la Exposición Regional Valenciana. Una mirada cien años después. En “El Ateneo Mercantil y la Exposición valenciana de 1909.” Ateneo Mercantil, Valencia.

Brau P. (1978) Una aproximación a la historia de la industria de *Benetússer* (1874-1975). Valencia.

Calatayud Giner S. & Martínez Carrión J.M. (2005) El cambio tecnológico en el uso de las aguas subterráneas en la España del siglo XX. Un enfoque regional. “Revista de Historia Industrial” N°2.

Calatayud Giner S. (2002) Tierras inundadas: el cultivo del arroz en la España contemporánea (1800-1936). “Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History” N° 1.

Calatayud Giner S. (2007) Vino, arroz y naranjas, bases de la Restauración. En: “La construcción del orden conservador.” La Gran Historia de la Comunitat Valenciana. (eds Martínez Gallego F.A. & Laguna A.), pp. 6-24. Editorial Prensa Valenciana, Valencia.

Calvo Teixeira L. (1992) Exposiciones universales. El mundo en Sevilla. Lábor, Sevilla.

Carnero Arbat T. (1988) Cambio económico y movilización social en la Restauración. En “Historia del pueblo valenciano”. Tomo 3, pp. 765-784. Levante., Valencia.

Casassas J. (1988) *Projectes i dirigents d'una exposició dita universal. La regeneració interior de la societat catalana*. En “L'Exposició de 1888 i la Barcelona de fi de segle”, Pp. 87-91. Ayuntamiento de Barcelona. Barcelona.

Castillo J.V. (2007) La restauración de la Monarquía borbónica. En “La construcción del orden conservador”. La Gran Historia de la Comunitat

Valenciana. (Eds. Martínez Gallego F.A. & Laguna A.), pp. 37-49. Valencia.

Catálogo. Guía y catálogo oficial. Exposición Regional Valenciana. 1909. Facsímil con motivo del centenario. 1909. Valencia., Ayuntamiento de Valencia.

COAV (1984) El ensanche de Valencia: trazado y realidad urbana. En "El ensanche de la ciudad de Valencia de 1884." Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia. Centro de Servicios e Informes, Valencia.

COIICV (2007). Dos siglos de industrialización en la Comunidad Valenciana. COIICV, Valencia.

Colleman D.C. (1985) Protoindustrialización. Un concepto abusivo. "Debats" N° 12.

Comisión de Reformas Sociales (1985) Reformas sociales. Información oral y escrita, publicada de 1889 a 1893. Centro de Publicaciones del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.

Comisión Regia de España. Exposición universal de 1867. París. Catálogo General de la Sección Española. 1867. París., Ch. Lahure.

Congreso (1909) Guía de Valencia para el II Congreso de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, Valencia.

Cuevas J. (1999) Innovación técnica y estructura empresarial en la industria textil de Alcoi, 1820-1913. Revista: "Revista de Historia Industrial" N° 2.

Díez Rodríguez F. (1990) Viles y mecánicos. Trabajo y sociedad en la Valencia preindustrial. Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Valencia.

Domenech J. (2006) Institutional change in industrial relations: strike arbitration in Spain, 1880-1915. Revista: "Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History" N° 3.

Estudios Historia Rural (2002) Política forestal y producción de los montes públicos españoles: Una visión de conjunto, 1861-1933. Revista:

“Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History” N° 3.

Fuster, J (1962) *Nosaltres, els valencians*. Edicions 62. Barcelona.

Gabriel P. (1988). *L'esquerra vuitcentista, entre l'avenç i la instrumentalització. Progrés, almoïna i monarquia*. En: “L'Exposició de 1888 i la Barcelona de fi de segle.” Pp. 99-106. Barcelona.

García Orallo R. (2003) La recaudación fiscal en el mundo rural de la Restauración: obstáculos y resistencias. Revista: “Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History” N° 3.

García Perera, V.M. (2005). El duelo. En “Arroz y tertulia”. Publicaciones del Museo del Arroz de la Ciudad de Valencia. Valencia.

Garrabou R. (1985) *Un fals dilema. Modernitat o endarreriment de l'agricultura valenciana*. (1850/1900). Alfons el Magnànim, Valencia.

Gascó Pelegrí V. (1978) Prohombres valencianos en los últimos cien años. 1878-1978. Caja de Ahorros de Valencia, Valencia.

Gálvez Muñoz L. (2000) Género y cambio tecnológico: rentabilidad económica y política del proceso de industrialización del monopolio de tabacos en España (1887-1945). Revista: “Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History” N° 1.

Gil Salinas R. & Millán M.J. (2009) La Exposición valenciana de 1909. El espectáculo de la modernidad o la modernidad como espectáculo. En: “El Ateneo Mercantil y la Exposición valenciana de 1909”. Ateneo Mercantil, Valencia.

Giralt E. (1968). Problemas históricos de la industrialización valenciana. Revista: “Estudios geográficos”. N° 112/113, Pp. 370.

González Hernández M.J. (1990) Ciudadanía y acción. El conservadurismo maurista. 1907 - 1923. Madrid.

González Palacios A. (1975) El mueble de estilo. Historia del mueble del siglo XVI al siglo XX. HA, Barcelona.

Gómez-Senent Martínez E. et al. (2005) El Museo del Arroz de la Ciudad de Valencia. Revista: "R&R.Restauración y Rehabilitación" N° 12. Pp. 26-31.

Gómez, Nicolau Primitiu. (2001) Contribució al estudi de la Molineria Valenciana Mijeval. Universidad Politécnica de Valencia, Valencia.

Guillem i Marco V. (1898) Valencia como estación invernal. Estudio de topografía médica y climatoterapia. Valencia.

Guía (1909) Valencia y su región. Comité ejecutivo de la Exposición Regional Valenciana., Valencia.

Hernández Marco J.L. (1987). La pañería como alternativa económica en las serranías del interior valenciano (siglos XVIII y XIX). Revista: "Saitabi" N° 37. Pp. 209-223.

Hernández Marco J.L. (2002) Los precios de los automóviles importados en la España de los años Veinte. Revista: "Revista de Historia Industrial" N° 2.

Hernández, Telésforo Marcial. (1983) Ferrocarriles y capitalismo en el País Valenciano. 1843-1879. Ajuntament de València., Valencia.

Hernández Telésforo Marcial. (1988) La economía valenciana en los años del asentamiento del capitalismo. En "Historia del pueblo valenciano" Tomo 3. Pp. 665-684. Levante, Valencia.

Hidalgo Mateos A. (2008). Competencia y colusión en el mercado eléctrico valenciano: las tarifas (1920-1932). IX Congreso Internacional de la Asociación Española de Historia Económica. Murcia.

Izard M. (1973) Industrialización y obrerismo: las tres clases de vapor 1869-1913. Ariel, Barcelona.

Jordá Borrell R.M. (1986) La industria en el desarrollo del área metropolitana de Valencia. Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Valencia.

Jürgens O. (1992) Ciudades españolas. Su desarrollo y configuración urbanística. MAP, Madrid.

- Landes D.S. (1979) Progreso tecnológico y revolución industrial. Tecnos, Madrid.
- Llop B.J. (1999). El Micalet y el teleférico de Valencia. En “Suplemento Territorio y Vivienda”. Levante-EMT.
- Lluch E. (1976). La vía valenciana. Editorial Eliseu Climent. Valencia.
- Madoz M. (1849). Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Alicante, Castellón y Valencia. Edición de 1987 a cargo de Aracil R. & García Bonafé M. *Institució Valenciana d'Estudis i Investigació*, Valencia.
- Marglin S. (1974) *What do Bosses do? The origins and functions of hierarchy in Capitalist Production*. Revista: *Review of Radical Political Economy*. N° 4. Pp. 60-112.
- Márquez M. (1910) Historia de la industria, comercio, navegación y agricultura del Reino de Valencia desde la época de don Jaime I hasta nuestros días. Imprenta Domenech, Valencia.
- Martínez-Santos Isern V. (1981) Cara y Cruz de la Sedería Valenciana (Siglos XVIII-XIX). Alfons el Magnànim, Valencia.
- Martínez-Val Peñalosa C. (2001) Un empeño industrial que cambió España, 1850-2000: siglo y medio de ingeniería industrial. Síntesis, Madrid.
- Martínez Gallego F.A. (1991). *L'altra vessant de la transformació: el creiximent industrial a València i el seu entorn al voltant de 1850*. Revista: “Afers” N° 11-12. Pp: 205-214.
- Martínez Gallego F.A. (1995) Desarrollo y crecimiento. La industrialización valenciana, 1834-1914. Generalitat Valenciana. *Conselleria d'Indústria, Comerç i Turisme*, Valencia.
- Martínez Serrano J.A. et al. (1978) Evolución de la economía valenciana, 1878-1978. Caja de Ahorros de Valencia, Valencia.
- Martínez Serrano J.A. (1980A) La formación de la base industrial. En: “Nuestra historia”. Tomo 6, Pp. 248-257. Mas Ivars Editores SL, Valencia.

Martínez Serrano J.A. (1980B) Transformaciones agrarias y revueltas campesinas. En: "Nuestra historia". Tomo 6. Pp. 235-256. Mas Ivars Editores SL, Valencia.

Millán J. (1984) La "protoindustrialización" y los orígenes de la industria en el País Valenciano. Revista: *Revista d'Estudis d'Història Contemporània*. N° 5. Pp. 93-104.

Millán J, Breuly J, & Pollard S. (1986). Proletarización, sindicalismo y política. Revista: "Debats", N° 17.

Millán J. (1990) L'economia i la societat valencianes, 1830-1914. Les transformacions d'un capitalisme perifèric. En: *Història del País Valencià*. Edicions 62, Barcelona.

Ministerio de Trabajo (1931) Estadística de salarios y jornadas de trabajo referido al período 1914-1930. Madrid.

Mira J.F. (1992) *València. Guia particular*. Barcanova., Barcelona.

Miranda Encarnación J.A. (1993) De la tradición artesana a la especialización industrial. El calzado valenciano, 1850-1930. Revista: "Revista de Historia Industrial" N° 4.

Miranda Encarnación J.A. (1996) Nuevos enfoques sobre la industrialización valenciana del siglo XIX. En: "De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de economía valenciana" (Eds. Vidal J, Azagra J. & Mateu E.) Pp. 253-273. Instituto Alicantino "Juan Gil-Albert", Alicante.

Miranda Encarnación J.A. (2004) La Comisión Nacional de Productividad Industrial y la "americanización" de la industria del calzado en España. Revista: "Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History" N° 3.

Nadal J. (1975) El fracaso de la revolución industrial en España, 1814-1913. Ariel., Barcelona.

Nadal J. (1987). El desenvolupament de l'economia valenciana a la segona meitat del segle XIX: ¿una via exclusivament agrària? Revista: "Recerques" N° 19. Pp. 115-132.

Nadal J. (1992) Los dos abortos de la revolución industrial en Andalucía. En: "Moler, tejer y fundir. Estudios de historia industrial." Ariel, Barcelona.

Nadal J. (1994) La cara oculta de la industrialización española: La modernización de los sectores no líderes (siglo XIX y XX). Alianza, Madrid.

Navarro Reverter C. (1876) Guía-indicador general de Valencia. Impresor J. Rius. Valencia.

Newell D. & Negri A. (1985) "La arqueología industrial." Revista: "Debats" N°13.

Ortiz-Villajos López J.M. (1999) Tecnología y desarrollo regional en España, 1882-1935: estudio basado en la patentes de invención. Revista: "Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History" N° 1.

Palafox J. & Carnero Arbat T. (1982). La economía del País Valenciano (1750-1936). Crecimiento sin industrialización. Revista: "Información comercial española". N° 586. Pp. 21-32.

Palafox J. (2009) "Valencia no fue París". El País. 22/05/2009.

Pardos Martínez E. (2001) "Comercio y crecimiento en la economía española, 1870-1995." Revista: "Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History". N° 1.

Pendergrast M. (2001) Dios, patria y coca-cola. Vergara, Madrid.

Pérez Puche F. (2009) Valencia 1909. La Exposición regional Valenciana. Oficina de Publicaciones. Ajuntament de València, Valencia.

Picó López J. (1976) Empresario e industrialización : El caso valenciano. Tecnos, Madrid.

Pingarrón-Esaín F. (2009) Preparativos para la Exposición valenciana de 1909. Acuerdos y concursos para ciertas obras y acontecimientos. En: "El Ateneo Mercantil y la Exposición valenciana de 1909". Ateneo Mercantil, Valencia.

- Piqueras Haba J. (1985) La agricultura valenciana de exportación y su formación histórica. Ministerio de Agricultura, Madrid.
- Pirala A. (1871) El rey en Madrid y en provincias. Quirós, Madrid.
- Pollard S. (1991) La conquista pacífica. La industrialización de Europa, 1760-1970. Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza.
- Pons A. & Serna J. (1992) La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del XIX. Diputación de Valencia, Valencia.
- Pons A. & Serna J. (2007) Metales comunes e ingenios mecánicos. En: “Dos siglos de industrialización en la Comunidad Valenciana”. COIICV, Valencia.
- Reglamento. (1908) Programa General y Reglamento. Exposición Regional Valenciana. Comité Organizador Exposición, Valencia.
- Reig, Ernest. (2007A) Historia breve de la industria valenciana. En: “Dos siglos de industrialización en la Comunidad Valenciana.” COIICV, Valencia.
- Reig, Ramir. (2007B) El impacto de la guerra europea, del taller a la fábrica. En: “La construcción del orden conservador.” La Gran Historia de la Comunitat Valenciana. (Eds Martínez Gallego F.A. & Laguna A.) Pp. 136-164. Editorial Prensa Valenciana, Valencia.
- Revert Roldán J. (1991) *Arqueologia industrial i Exposició Regional Valenciana, 1909-1910*. En: *Arqueologia Industrial, Actes del 1er. Congrés del País Valencià*, Pp. 181-196. Diputació de València.
- Riera S. (1988) *La producció d'electricitat i la fabricació de maquinària*. En: “L'Exposició de 1888 i la Barcelona de fi de segle” Ayuntamiento de Barcelona, Barcelona.
- Ródenas C. (1978) Banca i Industrialització. El cas valencià, 1840-1880. Editorial Eliseu Climent., Valencia.
- Ródenas C. (1980) Los problemas de la industrialización. En: Nuestra historia. Tomo sexto, Pp. 133-142. Mas Ivars Editores SL, Valencia.

Romeo Mateo, M^a C. (1993). Entre el orden y la revolución. La formación de la burguesía liberal en la crisis de la monarquía absoluta. Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", Alicante.

RSEAP (2003) 225 anys de la Reial Societat Econòmica d'Amics del País de València. Fundació Bancaixa, Valencia.

Sanchis Guarnier M. (1999) La ciudad de Valencia. Síntesis de historia y de Geografía Urbana. Ajuntament de València, Valencia.

Sancho M. (2009) La música en la Exposición Valenciana de 1909. En: "El Ateneo Mercantil y la Exposición valenciana de 1909". Ateneo Mercantil, Valencia.

Saura Carulla M. (1997) Historia de L'Eixample: una metodología de disseny. Edicions UPC, Barcelona.

Sáez M.A. (2004) Herraduras, clavos y arados. Siderurgia y demanda agraria en la España de la segunda mitad del siglo XIX. Revista: "Revista de Historia Industrial " N°2.

Sáiz González J.P. (1999) Patentes, cambio técnico e industrialización en la España del siglo XIX. Revista: "Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History" N° 2.

Schön W. (1977) El triunfo de la era industrial. El París de 1889 y las Exposiciones Universales en el siglo XIX. Alianza Editorial, Madrid.

Serna J. & Pons A. (2003) En su lugar. Una reflexión sobre la historia local y el microanálisis. Revista: "Contribuciones desde Coatepec". Vol. 2. N°4. México.

Serna J. & Pons A. (2009A) La vitrina al mundo. En: "El Ateneo Mercantil y la Exposición valenciana de 1909". Ateneo Mercantil, Valencia.

Serna J. & Pons A. (2009B) El escenario de la historia. Luces y sombras de la Valencia de 1909. En: "El Ateneo Mercantil y la Exposición Valenciana de 1909". Ateneo Mercantil, Valencia.

Signes Martínez F. (2008) Del taller de los Devís al Centro Tecnológico de Vossloh (1897-2006). Vossloh España S.A, Valencia.

- Silvestre Rodríguez J. (2003) Los determinantes de la protesta obrera en España, 1905-1935: ciclo económico, marco político y organización sindical. Revista: "Revista de Historia Industrial" N° 2.
- Solaz Albert R. (2009) La Exposición Regional Valenciana de 1909. Oficina de publicaciones. Ajuntament de València., Valencia.
- Soler Ferrer M.P. (1988) Historia de la cerámica valenciana. Vol. 3. Declive del siglo XVII, Renacimiento, Alcora y la azulejería del siglo XVIII. Vicent Garcia Editores, Valencia.
- Soler Ferrer M.P. (1992) Historia de la cerámica valenciana. Vol 4. La cerámica valenciana en el siglo XIX. Vicent Garcia Editores, Valencia.
- Soler V. (1980) La guerra europea: sus consecuencias económicas. En: Nuestra historia. Tomo 7. Pp. 15-24. Mas Ivars Editores SL, Valencia.
- Soler V. (1984) Guerra i expansió industrial al País Valencià (1914-1923). Institució Alfons el Magnànim, Valencia.
- Sotelo Vázquez. (2005). Ensayo sobre literatura dramática revolucionaria. Revista: "La Tribuna: cadernos de estudios da Casa Museo Emilia Pardo Bazán" N° 3. Pp. 137-148.
- Teixidor de Otto M^a.J. & Hernández Soriano T. (2000) La fábrica de tabacos de Valencia. Evolución de un sistema productivo (1887-1950). Universitat de València-Fundación Tabacalera, Valencia.
- Teixidor de Otto M^a.J. (1976) Funciones y desarrollo urbano de Valencia. Diputación de Valencia, Valencia.
- Thompson E. (1989) La formación de la clase obrera en Inglaterra. Crítica, Barcelona.
- Tirado D.A. & Pons J. (2006) Los cambios en la localización de la actividad industrial en España, 1850-1936. Un análisis desde la Nueva Geografía Económica. Revista: "Revista de Historia Industrial" N° 2.
- Tomás J.A. (1985). Ferrocarriles y capitalismo en el País Valenciano. Revista: "Debats" N° 12.
- Torró i Gil L. (1983) Al voltant dels orígens de la industrialització valenciana. En: De la sociedad tradicional a la economía moderna.

Estudios de Historia Valenciana Contemporánea. (Eds. Azagra J., Mateu E. & Vidal J.) Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", Alicante.

Torró i Gil L. (1994). *Sobre la proto-industrialització. Reflexions a partir d'un cas local: Alcoi (segles XVI-XIX)*. Revista: "Afers" N° 19. Pp: 659-680.

Torró i Gil L. (2005) Transformaciones agrarias en el campo valenciano durante la edad moderna. El caso de la comarca de Alcoi (ss. XV-XVIII). Revista: "Revista de Historia Económica - Journal of Iberian and Latin American Economic History" N° 3.

Torró i Gil L. (2007) Génesis y desarrollo de la industria textil valenciana: un esquema. En: Dos siglos de industrialización en la Comunidad Valenciana. COIICV, Valencia.

Trénor Palavicino T. (1912) Memoria de las exposiciones Regional Valenciana de 1909 y Nacional de 1910. Editor .Miguel Gimeno Valencia.

Valencia, literatura. (1909) Valencia y su exposición. (Valencia, literatura, arte y actualidades, facsímil de 2009). Oficina de Publicaciones. Ajuntament de València, Valencia.

Valencia, Vicente de. (1967). Manifestaciones industriales valencianas anteriores a la primera Feria Muestrario Internacional. Revista: "Feriario". N°29.

Vallés i Sanchis I. (1986) *Indústria tèxtil i societat a la regió Alcoi-Ontinyent 1780-1930*. Institut Valencia d'Estudis i Investigació. Valencia.

Valls Junyent F. (2007) Compitiendo con el champagne. La industria española de los vinos espumosos antes de la Guerra Civil. Revista: "Revista de Historia Industrial" N° 1.

Vegas López-Manzanares F. (2003) La Arquitectura de la Exposición Regional Valenciana de 1909 y de la Exposición Nacional de 1910. Ediciones Generales de la Construcción., Valencia.

Vegas López-Manzanares F. (2009) La arquitectura de la Exposición. En: "El Ateneo Mercantil y la Exposición valenciana de 1909". Ateneo Mercantil, Valencia.

Verdet Gómez, F. (2007) La industria papelera de la Comunidad Valenciana. En: Dos siglos de industrialización en la Comunidad Valenciana. COHCV, Valencia.

Vidal J. (1992) Transportes y mercado en el País Valenciano. Institut Valencian d'Estudis i Investigació. Valencia.

Vidal J. (2005) Cien empresarios valencianos. Editorial Empresarial, Madrid.

Vilar, Pierre. (1964). *Développement historique et progrès social. Les étapes et les critères*. Traducción en: Crecimiento y desarrollo. Pp. 495-542. Edición a cargo de J. Petit, Barcelona.

VVAA (1979) *The History and Philosophy of Technology*. University of Illinois Press, Chicago.

VVAA (1980). Arquitecturas de ingenieros. Siglos XIX y XX. Madrid, Ministerio de Cultura. Dirección General del Patrimonio Artístico, Archivos y Museos. Madrid.

VVAA (1981) La industrialización europea. Estadios y tipos. Crítica, Barcelona.

VVAA (1986) Las exposiciones universales. COAM, Madrid.

VVAA (1988) La inmigración en Valencia, 1889. En: Estudios sobre la población del País Valencià. (Actes de les I Jornades d'estudi sobre la població del País Valencià). Pp. 183-199. Valencia.

VVAA (1996) De la sociedad tradicional a la economía moderna. Estudios de Historia Valenciana Contemporánea. Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", Alicante.

VVAA (2008) Presente y futuro de la Industria en la Comunidad Valenciana. Informes y debates. Colegio Oficial de Ingenieros Industriales Superiores de la Comunidad Valenciana, Valencia.

VVAA (2009). El barrio minero de Sierra Menera (1900-1987). Centro de Estudios del Jiloca. Teruel.

Ybarra J.A. (2006). Los distritos industriales en el desarrollo local valenciano. XIV International Economic History Congress, Helsinki.

Zambrana Pineda J.F. (2000) De grasa industrial a producto de mantel: transformaciones y cambios en el sector oleícola español, 1830-1986. Revista: "Revista de Historia Industrial" N° 2.